HAIZEA M. ZUBIETA

INFINITAS

A la muerte nos enfrentamos solas.
A la inmortalidad nos enfrentamos juntas.

rocaeditorial

Infinitas

Haizea M. Zubieta

Roca editorial

INFINITAS

Haizea M. Zubieta

UNA NOVELA DISTÓPICA FEMINISTA CARGADA DE FUTURO

Estados Unidos, año 2500. La humanidad es inmortal; hace siglos, el profesor Milton Roosevelt propagó por toda la Tierra el virus que condenó al sistema nervioso humano a regenerarse por siempre, incluso cuando el cuerpo falla y la voluntad de vivir se pierde. Johanna Lowe, de dieciocho años, colabora con sus padres científicos para encontrar una forma de revertir este error. De devolverle a la humanidad el regalo de la muerte. Volverá a casa del examen más importante de su vida, con el corazón lleno de esperanza y un viejo amigo encontrado, y sin saber que su padre ha hecho un descubrimiento que cambiará el mundo para siempre.

ACERCA DE LA AUTORA

Haizea M. Zubieta, de familia vasca y nacida en 1993, comenzó a crear historias desde muy pequeña. Estudió en los talleres literarios de escritura creativa en Fuentetaja desde 2009, momento en el que comenzó a presentarse a certámenes literarios y de ilustración. Actualmente es escritora, jurista, modelo de fotografía artística y activista feminista y LGBT, movimientos que se ven representados en sus obras. Ha publicado relatos en múltiples antologías y colaborado en iniciativas por la igualdad de las mujeres en la industria editorial y por la representación de colectivos discriminados en la literatura juvenil.

@hm_zubieta

ACERCA DE LA OBRA

«La muerte era algo terrible, y el ser humano la había conquistado gracias a la ciencia en el siglo xxiii. Ya no eran simples animales, ni estaban sujetos a las mismas reglas que un día gobernaron sus cuerpos. La inmortalidad los había liberado, y era un gran logro; que sus cuerpos decayesen de pronto a los doscientos años era un precio minúsculo a pagar a cambio.

Eso era lo que, esa misma mañana, había escrito en su redacción para el examen de Biología. Pero no le servía para quitarse de encima el miedo ni el sabor a angustia en la boca al pensar en ello.

—Algún día —dijo Johanna, cuando Leo por fin se calló—, hallaré una forma de parar la Decadencia. Por eso quiero estudiar genética, ¿sabes?

—Ojalá la encuentres —dijo Leo—. Aunque no sé yo…

—Hay que ser optimistas —dijo Johanna—. Piénsalo; si hemos logrado vencer a la muerte, ¿por qué no a la Decadencia?»

A mi madre

No se asuste, María… Nada nos va a pasar. La bomba que oímos ya no puede hacernos daño… y la que nos mate no la oiremos…

ELENA FORTÚN, *Celia en la revolución*

Asumo toda la responsabilidad por mis actos. Mis compañeros no tienen culpa alguna. Fui yo, y solo yo, quien les ordené que difundieran de manera altruista el pseudovirus de la inmortalidad. Ellos aceptaron porque soy su superior; no tenían más remedio que obedecerme.

Acepto la pena impuesta, pero no me arrepiento. Lo que hice fue por el bien de la humanidad. Todo el mundo merece la oportunidad de vivir para siempre.

Extracto de la declaración judicial del profesor ROOSEVELT, coordinador del grupo de investigación número veinticuatro.
Fiscalía Central de Chicago, a fecha 15 de junio de 2250.

1

¿Qué diferencia separa al ser humano del resto de seres vivos?

A. La inteligencia. B. El lenguaje. C. El desarrollo tecnológico. D. La inmortalidad.

Johanna Lowe pasó el dedo por la tabla de respuestas. El temario oficial decía lo siguiente: la inteligencia había llevado al desarrollo tecnológico y el desarrollo había logrado la inmortalidad. Pulsó la letra D y siguió leyendo.

—Quedan diez minutos.

La voz acerada del supervisor sobresaltó a toda la sala. Se oyeron quejas entre dientes, gemidos de angustia y algún que otro «no me jodas».

Johanna suspiró y se frotó los ojos. Solo una pregunta más y probablemente consiguiera una buena nota, o al menos una lo bastante alta para entrar en Ingeniería Genética.

Un revuelo a su espalda le hizo girar la cabeza: había dos supervisores inclinados sobre la mesa de un chico blanco y rubio, dos puestos más atrás que Johanna; le sujetaban la muñeca, bajándole la manga de la camisa y dejando al descubierto su pantalla braquial.

—Pero ¡si no estaba copiando! —gritaba el chaval—. ¡Ni siquiera había visto que la tenía subida!

Johanna tiró del puño de la camisa, asegurándose de que por su bocamanga izquierda solo asomaba una mano de profundo color oscuro. La chica que tenía sentada al lado hizo lo mismo.

—Es su deber tenerlo en cuenta, señor Rivers —le decía un supervisor al chico—. Sabe perfectamente que las mangas largas son obligatorias.

—Sintiéndolo mucho, hemos de retirarle el examen —dijo el otro. De un tirón, se lo arrancó de la mesa, aunque el chico tenía la mano puesta encima.

Johanna apartó la vista de la cara roja del chaval y, mientras releía la última pregunta, le escuchó mascullar algo entre dientes.

Indique el año en el que Milton Roosevelt cometió la difusión

del pseudovirus de la inmortalidad a escala global: A. En el año 2100. B. En el año 2250. C. En el año 2200. D. En el año 2019.

Esta era más difícil. No se le daban bien las fechas.

«A ver, consiguieron la inmortalidad en el año 2200, hace trescientos años; luego hubo quejas por los sectores que no podían costeársela, y después el profesor Roosevelt soltó el virus por el mundo y nos jodió a todos. Eso fue cincuenta años después de que se inventara; es decir…».

Marcó la letra B. Habían ido a pillar.

—Tiempo —dijo un supervisor, y clavó sus cámaras oculares en los alumnos—. Apagad los exámenes y pasadlos hacia delante.

Johanna echó un vistazo hacia atrás. El chico rubio tenía la cabeza acostada en la mesa, apoyada en los brazos, y solo le asomaba una coleta larga.

Por un instante, cuando levantó la cabeza, Johanna creyó que le recordaba a alguien. Pertenecía a otro lugar, a otro momento, pero estaba ahí. Entonces, una voz plana y metálica anunció que ya podían levantarse, y se perdió entre un tumulto de sillas y voces.

—¿Qué tal te ha salido? —le preguntaba una chica a otra, en la fila de delante—. Yo me he dejado diez…

—Mal. Las ciencias se me dan fatal. Menos mal que el de mates era fácil…

Johanna se quedó mirándolas. Ya había terminado. La suerte estaba echada; este era el último de los cuatro exámenes federales de acceso a la universidad. Todavía sentía la tensión en el cuerpo, el impulso de volver corriendo a casa y ponerse a estudiar. Pero no hacía falta. Ya no. Ya había escupido todo lo que le quedaba dentro.

A su izquierda, dos chicos celebraban que habían acabado, entre gritos y risas. Johanna se pasó la mano por la cabeza, rascándose las trenzas que salían desde la raíz del cuero cabelludo, y recogió sus cosas. Como no iba al instituto, el registro le había asignado como centro de examen su antiguo colegio. Pero ya no conocía a nadie.

¿O sí?

Miró a su espalda una vez más, pero la silla del chico rubio estaba vacía. No le extrañaba; después de aquel desastre, cualquiera habría querido salir corriendo lo antes posible. Demasiado deprisa, quizá. Se había olvidado la mochila. No parecía fijarse nadie, y el aula ya se estaba vaciando.

El sol de febrero en Wisconsin era dulce y agradable, brillando en la piel oscura como el bronce de Johanna. En la puerta del centro se agolpaban los alumnos, algunos esperando su turno en fila, otros llorando o dando gritos de alegría, y un grupito al fondo

tirando apuntes por los aires. Johanna buscaba por la multitud con dos mochilas colgándole de la espalda, intentando ver una coleta rubia sobresalir entre las cabezas de la gente. Los alrededores del Eastview High School desenterraban pedacitos de momentos olvidados: las verjas del instituto, la forma de las baldosas de aluminio en el suelo, el rótulo de una clínica de alquiler de órganos.

Le vibró el antebrazo y se remangó la camisa para mirar la braquial; tenía un mensaje de su padre de hacía una hora.

«Mucha suerte, cielo —decía—. Estoy muy orgulloso de ti por acabar el instituto con esas notazas. Vas a seguir mis pasos y los de mamá en el campo de la ingeniería genética, y quiero que tú también estés orgullosa. Seguro que la ciencia obtendrá grandes cosas gracias a mi hija. Sé que el nombre de Johanna Lowe sonará en todas las aulas y en todos los laboratorios del país. Ahora te espera un futuro complicado, pero quiero que recuerdes que mamá y yo queremos, por encima de todo, que seas feliz con tu sueño: encontrar, algún día, la cura a la Decadencia.

»Un beso, papá.»

Johanna sonrió y echó un vistazo a la otra notificación que le acababa de llegar. Era de su madre; le preguntaba, simplemente, qué tal le había salido el examen.

«¡Me ha salido muy bien! O eso creo —contestó Johanna—. Nos vemos en casa para comer y celebrarlo.»

Un carraspeo a su espalda la hizo volverse; aquella mole rubia de dos metros de alto que había surgido detrás de ella la miraba con cara de cachorro enfadado y los brazos cruzados.

—Esto, ¡hola! —dijo Johanna, alzando la vista más de lo que solía; no estaba acostumbrada a mirar a la gente desde tan abajo—. ¿Es tuya esta mochila? ¡Te la has dejado en el aula!

—Sí, es mía —dijo el chico, cogiéndola de un tirón—. ¿Por qué te la has llevado?

—Te estaba buscando para dártela. Después de un disgusto así, normal que te la olvidaras… Qué injustos han sido con lo de la braquial.

Al chaval rubio se le relajó un poco el ceño fruncido.

—Ya… —dijo—. A ver, si en el fondo tenían razón, debería haberme fijado. Las normas son las normas. Pero ¡podían haberme avisado al empezar el examen! Bueno, en realidad da igual, ya he perdido la convocatoria entera. Mi padre me va a matar.

—Oye —dijo Johanna—, no estarías copiando de verdad, ¿no?

—¡Claro que no! —Parecía ofendido. Se le habían sonrojado las mejillas.

Johanna soltó una risita. Tenía un nombre en la punta de la lengua y un recuerdo al borde de la conciencia.

—Por cierto, soy Johanna. ¿Cómo te llamas?

A medio colgarse la mochila en el hombro, el chico se paró en seco y se volvió hacia ella. Se la quedó observando fijamente, con la boca entreabierta.

—No puede ser. ¿Jo? ¿Johanna Lowe? —dijo, como si hubiera visto un muerto—. ¡Soy Leo!

—¿Leo?

—¿No te acuerdas? ¡Íbamos juntos a quinto de primaria! ¡Soy yo! ¡Leonard Rivers!

Alguna neurona en el cerebro de Johanna hizo una conexión, una chispa de entendimiento, y de pronto todo tuvo sentido. El recuerdo que buscaba se desbordó por sus ojos: vio al chiquillo que se sentaba a su lado, que se ponía rojo cuando ella le gastaba bromas y le pintaba en los apuntes una caricatura del profesor, crecido diez palmos a lo alto y a lo ancho.

—¡Leo!

Le apretó contra sí, con esa fuerza que imprime el tiempo en los abrazos. Se le vino a la memoria el momento en que se despidió de sus compañeros de clase, de aquel chico rubio que, ocho años atrás, había sido más bajito que ella. Recordó el día de la mudanza, y a sus padres hacer llamadas frenéticas, y cómo su bisabuelo había venido a ayudarles a cargar cajas en el camión, y mirar hacia atrás por la ventanilla del coche y ver el Eastview High School alejándose.

—¡No me lo creo! —dijo Leo, cogiéndole una mano oscura entre las suyas, enormes y blancas—. Pensaba que no volvería a verte, Jo. Además, con todos los rumores que hubo cuando te fuiste…

—¿Rumores? ¿De qué?

—Ah, nada, esas cosas que dicen los críos. Como fue tan de repente, tú y tus padres, a mitad de curso… Y justo cuando pasó lo del laboratorio, ¿no?

—Nos fuimos… —Johanna hizo memoria—. Nos fuimos porque le habían ofrecido a mi padre un trabajo en otro centro. ¿Qué es lo que decían?

—Pues creo que cada uno se inventaba una historia, la verdad —rio Leo—. Llegué a oír que os habían secuestrado unos terroristas, o que tu padre había puesto una bomba en el laboratorio y lo metieron en la cárcel, o que os fuisteis a las colonias lunares porque os perseguía la policía. Todo muy turbio.

—¡Madre mía! Pues no, no —dijo Johanna, riendo también—, la

realidad es mucho más sosa. Despidieron a mis padres y tuvimos que mudarnos. Pero si hubiera sido la policía, tú lo sabrías. ¿No era tu padre comisario del distrito?

—¡Y sigue siéndolo! Ahora es comisario general. ¿Te acuerdas de lo mal que se llevaba con tus padres? No te dejaban quedarte a dormir en mi casa…

Parecía que se hubieran quedado a medias de una broma y la continuasen ocho años después. Toda la tensión del examen se había evaporado sin darse cuenta, como un cuerpo mojado que se seca al sol.

—¡Ay! —gritó Johanna, de pronto, al ver que un autobús se alejaba por los raíles magnéticos—. ¡Ese era el mío! Para un día que salgo de casa… Ahora tendré que volver en el siguiente, y le había dicho a mi madre que estaría de vuelta para comer. Vaya faena.

«Con las ganas que tenía de llegar a mi cuarto y tirarme en la cama a ver series en la braquial hasta que me llegase la Decadencia», pensó.

—¿Quieres que te acerque yo? —dijo entonces Leo, y sacó unas llaves de la mochila—. He venido en coche, no me cuesta nada. Además, así me libro un rato más de la bronca de mi padre.

—Ay, pues, si no te importa… La verdad es que te lo agradecería.

Subieron a un coche que, según le contó Leo, había sido de un bisabuelo suyo que había cumplido los doscientos años el pasado octubre; se lo había regalado antes de volverse Decadente. Se estaba cayendo a trozos. Las ventanas no se bajaban, la interfaz del autoconductor estaba borrosa y las ruedas hacían mal contacto, pero le servía para moverse. O eso decía.

—¿Seguro que no va a salir ardiendo a medio camino? —dijo Johanna—. Mira que me bajo y cojo el bus ahora mismo.

—Qué va, si este coche es un campeón. No los fabrican así desde hace cien años.

—¡Por eso lo digo!

Recostándose en el asiento, Johanna subió los pies al salpicadero y los cruzó.

—Vamos a pasar por delante de mi casa para ir hasta allí, así que mejor bájalos, no vaya a vernos mi padre —dijo Leo, mirándola de reojo—. A veces creo que no le pagan por horas, sino a comisión por poner multas.

—¿Que me van a poner una multa por tener los pies aquí? Pero ¿qué clase de padre tienes tú? Además, ¿no deberías estar mirando la carretera en vez de mis pies?

Encogidos ambos en los pequeños asientos, aunque Leo más que ella, vieron alejarse el centro de exámenes. Al menos aquel no era uno de aquellos antiquísimos coches de petróleo; si no, por muy bien que hubiera funcionado, se lo habría requisado la Agencia de Bienestar Climático nada más sacarlo a la calle.

—¡Mira! —dijo Leo, señalando a su derecha—. Ahí está mi casa. ¿Te acuerdas?

Se acordaba de la casa y del rostro en la ventana. Esos ojos grises, iguales que los de Leo, en el rostro de su padre eran dos clavos atravesados. Era una de esas caras que ni siquiera la juventud eterna había salvado de ser feas.

Leo sacó un brazo por la ventanilla y saludó. Johanna, después de unos instantes de pausa, también lo hizo. El padre de Leo dejó de frotar el cristal con un paño, pero no se movió más. Solo sus pupilas les siguieron con la vista según pasaban, y Johanna tuvo la impresión de que eran dos cañones apuntándola.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Leo, cuando ya dejaron su casa atrás—. No es por ti, es su forma de ser. Hace muchos años que está hecho un borde.

Pero el comisario Rivers tenía ese gesto que a veces lucían los agentes de policía, que Johanna había aprendido a reconocer hacía ya mucho con ayuda de su color de piel; ese que hacía parecer que no tuvieran delante a una persona, sino una diana a la que disparar balas eléctricas. Pocas cosas le aterraban tanto como esa expresión, aunque la Decadencia ocupaba el primer puesto en el podio de sus miedos.

—Bueno, vamos a ponernos al día —dijo Johanna, intentando apartar su mente de aquel asunto—. ¿Qué tal el instituto? ¿Al final vas a estudiar Medicina?

Leo soltó una risa algo forzada y negó con la cabeza.

—Qué va. Eso eran cosas de crío. Creo que voy a ser policía como mi padre, que le hace ilusión. ¿Te acuerdas del miedo que teníamos a la Decadencia, y que quería ser médico para curar a la gente y que no llegase nunca? Pues claro, uno crece y se da cuenta de que eso es solo para los ricos. Y, bueno, luego pasó lo de mi bisabuelo…

Johanna le miró, intrigada.

—¿Qué le ocurrió?

—Lo de siempre —suspiró Leo—. Que para frenar la Decadencia hay que poder permitírselo. Al principio lo intentamos, cómo no. Pero es cumplir los doscientos y llega todo de golpe: el cáncer, la osteoporosis, todo lo que estaba ahí sin salir a la luz hasta que

envejeces de golpe. Verlo pasar de tener nuestro mismo aspecto a estar arrugado y débil en cuestión de meses…

—Porfa, Leo —dijo Johanna—, no lo describas así tan al detalle. A mí aún sigue dándome mucho miedo…

—Pero ¡si eso no es lo peor! —dijo Leo, y Johanna hizo una mueca incómoda—. Lo peor fueron sus gritos, su cara, sus ojos. La lucidez que tenía a pesar de todo. Cuánto le dolía. Y ser consciente de que no iba a dejar de dolerle en toda la eternidad. Podíamos paliarlo un tiempo, pero no para siempre. Mamá lo pasó fatal…

Johanna lo sabía. No hacía falta que se lo dijera. No había remedio para aquella agonía eterna a la que estaban condenados cuando se les desgastaba el cuerpo. Había que aprovechar el tiempo que se tenía, y agradecer que era más que en épocas pasadas, donde la gente apenas alcanzaba el centenar de años. Esa era la teoría. Pero en ella no parecía haber funcionado; seguía teniendo pesadillas con la Decadencia como cuando era pequeña.

—¿Sabes qué es lo último que me dijo, cuando aún tenía cuerdas vocales?

—No, no quiero saberlo.

—Dijo que quería morirse. Que daría lo que fuera por morirse.

—¡Leo! —dijo Johanna—. ¡Que pares ya, por favor!

La muerte era algo terrible, y el ser humano la había conquistado gracias a la ciencia en el siglo XXIII. Ya no eran simples animales, ni estaban sujetos a las mismas reglas que un día gobernaron sus cuerpos. La inmortalidad los había liberado, y era un gran logro; que sus cuerpos decayesen de pronto a los doscientos años era un precio minúsculo a pagar a cambio.

Eso era lo que, esa misma mañana, había escrito en su redacción para el examen de Biología. Pero no le servía para quitarse de encima el miedo ni el sabor a angustia en la boca al pensar en ello.

—Algún día —dijo Johanna, cuando Leo por fin se calló—, hallaré una forma de parar la Decadencia. Por eso quiero estudiar genética, ¿sabes?

—Ojalá la encuentres —dijo Leo—. Aunque no sé yo…

—Hay que ser optimistas —dijo Johanna—. Piénsalo; si hemos logrado vencer a la muerte, ¿por qué no a la Decadencia?

—No lo estarás diciendo solo porque le tienes miedo, ¿verdad?

—¡Qué va! —dijo—. También es por mis padres. Los dos son ingenieros genéticos, ¿no te acuerdas que trabajaban aquí, en la Universidad de Wisconsin? Pues ellos siempre han querido encontrar un modo de que no haya Decadencia. ¡A lo mejor lo consigo yo!

Leo soltó un resoplido de cerdito por la nariz.

—¡Oye! —dijo Johanna, dándole un manotazo en la espalda—. ¡No te rías! Lo digo en serio.

—Perdona, Jo. —Leo sonrió como queriendo apaciguarla—. Es que me suena tan descabellado…

—¡Pues no!

Johanna había colaborado en sus experimentos; le habían sacado sangre muchas veces para analizarla. Y ellos siempre habían alentado sus ilusiones, desde pequeña hasta el examen de acceso.

De pronto le entraron ganas de llegar a casa ya, de entrar gritando por la puerta y abrazarles, de celebrarlo en el laboratorio del sótano. Aquel día, además, su padre había estado especialmente sensible; Johanna estaba segura de que iba a llorar de alegría con ella cuando se lo dijera. Su madre no, desde luego.

—Oye, ¿cuánto falta para llegar a la avenida Concordia? —dijo Johanna, mirando el panel de control de la IA conductora—. No sé leer estos datos.

—Déjame ver… Creo que ya casi estamos. Es aquí a la derecha, ¿no?

Sin darse apenas cuenta, ya habían entrado en su distrito y, al fondo, se adivinaba su calle.

—Vaya sorpresa se van a llevar mis padres cuando te vean. ¡Seguro que no se lo esperan!

—¿Tú crees que me recordarán? —dijo Leo—. Al principio tú no me has reconocido…

—¡Pues claro! En cuanto les digas tu nombre. ¿Cómo no iban a acordarse del hijo del comisario Rivers?

Leo se rio entre dientes. El coche empezó a aparcar.

—Bueno, a lo mejor tu padre se acuerda de lo mal que se llevaba con el mío. No creo que le vaya a gustar eso…

—Lo que no le va a gustar es que seas más alto que él —dijo Johanna, midiéndole con la mano al salir del vehículo—. A mí tampoco me hace mucha gracia, eh. No me gusta esto de tener que mirar para arriba al hablar contigo.

—A ver, Jo, eres alta —dijo Leo, con cara de fingida seriedad—. Comparada con un enanito del bosque…

Johanna resopló.

—Que seas una aberración de la estadística no quita que yo mida metro ochenta. Cuando encuentres a otra chica que mida lo mismo que yo, me dices.

—No, que seguro que me la quitas…

Riendo, atravesaron el jardín moteado de margaritas.

La casa de Johanna era amplia y robusta. El techo, labrado en cristal, se hacía transparente en invierno para que la luz entrase al hogar; en verano se volvía blanco y la frenaba. Al entrar por la puerta, los rayos de sol pintaron filigranas en la frente de caoba oscura de Johanna.

Todo estaba en silencio. Lo único que se movía allí, aparte de ellos, eran las motas de polvo que flotaban, brillantes, entre las cuatro paredes.

—¿Hola?

El eco en la voz de Johanna hizo vibrar el aire. A su izquierda, la cocina estaba vacía, limpia, impoluta; al otro lado, bajaban las escaleras a la planta subterránea, hasta el laboratorio de Samuel Lowe.

—Debí haberle avisado de que íbamos a llegar antes —dijo Johanna, dirigiéndose hacia el sótano—. Con lo ocupado que está, ni nos habrá oído.

—¿No le molestaremos? —dijo Leo—. Mira que no quiero que me coja manía…

Johanna se detuvo.

—Mira, Leo —dijo, indicándole con el dedo—, tú ve a la cocina y saca de la nevera los paquetes de comida con fecha de hoy. Puedes ir metiéndolos en el procesador, si quieres. Así voy sola y no se enfadará contigo, ¿vale?

Leo se dirigió a ello. Los sonidos del frigorífico abriéndose y los platos entrechocando retumbaban por el pasillo; se iban haciendo más sordos según bajaba los escalones. Ella iba a paso lento, uno a uno, procurando no hacer ruido en el suelo de metal hueco.

Precisamente, iba tan pendiente de sus pies que le resbaló la mano de la barandilla, sudorosa sobre la barra de acero. Perdió el equilibrio y tropezó con sus propias botas al intentar recobrarlo; rodó escaleras abajo como un muñeco sin huesos.

Chocó, clavándose el picaporte del despacho en las costillas. Johanna maldijo su suerte en un susurro, mientras se incorporaba.

El golpe había entreabierto la puerta de la oficina; tras dudar un instante, la abrió de golpe, pues ya no había sigilo posible.

La sala estaba desierta.

—¿Papá?

Las paredes blancas solo le devolvieron su propia voz.

Todo era blanco en aquel laboratorio; blanco y de cristal, blanco y de acero, blanco y pulido y brillante.

Tal vez por eso se fijó Johanna en el reflejo de un frasco sobre la mesa, al fondo de la sala. Porque reflejaba rojo.

¿Cómo describía un cerebro algo para lo que no tiene palabras? ¿Cómo expresaba una visión para la que no había precedentes? Algo en lo más profundo del pecho de Johanna y de su encéfalo animal le gritaba una realidad que le costaba entender:

«Está muerto».

Samuel Lowe, el padre de Johanna, estaba muerto en el suelo, tendido en un lecho de sangre.

2

Cuando alguien jamás ha visto la muerte ante sus ojos, ¿cómo la reconoce? Tal vez fuera una corazonada, una sensación más que algo constatable, en un mundo en el que el sistema nervioso de las personas se regeneraba para siempre. O quizá algo más místico, aquello que decían las antiguas religiones sobre el alma, que había abandonado el cuerpo y lo había dejado vacío.

O, simplemente, para Johanna, que su padre tenía clavada en el cuello una aguja unida a una pistola de cristal, justo en la yugular.

En la recámara había un cartucho transparente, con restos de sangre, que parecía haberse inyectado en la vena, por la que se escapaba un reguero bermellón. El arma tenía una etiqueta pegada al vidrio. No necesitaba acercarse para leerla; decía, en letras manuscritas: «Johanna».

Sintió que el estómago se le contraía. Los oídos le pitaban. Johanna se agachó junto al cuerpo de su padre, aunque le flotaba la cabeza como si estuviera atada a un globo de helio y no podía gritar, ni pronunciar palabra; se acercó a él y le miró.

«No puede ser. No puede estar muerto. La gente no se muere.»

Esos eran los únicos pensamientos que podía formar. Las únicas frases a las que su percepción podía agarrarse para no hacerse pedazos.

El pelo de su padre, de ese color a caballo entre el castaño y el rubio, indistinto como el agua sucia, estaba empapado en rojo. Sus gafas se le habían caído nariz abajo y la sangre había salpicado las lentes y la bata de laboratorio. Tenía los ojos abiertos y las pupilas perdidas. Su boca, una línea fina contraída de dolor.

—Papá —dijo Johanna, y su voz no le sonó suya—. ¡Papá!

Lo había cogido por los hombros y empezó a zarandearlo, pero solo conseguía bañar más el cuerpo de rojo, y mancharse ella misma. Intentaba no fijarse en la sangre, pero estaba en todas partes. En el suelo. En su cara. En sus brazos. En sus manos.

En sus manos…

En la mano derecha, Samuel Lowe sostenía algo. Una hoja doblada.

Johanna le abrió la mano, dedo por dedo —aún estaban tibios —, y la desdobló.

Johanna. Hija mía. Sé que me vas a encontrar tú primero. Mamá llegará más tarde. Lo siento, de verdad. Pero, por favor, no llores. Esto era necesario. Con esto demuestro, gracias a ti, que he encontrado la fórmula de la mortalidad.

Tuvo que dejar de leer cuando empezaron a escocerle los ojos.

Sí, hija, gracias a ti. Porque, lo creas o no, eres especial. Tu sangre es especial. En tus cromosomas tienes, y esto es algo que buscamos al tenerte tu madre y yo, una inmunidad a un gen concreto que existe en nuestro ADN. Este gen se conoce como gen Alpha; es uno de los dos que fueron modificados en el ser humano para hacernos inmortales. Al aplicársela a otros, tu inmunidad hace que ese gen se desactive, de forma brusca y violenta, y que el receptor muera.

Le vinieron a la mente, zumbando como horribles moscardones, recuerdos inconexos de su infancia, de su adolescencia, de toda su vida. Ella jugando en el jardín de casa, ayudando a su padre con los experimentos, estudiando para un examen. En todos ellos había algo en común. Las voces de su madre y de su padre, alabándola, diciéndole que era especial. Muy, muy especial.

Le dio una arcada.

Siguió leyendo:

Tu madre y yo llevamos toda la vida buscando la manera de revertir la inmortalidad. De volver al estado natural del ser humano, en el que las personas simplemente dejan de existir, en vez de sufrir una agonía eterna. Para ello, el primer paso era demostrar que tu sangre era inmune al gen Alpha. Y la única prueba tangible de ello era usarla. Por eso la probé en mí mismo.

Johanna se miró las manos, tiznadas de sangre que ya no sabía de quién era. Le temblaban los dedos cuando volvió a coger la hoja.

Te ruego, hija, que no le cuentes esto a nadie. Es muy importante. Sabes que la inmortalidad es un pilar principal de nuestra sociedad, y hay gente muy interesada en que no deje de serlo. Quiero protegerte, a ti y también a mamá. Por eso, cuando termines de leer, cogerás un sobre que hay en la mesa de mi izquierda. Tiene instrucciones para encontrar a un grupo de personas que os ayudarán, y la información necesaria para que este experimento, este sacrificio, no sea en vano.

La última línea estaba borrosa de lágrimas, pero no eran suyas.

Te quiero. No lo olvides nunca, Johanna.

Y Johanna lloró. Lloró algo que era más un grito que un llanto, que era de horror y de miedo visceral, y de una pérdida que nunca se había planteado. Fue, de pronto, consciente de que estaba rodeada de sangre, y de un cuerpo muerto, un pedazo de carne cruda que iba a descomponerse, al que horas antes había abrazado

y había llamado papá, y aquello la superó; el suelo se acercó muy deprisa, y perdió el conocimiento.

Johanna parpadeó. La figura ante ella se hizo menos borrosa. Notaba golpes en su mejilla.

—¿Leo…? —dijo.

Es verdad. Era Leo. Su amigo de la infancia. Se lo había encontrado hoy en el examen, y después…

Una ola de náusea le lamió el cuerpo.

Intentó ponerse en pie, apresuradamente; le resbalaron las botas en las baldosas y dibujó un rastro de color rojo con sus suelas. Se apoyó en una mesa y en el brazo de Leo.

—Jo… He leído esto —dijo él, tendiéndole el papel ensangrentado—. No sé qué decir…

—Por favor, no —dijo Johanna, con la voz pastosa—. No digas nada. No quiero pensar en ello. No quiero hablar de ello.

—Vale…

—Vámonos de aquí, por favor —dijo Johanna, intentando no mirar a su alrededor; recordó coger el sobre cerrado que le había indicado su padre antes de ir hacia las escaleras—. Tengo que avisar a mi madre…

Se remangó la camisa para acceder a la pantalla braquial. Los dedos le dejaban leves huellas rojas en el cristal al teclear, y restregó las manos por el pantalón, intentando limpiarse. Tenía un mensaje.

«Ya voy para casa. ¿Está lista la comida?»

Se lo había enviado su madre hacía quince minutos.

Sonó el sensor facial que indicaba que alguien estaba en la entrada justo cuando Leo y Johanna llegaban al último peldaño de la escalera.

Deena Lowe abrió la puerta y lo primero que vieron sus ojos negros fue a su hija, subiendo desde el sótano, apoyada en un enorme chico rubio, con el rostro torcido de pánico y duelo y salpicada de sangre desde las trenzas a los pies.

Y supo perfectamente lo que había ocurrido.

—No —dijo Deena—. No me digas que lo ha hecho.

Johanna nunca había visto llorar a su madre. Sus ojos siempre le parecían dos pedazos de carbón a punto de arder en llamas, nunca de ahogarse. Y esta vez no eran distintos. Su quijada, ancha y cuadrada, estaba tensa, vibrante, como la cuerda de un arco con la flecha colocada. Los ojos los tenía desorbitados, y el ceño arremolinado, coronado de una vena. Cuando les habló, lo hizo con la voz medida y grave de quien contiene todos los sentimientos que

le pesan dentro.

—Johanna. Dile a tu amigo que te ayude a hacer la maleta —dijo, señalando hacia arriba, a su cuarto—. Rápido. Coged solo lo imprescindible. Nos vamos a Canadá. Y chico, tú vienes con nosotras. No te estoy preguntando. Solo te aviso para que lo sepas.

Y desapareció, rápida como un grito, escaleras abajo.

3

Johanna dejó en sus rodillas el sobre que había traído del laboratorio; aquel que, según su padre, contenía instrucciones para contactar con gente que les iba a ayudar. Había intentado leerlas, pero eran claves confusas, y un montón de hojas con fórmulas químicas y matemáticas, y mapas de Chicago. No lo entendía bien. De momento, lo más sensato parecía ser hacer caso a su madre; cuando daba instrucciones, lo hacía de una manera que no admitía réplica.

—Johanna —dijo la cabeza rizada y oscura de Deena Lowe, asomándose por la puerta—. Ven. Necesito hablar contigo.

—Voy —dijo ella, sintiendo que se movía hacia el pasillo como una autómata, como si sus ojos fueran una ventanita al mundo por la que ella mirase y viera pasar la vida.

A Johanna le pareció ver, antes de perder su cuarto de vista y bajar por las escaleras, que Leo se subía la manga de la camiseta, con gesto intranquilo.

—No tengas miedo, hija. Yo me encargaré de todo —dijo Deena, e intentó consolarla con un abrazo que más bien parecía una de sus llaves de taekwondo—. El imbécil de tu padre no me quiso avisar, supongo que porque sabía que no iba a dejar que lo hiciera. Por suerte, le conozco, así que ya lo tenía todo más o menos preparado para este momento.

Había dicho «le conozco». Había hablado en presente. Johanna quiso gritar; debería haber sido «le conocía». Ese presente le sonó aberrante y ajeno, tanto como lo habían sido las gotas de rojo en el laboratorio blanco. Quiso coger de los hombros a su madre y chillar, agitarla entera, aullar por lo que había pasado, echarle la culpa a ella, a cualquiera, a alguien que no fuera ella misma.

—Hija, no llores. —Deena la apartó de sí para mirarle la cara.

—Está bien —dijo Johanna, respirando hondo, con ese aliento entrecortado que parte las palabras en pedazos—. Está bien. No pasa nada.

Otra persona, tal vez, habría alentado a Johanna a llorar, a expresar sus sentimientos, a dejarlos fluir porque hacían más daño

dentro que fuera, como el vómito. Pero Deena Lowe no sabía hacer eso; más que una mujer era un frasco cerrado a presión. Así que observó a Johanna en silencio; vio a su hija secarse las lágrimas de las mejillas castañas como las suyas y sintió orgullo.

—Sé que Samuel te ha dejado algo. Unos documentos con instrucciones para encontrar a una gente con la que él se correspondía en secreto, en Chicago. ¿Verdad?

Johanna asintió, sin abrir la boca.

—Bien —dijo Deena—. No los necesito ahora. Me basta con confirmar eso. De momento tenemos algo más urgente entre manos, que es salir de aquí. He limpiado el sótano hasta donde he podido, pero si tu padre no va el lunes a trabajar, tendremos problemas igualmente.

Johanna tragó saliva con sabor a bilis.

—¿Adónde vamos? —dijo, detestando la vocecilla débil que le había salido.

—A Canadá, ya te lo he dicho, no me hagas repetirme. Allí estaremos fuera de contacto de las Agencias federales y nos ocultaremos. Son seis horas de viaje en coche; cinco, si no encontramos convoyes de policía y convenzo a la IA del coche para correr. Cuando la cosa se haya calmado y no nos busquen, iremos a Chicago. Tal vez en un par de meses.

Parte de ella quería huir de allí sin mirar atrás, de todo lo que tuviera que ver con sus padres y con aquella arma que causaba la muerte. Otra parte se sentía atada de pies y manos; por un lado, al cadáver de su padre, y a su sacrificio, y a que no fuera inútil; por el otro, a su madre, que le indicaba el camino que había de seguir, que la guiaba a tirones, y ella solo tenía que dejarse llevar.

Sin embargo, había una tercera parte.

Una tercera parte, diminuta y oculta a la sombra de las otras dos, que temía terriblemente a la Decadencia y se atrevía a opinar que la muerte tal vez no fuera tan mala en comparación.

—¿Dos meses? ¿En Canadá? —dijo, apenas rasgando la superficie de sus pensamientos.

Deena la miró con las cejas alzadas y habló despacio.

—Ya no eres una niña. Lo que tu padre y yo hemos estado haciendo es ilícito. La manipulación genética es un delito muy grave, y buscar la fórmula de la mortalidad se considera exterminio. Tienes dieciocho años. Eres mayor de edad. No tendrías por qué hacerme caso, ni seguirme hasta Canadá. Pero si no lo hicieras, te encontrarían a ti; y si nuestros experimentos son ilegales, también lo eres tú.

Los rescoldos en la mirada de su madre la quemaban por dentro.

—¿Yo…?

—¿No te lo dijo Samuel en la carta? Pensé que lo haría. Johanna, tu padre y yo somos ingenieros genéticos. Es lo que hacemos: manipulamos los genes. Son como piezas de un puzle, y a veces por naturaleza no encajan. Hay que recortar de aquí, agrandar de allá, cambiarlas de sitio.

«En tus cromosomas tienes, y esto es algo que buscamos al tenerte…»

—¿No sois mis padres?

—Claro que lo somos, Johanna. Pero antes de serlo ya teníamos este objetivo en mente, cada uno por su parte. Cuando descubrimos que uniendo nuestros genes había una posibilidad de que saliera un bebé inmune al gen Alpha…

—¿Entonces?

Deena suspiró.

—Fue ilegal crearte. Es ilegal que existas. Legalmente, se te considera un arma biológica.

Johanna asintió. Le daba la sensación de que, bajo la piel, su cuerpo era una bolsa rebosante de la sangre de su padre, y que todo lo demás flotaba en la superficie, sin llegar a sumergirse. La nueva información se quedó allí, flotando, detrás de sus ojos, a la espera de que bajase el nivel de las aguas.

—No puedo obligarte a que vengas conmigo —dijo su madre—. Pero, si te quedas aquí, la Agencia de Protección Genética te encontrará. Investigarán por qué Samuel no ha ido al trabajo, llegarán a casa y la registrarán; encontrarán indicios en el laboratorio, porque no tengo aquí los medios para borrar todos los rastros. Y sabrán que ha muerto, y que para ello es preciso que exista un individuo inmune, e irán a por ti.

—No, claro que no quiero quedarme aquí —dijo Johanna—. Pero creo que deberíamos ir a Chicago. Si papá nos dejó escrito que fuéramos, será por algo…

—Iremos a Chicago. Te lo prometo —dijo Deena, mirando imperturbable a su hija, desde una cabeza más abajo—. Pero primero tenemos que ocultarnos. Hay que asegurarse de que nadie nos persigue antes de hacerlo. Y la mejor manera es ir a Canadá.

—Vale, mamá —suspiró Johanna, desoyendo la angustia de su estómago que apuntaba hacia Chicago como una brújula—. Iré contigo. Vale.

Deena asintió, casi sonriendo.

—Bien. Ahora, vuelve a tu cuarto, Jo. Espero que ese amigo tuyo

haya acabado de preparar la maleta, porque nos marchamos ya.

—Se llama Leo. De hecho, le conoces —dijo ella, antes de darse la vuelta para volver por el pasillo—. Era nuestro vecino cuando vivíamos en Eastview. Me lo encontré esta mañana en el examen. ¿No te acuerdas? Es el hijo de la familia Rivers.

Aquella última palabra pareció avivar las brasas en las pupilas de Deena.

—¿Rivers? —dijo, pronunciando el apellido muy lentamente—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Su padre es el comisario Rivers.

Y Deena estalló.

—¿Qué? —gritó—. ¿Has traído a mi casa al hijo de ese hombre? ¡Y ha visto a tu padre! ¡Y le hemos dejado solo en tu habitación!

—¡Mamá! Pero ¿qué pasa? —dijo Johanna, siguiendo a su madre, que corría a zancadas bruscas escaleras arriba—. ¡Espera!

—Pase lo que pase, nos lo llevaremos con nosotras a Canadá, aunque tenga que ser a la fuerza —decía Deena mientras cruzaba el pasillo—. Si se queda aquí, su padre sabrá lo que ha ocurrido. Y eso no puedo permitirlo.

—Pero ¡mamá! ¡Escucha! Puedo hablar con él. Podríamos pedirle que no diga nada…

Entonces oyeron una voz desde la puerta abierta de su habitación.

—Vale, papá. Sí, te mantendré informado. Te quiero.

Entraron justo a tiempo de ver a Leo colgando la llamada en su pantalla braquial.

4

—Fue a propósito, ¿verdad? —decía Deena, escupiendo cada palabra—. Viniste deliberadamente a nuestra casa para pasarle información a la policía. ¿Sabías ya de antemano que iba a ocurrir? ¿Tan vigilados nos teníais?

Con cada frase, iba acercándose más a la cara de Leo; a pesar de que sus rizos crespos no le llegaran a él ni a la altura de los hombros, fue empujándole hacia atrás, hasta dejarlo pegado a la pared.

—¡Mamá, por favor! ¡Basta! —gritó Johanna al verle aquella expresión de animal acorralado—. ¡Así no vas a conseguir nada!

Y era cierto; Leo solo se estaba cerrando más y más ante el ataque.

—¿Y dejándole libre sí? —dijo Deena, volviéndose hacia su hija —. Está claro que no es más que una rata. Igual que su padre.

—¡Por favor! —Johanna le puso las manos en los hombros para pararla, si no verbalmente, físicamente al menos—. ¿Puedes al menos no insultarle?

—Sí, eso estaría bien —dijo Leo.

—¡Cállate! —le espetaron ambas al unísono.

Johanna tomó aliento. Necesitaba poner su cabeza en orden antes de hablar.

—A ver —dijo, apoyándose la mano en la frente—. Lo primero, mamá; si ya ha contado lo que ha visto aquí, no podemos hacer nada. Eso ya no podemos cambiarlo. Pero sí podemos preguntarle exactamente qué es lo que le ha dicho a su padre; a lo mejor no ha sido todo, sino solo algunas cosas, y no es tan grave…

—Vale. ¿Qué le has contado al comisario Rivers, niño? —dijo Deena, con la voz más baja, pero no más calmada.

—¡Y lo segundo! —Johanna la interrumpió, con el rostro contrito de a quien no le gusta hacerlo—. Lo segundo es que, aunque estuviéramos en la peor situación posible, aunque lo hubiera contado todo y vinieran a por nosotras… No deja de ser su hijo.

Deena enarcó las cejas.

—Continúa.

—Bueno, quiero decir que, como el comisario es su padre, a lo mejor sabe cosas de él que puedan servirnos: qué es lo que va a hacer, por dónde va a venir a buscarnos, cuánto tardará…

—Ah —dijo Deena, y se giró a mirar a Leo de nuevo—. A mí me había venido otra idea a la cabeza.

La inteligencia artificial del coche se encendió, con una luz azul que iluminaba el mapa del parabrisas, y saludó a Deena desde el asiento del conductor. Mientras ella pulsaba los puntos de la ruta, Johanna decía, al tiempo que entraba en el vehículo:

—De verdad, mamá, que no puedo creer que lo hayas tomado como rehén.

Su madre no respondió. Estaba ocupada calibrando el viaje y discutiendo con la IA sobre el nivel de combustible eléctrico.

—Da igual, Jo —dijo Leo en voz baja, sentado en la parte de atrás—. Al menos conseguiste que se calmara. Gracias.

—Pero… Aun así, no me parece…

—Tenerlo aquí significa que podremos negociar, si llegamos a ese punto —dijo Deena, y Johanna no quería imaginar a qué punto se refería—. También significa que no nos van a atacar con grandes armas a distancia.

Johanna tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejar de pensar en cañones gigantes apuntando a su coche desde el cielo. Ojalá solo fueran elucubraciones de su madre, pensó.

—¿Y no significa también que estamos cometiendo un delito más? —dijo, y era agotador contar cuántos actos ilícitos estaban llevando a cabo—. Nos arriesgamos a que nos detengan por tantas cosas ya…

—Johanna, hija —suspiró Deena—. ¿De verdad crees que si nos pillan nos van a detener? ¿Que habrá un juicio, con su juez y su jurado? ¿No ves que querrán tapar esto a toda costa?

Con cada cosa que decía su madre, sentía que los cimientos de su vida se convertían, más y más, en arenas movedizas. Johanna se hundió en el asiento. Leo intentó mirarla, pero ella rehuyó su mirada y se puso a colocarse el cinturón de seguridad.

Justo a tiempo; en la distancia sonó una sirena y su madre dio un grito.

—¡Acelera! ¡Ya! —le chilló Deena a la IA del salpicadero, que obedeció, informando a los pasajeros del cambio de velocidad con una voz metálica y suave.

—¿Son…? —dijo Johanna, mirando por la luna de detrás, buscando coches de policía entre el tráfico.

—No creo. —Leo parecía más tranquilo que ellas—. A ver, si me dejáis opinar, yo diría que no vendrán a por nosotros con las patrullas normales. Mi padre me dijo que este asunto lo investigaban las Agencias.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más te dijo tu padre? —dijo Deena, pronunciando la palabra como si tuviera un papel de lija sobre la lengua.

—Que iban a poner controles a la salida de Milwaukee, en la autopista que cruza el lecho del lago.

Deena chasqueó la lengua. En la pantalla del parabrisas, el mapa mostraba justo esa ruta, la más rápida para llegar hasta la frontera; atravesando el antiguo lago Míchigan, seguía todo recto hacia el este.

—Da media vuelta —ordenó al coche, mientras pulsaba el panel de control para redirigirlo—. Tendremos que ir bordeando el lago, por las carreteras viejas.

El nuevo itinerario era mucho más largo; iba hacia el sur, siguiendo el trazado de una autovía que se quedó obsoleta cuando se secó el Míchigan y su lecho se hizo salvable.

Y al borde del yermo Míchigan había otra ciudad, iluminada en amarillo en el mapa; la más grande de Estados Unidos, la metrópoli suprema que extendía sus brillantes tentáculos de farolas y cemento más allá del desierto. Chicago. La ruta que debían tomar penetraba en los barrios periféricos, sin llegar a entrar en el corazón de la urbe. Rozarían Chicago, y Johanna rozaría la posibilidad de contactar con aquella gente que conocía a su padre y que podía ayudarles.

—Vamos a pasar por Chicago —dijo, sin poder contenerse—. Podríamos… ya sabes…

—Eso no va a ocurrir, Jo. No hay discusión.

Al volverse para replicar a Johanna, su madre vio que Leo estaba jugueteando con la braquial, y que tecleaba algo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Ya estás diciéndole otra vez cosas al rastrero de tu padre? —dijo Deena, intentando cogerle el brazo para verlo—. Tendría que haberte arrancado la pantalla.

Leo suspiró.

—Pues, para vuestra información, estaba intentando ayudaros —dijo, y les mostró una imagen en la braquial—. Mirad.

Era un mapa muy simple, apenas unas rayas blancas y negras, que reflejaba la zona por la que pasaban. Aparecían puntos azules en algunas partes; Leo alejó la vista para mostrar un área más grande y surgió la ciudad de Chicago. Una mancha azul enorme

cubría su superficie entera.

—¿Qué es eso?

—Es un mapa policial. Lo tenía de mi padre. Muestra la cantidad de agentes que hay de servicio en cada distrito.

En Milwaukee aparecían puntos azules dispersos, y uno más grande que Johanna identificó como la comisaría de Eastview, la del padre de Leo, la mayor de la ciudad. Sin embargo, aquella concentración de policías en Chicago era insólita; aunque fuera proporcional al tamaño de la urbe, no tenía sentido que hubiera tantísimos.

—Creo que no deberíamos pasar por Chicago —concluyó Leo, tajante—. Salvo que os dé igual que os pillen, claro. Esos no son agentes de policía normales. Son las fuerzas de seguridad de alguna Agencia.

Deena miró el mapa y a los ojos de Leo, alternativamente, con fijeza.

—¿Y crees que nos vamos a tragar eso? —dijo, sin apartar la vista de él—. ¿Por qué ibas a querer ayudarnos?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo Johanna.

Su madre resopló.

—¿No has visto que es nuestro rehén? Probablemente quiere que nos atrapen y salir corriendo.

—Pues no, la verdad —dijo Leo, con una sonrisa tristona—. Conozco bastante bien cómo actúa esa clase de agentes. Si paran el coche, nos atraparán a todos. Y no serán precisamente delicados. Por eso lo que más me conviene es que lleguéis a Canadá sin problemas, y huyáis de la justicia si queréis, y me dejéis en paz para que vuelva a mi casa. Si nos pillan ahora, ninguno de los tres lo va a pasar bien. ¡Por eso os ayudo!

Pero Deena no parecía convencida en absoluto.

—No te creo —dijo, cada palabra como un peso cayendo a plomo—. Primero nos dices que están vigilando la carretera del Míchigan, y ahora que al sur tampoco podemos ir. Tú estás intentando dirigirnos a algún sitio en concreto. A una trampa.

El coche condujo en un silencio tenso hasta que Johanna dijo, alzando la voz:

—Es verdad. No me fío. Sigamos hacia Chicago.

Leo la miró con ojos tristes, pero ya no era su gesto de cachorrillo habitual. Había un cansancio en su expresión.

—Bien, hija, me gusta que seas sensata. —Deena asintió.

Johanna bajó la cabeza.

Se le perdía la vista por la ventana, viendo más coches pasar,

dejando atrás casas y calles, cada vez más espaciadas según se alejaban del centro de Milwaukee. Solo había salido de la pequeña ciudad para hacer una excursión escolar a una de las últimas granjas de ganado vivo que quedaban en el país. Lo único que recordaba de aquel lugar es que olía a heces.

Dirigió la mirada al mapa que brillaba en el parabrisas. El punto luminoso que era su coche se dirigía recto hacia el sur, por una carretera que empezaba a verse más dejada y vieja cuanto más la recorrían. Justo en medio de su camino hacia Canadá, antes de girar en la ruta en dirección este, estaba Chicago. Una salpicadura de luz en el cristal. Una esperanza en forma de ciudad.

5

—Esto no me gusta —dijo Deena, mirando hacia atrás por la luneta del coche.

—¿Qué ocurre?

—¿Ves ese vehículo negro que tenemos detrás? —Se lo indicó a Johanna con un gesto de la cabeza, sin señalarlo—. Cuidado, no hagas movimientos raros. Creo que nos está siguiendo.

Johanna se giró para observarlo. Era cierto, le sonaba haberlo visto antes por la ventana, a la salida de Milwaukee. Era un coche particularmente grande, de color negro entero, incluso los cristales. No se veía a través.

—¿Estás segura, mamá? ¿Serán policías?

Leo miró también por la ventana.

—Puede ser —dijo, mordiéndose el labio—. Pero ese no es un vehículo normal de patrulla. Parece más de una Agencia federal.

—No les miréis demasiado —dijo Deena, cortante—. Aunque no les veamos a través del cristal, ellos sí que pueden. Y estarán pendientes de todo lo que hagamos. Hace ocho años logramos evitarlos, a ver si esta vez también.

Johanna contempló el vehículo un momento más y se volvió hacia su madre.

—Pues parece un coche muy rápido, uno de esos Kawame de nueva generación. ¿Por qué no nos han arrestado ya, si de verdad son agentes? ¿Para qué querrían seguirnos? Podrían adelantarnos y echarnos fuera de la autopista en un momento, si quisieran…

Deena no respondió; tenía la cara en una mueca pensativa y los dedos le volaban sobre el panel de mando de la IA.

—Vale —dijo, soltando las manos de los controles—. Vamos a probar una cosa.

El paisaje empezó a correr más despacio por las ventanillas. La voz de acero fino del autoconductor anunció que la aceleración estaba descendiendo, pero el coche no torció hacia el carril de velocidades bajas.

—Quiero ver si, quedándonos en este carril y yendo lento, el vehículo negro nos adelanta. Si no lo hace, querrá decir que nos

está siguiendo.

—Se están acercando —dijo Leo, con la mirada fija en el morro reluciente del coche negro—. Aún están fuera del rango de control de la IA, si es que lo tienen. Todavía podemos acelerar.

—No. Hay que comprobar si nos siguen o no. Si los veis disminuir la velocidad o si empiezan a maniobrar para adelantarnos, avisadme.

Deena tenía una mano sobre la pantalla, suspendida un par de centímetros en el aire encima del indicador de velocidad. Ninguno de los tres pronunció palabra. Tenían los ojos clavados en aquella mole negra y cuadrada, casi más un tanque que un automóvil, que poco a poco iba acortando distancias.

La IA autoconductora habló, y Leo y Johanna dieron un respingo.

—Aviso de proximidad de un vehículo oficial. Se recomienda ceder el paso o cambiar a modo automático.

Deena no aceleró, ni se cambió de carril para dejarles pasar. El coche solo se acercaba más y más, sin frenar y sin indicar ninguna maniobra.

—Se está arrimando mucho —dijo Johanna. Los faros delanteros le empezaban a molestar en la vista—. Por favor, mamá, acelera ya.

El vehículo siguió aproximándose. A Deena le temblaba un poco la mano que tenía en tensión sobre el panel de mandos. En la carrocería negra se veía reflejado su propio coche, de color gris claro, y las caras de Leo y Johanna asomados a la luna de atrás.

—Colisión inminente —dijo la IA con una dulzura desacorde—. Pasando a modo automático de seguridad.

Entonces ocurrieron dos cosas.

El coche de Deena viró a la derecha, en un giro limpio y preciso de cuarenta y cinco grados como solo podía hacerlo un autoconductor, hacia el carril de velocidades lentas.

Y el vehículo negro frenó en seco, justo al mismo momento. Johanna vio chispas salir volando de las ruedas eléctricas por la fuerza de la frenada.

—Maldita sea —dijo Deena, mirando perpleja a la carretera—. ¿Qué está haciendo?

Se quedó ahí, quieto, en medio del carril, como si les observara con dos ojos penetrantes que eran los faros. A Johanna le recordaba a uno de aquellos animales salvajes de las películas, al rostro de una pantera que se preparase para saltar sobre una víctima con el morro humeante de aliento cálido.

—No se mueve —dijo, mientras se alejaban lentamente de allí—.

No entiendo nada.

Se preguntaba qué aspecto tendrían las personas que hubiera dentro, qué estarían haciendo, si les estarían mirando o no. No podía saberlo. No podía verlo. El cristal negro y opaco les robaba toda la humanidad.

Y entonces arrancó de nuevo.

No hubo tiempo de pensar.

—¡Acelera! —gritó Deena a la pantalla, tocando el mando de velocidad, presionando los botones del modo manual, señalando en el mapa la carretera para cambiar de carril—. ¡Rápido!

—¿Qué está pasando? —dijo Johanna, mirando cómo el coche se les volvía a acercar.

—No lo sé. Pero nada bueno.

Pese a las prisas de Deena, sin embargo, el vehículo negro retomó su camino con aparente tranquilidad. De hecho, se mantuvo detrás de ellos, a una distancia prudencial, suficiente para verlo por la luneta. No aceleró más que su propio coche, aunque podría haberlo hecho. Y cuando ellos aumentaron la velocidad, pareció que les imitaba, pues guardó exactamente la misma separación que antes.

—Mierda —dijo Deena.

Leo asintió, cabizbajo.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo Johanna, que miraba alternativamente el cristal trasero y el mapa del delantero, con nerviosismo—. ¿Sabéis por qué está haciendo eso?

—Sí. —Leo le puso una mano en el hombro—. Sea un vehículo oficial o no, nos está siguiendo, y ahora es seguro.

—Y, además —dijo Deena—, quiere que lo sepamos.

Desde entonces, cualquier pequeña distensión que pudiera haber habido en el coche desapareció. Los tres quedaron alerta, incapaces de separar la vista de la ventanilla mientras pasaban por la antigua costa del Míchigan. En algunas zonas se había convertido en acantilados al despejar la roca del lecho seco, y en otras parecía una sucesión de playas eternas que continuaban siendo arena hasta el horizonte. Las nubes aborregadas, mechones de algodón pegados en el cielo, corrían raudas hacia atrás por las ventanillas, y empezaban a teñirse de naranja y malva en el este. La unión de aquella belleza tranquila y de la angustia que les causaba el coche que los seguía era una mezcla curiosa, como un café muy cargado y muy dulce.

Las afueras de Chicago empezaron a escurrirse poco a poco entre el campo de un verde lechoso; surgían casas aquí y allá, cada vez más altas, cada vez más numerosas y más grandes. Los rascacielos y

rascasuelos brotaban por todas partes; algunos llenos de vida, otros abandonados en una previsión demográfica que acabó saturando asilos y vaciando ciudades. La urbe era de un tamaño descomunal, y al adentrarse en ella, al ver el marcador luminoso de su coche perderse entre el brillo de la capital de Illinois, Johanna tuvo la impresión de que Chicago se los estaba comiendo, tragando enteros, sin masticar.

Y detrás de ellos, a modo de postre, al vehículo negro.

6

¿Se había hecho de noche tan pronto, o era que los rascacielos tapaban la luz del sol? En cualquier caso, las farolas que bordeaban las calles ya se habían encendido. Johanna miraba, embelesada, el reflejo de las luces en los miles de cristales que tachonaban edificios más grandes que el cielo entero. Casi olvidaba por un instante todo lo que había ocurrido aquel día, dejándose llevar por la metrópoli radiante, entreverada con callejones oscuros que asomaban sus bocas a la carretera.

—No ha dejado de seguirnos, ¿verdad? —preguntó Leo.

Se iban turnando, involuntariamente, para hacer la misma pregunta. Cada vez que doblaban una esquina o que se metían en un atasco, uno de ellos acababa preguntándolo, tarde o temprano. Y la respuesta era invariable.

—No.

No solo eso, sino que parecía estar acortando distancia, de manera imperceptible. La última vez que miraron lo recordaban más lejos. Y ahora no estaba acelerando, pero sí más cerca. Estaban rodeados de vehículos por los cuatro costados; la autopista que cruzaba la ciudad se había llenado de personas yendo o volviendo del trabajo, o a casa, o simplemente moviéndose. Es lo que hacían las ciudades: moverse. Latir, como inmensos corazones, por las venas que eran sus calles, que bombeaban flujos de luces de faros rojas y blancas, y de transeúntes veloces. Aun en medio del tráfico, podían distinguir perfectamente aquel coche tras ellos, como agazapado sobre sus cuatro ruedas.

¿De verdad podían?

Porque a Johanna le pareció de pronto confundirlo con otro coche que había surgido de un callejón lateral, también con forma de tanque y del mismo color. Pero no; ahí estaba el vehículo que les llevaba acechando desde la salida de Milwaukee, seguía en el mismo sitio, solo que el otro se le parecía mucho y estaba a su misma altura. De hecho, casi diría que eran iguales. También tenía las lunas tintadas de oscuro. Y aquello no era normal.

—Mirad —les dijo a Leo y a su madre, señalando los dos coches

que iban, parejos, detrás de ellos—. ¿Creéis que…?

—Parece otro vehículo oficial —dijo Leo, con una mueca en los labios—. Me da mala espina. Ya os dije que Chicago estaba lleno de agentes…

Deena no habló; se quedó mirando a ambos coches con aquellos ojos de lumbre a punto de prender. Al frenar ante un semáforo, la luz roja tiñó su cara a través del cristal, y realmente parecía que fueran a empezar a arder en cualquier momento.

—Hay —dijo, después de un rato— bastantes vehículos entre ellos y nosotros. Todos estamos parados en el semáforo. Si pudiera conseguir que se quedasen aquí, a la altura de este cruce, y salir corriendo antes de que se vuelva a poner en verde…

La luz cambió de color. Los coches a ambos lados de Deena arrancaron. Pero el suyo no; se quedó quieta, esperando.

Empezaron a pitar bocinas a su alrededor. Incluso oían algunas voces airadas. Deena mantuvo la mano en el freno y la mirada al frente.

La luz cambió de verde a ámbar.

Y Deena aceleró.

—¡Toma ya! —gritó Johanna, apretando el puño mientras miraba por la luneta—. ¡Se han quedado ahí parados!

—Jo —dijo Leo, con la voz queda, teñida de algo que, definitivamente, no era la alegría de haber dejado atrás a sus perseguidores—. Creo que deberías mirar hacia delante.

Johanna se giró.

Al principio no vio nada. Solo un montón de luces que la cegaban y no le permitían distinguir bien la carretera. Eran los faros de muchos coches, normales y corrientes, como los que llevaban acompañándoles en el tráfico todo el viaje. Pero había algo que no cuadraba.

Aquellos faros eran blancos.

Y las luces traseras de un coche no eran blancas, sino rojas. Esta vez había algo blanco donde debería haber rojo.

Estaban todos en fila, ocupando los diez carriles de la autopista, parados frente a ellos, con las luces encendidas y deslumbrantes como los focos de un escenario. Y todos eran negros, y enormes, y cuadrados como carros blindados.

—Mierda —dijo Deena—. Mierda, mierda, mierda.

Arrancaron al unísono, un zumbido eléctrico que atravesó la calle y les quemó los oídos. Iban directos hacia ellos, una ola radiante de metal que no dejaba escapatoria. No había espacio entre coche y coche, como si fueran uno solo, un ciempiés con ruedas;

tampoco podían ir hacia atrás, donde serían arrollados por el tráfico.

Pero ¿y a los lados? Las callejuelas oscuras que se abrían a ambos márgenes de la carretera parecieron, de pronto, una salvación.

—¡Por ahí! —gritó Johanna, casi echándose encima de su madre para cambiar la dirección, con el torso sobre los asientos—. ¡A la izquierda!

El autoconductor hizo un giro perfecto, casi rozando el morro de los primeros coches que se les abalanzaban. Y entraron en el callejón, que era apenas lo suficientemente grande para su propio vehículo, lo que significaba que aquellos tanques no iban a poder seguirles.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Leo, mirando atrás con los ojos muy abiertos—. Aunque no quepan aquí, se bajarán y nos perseguirán a pie. ¡Estamos perdidos!

Deena frenó bruscamente. En la oscuridad apenas lo habían visto, pero el callejón desembocaba en la parte trasera de un bloque de oficinas. No podían continuar.

—Ahora —dijo, apagando la IA y hablando por encima de su voz metálica de despedida— toca correr.

Aquello habría sonado más factible si Johanna no hubiera tenido aquella figura de potrillo recién nacido, alta y delgada pero tremendamente torpe; y lo mismo se podía aplicar a Leo, salvo que en formato extragrande a lo alto y a lo ancho.

Salieron del coche a trompicones y lo dejaron atrás, tropezando con sus propios pasos, el corazón repicándoles en los oídos. Se escuchaban gritos en la boca de la calle, ladridos de órdenes difusas. Johanna se palpó el bolsillo del pantalón, comprobando que la carta de su padre seguía allí; se la guardó en la ropa interior para que no se le cayera. Para que, si la atrapaban, no fuera lo primero que encontrasen.

—¡Corre, hija! —gritó Deena, que ya les sacaba ventaja y estaba intentando forzar la puerta, a patadas, de lo que tenía pinta de ser el garaje de aquel enorme edificio—. Leo, ayúdame. Dale un golpe con los hombros.

—¡No, Leo! —dijo Johanna, llegando hasta allí ya falta de aliento—. ¡Deberías esconderte! Así no te encontrarán. Ya has hecho más que suficiente por nosotras…

Deena dejó de golpear la puerta y la miró, con una mueca que aunaba decepción y rabia.

—Sigue siendo nuestro rehén, ¿o es que se te ha olvidado? —

dijo—. Puede que sea nuestra única posibilidad de huir. No pienso dejar que se vaya.

—Esta gente no es de la comisaría de Milwaukee, señora Lowe —dijo Leo—. No les serviría de nada, a no ser que fuera hijo del mismísimo Ulysses Wagner.

El retumbar de pasos a sus espaldas les hizo eco en las costillas, y Deena dio una patada furiosa a la persiana del garaje que dobló el metal en dos.

—Pero ¿queréis correr? ¿No veis que ya vienen?

Y, efectivamente, el clamor de voces y pisadas se les venía encima; bajaron la rampa del garaje, y según torcían una curva, Johanna vio cómo una multitud entraba por la cochera y se bañaba en la luz espesa del techo.

Todos vestían uniforme azul marino, con chaqueta y corbata; llevaban el pelo corto, visores de cristal y electrolas en las manos.

—¡Ahí están! —gritó uno de ellos.

La habían visto rezagarse.

Se abalanzaban tras ella, una veintena o más de individuos, mientras más allá, al fondo del garaje, Deena comprobaba con desesperación que la puerta para acceder a las oficinas estaba blindada. No había cantidad suficiente de golpes que pudiera darle para romperla. Solo les quedaba seguir descendiendo hacia las plantas inferiores del aparcamiento, pero también allí encontrarían, tarde o temprano, un camino cortado bajo tierra.

Aun así, Deena corrió hacia la bajada, esquivando vehículos y pilares. A sus espaldas, Leo la seguía, y Johanna iba detrás, con el resuello pegado al cielo de la boca. Tropezó, como si fuera de trapo, con el morro saliente de un coche al torcer una columna.

—¡Leo! —gritó Deena, al ver que su hija perdía el equilibrio—. ¡Ayúdala! Si la pierdo a ella también, te hago pedazos.

Johanna logró ponerse en pie por sí sola antes de que Leo la alcanzase.

Pero no antes de que lo hiciera un hombre de traje azul.

Sintió que el brazo se le torcía hacia atrás, con brusquedad tremenda, tocando el dorso de la mano con la espalda.

—¡Mamá! —gritó; y luego volvió a gritar, pero ya no era mamá ni era nada, sino un aullido incomprensible de dolor.

El hombre que tenía detrás la sujetaba con fuerza, y sus intentos vanos de escapar ni siquiera la movían un centímetro del sitio.

Y entonces el dolor paró, y el agarre desapareció; Johanna alzó la mirada para ver a su madre, que había saltado sobre el hombre que la sujetaba y estaba rompiéndole la nariz a puñetazos.

Salpicaban gotas de sangre sobre su cara, y sus rizos, y el cuello de su blusa, y era toda ella un cuadro expresionista en rojo sobre negro.

—¡Corre, Johanna! ¡Corred! —gritó, y en ese momento otro hombre la cogió del cuello y la derribó, pero ella siguió gritando—. ¡Marchaos!

¿Adónde iban a correr? Estaban rodeados. Tres personas sujetaban a Deena contra el suelo, y ella aún se debatía; el resto cercaba a Johanna y a Leo en un círculo, con ellos dos espalda contra espalda en el medio, que iban estrechando.

—Leo, yo no… No quería, lo siento… —balbuceó Johanna—. Siento haberte metido en esto…

—¡No! Lo siento yo, Jo. Si no hubiera avisado a mi padre, todo esto no estaría pasando…

Se le cortó la frase, y el aliento, y el labio contra un puño. De repente, Leo estaba tumbado en el cemento, con la rodilla de un hombre en la espalda y la mandíbula aprisionada por su brazo. Al otro lado, un agente disparaba una bala eléctrica contra Deena y esta caía desplomada. Johanna notó la angustia crecer en su pecho. Era la siguiente.

—¡Esperad! —gritó, levantando las manos, mirando a los ojos a un hombre de tez clara y pecosa, que se acercaba a ella, amenazante—. Iré con vosotros. Haré lo que me digáis.

Aquel hombre parecía confuso por su falta de resistencia. Volvió la cara hacia una mujer. Johanna no se había percatado de su presencia hasta entonces, pero allí estaba, a la retaguardia de todos, observando desde la puerta del garaje; tenía el pelo corto, rubio ceniciento, la mirada fría, y galones dorados adornando su traje. Ella asintió y él se encogió de hombros.

La cogió por las muñecas.

Y, en un movimiento fluido, le clavó una jeringuilla en el brazo.

7

Johanna parpadeó. La luz blanca la hirió; cerró los ojos con fuerza. En su cabeza retumbaban martillazos. *Pum-pum. Pum-pum*. No, no eran martillazos.

«¡Me late el corazón! Menos mal, no estoy muerta.»

Qué pensamiento más tonto. Pero si la gente no moría.

Náuseas, de pronto.

Y recuerdos.

Al abrir los ojos de nuevo, casi esperaba ver allí, en aquella habitación, también blanca, el cadáver, como una mancha roja con forma de padre.

Pero lo que vio fue un mundo girado sobre su eje. Todo lo vertical era horizontal, y viceversa. Paredes blancas sobre paredes blancas con esquinas volteadas. Johanna estaba tumbada en el suelo, con media cara boca abajo, pegada a las baldosas de frío acero.

Se levantó poco a poco, entumecida. Las trenzas de raíz que llevaba se le habían clavado en la cabeza, al estar echada sobre ellas. Le dolía el hombro y los pies, pero logró girarse y mirar alrededor.

Ahogó un grito.

Tirados en el suelo, a su espalda, como un fardo oscuro y uno claro. Ahí estaban.

—¡Mamá! —gritó, y la voz le supo amarga; gateó hacia ella—. ¡Mamá, despierta!

Deena tenía los ojos cerrados, uno de hinchazón y hematoma; si no fuera por aquello, juraría que estaba solo dormida, pero en el pliegue del codo tenía la misma marca de aguja que ella misma.

—Mamá… —La agitó del hombro, muy suavemente. Deena dio un quejido tenue, más bajo que su aliento, sin volver en sí. Nunca la había visto así; vulnerable, frágil, sin esa armadura invisible que llevaba puesta siempre.

Al otro lado estaba Leo, con el labio roto. No estaba tan descompuesto como su madre, no se habían ensañado con él; desde luego, no con la ira que movía a los hombres para cebarse con una

mujer que les plantase cara.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había visto a su padre muerto, tirado en el sótano, con el cuerpo intacto salvo por la herida en el cuello? ¿Cuánto, desde entonces hasta ahora, hasta ver a su madre también tendida en un suelo blanco distinto? Se miró la pantalla braquial, que seguía incrustada en su brazo. Eran las tres de la madrugada. Llevaban horas allí. Fríos, desmadejados, sedados, encerrados.

Parte de ella, una parte cruel, le quiso sugerir que era su culpa. Que, si ella no hubiera existido, si sus padres no la hubieran tenido —no; creado—, nada habría pasado. El mundo seguiría normal, sin muertes, sin persecuciones, sin vidas que eran un delito en sí mismas.

También sería fácil echarle la culpa a Leo. Recriminarle a un niño grande y asustado que llamase a su padre al ver que el mundo se le venía encima. O incluso a su madre; si le hubiera hecho caso, si no hubieran seguido el camino hacia Chicago…

¿Y qué? ¿Acaso culparles, o culparse a ella misma, les sacaría de aquí? ¿Les iba a servir para abrir la puerta de aquella sala o para revivir a su padre? No hacía falta ningún culpable. Hacía falta no rendirse.

Miró a Leo. Estaba tumbado boca arriba, con los brazos extendidos. Tenía la piel casi tan blanca como el suelo. Se le había deshecho la coleta y se le metía el pelo rubio en los ojos. Se acercó.

—Leo —dijo, apartándole un mechón de la cara—. Leo, ¿me escuchas?

Juraría que se había movido un poco al oírla, pero no pudo comprobarlo. Porque al otro lado de la puerta oyó con claridad unos pasos firmes resonando en las baldosas de metal, y el sonido del sensor del cierre.

Johanna se tiró al suelo, cerró los ojos y contuvo el aliento. Alguien entraba en la sala. Oteó bajo sus pestañas para mirar qué ocurría, levantando los párpados lo mínimo posible.

Varios pares de zapatos negros muy pulidos al lado de sus ojos. Eso era todo. No, no lo era; en el marco de la puerta, una figura femenina, con traje azul y galones…

—¿Es ella la científica? —dijo la mujer, y su voz era un diapasón de hielo.

—Sí —respondió uno de los dueños de los zapatos—. La hemos identificado como Deena Lowe.

—Bien. La interrogaremos a ella primero. Lleváosla.

Aunque Johanna no mirase, oyó a su madre quejarse cuando la

alzaron, inconsciente. Se mordió la lengua y se obligó a respirar despacio, sin hacer ruido, y a tragarse la rabia.

La puerta se cerró con un golpe seco antes de que Johanna abriese de nuevo los párpados. Los pasos se alejaron y todo se quedó en silencio de nuevo.

«Adiós, mamá —pensó, y quiso alejar de su mente el ojo morado de Deena, y recordarlo mejor abierto, negro y llameante—. No me voy a rendir. Eso me lo enseñaste tú.»

Un gemido pequeño, desde el otro lado del cuarto, la hizo levantarse. Leo se agitaba, aún medio desmayado.

—¡Leo! —gritó, pero en voz baja, un susurro fuerte más que otra cosa—. ¡Levántate! ¡Arriba!

Johanna puntuó las frases con sacudidas de hombros, cada vez más vigorosas, hasta que la siguiente voz no salió de sus propios labios, sino de los de él. Un alarido de sorpresa.

—¡Leo! Tranquilo, Leo, no pasa nada…

—¡Jo! ¿Dónde…? —empezó él, y tuvo que parar porque comenzó a toser.

—No lo sé —le dijo Johanna, mirando a su alrededor—. No sé dónde estamos. En una cárcel, supongo. Pero nos ha traído aquí esa gente de traje azul, la que nos seguía. Estaba también mi madre, y se la han llevado. Querían interrogarla, me ha parecido escuchar.

—Uf —dijo Leo—. Un interrogatorio de una Agencia federal… No sé yo…

Johanna tragó saliva.

De pronto, un ruido metálico en el techo, como un peso cayendo a plomo, cortó el silencio; ambos miraron hacia arriba, dando un respingo. La lámpara embebida en la baldosa de acero oscilaba un poco, como si le hubieran dado un golpe.

—Quizá deberíamos hablar más bajo —dijo Johanna, ojeando el techo, y luego la puerta, por si alguien venía—. Nos van a oír.

—Qué más da. Si somos los siguientes.

Johanna se dejó caer sentada contra la pared, al lado de Leo. Era verdad.

—Tengo miedo, Jo —dijo él, llevándose las manos a la cara—. Tengo mucho miedo.

—Leo… Yo no… —Se cortó a sí misma y volvió a empezar—. A ver, mira, cuando vengan, les dices que eres el hijo del comisario Rivers. Que eres tú quien le avisó, y que te saquen de aquí. Que no tienes nada que ver con todo esto. Y no te pasará nada.

—Ya me ha pasado algo.

—Escucha, lo digo en serio —dijo, mirándole a los ojos—. Tú no

tendrías que estar aquí. Estoy segura de que en cuanto se lo digas, dejarán que te vayas a casa.

Leo suspiró.

—Eres demasiado inocente, Jo.

—Pero ¡si no has tenido nada que ver con esto! ¡Si hasta te hemos llevado a la fuerza como rehén! Eres la víctima, no un cómplice, y se darán cuenta enseguida. Seguro que cuando interroguen a mi madre lo sabrán.

—Puede ser… —dijo Leo, con la mirada perdida en las lámparas y la rejilla del techo—. Pero ¿y qué pasará contigo?

Si su propia existencia era un delito y a la vez un arma, no iba a acabar bien la cosa. Fuera esta gente quien fuese, y le hicieran lo que le hiciesen, no sería agradable; de eso tenía la certeza. Querrían, como le había dicho su madre, taparlo a toda costa. Tapar su existencia, tapar su creación, taparlo todo para que nadie supiese que había un arma con corazón y con nombre andando por las calles, ni que su sangre era la bala que había matado a su padre.

—No quiero saberlo —dijo Johanna, y se sentó recta contra la pared.

Al cambiar de postura, notó algo rozar contra su cadera. Lo palpó y el alivio le colmó el pecho cuando recordó que había guardado en su ropa interior el sobre de su padre. El mapa de Chicago se correspondía con el mismo que había visto en el coche, aunque el texto de la carta seguía siendo igual de incomprensible: instrucciones en fórmulas matemáticas y químicas, y un mapa de lo que parecían túneles subterráneos. Era típico de su padre creer que cualquiera entendería su galimatías mental, le pasaba hasta al hablar…

No. No era típico de su padre. Nada podía ser típico de alguien que ya no existía. A su cabeza se le olvidaba tenerlo en cuenta. Tonta, más que tonta.

Un momento.

¿Y si no estaban en Chicago? Nada le aseguraba que aquella habitación blanca estuviera en la ciudad. Podían habérselos llevado en esos coches negros a cientos de kilómetros de distancia hasta quién sabía dónde. Tenía que comprobarlo. ¿Habría conexión en aquel agujero? Tal vez estaban bajo tierra, donde la señal de los satélites no llegaba bien. A lo mejor por eso sonaban golpes en el techo.

Se remangó la camisa vaquera que llevaba puesta para acceder a la braquial. Al encenderla, notó el drenaje de energía que producía el aparato en su cuerpo. ¿Cuántas horas llevaba sin comer? Desde

antes del examen no había probado bocado. No debería usar mucho la pantalla, o empezaría a sentirse mareada pronto.

—¡Seguimos en Chicago! —anunció, con una pequeña sonrisa.

—¿Dónde, exactamente? —preguntó Leo—. Puedo consultar el plano policial de mi padre y ver si encaja con algún centro…

—Déjame ver. —Acercó el mapa que le brillaba en el antebrazo.

Estaban en el corazón de la urbe, en pleno centro. La braquial le indicaba que la densidad de población de aquella zona era inmensamente alta; estaban rodeados de rascacielos y de rascasuelos hirvientes como hormigueros. Chicago era un ser de luz palpitante que abarcaba la antigua costa del lago Míchigan y se extendía por su lecho, derramándose por la cuenca desierta.

Y allí, en el medio, estaba el punto que indicaba su posición.

Leo se llevó las manos a la cara.

—¿Qué pasa?

—Sí que encaja… Coincide justo con un edificio oficial de la lista —dijo Leo, entre sus dedos—. La Agencia Federal de Protección Genética.

—No puede ser —dijo Johanna—. Esa es…

—Sí. La mayor de todo el país. La que se encarga de que nadie repita el crimen del profesor Milton Roosevelt.

A Johanna se le había pasado por la cabeza mandar un mensaje por la braquial pidiendo ayuda, pero ¿a quién? ¿A alguna de sus amigas de clase? ¿Y meterlas en un lío como a Leo, o peor? Definitivamente, no podrían hacer nada por ella. Y la braquial estaba chupándole cada vez más energía del cuerpo; debería apagarla ya, si no quería volver a desmayarse.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —dijo, palpando y mirando las paredes, como si fueran a revelarle una manera de salir de aquel sitio—. ¡Escucha! Oigo algo.

Apoyó la oreja en el acero frío.

—No sé. Tal vez nunca salgamos de aquí…

—Leo, por favor, cállate un momento —dijo Johanna.

Oía pasos que se acercaban, y algo que parecían ruedas corriendo sobre el metal. Y voces, de fondo, amortiguadas y bajas. Reconoció el tono grave y vibrante de su madre, aunque no distinguía las palabras, y le ardieron los ojos de alivio.

Pero apretó los puños. Se le clavaron las uñas en las palmas de las manos.

Y las lágrimas no fluyeron.

—Leo, van a entrar —dijo, forzando su voz llorosa a recuperar el tono—. Tienes que decírselo. Diles que eres su aliado, que tú le

contaste a la policía lo que pasó. Aprovecha ahora. Podrás salir de aquí, estoy segura.

Leo asintió y se incorporó junto a ella.

—Que entren —dijo, en un aliento corto—. Voy a intentarlo.

Y los pasos llegaron hasta la puerta. Johanna se irguió cuan alta era; si había alguna ventaja física en ella, era esa, y no pensaba desaprovecharla. Tenía el cuerpo entero en tensión, esperando y temiendo cualquier cosa.

Sonó el sensor.

Una lasca de pared se deslizó, y por la abertura entraron tres personas.

Una de ellas era la mujer blanca del traje con galones bordados, del pelo corto, rubio y recto como su mirada. Iba en primer lugar, y le seguía un hombre uniformado que empujaba una silla de ruedas.

En ella, sentada, con las muñecas y los tobillos sujetos al metal de la estructura, estaba su madre.

Deena tenía un ojo abierto y el otro entrecerrado, con el párpado hinchado de un violeta brillante. Miraba fijamente, como si quisiera traspasarla, la cara de su hija. Tenía el rostro lavado y relucía, moreno y suave; le habían dado ropa nueva y limpia, sin sangre. No parecía más herida que cuando se la llevaron. Pero algo en su expresión le gritaba a Johanna: «Peligro». Algo en la lumbre de sus pupilas la quemaba por dentro.

La mujer rubia habló primero.

—Han despertado. Bien —dijo, con la voz tan crispada como el gesto—. Eso nos ahorra tiempo. Me llamo Philippa Nielsen. Pertenezco a la Agencia Federal de Protección Genética. Soy la capitana del escuadrón asignado a su caso. No teman; si cooperan, todo irá bien. La señora Lowe es testigo de ello.

Deena asintió, sin desviar la vista de Johanna ni un instante.

—Capitana Nielsen —interrumpió Leo—. Yo quiero cooperar con ustedes. No soy cómplice de esto. Déjeme explicarle…

—Ah —dijo ella, cortante—, Leonard, ¿no? Me agrada oír eso. Así será más fácil. No, no hace falta que se mueva. Le traerán otra silla enseguida. No se preocupe.

El agente que estaba a su lado se marchó, con un saludo marcial a la capitana Nielsen, al oír esas palabras. Ella continuó.

—Como comprenderá, Leonard, no podemos permitir que salga de aquí, al menos de momento. Posee información sensible y además es un peligro para la salud pública. Pero se le tratará con dignidad y respeto. Hay otra persona aquí como usted, y…

Johanna se fijó entonces en que su madre no solo la estaba

mirando, sino que además estaba articulando algo con los labios, con movimientos lentos y deliberados. Philippa Nielsen no lo veía; estaba hablando con Leo, y tenía la cara vuelta hacia él. Deena parecía querer decirle, sin pronunciar palabra:

«Hazme caso».

Sí, estaba casi segura de que era eso. Johanna asintió. El corazón le latía en los oídos.

Regresó el hombre de antes, arrastrando una silla de ruedas igual que la de su madre, acompañado de una agente con su mismo traje azul.

—Bien, Leonard, es hora de acompañarnos —dijo Philippa, haciendo un ademán hacia la silla—. Despídase de su hermana.

—¿Qué? —dijo Leo, de pronto confuso—. No es mi hermana.

—Hijo —dijo entonces Deena, con una voz dulce, llorosa y afectada que no era la suya—. No te pelees con Jo, por favor. Puede que no la vuelvas a ver nunca más…

Johanna miró a su madre.

Deena tenía el rostro torcido en una mueca de tristeza, como si estuviera a punto de llorar, pero sus ojos seguían perfectamente secos. Y estaban clavados en los suyos.

«Hazme caso.»

—No tengas miedo, Leo, cariño —dijo Deena, volviéndose hacia él. Aquella suavidad en sus palabras le resultaba ajena, repulsiva, sangrante—. No van a hacerte daño. Aquí nadie se aprovechará de tu inmunidad. Solo quieren protegerte para que no te hagan nada los terroristas…

Johanna consiguió no abrir la boca de puro asombro, por algún milagro. ¿Cómo había logrado convencer a nadie de que Leo era hijo suyo? Había visto pocas personas con menos parecido entre sí que ellos dos; ella era una mujer negra y compacta, él un hombre blanco y altísimo. Pero si a ella misma la habían construido pieza a pieza, con sus genes elegidos para la ocasión, no sería imposible sacar ese mismo aspecto de su padre, también blanco y rubio.

Cruzó una mirada con Leo. Una mirada en la que vio el terror pintado en sus ojos y el desconcierto. Una mirada que se volvió acusadora cuando él la oyó hablar.

—Sé fuerte, hermano —dijo Johanna, y la palabra le supo a veneno en la lengua—, sé fuerte. Te echaré de menos.

—¡No! —gritó Leo, y casi se abalanzó sobre ella—. ¡No!

El cañón de una electrola chocó contra su pecho, deteniéndole.

—Leonard, ha dicho que colaboraría —dijo la capitana Nielsen, acariciando el gatillo—. No nos lo haga más difícil. No lo pague con

su familia.

A Leo se le desencajó la cara.

—¡No son mi familia! ¡Esta gente no es mi familia!

Philippa parecía molesta por aquel estallido. Frunció los labios con disgusto.

—Sea por las malas, entonces —dijo, haciendo un gesto con la mano libre—. Procedan, agentes.

El hombre moreno y la mujer gruesa de traje azul se acercaron a Leo, mientras la capitana no dejaba de encañonarlo.

—¿Qué vais a hacerme?

No respondieron.

—Mire, señor Lowe —dijo Philippa, aproximándose a él, tan cerca que podía verse reflejado en sus ojos castaños—. Tiene usted dos opciones.

Philippa Nielsen metió la mano libre en el bolsillo y sacó de él una jeringuilla de cristal, cargada de un líquido transparente. Se la acercó igual que el arma.

—¿Qué…?

—En la mano derecha tengo mi electrola reglamentaria, modelo Shepherd —dijo la capitana Nielsen, levantando aquella mano y haciendo brillar el acero a la luz—. En la izquierda, el mismo anestésico que les administramos para traerles aquí. Usted decide si uso una, la otra, o ninguna, para convencerle de que coopere con nosotros.

Consiguió apartar la vista de las manos de Philippa Nielsen y mirar a Johanna. Todo se veía distinto en aquel lugar, en el otro extremo del cañón de la pistola.

Iba a cooperar.

Claro que iba a cooperar.

Se lo iba a contar todo; todo lo que había visto en la carta, todo lo que sabía. Ya no tenía claro si para que le soltaran lo antes posible, o por pura represalia.

—No hará falta nada de eso —dijo, con la voz temblona—. Colaboraré.

Philippa asintió.

—Gracias por su buena disposición, Leonard. Por desgracia…

—¡No! ¡Por favor! —chilló, mirando a la capitana Nielsen mientras le cogían del brazo.

—Por desgracia, el protocolo no permite el traslado de prisioneros conscientes y sin restricciones físicas. Sería un riesgo de fuga.

Philippa Nielsen le miró a los ojos mientras le apuntaba al pecho

con la electrola y le tendía a un agente la jeringuilla. Apenas notó el pinchazo. La conciencia le voló demasiado rápido, como si alguien le atase un globo de helio al cerebro, y sintió como en un sueño que lo cogían a pulso, lo depositaban en la silla de ruedas sin ceremonia y le cerraban las esposas de metal alrededor de las muñecas y tobillos.

—¡Leo! —gritó Johanna. Un agente empujó la silla de Leo hacia la puerta, y también la de Deena—. ¡Mamá!

—No se preocupe, señorita Lowe —dijo Philippa, volviéndose hacia ella—. Su madre recibirá tratamiento médico de inmediato para ese ojo amoratado. Y su hermano también, tras hacerle unas preguntas. En breve vendremos a interrogarla a usted. Podrá verlos más tarde.

La puerta de la sala se deslizó para cerrarse, y Johanna se quedó dentro, de pie.

Un instante antes de que se sellara la abertura, oyó un golpe que venía del techo, justo encima de su cabeza. Retumbó, metálico, a través de las paredes y del suelo, y a través de ella misma, hasta que lo confundió con el latido de su propio corazón.

8

La anestesia le soltó en una sala de interrogatorios blanca, como todo en aquel edificio, aunque sin dejar de nublarle la cabeza. Atado de pies y manos a la silla de ruedas, Leo esperaba. Esperaba que la capitana no tardase mucho más en regresar; se había marchado con unas muestras de sangre que le había tomado, y debía aprovechar aquel momento. Tenía que contárselo todo con detalle. Antes había conseguido articular algunas frases, pero entre que no le había creído y que estaba más bien poco elocuente, habían caído en saco roto.

Entonces se abrieron las puertas de la sala, de par en par, chocando contra las paredes. Philippa Nielsen entró con un tubo de ensayo colmado de rojo en una mano, una pantalla en la otra, y una mirada como un alambre de espino en los ojos.

—Explíquese —dijo, plantándole el cristal ante la cara; en él brillaba un texto del que destacaban las primeras frases, en una fuente más grande.

«Hematimetría. Inmunidad al gen Alpha: negativo. Inmunidad al gen Omega: negativo.»

Leo respiró hondo.

—Capitana, intenté contárselo —dijo—. No soy yo a quien están buscando. Es Johanna quien es inmune.

El ceño de Philippa se frunció más de lo que había creído posible. Aun así, su voz siguió sonando impasible cuando dijo:

—Continúe.

—Le digo la verdad. ¡Ni siquiera soy su hermano! Me llamo Leonard Rivers. Soy amigo de Johanna, y fui a su casa, y encontramos muerto a su padre. Le había dejado una carta diciendo que ella era inmune a un gen y que por eso su sangre podía matar a la gente…

La capitana se apartó bruscamente de él y chasqueó los dedos.

De ambos lados, a la espalda de Leo, surgieron los cuatro agentes que habían estado vigilando en el interrogatorio. Todos estaban armados.

—Vamos. Ahora mismo, a la celda de contención —dijo la

capitana Nielsen. Se acercó a uno de los agentes—. Usted, lleve al señor Rivers. Es posible que haya que usarle para convencer a la señorita Lowe.

¿Usarle para convencer a Johanna? Ninguno de los posibles significados de esa frase era muy halagüeño. Corrieron, volaron por los pasillos. El agente empujaba su silla con tanta fuerza que el dolor en su costado aumentó.

Llegaron ante la puerta de la sala donde habían estado encerrados. El sensor midió los rasgos faciales de Philippa con un pitido suave.

Luego, se deslizó para abrirse.

Y en el interior, en medio de la celda blanca y desierta, había solo una cosa: la tapa del conducto de ventilación del techo, tirada en el suelo.

9

Había personas que entraban en la vida de uno sin que se diese ni cuenta, que se colaban en ella cuando no se estaba atento y, de pronto, estaban ahí, como si lo hubieran estado siempre. También había personas que irrumpían en la vida de uno de manera rimbombante, con truenos y campanas de acompañamiento que anunciaban su presencia.

Elsie era una de las segundas, por supuesto.

Justo en el momento en que Leo y los agentes se marcharon, Johanna vio desprenderse un tornillo y rodar por el suelo. Y luego, otro. Y otros dos más.

Y después, una placa de metal con barrotes, y una chica montada encima de ella como en una tabla de surf, que resonó en la celda entera al caer sobre Johanna desde el techo.

Johanna había hecho lo indecible por no gritar. Se había tapado la boca con ambas manos y mordido la lengua. Había respirado hondo y tratado de calmarse. Había esperado a que la chica se pusiera en pie, se sacudiera el polvo de su inmensa melena rizada y hablase.

Y lo primero que le dijo esa chica diminuta y sonriente, que apenas le llegaba a la altura del pecho, toda ojos enormes y pelo alborotado, fue:

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos?

Había intentado contestar. O preguntar algo. Pero la boca se le abría y se le cerraba sola, como un pez tragando agua; y aquella chica, aquella incógnita con patas, debió de darse cuenta de su confusión, porque añadió, con una vocecilla aguda:

—Las preguntas para luego, ¿vale? Ahora nos vamos, que nos van a pillar. Venga, ¡aúpame!

Johanna miró hacia la puerta, casi esperando que entrase de nuevo la capitana Nielsen en cualquier momento. Pero, racionalmente, si no había ocurrido ya, eso no iba a pasar. Su madre le había dado lo único que podía darle: tiempo. Un regalo maravilloso.

No sabía quién era esa chica. No sabía su nombre, ni de dónde

venía, ni por qué había aparecido en su celda a través del techo como un meteorito con rizos castaños. No sabía adónde llevaba el conducto de ventilación que le señalaba, dando saltitos para que la cogiese a hombros y así poder subirse al boquete del techo.

Pero había otras cosas que sí sabía. Como, por ejemplo, que no podía quedarse allí.

Así que Johanna dijo:

—Sí, vamos.

Y se arrodilló para que la chica se le subiera a los hombros y alcanzase los bordes del respiradero.

—¡Ponte de puntillas! —gritó ella, intentando encaramarse; Johanna lo hizo, y consiguió sujetarse a un saliente—. ¡Bien! Ahora tienes que dar un salto y agarrarte tú. ¡Te ayudo!

La chica estaba agazapada a un lado de la abertura y se asomaba, como un monito de ojos saltones. Había un reborde al que Johanna podría agarrarse.

—¿Quieres saltar de una vez? —dijo la chica, con un gesto enfurruñado que nadie sería capaz de tomarse en serio—. ¡Yo te cojo, tranquila!

Qué más daba. Si se caía y se abría la cabeza, tanto mejor, así no estaría consciente para ver lo que harían con ella los de la Agencia. Tenía que intentarlo.

Y saltó.

Se sorprendió a sí misma; debía de ser que la altura y el largo de las piernas sí tenían algo que ver con cuán alto alguien saltaba. Le resbaló la mano al agarrarse, pero lo volvió a intentar. Le quedaron ambas manos cogidas a sendos extremos del canal de ventilación y las piernas colgando en el aire. Por desgracia, la fuerza de sus brazos para subirse era casi inexistente; conseguía meter los hombros en el hueco, pero no pasaba de ahí.

Entonces notó un tirón en la cabeza, en todo el cuero cabelludo; la chica aquella, agachada en el conducto, le estaba tirando de las trenzas como quien saca agua de un pozo.

—¡Ay! Pero ¿¡qué haces!? —gritó Johanna—. ¡Suéltame!

—¡Te estoy… —tiró con más fuerza, y Johanna sintió que le arrancaría las trenzas si seguía haciéndolo—… ayudando!

—¡Así no! ¡Se van a romper! —Ella la soltó por fin—. ¡Prueba a cogerme del pecho!

La chica la observó un momento y luego se tumbó boca abajo en el conducto, plantando ambos pies en las paredes para hacer fuerza. Le pasó los brazos bajo las axilas y tiró de ella hacia arriba, con una energía de la que no habría creído capaz a una persona tan

pequeña.

Cuando Johanna finalmente logró subir al respiradero, tenía las trenzas sueltas, el torso magullado y el cuerpo entero calado de sudor.

—Bueno —dijo, jadeando, recuperando el aliento—. ¿Me vas a decir por lo menos quién eres y qué está pasando?

—¡Ah, claro! —dijo la chica, y empezó a gatear por el conducto —. Soy Elsie. De camino te cuento. Pero primero hay que alejarse. Corre, ¡vamos!

Johanna resopló, pero se limitó a seguirla.

Y la siguió. La siguió y siguió por un laberinto de tubos metálicos en los que las palmas de sus manos y sus rodillas resonaban como un concierto de gong, y que solo podía esperar que hiciera menos ruido fuera del respiradero que dentro. De vez en cuando giraban a la derecha o a la izquierda; Johanna se fijó en que había unas marcas pintadas en las esquinas, y parecían estar hechas con el pintalabios que llevaba Elsie puesto.

—Por lo menos —dijo Johanna, al cabo de un rato de silencio incómodo—, dime por qué me has rescatado.

—Porque cabías por el túnel —dijo Elsie, soltando una risita—. ¡Ese tío enorme que estaba contigo en la celda no habría cabido!

Johanna farfulló:

—¿Así, sin más? Pero ¿cuánto tiempo llevabas mirando por la rejilla? ¿Rescatas a todo el mundo que te encuentras que mide unas dimensiones concretas, o…?

—¡A ver! —dijo Elsie, riendo más fuerte, con un eco en el conducto—. Pues supuse que, si te había metido la Agencia en la celda de contención, era por algo, ¿no? ¡Los agentes no van metiendo ahí dentro a la gente que se cruzan por la calle porque sí! Seguro que hay un motivo. Manipular genes, buscar la fórmula de la mortalidad… Alguna cosilla de esas. ¿Me equivoco?

—No demasiado —dijo Johanna, y esta vez fue ella quien se rio entre dientes, aunque sin ganas—. Pero ¿cómo sabes eso?

Elsie no contestó en un rato, y cuando lo hizo fue críptica.

—Tengo unos amigos muy majos. Por eso estoy aquí.

—¿Y no me puedes contar más?

—No —dijo Elsie, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Y tampoco puedo contarte adónde vamos! Aún no, al menos. Vas a tener que fiarte de mí… ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Johanna. Llámame Jo, si quieres.

—¡Jo, entonces! Más corto. —Se dio la vuelta y le tendió una mano blanca. En comparación con la suya era minúscula, apenas le

cubría la palma—. ¡Encantada, Jo! Vamos, sígueme, que ya queda poco.

Johanna palpó la carta de su padre en su bolsillo mientras gateaba e intentó, sin mucho éxito, no pensar en su madre y en Leo. En que pudieran hacerles daño cuando descubrieran que se había ido. Que Deena les había mentido.

—No puedo dejarles aquí —murmuró—. ¿Qué será de ellos? ¿Y si les torturan? Les van a interrogar, van a encerrarles…

—Escucha —dijo Elsie—. Si todo sale bien, a lo mejor podemos volver a por ellos. Pero primero hay que salir de aquí, así que sígueme.

Johanna asintió, confusa. ¿Si todo sale bien? Volver a por ellos, sí, pero ¿cuándo? ¿Quiénes? Le faltaba información por todas partes. Aun así, imitó a Elsie, apoyando las palmas de las manos y las rodillas justo en las junturas entre reja y reja de un tramo abierto, para no hacer ruido; se le clavaban los tornillos, pero contuvo el aliento.

—Oye, Jo —dijo Elsie, cuando lo hubieron pasado—. Cuéntame, ¿por qué os han atrapado? A tu madre, a ti y a ese tiarrón rubio.

Los ojos azules de Elsie parecían los de un búho, inquisitivos y enormes. Estaba segura de que aquella pregunta no era casual, ni mucho menos. ¿Qué debía contarle? ¿La verdad? ¿Parte de ella? ¿Nada? ¿Cuánto sabía ella realmente, siquiera?

—Bueno… Mi madre es científica. Doctora en ingeniería genética. Mi padre también lo era.

Le dolió pronunciar ese verbo en pasado. Se fijó en que Elsie alzaba sus cejas espesas cuando lo dijo.

—¿Y estaban… —preguntó, con el soniquete de quien ya conoce la respuesta— investigando *algo*?

—Sí. Cómo regresar a la mortalidad.

Elsie soltó una risita, dando una palmada.

—¡Lo sabía! Ya decía yo que algo tenía que ver todo esto con la lucha contra la inmortalidad, para que os hubiera metido ahí la Agencia. ¿Y ese rubiales quién es? ¿Otro científico?

—No, no —dijo Johanna, riendo también—. Es mi amigo, Leo. Nos delató a la policía.

—Pues ¡vaya amigo! ¿Por qué quieres rescatarle?

—No fue a propósito… Tenía miedo…

—Bueno, da igual —dijo Elsie, negando con la cabeza, haciendo ondear sus rizos como grandes muelles castaños—. La cuestión es que, si nos son útiles, a lo mejor podemos rescatarles en el futuro. En realidad, hoy no había venido para rescatar a nadie, ¿sabes?

—No, no sé. Y estaría bien que me contases a qué has venido y por qué estás aquí, la verdad —dijo Johanna.

—A ver, ya te he dicho que tengo un grupo de amigos que están interesados en el tema. Ellos mismos te contarán quiénes son, probablemente, cuando salgamos de este tubo sanas y salvas. Pero la cuestión es que hay una persona muy importante en este edificio. Una a la que sí tenemos que rescatar, cueste lo que cueste.

Johanna dejó de gatear y se quedó parada, en silencio.

Elsie había hablado de «serles útiles», en referencia a que sus padres fueran científicos que investigaban el modo de acabar con la inmortalidad. Había mencionado un grupo de amigos interesados en ello.

Y estaban en Chicago.

—Elsie —dijo Johanna, sacando del sobre de su bolsillo un papel doblado—, ¿a tus amigos no les sonará esto?

Lo desplegó ante su mirada azul y alerta. Era un mapa de una red de túneles, que la propia Johanna no entendía, como los datos del resto de la carta de su padre. Solo comprendía que estaba en algún lugar de Chicago, como indicaba la leyenda, y que al final del laberinto se abría un espacio en blanco con dos letras griegas en el centro.

«A Ω.»

Alpha y Omega.

Y al ver aquello, a Elsie se le abrieron aún más, imposiblemente más, los ojos enormes, y le arrancó el papel de las manos con la rapidez de un gato cazador.

—Pero —dijo, casi tartamudeando, cambiando la vista entre Johanna y el mapa, una y otra vez—, pero ¿tú sabes lo que es esto? ¿Cómo tienes tú esto?

—Me lo dio mi padre —dijo Johanna, y pensó en añadir las palabras «al morir», detrás de aquellas, pero no lo hizo—. Me dijo que era un mapa para encontrar a unos amigos suyos que podrían ayudarnos.

—Jo, creo que… —dijo Elsie, devolviéndole el papel, arrugado del tirón que le había dado—. Creo que tu padre y yo tenemos los mismos amigos.

Johanna soltó el aliento que contenía. Y sonrió, genuinamente, y su sonrisa fue una media luna reluciente que iluminó el túnel en el que estaban. Así se sentía la esperanza. Se había materializado en la forma de una chiquilla diminuta y alegre, de ojos y melena enormes y todo lo demás pequeño, y Johanna quiso abrazarla con todas sus fuerzas. Pero en vez de hacerlo, dijo:

—Gracias, Elsie.

—¡Oye! ¿Gracias por qué? ¡Creo que tú también tienes que explicarme a mí muchas cosas, eh!

—Vale, vale —rio Johanna, al verle la carita de frustración—. Pero primero háblame tú de tus amigos. Que creo que serán los míos también en breve, ¿no?

Elsie chasqueó la lengua.

—Bueno —dijo, haciendo un mohín—. Vale. Algo sí que debería explicarte. A ver, por dónde empiezo…

Y se lo contó. Le contó, en un susurro apremiado, y omitiendo datos por si había micrófonos, que pertenecía a un grupo que buscaba la forma de reparar el genoma humano, de revertirlo al estado mortal. Lo llamaban «el Ágora», en referencia a las plazas públicas de la antigua Grecia donde los ciudadanos discutían los problemas sociales para intentar solventarlos. En el Ágora había científicos, y médicos e ingenieros, y toda clase de gente, todos luchando por aquella causa prohibida, por evitar un destino de Decadencia eterna al que estaban condenados desde hacía trescientos años. Lo habían fundado y lideraban dos personas que solo eran conocidas por los alias de Alpha y Omega, coincidentes con los nombres de los genes que se habían modificado para hacer inmortal a la humanidad.

Cada palabra de Elsie era para Johanna un vaso de agua helada. Calmaba su sed de información, sí, pero le encogía el estómago y descolocaba aún más el mundo de su eje. Revertir al ser humano a un estado mortal significaba matar. No serían muertes violentas y repentinas como la de su padre, sino lentas, impredecibles y naturales como las de cualquier ser vivo, pero eran muertes, al fin y al cabo.

Aunque cualquier cosa sería preferible a la Decadencia. Al horror de estar encerrada en las paredes de su cerebro durante toda la eternidad.

10

—Hoy venía en una misión de reconocimiento para el Ágora —continuaba hablando Elsie, sin dejar de gatear hacia delante—. De madrugada, que es cuando menos guardias hay. Para tantear el terreno y ver cómo rescatar a alguien muy importante para nosotros.

Johanna quiso preguntar, pero Elsie la interrumpió apenas abrió la boca:

—No, no te puedo decir quién. Pero el día que la rescatemos, a lo mejor podemos sacar de aquí también a tu madre y a Leo. ¡Ya es un riesgo enorme contarte todo esto! Menuda bronca va a echarme Alpha. Tú, cuando lleguemos a la base, no sueltes el papel ese y diles que te lo dio tu padre, y quién era y todo, que así nos sacas de un lío a las dos.

Llegaron entonces al final de un túnel, cortado ante ellas. No había conductos a la izquierda ni a la derecha; solamente, sobre sus cabezas, en el techo, una tapa redonda.

—¿Es por ahí? —dijo Johanna, señalándola. Elsie asintió.

—¡Eso es! Ahora hay que escalar. ¡Espero que se te dé mejor que antes!

Johanna contempló cómo Elsie desenroscaba la tapadera con ambas manos, tirando de un asa, tan hábil y rápida que ni se atrevió a ofrecerle ayuda.

La tapa se desprendió, revelando un tubo del ancho justo para que Johanna cupiera, y con amplio espacio para Elsie. A lo largo de los lados había agarraderas en forma de escalerilla, en los que apoyar manos y pies para ascender hasta la luz, vaga y azulada, que se adivinaba en lo más alto.

—¡Yo voy primero! —dijo Elsie, enganchándose a los asideros como un titÍ saltarín, brincando de uno a otro.

—¡Espera! —dijo Johanna, mientras trataba de seguirla.

Fue más sencillo que salir de su celda, porque podía ir colocando los pies en la escalerilla para sostenerse, pero aquel conducto era interminable. La luz que asomaba por la abertura se veía aún muy lejana, incluso cuando ya hubieron recorrido bastante camino y

empezó a notarse cansada.

—¡Jo! —gritó Elsie desde arriba—. ¡Vamos! ¡Ya casi llegamos!

—Voy, voy —dijo Johanna, intentando que no le resbalasen los dedos ni las suelas de las botas—. ¡No soy tan rápida como tú! Ni tampoco soy fuerte. Mi madre sí lo es, habría subido hasta ahí en un santiamén. Debería haberle hecho caso y haber entrenado con ella…

—Hala, así que tu madre es científica y atleta, qué chulo —dijo Elsie, colgando de una sola mano y balanceándose, esperando a que subiera—. ¿Y tú también lo eres?

—No… Pero quería serlo. Quería estudiar ingeniería genética como ella. Ayer hice el examen para entrar a la universidad.

«Ayer el mundo era un lugar distinto», pensó.

—¿En serio? —dijo Elsie, y arqueó las cejas por la sorpresa—. Pero¿cuántos años tienes entonces?

—Tengo dieciocho.

A Johanna le pasaba algo curioso; y era que, siendo tan alta y de piel tan oscura, desde muy pequeña se la había tratado como una adulta. La inocencia, la pureza se asociaba con las mejillas sonrosadas de un rostro blanco, con la imagen de un querubín rubio y pálido; a quienes no cumplían ese prototipo se les negaba la infancia, en mayor o menor medida. Prácticamente desde la pubertad, o antes, quienes no la conocían habían calculado mal su edad, y le habían echado desde veinte años hasta doscientos, y todo el rango intermedio.

Era lo normal que, al no envejecer la gente hasta llegar la Decadencia, una persona pareciese tener treinta y sobrepasar la centena; cuando alguien llegaba a su plenitud vital, ya no había diferencia entre uno y otro, y era indistinguible de sus padres o sus abuelos. En cuanto a los niños y adolescentes, su desarrollo tenía lugar sin trabas hasta alcanzar la madurez. Era entonces cuando quedaban estancados en el tiempo, pues sus células no envejecían hasta hacerlo de golpe al cumplir los dos siglos.

Y Johanna, incluso cuando no había terminado de crecer, había vivido ciertas situaciones confusas. Al principio lo veía gracioso; se sentía halagada de que alguien pensara que era una adulta cuando solo tenía trece años, por ejemplo. Pero cuando el trato adulto empezó a incluir a hombres opinando sobre su cuerpo, o diciéndole obscenidades por la calle, o intentando aprovecharse de ella, dejó de serlo. Aquel era un motivo más para no salir de casa, para quedarse estudiando y haciendo caso a sus padres.

Por eso estaba acostumbrada a decir su edad con resignación, y

a encontrar una respuesta sorprendida, o incluso airada, de hombres que creían que estaba mintiendo para quitárselos de encima. O peor, cuando se les ponía aquel gesto, aquella sonrisa húmeda, al saber que era mucho más joven de lo que pensaban.

Por eso no se esperaba que Elsie se echase a reír.

—¡Venga ya! —dijo, entre risa y risa—. ¡No me lo puedo creer!

—Pero ¡bueno! ¿Tan increíble te parece?

Elsie asintió vigorosamente.

—Es que… —dijo, sin poder parar de reírse—. ¡Es que eres más pequeña que yo! ¡Yo tengo veinticinco!

La imagen de la diminuta Elsie diciendo que alguien era «más pequeña» que ella misma le resultó tan cómica que Johanna no pudo contener una sonrisa.

—Pues ¡si te digo que Leo tiene mi misma edad…!

Las carcajadas les duraron justo lo suficiente como para no caerse de los asideros. A veces, llorar y reírse eran cosas muy parecidas, y ambas servían para hacer de drenaje a las emociones del corazón.

—Bueno —dijo Elsie, cuando ya se hubieron calmado y lograron seguir ascendiendo—, entonces, si tú no eres científica ni nada, ¿por qué te atrapó la Agencia?

Tal vez fue por las risas, con las que liberó la tensión del cuerpo, que la pregunta la pilló desprevenida. O, tal vez, simplemente, Johanna no sabía muy bien qué responder; aún no era consciente de su propia valía.

—Porque soy inmune al gen Alpha.

Y a Elsie se le soltaron las manos de la sorpresa, y resbaló por el tubo.

Su cuerpo chocó contra el de Johanna, unos metros más abajo, que consiguió sujetarla con sus brazos y piernas.

Elsie parecía aturdida, pero no del golpe, aunque había sido fuerte y había provocado un ruido tremendo. No se había hecho daño. Miraba a Johanna con la boca abierta y el aliento contenido, y con el gesto hecho añicos, descompuesto. Le temblaba la voz cuando habló.

—Tienes que estar de broma.

Pasó la vista a Johanna de arriba abajo, como si esperase ver una prueba de lo que decía grabada en su piel, en sus ojos, en su figura entera. Incrédula y entusiasmada a la vez, Elsie murmuraba:

—Joder… joder joder joder joder… —Lo repetía para sí, apenas dándose cuenta de que lo decía en voz alta—. Y, además, el gen Alpha… Joder…

Johanna tomó aliento y se tapó la boca con un puño, con la mano que no tenía asida de la escalera. Miró hacia abajo, hacia arriba, pero no había escapatoria, y sonaba en su cabeza su propia voz llamándola tonta, ingenua, despistada. ¿Qué clase de arma bobalicona iba por ahí anunciándolo, sin pensar en que habría quien querría utilizarla?

Entonces, bajo sus pies, al fondo del tubo por el que habían trepado, algo las interrumpió.

Sonidos de voces y pasos sobre metal, aún lejos, pero que se acercaban.

—Mierda —dijo Elsie, y dio un salto para agarrarse de nuevo a los asideros—. Me he distraído. ¡Tenemos que salir ya! Corre. Corre, ¡vamos!

Johanna se recolocó y siguió ascendiendo, mucho más despacio que Elsie, que trepaba veloz, casi volando entre asa y asa.

Los ruidos, aún apagados en la distancia bajo ellas, se hacían poco a poco más fuertes, y distinguía algunas palabras.

«Ha ido por aquí.»

«Se nos escapa.»

—¡Jo! —gritó Elsie, desde unos cuantos metros más arriba que ella, con una desesperación en la voz que se la hacía aún más aguda —. ¡Vamos! ¡Por favor! ¡No pueden atraparte!

Johanna, con la vista fija en los asideros a su derecha y su izquierda, tenía la sensación de que, si dejaba de concentrarse en ellos por un solo instante, le resbalarían los dedos y caería por el tubo irremediablemente.

No podían atraparla. No podía desperdiciar el sacrificio de su padre, ni la lucha de su madre, ni el arrepentimiento de Leo. Pero a Elsie parecía importarle aquello aún más que a ella misma.

—Si hace falta —decía, acercándose a Johanna y ayudándola, tirándole de los brazos para que fuera más rápido—, me quedo yo a despistarles y tú escapas. ¿Lo pillas? Si nos cogen, sales corriendo y yo les distraigo.

—Pero —dijo Johanna, casi sin aliento por la subida frenética— ¿por qué…?

—Bueno, vale, te lo voy a decir. Porque a quien íbamos a rescatar de aquí era una persona como tú, una que es inmune al gen Omega, que tienen aquí encerrada. Porque todos los esfuerzos del Ágora se dedican a eso. A buscar a alguien inmune.

Johanna desvió la mirada de sus manos mientras ascendía y se cruzó con la de Elsie. En los ojos de Johanna, negros como espejos, se reflejaban los de ella.

«Una persona como yo», se dijo, notando la boca demasiado seca para hablar. Había más armas con forma de ser humano escondidas en los arcones perdidos del mundo. Y había una organización clandestina que quería encontrarlas.

—Por eso tienes que salir tú de aquí, Jo, sí o sí, aunque yo no lo consiga —dijo Elsie, agarrándola aún más fuerte de los antebrazos para hacerle subir; le dolía al hacerle presión en la pantalla braquial —. Espera, ¿esto es…? ¿Llevas puesta una braquial?

Johanna asintió. La luz del exterior ya entraba en el túnel, pero los pasos y voces retumbaban a sus pies cada vez más fuertes.

—Sí, ¿por?

—Porque —dijo Elsie, y se asomó por fin al borde del conducto —, menos mal que me he dado cuenta a tiempo. ¿No ves que te están localizando con ella?

La misma función que le había permitido a Johanna comprobar que seguían en Chicago, usarla para calcular su posición en el mapa, podía realizarse a la inversa. Con mucha facilidad.

—¡Normal que nos hayan encontrado tan rápido! —dijo Elsie, resoplando—. Como llegásemos a la base con eso puesto, adiós muy buenas…

Por fin, el ascenso se acabó, y el tubo desembocó en un espacio abierto. Las nubes, de un violeta pálido, estaban pintadas de rojo al este. El sol amanecía; las bañó a ambas de dorado mientras se ponían en pie sobre la cima de un altísimo rascacielos de acero y cristal. En sus fachadas convexas se adivinaban ventanas y barandillas, blancas, al igual que todo el edificio entero.

Estaban en la terraza de la sede principal de la Agencia de Protección Genética.

Igual que el resto de Agencias, como la Agencia de Bienestar Climático, que perseguía el uso de contaminantes abusivos para que la temperatura del planeta no subiese aún más, era un organismo federal público, plenamente integrado en la estructura del Estado. En concreto, su objetivo era preservar el genoma humano tal y como estaba. Era decir, en su estado inmortal. Y buscar y capturar a personas que fueran un riesgo para el mismo.

Y, hasta hacía bien poco, a Johanna aquella le había parecido una labor necesaria, en pro de la humanidad, de que no se muriera la gente como hace siglos, de que no dejasen de existir las personas tras apenas un centenar de años. Una forma de afianzar la conquista sobre la muerte.

Pero, por supuesto, aquello protegía también su mayor miedo: la Decadencia. Y convertía a su familia en criminales horribles, y a

Johanna en una cabeza nuclear que debía ser escondida para proteger al mundo.

—¡Elsie! —dijo, oyendo que por el conducto abierto se aproximaban sus perseguidores—. ¿No deberíamos irnos? ¿No era que no podían atraparme?

—Estoy… —dijo Elsie, y sacó de su mochila una pistola negra y pequeña. Johanna la observó con preocupación—. Estaba, mejor dicho, buscando esto. ¡Mira, ven, vas a ver qué divertido!

Elsie se acercó a la abertura y se asomó. Las voces se hicieron más fuertes; los agentes que venían tras ellas la habían visto.

—¡Holaaa! —gritó alegremente, y apuntó con el arma hacia abajo. Algo brilló en la oscuridad del tubo—. Sabéis lo que es esta electrola, ¿no? ¡Es una de vuestras armas, de las reglamentarias! ¡Me la ha prestado Terrence!

Johanna estaba de pie a su lado, casi sin atreverse a mirar más por el hueco del conducto. No quería verles la cara. Pero lo hizo, a pesar de todo. Si las cogían, no quería que fuera por sorpresa.

Había dos agentes de traje azul escalando por la parte de arriba, agarrados a las asas de acero, y podía divisar más personas agolpándose en el tubo a sus espaldas. El cielo se reflejaba en sus visores de cristal, y no les distinguía los ojos.

—Si os entregáis ahora —dijo un hombre desde dentro del tubo, y su voz resonó con un eco grave—, no os haremos daño.

—Me temo que no —dijo Elsie, riendo—. Se siente. ¡Otra vez será!

Apretó el gatillo.

Y un destello azul brotó del cañón de la pistola, acompañado de dos agujas unidas a un cable, que se clavaron en la carne blanda de las mejillas del agente más cercano a ellas.

La descarga eléctrica fue instantánea. Sonó un chispazo agudo como el sonido de un hueso partiéndose en dos. Todos los músculos del cuerpo de aquel hombre se agarrotaron; sonaron gritos quedos en el interior del hueco, antes de que el voltaje llegase al resto y quedasen también paralizados.

Entonces, Elsie bajó el arma y la descarga cesó.

El rostro del agente, con dos agujeros chamuscados en los carrillos, estaba contorsionado en una mueca de pánico. Cayó hacia el fondo del túnel, arrastrando consigo a sus compañeros.

—¡Ahora, vámonos! —dijo Elsie, y recogió el cableado y la pistola en un movimiento rápido, como un paso de baile—. Espera; primero, una cosa. Esto no te va a hacer mucha gracia, Jo, pero es necesario.

La cogió del brazo izquierdo y le remangó la camisa. Allí, la braquial apagada brillaba como un espejo en su piel.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Johanna, aún mirando temerosa al agujero del que habían salido, esperando que en cualquier momento emergiera de allí un agente medio electrocutado.

Le habría gustado gritar, lamentar lo que les había pasado a aquellos agentes, pero no tenía energía para hacerlo si quería seguir adelante. ¿Era así como se sentía su madre, así de impasible? ¿Y Elsie? ¿Tampoco sentía nada después de haber disparado a varias personas con la electrola?

—No grites, ¿vale? Te va a doler un poco —dijo Elsie.

Y le clavó, en la rendija donde la pantalla reluciente se hundía en su piel oscura, el filo de una navaja.

11

—¿Cómo que el escuadrón entero? —dijo Philippa Nielsen, acercando aún más la cara a la braquial—. ¿Los diez agentes?

—Sí, capitana —dijo una de sus lugartenientes. Su voz sonaba nerviosa a través de la pantalla—. Perdimos el contacto con sus dispositivos a las siete horas y cinco minutos en el conducto de mantenimiento de la azotea. Todos ellos a la vez.

Philippa suspiró. No podía haber sido aquella chiquilla sola. Hasta Deena Lowe se había sorprendido al contarle lo de la fuga. Alguien la estaba ayudando, y sospechaba quién o quiénes podrían ser.

No había casualidades en el mundo. Y si el Ágora estaba aquí, era por algo. No podía haber coincidido que uno de ellos estuviera infiltrado en su sede el mismo día que capturaban a un presunto sujeto inmune al gen Alpha. Sobre todo, después de que el agente Terrence Day les traicionase y se uniera a los terroristas el mes anterior.

Desde entonces, toda su información estaba comprometida.

El Ágora conocía sus puntos fuertes y flacos, entre ellos el más importante: Laura Snyder. Y ahora estaban intentando llevarse a Lowe antes de haberla podido poner a buen recaudo.

—Que alguien vaya a buscarlos y los lleve a la clínica. Mientras tanto, desplieguen los escuadrones restantes. Todos los que están bajo mi mando, incluso los de reserva —dijo, y vio en su pantalla a la lugarteniente asentir—. Inmediatamente. Y no despeguen el ojo del localizador de Lowe. Iremos todos hacia ella.

Colgó la conexión. Se apretó los párpados con las yemas de los dedos hasta ver luces formarse en el interior.

—Crane —dijo, contactando con su especialista en ingeniería genética—. ¿Tiene a Snyder bajo control? Es importante que esté bajo máxima vigilancia.

La pantalla braquial le mostró el rostro de Taylor Crane, con su piel tostada y sus bucles morenos sobresaliendo del corte de pelo militar. Crane era una persona excéntrica, cuando menos, pero su labor era excelente, y su pericia con el genoma humano, innegable.

—Está en su célula desde ayer al mediodía —dijo Crane, y giró el brazo para que Philippa viera a Snyder en el receptáculo a su espalda—. Nadie ha entrado en el perímetro de seguridad. Los vigilantes están alerta. Nada de lo que preocuparse.

Eso no era cierto. Siempre había algo de lo que preocuparse. En ese preciso momento, de la llamada entrante de su lugarteniente. Colgó a Crane.

—Capitana, hemos localizado a Lowe en una terraza del piso superior. Parece estar descendiendo por la fachada exterior. No le deben de quedar muchas fuerzas, pues la señal de su braquial es débil. Sus agentes están listos.

Perfecto.

—Comunique las órdenes: los escuadrones II a V irán con equipos de sujeción a parar su descenso —dijo Philippa, con un tono de voz claro y firme como una campana de cristal—. Y los escuadrones VI a X irán por el interior del edificio hasta la terraza en la que se encuentre. No pierdan de vista su posición.

Nada más cortar el contacto, se dirigió al ascensor del ala izquierda. No iba a dejar que sus agentes se enfrentasen solos a lo que encontrasen allí. Al fin y al cabo, habían dejado fuera de combate a diez de sus mejores oficiales. Podía ser el Ágora entera, esperándoles en la terraza, armada hasta los dientes. De hecho, esperaba que lo fuese. Ojalá estuviera allí el traidor de Day.

—Capitana —le saludó uno de sus agentes del escuadrón VII, cuando Philippa llegó al piso indicado—. Estamos a sus órdenes para entrar a la terraza. Ha descendido dos plantas desde que la localizaron. No deberíamos esperar más.

—Tiene razón, agente. Vayamos, pues —dijo Philippa Nielsen.

Dio la orden. Sacó su electrola y se arrimó a la puerta. Los escuadrones que se descolgasen por las ventanas llegarían más tarde, pero había que actuar ya si querían atraparles.

Tomó aliento.

Sus agentes también.

La puerta se abrió con el golpe de hombro de su lugarteniente. El amanecer, entrando por las ventanas, les cegó un momento. Sus ojos se adaptaron a la luz. Recorrieron la sala con la mirada y con los cañones alzados de sus armas.

Y Philippa Nielsen volvió a sentir lo mismo que aquella madrugada, cuando Johanna Lowe había desaparecido de su celda sin dejar rastro.

Colgando en la barandilla de la terraza, atada a una cuerda, pendía una pantalla braquial ensangrentada.

12

Johanna no había tomado nunca un avión. ¿Por qué iba a hacerlo, si jamás había salido de Milwaukee? Alguna vez había fantaseado con ello, se había preguntado cómo se sentiría al verse suspendida en el cielo, pero sus padres le habían insistido siempre en que era muy peligroso, que no debía volar bajo ninguna circunstancia.

Tal vez, precisamente por eso, el terror que sentía ahora era tan intenso.

Si soltaba los brazos de la espalda de Elsie, se precipitaría al vacío más de cien metros.

—¡Disfruta del momento, Jo! —decía Elsie, balanceándose entre terraza y terraza como si de verdad tuviera alas en vez de un arnés de seguridad anclado al ático—. ¡Piensa que estás volando!

—¡Ya lo hago! —gritó Johanna, y entreabrió los párpados solo una pizca, para volverlos a cerrar con fuerza—. Pero ¡es horrible! ¡Esto está muy alto!

Veía la carretera a sus pies, ondulando como un río gris y apoyado en pilares, con miles de afluentes que eran calles y callejones uniéndosele a intervalos. Desde aquella altura, los vehículos eran manchas de colores zumbando al pasar. Y los edificios que las rodeaban partían el horizonte en pedazos.

—¡Agárrate fuerte ahora! —gritó Elsie, apoyándose en una barandilla.

Clavó los dedos en el arnés de Elsie, al notar que tomaba impulso, y sintió que los pulmones se le salían por la boca con aquel salto al vacío. Le dolía el antebrazo, rígido y en tensión, de donde habían arrancado su pantalla; se le había empezado a manchar de sangre la manga de la camisa, y al secarse estaba pegándose a la herida en carne viva.

Abrió un poco los ojos cuando se posaron sobre otra terraza y logró tomar aliento.

—¡Ánimo! —dijo Elsie, girando la cabeza para mirarla—. ¡Ya solo nos quedan unas diez plantas!

¿Se atrevía a mirar hacia abajo directamente? ¿Y si miraba y de la impresión se le soltaban las manos? Las apretó más fuerte, por si

acaso, mientras Elsie se balanceaba atrás y adelante para impulsarse.

Justo abrió los ojos en el peor momento, en el instante exacto en que se precipitaban al suelo a una velocidad pasmosa, antes de que el arnés y la cuerda de sujeción tirasen de ellas hacia arriba y sintiera su tensión en el cuerpo.

—Venga, venga, que ya casi estamos —canturreó Elsie, bajando esta vez de planta en planta, saltando de una barandilla a la inferior como si tuviera muelles en los talones—. ¡Joder! ¡Mira!

—¿Qué…?

Arriba, en la cima del edificio, que desde donde estaban ya empezaba a verse imponente y alta —¿tanto habían bajado?—, se adivinaban unas figuras humanas, muy cerca de donde tenían anclada su cuerda.

Elsie dio un salto más grande que los anteriores. Ya estaban a la altura de un bloque de pisos normal y corriente; de pronto, atravesaron el aire una vez más, y Johanna sintió que el estómago se le quedaba enganchado a la terraza, y se encontraron colgadas a una distancia de la calle que era incluso razonable. Aquella vista le recordaba a cómo se veía el suelo desde el tejado de su propia casa. No debían estar más arriba que unos dos o tres pisos. Respiró hondo. Se había pasado el mal trago más rápido de lo que pensaba.

Y entonces la tensión de la cuerda desapareció, y la vio pasar a sus espaldas, cortada y deshilachada, hasta el suelo.

—¡Suéltame, Jo! —gritó Elsie—. ¡Cógete a la terraza, rápido, que sin cuerda no puedo aguantar tu peso!

Desprendió la mano derecha de la espalda de Elsie para alcanzar el agarradero. Tenía la palma sudorosa y se le resbaló de la barandilla de acero un par de centímetros; los suficientes para que el corazón, cuando por fin se agarró al borde de la terraza, se le quisiera salir del pecho a base de latidos.

—¿Qué ha pasado? —dijo, entre jadeos e intentos de recuperar el aliento.

—Nos han cortado la cuerda desde el tejado. Qué susto —dijo Elsie, que ya había conseguido auparse al balcón, e intentaba ayudar a Johanna a hacer lo mismo, cogiéndola del torso—. No sé si nos han visto caer o no…

—¿Se te ocurre alguna forma de bajar? —preguntó Johanna, que había conseguido por fin meter toda la longitud de su cuerpo dentro de la terraza—. Porque… tengo una idea.

Johanna tiró del cabo que aún llevaba atado al arnés, enrollándolo entre sus manos como una madeja gruesa y negra.

—Si lo atamos a esta barandilla, a lo mejor nos da para bajar estos tres pisos que quedan —dijo, tendiéndole a Elsie el cable ovillado—. ¿No crees?

—Uf. —Elsie lo cogió entre sus manos, sopesándolo—. Es arriesgado, ¿eh? ¡Venga, vale!

Johanna nunca había conocido a nadie cuya primera reacción al ver que algo era un riesgo fuese tomarlo alegremente, con tanta energía y ganas. A lo mejor Elsie era tan pequeña porque tenía toda la vivacidad del mundo concentrada en su cuerpecillo.

—Eso sí —dijo Elsie, cogiendo el largo de la cuerda y midiéndolo contra la pared—, probablemente el último piso tengamos que saltarlo sin nada, ¿vale? Voy a hacerla más corta de lo necesario.

—¿Por qué?

—Porque, si la hago más larga que lo que tenemos que bajar, aunque sea por un centímetro, nos haremos polvo contra el suelo.

Cuando Johanna se asomó a mirar la distancia que las separaba, tuvo que esconder la cabeza rápidamente. Un escuadrón de agentes patrullaba frente a la sede de la Agencia.

13

Philippa Nielsen estaba furiosa. No se le notaba en la cara, más allá de su expresión perpetua de impasividad helada, pero ninguno de sus agentes se atrevía a mirarla a los ojos. Tenía los brazos cruzados, y estaban en una tensión que casi le marcaba los tendones a través del traje azul que llevaba.

Se le habían escapado con una treta simple y burda. Había caído en la trampa como un pez en el anzuelo. Y la subdirectora Magpie la había amonestado por ello. Se consideraba un fallo suyo, un error de coordinación y una negligencia en el servicio. La responsabilidad recaía sobre ella, nunca sobre sus agentes, como debía ser.

Pero Philippa sabía que no era negligente. No soportaba que la subdirectora, una persona que no tenía contacto con la brutal realidad de su agencia, que no era más que un pelele ejecutivo que Ulysses Wagner ponía en su lugar cuando estaba de viaje, tuviera el descaro de echárselo en cara.

Por eso se había trasladado al puesto de mando central. Estaba frente a una pantalla enorme, que ocupaba toda la pared, dividida en cuadrantes que correspondían a la imagen de los visores de cada uno de sus jefes de escuadrón. Y, en los cristales de ellos, se vería reflejada la retransmisión de su cara. No se le iba a escapar nada. Nada ni nadie.

El escuadrón II, tras abandonar la terraza donde les había perdido la pista, había encontrado un cable anclado al techo del edificio y lo había cortado. Podía ser otro truco, sí. O podía ser que estuvieran mandando a Lowe y a algún terrorista a destrozarse contra el suelo.

Había reforzado aún más la vigilancia en la sala donde su genetista, Crane, tenía encerrada a Laura Snyder, mandando a dos escuadrones a proteger las entradas. Le habían quitado a Lowe, sí; pero aún les quedaba Snyder. Inspiró hondo al darse cuenta de que ya estaba admitiéndose a sí misma que le habían *quitado* a Lowe.

No, eso no podía ser. Lo tenía todo bajo control.

De los diez escuadrones que tenía bajo su mando, uno había sido electrocutado. Dos más estaban ocupados vigilando a Snyder. Y, de

los siete restantes, cuatro estaban registrando el interior del edificio, rastreando los tubos de ventilación, los huecos de los ascensores, cualquier lugar donde pudieran haberse metido. Uno más estaba interrogando a la señora Lowe y al joven Rivers. Otro buscaba por la fachada y las terrazas, y el último patrullaba la calle alrededor de la base.

Este último, el escuadrón IV, era el que había cambiado de posición en los últimos diez segundos. Su jefa había acelerado el paso en dirección a la entrada, haciendo que la capitana Nielsen contuviera la respiración. Había mirado hacia arriba, como avistando algo entre las barandillas de acero. Y también, de pronto, había perdido la conexión con el visor de su rostro.

Su cuadrante en la pantalla se quedó en negro.

Philippa Nielsen se puso en pie y abandonó la sala de mando a grandes zancadas. La jefa del escuadrón no le respondía tampoco por la conexión con su braquial. Ordenó a los otros cinco escuadrones activos que se dirigieran al exterior, a la carretera que bordeaba el ala derecha del edificio. Y ella misma también corrió hacia allí. No iba a permitir que se le escurrieran de entre las manos una vez más.

Mientras bajaba en el ascensor principal, a Philippa aquella cabina le parecía una joya de cristal transparente que iba demasiado despacio para su gusto.

Entonces, el ascensor se detuvo.

Justo en el espacio entre dos plantas. Podía verlo perfectamente a través de las puertas.

Y, al instante siguiente, las luces se apagaron. Todo se hizo oscuridad.

La frustración y la rabia de Philippa Nielsen salieron por su boca en forma de una retahíla de improperios que nunca habría dejado que sus subordinados escuchasen viniendo de ella. No era coincidencia que se hubiera ido la luz. No podía serlo. Las casualidades no existían. Alguien había cortado la electricidad de la sede de la Agencia. Y ese alguien iba a pagarlo.

Su braquial no necesitaba luz para transmitir órdenes. Ni tampoco la necesitaba la división de artillería para recibirlas.

14

Elsie tenía un hueco en la piel y los músculos del antebrazo, igual que se le había quedado a Johanna al arrancarle la braquial a la fuerza; sin embargo, lo que había acoplado a la conexión de su brazo era totalmente distinto. Podía verse la unión a los vasos sanguíneos que alimentaban aquel aparato; no era un enlace limpio y perfecto hecho por un ingeniero médico, como en las braquiales que llevaba todo el mundo, sino que parecía hecho con cables y piezas aleatorias. Tenía una pantalla, sí, y unas antenas que había desplegado, y una serie de botones, pero no podía decirse que fuera una braquial propiamente dicha.

En aquella pantalla, Elsie estaba manteniendo una conversación con una mujer de cara blanca y redonda que llevaba el pelo teñido de rosa.

—¡Ah, Jo! —dijo, al verla asomarse—. Mira, Sabrina, esta es Jo. Nuestro nuevo cachito de esperanza.

Le giró el brazo para que se vieran y siguió hablando:

—Pues eso, daos prisa, ¡que no podemos bajar de aquí! Es la fachada del ala derecha.

—Ya vamos, impaciente, que eres una impaciente —dijo la mujer de la pantalla, con voz grave—. Mientras tanto, hazme un favor, Elsie: saca el brazo por la terraza para que vea al escuadrón.

Elsie le hizo caso, apuntó su antebrazo hacia la calle. Johanna quiso mirar también; todos los agentes llevaban electrolas y rifles negros asidos al pecho, como el arma que había usado Elsie.

—Por cierto, Jo —dijo Elsie en un susurro—, esta es Sabrina, la experta en comunicaciones y redes y esas cosas del Ágora. O, como prefiere ser llamada, la reina suprema de los cables.

—Muy graciosa, Elsie. Vale, ya está —dijo Sabrina, desde la pantalla—. Bien, ahora necesito que hagáis una cosa las dos. Algo que va a ir contra todos vuestros instintos de supervivencia pero que es necesaria. ¿Entendido?

Elsie asintió. Johanna, tras unos instantes, también.

—Tenéis que sacar la cabeza por el balcón. Y las manos, y todo el cuerpo. Y hacer mucho ruido para que los agentes vengan hacia

vosotras, cuando yo os diga.

—Tú estás mal de la olla —dijo Elsie.

—Es en serio. Hay que atraerles hasta que estén encima de la tapa de esa alcantarilla que hay frente a vosotras —dijo Sabrina; Johanna echó un vistazo y, efectivamente, había una justo a la entrada del edificio—. Pero solo cuando yo os avise.

—No me digas que vas a hacer lo que creo —dijo Elsie, y soltó una carcajada—. Bien, bien, entendido. ¡Vamos, Jo, prepárate!

Johanna se colocó en posición, sintiendo que su cuerpo era un vagón de tren que aquella gente, y su madre, y todo el mundo, conducía por unos raíles muy extraños. Ella no estaba a los mandos. Había descarrilado hacía ya un buen rato.

—¡Ahora! —gritó la voz de Sabrina desde el brazo de Elsie.

Johanna saltó al mismo tiempo que Elsie desde detrás del balcón, intentando no pensar. Elsie estaba brincando arriba y abajo, poniéndose las manos en la punta de la nariz y sacándoles la lengua, y había empezado a insultarles. Johanna la imitó, sacudiendo sus trenzas en el aire; su sentido del ridículo era menor que su miedo. Los agentes no tardaron en volverse hacia ellas.

La primera persona en la fila del escuadrón, una mujer que llevaba un visor en la cara, levantó el brazo para dar una orden.

En ese momento, pisó la tapa de la cloaca que tenía a sus pies y se desvaneció, precipitándose alcantarilla abajo por un túnel negro.

Todo lo demás sucedió muy deprisa. Johanna apenas tuvo tiempo de seguirlo con la vista: Agentes desconcertados disparando al suelo, personas surgiendo del agujero como termitas furiosas, gente reduciendo a otra gente en un frenesí de manos y piernas y rifles y uniformes azules y descargas eléctricas. El ruido de golpes y voces era impreciso y lejano, y Johanna solo podía mirarlo sin ver, oír sin escuchar. Había visto más sangre y violencia en las últimas veinticuatro horas que en toda su vida.

—¡Vamos, Jo! —dijo Elsie, que se había encaramado al borde de la terraza—. ¡Saltemos! ¡Hay que salir de aquí ya!

A espaldas de Elsie, que estaba agachada, preparada para lanzarse desde la barandilla, la ventana de pronto chisporroteó y se apagó. Miraron hacia arriba; no era solo esa ventana. El edificio entero, toda la herradura de acero y cristal se había quedado sin luz. El amanecer se reflejó en el vidrio oscurecido.

—Elsie, Jo —dijo entonces la voz baja de Sabrina desde la pantalla—, aprovechad ahora para saltar. He cortado la corriente de la sede desde el subsuelo para distraerles y que no salgan más agentes de dentro, pero no durará mucho, tienen baterías de

emergencia. Tenéis que iros antes de que las enciendan. Todos. Vosotras y los de abajo, todos de vuelta al túnel. ¿Vale?

—¡Entendido! Corto aquí, que me está haciendo polvo con tanto chuparme energía —dijo Elsie, apagando la pantalla—. ¡Mira, Jo, haz como yo!

Elsie tomó impulso sobre sus rodillas flexionadas y se lanzó al aire. Casi parecía que aún tuviera enganchados a la espalda el cable y el arnés que la hacían ingrávida. Tocó el suelo con las puntas de los pies e inmediatamente giró sobre su eje, rodando sobre sí misma, incorporándose después y haciendo una pequeña reverencia hacia Johanna.

Era imposible que un ser humano hiciera eso.

Cuando Johanna saltó, en vez de sentirse ingrávida se sintió torpe y hecha de plomo entera. El asfalto se acercaba demasiado deprisa. ¿Cómo le había dado tiempo a Elsie de ponerse recta y girar? A Johanna solo le dio tiempo de hacerse daño en las rodillas y frenar su caída con los brazos. Como si no tuviera bastante con la herida de quitarse la braquial.

—¡Corre, Jo! —gritó Elsie—. ¡Sígueme, por aquí!

Al ponerse en pie detrás de Elsie, ignorando sus codos y rodillas maltrechos, y echar a correr dejando el edificio de la Agencia atrás, Johanna supo por qué le embargaban aquellas ganas de gritar de alegría y llorar a la vez.

Porque habían salido de allí.

Aún tenía que descifrar aquella carta incomprensible llena de fórmulas y claves que llevaba en el bolsillo. Quería creer que el Ágora podría, que si su padre había confiado en ellos era por algo. Que no iba a ser en vano su sacrificio, ni tampoco el esfuerzo de su madre.

Elsie corría casi sin rozar el suelo, unos metros por delante de Johanna, que la seguía sin aliento y sin mirar atrás. Algo más adelante, la pelea empezaba a calmarse; se oían menos gritos, y los agentes, que en un primer momento habían superado en número a las personas que salían de la alcantarilla, desaparecían por el hueco y no volvían a asomarse. A su izquierda, las calles de Chicago eran un mar de faros de coche y pasadizos oscuros, como cuencas de ojos vacías, que la observaban.

Entonces, Johanna se dio cuenta de algo.

Podía decidir.

Podía decidir marcharse de allí, si quería, por alguna de aquellas callejuelas negras; aprovechar el revuelo de la lucha y desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Ya no tenía braquial; nadie podría

localizarla. Podía escapar de todo. Podía hacer que el Ágora no utilizase su sangre ni matase a nadie.

Podía, incluso, dar media vuelta y entrar de nuevo en el edificio; colaborar con la Agencia, prestarles su sangre, volver con Leo y con su madre, y proteger la inmortalidad, el statu quo del mundo.

Podía seguir corriendo, dando vaivenes y dejándose llevar.

O podía hacer suyo el camino que recorría. Podía andarlo con un objetivo en mente, con una meta, y hacerlo hasta el final. No por Elsie, no por su madre, no por ningún sacrificio. Por ella misma. Porque tenía miedo del Ágora, y tenía miedo de la Agencia, pero tenía aún más miedo de la Decadencia. Y, si la única forma de evitarla era acabando con la inmortalidad entera, bienvenida fuera.

Para un observador externo, nada habría cambiado en Johanna. No falló un paso. No se detuvo, ni miró atrás, pero algo invisible había ocurrido en ella: había tomado una decisión.

Con un estruendo metálico, las luces del millar de ventanas de la sede de la Agencia se encendieron a sus espaldas, proyectando sus sombras como siluetas de cómic deformes y grotescas. Se les acababa el tiempo.

Al alcanzarles, el grupo de personas que luchaba se convirtió en personas, a secas, y dejaron de ser una masa sin rostro de miembros y golpes. Johanna distinguió caras, ojos, individuos.

Caras que miraban a Elsie y a ella con alivio.

Ojos llenos de esperanza.

Individuos magullados y heridos, pero dispuestos a luchar por ella.

—¡Vamos! ¡Hay que volver por el túnel! ¡Han encendido las luces, y dijo Sabrina que había que marcharse antes de que eso pasara! —gritó Elsie. Un hombre, pelirrojo y de aspecto militar, le hizo una llave al agente con el que estaba luchando, mientras asentía a la orden.

—¡Ya habéis oído! —dijo, y con una patada ayudó a otras dos personas a reducir al último agente que quedaba en pie—. ¡Deprisa!

—¡King, tú márchate! —le gritó Elsie a un chico asiático—. ¡Llévate a tu gente, que nosotros ya nos apañamos! ¡Gracias por todo!

—¡Vale, hermanita! —Se despidió chasqueando los dedos y salió corriendo hacia las callejuelas, acompañado del barullo de personas que luchaban. Solo quedaron allí tres: el hombre pelirrojo que había hablado antes, una mujer rubia y gruesa, y alguien a quien no identificaba bien del todo.

La alcantarilla abierta a sus pies estaba en absoluta oscuridad.

La mujer sacó una linterna de su cinturón y enfocó al agujero; los cuerpos desmadejados de varios agentes a ambos lados del canal de agua sucia no impedían el paso.

—¡Iré yo primero! —dijo Elsie, entrando de un salto, salpicando líquido inmundo hacia los demás—. ¡Proteged a Johanna!

—Blade, quédate con ella y ayúdala a bajar —dijo el hombre pelirrojo, mientras él y la mujer rubia descendían por una escalerilla hasta la cloaca.

Johanna miró a la tercera persona, a Blade, que permanecía a su lado. Al principio había creído que era alguien dentro de una carcasa sintética, alguien que había extraído su cerebro de su propio cuerpo para escapar de la Decadencia. Ahora, a la luz de las ventanas de la sede, se le hacía evidente; el brillo cristalino en las cámaras de sus ojos, la piel lisa y perfectamente lustrada, los rasgos simétricos y andróginos. Su voz sin inflexión alguna. No era una persona en absoluto: era una IA. Igual que los supervisores de su examen de acceso a la universidad. Igual que el autoconductor del coche de su madre, aunque este último no tuviera aspecto humano. Nunca se le había pasado por la cabeza que una IA pudiera separarse de su labor asignada.

—Hola, Blade —le dijo, esbozando una sonrisa—. Soy Johanna…

Y se les acabó el tiempo.

Un silbido partió el aire en dos. Todos se giraron hacia el edificio de la Agencia, desde fuera y dentro del pozo. Todos lo vieron aproximarse.

El proyectil había surgido de una ventana abierta, dejando un rastro de humo negro a su paso. Era cónico y brillante. Una bola de fuego lo lamía.

Johanna intentó hacerse a un lado, taparse la cara, tomar impulso para saltar al alcantarillado. Pero, si no hubiera estado allí Blade, con aquellos reflejos perfectos, los mismos que permitían al coche de Deena girar en ángulos planos en un instante, probablemente no habría salido ilesa.

Sintió que unas manos como tenazas la sujetaban por la cintura haciéndole daño en las costillas, que dejaba atrás el suelo, y que un olor a aceite de motor y a heces le calaba la nariz y el cuerpo entero de líquido inmundo.

Tosió; se le había metido en la boca al chillar, pero solo consiguió que le entrase en la garganta el polvo del ambiente. Contuvo una arcada. Se restregó los ojos con las manos para quitarse el pringue de la cara, aunque estuvieran igual de

empapadas que su rostro. Cuando los abrió, la única luz era la de la linterna. Enfocaba su cuerpo, y el agua opaca en la que estaban metidos ella y Blade hasta la cadera, y el techo desprendido que casi les había aplastado.

—Pues tenía razón Sabrina —dijo la vocecilla de Elsie, sonando como un eco agudo y risueño en el túnel.

—Hemos sido muy lentos. Un momento más y habríamos acabado como el escuadrón —dijo el hombre pelirrojo. Le tendió la mano a Johanna para ayudarla a ponerse en pie, aunque Blade seguía sujetándola por el torso, evitando que se hundiera—. Si estás bien, levántate y vamos. Hay que salir de aquí ya mismo.

A Johanna le parecía que llevaba oyendo la frase «hay que salir de aquí» en bucle, como una interferencia en su cerebro, desde hacía ya demasiadas horas.

Se levantó sin cogerle la mano, separó los brazos de Blade de su cintura, y continuó adelante siguiendo la luz de la linterna, respirando por la boca y no por la nariz para evitar las náuseas. La propia explosión del proyectil había cerrado la alcantarilla; tal vez tardarían un tiempo en despejar todos los escombros y en venir tras ellos, pero lo harían, no le cabía duda. Le pareció ver, aplastados bajo el montón de roca que ahora cubría la salida del túnel, los brazos y piernas de algún agente.

—Sí, vamos —dijo, intentando no quedarse mirando los cuerpos abatidos—. Llevadme ante vuestros jefes. Se llamaban Alpha y Omega, ¿no? Necesito hablar con ellos.

Con la mano metida en el bolsillo, acarició la arista del sobre. Estaba algo húmedo, pero no se había empapado de aquellas aguas fecales; el grueso de la salpicadura se la había llevado su cara y su ropa.

—¡Lo dices tan seria! —dijo Elsie, riendo—. Parece que te estuviéramos mandando a fusilar. Tranquila, vamos a reunirnos con ellos. Bueno, primero con Alpha, Sabrina y Chloé, que nos están esperando. Tengo que contarle a Alpha todo lo que he averiguado en la Agencia. ¡Como ha sido poco!

—Blade, ¿estás bien? —preguntó la mujer rubia que iba a la cabeza del grupo, llevando la linterna—. No te ha entrado agua en las juntas, ¿no?

—Perfectamente, Halley —dijo Blade. Su voz era un címbalo de acero, como la de todas las IAs que había oído; sin inflexión ni cadencia, lisa como su piel sintética.

Johanna carraspeó y dijo, en una voz más alta de lo habitual:

—Por cierto, me llamo Johanna, ¿y vosotros?

—Hay que ver, qué maleducados. Me parece fatal —dijo Elsie entonces, con la voz impregnada de risas—. Este es Terrence, y esta es Halley, y ahí está Blade. ¡Que os haya tenido que presentar yo!

—Hola, Johanna —dijo Terrence—. Me alegro de conocerte.

Terrence le recordaba en su porte y aspecto a un soldado; era un hombre fuerte, de espalda ancha como las alas de un albatros, con una mandíbula recta y cuadrada que parecía capaz de herir a alguien de un golpe. Si su vida hubiera sido una película de acción, probablemente habría sido él el rudo y apuesto protagonista. No la miraba a ella directamente; estaba observando, con cara de frustración silenciosa, el montón de roca que había quedado taponando la entrada.

Esta vez Johanna sí cogió la mano que le tendía para estrechársela.

—A mí me disculparás por no poderte saludar, Johanna —dijo Halley, con una sonrisa amable. Alzó el brazo en el que no llevaba la linterna, y Johanna dio un pequeño respingo.

Halley no tenía mano izquierda. Le colgaba del codo la manga del jersey, vacía de allí hasta abajo.

—¿Estás bien, Terrence? —dijo Halley, mirando a su compañero —. ¿Es por el escuadrón?

—Sí. No pasa nada —dijo él, brusco, apartando la vista de los pedazos de cuerpos que asomaban entre los escombros—. Sabía que algún día tendría que luchar contra ellos. Sigamos.

A Johanna le recordó un poco a su madre. Era la misma clase de tensión en el rostro, el mismo «no pasa nada», ese seguir adelante a pesar de todo. No quiso pensarlo.

—¿Por dónde era ahora? —preguntó entonces Elsie, y su voz reverberó en el arco del túnel que se ensanchaba hacia delante—. ¿Era por la vía de la línea roja o de la azul?

—Por el túnel en Jackson con la Biblioteca Harold Washington, y luego a la azul —dijo Terrence.

—¡Es verdad, es verdad! —dijo Elsie, dándose unas palmaditas en la cabeza—. Soy una despistada. Es que me lío mucho con los túneles de metro, ¿sabes, Jo?

Johanna negó con la cabeza. Había estudiado aquel sistema de transporte en Historia; creía recordar que fue muy popular durante la era de las energías sucias, pero que había sido prohibido por la Agencia de Bienestar Climático, al igual que el resto de medios contaminantes.

—No creo que debas contarle eso —dijo Terrence, cortante—. Es información confidencial.

—¡Venga! Pero si va a ser una de nosotros —dijo Elsie, encogiéndose de hombros—. ¿Qué problema hay?

—Eso si es que está diciendo la verdad. Podría habernos engañado a todos. ¿Qué nos demuestra que sea realmente inmune como dice? ¿O que no sea una espía de la Agencia intentando infiltrarse?

—Terrence, eres un paranoico —dijo Halley, con un suspiro—. Pero supongo que es cierto. Tampoco tenemos más que su palabra…

—Pues analizad mi sangre —dijo Johanna, adelantándose hacia ellos a zancadas que salpicaban el agua nauseabunda, y extendiendo un brazo manchado de rojo y gris—. No tengo problema. Podéis hacerlo, ¿no? Así veréis que soy inmune al gen Alpha.

—Qué coincidencia que, para analizarte, habría que llevarte al laboratorio de Omega en nuestra base, ¿no? —dijo Terrence. Su tono sarcástico era hiriente.

—¿Cómo iba a saber yo eso? ¡No tenía ni idea!

—¡Anda! Ahora eres tú el que está dando información confidencial, Terrence —dijo Elsie, y se echó a reír.

—No discutáis —dijo Halley en un tono dulce, apuntándoles a todos con la linterna—. Enseguida llegaremos al punto de reunión, y Alpha verá qué hacer con ella.

—Tienes razón. No me corresponde a mí decidir eso —dijo Terrence, asintiendo.

Sí que parecía un soldado. Había bastado una mención a la jerarquía del Ágora para callarle.

—¿Alpha está en el punto de reunión? —preguntó Johanna, determinada a enterarse de todo lo que le dejasen—. ¿Y Omega? ¿No está ahí también? Necesito hablar con él, si es quien se encarga de los análisis genéticos.

—Omega no suele abandonar nunca la base —dijo Elsie—. ¡No dejaría que le pasara nada a su laboratorio! Es un gran genetista, y también un gran maniático con sus cosas.

Terrence gruñó.

—¿Podrías esperarte al menos quince minutos, a que lleguemos al punto de encuentro y Alpha haya hablado con ella, para contarle toda la información? No he sacrificado tanto por el Ágora para que vayas soltándolo todo a la primera de cambio.

—Vale, vale, no seas tan dramático —dijo Elsie, y se adelantó a Halley, donde el túnel se dividía en dos—. Era por aquí, ¿no?

—Sí. A la derecha, a trescientos veintiséis metros está el pozo para entrar al metro —dijo la voz átona de Blade, tañendo por las

bóvedas del alcantarillado.

A Johanna casi se le había olvidado que Blade estaba allí, a la retaguardia de todos, hasta que habló. ¿Tendrían las IAs necesidad de hablar porque sí, de llenar el espacio con palabras para no sentirse incómodas, como le pasaba a la gente? ¿Sentirían incomodidad siquiera? ¿O vergüenza? Si no la sentían, pensó, entonces eran un claro avance respecto del ser humano.

Cuando llegaron allí, Johanna vio que el pozo que había mencionado Blade era, literalmente, un pozo; un canal de extracción de aguas fecales del túnel, desmantelado y ruinoso por el paso de los años. Al estar roto y no tener agua, se había convertido en un conducto largo y cavernoso que se hundía en la tierra. Juraría que, al fondo, vislumbraba una luz roja.

—¡Dejad paso! —gritó Elsie, que había tomado carrerilla, saltando sobre el agujero. Se oyó un grito de alegría según caía.

—¡Elsie! —dijo Johanna, asomándose por el pozo.

—Tranquila, hay un colchón abajo —dijo Halley, y le puso la mano en el hombro—. Podemos saltar todos sin peligro.

Aun así, a Johanna se le subió el corazón al cielo de la boca cuando fue su turno y, si bien el impacto contra el colchón fue mullido, también fue lo bastante fuerte para que la caída le cortase ligeramente el codo al rozar con la pared.

Al levantar la vista, sin embargo, lo que se le cortó fue el aliento.

Si Johanna hubiera sabido lo que era un intercambiador de metro, así lo habría descrito. Pero no era una palabra de su vocabulario. Lo único que entendía de aquel lugar era que parecía una inmensa catedral de hierro oxidado y piedra mojada, ribeteada de carteles en los que apenas se podía leer ya nada, con incontables pasadizos y grutas por las que se desbordaba la oscuridad del subterráneo. Había lámparas rojas y blancas brillando en las esquinas, indicando caminos, iluminando las aristas de la estación, reflejándose contra los charcos de agua y aceite. Inspiró hondo, ahora que ya no olía a cloaca, sino simplemente a polvo y a viejo. A muy, muy viejo.

—¿Esta es vuestra base? —dijo, tocando con la mirada los mil recovecos del lugar.

—No, Jo, esto es el Loop, una antigua terminal de transportes. Desde aquí iremos a reunirnos con los demás. ¿Sabes el dicho de «todos los caminos van a Roma»? Pues en esta otra Chicago que hay aquí abajo, todos los caminos terminan en el Loop.

Sí, efectivamente parecía otra Chicago distinta, una ciudad

subterránea, con sus calles y sus edificios; pero las calles eran andenes de metro, y los edificios antiguas tiendas y taquillas hechas añicos. Bajaron por unas vías y, aunque Johanna sabía perfectamente que no había habido trenes en aquel lugar desde hacía un par de siglos, no pudo evitar pensar que cada eco de sus pisadas era el sonido de un tren a punto de arrollarles.

—Mira, ahí es, Jo —dijo Elsie, señalando un recodo del túnel. Y gritó—: ¡Hola! ¡Hemos vuelto!

La curva, iluminada con un farol en la pared, reveló tres figuras que se movieron hacia ellos.

Poco a poco, Johanna pudo ir distinguiendo sus caras y sus rasgos.

Reconoció a la primera a la izquierda como Sabrina, la chica de la melena rosa que había visto en la braquial de Elsie hacía un rato. Se había levantado de una silla que estaba al lado de una enorme pantalla anclada al muro, y estaba sonriendo, saludándoles con la mano.

A la derecha del todo había una mujer pequeña y delgada de pelo corto, encorvada sobre sí misma, con las manos entrelazadas y pegadas a la boca. Parecía expectante y nerviosa. Y, por algún motivo, frágil.

Y, en el centro, entre ambas, había una tercera mujer.

Johanna ahogó un grito cuando la luz alcanzó su cara. Le arrancó un destello en el metal que le cubría la mandíbula. Pero no era eso lo que le había impresionado.

Aquella mujer estaba en Decadencia.

15

El envejecimiento era un proceso complejo. En el pasado, los cromosomas humanos se iban desgastando con los años; sus bordes se volvían romos como un acantilado que el mar convertía en playa. Y las células morían, hundiéndose en las aguas del tiempo poco a poco.

Eso cambió con la inmortalidad. Uno de sus alicientes, cuando se presentó al mundo, era la juventud eterna que concedía a la gente: una vez acabado el crecimiento, todo el mundo sería por siempre joven y bello. Por eso, en un primer momento, los grandes conglomerados de la cosmética y la salud la trataron como un producto más; durante la primera mitad del siglo XXIII, la inmortalidad fue solo algo que compraban los poderosos. Pero en el año 2250, el grupo de trabajo número veinticuatro, liderado por el profesor Milton Roosevelt, creó un pseudovirus compuesto de IAs microscópicas que alteraban el ADN al liberarlo.

Gracias a él, la inmortalidad invadió la Tierra.

Gracias a él, doscientos años después, lo hizo la Decadencia.

Las empresas médicas dieron palmas con aquello. Para ellas fue una gallina de los huevos de oro que, a los dos siglos de edad, ese envejecimiento detenido volviera a irrumpir de nuevo en el cuerpo humano. Y esta vez para toda la eternidad. La muerte no era ya un obstáculo para la medicina. Ni para el capitalismo.

Podía ponérsele freno a aquel declive, sí; podían colocarse prótesis, realizarse tratamientos, extirparse los tumores. Podían sustituirse los órganos caducos por otros nuevos, comprados de personas jóvenes y necesitadas; cuando una persona no moría por quedarse sin pulmones, ni corazón, ni hígado, la necesidad podía forzarle a venderlos para alimentar a su familia. Pero solo podía permitirse adquirirlos el uno por ciento del uno por ciento. Solo alguien para quien el dinero no era óbice podría vivir en Decadencia y no ser un puñado de nervios sufrientes atados a un cuerpo descompuesto.

Por eso Johanna nunca había visto a nadie en Decadencia así, ante ella, de pie y mirándola. La inmensa mayoría de Decadentes,

aquellos que no tenían grandes fortunas, acababan hacinados en asilos que eran más un almacén de cuerpos que un hogar de ningún tipo. No hacían más que sufrir y ocupar espacio. Para ella era una experiencia ajena, de la que huía por su miedo cerval.

Hasta entonces.

Hasta que aquella mujer se le presentó como Alpha.

Tenía el cabello totalmente blanco, ralo y en un halo en torno al cráneo como semillas de un diente de león. Las cuencas hundidas de sus ojos enmarcaban cámaras de cristal líquido igual que las de una IA. Su piel lechosa y moteada era un pétalo marchito que se desmigaba por los bordes. Llevaba una mandíbula protésica de metal; su cuerpo, cubierto desde la nuez a los pies por un traje blanquísimo e impecable, se movía despacio para andar hacia ella, con una cadencia extraña, y Johanna adivinó que aquella prótesis no era la única que llevaba.

La saludó estrechándole una mano enguantada. La fuerza del apretón la hizo dudar aún más de que aquella extremidad fuera de carne, y el tono de sus palabras al hablar era cortante, afilado y áspero, como si tuviera una espada asomándole por la garganta.

—Bienvenida, Johanna —dijo, y ella tragó saliva al escuchar su nombre deslizarse en el paladar de acero de aquella mujer—. Bienvenida al Ágora.

—Hola —dijo Johanna, dudosa. Alpha era imponente en todo su ser, y se sentía diminuta a su lado, en edad y en juicio—. Me alegro de conocerla.

—Terrence, Blade, Elsie, Halley. —Cada uno asintió al oír su nombre—. Habéis vuelto sanos y salvos. Gracias, una vez más, por vuestra cooperación. Sentaos y descansad. Johanna, tú también. Elsie, debes contarnos qué has visto durante el reconocimiento.

En ese momento, la mujer nerviosa y frágil que estaba al lado de Alpha, con las manos tapándose la boca, ahogó un sollozo. Todos miraron hacia ella.

—Perdón —musitó, pasándose los dedos por el pelo corto y moreno—. Continuad, es solo que… Bueno…

—No pasa nada, Chloé —dijo Halley, acercándose a ella y abrazándola con el brazo derecho—. Seguro que Elsie trae buenas noticias de Miranda, ¿vale? Tranquila.

—¡Traigo buenas noticias en general! Y más que noticias, como podéis ver —dijo Elsie, señalando a Johanna—. ¡Traigo esperanza! ¡Traigo un arma con la que luchar! ¡Traigo fuerzas para el Ágora!

Johanna se mordió la lengua. Si querían un arma, pues un arma iban a tener. Pero las armas hay que saber dispararlas, o les podía

salir el tiro por la culata.

—Bueno, supongo que ya sabréis que soy inmune al gen Alpha —dijo Johanna, echando una mirada a Terrence, por si objetaba algo—. Podéis comprobarlo con mi sangre en cualquier momento. Quiero colaborar con vosotros.

Inspiró hondo.

No.

—Quiero que colaboréis conmigo —se corrigió—. Que me ayudéis a acabar con la Decadencia. Que rescatéis a mi madre y a mi amigo de la Agencia como me habéis rescatado a mí. Y, si lo hacéis, yo cooperaré con vosotros.

—Una relación mutua, ¿no? —dijo Alpha, con un rictus en la boca que tal vez pretendía ser una sonrisa—. Está bien. Parece que tenemos las mismas metas. Porque la Decadencia es una conclusión inevitable de esta inmortalidad. Para acabar con ella, hay que cederle el paso a la muerte.

Johanna la observó, algo azorada. Para Johanna, si el mundo de pronto volviera a ser como lo fue hace siglos, no habría mayores cambios; simplemente viviría su vida envejeciendo lentamente hasta alcanzar una determinada edad y después moriría. Sin embargo, para alguien como Alpha, significaría que su sistema nervioso dejaría de regenerarse y sería de pronto susceptible a la muerte celular. Considerando el estado de su cuerpo, eso no ocurriría en años, ni en décadas, sino que podría suceder de un momento a otro.

Entendía que Alpha quisiera librarse de la tortura de la Decadencia, por supuesto. Sin embargo, no cabía duda de que su vejez era atípica; para poder estar andando, y hablando, y con un cuerpo lo suficientemente compuesto para liderar el Ágora, Alpha tenía que haber recurrido a lo mejor de la medicina moderna. O tenía una enorme cantidad de dinero que arrojar al pozo de su salud menguante, o estaba obteniendo tratamientos y prótesis de formas poco ortodoxas. Era un privilegio, en cualquier caso.

—Lo primero es, efectivamente, comprobar si dices la verdad —dijo Alpha; cogió el brazo izquierdo de Johanna en sus manos y le remangó la camisa. Aún le sangraba la herida de la braquial extirpada—. Para ello, es preciso un análisis sanguíneo.

—Eso significaría llevarla a la base, al laboratorio —interrumpió Terrence, ceñudo—. ¿Y si, una vez allí, resulta que todo es falso? ¡Podría irse corriendo a la Agencia y delatar nuestra ubicación, y…!

—Esa decisión no la tomas tú, Terrence. La tomamos Omega y yo —le cortó Alpha. Él apartó la mirada, con las mejillas

enrojecidas, mientras ella ladraba órdenes—. Sabrina, abre una conexión con la base para contactar a Omega; Johanna explicará ante todos, Omega incluido, los argumentos y pruebas que apoyen su postura. Mientras tanto, Elsie, danos tu informe de la misión.

Elsie se puso en pie, y Johanna sacó del bolsillo la carta, poniéndosela en el regazo para estar lista para defenderse. Era la única prueba que tenía, realmente.

—¡Bueno! Pues, como sabéis, partí ayer, viernes 26 de febrero, en dirección a la Agencia —dijo Elsie, con tono rimbombante, como una actriz de teatro—. Entré por la puerta principal en el intervalo de guardias, a las veintitrés cuarenta, y accedí al conducto de ventilación por el hueco del montacargas. Todo con pleno sigilo. Nadie me vio.

—Qué pena que el sigilo se fuese al garete un poco después y tuviera que salvarte el culo, ¿no? —dijo Sabrina, mientras tecleaba códigos—. Uy, perdona, he hecho un *spoiler*.

—¡Fue por una buena causa! —dijo Elsie, dando un pisotón en el suelo—. ¡Para salvar a Johanna! A ver, calla, que me distraes. Durante las horas siguientes recorrí toda la sede de la Agencia sin ser detectada. Sobre las cuatro de la madrugada encontré la planta de retención de prisioneros.

La mujer de aspecto frágil —Chloé, creía recordar Johanna que se llamaba— sorbió por la nariz al oír eso. Halley le cogió la mano.

—Tenían varias secciones: una clínica, unas cuantas celdas individuales y un recinto principal con múltiples presos, como una cárcel. ¡Allí es donde vi a Miranda, Chloé!

—¿Estaba bien? ¿Estaba herida? —preguntó Chloé atropelladamente, como si las palabras se le salieran de los labios a borbotones—. ¿La tenían atada? ¿Hablaste con ella?

—No pude comunicarme porque me habrían descubierto. Había varios presos más. Lo siento, Chloé. Pero ¡parecía sana y salva! Solamente estaba, bueno, encerrada, ya sabes. Pero no parecía que le hubieran hecho daño, ni que no le hubieran dado de comer…

Chloé se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Sabrina se movió de sitio para sentarse a su lado y abrazarla, junto con Halley.

—Lo siento —dijo, entre sollozos—. Gracias, Elsie… Por favor, sigue.

—Pues eso, que había varias personas en esa prisión, aparte de los guardias: estaba Miranda, había un hombre en Decadencia que parecía estar bastante mal y luego otro señor que no identifiqué. Obviamente, allí no estaba Laura Snyder.

Al pronunciar aquel nombre, la atmósfera del lugar cambió. El propio tono con el que Elsie lo había pronunciado fue distinto; profundo, enfático, como si fuera un hilo del cual pendía el techo, y se fuera a derrumbar sobre ellos si se cortase. Todos la miraban con los ojos cargados de tensión. Hasta Johanna se sintió arrastrada por la expectación.

—¿La localizaste? —dijo Alpha.

—¡Sí! Como ya sabíamos que tenía que estar en un lugar especial, aislada del resto, recorrí primero las celdas, por si estaba en alguna de ellas. Pero no, claro; habría sido demasiado fácil. La habría sacado de allí como saqué a Jo.

—¿Te tenían solamente en una celda? —le preguntó Halley a Johanna, con una sonrisa en los labios—. Eso es que no sabían que eras inmune, seguro. Menos mal, o habrías acabado como Snyder.

—Laura Snyder es de quien te hablé antes, Jo —dijo Elsie, dándole una palmadita en el hombro para que atendiese—. Montamos esta misión para ver cómo rescatarla de la Agencia. Es como tú, inmune a un gen de la inmortalidad; en su caso, al gen Omega. ¡Y la encontré!

El silencio era un aliento contenido en el pecho de todos los presentes.

—¿Estaba en una célula especial de aislamiento, como creíamos? ¿O era una pista falsa que nos habían dejado? —dijo Terrence.

—¡Estaba, estaba! El conducto de ventilación no llegaba hasta allí, pero pude verla a lo lejos, en una sala enorme como un laboratorio. Había varios guardias que la vigilaban y también su genetista. La tenían inconsciente, suspendida en el líquido de la célula.

A Johanna se le pasaron por la cabeza muchas imágenes macabras de lo que podría ser una «célula de aislamiento», y de lo que podrían querer hacer con alguien inmune en ella, pero trató de alejarlas.

—¡Apunté el lugar exacto en el comunicador cuando la encontré! —continuó Elsie—. Debe haberte llegado dentro del paquete de datos que te envié, ¿no, Sabrina?

—Sí. Lo tengo anotado en el mapa —dijo ella, sin dejar de teclear—. Muy buen trabajo. A pesar de que luego te diera por hacerte el príncipe azul y salvar princesas desvalidas a costa del sigilo.

—¡Es que vi a Jo en las celdas de contención! —dijo Elsie, haciendo un mohín—. Estaba con un chico. Supuse que acababan de meterles ahí, porque andaban bastante hechos polvo. Me quedé

escuchando la conversación por si acaso. Entonces entró Nielsen con una señora que era la madre de Jo, ¡y empezaron a hablar de que había alguien inmune! Se llevaron al chico y se quedó sola, y decidí entrar.

—Muy arriesgado —dijo Alpha.

—Lo sé, pero como estaban hablando de la inmunidad… ¡No podía irme después de haber oído eso! Bueno, total, que saqué de allí a Jo y nos dieron las siete de la mañana para cuando salimos de los respiraderos y pude contactar a Sabrina.

—Querrás decir, para cuando *tuviste* que contactarme, porque teníais a no sé cuántos escuadrones detrás de vosotras…

—¡En cualquier caso, que esta misión ha sido un éxito rotundo! —interrumpió Elsie—. ¡No solo hemos localizado dónde tienen a Laura Snyder, sino que además tenemos un sujeto inmune al gen Alpha de regalo!

—Eso si es que al final resulta serlo —dijo Terrence—. ¿Consigues contactar con Omega, Sabrina?

—Justo acaba de contestar. Le pongo en pantalla, gente.

Sabrina se apartó del monitor para mostrárselo al resto. El rostro de un hombre negro con gafas, barbudo y completamente calvo, apareció ante todos. La imagen era borrosa, pero su voz fue nítida, grave y vibrante, y envolvió el lugar en su sonoridad.

—Saludos a todo el mundo. Me ha comentado Sabrina lo ocurrido.

—Omega. Esta es la chica —dijo Alpha—. Levántate, Johanna. Expón tu situación.

Johanna inspiró hondo y se puso en pie, desplegando las cartas de su padre. Repasó en su mente el discurso que tenía preparado para convencerle.

Comenzó a hablar.

—Hola, Omega. Me llamo Johanna Lowe, y…

—Espera —dijo Omega, y la palabra retumbó en el techo—. ¿Dices que te apellidas Lowe?

¿Iba a empezar a cuestionarla desde la primera frase? Se sintió flaquear.

—Sí. Johanna Lowe.

—¿Cómo se llama tu padre, Johanna Lowe?

En la voz de Omega había una emoción curiosa, un deje de turbación que no sabía identificar.

—Su nombre es Samuel Lowe.

Desde la pantalla surgió un resoplido. Y luego otro, y otro, cada vez más seguidos, altos y atronadores, hasta que por fin Johanna se

dio cuenta de que Omega estaba riendo. Sus carcajadas parecían querer derribar el túnel.

—¡Lo ha conseguido! —tronó—. ¡El canalla de Samuel lo ha conseguido!

16

Todo pareció ocurrir a cámara rápida para Johanna. Hubo una conversación entre Alpha y Omega, y antes de querer darse cuenta, estaban yendo a «la base» para analizar su sangre y darle a Omega las cartas de su padre.

Si había alguien que podía descifrar las fórmulas y claves que Samuel Lowe había dejado escritas al morir, ese era Omega. Había conocido a su padre. Había hablado de él como un viejo amigo. Y era un genetista como él, uno inmensamente bueno, según le habían dicho.

Tras cruzar incontables vías subterráneas, llegaron a un agujero en la pared de un túnel. Más allá se adivinaban una serie de estancias, habitaciones y escaleras semiderruidas. El cansancio estaba haciendo mella en Johanna, y le tomó un momento advertir que aquello era un rascasuelos, un bloque de pisos invertido bajo tierra, al cual estaban accediendo por una ventana.

—Se derrumbaron los primeros sótanos de este edificio hace años, y ha quedado inaccesible desde la superficie —le explicó Sabrina, al ver que Johanna miraba alrededor—. Por eso lo usamos de base.

Johanna asintió vagamente. Empezaba a llegar a ese punto crítico en el que todo le daba absolutamente igual, y solo quería encontrar una cama y dormir, y al despertar comerse un plato más grande que su cabeza, y volverse a dormir después. Le dolía todo; la cabeza, los brazos despellejados, las rodillas abiertas, los pies con ampollas de correr y caminar. Se dejó conducir por los pasillos y sacar sangre como un pelele.

Halley la encontró amodorrándose en la silla del laboratorio cuando entró para traer los resultados de su análisis, y se la llevó casi a rastras a un cuarto. Johanna se sintió caer sobre un colchón blando y, antes de notar la manta que le echaba por encima, ya se la había tragado el sueño.

¡Despertó gritando!

La habitación oscura le era ajena, y su cuerpo dolorido no parecía pertenecerle tampoco; se le habían quedado pegados a la

almohada, húmedos de las lágrimas, pedacitos de sueños y de recuerdos. Paredes blancas y manchas rojas en el suelo. Túneles sin fin. Madres con ojos morados. Padres con ojos abiertos que no pueden ver. Exámenes suspendidos. Una vida entera suspendida de un hilo.

Alguien entró en el cuarto. Bajo la manta, reconoció la voz de la persona que se sentó junto a ella en la cama y le tocó el hombro, preguntándole si estaba bien. Era Elsie. Johanna murmuró en asentimiento, intentando tragarse el llanto. Nunca habría creído posible sentirse tan sola, aun estando al lado de alguien.

Volvió a quedarse dormida en algún momento y a despertarse vacía de llorar tanto. ¿Cuánto tiempo había pasado? En aquel edificio donde las ventanas desembocaban en la tierra, nada le indicaba qué hora pudiera ser; se miró el antebrazo buscando el reloj de su braquial, pero solo halló una costra rectangular en la piel.

Elsie ya no estaba allí. Casi lo prefería. Era más agradable sentirse sola estándolo de verdad.

Le vino a la mente, de pronto, el instante en que Elsie se había referido a ella como «arma»; le había encogido el estómago oírlo en boca de alguien. Había sonado tan a… objeto. A que no era siquiera una persona. Como cuando su padre, en la carta, le había llamado «especial».

Era verdad. La carta de su padre. El sobre, toda la información. Se palpó el bolsillo sin quererlo y recordó que se lo había entregado a Omega la noche anterior. O la mañana. ¿O el día? Tenía que despejarse, averiguar qué hora era y qué había pasado con Omega, con los papeles de su padre, con la sangre que le habían sacado.

Cuando se puso en pie, sintió que todo se volvía negro y su visión se llenaba de estrellas. Era la típica debilidad que notaba cuando llevaba demasiado tiempo usando la braquial y le había chupado la energía, pero esta vez se debía a que no había comido desde quién sabía cuándo.

Se tambaleó pasillo abajo, siguiendo la luz y las voces que adivinaba al fondo.

Por la puerta del cuarto al que se asomó salía un resplandor azul. Allí, con el pelo rosa bañado por el brillo de las pantallas, estaba Sabrina, sentada de espaldas a ella, tecleando sobre la que tenía más cerca. Blade, de pie a su lado, se volvió para saludarla.

—Hola, Blade —dijo Johanna, notándose la boca seca al hablar —. Buenos días. ¿Dónde está todo el mundo?

—Ya iba siendo hora —dijo Sabrina, girándose en la silla con

una risita—. Has dormido casi un día entero. Sube por la escalera de la izquierda, creo que estarán desayunando en la cocina.

Se frotó los ojos. Desayunar. Eso sonaba bien.

—Omega tiene algo que hablar contigo —dijo entonces Blade, con su voz sin tildes—. Te espera en el laboratorio. Quinta puerta a la derecha en el piso de arriba.

—Súbele un café de mi parte, anda —dijo Sabrina, apuntando con el dedo a una pantalla que tenía colgada en la pared, que emitía la imagen de Omega leyendo un taco de papeles—. Te lo agradecerá. Lleva ahí enfrascado desde que viniste.

Ahora que le veía en el monitor de alta calidad y se fijaba en su rostro, había algo que no le cuadraba. Sus rasgos eran, de alguna manera, extraños. La inquietud en su pecho creció. No podía evitar sentirse pequeña e inexperta entre toda aquella gente. Soldados, científicos, genetistas. Aunque, bueno, ella era un arma. También tenía derecho a estar allí.

Según subía las escaleras, las voces y risas del piso de arriba se derramaban a su alrededor.

—¡Hola, Jo! —gritó Elsie con la boca llena de galletas, al verla asomarse a la cocina. Tragó y siguió hablando—: ¡Bienvenida a nuestra base! ¿Qué, te está gustando? Aunque tampoco has visto mucho más que la cama. ¡Déjame enseñarte!

—¿No querrá comer algo primero, Elsie? —preguntó la chica de pelo corto y ojos tristes, Chloé, que estaba sentada a la mesa con una taza de té—. Ven, desayuna un poco. Coge lo que quieras, que seguro que tienes hambre.

Johanna miró a su alrededor. Era una cocina pequeña; había un procesador de comida en la encimera, una nevera abierta de par en par de la que Elsie estaba sacando una montaña de bollos, y una mesa en medio. De algún modo, le recordó a su casa, a los desayunos con sus padres cada mañana. Pero era distinto; las risas de Elsie animaban el lugar entero, y las personas que allí había no eran Deena y Samuel Lowe. Halley estaba mojando un bizcocho en el café, y saludó a Johanna con su brazo cortado, haciendo ondear la manga vacía de un lado a otro. Enfrente de ella estaban sentados Terrence y otro hombre blanco al que no conocía, moreno y de pelo largo.

—Hola —les dijo, decidida a hacer las paces con Terrence—. ¿Me pasáis una tostada?

El hombre moreno sonrió, asintiendo, y alargó el brazo por encima de Terrence para alcanzar la tostadora, pero sin llegar bien del todo. Terrence, que estaba más cerca, sacó una tostada del

aparato y se la pasó a Johanna, rozando el hombro de su compañero.

—Toma, Jo —dijo Terrence, con un tono menos serio del que ella esperaba—. Perdona por lo de ayer. Ahora ya sabemos que eres inmune, pero era necesario ser precavido.

—No le hagas caso —dijo el hombre de su lado, apartándose el pelo oscuro y largo de la cara—. Está de buen humor porque traerte a la base ha significado celebrar una reunión general. Y gracias a eso he podido pasar aquí la noche.

El rostro de Terrence se puso casi tan rojo como su cabello. Johanna se atragantó con la tostada.

—Ah, ¡ya lo pillo! —dijo Elsie, haciéndose la sorprendida—. Dices «pasar la noche» porque dormir, lo que es dormir, no habéis dormido ninguno de los dos, ¿eh?

Las carcajadas del hombre de pelo largo y de Elsie rebotaron en las cuatro paredes.

—Pero ¿os queréis callar? —dijo Terrence, cubriéndose la cara con las manos.

—Por cierto, encantado de conocerte, Johanna. Me llamo Jerome. —Le estrechó una mano fina de pianista por encima de la mesa, con una sonrisa blanquísima—. Soy el contacto externo entre el Ágora y el mundo de los negocios. Soy un espíritu errante y libre. Y también soy, en lo que a Terry concierne, un maravilloso amante.

Terrence se levantó de la silla bruscamente, haciéndola rechinar en el suelo y chocar contra la pared de atrás. Cuando quisieron darse cuenta, ya había desaparecido escaleras abajo.

—Ahí se va el buen humor —dijo Elsie, y volvió a troncharse de risa. Johanna no pudo evitar reír también; era extrañamente adorable.

—Ya os reiréis cuando os toque explicarle a Alpha por qué está más borde de lo normal en la misión de rescate, ya —dijo Halley, pescando trocitos de bizcocho en el café con la cuchara.

—¿Misión de rescate? —dijo Johanna—. ¿A qué te refieres?

—A sacar de la Agencia a Laura Snyder. Aún no hemos determinado cuándo será, pero es preciso que lo hagamos pronto —dijo Halley—. Alpha y Omega están trazando el plan.

—No solo a Snyder —dijo Chloé, en voz baja, mirando su taza de té sin beberla.

—Es verdad; lo siento, Chloé. A Miranda también.

El ambiente divertido de la cocina pareció enfriarse en torno a Chloé, y Johanna dejó de sonreír. La entendía.

—Y a mi madre y a mi amigo —añadió Johanna.

Chloé levantó la vista un instante.

—¿También los tiene la Agencia? —dijo, con suavidad—. ¿Desde hace mucho tiempo?

—No… Los atraparon el día 26, como a mí.

—Menos mal. —Chloé dio un sorbito a su té—. Mi mujer lleva allí seis meses.

Johanna no consiguió sostenerle la mirada.

—Chloé, sabes que no podíamos hacer nada —dijo Halley, poniéndole la mano en el hombro—. Hasta que vino Terrence hace un mes, ni siquiera teníamos información interna de la Agencia.

—Lo sé, tranquila. Pero me alegro de que Johanna esté aquí —dijo Chloé, y le dedicó una sonrisa triste—. Al menos, así hay alguien aparte de mí a quien no solo le importa rescatar a Laura Snyder.

Era cierto; todo parecía girar en torno al nombre de Laura Snyder. Sin embargo, parte de Johanna tenía una curiosidad insidiosa, desde el primer momento en el que se mencionó que había alguien como ella, también inmune a un gen de la inmortalidad. ¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía? ¿De dónde había salido? ¿Qué pensaba de ser un arma con patas?

—Tengo que ir a ver a Omega, que quería hablar conmigo —dijo Johanna, sintiéndose de pronto incómoda—. Ah, y me dijo Sabrina que le llevase un café.

—Ten, llévale el de Terry. —Jerome le alargó la taza—. No lo ha probado, y no creo que vuelva a por él.

Elsie soltó una risa de cerdito, y Johanna sonrió según salía de la cocina.

La puerta que Sabrina le había indicado estaba entreabierta. Se colaba un brillo rojo y tenue por la rendija.

—¿Hola? —preguntó, tocando para llamar—. ¿Buenos días?

—Pasa, Johanna, pasa —dijo la voz de Omega desde el fondo, grave y vibrante como una cuerda de guitarra—. Cierra la puerta.

El laboratorio era una habitación enorme y sombría, iluminada solo por una lámpara roja en medio del techo, cuya luz se reflejaba en las mesas, aparatos y frascos de cristal que ocupaban la estancia. Según se le iba acostumbrando la vista a la oscuridad, se dio cuenta de que le resultaba chocante porque era lo totalmente opuesto al sótano de su padre. Aquello había sido blanco y luminoso. Allí, junto al negro de las sombras, el rojo era el color por defecto, y no el defecto en sí que había provocado toda aquella desgracia.

—Antes que nada, Johanna —dijo Omega, irguiéndose y tendiéndole una mano grande y ancha; no podía distinguirle los

rasgos de la cara en la penumbra—, quiero darte las gracias. No solo por tu presencia aquí, que es ya en sí un favor incalculable. Tu inmunidad es un tesoro para nuestra organización. Pero no nos has traído solamente a una persona inmune, que ya es más de lo que podríamos haber soñado. No; nos has dado un arma con la que luchar.

Johanna frunció el ceño. ¿Otra vez con lo mismo?

—No, tranquila; no me estoy refiriendo a ti —aclaró Omega—. Me refiero a un arma inventada por Samuel Lowe, tu padre; un arma que permite matar, que probó en sí mismo, y cuya fabricación viene esquematizada en las cartas que tú trajiste.

Le voló la memoria a otro laboratorio distinto, uno que había estado intentando no recordar demasiado.

Su padre yaciendo en un charco de sangre.

La sangre, derramada desde el cuello.

El cuello, perforado en la yugular por una pistola de cristal.

Una pistola de cristal, exactamente igual que la que había en aquel momento sobre la mesa de Omega.

17

La jerarquía era un concepto sencillo. El subordinado obedecía al superior, y este se responsabilizaba del resultado de las órdenes, tuvieran éxito o no. Los capitanes mandaban a sus tropas y, por encima de ellos, los oficiales de alto rango establecían la estrategia; si ocupaban ese puesto, era por su mérito y capacidad para ello.

Así era. Así debería ser.

Y no de aquella manera politizada e insulsa, que obligaba a Philippa Nielsen a responder ante la subdirectora de la Agencia. La subdirectora Anna Magpie era una figura burocrática e inútil, un cargo vacío a todos los efectos excepto el físico; se limitaba a sentar sus posaderas en el despacho, a entrometerse en asuntos donde hacía más mal que bien, y a amonestar a los agentes que traían malos resultados.

Philippa reconocía que, en otras ocasiones, se había sentido halagada por descarte cuando otros capitanes eran recriminados por sus fallos y ella salía indemne.

Hasta que algo había salido mal, claro.

Hasta que, desbordada por la situación, no solo había perdido a Lowe a manos de los terroristas, sino que había mandado disparar un proyectil como último y desesperado recurso para impedirlo, hiriendo a un escuadrón entero en el proceso.

Recordaba el momento en que llegó la comunicación del comisario Rivers de Milwaukee, por medio del sistema de escucha que tenían incorporadas todas las braquiales de los jefes de policía del país. La palabra clave «muerto» había disparado las alarmas e iniciado el protocolo de alerta. Magpie le había recriminado que respondiese con tanta intensidad a aquella emergencia sin tener siquiera confirmación oficial del fallecimiento.

Ojalá hubiera llamado a todos los efectivos de la Agencia inmediatamente y metido a los tres sospechosos en células de aislamiento idénticas a las de Snyder nada más pisar su sede. Pero no lo hizo. Decidió que no era necesario.

Podía culparse a sí misma de haber tomado aquella decisión. Podía mortificarse y sentirse en deuda con los diez agentes a los que

estaban recomponiendo en la clínica, o con los otros diez que sufrían quemaduras internas por electrocución.

Pero no podía olvidar que había tenido que enfrentarse a aquella tesitura sola, totalmente sola, como única capitana de servicio en la madrugada del 26 al 27 de febrero. Poco era que se hubiera saldado con solo dos escuadrones fuera de combate.

Al menos, no se habían llevado a Laura Snyder.

Eso era lo único que evitaba que la bilis le inundase la boca al recordar su reunión de la semana pasada con la subdirectora Magpie. Se le venía a la mente su rostro; sus facciones ridículamente pequeñas en su cara alargada, la mueca de asco permanente que vestía en los labios, cómo miraba por encima del hombro aun estando sentada. Magpie era una de esas personas cuya edad se acercaba ya a la Decadencia, pero no lo suficiente como para sentirla; había vivido tanto que se sentía por encima de todo, indiferente a los problemas ajenos y a cualquier cosa que no fuera su propio ombligo.

Si Ulysses Wagner estuviera allí, todo sería distinto. Él no permitiría aquella incompetencia. Pero como estaba en las colonias, en uno de sus viajes a las sucursales lunares de Águila de Prometeo, tenía que soportar la suplencia de Magpie hasta que volviese.

Mientras tanto, debía encargarse sola, una vez más, de defender la Agencia. Era cuestión de tiempo que los terroristas volviesen a por Snyder.

¿Y por qué sola?

Porque, como siempre, los demás capitanes estaban muy ocupados lamiéndole el culo a la subdirectora, creyéndose sus discursos grandilocuentes, y disfrutando de la ociosidad que suponía la ausencia de Ulysses Wagner.

Pero la capitana Nielsen era consciente, como es consciente uno de tener una astilla clavada en un dedo, de que aquellas afirmaciones de Magpie no eran más que patrañas. Cortinas de humo para no tener que trabajar. «¿Mejoraremos la seguridad y aumentaremos el número de efectivos?» «¿Prepararemos estrategias de respuesta a los ataques terroristas?» ¿Con eso se habían quedado contentos sus compañeros? Porque ella no.

Contaba con el apoyo de Taylor Crane, genetista superior de la Agencia, que había agradecido enormemente las muestras de la sangre de Lowe obtenidas de la braquial que dejó en su huida, confirmando que era inmune al gen Alpha.

Crane se encargaba de gestionar la célula de aislamiento de Laura. Llevaba ya más de una semana metida en ella, en vez de en

su régimen habitual de encierro de los ocho años anteriores. Se habían visto obligados a aislarla cuando se negó a colaborar en un experimento; tras la reciente traición del agente Day, las medidas de prevención se habían extremado.

El aislamiento se estaba alargando; las células estaban diseñadas para mantener a sus ocupantes inconscientes en ellas durante meses, pero Philippa no quería prolongarlo innecesariamente. También sabía que, cuanto más durase el aislamiento, más posibilidades habría de que afectase a la salud de Laura Snyder.

Taylor tenía una visión más laxa al respecto; Snyder no dejaba de ser su prisionera, por mucho que la necesitasen, y no le importaba tanto que pudiera sufrir secuelas a causa de la célula. A sus ojos, era un sujeto de experimentación valiosísimo, más que una persona. Probablemente, a nadie le afectaba tanto aquel asunto como a Nielsen; para sus compañeros era trabajo, no algo personal.

A nadie, salvo a ella.

Por eso había sido la capitana Nielsen quien había pedido refuerzos del resto de Agencias federales. Quien había mandado tapiar los conductos de ventilación principales, los que ya habían sido usados y donde los terroristas podrían haber colocado dispositivos de escucha, cámaras o hasta bombas. Y quien había diseñado un plan para que, al entrar, los terroristas cayesen directamente en su regazo como moscas en una telaraña.

Porque no iba a permitir, bajo ningún concepto, que le arrebatasen a Laura Snyder.

Era la única persona inmune al gen Omega que habían encontrado en todos aquellos años.

Era una de las claves para la investigación de la Decadencia.

Era un peligro para toda la Humanidad, si caía en manos del Ágora.

Y era lo más parecido que tenía a una hija.

18

—No te toques la vía, Johanna —dijo Halley, cogiéndola del brazo —. Se te puede infectar y hacerte un estropicio. No querrás acabar como yo, ¿verdad?

Johanna sonrió, incómoda. Apretó los puños para no llevarse los dedos a la pieza de plástico que le asomaba por debajo del traje de protección. Como quien se come las uñas o se arranca una postilla, era una manera de liberar estrés. Y la presencia de la vía en su antebrazo era bastante estresante. Ya no solamente porque le molestase al doblarlo, sino porque era un perpetuo recordatorio de la extracción de sangre.

Mucha sangre.

No recordaba qué número exacto de litros había dicho Omega que hacían falta para aislar sus linfocitos mediante aféresis y cargar un tiro en la pistola, pero eran *muchos*. Los suficientes como para que no mereciese la pena pincharla cada vez; le habían dejado la vía puesta para hacerlo a intervalos, cada día de aquellas dos últimas semanas que había pasado en el Ágora.

Ni siquiera se la habían quitado para la misión de rescate. Ahora tenía objetos extraños en ambos brazos: en el derecho, la vía; y en el izquierdo, el transmisor chapucero que le había implantado Sabrina en el hueco de la braquial como al resto del equipo.

—Blade, ¿puedes encender el radar para encontrar la subida? —dijo Halley—. No quiero que nos arriesguemos. Elige la mejor de entre las que valoramos para subir a la sede de la Agencia.

Blade asintió y cerró los ojos un momento.

—El punto óptimo es esa canalización —dijo, señalando un caño horizontal inmenso en la pared de la sala de cisternas, con un dedo blanco y brillante—. Nos llevará directos a la tubería principal, que vertebra todo el edificio. Es un buen camino, pero tendréis que usar mascarillas antigás.

—Ya lo habéis oído —dijo Halley—. ¡A ponérselas todo el mundo!

Jerome soltó una risita entre dientes cuando vio a Terrence luchando con los enganches.

—Te queda *muy* ridícula, Terry —dijo, apretándole las cintas que le cruzaban el cráneo—. Pero no pasa nada. Para mí eres más que una cara bonita.

Terrence murmuró algo que quedó amortiguado por el plástico de la máscara.

—¡También eres un cuerpo bonito! —añadió Jerome, y le guiñó un ojo antes de colocarse la suya.

—¿A quién se le ocurrió traer a estos dos juntos en la misión? —dijo Elsie, fingiendo una mueca de asco—. Es buena idea que Terrence se ponga tan rojo que lo podamos usar de linterna, pero como se nos distraigan en medio de la tubería…

—¿Por qué íbamos a dejar a Jerome atrás? Necesitamos a toda la gente posible —dijo Halley.

—Ya, ya lo sé. Pero también podría haberse quedado con el grupo de King, y traernos a alguno de ellos aquí…

—Demasiado arriesgado. King y su gente están bien para prestar apoyo desde fuera, que es lo que están haciendo, pero no les conocemos tanto como para que se infiltren con nosotros.

—Ya, pero…

—No pongas excusas, Elsie —dijo Johanna, sonriendo—. Lo que pasa es que te da rabia porque tú estás soltera, ¿a que sí?

—¡Oye! —dijo Elsie, y soltó una risa por la nariz—. ¡No te metas conmigo, Jo!

—Qué pasa, ¿tú eres la única que puede meterse aquí con la gente?

—¡Pues sí! Y, para tu información, no estoy soltera. ¡Estoy en una relación a distancia con ese amigo tuyo al que vamos a rescatar, el rubio buenorro aquel! Aunque aún no lo sepa, pero es un detalle sin importancia…

Johanna tuvo que ponerse la mascarilla para dejar de reír. Forcejeó un instante con las tiras, aunque había practicado cómo colocarla bastantes veces. Miró a Blade con una pizca de envidia; de todos los rostros que había allí reunidos, el suyo era el único que estaba descubierto, por supuesto. No necesitaba oxígeno.

—Sabrina, vamos a entrar —dijo Halley por su comunicador, que ocupaba casi todo el espacio en su brazo cortado—. Te ha pasado Blade la ruta. ¿Veis Alpha o tú algo raro en el mapa?

—De momento no —contestó la voz de Sabrina—. Como llevaréis mascarillas, o al menos espero que las llevéis por aquello de respirar, me comunicaré a través de Blade. Dice Alpha que buena suerte.

Abrieron la tubería, quebrando el metal con el fogonazo de un

arma. Uno por uno, fueron atándose los arneses de sujeción entre sí y entrando en el conducto. Aquellas máscaras que les cubrían la cara entera, con el plástico transparente abombado en los ojos, hacían a Johanna pensar que parecían una manada de moscas.

Sobre el cráneo lampiño de Blade se iluminó una pantalla; en su superficie semiesférica podía verse el rostro de Sabrina, el de Alpha y el de Chloé, que esperaban en el punto de encuentro a que regresaran. Era lógico que Alpha no viniese a las misiones; por mucho que fuese la fundadora y jefa de estrategia del Ágora, su cuerpo estaba cayéndose a pedazos por la Decadencia. Sabrina, por su parte, era la encargada de todas las labores tecnológicas y de comunicación, y les servía de apoyo desde su puesto.

¿Y Chloé?

Chloé le había contado a Johanna su historia.

La esposa de Chloé Deschamps, Miranda, trabajaba de doctora en el Memorial Hospital de Chicago cuando la atraparon. Era un centro de salud prestigioso y prohibitivamente caro, donde acudían los dueños de grandes fortunas a paliar su Decadencia. Su salario, por supuesto, no se correspondía en absoluto con el precio de los tratamientos que les ofrecían a aquellos magnates. Pero a Chloé y a Miranda Deschamps les bastaba con tenerse la una a la otra, con ser felices y quererse, y juntas vivían tranquilas.

Entonces, en julio del año anterior, Chloé cumplió doscientos años.

Y los síntomas de la Decadencia hicieron su aparición.

Al principio empezó a costarle correr, luego caminar largas distancias, y después ya caminar, en general. Dejó de ver bien a lo lejos y también de cerca. Perdió el oído. Siempre era así; durante el primer año el cuerpo se deterioraba solo por dentro, y los cambios físicos externos venían más tarde, de golpe.

Por eso Chloé aún no evidenciaba su edad en el rostro, sino en su fragilidad.

Por eso, y porque Miranda robó medicamentos del hospital para aplicarle un tratamiento que no podían pagar. Cuando no fueron suficientes, comenzó a experimentar en sus genes. Y la Agencia de Protección Genética no se caracterizaba, precisamente, por ser tolerante con los experimentos no autorizados.

Así que Chloé tenía que conformarse con esperar al margen. Asistía a Alpha y a Sabrina en lo que podía, y ayudaba a coordinarles con la banda de un tal King, un grupo de delincuentes juveniles, amigos de Elsie, que prestaba apoyo al Ágora cuando lo necesitaban.

Johanna miró su figura frágil en el cráneo de Blade mientras se metía en el conducto. Ambas tenían a gente dentro de la Agencia a quienes querían rescatar a toda costa. Ambas se sentían responsables por su captura.

—Espera, Johanna —dijo Halley, cortándole el paso—. Detrás de Blade va Terrence. Tú ponte en medio, entre Elsie y yo. Así estarás protegida.

Se oyó a Terrence protestar.

—Sigo creyendo que no es buena idea que venga con nosotros —dijo, con un deje irritado—. No solo es la más débil del grupo en cuanto a combate o técnicas, sino que, si la perdemos, adiós todo.

—Omega consintió que viniera —le recordó Halley—. ¿Vas a cuestionar sus decisiones?

Terrence suspiró.

—No, sabes que no. Pero creo que se mostró muy blando con ella.

—O yo muy pesada —intervino Johanna—. Pero creo que puedo ayudar. Quiero sacar de aquí a mi madre y a mi amigo a toda costa. ¿No decías que necesitábamos toda la gente posible para esta misión, Halley?

—Se refería a gente cualificada, con cierta capacidad física —interrumpió Terrence—. No a niñas que jamás han empuñado un arma.

Johanna notó que la cara le ardía.

—¡Si Halley puede ser útil con una sola mano, seguro que yo también! —dijo, en un tono más alto del que pretendía.

Se hizo un silencio incómodo. El gas le picaba en la garganta incluso a través de la máscara, y tragó saliva, sintiendo que había hablado de más.

—Lo siento, Halley, yo no…

—Halley sería mil veces mejor en combate que tú, incluso aunque le faltasen los dos brazos, chiquilla. —La voz de Terrence sonó algo resentida cuando dijo—: Me gana incluso a mí en ciertas artes marciales.

—Eso no es un mérito tan grande, Terry —dijo Jerome, que cerraba el grupo, desde detrás—. Yo también te gano.

—Y, en cualquier caso —continuó Terrence con cierta estridencia en la voz y cierto rubor en el rostro—, Halley lleva una prótesis de brazo en la mochila, por si acaso hay alguna emergencia y…

—Basta. —Nunca había oído a Halley sonar tan seca y molesta —. Terrence, no sigas por ahí. No la he necesitado nunca, ni la voy

a necesitar. Fin de la historia.

Johanna habría esperado que Terrence le replicase con su habitual malhumor, que discutiese con ella; por eso se sorprendió cuando dijo, en un tono bajo y avergonzado:

—Perdona, Halley. He metido la pata.

Ella no contestó.

Continuaron sin hablar, solo acompañados del sonido de doce rodillas gateando en el metal de la inmensa tubería. De vez en cuando, Blade, que iba en primer lugar guiando al grupo, indicaba con su voz átona cuántos metros quedaban para una desviación en las cañerías, o se oía algún gruñido de esfuerzo; esa era toda la conversación que había.

La primera en no aguantar el silencio fue, por supuesto, Elsie.

—¡Bueno! —dijo, con aquella vocecilla suya de campanita—. ¡Repasemos el plan una vez más, no vaya a olvidársenos!

Era una excusa tan buena como cualquier otra para demostrar que pertenecía al equipo.

—A ver —dijo Johanna—, tenemos que llegar hasta la planta veinte, que es donde está la célula de aislamiento de Laura Snyder, pero sin usar los conductos de ventilación por los que huimos tú y yo la otra vez, ¿no?

Johanna no era tan fuerte como Terrence, ni tan ágil como Elsie, ni sabía artes marciales como Halley, pero al menos tenía buena memoria y no se consideraba tonta del todo. Aun así, cuando volviesen a la base sanos y salvos, pensaba pedirle a su madre que le enseñase taekwondo.

—Efectivamente, debemos evitar las zonas que ya hayamos visitado. Lo normal es que las estén controlando, por si volvemos por ahí —dijo Jerome, con suavidad—. O que las hayan minado. Son así de traicioneros, como cualquier empresario. Menos mal que a mí también me gusta jugar a los negocios sucios.

Johanna no sabía con exactitud qué hacía Jerome Derrington en el Ágora, pero se jactaba de ser su contacto con el mundo empresarial, y andaba yendo y viniendo de la base, al contrario que los demás. Tenía algún tipo de conexión dentro de la Agencia y con las grandes compañías que invertían en ella.

—Tras rescatar a Snyder, iremos a por los demás prisioneros, que están un piso más abajo —continuó recitando Johanna—. Después, si todo sale bien, usaremos el hueco del ascensor principal para escapar.

—¡Y fuera tendremos refuerzos de sobra! —dijo Elsie—. ¡Allí nos espera mi hermano King y su gente!

Johanna había conocido a King la semana anterior, durante los preparativos; era el cabecilla de una banda de chavales que vivían al margen de la ley, robando y subsistiendo como podían, y que apoyaban al Ágora gracias a que Elsie era su «hermana». Sospechaba que era una hermandad más bien simbólica, ya que King era un joven asiático, musculoso y moreno, que tenía el mismo parecido con la diminuta y blanquísima Elsie que un zapato con una olla.

—Ojalá no haga falta contar con ellos —suspiró Halley—. Pero es muy probable que sí. Sacar a tanta gente del edificio va a ser una odisea.

—Los sacaremos, cueste lo que cueste —dijo Johanna—. ¡Ya lo verás!

Si había acabado yendo a aquella misión, era precisamente para eso. Era valiosa para el Ágora, porque su valor radicaba en que colaborase con su causa, y no había dudado en aprovecharse de ello. ¿Querían su cooperación? Pues tendrían que dejarla ir. Y tendrían que rescatar a Leo y a Deena Lowe.

Según le había explicado Omega, necesitaban su sangre y la de Laura Snyder; combinar la inmunidad a sus respectivos genes. Una vez rescatada Snyder, podrían extraer de ella el material genético necesario, igual que estaban haciendo con la propia Johanna; no solo para la «pistola de sangre», aquella invención funesta de su padre, sino para el objetivo último del Ágora: deshacer la inmortalidad desde cero y desactivar los genes que prevenían la muerte cerebral en el ser humano.

Aun así, se habían llevado en la misión una pistola cargada con su propia sangre. Con la que le habían extraído en las últimas dos semanas bastaba para un solo tiro letal.

—Vamos a llegar al desvío. —La voz de Blade, monótona y acerada, hizo eco en la tubería; Johanna casi tropezó con sus propios pies—. Comprobad que tenéis bien puestos los arneses, por favor.

Sobre sus cabezas se abrió un hueco. El gas fluía desde arriba hacia el conducto que ocupaban, y notaban un leve picor al contacto con la escasa piel que tenían expuesta en las aberturas del traje de infiltración.

—¿Qué clase de gas es este? ¿Seguro que no hay peligro en entrar ahí arriba? —dijo Johanna, tirándose de las cintas que le cruzaban el pecho.

—Es tóxico al respirarlo, pero no es inflamable ni corrosivo. No debería hacernos nada mientras llevemos las máscaras. —Halley

parecía saber del tema. A Johanna le gustaba cómo lo explicaba con amabilidad, con un tono maternal—. Son residuos del laboratorio genético de la Agencia.

—¡Y adivina dónde está el laboratorio, Jo! —añadió Elsie—. ¡En la misma planta que tienen metida a Laura! Ahí experimentan con ella.

Johanna se imaginó a Laura Snyder encerrada entre cables y agujas y científicos. Debía de ser horrible verse obligada a dar su sangre a alguien sin tener elección.

Entonces ardió un destello azul en las suelas de los pies de Blade y se elevó desde el suelo, dando un fuerte acelerón que arrastró en cadena los arneses, atados unos a otros, de todos los miembros del equipo. El tirón en el pecho dejó a Johanna sin aliento unos instantes.

—Sabrina, la carcasa de Blade es de fabricación finesa, ¿verdad? —dijo Elsie.

—Sí, ¿por? —contestó ella en el comunicador.

—Nada, nada. Por los propulsores iónicos esos que lleva. —Elsie, sujeta a su arnés, sonrió tensa—. ¡Son una pasada!

—Oye, Terrence, te noto un poco nervioso —dijo Sabrina, al verle la expresión de vértigo—. ¿Qué, ganas de cruzarte con tu antigua jefa? ¿Vas a pedirle el finiquito?

—No bromees con eso, Sabrina —dijo él, cortante—. Mis asuntos pendientes con la Agencia son cosa mía.

—Si afectan a tu rendimiento en las misiones, nos conciernen a todos. —Alpha habló con un tono que no admitía réplica, y volvió a sentarse junto a Sabrina en el puesto de control.

—No es el único que tiene motivos de sobra para no querer verle la cara a alguien de la Agencia —dijo Jerome desde el fondo del conducto, conciliador—. Halley y yo te entendemos, Terry.

Johanna se sentía torpe y desmañada en el ascenso; se le iban los brazos para todas partes, y las trenzas se le volaban y le daban golpes contra la máscara de gas. Cuando intentó apartárselas, los dedos rozaron con el plástico duro que le cubría la frente.

Por un momento, pensó que había sido imaginación suya, pero no.

Se le había quedado un pegote de plástico pegado al guante de su mano derecha.

—Escuchad —dijo Johanna, con la voz ahogada—. Esto no es normal, ¿verdad?

Con todas las miradas sobre ella, Johanna levantó un dedo y se lo pasó, lenta y deliberadamente, por el borde de su máscara

antigás.

Las caras de sus compañeros se pintaron de pánico y desconcierto.

Terrence se plantó una mano ancha y enorme en el visor, y los ojos se le desorbitaron al sentirla hundirse en el plástico reblandecido.

Johanna empezó a notar que la poca piel que el traje de protección le exponía al gas —muñecas y tobillos, cuello y cuero cabelludo— ya no es que estuviera algo irritada, sino que le dolía. Se miró la mano izquierda sin querer ver: sobre su dorso oscuro se habían levantado unas ampollas rojas y brillantes.

Cuando Sabrina les habló, su gesto angustiado ocupaba toda la pantalla.

—Tenéis que salir de ahí —dijo—. Blade ha analizado el gas y no era lo que pensábamos. Lo han cambiado a propósito para que sea corrosivo. Meteos por un conducto de ventilación secundario que hay a la altura del piso quince…

Johanna levantó la mano y acercó la muñeca ampollada a la cámara para que la viesen.

—Se nos está comiendo —musitó.

—Joder… —dijo Sabrina—. Vale, he enviado a Blade las coordenadas del respiradero. Quitáis la tapa con los propulsores de sus pies, así no hay que desatornillarla, y entráis cagando hostias. Preparaos, que Blade va a acelerar.

Y lo hizo; el arnés tiró del torso de Johanna como si quisiera arrancarle el esternón. Cerró los ojos, mareada de la velocidad, y se mordió la lengua para no gritar. Sentía la tela del traje protector deshilacharse en el aire.

La frenada fue un choque brusco en cadena.

Un resplandor azul surgió cerca de su cara; era la suela de uno de los pies de Blade. Lo estaba usando para cortar, levantando chispas azuladas, la rejilla de acero que se abría en una pared del tubo. Hacía un ruido espantoso, como si el metal chillase al ser partido.

—Date prisa, Blade, por favor —dijo Jerome—. Empieza a picarme mucho la garganta.

—No puedo hacerlo más rápido —repuso la IA mientras seguía cortando; su voz sin urgencia era exasperante—. Si dirigiese más energía hacia este propulsor, no habría suficiente para sosteneros a todos. Caeríamos en picado.

Johanna miró hacia abajo y se arrepintió al instante. Empezaba a marearse. Notaba su propia respiración raspándole por dentro y el

ardor por fuera. Todos contenían el aliento, esperando, mientras la luz azulada de los iones atravesaba el metal…

El *clonc* al caer la tapa contra el respiradero fue el sonido más hermoso que había escuchado nunca.

—¡Corred, todos dentro! —gritó Halley desde detrás, empujándoles—. ¡Blade, aguanta!

Johanna miró a la IA entonces; tenía la expresión inmóvil, pero en su rostro brillaban lo que parecían gotitas de sudor. Solo cuando hubieron entrado en el conducto y lo vio de cerca comprendió. Blade no llevaba máscara de gas. Las rebabas que le relucían en la cara eran su propia piel sintética derritiéndose.

—Deberíamos taponarlo —dijo Jerome, entre toses—. Está entrando el gas.

Aunque colocaron la tapa en su hueco original, seguía colándose por las grietas.

—Podríamos cubrirlas con la tela del paracaídas, que es impermeable —dijo Halley, sacando de su mochila una esquina—. Pero lo necesitamos para cuando salgamos por el foso del ascensor…

—No hará falta —dijo Blade; de un tirón, se quitó el jersey negro que llevaba puesto y se deshizo de los pantalones—. Aquí tenéis. Cubridlo con esto.

El cuerpo de la IA era enteramente liso y brillante, como si la luz se reflejase bajo la superficie de su piel. Johanna no pudo evitar mirarlo: no tenía ombligo, ni pezones, ni genitales. ¿Le daría vergüenza su desnudez? ¿Pasaría frío?

—A ver, vale, tranquilidad —dijo Sabrina—, tenéis que llegar al piso veinte, pero la ruta actual se desvía del plan. Seguid el mapa.

Un trazado en varios colores brilló en la nuca de Blade.

—¡Venga ya! —dijo Elsie, haciendo una mueca—. ¿Nos vas a obligar a cruzar el edificio entero?

—Id por el camino que os he marcado en verde hasta el laboratorio —continuó Sabrina—. Lo demás estará vigilado. Queda un buen trecho, así que menos hablar y más caminar. ¡Vamos!

Elsie soltó un suspiro hacia la pantalla.

—¡En fin! Ya lo habéis oído. ¡Blade, tú nos guías!

El suelo sonaba muy hueco bajo sus pasos, y Johanna se detuvo un momento.

—No te distraigas —dijo Halley, que iba a gatas detrás de ella—. Tenemos que llegar al piso donde está Laura Snyder lo antes posible.

—Y luego al piso de abajo, donde están las celdas de los demás

prisioneros, ¿verdad? —dijo Johanna, con la voz algo más irritada de lo que pretendía—. Mi madre, Leo, Miranda…

—Sí —contestó Terrence—. Pero ya sabes que el objetivo principal es Snyder. No se te vaya a olvidar.

—Pues que no se os olvide a vosotros mi condición para colaborar con el Ágora: rescatar a Leo y a mi madre —dijo Johanna, imitando su tono condescendiente mientras seguía gateando.

Aún tenía la palabra en la boca cuando el suelo del respiradero cedió bajo ellos.

Cayeron a plomo contra unas baldosas blancas de las que Johanna se acordaba perfectamente. Le costó algo más recordar el nombre de aquella mujer que los miraba, tendidos a sus pies, con una sonrisa fría de satisfacción.

Era la capitana Philippa Nielsen.

19

Si Johanna hubiera vivido doscientos años atrás, antes de que la temperatura media de la Tierra aumentase y lo secara, habría visto desde su casa el lago Míchigan lamiendo las playas de Milwaukee. Habría sido testigo de cómo los barcos comerciales arrancaban del agua redes inmensas, colmadas de miles, millones de peces agitándose como una masa de carne y escamas empapada de miedo.

Pero Johanna nunca había visto un barco de pesca.

Por eso no podía describir así el pánico que le atravesaba el cielo de la boca como un anzuelo, ni a sus compañeros tirados ante Nielsen, rodeados de agentes trajeados de azul apuntándoles con sus armas.

—Quedan detenidos por formar parte de una organización terrorista —dijo la capitana Nielsen, como recitando un papel de teatro; su voz resonó en la estancia—, por allanamiento y por tentativa de uso de la ingeniería genética para el desarrollo de armas biológicas. Arréstenlos, agentes.

«Armas biológicas.» ¿Hablaba de ella o de Laura Snyder? No podía referirse a la pistola de sangre; nadie debería saber que Halley la llevaba en la mochila.

—Espere un momento, se lo ruego —dijo la voz suave de Jerome desde su espalda. Aún sentada en el suelo, Johanna giró la cabeza para mirarle; se estaba poniendo en pie muy despacio, con las manos alzadas—. No hay por qué hacer esto por las malas. Podemos cooperar…

Los agentes miraron a su capitana a la espera de órdenes y Jerome clavó sus ojos en los de Terrence, que bruscamente dijo:

—¡Cooperaremos! —Se irguió aprisa, también con las manos en alto.

Se colocó justo delante de Johanna, en un movimiento que podría parecer involuntario. Y Halley y Elsie también, a su lado, tapándola con su cuerpo de la mirada punzante de Nielsen.

Johanna se levantó, agachando la cabeza, tratando de disimular su altura y su rostro tras la máscara de gas a medio derretir.

Le vino a la mente aquella persecución del garaje. Esta vez

estaban en su terreno y Philippa Nielsen les contemplaba como sabiéndose dueña de su destino, como si ni siquiera necesitara recurrir a la agresión física para dominarlos.

—No negociamos con terroristas —dijo Nielsen, con un regusto de asco en cada palabra—. Ni con traidores, *exagente* Day.

Desde su posición, Johanna no veía la cara de Terrence. Le bastaba su postura, de pronto rígida, y con sus puños, casi temblando de tan apretados.

Nielsen dio la orden.

Los agentes que les rodeaban se abalanzaron sobre ellos, dispuestos a apresarles.

Y Johanna vio por el rabillo del ojo, en ese instante impregnado de adrenalina en el que todo parece pasar muy lento, cómo Halley intentaba sacar algo de la mochila a su espalda.

—¡Espere! —gritó. Johanna no sentía suya su voz. Ni tampoco sus dedos, que arrancaron la máscara antigás de su cara y la tiraron al suelo—. Cooperaré yo. Conmigo sí que pueden negociar, ¿verdad?

Juraría que la expresión en el rostro de Nielsen al reconocerla fue de auténtica hambre.

—Señorita Lowe —dijo, despacio—. Qué alegría volver a verla. ¡Agentes! ¡Anestésienla ahora mismo!

Los ojos enormes de Elsie parecían deletrear la frase «qué coño haces» al mirarla.

—¡No hará falta! —dijo Johanna atropelladamente, ofreciendo ambas muñecas al agente más cercano, que llevaba unas esposas—. Iré con ustedes. ¡No opondré resistencia!

«Por favor, Halley —suplicó para sí mientras la agarraban de los antebrazos—. Por favor, date prisa.»

Un tiro rompió el despacho en dos.

No había sido Halley. No era un disparo de sangre. Era un disparo iónico que había surgido de la mano de Blade, resonando en todo el edificio. El agujero en su palma humeaba. También humeaba la herida en el brazo del agente que, un segundo antes, había estado a punto de esposar a Johanna.

—¡Neutralicen a la IA! —gritó Nielsen, por encima de los chillidos de dolor—. ¡Deprisa!

La capitana Nielsen giró sobre sus talones y se detuvo, de pronto, mirando al frente. Sus agentes también.

—Yo no haría eso, capitana —dijo la voz de Halley. Sonaba calmada y firme.

Johanna soltó un aliento contenido.

Su compañera empuñaba en su única mano un arma de cristal, cargada de rojo, que apuntaba directamente al pecho de Philippa Nielsen.

—¿Qué se supone que es esto? —espetó la capitana.

El propio diseño del arma, transparente y repleta del fluido vital —letal— que giraba en su recámara, parecía advertirla de su peligrosidad. Como los animales venenosos con sus colores de neón, era un aviso en sí misma, uno que detonaba algún mecanismo de alarma en su cerebro.

—Una pistola de sangre —dijo Johanna—. El único instrumento en el mundo que puede matar a alguien. La inventó mi padre, ¿sabe?

—¿Por qué debería creerla, señorita Lowe? —Nielsen estaba ligeramente más pálida que de costumbre, aunque no había variado el gesto.

—Porque hay una forma muy fácil de demostrar que es cierto lo que dice —dijo Halley, acercando un dedo al gatillo.

—¡Venga, Halley! —dijo Elsie—. ¡Así vemos si funciona o no! ¿No quieres ser una pionera, Philippa? ¡Saldrás en las noticias como la primera en morir con este chisme!

—A ver, pero ¿la idea no era intentar que no muriera nadie? No seas bruta, Elsie. —dijo Johanna—. Tranquila, capitana Nielsen. ¿Cree que ahora podremos negociar?

La atmósfera del despacho entero se sentía densa como el formol. Era una cuerda floja que amenazaba con tensarse. Y Johanna esperó la respuesta sujetando el arma entre los dientes.

—Creo —contestó Philippa Nielsen, lenta y deliberadamente, sin apartar la vista de la pistola— que deberíamos tranquilizarnos todos. Agentes, bajen las armas. Un paso atrás.

—¡Muy bien! —dijo Elsie—. ¡Y tú da un paso adelante, Philippa! ¡Aquí, más cerquita!

Nielsen se acercó, reacia, hasta que el cañón de la pistola casi le rozó el pecho.

—Mire, capitana, yo le aseguro que no queremos hacer daño a nadie. —Halley tosió, mirando al agente que se agarraba el brazo ensangrentado—. A nadie más, es decir. Solo entréguenos a Laura Snyder y nos iremos sin causar más problemas. ¿De acuerdo?

Philippa Nielsen soltó una risa áspera, cruzando los brazos.

—Están locos si de verdad creen que eso les va a funcionar. Si me disparan, no llegarán a la puerta de una sola pieza. No podrán salir de aquí sin mí.

—Entonces —dijo Terrence, en un tono hosco—, tendremos que

salir de aquí con usted, ¿no, *exjefa*?

La cogió de los hombros y le asió las manos detrás de la espalda.

—Pero ¿qué está haciendo? ¡Suélteme, Day! —gritó ella.

—Usarla como rehén, ¿no es evidente? —dijo Terrence—. ¡Vámonos al piso veinte! ¡Ahora mismo!

Johanna se dirigió a los agentes, que los miraban con las armas en la mano, sin atreverse a usarlas. Apenas dos semanas atrás, no habría sido capaz de decir lo siguiente y mantener firme la voz:

—Si tratáis de impedirnos llegar allí, vuestra capitana muerta nunca se os borrará de los ojos. Sé de lo que hablo.

—Joder, Jo, y luego la bruta soy yo —dijo Elsie—. Pero ¡tiene razón! ¡A estarse quietecitos!

Los agentes se apartaron de la puerta del despacho; Halley, encañonando a Nielsen, y Terrence, agarrándola de los brazos para que no echase a correr, se dirigieron hacia la salida. Blade cerraba el grupo, apuntando con el propulsor de su mano para impedir que les persiguieran.

Terrence tenía el ceño hecho un ovillo y sus movimientos seguían siendo rígidos al conducirla fuera del despacho. ¿Habría decidido tomar a Philippa como rehén por estrategia, o por venganza?

—Bien. Ahora, capitana Nielsen —dijo Jerome con su voz melosa, señalando al sensor de la pared—, cierre la puerta, si no le importa.

Terrence le soltó un brazo para que lo hiciera. El aparato pitó al apoyar ella el dedo en el lector de huellas. Los escuadrones quedaron dentro, atrapados.

—¡Buen trabajo, gente! —Oír a Sabrina desde la nuca de Blade les pilló de sorpresa, pero a la vez fue un cierto alivio; no estaban solos—. A ver, desde aquí veo que estáis en el pasillo C de la planta quince. Todas las puertas a los lados son despachos. Al fondo a la izquierda hay un ascensor; cogedlo y subiréis hasta la veinte, donde está Snyder.

Empujaron a Nielsen hacia delante y esta hizo una mueca.

—Tienen ustedes mucha seguridad en su plan —dijo, soberbia—. ¡Adelante! ¡Intenten llegar, si creen que podrán!

Algo en su expresión parecía apoyar aquella arrogancia. Terrence le agarró de nuevo el brazo izquierdo y, entonces, lo vio.

Su pantalla braquial estaba encendida. Las palabras «ALERTA GENERAL» brillaban en amarillo, parpadeando. Philippa Nielsen sonrió al verlos percatarse, una sonrisa biliosa y despectiva.

—¡Corran al ascensor, si quieren! —ladró—. Los refuerzos que

he pedido llegarán enseguida. Ninguno de ustedes saldrá de este edificio. Sobre todo, usted —Johanna tragó saliva cuando la apuntó con la mirada—, señorita Lowe.

Seis pares de ojos se miraron. Seis desconciertos distintos.

Un solo instante de duda; uno solo bastó para que la capitana Nielsen se librase, de un tirón, del agarre de Terrence, y tirase al suelo de una patada la pistola de sangre con la que Halley la encañonaba.

Blade consiguió atraparla antes de que abriera la puerta del despacho, asiéndola entera como si la abrazase por detrás. Terrence recogió el arma del suelo, mientras todos los demás rostros se volvían hacia el fondo del pasillo; el ascensor se abría, surgían personas de su interior y se agolpaban en el corredor como moscas alrededor de la carne.

—¡Aquí! —gritó Nielsen, desde los brazos de Blade—. ¡Dense prisa! ¡Los terroristas me tienen como rehén!

Los agentes se aproximaban, armas en mano, corriendo por el pasillo. Sus compañeros levantaron las suyas, listos para disparar en cuanto estuvieran lo bastante cerca. Johanna alzó también una electrola y apuntó. Apretó la empuñadura hasta hacerse daño en las palmas. Tenía en tensión todo el cuerpo, desde las pestañas hasta las uñas de los pies.

Y la tensión se rompió, de pronto, como un cristal astillado.

—Pero, bueno, ¿qué está pasando aquí? —graznó una voz desconocida—. ¡Este escándalo es intolerable!

A su derecha, una de las tantas puertas de despachos que daban al pasillo se había abierto. La voz venía de allí.

Así le pareció a Johanna que sucedieron las cosas después de aquello: todo a la vez, en un único segundo simultáneo y anómalo que abarcó más de lo que debía.

Una mujer hosca y delgada surgió por la puerta y se plantó en medio del pasillo.

La capitana Nielsen gritó: «¡Aléjese, subdirectora! ¡Aléjese!».

Los agentes se detuvieron para no arrollarla.

Y Terrence reaccionó ante la amenaza como un soldado entrenado.

Un aguijón de cristal salió volando de su pistola de sangre y se clavó en el cuello de la mujer, justo en la base. Su cuerpo absorbió la carga inmediatamente, como si la bebiese por una pajita; la aguja se desprendió, dejando un agujero perfectamente circular en la piel. La mujer —la subdirectora, decía Nielsen— se llevó la mano al orificio, por donde empezó a brotar sangre rítmicamente, al compás

de los latidos, en un chorro que salpicaba. Una fuente de la vida a la inversa.

Entonces cesó. El surtidor de sangre dejó de palpitar. Los ojos confusos de la subdirectora parecieron perderse, desencajarse, y las pupilas se le fijaron en ningún sitio. El cuerpo se le venció; se desmoronó sobre sí misma, sobre el charco rojo a sus pies.

Johanna tardó en poder arrancar la mirada de aquella escena. Notaba el sudor correrle por la cara; se pasó el dorso de la mano para limpiarlo, pero resultó ser sangre, goterones que había escupido la herida abierta cuando aún latía. Un agente joven y rubio pasó corriendo a su lado, huyendo de la visión de la muerte, y un tiro de Elsie le derribó al suelo en convulsiones eléctricas.

Cuando logró apartarse de la mujer —no, del cadáver—, vio el horror y el caos en el que se había convertido aquel pasillo entero. Dejando huellas rojas de botas y de manos, los agentes y sus compañeros se disparaban, se protegían tras Nielsen y tras el cuerpo de la subdirectora; volaban cables de electrolas y descargas iónicas de los propulsores de Blade.

Todo era demasiado.

Demasiado intenso, demasiado atroz, demasiado a secas.

El estómago se le vertió en el suelo con una arcada que no se oyó entre el barullo atronador.

—¡Ven, Jo! —escuchó decir a Elsie—. ¡Por aquí!

Aún aturdida, siguió la voz, la cogió de la mano y entró tras ella en el despacho del que había salido la subdirectora.

—Vamos a aprovechar el revuelo para ir a por Snyder, ¿vale? —dijo Elsie, escondiéndose detrás de la puerta—. Respira. Toma, bebe agua de aquí.

—¿Nosotras solas?

—¡Claro! ¿No te acuerdas del plan B que dijo Alpha? Mientras los demás distraen a los agentes, nos colamos en el ascensor y directas al piso veinte. ¡Pan comido!

Elsie encendió su braquial; la cara redonda de Sabrina les saludó desde allí.

—Vale, chicas, estoy recibiendo imágenes de las cámaras de seguridad del edificio —dijo Sabrina, apartándose de la cara el pelo rosa—. También estaré en contacto con los otros a través de Blade. Ellos se van a alejar hacia el lado opuesto al ascensor, para que los agentes les sigan y vosotras podáis subir. Preparaos para salir corriendo… ¡Ya!

Y corrieron; Johanna temió que sus pasos alertasen a algún agente, pero el estruendo de tiros, golpes y gritos era demasiado

alto. Sentía las piernas flojear a cada zancada. Atrás se quedaban Terrence, Jerome, Blade y Halley. Abatirían a aquellos agentes y volverían a verlos enseguida. Lo iban a lograr. Tenían que hacerlo.

—¡Bien! ¡Lo hemos conseguido! —dijo Elsie, dejándose caer apoyada en la pared del ascensor—. A la planta veinte, ¿no?

En el vigésimo piso estaba Laura Snyder, sí. ¿Y si después no podían volver a por los demás prisioneros?

—Oye, Elsie —dijo, antes de que pulsara el botón—. ¿Por qué no vamos a la planta diecinueve primero?

—¿A la diecinueve?

—Es que ahí están encerrados mi madre, y mi amigo, y la mujer de Chloé —dijo Johanna—. Rescatémosles primero. ¡Así también nos pueden ayudar!

—¡Venga, va! —dijo Elsie. Presionó el botón que indicaba «19» y comenzaron a ascender por aquel túnel de cristal; después se acercó el comunicador a la boca—. ¡Eh, Sabrina! ¡Pásame el mapa de ese piso!

—Ahí lo tienes —contestó Sabrina—. Tened cuidado, ¿vale? Alpha dice que le parece bien, pero que Laura sigue siendo la prioridad. Si veis que eso peligra, os vais corriendo a la planta veinte.

Johanna asintió vagamente y cerró los ojos, dejándose llevar por el leve bamboleo del ascensor. La realidad le subía por el esófago en forma de bilis. Acababa de morir una persona. La subdirectora de la Agencia, nada menos. Esa mujer, a la que no conocía, a la que nunca había visto, ya no volvería a levantarse del suelo. De hecho, ya no *existía*. Lo que conformaba su ser, sus pensamientos, su cerebro, ya no eran nada. Solo una carcasa vacía de carne. Igual que su padre.

Johanna se miró las manos. El dorso oscuro y la palma clara, ambos estaban veteados de sangre.

—No sé lo que estás pensando, pero para —dijo Elsie—. Quita esa cara tan dramática, que parece que vas a echarte a llorar en cualquier momento, Jo. Esa señora era una jefaza de la Agencia. Gracias a que la hemos matado, ahora estamos aquí cumpliendo nuestra misión. Si no, no se habría montado ese revuelo y no habríamos podido largarnos. Si no hubiera sido ella, habría sido otro agente cualquiera. Yo solo espero que no hayamos desperdiciado nuestro único tiro, ¿sabes?

La muerte se había convertido en un bien preciado.

—¡Anda, qué listo Jerome! —dijo Sabrina, desde el comunicador —. Como Nielsen no sabe que solo teníais un tiro, la está apuntando

con ella y sigue usándola de rehén.

La pantalla titiló y la escena que les mostraba cambió; apareció una imagen algo difusa del pasillo y, efectivamente, allí estaban sus compañeros, encañonando a la capitana y rodeados de agentes. Agentes malheridos en el suelo y agentes que les disparaban o se lanzaban a por ellos.

—Ya estamos aquí —dijo Elsie, al oír el leve *ding* del ascensor.

Aquel era un corredor casi idéntico al que habían dejado atrás, pero sin bullicio ni cuerpos. De hecho, parecía desierto; ¿estarían todos los agentes bajando al piso quince para enfrentarse a sus compañeros? Había una cámara revoloteando en la esquina entre el techo y la pared, apuntando a una puerta anodina y blanca, como todo en aquel lugar.

—Ahí está la entrada a la prisión —dijo Sabrina desde el comunicador—. Puedo neutralizar la cámara, pero no más de un minuto, porque si no saltará el sistema de contingencia y os grabará.

—¡Espera, ya la neutralizo yo! —dijo Elsie, y le disparó una bala eléctrica; la cámara cayó al suelo como si le hubiera dado con un matamoscas—. ¡A la primera!

—Entrad, venga, rápido. Voy a dejar la puerta cerrada para que no entre ningún agente y os la abriré cuando salgáis, ¿vale? —dijo Sabrina—. ¡En marcha!

Echaron un vistazo alrededor tras cruzar el umbral. El recinto de la prisión no parecía pertenecer a la Agencia; no era una sala blanca y limpia como todas las que habían visto en el edificio, sino que paredes, suelo y techo estaban recubiertos de unas planchas metálicas gruesas de un gris plomizo. Dando con los nudillos en el tabique más cercano, Elsie las identificó como aislantes de sonido.

La enorme sala estaba dividida en secciones, con celdas rotuladas con un número a la entrada de cada una y separadas con muros. La mayoría estaban vacías. El silencio inundaba la estancia o, al menos, lo había hecho hasta entonces.

—¿Quién anda ahí? —gritó un agente en la distancia—. Oye, Miller, he oído un ruido en la puerta. Hazme el favor de cubrirme mientras voy a echar un ojo, ¿vale?

—¡Hola! ¡Buenas tardes! —gritó Elsie, con todas sus fuerzas—. ¡Hemos venido a rescatar a los prisioneros!

Johanna se asomó al pasillo principal que separaba las celdas y vio al agente que miraba a Elsie perplejo, a medias como si aquello fuera una broma, a medias como si fuera una ofensa terrible.

—¡Quieta! —dijo el agente—. ¡Quieta o disparo! ¡Aler…!

No llegó a dar la voz de alerta; las agujas de la electrola de Elsie se le clavaron en la sien y se agarrotó entero con un chillido agudo, de perro al que pisan la pata, hasta que ella retiró el dedo del gatillo.

—Saca tu arma, Jo, que creo que hay solo tres agentes más y podemos con ellos —dijo Elsie, saltando por encima del cuerpo inconsciente y electrocutado.

Era cierto; solo tres de las celdas que había en aquella sala tenían presos dentro, y por tanto solo había cuatro guardias; un vigilante para cada una, y el que acababan de abatir. A uno le lanzó una descarga Elsie por la espalda. Un segundo agente vio la escena y corrió hacia ellas; Johanna le disparó con los ojos entrecerrados para no tener que mirarle a la cara.

El último agente guardaba dos celdas, una junto a la otra, y alzó su electrola en cuanto las vio aparecer.

—No deis ni un paso más, u os frío —dijo, cuadrándose ante los barrotes.

Las tres armas estaban listas para disparar, y las tres personas temían el disparo ajeno; sería cuestión de suerte quién lo hiciera primero.

—¡Disparad! —gritó una voz entonces, y el agente intentó, sin éxito, volverse hacia la celda que vigilaba; unos fuertes brazos surgieron de entre barrote y barrote, le asieron por las axilas y le impidieron moverse.

Dos pares de agujas se hincaron en la piel del guardia, que se desmoronó; los brazos que le habían aferrado le soltaron y cayó a plomo. Su mandíbula sonó a hueco al dar contra el suelo.

—¡Eh, gracias por la ayuda! —dijo Elsie hacia el interior de la celda.

Su ocupante se acercó a la puerta, a la luz que había fuera del calabozo, y se hicieron visibles sus facciones: la piel oscurísima, los rizos enroscados como diminutas bobinas de cobre, los ojos de ascua y acero.

Johanna se tapó la boca con las manos para ahogar un grito.

—¡Mamá!

20

A menudo caía, tanto quien tenía hijos como quien no, en el error de creer que la categoría «madre» era un conjunto homogéneo de personas. Que se podía decir «todas las madres son así», y estar en lo cierto, como si por dar a luz se entrase a formar parte de una mente colmena, o se tuviera un saber místico y un amor incondicional por su descendencia.

Por supuesto, esto era un enorme disparate.

Había madres para quienes serlo era solo una faceta más de su identidad; las había que eran madres por encima de todo, y también quienes renegaban de ello. Unas amaban a sus hijos desde que salían del vientre, otras no lo hacían nunca, y muchas más aprendían a hacerlo a lo largo de toda una vida.

Más aún con la inmortalidad, que comenzaba en el feto desde la formación completa de su sistema nervioso. Esto impedía los abortos inducidos o espontáneos a partir de aquel momento, condenando a infinidad de mujeres a tener hijos que no podían, no sabían o no querían cuidar. También resultaba en un sinnúmero de criaturas con malformaciones graves surgidas en el seno materno, una vez pasado el punto de no retorno. Se daban auténticas pesadillas carnales, como la llegada a término de embarazos ectópicos, producidos fuera del útero; es decir, en las trompas de Falopio, en los intestinos, o en el interior de una arteria.

Pese a los avances en tecnología anticonceptiva, en el año 2500 la sobrepoblación era un problema serio, si no se trataba ya de un auténtico cataclismo. Para paliarlo se fomentaba la formación de parejas entre personas que no podían concebir hijos de manera natural, que podrían reducir el superávit de niños dados en adopción.

En resumen, había madres abusivas, madres sobreprotectoras, madres negligentes, madres fugadas y madres dulces como miel de caña.

Deena Lowe no era ninguna de estas madres. Era ella misma.

Para Deena, Johanna era lo más importante, como hija, sí, y también como parte de su labor vital en la ciencia, y como

esperanza para el mundo. Era una mujer dispuesta a defenderla ante todo, pero solo bajo sus propias condiciones.

Por eso, cuando Johanna le contó a su madre qué era lo que había ocurrido durante aquellas dos semanas que había pasado encerrada en la prisión de la Agencia, esperando que viniera con ella, que se uniese al Ágora y colaborase con la misión, Deena contestó:

—No.

Ante el asombro de Johanna, se extendió un poco más.

—No pienso tener nada que ver con esta gente, Johanna —dijo, cada palabra una losa—. Tú y yo vamos a irnos ahora mismo de aquí. Cruzaremos el lecho del Míchigan hasta Canadá y nos las apañaremos solas.

—Pero ¿por qué? —dijo Johanna—. Sin ellos, ¿cómo vamos a hacer lo que quería papá? Omega está investigando con mi sangre y mi genoma para conseguir…

—¿Lo que quería tu padre? ¿Es que no te das cuenta de que si Samuel murió fue por culpa de ellos? ¿Para demostrarle a ese tal Omega, ese contacto suyo, que tenía una hija inmune?

Probablemente, dos semanas atrás, Johanna habría asentido, habría hecho caso a su madre,y habría ido adonde fuera que Deena quisiera llevarla. Esta vez, sin embargo, se fijó en sus ojos. Aún seguía encendido el rescoldo en su mirada de hierro, sí, pero algo había ahogado el fuego durante aquel encierro.

Su madre tenía miedo.

—Mamá, si te vas, no voy a acompañarte. Voy a quedarme con Omega —dijo, respirando hondo—. Ven con nosotras, por favor. No quiero que lo que papá hizo sea en vano, pero es que no sé si podré yo sola. Te necesito.

Deena Lowe no se había roto en aquella celda. Deena Lowe se rompió en aquel preciso instante, con aquellas dos palabras, por primera vez en mucho tiempo.

—Iré —dijo, con una voz que, por un momento, a Johanna le recordó a la suya propia—. Iré, pero lo hago por ti. Y por Samuel. No lo hago para ayudar a nadie más que a mi hija. ¿Queda claro?

—Clarinete, señora —dijo Elsie, y crujió el cerrojo de la puerta —. Hala, ya está abierta. Ahora veo de dónde te viene lo de ser tan dramática, Jo.

Johanna no le contestó. No había estado preparada para ver un atisbo de miedo en los ojos de su madre. Quizá había estado siempre allí, enterrado en las ascuas.

En la celda de al lado, separada por la pared de metal, había una

mujer de rostro plano y moreno, con grandes ojos castaños que pestañeaban en silencio. Las miraba como a una aparición. No parecía la misma Miranda lustrosa y sonriente de la foto que Chloé les había mostrado.

—¡Hola! —dijo Johanna—. Venimos de parte de Chloé. Vamos a sacarte de aquí. No tengas miedo.

Miranda parpadeaba sin decir nada. Ladeaba la cabeza como un cachorro confuso.

Entonces, Elsie abrió la puerta y le mostró la pantalla de su comunicador. La cara de Chloé, pequeña y redondeada, apareció ante ella.

—Hola, cielo —dijo Chloé. Le temblaban las palabras—. Hola, mi amor. Soy yo.

Miranda, al principio, no reaccionó más que tragando aliento, con los ojos fijos, clavados en la imagen como dos escarpias. En el lapso de un segundo, sin que su expresión cambiase, le corrieron sendas lágrimas por las mejillas.

—Chloé —susurró. Su voz era ronca y dulce, con acento mexicano—. Has venido a por mí…

—Siento haber tardado tanto, mi amor… —La frase se le rompió en la boca, en ese agudo de llanto contenido—. Ve con ellas. Son amigas. Te veré enseguida.

Chloé se alejó de la cámara y cortó la conexión. No quería que la vieran llorar.

Miranda se quedó observando el comunicador vacío, la pantalla en negro, unos instantes más antes de volverse hacia Elsie, Johanna y Deena.

—Llévenme con ella, por favor —musitó, y en sus ojos brillantes se leía una plegaria.

Una voz masculina interrumpió las conmovedoras presentaciones poco después. Venía desde otra celda y gritaba alto:

—¡Eh! ¡Sacadme de aquí! ¡Hola!

Johanna tardó un instante en reconocer la voz de su amigo.

—¡Ya vamos, Leo! —dijo Johanna, apurando a las demás para que se acercaran—. Mamá, ¿tú le has visto en estas dos semanas? ¿Os han hecho algo?

—Nos hemos cruzado en algún interrogatorio —dijo Deena, con su tono tajante habitual—. Seguro que estará bien. No olvides que está aquí por su propia culpa. Y yo también.

Eso era cierto, pero no podía evitar pensar que la última vez que miró a Leo a la cara acababa de traicionarle para que la Agencia se lo llevase en vez de a ella.

Cuando le tuvo delante, le dio la extraña impresión de que Leo tenía la cara sucia; una barba, incipiente y rubia, le había crecido en aquellas dos semanas.

—¡Leo! —dijo, cogiéndole una mano que asomaba por entre los barrotes—. Espera, deja que Elsie conecte esto aquí y te abra la puerta. ¿Cómo estás?

—Eso digo yo; madre mía, cómo estás —dijo Elsie, soltando un silbido.

Leo pareció no haberlo oído; su mirada estaba fija en Johanna, a medio camino entre la alegría y la desesperación nerviosa.

—Lo siento, Jo —dijo Leo, brotándole la voz como agua hirviendo—. Siento todo lo que pasó. Por favor, no me dejéis aquí.

—No pasa nada, tranquilo. Ya te está abriendo Elsie para que salgas —dijo Johanna—. ¿Seguro que estás bien?

Tenía los ojos enrojecidos y se había comido las uñas de los dedos hasta casi hacerse sangre, pero Leo asintió.

—¿Cómo que «no pasa nada»? —la interrumpió Deena—. ¿Vas a perdonarle así, de buenas a primeras? ¿No te das cuenta de lo que nos ha hecho?

—¡No fue a propósito! —gritó Leo—. ¡No quería que pasara nada de esto! Solo quise pedirle ayuda a mi padre. Tenía miedo.

—Déjalo, mamá, por favor —dijo Johanna—. Ya le echarás la bronca más tarde. Ahora hay que salir de aquí lo antes posible.

La puerta se abrió con un sonoro *clang,* después de que Elsie apartase el comunicador del cerrojo, y Leo la rodeó con sus brazos con su entusiasmo de golden retriever. En concreto, de uno recién adoptado en la perrera. Su abrazo olía a sudor y era asfixiante sentirse pequeña contra su pecho.

—Gracias —decía él, aferrándola fuerte contra sí—. Gracias por sacarme de este sitio. Ya pensaba que…

En medio de aquel estrujón, Johanna intentó en vano apartarse, girar la cara para responderle un «de nada» que rápidamente empezaba a convertirse en un «de nada, sí, pero suéltame».

Deena carraspeó.

—Ya está bien, ¿no? —dijo.

Leo la soltó de golpe, con brusquedad; Johanna intentó recuperar el aliento sin que se notase demasiado que había estado a punto de asfixiarse.

—Vaya, qué calladito te lo tenías —le dijo Elsie al oído, con un codazo que intentaba ser en las costillas, pero apenas le llegaba al ombligo—. Menuda envidia.

—Mira, Elsie, ya sé que tienes mal gusto, pero no es mi tipo —

contestó Johanna en voz baja, separándose del grupo y yendo hacia la salida.

—¿Ah, no? ¿Cuál es tu tipo, entonces? Un día tenemos que hablar de chicos, Jo…

—No creo que este sea el mejor momento, la verdad —dijo Johanna—. Estamos en medio de una misión.

—¡Vale, vale!

—¡Eh! —gritó la voz de Sabrina, surgiendo del comunicador—. ¡Salid de ahí ahora mismo! Va un escuadrón hacia el piso veinte y tengo que cortar la luz para que no puedan llegar por el ascensor. ¡Tenéis que subir a la planta de arriba antes de que lo hagan ellos!

—¿Qué hay en el piso veinte? —dijo Deena, suspicaz, mientras se apresuraban hacia el pasillo.

—La otra mitad de la inmunidad de tu hija —contestó Sabrina —. El Omega de su Alpha.

Deena Lowe arqueó la boca en una mueca.

—Te refieres a Laura Snyder, ¿no? —dijo, casi escupiendo aquel nombre—. Sí, sé quién es. Samuel me habló de ella el día antes de morir, antes de probar su teoría de usar como arma tu sangre. Johanna, ¿sabes por qué me la mencionó?

Ella negó con la cabeza.

—Porque fue por culpa de ella que tomó la decisión de matarse. Bueno, de ella y de ese tal Omega, que le contó que la habían encerrado en no sé qué sitio y que corría peligro. Y, cómo no, se precipitó a demostrarle que tu inmunidad podía sustituirla. Tu padre siempre fue demasiado impulsivo.

Como si hubiera tragado una bola de plomo, le cayó a Johanna un peso en el estómago.

Ya no estaba tan segura de querer rescatar a Laura Snyder.

21

Taylor Crane, genetista superior de la Agencia, llevaba ocho años temiendo un momento como aquel. Ocho años trabajando en su proyecto personal, financiado por la propia organización. Ocho años intentando usar el material genético de Snyder para enmendar los errores del pasado. No los suyos, por supuesto; Taylor no cometía errores.

Se trataba de corregir el fallo garrafal del grupo de trabajo número veinticuatro y de su líder, el profesor Milton Roosevelt.

Era pura Historia; todo el mundo lo conocía, hasta los niños lo aprendían en la escuela. Gracias a él, el mundo no era perfecto. Gracias a aquel equipo de investigación, coordinado por el infame profesor, que distribuyó hace doscientos cincuenta años el pseudovirus de la inmortalidad a escala global, la humanidad ya no moría. Pero tuvo un inmenso descuido, por el que fue penado con cadena perpetua, como bien sufría en sus propias carnes todo aquel que superase la edad de doscientos años.

El pseudovirus era una IA microscópica y autorreplicante que alteraba la cadena de ADN de las personas infectadas para volverlas eternas. Y lo hacía basándose en la genética del propio Roosevelt. Al no ser su genoma idéntico al de los sujetos, fracasaba al cabo de un par de siglos de funcionamiento, destruyendo el cuerpo humano desde dentro, pero sin dejarlo morir. Este proceso se dio en llamar Decadencia, pues era similar al antiguo envejecimiento, si bien acelerado.

Taylor Crane tenía ciento treinta y ocho años de edad, y su única misión en los sesenta y dos que le restaban de vida digna era arreglar aquel fallo.

Llevaba intentándolo desde que supo que el error corría por sus venas. Desde que su madre le confesó, antes de que la Decadencia se la llevase, que el profesor Milton Roosevelt había sido su abuelo. Que ella era fruto de una relación entre el profesor y una alumna suya. Le dio la única fotografía que existía de aquel hombre en su juventud; reconocía en su piel oscura, en sus voluminosos rizos y en su cara lampiña los rasgos heredados.

Tenía un cerebro privilegiado, afinado desde joven para cumplir este propósito; tenía los fondos de la Agencia Federal de Protección Genética a su disposición; y tenía, por supuesto, a Laura Snyder y su inmunidad a uno de los genes que concedían la vida eterna. Solo le faltaba encontrar el modo de difundirlo. Todas las cepas del pseudovirus se destruyeron, para evitar otra tragedia, cuando se condenó a Roosevelt.

No era como aquellos terroristas que se llamaban a sí mismos «el Ágora» y que buscaban acabar con la inmortalidad para volver al estado primitivo y cruel de la vida. No; lo que Taylor Crane ansiaba era erradicar solo la Decadencia, reescribir la genética entera de la humanidad para dejarla inmortal y sin defectos por toda la eternidad.

Cuando, ocho años antes, la Agencia le informó de que habían encontrado a un sujeto inmune al gen Omega, lo dejó todo para volcarse en su investigación con ella.

En aquel momento, Snyder era solo una niña, así que era más sencilla de manejar. Ahora que la niña tenía veinte años, aquellas últimas semanas había sido muy cómodo tenerla inconsciente en la célula de aislamiento. El único problema habían sido las quejas de la capitana Nielsen, que se había encariñado con ella desde hacía tiempo. Casi agradecía que los terroristas la hubiesen tomado como rehén, así no tenía que oírla.

Pero, claro, aquella situación no dejaba de ser inconveniente.

Taylor Crane no podía permitir que se llevasen a Snyder y echasen por tierra todas sus esperanzas. Nielsen ya no estaba allí para ladrarle órdenes; prácticamente todos los agentes estaban ocupados intentando liberarla antes de que le pasara lo mismo que a la subdirectora Magpie. Las dos se entrometían por igual en la labor de Taylor; sí, a la capitana al menos le importaba el buen fin de su proyecto, pero aquella sensiblería suya con su sujeto de estudio era enervante. Si acababan matándola, no le daría mucha pena.

Taylor tenía sus propios planes para proteger a Laura Snyder de la incursión terrorista. Para cierta acepción de la palabra «proteger». Y esos planes no pasaban, precisamente, por tratarla como a una hija.

En la enorme planta diáfana, justo en medio, el cuerpo de Laura flotaba sumergido en el líquido transparente del inmenso tubo vertical. Crane la observaba, sin dejar de manipular los cables, tubos y palancas que surgían de la célula de aislamiento.

—Ah, ya estáis aquí —dijo, oyendo el *ding* del ascensor a su

espalda. No se giró a mirar; estaba esperando al escuadrón que había pedido para vigilar su laboratorio.

En realidad, no era cierto que Taylor Crane nunca cometiese errores. Cometía muchos. Lo que no hacía jamás era admitirlos.

Por ejemplo, en aquel preciso instante.

La descarga eléctrica le atravesó el pecho en dos.

Elsie soltó el gatillo de su electrola cuando Taylor cayó al suelo.

22

Aunque Sabrina hubiera cortado la electricidad, el laboratorio seguía iluminado y funcionando. Debía de haber algún generador de emergencia para aquel lugar de alta seguridad.

El cuerpo de una persona con bata blanca, tendido a los pies del grupo, hacía una sombra en el suelo. La estancia estaba en silencio. Solo se oía borbotear, como una olla a fuego lento, el flujo constante de aire que formaba burbujas en la célula de aislamiento. Los pasos de Johanna sonaron contra las baldosas blancas cuando se acercó al cilindro de cristal.

Laura Snyder llevaba siendo una constante en su vida las últimas dos semanas; tal vez, la única constante. Todos los esfuerzos del Ágora eran para rescatarla. Había escuchado su nombre aquellos días casi más que el suyo propio.

Había entrado en aquel laboratorio con cierto resentimiento, una pequeña tirria infantil. Pensaba que encontrarían a Snyder sentada en una celda, como las de la prisión de abajo. Por algún motivo, había imaginado que sería bajita y antipática, y que les recibiría impaciente, diciéndoles «ya era hora».

Al otro lado del cristal había una mujer.

Tenía los ojos cerrados. Parecía dormir blandamente, hundida en aquel fluido claro. De sus labios entreabiertos surgía un tubo pequeño, por el que brotaban pompas con cada respiración. El cabello, de un castaño casi rubio, le ondeaba en la espalda como muselina suave. Cada uno de sus rasgos era pulido y fino; los pómulos altos, las diminutas pecas, las mejillas sonrosadas, las profundas ojeras. Estaba completamente desnuda.

Los añicos de sus expectativas cayeron al suelo.

Aquel ser vulnerable, bañado en el reflejo de la luz, no admitía rencor alguno por su parte.

Johanna había oído que las crías de los mamíferos estaban hechas para parecer tiernas y adorables a casi todo animal, fuera o no miembro de su especie. Así era más probable que las cuidasen en ausencia de sus padres. Por eso los cachorritos despertaban compasión, la misma que un bebé humano.

Laura Snyder no era un cachorro. Pero había algo en la figura suspendida en el líquido denso, abrazándose las rodillas; en sus manos finas, de pianista, surcadas de venas azules; en cómo las escápulas le brotaban de la espalda, como alitas incipientes.

Había algo que a Johanna le arrancaba del pecho una necesidad imperiosa de protegerla.

Retiró la mano del cristal. Quedó sobre él la marca de su vaho caliente.

—¿Cómo vamos a sacarla de aquí? —dijo Johanna hacia el grupo.

—Buena pregunta. —Elsie pasó el comunicador sobre la célula de aislamiento, por sus juntas metálicas al suelo, por los cables que surgían de ella y se unían a pantallas—. Sabrina, ¿tú ves algún sitio donde conectarte para abrirla?

—Pues así, a simple vista, no parece haber ningún cierre accesible como los de las celdas. ¿Puedes comprobar la parte de atrás?

Mientras Elsie toqueteaba el cilindro transparente, Laura no parecía reaccionar a ningún estímulo. Tenía puesta una vía de suero en la muñeca, y una sonda que drenaba en un desagüe.

—Pobrecita, tan linda —dijo Miranda, acercándose. Johanna recordó, de pronto, que Chloé le había contado que era médica—. Según los monitores, parece estable, pero aun así quisiera explorarla cuando la saquen. Tiene la tensión muy baja. Lleva dos semanas ahí adentro, ¿no es cierto?

—Sí, las mismas que lleva muerto mi marido —escupió Deena, con tanta aspereza que Johanna sintió un pinchazo de angustia en el estómago. ¿De verdad era necesario buscar un culpable?

—Nada. —Elsie suspiró—. No tiene ninguna conexión digital para poder enchufarte. Solo hay tubos de drenaje y cables que miden el pulso.

—Por muy «de aislamiento» que sea, debe haber alguna forma de abrirlo. Creo que hay alguien por ahí a quien podríais preguntar —dijo Sabrina. Y añadió—: Con amabilidad, Elsie. Por favor.

—Uy. —dijo Elsie, haciendo crujir los dedos—. Tranquila, que voy a ser *muy* amable. Miranda, tú que eres doctora, ayúdame a conseguir que recupere la conciencia.

El cuerpo inerte de Taylor Crane se sacudió una, dos, tres veces con las mismas descargas eléctricas que le habían parado el corazón, pero de menor voltaje. La ausencia de latido, que una vez fue el signo vital por excelencia, ya solo significaba una inconsciencia algo más larga que la falta de respiración. El cerebro

seguía vivo y regenerándose, aun sin pulso, y un cuerpo podía ser reanimado mientras le durase la juventud. El precio a pagar por aquella curación prodigiosa de los tejidos era, por supuesto, la Decadencia.

Como no podía ser de otra manera, volver en sí era doloroso, igual que duele una herida mientras se está curando.

La piel tostada de Crane y sus rizos cortos estaban sucios del hollín de su propia electrocución. Cuando abrió los ojos entre toses chamuscadas, a Taylor le llevó un momento darse cuenta de que no había muerto; ya que se suponía que los terroristas tenían un arma letal.

Lo siguiente que advirtió, aun con las gafas descolocadas, fue que la célula de aislamiento seguía cerrada y segura. Y sonrió para sí.

—Por favor, no me hagáis daño —dijo Taylor Crane con una voz afectada y temblorosa.

—O te callas, o te doy más razones para quejarte. —Elsie se sentó a horcajadas en la cintura de Taylor, con la electrola aún pegada a su pecho—. Vas a responder solo a lo que yo te pregunte, ¿entendido?

Taylor continuó, como si no la hubiera oído:

—No os llevéis a Laura, os lo ruego. La necesitamos. La queremos mucho…

Se interrumpió con un grito cuando Deena le pisó la mano.

—Te ha dicho que te calles. —Tenía una calma cruel en el tono de voz.

—¡Ya me cae mejor tu madre, Jo! —dijo Elsie—. A ver, dinos, y más te vale no inventar nada, cómo sacamos a Laura Snyder de la célula. ¡Rapidito!

—No… No lo sé… —dijo Taylor—. Yo no sé cómo…

—¡Claro que lo sabes! —dijo Elsie, ufana, señalando la placa en la pechera de su bata—. ¡Ahí pone «Crane, T. Genetista Superior»! ¡Algo sabrás!

—Por favor… —lloriqueó Taylor, sorbiendo por la nariz unas lágrimas inexistentes—. Por favor, no os la llevéis. No rompáis el cristal de la célula…

—¡Uy, que no! —dijo Elsie, apartándose de Taylor con un salto. Se acercó al tubo transparente y observó de cerca el espesor del vidrio—. Oye, pues no parece muy grueso. ¿Creéis que con una silla de estas podríamos cascarlo? ¡Vamos a probar! ¡A ver, tú, tío cachas, cógela y dale bien fuerte!

—¡Un momento! —dijo Johanna, alarmada al ver a Leo

blandiendo un taburete—. ¿No se le clavarán los cristales rotos a Snyder?

—No creo —sonó la voz de Sabrina desde el comunicador—. Voy a consultarlo con Alpha, pero el líquido que hay ahí dentro, sea el que sea, tiene densidad bastante para soportar su peso. Debería aislarla del impacto.

—Entonces, ¡venga! —gritó Elsie—. ¡Dale ya, Leo!

Deena sujetaba por la espalda a Taylor, que se debatía débilmente, para que no interfiriese. Miranda, callada, observaba las constantes vitales de Laura Snyder en las pantallas. Elsie sonreía de oreja a oreja, palmoteando, mientras Leo alzaba la silla, dispuesto a quebrar el tubo.

¿Y Johanna?

Johanna no podía dejar de mirar a Laura, perdida en sus pestañas, en los mechones de cabello que ondeaban como volutas de humo, en la piel de gallina que le recorría el cuerpo. ¿Tendría frío allí dentro? ¿Cuándo la habría capturado la Agencia? ¿Era, como ella, fruto de una manipulación genética? ¿Estaría acostumbrada ya a ser un arma viviente, o no lo sabría siquiera? Las preguntas le aleteaban entre oído y oído como cien mil golondrinas.

Precisamente, al estar contemplándola, fue la única en darse cuenta.

El blanco de una sonrisa, sobre el cristal de la célula, se cruzó con sus pupilas. Un momento antes de que Leo lo golpeara, Johanna vio el reflejo del rostro de Taylor Crane.

Ya no estaba llorando. En aquel último instante en el que nadie miraba, se le había roto la máscara. Tenía pintada en la cara una sonrisa atroz.

¡Era una trampa!

—¡No! —chilló Johanna—. ¡Esperad!

Si bien no pudo evitar la inercia del impacto, sí que logró desviarlo; Leo se volvió hacia ella y la silla se hizo pedazos contra el suelo, en vez de contra el cilindro.

—¿Qué diablos te pasa, Johanna? —bufó Deena; a sus ojos, no era más que una niña displicente—. Leo, ve a por otra silla, hazme el favor…

—Creo —dijo Johanna, agarrando a Elsie de la manga y señalando hacia Crane— que estamos haciendo justo lo que busca. Por alguna razón, quiere que rompamos el cristal.

Aunque aquella expresión había desaparecido del gesto de Taylor, la verdad y la rabia del ardid fracasado se colaban por las

grietas en su careta.

Una voz, digna y marcial como ella sola, resonó en los comunicadores de Elsie y de Johanna. El rostro pespuntado de arrugas de Alpha les observaba, fulminante, desde sus pantallas. Las lentes de sus ojos y el metal de su mandíbula reflejaban la luz.

—Todo el mundo quieto. Inmediatamente. —Alpha no les hablaría así si no fuera imprescindible. Mala señal—. Elsie, acabas de cometer una insubordinación grave. Y un error muy serio. Has intentado romper la célula sin esperar mi confirmación.

—¡Lo siento! Pensé que…

—No. Si no autoricé la maniobra es porque estaba comprobando qué es ese líquido que llena el tubo. Mis cámaras oculares son lentas, pero efectivas. Por sus propiedades visuales y físicas, observé que podría ser una de dos cosas. La primera, un compuesto inerte con base de glicerol. O la segunda y la más posible, visto lo visto… ¿Alguien sabría decírmelo? ¿Tal vez usted, doctora Deschamps? —Miranda negó con la cabeza—. No se preocupe. Es lógico; no se trata de un compuesto médico, sino militar. Esa es materia mía.

»Lo que contiene esta célula, con gran probabilidad, es una combinación de alcohol y nitroglicerina. De no haber sido por Johanna, habríais volado todos por los aires.

La voz aguda de Taylor Crane interrumpió el silencio que dejaron las palabras de Alpha.

—Qué pena que lo hayáis descubierto —dijo, y pronunció aquella frase particularmente alto— a *tiempo*.

El monitor que marcaba el pulso de Laura se quedó en negro.

Cuatro cifras ocuparon el lugar de los latidos.

15:00.

14:59.

14:58.

23

El concepto de «arma» había cambiado a lo largo de la Historia y, como todo, había tenido que adaptarse a la inmortalidad humana, tras la negligencia de Milton Roosevelt. Aquello que antes mataba, ahora solo aturdía o paraba el corazón de manera temporal; o, en los casos más graves, destruía las partes descartables del cuerpo, pero el sistema nervioso siempre volvía a regenerarse. La amenaza definitiva ya no era la muerte, sino el dolor.

Esto, por supuesto, no era algo positivo. Un desliz en combate ya no podía taparse bajo la alfombra con un funeral de Estado, sino que resultaría en centenares de jóvenes soldaditos convertidos en pulpa y nervios, aún capaces de quejarse y de sufrir. Decadentes prematuros. El horror de la inmortalidad se descubrió antes por la guerra que por el paso del tiempo.

Por eso muchas armas dejaron de serlo. Ya no eran instrumentos de muerte, rápidos, limpios y silenciosos, sino útiles de tortura. El Derecho Internacional prohibió, con tratados rimbombantes, el uso de aquellos crueles aparatos.

El revólver se extinguió, sustituido por electrolas de dos mil voltios estándares para detener latidos sin causar daños mayores. Dos mil exactos; si fueran más, calcinarían el cuerpo innecesariamente y, si fueran menos, no llegarían a parar el corazón. Algunos historiadores llamaban a los disturbios que causaron los fanáticos de las armas, en respuesta a estas medidas, «la II Guerra Civil Americana».

Las bombas, los explosivos y todos aquellos mecanismos que liberasen energía a gran escala fueron abolidos totalmente a partir de cierto umbral de potencia. Por muy prohibidos que estuvieran, sin embargo, una cosa era la gente de a pie y otra muy distinta el personal de las Agencias Federales. Tenían sus medios para saltarse hasta las líneas más nítidas de la ley.

Eso no significaba que los superiores de Taylor Crane hubieran dejado, a sabiendas, que llenase un cilindro de unos tres metros de alto y dos de diámetro con una dilución de nitroglicerina.

Pero a Crane le importaba el buen fin de su labor. Los buenos

medios eran completamente superfluos. Incluso si Laura Snyder quedase reducida a un encéfalo sangriento, seguiría siendo capaz de extraerle linfocitos para continuar su empresa. Incluso si el cuerpo de ambos resultaba dañado y sufría grandes secuelas, habría merecido la pena.

Eso es lo que Taylor Crane se repetía en su cabeza, una y otra vez, para intentar convencerse de que aquello era temporal; de que la inmensa paliza que le estaba dando aquella furia diminuta llamada Elsie no era para tanto, y de que pronto el laboratorio entero saltaría en pedazos y se libraría de aquella horda de delincuentes, aunque tuviera las manos atadas a la espalda y no pudiera moverse.

—Ya os he dicho —masculló, tosiendo un pegote de sangre al suelo— que no hay manera de evitar la explosión una vez activada. Podéis quedaros aquí y reventar con Snyder. Pero yo me marcharía, si fuera uno de vosotros.

—Para, para, Elsie, que va a quedarse inconsciente otra vez —dijo Sabrina desde el comunicador—. Así no vamos a conseguir nada. Hay que encontrar un modo de desactivarlo. Si tuvierais ahí a Blade, a lo mejor…

Sus compañeros, varios pisos más abajo, estaban conectados en transmisión visual recíproca; ellos veían en la nuca de Blade lo que ocurría en el laboratorio, y viceversa. Lo último que habían visto era que entre Terrence, Halley y Jerome habían limpiado el pasillo de atacantes, pero no podían venir en su auxilio con la luz cortada. Aunque pudieran, ¿llegarían a tiempo?

Laura flotaba, atravesada de vías y sondas, ajena a que faltaban poco más de diez minutos para que un infierno líquido y transparente la hiciera trizas. Asomado a la ventana, Leo parecía estar tratando de averiguar qué sería peor, si saltar o quedarse.

—Vamos, Jo, ponte el arnés de sujeción —dijo Deena, que ya se había colocado el suyo y ayudaba a Leo con los enganches—. Hay que salir de aquí ya.

—Sí, mamá… Elsie, creo que deberíamos irnos —dijo Johanna, a su pesar.

—¡Pues vaya! —Elsie le dio una última patada a Crane y cogió a Johanna del brazo, reteniéndola—. Creía que querías acabar con la Decadencia, Jo, no escaparte a la primera de cambio.

—¿Tú? —dijo entonces Taylor, levantando la cabeza del suelo—. ¿Vosotros? ¿Qué vais a querer vosotros, terroristas? ¡Si lo único que queréis es revertir la inmortalidad para que volvamos a ser como animales escarbando en la tierra!

—Pero ¿qué dices? ¡Es para que no haya Decadencia! —dijo Elsie.

¿Era ese también el objetivo de Taylor Crane? ¿De verdad? Johanna había creído que lo que buscaba la Agencia era proteger el genoma, mantenerlo inmutable. Al fin y al cabo, se llamaba Agencia de Protección Genética. Tenía cierto sentido. Aunque, por mucho que compartieran metas, aquel no era el camino.

—¡Venga! —dijo Deena, tirando de ella hacia la ventana—. ¡Que estás atontada, hija! ¿Qué te pasa?

Una sola víctima era demasiado, ya fuera en su lado o en el contrario. Debía de haber una manera de salvarla.

—¡Sabrina! —dijo Johanna, acercándose al brazo de Elsie—. ¿No podríamos cortar la corriente del laboratorio de alguna forma? ¿Apagar la cuenta atrás?

Taylor respondió antes de que Sabrina pudiera hacerlo.

—¡Claro que no! —rio, triunfal—. ¡El generador ni siquiera está en este piso!

—Ya lo habéis oído. Salid de ahí inmediatamente —dijo la voz de Alpha desde el comunicador—. Es una orden. Sobre todo, tú, Johanna, ahora más que nunca; aunque perdamos a Snyder, al menos debemos conservarte a ti.

—¡Esperad! ¡Ha dicho que no está en este piso! —dijo Johanna, mientras Deena trataba de pasarle el arnés por encima del pecho—. ¿Y si lo apagasen Blade y los demás?

—No va a dar tiempo —dijo Sabrina—. Ni siquiera sé dónde está… Tendría que mirarlo en el mapa del edificio.

Una voz monótona y clara, de timbre uniforme, les llegó entonces desde sus antebrazos.

—Estamos en ello —dijo Blade—. Llevamos un rato escuchándoos. Tengo el mapa. Podemos encontrarlo.

—¡Blade, no! —gritó Sabrina, con una estridencia en sus palabras, un miedo que Johanna no recordaba haberle oído nunca —. ¡Idiota, quedan diez minutos para que reviente todo! ¡Tenéis que marcharos vosotros también!

—Os prohíbo que os pongáis en peligro —dijo Alpha—. A todos. Terminantemente. Haced caso a Sabrina.

—Es que tampoco es tan fácil salir de aquí —dijo, entonces, la voz de Halley—. El ascensor no funciona. El conducto por el que entramos está lleno de gas corrosivo. Y, además…

La interrumpió un estruendo metálico. Y, después, un grito de júbilo.

—¡Bingo! —Era Jerome—. ¡Sí que era esta puerta! ¡Hemos

localizado el generador!

—Por favor, Alpha —dijo Johanna, acercando la boca al comunicador—. Por favor, tenemos que intentarlo. Aún quedan diez minutos. Dadnos solo cinco de esos diez. Estaremos preparados para marcharnos si vemos que no hay manera, ¿vale?

—¡Hija! —la riñó Deena—. ¿Cómo puedes ser tan cabezota? ¡Hay que marcharse ya!

Hubo un silencio al otro lado de la pantalla.

—Cinco minutos —respondió Alpha, con un suspiro—. Ni uno más, ni uno menos. Es una orden. Si en cinco minutos no lo habéis desactivado, os quiero a todos saltando con los arneses terraza abajo. ¿Entendido?

Asintieron. Taylor Crane se había acomodado en el suelo, con las muñecas atadas a la espalda, y su cara resultaba presuntuosa incluso magullada. Mientras sus compañeros buscaban alguna forma de inutilizar el mecanismo, allí, en el laboratorio, solo podían esperar y cruzar los dedos.

Y observar a Laura.

A Johanna le vino a la cabeza aquel programa de televisión que retransmitió, en directo, cómo moría el último jaguar del mundo en un zoológico de Moscú. El animal no sabía que se acercaba su fin, ni tampoco que millones de personas estaban pendientes de él; por eso, digno y hermoso, era triste verlo rugir por última vez.

Mientras Elsie y Deena intentaban desentrañar las conexiones entre el temporizador y el cilindro, con ayuda de Sabrina, los demás contemplaban al último jaguar de la humanidad.

Leo apoyaba la mano en el vidrio, mirando a Snyder muy de cerca; Johanna juraría que estaba prestando más atención de la debida al hecho de que estuviera desnuda. Sintió el impulso irracional de decir que se quitase, que se alejase de ella, antes de darse cuenta de que ella también había hecho lo mismo hacía unos minutos.

Miranda parecía observarla con ojo clínico.

—¿Me dejarían hablar un momento con Sabrina? —dijo, de pronto, con dulzura—. Creo que he encontrado algo.

Johanna le acercó su comunicador.

—Bueno —dijo Miranda—, no sé si será de ayuda, pero me he fijado en la sonda que lleva puesta la chica. Desemboca en un desagüe, ¿ven?

Era cierto; el finísimo tubo iba desde su cuerpo hasta un sumidero en la base de la célula, donde vertía los desechos. Por algún lado tenían que salir.

—¿Estás diciendo que hay un drenaje instalado en el propio cilindro? —dijo Sabrina—. ¿Dónde va a parar?

—Eso no sé, pero… Ven lo que quiero decir, ¿no? ¿Piensan que sería posible vaciarlo?

Podía ser, pensó Johanna. El explosivo, al fin y al cabo, era líquido.

—¡Blade! —gritó entonces la voz de Halley desde el comunicador, acompañada por un chisporroteo eléctrico y ominoso.

—¿Qué ha pasado? ¡Blade! ¡Contesta! —decía Sabrina. Ya no estaba prestando atención al laboratorio. Algo había ocurrido a cinco plantas bajo sus pies.

—Ha intentado cortocircuitar el generador —dijo Jerome, con suavidad, como tratando de calmar a Sabrina—, pero ha hecho contacto. ¿Recordáis que tenía la capa superior de la piel medio fundida por el gas? Pues por eso no ha hecho bien de aislante y se ha electrocutado.

—Mierda —dijo Sabrina. Le temblaba la voz—. ¿Está bien? Por favor, decidme que está bien.

—Está inconsciente —dijo Terrence—. No sé si le habrá afectado al procesador central, o si se habrá apagado como mecanismo de defensa. Alpha, ¿qué hacemos?

—Retiraos. No debéis sufrir más bajas —dijo esta, terminante.

—Pero ¡si aún queda tiempo! —intervino Johanna. Sentía que el estómago iba a salírsele por la boca—. ¡Todavía no han pasado los cinco minutos!

¿No podrían intentarlo otra vez? ¿Solo una más?

—Lo siento, Jo —dijo Halley, a través de la pantalla—. Lo que dice Alpha es la ley. Deberíamos irnos.

—¡Eso! ¡Largo de aquí! —escupió Taylor, señalando a Laura con la cabeza—. A no ser que queráis quedar hechos papilla como ella.

Johanna volvió la vista hacia la célula transparente. Laura Snyder, en su blanda ingravidez, parecía encogerse más sobre sí misma, huyendo de su mirada. La impotencia era devastadora. Leo le puso una mano en el hombro a Johanna, como tratando de consolarla, pero apenas tenía ánimos ni para quitársela de encima.

—Hacedlo por Blade —dijo Johanna, como último intento—. Para que no sea en vano lo que le ha pasado.

Se sintió una hipócrita en cuanto salieron de su boca aquellas palabras.

No estaba pensando en Blade, sino en sí misma. En el sacrificio idéntico que había hecho su padre.

—Johanna tiene razón —dijo entonces Sabrina. Casi dio un

respingo al oírla—. Hacedlo por Blade. No os retiréis ahora. Alpha dio una orden: cinco minutos exactos. Y no vas a desobedecer una orden de la jefa, ¿verdad, Terrence?

Casi podía visualizar a Terrence poniendo los ojos en blanco de frustración.

—Tu interpretación de mis órdenes es poco ortodoxa, Sabrina —dijo Alpha—, pero lo dejaré pasar. Sé lo importante que es Blade para ti. Y todos sabéis lo importante que es Snyder para Omega. Un último esfuerzo. Podéis hacerlo. Vosotros, en el laboratorio; ya estáis pensando cómo drenar esa célula. Os queda poco tiempo.

Miranda pidió ayuda a Deena para retirar el catéter. Johanna no quiso mirar; apartó la vista de la cápsula, y habría apartado también los oídos si hubiera podido, para no oír cosas como «desinflar el globo vesical antes de extraerlo». ¿Cómo era tan infantil? A nadie más de los presentes le daba esa *vergüenza*, y menos en aquella situación tan seria.

Contempló el monitor, donde los segundos se consumían rápidos e inexorables. Apenas quedaban dos minutos para que se cumpliese el plazo y tuvieran que saltar por la ventana. En todas las películas, las bombas a punto de explotar indicaban el paso del tiempo con pitidos rítmicos, pero allí la pantalla estaba en silencio. No sabía si eso le ponía más o menos nerviosa.

Un burbujeo feroz hizo que volviera los ojos hacia la célula. El suspiro de alivio colectivo cuando el líquido explosivo empezó a colarse por el desagüe salió también de sus labios. Solo Taylor Crane gritó de rabia.

—¡Se está yendo! —gritó Johanna, y abrazó a su madre, que aún tenía entre sus manos el mecanismo de la sonda—. ¡Gracias, Miranda! ¡Gracias por ayudarla, mamá!

Deena la miró con un gesto a medio camino entre el cariño y la reticencia.

—Hay que ver, hija —refunfuñó—. Te habías puesto tan terca que pensé que la única forma de sacarte de aquí era con Laura Snyder a cuestas.

—Oye, pero esto va muy despacio —dijo Elsie—. A este ritmo, no estará vacío del todo cuando estalle la bomba.

—¡Eso, eso! —dijo Taylor Crane, a medio camino entre la amenaza y la angustia.

Era cierto. El fluido era espeso como la miel; fluía cañería abajo con frustrante parsimonia. Todavía ni siquiera había alcanzado la cara de Snyder. Pero, si sus compañeros conseguían apagar el generador, tal vez…

Casi como si Johanna lo hubiera dicho en voz alta, invocando a la noche, las luces del laboratorio titilaron en un crepitar eléctrico. Sus alientos en vilo se escaparon con el fogonazo que reventó las lámparas del techo y sumió el lugar entero en la oscuridad.

Los dígitos se quedaron, un instante, parados a cinco minutos y tres segundos del momento fatal, antes de fundirse a negro con la pantalla apagada.

—¡Toma! —gritó Elsie, y a punto estuvo de golpear el cristal de la célula de puro júbilo, pero se paró a tiempo; aún no se había marchado por el desagüe ni la mitad del explosivo.

—Al final le hemos hecho un cortocircuito con las electrolas —dijo Terrence, desde el comunicador—. Así que se nos han descargado. Estamos desarmados. Iremos colocando los rastreadores por aquí, ya que estamos, pero ¡venid lo antes posible!

A la luz tenue de los ventanales, Laura Snyder dio con los pies en el suelo. El líquido transparente, al bajar de nivel, le lamió el rostro. Sus mechones dejaron de flotar y se le pegaron a mejillas y hombros como el velo de una estatua de mármol. Cuando la densidad del fluido no fue capaz ya de sostenerla, se desmoronó contra el borde del cilindro y quedó allí, tendida, inconsciente y empapada de nitroglicerina.

El silencio de la penumbra solo era interrumpido por la sarta de improperios que chillaba Taylor Crane. Las madres de todos los presentes se hubieran sentido bastante incómodas con las cosas que prometía hacerles.

—Enhorabuena —dijo Alpha, por el comunicador—. Ahora sí, podéis romper el cristal de la célula. No os relajéis; aún tenéis que salir de ahí y llegar sanos y salvos al punto de encuentro. Confío en vosotros.

Cuando se alejó de la pantalla, Sabrina tardó unos instantes en ocupar su lugar. Apareció con los ojos enrojecidos e hinchados, sin hablar, solo mirando. No dijo nada, así que nadie le preguntó tampoco.

—¡Dale ahí, Leo! —gritó Elsie, mientras este levantaba la silla para golpear el cilindro—. ¡Bien fuerte! Joder, perdón, un momento, que me emociono.

A Leo se le enrojeció la cara del esfuerzo; primero se formó un redondel blanquecino en la superficie del cilindro; luego se quebró en círculos concéntricos, y se hizo añicos en minúsculos cristalitos rectangulares, que llovieron sobre la espalda húmeda de Laura.

—Ya podríais haberme echado una mano —jadeó Leo—. Sí, vale que soy grande, pero creo que Deena está más fuerte que yo…

Los brazos de Deena le daban la razón, pero nadie le hizo caso; estaban ocupados sacando a Laura Snyder de entre los restos de la cápsula, intentando que no se rasgase la piel con los cristales rotos. Miranda la auscultaba, apoyándole la oreja sobre el esternón, tomándole el pulso en una muñeca delgada, retirándole el pelo mojado y pegajoso de la frente para tomarle la temperatura.

—Debemos trasladarla a una clínica —dijo, con cara de preocupación—. No parece que vaya a recuperar la conciencia en breve.

—Bueno, ya la mirará Omega —dijo Elsie, encogiéndose de hombros—. Ahora hay que salir de aquí. Sabrina, ¿puedes encender otra vez la luz del edificio? Habría que coger el ascensor para reunirnos con Halley y los demás…

Sabrina asintió, y dijo:

—Os aviso cuando lo vaya a hacer, porque tendréis que prepararos. Por si no os acordabais, en el ascensor hay un escuadrón de agentes, parado a medio camino, que venía al laboratorio.

Deena chasqueó la lengua.

—Espero que tengáis armas —dijo, cruzándose de brazos—. Puedo ayudar, pero preferiría que no fuera con las manos vacías.

—Toma la mía, mamá —dijo Johanna, sacando su electrola de la mochila—. Mejor que la uses tú.

La sorpresa de Deena al ver que su hija empuñaba un arma como el resto fue tanta que se le quedó la boca abierta, sin decir nada.

—Vale, ¿cómo lo hacemos? —dijo Elsie, más pensando en voz alta que preguntándole a nadie en concreto—. Para llevarnos a Snyder, creo que lo mejor sería que tú, tiarrón, la lleves en brazos. ¿No te sientes afortunado? ¡Te ha tocado el Gordo! O, bueno, la flaca…

Leo resopló una queja, pero se agachó para coger a Laura.

—Creo que lo que me ha tocado es el papel de mula de carga —dijo, resignado.

—¡Espera, espera! —dijo Johanna, antes de que pudiera levantarla—. ¿Vais a llevárosla así? ¿Desnuda? ¿Y si le pasa algo?

Acercándose a Taylor Crane, e ignorando sus protestas e insultos, le quitó la bata blanca de laboratorio y se la echó por encima a Laura.

—Así mejor —dijo, y asintió, satisfecha. Ahora se sentía menos incómoda.

—Sí, casi lo prefiero —dijo Leo, con un suspiro—. Se me

escurría de las manos con ese pringue por encima.

—Entonces, ¡en marcha! —proclamó Elsie—. ¿Todo el mundo listo? ¡Recordad que ese ascensor se abrirá y saldrán un montón de agentes dispuestos a destrozarnos! ¡A darles duro!

—Elsie —dijo Alpha desde el comunicador—, déjame a mí la estrategia, por favor. Ponte con Deena Lowe en primera línea, con las electrolas preparadas; la doctora Deschamps y Johanna se mantendrán en retaguardia, cuidando de Snyder y de que Crane no se escape. Leonard, tú ponte en medio de ambos grupos, como barrera física por si intentan atacarlas.

Dieron la orden y Sabrina, tecleando en un panel como una pianista vehemente, hizo que la luz volviese a correr por las paredes de la sede de la Agencia. El laboratorio seguía en tinieblas, por supuesto; su generador, cinco pisos más abajo, seguía cortocircuitado.

Las puertas del ascensor hicieron *ding* y a Johanna le sonó a chiste macabro aquella campanita dulce entre tanto desastre. De allí surgieron unos diez agentes, con aspecto algo desorientado y perplejo, que los miraron y, lentamente, les apuntaron con sus armas.

—¡No disparéis! ¡Tenemos a Taylor Crane como prisionero! —dijo Elsie. Dudó un momento; nada en los rasgos ni en el aspecto de Crane indicaba con certeza un género u otro—. ¿Como prisionera?

—Ni lo uno ni lo otro —repuso Taylor, con hastío.

—¡Ah, vale! Entonces… ¡Tenemos a Taylor Crane como rehén! —corrigió Elsie—. ¡Dejadnos salir o acabará mal! ¡Y vosotros también!

Johanna contempló a Crane un momento, pero apartó la mirada cuando sus ojos se encontraron. La verdad es que era una persona muy andrógina, sin vello facial ni pecho. El uniforme de la Agencia prescribía pelo corto militar para todos sus miembros; en ausencia de signos obvios de feminidad, había asumido que era masculino por defecto.

—Entregadnos a Snyder y a Crane, y nadie saldrá herido —dijo el que parecía ser el jefe del escuadrón, con una voz algo afónica.

—Mira, por listo, tú vas a ser el primero —dijo Elsie, y le clavó las agujas de la electrola en la frente.

24

Blade, en inglés, significaba hoja o filo; el borde afilado de un cuchillo o una espada. También hacía referencia a un modelo de coche, el Kawame Blade, uno de los primeros en incorporar IAs autoconductoras plenamente conscientes. Bautizado en honor a una película de ciencia ficción del siglo XX, fue fruto de un inmenso esfuerzo de desarrollo, de una colaboración entre ingenieros japoneses y estadounidenses, y un éxito internacional de ventas.

También fue un inmenso fracaso.

Infame desde su lanzamiento por los problemas éticos que planteaba mantener a una IA con lucidez de nivel 1 en el interior de un automóvil, al servicio de su usuario, el Kawame Blade se hizo tema de debate en toda la sociedad. ¿Era poseer un Kawame Blade el equivalente a tener un chófer esclavizado? ¿O no era más que la consecuencia lógica del avance de la ciencia para el bienestar de la humanidad?

Se escribieron cientos de artículos sobre la moralidad de estos coches. Se rodaron documentales y programas de televisión, antes aún de que hubieran salido al mercado. Esto, por supuesto, a Kawame Motors, la empresa fabricante, le reportó una magnífica publicidad. Todo el mundo quería hacerse con un Kawame Blade, o al menos comprobar si realmente eran conscientes, si se sentía distinto conducirlos a llevar una IA limitada de nivel 2 o inferior, si la recreación sintética de un cerebro completo era fiel a su modelo.

Kawame Motors obtuvo beneficios suficientes como para compensar, y de sobra, las multas que le impuso el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por infringir las leyes contra la esclavitud de seres racionales. De hecho, aquel año 2408, en el que salieron por primera vez a la venta, sus acciones aumentaron el séxtuplo de su valor en bolsa.

Entonces, sus coches empezaron a dejar de funcionar.

Primero fueron fallos esporádicos, en los que el automóvil de pronto perdía aceleración en plena autopista, dejando al conductor perplejo y tirado en la cuneta. Los llevaban al taller, y volvían arreglados, pero poco después se repetía el suceso o, incluso, ni

siquiera arrancaban.

Hasta que un día, en una retransmisión en directo que desmentía los posibles defectos del Kawame Blade y demostraba su buen funcionamiento, grabaron a Tsukiko Asano, la hija de seis años del director de Kawame Motors en un viaje en automóvil.

Tsukiko dijo, ante las cámaras, cinco palabras que provocaron el cierre de todas las fábricas del señor Asano en menos de tres meses.

«Papá, el coche está llorando.»

Los cerebros sintéticos de los Kawame Blade eran una copia tan perfecta del encéfalo humano que habían desarrollado una grave depresión.

Desde entonces, todas las IAs autoconductoras se limitaban, por ley, al nivel 2 de lucidez y conciencia. Los ejemplares de Kawame Blade que había en circulación se retiraron y, como compensación, se les ofreció trabajo en diversos organismos estatales de los países miembros de las Naciones Unidas; podían seguir siendo coches —coches oficiales, eso sí— u obtener el privilegio de una carcasa antropomórfica y actuar como funcionarios.

Eso no les hacía libres, por supuesto. Los Gobiernos no podían arriesgarse a tener miles de IAs de nivel 1 danzando libremente por sus territorios, y menos aún dentro de carcasas motorizadas. Se les asignaron viviendas de protección oficial y sus movimientos eran controlados para que no hicieran daño a la población.

Pero no contaban con que se lo hicieran a sí mismos. Entre 2410 y 2420, más del noventa por ciento de los Kawame Blade habían provocado cortocircuitos de mayor o menor severidad; en los casos más leves, perdían las funciones nerviosas superiores de su cerebro sintético. En los más graves, se apagaban por completo. Solo sobrevivieron los menos sentimentales, los menos humanos, aquellos cuyo encéfalo no imitaba a la perfección las tendencias suicidas de las personas. En la era de la inmortalidad, las únicas que aún podían decidir autoinmolarse eran las IAs.

Sabrina Serrano conocía esta historia. Cuando Blade eligió llamarse así, como homenaje a sus hermanos caídos, a aquellos que no habían sobrevivido a su propio destino, Sabrina no pensó que podría haber tanta ironía en el universo, tanta que repitiera el pasado cumpliendo una misión. Y todo por culpa de un descuido, de no tener en cuenta que la cubierta antieléctrica de su piel estaba deteriorada por el gas corrosivo. No lo había previsto. No sabía qué magnitud, tampoco, tenían los daños; la espera hasta que sus compañeros llegasen a la base con Blade a cuestas y los pudiera examinar era una ansiedad amarga.

Cuando Terrence, Halley y Jerome se encontraron con el resto del equipo, cada grupo cargaba un ser inmóvil e inconsciente en brazos. Leo llevaba a Laura Snyder, blanda y tendida como las ramas de un sauce llorón; Terrence y Jerome llevaban a Blade, de los hombros y tobillos, su cuerpo rígido y tieso tan pesado que había que cargarlo entre dos.

El descenso por el hueco del ascensor, frenado por el paracaídas, fue extrañamente rápido. Deberían haber estado todos celebrando el éxito de su misión, pero no hubo apenas una muestra de entusiasmo ni una sonrisa que les llegase a los ojos. Tal vez fuera el agotamiento, la adrenalina abandonando su sangre, o el hecho de tener a Snyder y a Blade desmayados a su lado y no saber con precisión el motivo ni cómo hacer que recobrasen la conciencia. Ambos eran cuerpos desnudos e inertes, pero habían decidido cubrir uno y el otro no. Sabrina se dio cuenta de aquella diferencia, aunque no la mencionó. Fue la única.

La banda de King los ayudó a esconderse de nuevo en los túneles del suelo. Habían dejado la Agencia hecha trizas a su paso, cubierta de rastreadores para poder vigilarlos en caso de que quisieran recuperar a su rehén. Atrás quedaban atados Crane y Nielsen, en sus respectivos despachos; una cantidad formidable de agentes electrocutados por pasillos y rincones y, por supuesto, el cadáver de la subdirectora Anna Magpie.

Johanna pensaba, pasándose las manos por las trenzas una y otra vez, mientras caminaban por el alcantarillado de vuelta a la base. ¿De verdad rescatar a Laura Snyder compensaba tanto dolor? ¿Era su meta más digna que la de aquellas personas?

No, no su meta; ¿era la vida de Snyder más valiosa que la de la mujer a la que habían matado?

Johanna seguía notando, a pesar de todo, unas ganas terribles de saber más de ella que no se limitaban a sacarla de la cápsula. Cuando, de camino hacia la entrada al rascasuelos, Laura empezó a convulsionarse en brazos de Leo, nadie fue capaz de pararla. Ni de parar los espasmos, ni de parar a Johanna, a quien Deena tuvo que apartar físicamente de ella para que Miranda pudiera examinarla.

La espuma que brotaba de sus labios era negra como caviar.

25

El amor fue de las pocas cosas que no cambió con el pseudovirus de Milton Roosevelt. Solo la Tierra llevaba más tiempo girando de lo que la humanidad llevaba amando. Desde el primer homínido que se acercó a otro queriendo calor, cariño y afecto, hasta las personas que en el año 2500 buscaban exactamente lo mismo.

Sin embargo, una cosa sí fue distinta, para bien o para mal. Cuando existen individuos que una vez alcanzada la madurez física no envejecen hasta los doscientos años, es inevitable que se emparejen quienes, bajo otras circunstancias, con otro aspecto distinto, tal vez nunca lo habrían hecho.

Un célebre estudio a principios del siglo XXI, que fue usado en su momento por la industria cosmetogenética para apoyar una inmortalidad basada en la juventud eterna, afirmaba que las mujeres buscaban parejas de una edad similar a la suya, mientras que los hombres preferían chicas que rondasen los veinte años, independientemente de cuántos tuvieran ellos. Cuando la inmortalidad aún era un producto, se construyó una eternidad que agradase a los hombres, que les permitiera tener siempre cuerpos jóvenes a su alcance. Esto se les vendió a ellos como un triunfo para su masculinidad y, a ellas, como una liberación de la esclavitud del envejecimiento, todo un logro a la altura de la modificación genética para eliminar el vello corporal en mujeres.

Esto demuestra hasta qué punto la inmortalidad fue parte de la maquinaria capitalista que todo lo arrolla; en un primer momento, hasta que el profesor Roosevelt la dispersó por el mundo entero, ser inmortal estaba sujeto a las reglas del libre mercado.

Fuera por el motivo que fuese, la cuestión es que era así; había parejas de edades muy dispares, pero de aspectos igualmente jóvenes. Una vez alcanzada cierta edad, la ética de dichas uniones dependía de sus propios componentes y de su respectivo poder. Algunas eran tóxicas y otras sanas, como podía ocurrir en cualquier relación.

La tragedia llegaba cuando uno de sus miembros cumplía los dos siglos antes que el otro. Lo normal, en esos casos, era acabar con un

cónyuge lloroso y con otro, reducido a un encéfalo casi inmóvil, ingresado en un asilo.

Lo normal no era sacrificar el puesto de trabajo, arriesgarse a transgredir la ley y a modificar el genoma humano por la persona que amabas. Pero, después de todo, el amor de Miranda y de Chloé Deschamps no era normal.

Cuando Miranda entró a la base del Ágora lo hizo con prisa, trotando detrás de Leo, que llevaba a una Laura Snyder rezumante y convulsa escaleras arriba, al laboratorio de Omega. Tenía los cinco sentidos puestos sobre su paciente; seis meses de encierro no habían bastado para arrancarle los años de práctica y devoción a la medicina.

Sumida en su labor, Miranda le colocaba una vía a Snyder, sin levantar la cabeza de la camilla, mientras alguien a su lado le sostenía el suero. Una vez estabilizada, se permitió a sí misma respirar hondo, erguirse y tomar la bolsa de salino de las manos pequeñas, blancas y temblorosas de Chloé.

La cogió entre las suyas y, sin separar la vista de ella, la colgó del soporte con un movimiento mil veces practicado. Solo entonces se sumergió en el abrazo de su mujer hasta no tocar fondo, y bebió de él a morro, una fuente cálida y suave de las aguas de la vida.

No hablaron. No lo necesitaban. Les bastaba con el lenguaje íntimo y solo suyo de los besos, del calor de la piel sobre la piel, de los átomos de dos cuerpos que estaban lo más cerca posible sin llegar nunca a tocarse. Así se contaron todo lo que habían tenido apresado en sus gargantas durante aquellos seis meses.

No hablaron hasta que las saludó el sonido de la mañana, el despertador que daba las ocho y que, en las habitaciones de aquel rascasuelos, era lo único que marcaba el paso del tiempo.

—Buenos días, mi amor —dijo Chloé, apartándole a su esposa un mechón de la frente—. Me alegro tanto de verte…

Miranda le besó la palma de la mano y, por un momento, estaba de nuevo en su apartamento de Detroit, levantándose para ir a trabajar al Memorial Hospital. Casi esperaba que Nina entrase en el cuarto, maullando, pidiéndoles el desayuno y subiéndose a las sábanas.

La voz de Terrence al otro lado de la pared, despertando entre gritos de pánico como todas las mañanas, sacudió su ensoñación como un globo de nieve. No estaban en Detroit, sino en Chicago, en el escondrijo de una organización terrorista a varias decenas de metros bajo tierra, observando juntas la ola en el horizonte de su futuro incierto.

26

Omega nunca abandonaba su laboratorio. Tenía allí un hogar entero; un aseo, una pequeña cocina y hasta una cama apoyada contra una de las paredes. Era su refugio, su espacio personal, aunque no le importaba dejar entrar en él a sus allegados. A cambio, solo pedía que no le hicieran salir. Si querían conversar con él en persona, tenían que visitarle en aquella penumbra rojiza en la que apenas se le distinguían los rasgos aun teniéndolos delante.

Por eso estaban allí Alpha, Deena, Leo y Johanna. Para hablar con ambos líderes de su papel en el Ágora a partir de entonces.

Leo no podía volver a su casa, ni contactar nunca más con su familia. El primer lugar donde la Agencia le buscaría sería, sin duda, el hogar del comisario Rivers.

—Pero… esto… —decía Leo—, ¡esto tiene que ser ilegal! ¿Cómo pretendéis que no vuelva a ver a mis padres? ¡Si yo no he hecho nada malo!

—Por supuesto que es ilegal —dijo Alpha, sin pestañear sus ojos de cristal líquido—. Solo por estar aquí ya estás incurriendo en varios delitos graves, Leonard. Ese es el motivo por el que la Agencia te estará buscando.

—Entonces, ¿qué? ¿Me vais a retener aquí para que no cuente vuestros secretos? ¿Es eso?

—No te vamos a retener en ningún sitio. —Alpha suspiró con fuerza—. Te estamos ofreciendo que trabajes con nosotros. Que ayudes a nuestra causa y te unas a ella, porque puedes sernos útil. Pero, si lo prefieres, puedes irte de aquí a vivir debajo de un puente, a ver cuánto tarda la Agencia en encontrarte.

Leo tragó saliva. Se le movió la nuez en el cuello como una pelota de tenis, botando arriba y abajo.

—Leonard, sabemos que no tienes recursos —dijo Omega, y su voz retumbó en la estancia—, que eres joven y que estás asustado. Es normal. Lo que te proponemos es ilegal, efectivamente, pero estarás contribuyendo a crear un mundo mejor. Uno en el que tu bisabuelo no se hubiera convertido en un vegetal encerrado en su propio cerebro para toda la eternidad, como nos contaste.

—Querría pensármelo un poco —dijo Leo, casi soltando un gallo al hablar muy deprisa—. Además, ¿cómo iba a colaborar yo? Ni soy científico, ni soldado, ni sé nada… Solo soy un crío. Ni siquiera he aprobado aún el examen de acceso…

—Eres alto, fuerte y puedes aprender. Con eso nos basta —dijo Alpha—. Terrence puede ser tu instructor de tiro. Y la señora Lowe puede enseñarte artes marciales. Usted es cinturón negro de taekwondo, ¿no?

Deena asintió, con los brazos cruzados, lo que evidenciaba aún más sus músculos que la frase anterior. Había dejado claro que, si estaba dispuesta a ayudarles con sus conocimientos genéticos, era única y exclusivamente por Johanna; su hija se lo había pedido y, además, sentía el deber moral de cumplir la última voluntad de Samuel Lowe. Pero los miraba con los ojos como ascuas bajo su ceño arrugado.

—Todo esto es nuevo para mí —dijo Leo—, pero, en fin, es verdad que no estoy solo. Menos mal que estás aquí, Jo. Si tuviera que enfrentarme a esto sin una sola cara conocida de por medio, no sé lo que haría…

—Bueno, yo lo hice —dijo Johanna, algo incómoda ante el brazo que le había puesto Leo en los hombros—. Seguro que todo sale bien. Gracias por ayudarnos. A ti también, mamá.

Se sorprendió a sí misma hablando del Ágora en primera persona del plural. ¿Cuándo había dejado de ser «ayudarles» y había pasado a ser «ayudarnos»?

—Entonces, todo arreglado, ¿no? —dijo Omega, dando una palmada con sus manos grandes como sartenes—. Os doy la bienvenida a ambos. Podéis instalaros donde deseéis. Hay habitaciones de sobra; este edificio era antes un hotel. Descansad todo cuanto necesitéis.

—¿Y esa otra mujer? Miranda, creo que se llamaba —dijo Deena —. ¿Va a quedarse ella también aquí? Sería conveniente tener una doctora. Una colega científica.

—Sí, por supuesto —dijo Alpha—. Nos consta que hará lo que sea por el bien de su esposa. Y, ahora mismo, lo que más le conviene es ayudarnos a acabar con la Decadencia que amenaza con alcanzarla este mismo año.

Si, efectivamente, conseguían revertir el genoma humano a un estado mortal, la gente como Chloé no tardaría en morir. Johanna intentó apartarlo de su cabeza. A Alpha también le pasaría eso mismo, por supuesto; su Decadencia era muy avanzada, ni siquiera se atrevía a aventurar cuántos años tenía.

¿Y a Omega?

¿Qué edad tenía Omega? Allí, en la oscuridad del laboratorio, no se le veía lo suficiente el rostro como para decirlo. Tenía la cabeza calva y la barba tupida. La poca luz que había se le reflejaba en los cristales de las gafas y le tapaba los ojos. Se volvió hacia ella y Johanna fue consciente de que le estaba mirando muy fijamente. Demasiado.

—Supongo que, en tal caso —dijo entonces Deena—, se pondrán de inmediato a extraer la sangre de Snyder para investigar con ella, ¿verdad?

Johanna volvió la vista hacia la camilla que reposaba en el centro del laboratorio, sobre la que Laura Snyder, atravesada de vías y conectada a bolsas y monitores, respiraba con la lentitud de una calima de verano.

No habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que la llevaron allí; era normal que, tras pasar varias semanas sumergida en una disolución tóxica, no hubiera recuperado aún la conciencia. En aquel momento, su estado de salud era un misterio, aunque Miranda había hecho todo lo posible con los medicamentos que tenían en sus manos. Poco a poco la piel de sus labios y de sus uñas iba perdiendo el color azul, y su tensión arterial iba aumentando hasta acercarse a unos niveles normales.

Cuanto antes despertase, antes podría empezar a colaborar con ellos. Eso pensaba Johanna. No se le había ocurrido, ni por asomo, lo que su madre estaba sugiriendo: que se pusieran a experimentar con su material genético cuando aún estaba inconsciente.

Ella misma tenía en el pliegue del codo una vía por la que le sacaban sangre con tanta frecuencia que no merecía la pena quitársela y volverla a pinchar, sí, pero había consentido que lo hicieran. Había dicho, expresamente, que quería hacerlo.

—¿No vais a esperar a que despierte? —dijo Johanna, y comprobó que la mirada fulminante de su madre seguía teniendo la misma potencia de siempre.

—No hemos arriesgado nuestra integridad física para rescatar a la chiquilla esta lo antes posible, para ahora *esperar* a que le apetezca abrir los ojos —dijo Deena—. Es una cuestión de sentido común, hija.

—Creo que antes deberíamos preguntarle si quiere ayudarnos. —Para Johanna aquello era tan obvio que casi le parecía que su madre estaba siendo obtusa a propósito—. No es por sentido común, sino por… ¿ser justos? ¿Ser buenas personas? No sé cómo llamarlo.

—Eres demasiado ingenua, hija. Si hubieras sido tú en vez de ella, ¿crees que alguien se habría preocupado por si querías hacerlo?

—¡No lo sé! Pero me alegro de haber podido elegir. Desde luego, no me habría gustado despertarme en un sitio extraño y descubrir que están usando mi sangre para hacer cosas sin mi permiso.

—Basta —dijo Omega, con su vozarrón de tambor. Johanna se calló, azorada—. Esa es una decisión mía, no suya. Este es mi laboratorio, y Laura Snyder es mi paciente. No le extraeré linfocitos hasta que se recupere y pueda darme su consentimiento informado. No sería ético.

Alpha murmuró algo que Johanna no alcanzó a oír bien del todo; sonaba así como «a buenas horas te preocupas por la ética», o una cosa parecida. Omega tosió.

—Mientras tanto —continuó Omega—, podemos seguir con la aféresis. Si eres tan amable, Johanna.

Con resignación, mientras los demás abandonaban la estancia, Johanna se sentó en una silla al lado de un aparato alto y rectangular, del cual pendían varias bolsas de colores. Al conectar la vía de su brazo al mecanismo, la máquina empezó a extraerle sangre y a hacer aquello para lo que estaba diseñada; centrifugar el líquido rojo en un depósito para dividir su torrente sanguíneo en sus distintos componentes.

Era un proceso largo y laborioso; para obtener una pequeña cantidad de linfocitos, que eran un elemento esencial para cada carga de las pistolas, hacían falta varios litros de sangre. Desde aquel asiento algo incómodo, alcanzaba a ver la punta de la nariz de Laura Snyder, tumbada en su camilla. Esperaba que se despertase pronto; no solo para reducir a la mitad el tiempo que tenía que estar conectada al mecanismo, sino porque, dilemas éticos aparte, lo que había dicho su madre era cierto. Necesitaban su material genético para vencer la Decadencia.

Eso, y que cada vez Johanna tenía más curiosidad por conocerla. Tras tanto tiempo hablando de Laura Snyder, tenerla ahora al lado, pero sin poder comunicarse con ella, era una sensación extraña, cuando menos.

Se recostó en la silla lo mejor que pudo. Se le clavaba el metal en la espalda a través del cojín raído, pero intentó ignorarlo. Tenía unas cuantas horas de aféresis por delante.

27

La luz azul de las pantallas sobre el pelo rosa de Sabrina lo hacía parecer más claro, de un violeta blanquecino. Todo lo que tocaba aquel brillo lo empapaba de un color pálido; las manos de Sabrina parecían las de un cadáver reanimado mientras, fugaces, tecleaban, desatornillaban, soldaban y trenzaban cables.

Al caer en el rostro liso de Blade, su piel translúcida dejaba pasar la luz. Se reflejaba en el metal que formaba la capa más profunda de su cráneo. Las formas redondeadas de su esqueleto se intuían desde fuera; sobre todo, en el agujero que había abierto Sabrina en medio de su torso. Ella se inclinaba frente a la abertura, con la espalda encorvada como si fuera de alambre, para intentar reparar el fallo en sus funciones.

Tenía que parar, de vez en cuando, para pasarse la mano por la cara. Si le cayera alguna lágrima en el circuito, podía ser fatal.

Los golpes en la puerta la pillaron al sorberse los mocos y, del sobresalto, casi se apuntó el soldador láser a la nariz.

—¿Quién es? —dijo Sabrina, intentando ocultar el tono húmedo de su voz—. ¡Estoy ocupada!

—¡Soy yo! —dijo Elsie—. Vengo con Jo, que ha salido ya del laboratorio. ¿Nos dejas pasar, porfa? Queríamos verte.

—¡Hola! —oyó decir a Johanna—. ¡Te hemos traído comida!

Debería haberlo sabido. Llevaba casi dos días encerrada en su taller, sin salir para comer ni hablar con nadie. Blade era más importante. Por suerte, lo habían traído a tiempo y la electrocución no había sido tan grave como cabía esperar. Casi todos los componentes esenciales estaban intactos. *Casi* todos.

—¡Eh! —gritó Elsie, y volvió a aporrear la puerta—. ¿Nos abres, o qué? ¡Que se te va a enfriar!

Sabrina se levantó, con cierta dificultad; se le había quedado la espalda encajada en aquella postura doblada. Intentó serenarse por fuera y por dentro, al menos lo bastante para estar presentable. Elsie entró en la habitación como siempre, como un pequeño torbellino, y Johanna la siguió con una sonrisa tristona en la cara y un plato de judías en la mano.

—Gracias, chicas —dijo Sabrina, sentándose en su escritorio e hincándole la cuchara al guiso—. Es verdad, necesitaba un descanso. Estoy agotada. Pero… es que Blade…

—Seguro que se recuperará —dijo Johanna; inmediatamente después, se sintió muy tonta. ¿Qué sabía ella de las IAs y de sus organismos? No eran como los seres humanos; no se les cerraban las heridas en su carcasa como a ella se le cerraría un corte en el dedo.

—Eso creo —dijo Sabrina, hablando muy deprisa con la boca llena—. Tenía muchos circuitos hechos polvo, pero eran sobre todo conexiones superfluas, de reserva o copias de seguridad. El grueso de su cerebro sintético tenía aislamiento interno, así que no se ha dañado. Solo tengo que arreglar las piezas estropeadas. Aun así, es posible que, cuando despierte, haya perdido la memoria; apagarse de golpe y sin respaldo puede haberle frito los bancos de recuerdos…

—Vaya —dijo Johanna, sin saber bien qué decir—. Bueno, al menos se despertará, ¿no?

—Sí, eso sí. Era a lo que más miedo tenía. Me pregunto si eso es lo que de verdad diferencia a las IAs del ser humano; que ellas pueden morir y nosotros no —dijo Sabrina, mientras rebañaba el plato con la cuchara—. ¿No es un poco irónico?

—¡Bueno! Pero eso es solo hasta que la Bella Durmiente que tenemos ahí arriba se levante y le dé a Omega un poquito de sangre —dijo Elsie—. ¡Enseguida seremos iguales, IAs y humanos! ¡Todos podremos palmarla!

—De hecho, no —corrigió Sabrina—. Seremos peores que las IAs. Nos moriremos de viejos, y ellas solo cuando quieran.

—¡Qué morro! —dijo Elsie—. ¡Eso sí que estaría bien! Ni Decadencia, ni nada, y además poder elegir apagarte de un chispazo si te da la gana… Oye, ¿no había personas que se metían dentro de las mismas carcasas que las IAs? Magnates y gente así. ¿Cómo es eso? Esos no son Decadentes, ¿verdad?

—Más o menos —respondió Sabrina—. Tengo entendido que es un procedimiento carísimo, y no me extraña; consiste en coger tu sistema nervioso entero y encapsularlo en una carcasa robótica. Por supuesto, solo funciona mientras seamos inmortales. Hace trescientos años, nadie podía sobrevivir a que le sacasen el cerebro y los nervios del cuerpo para meterlos dentro de un trozo de metal.

—Qué horror —dijo Johanna—. Así explicado, suena un poco asqueroso. ¿No es lo mismo que se ha hecho Alpha para su Decadencia?

—No, no —dijo Sabrina, pasando un dedo por el fondo del plato

vacío y chupándolo—. A Alpha solamente le hemos instalado repuestos mecánicos. Son más baratos que los orgánicos; comprar un hígado nuevo es tan caro que compensa hacerle uno electrónico.

—Ya podían pagarlos mejor. —Elsie suspiró, reclinándose hacia atrás en la silla—. Cuando vendí mi riñón, no me dieron ni una décima parte de lo que le cobrarían por él a algún ricachón de mierda. Menudo timo.

Johanna se la quedó mirando un instante. ¿Era una broma, o de verdad había tenido que vender un riñón? Sabía que era una práctica habitual, pero nunca había conocido a nadie que lo hubiera hecho.

Claro, ¿a quién iba a conocer, si desde los diez años casi no salía de casa? ¿A sus padres?

—Bueno, si lo necesitas, yo te hago un filtro renal de nanotubos cuando quieras —dijo Sabrina—. Ahora, chicas, gracias por las judías, pero tengo que volver al curro.

—¡Oye! Pero ¡descansa un poco! —dijo Elsie, cogiendo el plato limpio y reluciente que le tendía Sabrina—. ¡Que te vas a quedar dormida encima del soldador!

Sabrina se rio, pero no contestó. Tenía que seguir reparando los circuitos cuanto antes; ya habría tiempo de dormir cuando Blade abriera los ojos. Hasta que su amigo no se recuperase, no podía permitirse el lujo de descansar. Sin embargo, el trabajo empezaba a acumularse.

—Por cierto, chicas, ¿os puedo pedir un favor? —dijo Sabrina, cuando Johanna y Elsie ya se marchaban—. Alguien tiene que vigilar los rastreadores que pusimos en la Agencia, y yo ahora mismo no tengo nada de tiempo. ¿Podríais…?

—¡Claro! —dijo Johanna, ante la perspectiva de ser útil en el grupo *haciendo* algo, no solo dando su sangre pasivamente—. ¿Cómo lo hacemos?

—Os los voy a conectar a un canal de vuestros comunicadores, ¿vale? Con que los encendáis y los pongáis en estos parámetros, deberíais ver a través de las microcámaras. ¡Gracias!

La puerta se cerró tras ellas y Sabrina se olvidó al momento de los rastreadores y de la Agencia. Volvió a postrarse, doblada, como uno de aquellos fanáticos que ocupaban las iglesias, ante el cuerpo abierto de Blade. Tenía que arreglarlo. Era la única que podía. La única que sabía hacerlo. Y la única que entendía cómo se sentía cuando le arrebataban la humanidad a su amigo.

Encendió el soldador.

Entre la luz dorada que escupían las chispas de metal, y el brillo

azul de las pantallas, el rostro de Sabrina parecía bañado en un arcoíris.

28

El viaje desde las colonias lunares a la Tierra era relativamente corto. Lo más largo era el trayecto en ascensor desde la estación espacial a la Tierra, más que llegar al puerto en la estación en órbita geosíncrona.

En total, apenas eran dos o tres días. Se salía desde el centro del cráter Tycho y se aterrizaba en la base del ascensor orbital, que flotaba en aguas internacionales, entre la costa de Ecuador y lo que quedaba de las islas Galápagos.

La cabina de pasajeros, atravesada por el cable que unía la estación espacial y el suelo terrestre, era semitransparente; los viajeros podían observar el paisaje durante su descenso. Se veían bucles de nubes en espiral, inmensas tormentas tropicales que desde las alturas parecían espuma en el agua; extensiones amplísimas de terreno desierto, casi toda América del Sur en trazo arenoso y ocre; costas que no concordaban con los mapas de hace siglos, que se habían trazado de nuevo con el deshielo de la Antártida y la subida del mar.

Según se acercaba el habitáculo a tierra —en realidad, a una isla artificial posada sobre un barco portaaviones—, se iba notando que la temperatura de los cristales aumentaba, poco a poco. El interior permanecía a veintitrés grados centígrados constantes, pero la atmósfera externa iba calentando la cubierta hasta llegar al destino. Después el ascensor permanecía unos minutos cerrado, equilibrando presiones entre dentro y fuera, y aclimatando al viajero a lo que le esperaba en tierra cuando abriese sus puertas.

Esto era, por supuesto, un vendaval caliente y húmedo como el aire de un secador de pelo. El viento arrastraba salitre que se metía en las juntas del metal y bajo los párpados, que se pegaba a la piel, y que abombaba las prendas de ropa como velas de barco.

A lo lejos, a un lado de la cubierta, se divisaba el litoral de Ecuador, recortadas las montañas de su costa contra el cielo. Al otro, se intuía un picacho sobresaliendo del mar, el volcán Wolf; antes, el punto más alto de la isla Isabela de las Galápagos; ahora, un islote en sí mismo.

Los pies robustos de un hombre, envueltos en botas negras, descendieron de la plataforma del ascensor espacial y se posaron en el suelo del portaaviones con un retumbar profundo. No le molestó el calor ni el viento. Un *jet* privado le esperaba en su lugar habitual, junto a un joven nervioso al que la brisa marina le agitaba el peinado y la corbata. Le corrían churretes de sudor por las sienes que se intentaba enjugar.

—¡Ah! —dijo el joven al verle acercarse, con un gesto servil que pretendía ser una sonrisa—. ¡Bienvenido, señor director! Suba, iré calentando motores.

El hombre no se inmutó. Si había venido a toda prisa desde las colonias era porque, claramente, le necesitaban. Aquello no podía sostenerse solo. Ni siquiera aquel agente había tenido la previsión de preparar el avión y que estuviera listo para el despegue en cuanto llegase. Le había molestado tener que dejar a medias el viaje de negocios en las sucursales lunares de Águila de Prometeo, pero aquella era una emergencia.

Se sentó en un cómodo sofá, a lado de la ventanilla, y pidió una copa a la azafata que le sonreía desde la barra. No podía emborracharse, pero, con el paso de los siglos, le había cogido cariño al sabor del gin-tonic. Tampoco podía apreciar con rigor la blandura del asiento. Los sensores de su carcasa eran bastante más limitados de lo que le gustaba hacer creer a la gente.

Ulysses Wagner estiró las piernas sobre el sofá vacío de delante y se pasó la mano por las juntas de su piel sintética para retirarse los restos de sal. El avión despegó rumbo a Chicago.

29

Halley Holcomb era su nombre de soltera. La llamaron así porque nació justo el día en que el cometa Halley pasó cerca de la Tierra, en su perihelio del año 2436. Se casó a los veinte años con un hombre algo mayor que ella, uno al que no le importaba la edad. ¿Qué problema había, si ya todo el mundo estaba congelado en una juventud permanente? Eso pensó en aquel momento, cuando Wyatt la cubría de afecto y le decía al oído que era muy madura para su edad.

Wyatt Derrington era maravilloso, aunque un tanto introvertido; no quiso presentarle a sus padres ni al resto de su familia hasta pasada la boda. Le importaba mucho su intimidad. Fue entonces cuando le contó que tenía ciento seis años. No iría a divorciarse por una tontería así, ¿no? Sería muy superficial por su parte. Con lo que se preocupaba por ella. Al fin y al cabo, era un agente de la Agencia de Protección Genética; estaba acostumbrado a guardarle las espaldas.

Las amigas de Halley iban detrás de él porque era muy guapo. Por eso le decían a Halley que no era buen tipo, que por qué se habían casado, que no estaba tratándola bien. Todo excusas. ¿Quién iba a saber mejor que ella misma lo que pasaba en su relación? De quien tenía que alejarse era de ellas, como bien le decía Wyatt. Si a veces se enfadaba, era solo porque Halley no le hacía caso y cometía errores. Como, por ejemplo, bajar a la calle sin él. ¿Y si alguien la atacaba? Chicago era una ciudad peligrosa. Mejor que solo saliera cuando él estaba ahí a su lado, con la electrola lista en la cartuchera, por si pasaba algo. Se ocupaba él de todo: de los papeles, del dinero, así Halley no tenía que molestarse. No fuera a meter la pata en algo, además, por no saber tanto como él. Wyatt era mayor y más experto. Cuando algo salía mal, no era jamás por su culpa. Era porque se había puesto nervioso. Ella le había puesto nervioso. Pero Wyatt se lo perdonaba. Qué bueno era.

Se conocieron en el trabajo de Halley; ella era oficinista, y Wyatt un cliente que le dejó su número anotado en el escritorio. Por eso mismo, a su marido le inquietaba que ella siguiera trabajando. No

fuera a ser que otro hombre la sedujera como hizo él. No fuera a ser que ella se marchase detrás de otro. Además, estaban planeando tener un hijo. No pretendería seguir en su puesto cuando diera a luz, ¿verdad?

Cuando Halley cambió su horario a una media jornada, Wyatt se alegró mucho. Así estaría más tiempo en casa, tranquila. Tampoco necesitaba el dinero, él ganaba suficiente para mantener a los dos. A los tres. Pero el tercero no llegaba. Y Wyatt empezaba a impacientarse. A mirarle la braquial continuamente. «Pasas mucho tiempo sola», le decía, y temía que lo pasase hablando por braquial con otros hombres.

Claro que no. El único hombre, aparte de su marido, con el que Halley hablaba era su cuñado. A Wyatt no le preocupaba; sabía que a su hermano no le interesaban las mujeres.

El día que Halley se quedó embarazada, lo celebraron por todo lo alto.

El día que Halley dio a luz una criatura deforme y maltrecha, el horror se le coló en los huesos y le abrió los ojos.

Wyatt no quería que lo diera en adopción. Era su hijo, había salido de su vientre, y debía ser una buena madre y cuidarlo. Pero Halley miraba aquella cabeza aplastada, saltona como la de un perro carlino, y el único instinto maternal que le venía era el de las hembras de hámster que devoran a sus crías cuando saben que no podrán sobrevivir.

Ese, y el de huir.

Le pidió ayuda a su cuñado. Había hecho las maletas en silencio, mientras Wyatt trabajaba, y planeaba esconderse en algún lugar remoto de la ciudad. El hermano de Wyatt, Jerome, le recomendó un sitio en concreto. Unos amigos suyos que podrían esconderla de él y de la Agencia.

Pero aquel día Wyatt llegó temprano del trabajo.

Descubrió a Halley hablando por la braquial con su hermano.

Y se la arrancó con tal fuerza que se llevó consigo el brazo izquierdo.

Halley Holcomb estaba acariciándose el muñón en círculos y sentada en el sofá de la base del Ágora. Le escocían los nervios plegados tras la misión de rescate.

—Tú también lo viste, ¿no? —dijo Jerome—. En el pasillo de la sede.

—Sí —dijo Halley—. Lo vi. Pero él a mí no. Le acerté con la electrola antes de que pudiera verme.

Al otro lado del salón, Elsie estaba recostada en un sillón junto a

Leo.

Mientras Deena le peinaba trenzas nuevas, Johanna intentaba distraerse de los tirones y distinguir qué ponía en la portada del libro que estaba leyendo su amiga; estaba garabateada por encima.

El arte de la guerra. No, parte del título estaba tachado. En realidad, decía: *El arte de Elsie*.

Con un rotulador grueso, Elsie dibujaba en las páginas del volumen de Sun Tzu lo que parecía un mapa de Europa y la cara de un hombre con barba.

—¿Qué es eso? —preguntó Leo—. Así no se lee lo de dentro…

—Es que no quiero leerlo —dijo Elsie, apretando la tinta con más fuerza—. Era el libro favorito de mi padre.

—Ah… ¿Y de qué va?

—Va de un señor chino que cuenta cómo ganar a la gente en la guerra. Pero son todo tonterías. Por eso lo estoy pintando.

—A mi padre también le habría gustado un libro así —suspiró Leo—. Le iban los documentales bélicos. Tenía uno de la Tercera Guerra Mundial que veía por las noches.

Elsie dejó de pintar y le miró con sus ojos enormes.

—¿Le echas de menos?

Leo tardó en contestar.

—Creo que sí.

—No te preocupes —dijo Elsie—. Yo tampoco echo de menos al mío.

30

Cuando el mundo era mortal, la cantidad de sangre que podía perder una persona era limitada; más o menos, dos tercios de su total eran el límite máximo para mantenerse con vida. Incluso una hemorragia más leve, de solo un tercio del volumen sanguíneo, podía causar graves daños.

Resultaba bastante conveniente para Omega, por tanto, que Johanna no pudiera morir desangrada. Las sesiones de aféresis cada vez eran más largas, a medida que se acostumbraba al proceso, y comportaban más pérdida de sangre, si bien regresaba al cuerpo tras ser centrifugada y separarse del resto sus linfocitos.

Pasaba allí sentada muchas horas, quieta, y el cuerpo le pedía a gritos hacer cualquier cosa; por ejemplo, entrenar taekwondo con su madre y con Leo, aunque luego acabase con agujetas y moratones por todas partes. Aprovechaba ese tiempo para mirar de vez en cuando su comunicador, situado en el canal que conectaba con los rastreadores que habían dejado en la Agencia, e intentar vigilarles.

Sin embargo, eso no le evitaba el aburrimiento. En la pantalla solo veía imágenes fijas de pasillos vacíos, salas blancas y algún agente pasando a lo lejos. Era obvio, por la escasa cantidad de movimiento y de personas que veía en el aparato, que su paso por la Agencia la había dejado diezmada.

El ligero aturdimiento que le causaba la aféresis tampoco ayudaba. Le costaba mantener la atención fija en el comunicador; sin darse casi ni cuenta, la mente le divagaba, flotando de un lado a otro del laboratorio, posándose en los instrumentos científicos que había sobre las mesas, en los matraces, las pipetas y los tubos de ensayo.

Y en Laura Snyder.

No en vano estaba tumbada a una distancia tan corta que casi podía tocarla si alargase la mano. O podría, si no la tuviera llena de vías y artilugios. Con el paso de los días había ido viendo, desde aquel asiento en primera fila, su lenta pero segura recuperación. Ya respiraba más rápido; su pulso era normal, los resultados de los

análisis iban mejorando y, según Miranda, en cualquier momento podría despertar.

Pero no lo hacía.

Seguía inconsciente; su presencia dormida era una constante en aquellas largas sesiones de sangrado voluntario, una a la que había llegado a habituarse como parte más del escenario. Su perfil afilado se recortaba contra el rojo en la penumbra, y se lo había aprendido casi de memoria, a base de pasar la vista por encima sin quererlo. A menudo Johanna hablaba para sí misma mientras estaba allí, y también para ella. Se preguntaba en voz alta cien mil cuestiones insulsas como si tuviera una interlocutora, y la saludaba al llegar al laboratorio cada vez con el mismo «Hola, Laura» de siempre.

Era irónico; la veía durante varias horas al día, pero no sabía más de ella que antes de rescatarla.

Al otro costado del separador celular había un asiento gemelo al suyo, vacío. Trató de imaginársela sentada a su lado, con las vías conectadas como ella, despierta y hablando y riendo. Desistió al cabo de unos instantes; no conseguía visualizar más que su cara inerte y lánguida como lo estaba ahora. Ojalá dejase de estarlo pronto. Le gustaría verla sonreír.

Su mente se dejó caer en la boca de Laura Snyder. Algo en la forma mullida y suave de sus labios le hizo pensar que debía de tener una sonrisa muy bonita.

Menuda tontería, se dijo al momento siguiente. No tenía forma de saber eso. Además, ¿qué le incumbía? Ni que fuera relevante para borrar la inmortalidad del mundo. Lo importante de Snyder era su inmunidad al gen Omega. Una sonrisa, por bonita que fuera, no podía cambiar nada.

El pitido del aparato la sacó de su pensamiento errante y la plantó, de nuevo, en aquel sillón incómodo. Se estiró contra el respaldo como un gato, oyendo crujir su espalda. La sesión de aquella tarde había terminado; Omega se acercó, con sus pasos profundos retumbando en el suelo, para retirar el conducto de su vía y llevarse el recipiente de linfocitos.

—Gracias, Johanna —dijo, como cada vez—. Pasa una buena tarde. Ten cuidado al levantarte; toma, te he traído un vaso de agua. Sube a la cocina y tómate algo para recuperar fuerzas.

Mientras se ponía la chaqueta, Johanna atisbó a ver cómo brillaban en su mesa, entre las sombras rojizas, varias formas cilíndricas. Iban aumentando en número. También las conocía a la perfección, casi tanto como el rostro de Laura Snyder. Igual que ella, igual que ellas dos, las pistolas de cristal eran armas.

31

El clima acompañaba un día como aquel. Estaba lloviznando, un chispeo molesto y gris que mojaba más de lo que parecía, que traía a la tierra el polvo y la suciedad de la atmósfera como un velo sobre las calles.

Sin embargo, ni Philippa Nielsen ni Ulysses Wagner llevaban paraguas. Él no lo necesitaba; su traje era tan impermeable como la superficie plástica de su piel.

Ella hubiera agradecido uno, pero no quería ser menos al lado de su jefe. Tampoco recordaba dónde guardaban los paraguas en el vestuario de la Agencia. Trataba de ignorar las motas de agua pegándosele a la cara mientras le escuchaba, y lo conseguía bastante bien. Lo que no lograba del todo era evitar que el color le subiera a las mejillas.

El director general de la Agencia tenía razón; lo que había ocurrido en aquellas últimas semanas era una auténtica vergüenza.

—¿Cómo hemos llegado a este punto, Philippa? ¿Cómo es posible? —decía, suspirando y negando con la cabeza—. ¿Es culpa mía, en el fondo? No debí dejar a Anna al cargo, ahora me doy cuenta. Tú lo habrías hecho mejor. Es una lástima que haya tenido que pagar ella por mi error.

—Una tragedia, sí —dijo la capitana Nielsen, envidiando lo buen actor que era su jefe. Incluso con un rostro sintético de emociones limitadas, era bastante más capaz que ella de fingir que le apenaba. Por un momento, hasta le había hecho dudar—. Menos mal que ya está usted aquí, señor Wagner.

—¿Sabes qué es trágico, también? —dijo Ulysses Wagner—. Que tengamos que estar haciendo este camino a pie. Ni un solo coche disponible. Y solo cinco agentes como escolta. Esto no puede ser, Philippa, no puede ser. ¿Qué clase de Agencia somos, si no tenemos ni medios para algo tan sencillo?

—Bueno —dijo Nielsen, sintiendo que las mejillas le ardían más fuerte—, comprenderá que el grueso de agentes aún está convaleciente. Y toda nuestra flota terrestre está ahora mismo de camino a las subsedes de otros estados para pedir refuerzos. Yo

misma recibí el alta ayer en la clínica, y…

—Eso no es lo que pregunto —le cortó Wagner—. Es una cuestión de fondos, Philippa, fondos. Dinero, recursos, pasta, capital. Llámalo como desees; con eso se arregla todo. Y yo, ingenuo de mí, no invertí lo suficiente. La Agencia no deja de ser una empresa, en cierto modo. Los agentes necesitan incentivos para trabajar mejor, para esforzarse, para sacrificarse por el bien de esta casa. Hacen falta armas mejores, defensas, sistemas de prevención. Todo eso cuesta dinero.

Era humillante oírlo así, pero también tan cierto como que el sol amanecía por el este. ¿Cómo iban a evitar incursiones terroristas, si tenían cámaras de seguridad antiguas y generadores vulnerables? ¿Cómo pretendían no tener al noventa por ciento de su personal sufriendo electrocuciones, si no les proporcionaban protección aislante? ¿Cómo no sucedían más desgracias, si ella sola era quien se encargaba de formular los planes de defensa?

Bueno, sola no; con Taylor Crane, lo cual era peor aún, considerando que su idea de custodiar a Laura Snyder había sido convertirla en una bomba de relojería.

—Entonces, ¿va a aumentar su inversión? —dijo Philippa Nielsen.

Era una perspectiva halagüeña, si bien la cantidad que financiase un accionista a la Agencia nunca podía superar la cifra de fondos públicos con la que contaban; al fin y al cabo, no dejaba de ser una compañía federal.

—Eso, por descontado —dijo el director Wagner, mientras giraban la esquina y el inmenso edificio aparecía ante ellos—. Mi intención es triplicarla, al menos. Y sé lo que estás pensando, Philippa, lo sé; no te preocupes por la financiación pública. Está todo bajo control.

Aquella torre que estaban viendo, rematada en una aguja, fue en su día la construcción más alta de todo Chicago; aún se veían los arcos que enmarcaban en ella lo que fue su campanario. La fachada conservaba el color rojo del ladrillo y algunas de las molduras y pilastras que adornaban su frente, pero las vidrieras habían perdido sus cristales hacía ya mucho tiempo. El viento y la lluvia entraban por las ventanas rotas, entre las que se atisbaban los restos de los altares.

La iglesia de San Miguel llevaba en aquel lugar casi siete siglos. Era la única que quedaba en pie en la ciudad, aunque abandonada y maltrecha. Ya solo se reunían allí aquellos locos fanáticos, esos que aún practicaban versiones transfiguradas de lo que un día llamaron

religión. Que aquel día no hubiera ninguno cerca tal vez no fuera casualidad, considerando la cantidad de policía armada que rodeaba el recinto.

Ulysses Wagner y Philippa Nielsen no estaban allí por la iglesia, sino por lo que albergaba en su patio trasero. Rodeado de muros blancos y de cipreses secos, el camposanto de San Miguel era *el* cementerio de Chicago. No había ninguno más.

Allí había sido enterrada la última persona en morir en Estados Unidos: un buceador profesional que se encontraba practicando submarinismo de larga distancia durante la difusión del pseudovirus de la inmortalidad. Nunca llegó a salir a la superficie y a exponerse a este, que se transmitía a través del contacto del cuerpo con el aire; falleció por un defecto en su tanque de oxígeno. Solo su sepulcro, de entre todos los que se levantaban entre los paseos de césped agostado, tenía menos de doscientos cincuenta años de antigüedad.

De momento, por supuesto.

Cuando acabara aquel día, la lápida de Anna Magpie, subdirectora de la Agencia Federal de Protección Genética, desentonaría totalmente en aquel cementerio.

—Pero ¿cuánta gente hay aquí? —dijo la capitana Nielsen al divisar el grupo.

Había bastantes personas reunidas alrededor de la tumba abierta, del montículo de tierra y del vehículo fúnebre que esperaba, apartado, a que llegasen para comenzar. Se suponía que aquello era un funeral de Estado, un acto reservado, que no se debía saber fuera de los muros —metafóricos, en aquel caso— de la Agencia.

—Oh, tampoco tanta —dijo Ulysses Wagner—. Altos mandatarios. Algún que otro amigo mío. El director de la Agencia de Bienestar Climático. Y el presidente, por supuesto.

—¿El presidente? No querrá decir…

—Sí, Philippa, por supuesto. El presidente Gillenwater, el presidente de Estados Unidos de América, como no podía ser de otra forma. Junto con su escolta y su gabinete de prensa, faltaría más.

—Su gabinete de prensa. —Efectivamente, allí estaban las cámaras, revoloteando sobre las cabezas de todo el mundo, grabando, retransmitiendo en directo—. Maravilloso.

¿De qué había servido insistir tanto en la confidencialidad? En aquel momento, los cincuenta mil millones de pares de ojos que tenía la Tierra estarían fijos sobre ellos. Había muerto una persona. La primera en doscientos años. No habría noticia de mayor impacto

en el mundo entero.

Suspiró para sus adentros. Al fin y al cabo, eso era lo que suponía el regreso de Ulysses Wagner, ¿no? Que ella ya no tenía *de facto* a su cargo las decisiones de la Agencia. Era difícil relajarse y dejar a otros hacer, pero debía intentarlo. Pasó la vista por los rostros que tenía ante ella y se detuvo en uno.

Philippa Nielsen nunca había visto en persona al presidente Gillenwater; por algún motivo, lo único que se le vino a la cabeza fue que era mucho más bajito de lo que parecía en televisión, incluso con aquel tupé rubio que le añadía un par de centímetros a su altura. Tenía la sonrisa demasiado brillante, como si se la hubieran pintado de blanco con un pincel.

—¡Ulysses! —dijo el presidente, haciéndole un ademán para que se acercase—. ¡Amigo mío! Estábamos esperándote.

Las palmadas en el hombro que le dio al director de la Agencia le arrancaron un rechinar plástico a su traje y a su piel.

—Una tragedia, sí, una tragedia terrible —decía Ulysses Wagner, sacudiéndole la mano a otro hombre que Philippa no conocía—. Estamos consternados. Compungidos. Debemos poner los medios para que no vuelva a ocurrir. ¡Mano dura! Mañana mismo llegarán refuerzos de todo el país. Hay que encontrar a esos terroristas antes de que se repita. Averiguar cómo han conseguido algo tan abominable. Una lástima que además hayan cortado mi último trato de negocios con Aimo Hyvärinen. ¿Mi esposa? Ah, sí, aún no he tenido tiempo de pasar a visitarla. Lo haré cuando acabe todo esto.

En la tierra abierta, el féretro blanco de Magpie relucía casi tanto como los dientes del presidente Gillenwater. Una montaña de ramos de flores se acumulaba a los lados, pero no había ninguna corona funeraria; no habían encontrado ninguna empresa floral que las fabricase.

Nielsen recordó la última vez que había visto a la subdirectora; no la última de todas, hecha un guiñapo en el suelo sobre un espejo de sangre, sino en vida. La misma mañana de su muerte le había dicho que no se entrometiera en los «asuntos de subdirección», como los solía llamar. Vamos, que no le echase en cara su pésima gestión. Al menos ya no podría incordiarla más con su burocracia absurda. En adelante, con Ulysses Wagner de nuevo en la Agencia, todo iría sobre ruedas.

Debería sentir pena por Magpie, ¿no? O culpa, o algo más que alivio por no ser ella la que estaba dentro de aquel ataúd.

—¡Philippa! —la llamó Ulysses, haciéndola enderezarse—. ¡Ven, muchacha, ven! Déjame presentarte a unos amigos.

Tenía ciento sesenta años. No era ninguna muchacha. Aunque era común en los hombres que las tratasen a todas como si tuvieran los mismos veinte años que aparentaban. Ulysses Wagner, al ser uno de los primeros beneficiarios de la inmortalidad, tenía casi cuatro siglos de edad; eso podía explicarlo, pero no excusarlo. Y no era el único que la había tratado así en alguna ocasión.

Sonrió, acercándose al grupo y a la cámara que aleteaba por encima. Tenía la sensación de que su propia cara era aún menos expresiva que el rostro sintético de su jefe, como si tuviera las comisuras de la boca grapadas a la piel.

—Esta, señores —decía Ulysses Wagner, señalándola con una mano abierta y reluciente—, es la capitana Philippa Nielsen, de la Agencia de Protección Genética. Una mujer brillante, ya lo creo que sí. Pero ¡no se acostumbren demasiado a llamarla así, caballeros! Desde mañana en adelante, dejará de ser la capitana Nielsen.

Philippa evitó, por poco, abrir la boca de sorpresa. Ulysses continuó hablando:

—A partir de mañana, señores, será la subdirectora Nielsen.

Sonaba bien.

Sonaba *muy* bien.

Antes de estrechar la primera mano que le tendían, echó un último vistazo de reojo al féretro de Anna Magpie, exsubdirectora —no, aún no, no hasta el día siguiente— de la Agencia.

32

Johanna nunca se había fijado en que allí crecían hongos. En las paredes cóncavas de piedra, de las que el revestimiento había desaparecido décadas o siglos atrás, brotaban pequeñas cabecitas blancas, carnosas, en forma de semiesfera. La oscuridad y la humedad que aún quedaba bajo tierra las habían hecho nacer en los túneles del metro. Bajo sus pies, aún se adivinaban los rieles oxidados por los que una vez pasó el tren.

—Pues son comestibles, ¿sabes? —dijo Elsie—. Yo una vez estuve un mes alimentándome solo de setas como estas. No te lo recomiendo.

Todavía no tenía muy claro si cuando Elsie decía cosas como aquella eran bromas, exageraciones, o total sinceridad.

Sus pasos las llevaban por uno de los túneles más cercanos a la entrada de la base del Ágora; no debían alejarse mucho, ni tampoco salir sin motivo a la superficie, pero Johanna necesitaba estirar un poco las piernas. Habría ayudado a Halley a cargar suministros en las vagonetas de transporte, ya que había ido aquella mañana porque estaban un poco escasos de ropa y comida, pero justo coincidió con la sesión de aféresis matutina. Por eso le había propuesto a Elsie que fueran a dar un paseo, uno cortito, por los alrededores, donde no habría peligro.

Mientras tanto, vigilaban en las pantallas de sus comunicadores la conexión de rastreo. Leo estaba entrenando con Deena, y Sabrina seguía enfrascada en la recuperación de Blade, que ya volvía a caminar y a hablar con frases sencillas.

Tras la rueda de prensa del día anterior, en la que el director general de la Agencia juró perseguirles, atraparles y hacerles pagar sus crímenes, Alpha había expresado un odio especialmente virulento contra aquel tal Ulysses Wagner. Les había prohibido salir de la red de túneles excepto de noche, y en ocasiones contadas.

Habían mostrado por televisión y por las redes imágenes de las cámaras de vigilancia; el mundo entero conocía los rostros de quienes habían entrado en su sede. No solo sus caras, sino también vídeos suyos disparando a los agentes, abalanzándose sobre la

célula de Laura Snyder de tal forma que parecía que la agredieran y, por supuesto, a Terrence matando a la subdirectora Magpie. Su momento de gloria, inmortalizado en las retinas de miles de millones de personas. Solo con recordarlo se le subía la bilis al cielo de la boca.

—¿Te estás replanteando lo de seguir con nosotros, o qué? —dijo Elsie—. Tienes una cara de fatiga… Ya ves lo glamurosa que es la vida del delincuente. Todo aventuras y acción. ¿No es genial?

Si el sarcasmo de esa última frase hubiera sido mayor, le habría goteado de las palabras.

—No, no —dijo Johanna, con una risita—. Sigo queriendo acabar con la Decadencia, cueste lo que cueste. Pero sí que es cierto, nunca habría imaginado aburrirme siendo terrorista. Bueno, ni ser terrorista, así en general.

—Pues esto es lo que hay. Mirar una pantallita y ver cómo cada vez hay más agentes corriendo por los pasillos a lo loco como hormigas sin cabeza. Divertidísimo.

—Yo no creo que estén yendo a lo loco —dijo Johanna, mirando más de cerca el comunicador—. Parece que siguen órdenes. El jefe nuevo que tienen, Ulysses Wagner, ¿no te da como mala espina? Y no solo por su cara de plástico, que también. Me recuerda a Blade, pero en feo.

—A mí, ninguna. —Elsie se subió de un salto a un reborde en el túnel y se sentó, con las piernas colgando, bajo una mata de hongos multicolores—. He conocido a otros como él. Y más ricos todavía. Creen que tienen el control de todo, pero no es más que una fachada. No se enteran ni de lo que tienen debajo de las narices. ¿Cómo va a encontrarnos el Ulysses este? ¿O alguno de estos agentes que solo saben decir «sí, señor director»? ¡Venga ya!

—Supongo que tienes razón…

Elsie no parecía enfadada con Ulysses Wagner en concreto, ni con la Agencia, sino que hablaba desde un rencor más profundo. Johanna trepó a la cornisa, a su lado, e intentó cambiar de tema.

—¿Y estas setas se comen también? —dijo, señalando el matojo que crecía sobre sus cabezas—. Con tanto colorín, yo diría que son venenosas, ¿no?

—No, estas no. Pero ¡también son útiles! Mira, apaga la linterna.

Lo hizo y, a la luz del brillo de sus comunicadores, en plena noche subterránea, los hongos parecían emitir una fosforescencia débil, apagada, como estrellas pegadas al techo.

Elsie alargó la mano y le dio un capirotazo con el dedo a una de las umbelas, que chocó con las otras. Según iban rebotando entre sí,

surgió una luminosidad intensa, deslumbrante; cada una era de un color, un arco iris en desorden.

Ya no hacía falta linterna.

—Son preciosas —dijo Johanna, acariciando una que brillaba en azul—. ¡Y también prácticas, es verdad!

—Mira, esta es mi preferida —dijo Elsie, señalando una pequeñita, de un tono rosado, que estaba algo apartada del resto—. ¡Es que mi color favorito es el rosa! ¿Y el tuyo?

—No lo sé —contestó Johanna, riendo—. Nunca he tenido un color favorito. Tampoco me lo he planteado, la verdad. Me gustan todos por igual.

—¡Eso no puede ser! Alguno tendrá que…

Se cortó en seco.

—Mierda —dijo Elsie en un susurro—. Mira, Jo, mira la pantalla.

Johanna se llevó la vista al brazo.

Ya no corrían los agentes por el pasillo blanco. Ahora era el pasillo entero el que se desplazaba. La cámara del rastreador se estaba moviendo.

Alguien la había encontrado. Alguien se la llevaba, deprisa, entre gritos de «señor director», al despacho de Ulysses Wagner.

Los hongos luminosos se quedaron atrás, mecidos por el roce de su salto al suelo, mientras Elsie y Johanna corrían de vuelta a la base.

33

El ordenador central del Ágora siempre estaba encendido. Robando energía al sistema, robando red a las redes, era casi una extremidad más para Sabrina Serrano; un apéndice electrónico que la mantenía enlazada permanentemente al mundo. Desde él se conectaba a los nodos públicos de distribución, a los comunicadores que instalaba en los brazos de sus amigos y, por supuesto, a Blade. Alguna vez se habían referido a ella como «el cerebro del Ágora», y Sabrina siempre decía que eso no era cierto, que el auténtico cerebro era aquel ordenador.

Por eso, cuando se vio obligada a apagarlo, tuvo que hacerlo de un tirón, desconectando el enlace sin mirar, como quien se arranca de golpe una astilla clavada.

Aun así, fue demasiado tarde. La conexión estaba cerrada, sí, pero de nada servía si la Agencia ya había logrado localizar la posición en la red de su terminal a través del rastreador. Pero no era el único motivo para desenchufarlo: si querían transportarlo a otro sitio, era necesario que estuviera desmontado.

Precisamente, eso era lo que estaban haciendo, frenéticos, todos los miembros del Ágora. Recoger lo esencial antes de que la Agencia asociase un lugar físico con la localización virtual del ordenador. Tenían que abandonar la base. Tenían que cargar con todo lo posible, dejar atrás lo superfluo y escurrirse por los túneles del metro igual que ratas en una inundación.

Y Sabrina se sentía culpable.

Había delegado en Elsie y Johanna una labor que debería haber llevado a cabo ella misma, pero que desatendió por estar arreglando a Blade. Si hubiera estado vigilando ella misma la transmisión del rastreo, no se habría producido la brecha que permitía localizarles. Se había sumido tanto en la reparación de Blade que no recordó ni que les había mandado supervisar la conexión hasta que entraron a gritos en su taller para avisarla.

Lo peor es que lo volvería a hacer, a arriesgarlo todo, si con ello conseguía salvar a su amigo.

Y lo había logrado; lo estaba logrando, mejor dicho. Blade ya

andaba, ya balbuceaba frases y reconocía su cara, como un bebé enorme y rígido. En aquel momento llevaba obediente las piezas del ordenador central hacia la boca del túnel, apoyadas en sus brazos extendidos. Pero con el ordenador central apagado y con Blade medio descompuesto, el cerebro del Ágora estaba ciego y sordo. Ni siquiera funcionaban ya sus comunicadores.

En los raíles del antiguo metro habían colocado las vagonetas de suministros para cargar con lo imprescindible, que era casi todo lo que contenía el laboratorio de Omega. Era una suerte agridulce que estuvieran recién abastecidos de comida y bebida; tenían suministros de sobra para aguantar varios días, pero les faltaba espacio para llevárselos.

Elsie le había pedido auxilio a King y a su banda, porque toda persona que pudiera cargar un fardo era bienvenida. Allí estaban, llenando los vagones entre todos, subiendo y bajando las escaleras.

En cuanto a su propio taller, tendría que quemar todo lo que no pudiera llevarse ni hacer de motor para arrastrar vagonetas, para que la Agencia no obtuviera información. Aquellas máquinas eran casi tan suyas como sus huellas digitales; podría llamarlas sus hijas, si quisiera, pues habían salido de su cuerpo. No de su vientre, sino de su cerebro y sus dedos. Se le ocurrió pedirle a Blade que acercase la llama al combustible, que le ahorrara a ella el mal trago de hacerlos arder, y se arrepintió al instante. No podía hacer eso; si ella los había creado, debía ser ella también quien les dijera adiós.

Era una situación algo patética la suya, si se paraba a pensarlo. Se suponía que la inmortalidad evitaba que uno tuviera que perder para siempre a sus hijos o a sus amigos. Pero Sabrina había trabado su mejor amistad con un ser que podía morir de un cortocircuito y se había autoproclamado madre de unas cuantas piezas de metal. Mejor aquella maternidad que ninguna, también se dijo, mientras bañaba de combustible los circuitos y los oía chisporrotear.

Una planta más arriba, los pasos resonaban apresurados en el suelo. Todos llevaban su parte. Incluso Alpha y Chloé llevaban bultos pequeños, adaptados a su fuerza.

Todos, menos Leo.

Él era el único que tenía la espalda sin nada. Si iba a llevar en brazos a una Laura Snyder inconsciente, no podían encima añadirle más carga. Esperaba fuera del laboratorio, junto a las escaleras.

—¿Os falta mucho? —decía, inquieto, cambiando su peso de un pie a otro—. ¿No teníais tanta prisa?

—Ya casi está —dijo Miranda, asomándose a la puerta—. Nomás estamos asegurándola, por si despierta en medio del viaje. Tengan

cuidado ahora, ¿sí? No hagan movimientos bruscos.

Johanna y Deena, obedeciendo a Miranda, terminaron de preparar a Laura Snyder para el trayecto. Su cuerpo era todo lo de valor que quedaba en la estancia; Omega, entre matraces vacíos y armarios abiertos, casi se diría que sobraba en su propio laboratorio. Salió por la puerta, acompañado del rodar de la camilla de Laura.

A la luz del pasillo, Johanna se fijó en que nunca le había visto fuera de allí. Así distinguía las formas de su rostro: tenía arrugas aquí y allá, pero no tan pronunciadas como Alpha, ni su cuerpo era débil como el de Chloé. Parecía estar en un punto intermedio entre la juventud eterna y la Decadencia. Su barba estaba salpimentada de gris, no era un halo blanco de anciano; su piel, más oscura que la de ella, le formaba ondas en la frente.

Johanna apartó la vista y siguió empujando la camilla junto a su madre, llevándola hasta Leo. Pero miró a Omega una última vez, de reojo y a la espalda, a su calva que brillaba como un foco de luz más.

Y tropezó con sus propios pies, y los pies con las ruedas.

La camilla de Laura Snyder tembló y se desequilibró sin que Deena, ni Leo, ni ella pudieran pararla. Se precipitó escaleras abajo, chocando contra el suelo en un estrépito metálico.

Johanna corrió hacia su cuerpo tendido en los peldaños. Su cabeza le recriminaba a sí misma el despiste casi más fuerte que la bronca real y audible de su madre. Rogó que Laura estuviera ilesa mientras bajaba a saltos los escalones.

No veía sangre ni heridas. Suspiró aliviada.

—¡Creo que está bien! —dijo Johanna en respuesta a todas las voces que le preguntaban desde lo alto de la escalera—. ¡Ven, Leo! ¡Ayúdame a levantarla!

Pasando el brazo bajo los hombros de Laura, Johanna le alzó el torso. Pesaba poco para lo alta que era; diría que medía como ella misma, aunque nunca la hubiera visto de pie. Le retiró el cabello de la cara con la otra mano. Su boca estaba entreabierta.

Pero no respiraba.

Pasaron mil infinitos entre ese instante y el siguiente, en el que Laura tomó aliento, un aliento rasposo y brusco que se transformó en tos.

Tosió, una, dos, varias veces, y de pronto ya no era Johanna quien la estaba sosteniendo por los hombros, sino que la propia Laura se doblaba sobre sí misma para coger aire.

El ataque de tos cesó. Poco a poco, Laura fue respirando de

nuevo con normalidad. Y sus párpados, que habían estado cerrados fuertemente en aquel gesto de esfuerzo, se abrieron, surcados de ojeras malva.

Laura Snyder abrió los ojos y miró a Johanna.

Eran verdes; un verde pálido y suave, enmarcado entre largas pestañas rubias. La observaban, curiosos, punzantes, confusos, con mil preguntas.

Y Johanna no pudo evitar pensar que ya sabía cuál era su color favorito.

Era el verde.

34

Nacer debía de ser la experiencia más confusa de todo ser humano. Aparecer en el mundo, rodeado de todo lo incomprensible, de luz que cegaba los ojos y de aire que quemaba los pulmones. Ya no flotaba uno en el líquido amniótico como en un abrazo, sino que sentía frío, veía formas inmensas y ajenas acercarse, y solo sabía llorar para aliviar el horror y la angustia.

Por suerte, nadie se acordaba de ello. Si no, probablemente sería también el momento más traumático en la vida. Quizá fuera ese el motivo de que el cerebro lo borrase, para protegerse.

La única guía que tenía el bebé recién nacido para orientarse era la voz de su madre y el latido de su pecho. Las mismas palabras que llevaba meses oyendo en el seno de su vientre ahora le sonaban nuevas, sin filtrar a través del altavoz del cuerpo, pero las reconocía; se giraba hacia ellas, le traían calma en el dolor de la vida, y eran un asidero en lo desconocido.

Laura Snyder tampoco guardaba en su memoria el momento en que nació, pero se le antojó que aquella sensación sería similar. Tardó unos segundos en fijar la vista en las figuras borrosas que se le cernían encima, apretando los dientes para no hundirse en el pánico.

Lo último que recordaba fue meterse en una cápsula de aislamiento en el laboratorio de Taylor Crane. Era por su propio bien, para que estuviera a salvo, porque un soldado había traicionado a la Agencia y vendido sus secretos a unos terroristas e iban a venir a por ella. Eso le había dicho Philippa Nielsen antes de la anestesia; eso y que la próxima vez que abriera los ojos estaría de nuevo allí, en la misma clínica blanca y segura, donde nadie pudiera hacerle daño.

Pero aquello no parecía la planta hospitalaria de la Agencia. Estaba en un lugar cerrado e incómodo. Le dolían los huesos; le ardía el aire en la garganta, los ojos al mirar, y su cabeza entera parecía tener agujas clavadas por dentro.

Ante ella había varias personas desconocidas.

Cerró los párpados, tratando de parar la migraña. No había ni

rastro de los pasillos blancos de la sede. Y esos rostros tampoco pertenecían a ningún agente; no llevaban traje ni uniforme.

Así que los terroristas la habían capturado.

Estaba en sus garras. Iban a usarla para sus temibles fines, o tal vez lo hubieran hecho ya. Se la habían llevado consigo, así que debían de conocer su genética inmune.

Laura abrió los ojos de nuevo y parpadeó ante la luz punzante. Contuvo la respiración y tensó el cuerpo. Si los terroristas querían su sangre, iban a tener que pagar por ella.

—Hola, Laura —dijo entonces una voz—. ¿Estás bien?

Y la poca fuerza que le quedaba se le quebró en pedazos.

Reconocía esa voz. No sabía de dónde la conocía, ni de quién era, pero la había oído antes. En un «antes» que no podía ubicar con precisión, un limbo entre el dormir y el despertar, cuyo único punto de referencia era el sonido de esas palabras.

Era como si hubiera oído aquel «Hola, Laura» incontables veces en aquel fragmento de tiempo que había transcurrido desde que entró en la célula de aislamiento.

Trató de fijarse en la dueña de la voz, enfocar la vista en su cara.

Era una chica de inmensos ojos negros; la luz se reflejaba en ellos como en un espejo. Su piel oscura parecía suave, y su gesto era de preocupación. Unas trenzas de raíz, pegadas al cuero cabelludo, le enmarcaban la amplia frente. Y sonrió, al darse cuenta de que la miraba, con una sonrisa limpia y radiante.

Laura Snyder no se había imaginado así a los terroristas. Los había concebido en su mente como hombres violentos, barbudos, sucios, que la agarrarían como perros peleándose por un trozo de carne. Seres temibles que le harían daño. Eso era lo que le habían dicho.

Pero aquella chica no la asustaba. Su voz era familiar; su mirada, risueña. La sostenía con un brazo para que no se cayese contra las escaleras en las que estaban sentadas.

Intentó ver a su alrededor; había más gente, un hombre y una mujer también de tez oscura, un chico muy alto y rubio, y otras personas que se agrupaban por detrás. Ninguno parecía tener intenciones de herirla, al menos no en aquel preciso instante. Quizá no fueran terroristas, sino que venían a rescatarla de ellos, a devolverla a la Agencia.

—¿Quiénes sois? —preguntó Laura. Le costó arrancarse esas dos palabras de la boca; se sentían pastosas, ásperas, como si su garganta hubiera olvidado hablar. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde la anestesia? ¿Días, semanas, meses?—. ¿Dónde estoy?

—Estás a salvo —dijo el hombre negro y calvo, acercándose a ella—. No tengas miedo. Me llamo Omega, y estos son mis amigos, Laura. Estamos aquí para protegerte.

No tenía *miedo*. No hacía falta que se lo dijera. Si fueran a atacarla, ya lo habrían hecho. Y, si lo hacían, sabía defenderse. Además, la voz del tal Omega era muy molesta; era fuerte y le retumbaba en los tímpanos igual que un trombón. Quería que volviese a hablar la chica de las trenzas. Intentó ponerse en pie, pero solo logró perder el equilibrio y que la tuviera que agarrar, precisamente ella, para que no se cayese.

—¡Tranquila! —dijo la chica, haciéndole de muleta con su propio cuerpo—. ¡Más despacio! Llevas un montón de tiempo inconsciente, no puedes levantarte tan rápido. Así, apóyate.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Laura. Las palabras seguían saliéndole rasposas—. ¿Qué hago aquí?

—Unos veinte días, aproximadamente —dijo Omega—. Has tardado una semana en recobrar la conciencia, y eso es lo que hacías aquí, recuperarte. Hoy es 22 de marzo. Dinos, ¿cómo te encuentras?

—Mal —dijo Laura—. Me duele todo. Estoy muy cansada. ¿Qué me ha pasado? ¿Me han atacado los terroristas?

Omega soltó un sonido por la nariz que podría ser tanto un resoplido de frustración como una risa entre dientes.

—Te hemos rescatado de una situación muy peligrosa para tu integridad física, Laura —dijo, con aquella voz resonante que le avivaba la migraña—. Querría explicártelo mejor, pero ahora no hay tiempo. Nos persiguen unos indeseables y debemos salir de aquí antes de que nos encuentren. Es una suerte que te hayas despertado. ¿Crees que podrás caminar?

—No lo sé —dijo Laura, y probó a soltarse de los brazos de la chica de ojos negros y del hombre rubio, que la sostenían en pie—. Creo que sí. Si no puedo andar, ¿me ayudaréis?

—Claro —dijo la chica, ofreciéndole su hombro. Medían casi lo mismo; era cómodo apoyarse en ella—. ¿Ves? ¡Mira, sí que puedes! Venga, vamos a bajar. Despacio.

Laura se dejó llevar por escaleras y pasillos mientras trataba de controlar su respiración. Si quería volver sana y salva a la Agencia, su mejor opción —su única opción— era hacer caso a aquella gente y esperar que tuvieran buenas intenciones. Eso no significaba que fuera a confiar en ellos, por supuesto. Pero lo esencial en aquel momento era recobrar las fuerzas y, según le decían, ir a un refugio.

Hacía años que no ponía un pie fuera de la sede, pero Laura no

dudó en huir al oír que les perseguían; sabía perfectamente lo valiosa que era su genética. Taylor Crane y Philippa Nielsen se habían encargado de que fuera consciente de ello.

Aun así, había tantas caras allí que no conocía, tantas personas ajenas, tanto *todo*; lo único que le era familiar entre aquel maremágnum de gente y bultos era la voz de la chica que la sostenía del hombro para andar. Se aferraba a su brazo y al sonido de sus palabras por igual.

—… y cuando llegaste, estabas soltando espumarajos negros por la boca. Nos asustamos muchísimo —decía la chica, explicándole algo que no sabía si tenía fuerzas para escuchar, o si simplemente estaba oyendo su voz como quien deja el agua caliente correrle sobre la cara en la ducha—. Por cierto, no te lo he dicho, ¿no? Me llamo Johanna. Pero puedes llamarme Jo.

Le sonrió de nuevo, con aquel gesto que hacía que le brillasen los ojos igual que espejitos negros. Laura no pudo evitar que las comisuras de su boca se le subieran un poco en respuesta a aquello.

—Hola, Johanna —dijo, con la garganta aún ronca—. Yo soy Laura. Me alegro de conocerte.

35

Philippa Nielsen no había visto tanta actividad en todos los años que llevaba trabajando en la Agencia. Pero, sobre todo, no recordaba un precedente para aquella decisión de Ulysses Wagner.

Había trasladado el puesto de control, desde el que se vigilaba toda la actividad de la Agencia por los visores de los jefes de escuadrón, a su despacho. Ahora ya no era una oficina al uso; las cuatro paredes estaban cubiertas de pantallas en las que se transmitía continuamente la información visual de sus agentes, y mapas de Chicago y de su red electrónica. Su escritorio de nogal había sido sustituido por un inmenso panel de mando. El director Wagner, sentado tras él, no apartó la vista de las pantallas cuando Philippa entró en la estancia.

—Ya está terminado el homenaje —dijo Philippa Nielsen, tras saludarle—. El escultor ha hecho un trabajo fantástico. Una copia idéntica de la cara de Anna Magpie.

—Perfecto, perfecto —contestó Ulysses—. Habrás avisado a la prensa, ¿no, Philippa?

—Hace media hora. Estarán al llegar. Pero ¿de verdad es necesario tanto revuelo? ¿No deberíamos centrarnos en localizar dónde se esconden los terroristas?

—Todo a su tiempo, Philippa, a su justo tiempo. Tenemos varios escuadrones siguiendo el rastro virtual de su ordenador central. —Con un ademán, señaló las figuras que se movían en los monitores —. Mientras tanto, es preciso aprovechar nuestra suerte. Exprimir al máximo lo que esos criminales nos han dado; en este caso, una mártir.

Philippa Nielsen intentó seguir con la mirada las incontables retransmisiones simultáneas que surgían en las paredes y desistió al cabo de unos segundos. Le mareaban tantas imágenes a la vez, tan rápidas, tan asíncronas. Podía fijar la vista en una o dos pantallas, pero solo unos ojos electrónicos como los de Ulysses eran capaces de procesar a la vez toda aquella información.

—Mira, Philippa, fíjate —dijo el director, apuntando a una en concreto—. Han restringido el perímetro de búsqueda a esta zona

de la ciudad. Tienen que encontrarse en algún punto de esta área.

Un polígono holográfico se levantó ante el dedo de Ulysses Wagner, rodeando un distrito de Chicago. Era un prisma; el espacio que estaba señalando su jefe era en tres dimensiones, extendiéndose hacia el cielo y bajo tierra.

Sonaron unos golpes en la puerta del despacho.

—Adelante, Taylor, adelante —dijo el director—. Llegas justo a la hora que te pedí. Perfecto.

La subdirectora Nielsen procuró no hacer contacto visual con su genetista. Ya no solo por la rabia al recordar su truquito con la nitroglicerina, sino porque podía permitírselo. No en vano ella había estrechado la mano del presidente Gillenwater. Su rango jerárquico no era el mismo; ahora ella era subdirectora y Crane había descendido en el escalafón tras el desastre.

Sin embargo, nadie podía negar que era la persona con mayor conocimiento genético y científico de la Agencia, con lo que sus cometidos no habían menguado, sino solo su salario. También se encargaba de tareas banales como aquella.

—Aquí lo tiene —dijo Taylor Crane, apoyando un monitor portátil atestado de texto sobre el panel de control—. Hemos identificado dieciséis clases de microorganismos endémicos en el polvo de las botas, y un tipo de polen que…

—Al grano, por favor. ¿Restringe eso el marco de la batida?

—¡Sí! Tenemos la zona más o menos identificada. Tiene que ser en el subterráneo y cumplir estos parámetros.

Ulysses Wagner introdujo los datos con una mano en el panel de mando y tocando con la otra las pantallas, sin necesidad de mirar lo que tecleaba. El prisma que atravesaba el mapa de Chicago tembló y se redujo con un parpadeo, abarcando ahora solo una pequeña zona subterránea.

Coincidía con el trazado de los antiguos túneles de transporte y de suministro eléctrico. Philippa intentó que no se le notase en la cara su alivio y se limitó a apretar los puños. Aquello los acercaba al escondrijo de los terroristas. Y a Laura Snyder.

—Torres, pasa de nuevo el algoritmo de la ubicación virtual del rastreador —dijo Ulysses hacia un monitor en el que se veía a uno de los ingenieros escribiendo un código frenéticamente—. Cruzando ambos datos, deberíamos ser capaces de precisar con exactitud la posición de su base.

De repente, ahí estaba. Un punto rojo que señalaba un lugar concreto del subsuelo de Chicago. Les tenían. Había sido rápido hasta el punto de abrumarla; sin Ulysses Wagner, aquello nunca

habría podido lograrse. No habrían tenido los recursos necesarios, ni a nadie para coordinarlos. Philippa empezaba a creer que el director de la Agencia había tenido razón cuando dijo que la muerte de Magpie era a la vez una tragedia y una enorme suerte.

—Atención a todos los escuadrones —dijo Ulysses Wagner, pulsando una tecla en el panel, y casi todas las imágenes de las pantallas se detuvieron. Los agentes se habían parado, atentos, para escucharle—. Os envío la localización de la base terrorista, exacta con cincuenta metros de error máximo. Dirigíos allí inmediatamente.

El director se sentó de nuevo, con una sonrisa de satisfacción formada en el plástico de su rostro.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Nielsen, desviando la mirada de una pantalla a otra, viendo cómo los jefes de escuadrón se acercaban al punto señalado. Se le clavaban las uñas en las palmas de las manos—. ¿Esperar, nada más? ¿No deberíamos…?

—No —le cortó Ulysses—. No hay nada más que podamos hacer desde aquí. Aunque se me ocurre pedirte que hagas algo, Philippa. Ven aquí.

La subdirectora Nielsen contuvo el aliento al acercarse a su jefe. De reojo, podía ver a Taylor mirarla con cierto interés. ¿Qué iría a encargarle? Confiaba en que fuera una señal de que por fin alguien reconocía su auténtica valía.

—Tráeme un gin-tonic —dijo Ulysses Wagner; su sonrisa, de pronto, se había colmado de sarcasmo.

Notó que le ardía la cara cuando le repitió la orden, y más aún al salir del despacho seguida por la mirada divertida de Taylor Crane. Era solo una broma. Ulysses Wagner había venido desde las colonias lunares para solucionar todos los problemas de la Agencia, abandonando sus obligaciones como presidente de varias empresas de cesión de órganos. ¿Qué le importaba a ella traerle una bebida? ¿Por qué le resultaba tan humillante?

En su pantalla braquial, mientras servía la copa, Philippa avistó la retransmisión de uno de los escuadrones que antes estaban a su mando. Los agentes descendían por un túnel, apuntando sus armas y sus linternas hacia delante. Y deseó por un momento estar allí abajo con ellos.

36

—¡Venga! —gritaba Elsie, tejiendo a saltos un camino entre las vagonetas y los caminantes—. ¡Daos prisa! ¡Así nos van a alcanzar!

Johanna intentó apresurarse, pero enseguida volvió a notar que arrastraba a Laura Snyder consigo en vez de servirle de apoyo. La chica de ojos verdes no podía seguirle el ritmo.

—¡No podemos! —gritó Johanna de vuelta, agarrando a Laura más fuerte para que no resbalase—. ¡Laura no puede ir más rápido! ¿No ves que le cuesta andar?

—No pasa nada —dijo Laura, con tal seguridad en su voz que se lo habría creído, si no estuviera prácticamente teniendo que llevarla a rastras—. Estoy bien.

—Pero si te estás cayendo —le dijo Johanna en voz baja—. ¿Vamos un poco más despacio?

—No me estoy *cayendo* —contestó Laura, con cierto retintín molesto, justo un segundo antes de que le fallasen las piernas y se le viniera encima a Johanna—. Sigo estando bien, ¿vale? Es que he tropezado. No ha ocurrido nada.

—Dejaos de cháchara y seguid —dijo Alpha, desde la cabeza del grupo—, deprisa o despacio, pero seguid andando. Y si no puede, que la lleve Leonard. No hay tiempo que perder.

Retomaron el ritmo, calladas; lo único que se oía en el túnel era el sonido de sus propios pasos en la humedad del suelo y de ruedas chirriantes contra los raíles.

—No hace falta que corras tanto —le dijo Johanna al oído—. Laura, para, no vayas tan rápido, si estás viendo que no puedes. Oye, pero ¿por qué eres tan cabezota?

—Porque no quiero que me atrapen los terroristas que nos persiguen, obviamente —respondió Laura, también en un susurro. Y añadió—: Además, esa mujer de ahí delante está en plena Decadencia, ¿no lo ves? Y aun así va más deprisa que yo.

—¿Alpha? Bueno, sí, pero tiene las piernas mecánicas. Eso no cuenta. —Johanna señaló a Chloé y a Miranda, que iban un par de pasos por detrás de ellas—. ¿Ves a esas dos? Van más o menos a nuestro ritmo y, aunque no lo parezca, la del pelo corto está

también Decadente. Lleva menos de un año, por eso no se le nota, pero mira qué lento anda.

Laura se giró para mirarlas con descaro; Miranda apoyaba a su mujer de un costado, casi igual que Johanna hacía con ella, solo que Chloé llevaba además una muleta. Soltó un suspiro.

—Es un consuelo no ser el único lastre —dijo Laura—. Pero ¿qué hacen dos Decadentes aquí? Tenía entendido que la mayoría vivían en asilos, no que luchaban contra los terroristas.

—Bueno… —Johanna miró a Omega de reojo. Su calva oscura sobresalía entre las cabezas del grupo. Habían acordado no decirle la verdad a Laura hasta estar todos a salvo, para gestionar mejor el impacto—. Aquí colabora quien puede. Yo misma soy aún muy joven, pero ayudo en lo posible.

—¿Sí? —dijo Laura, volviéndose hacia ella, examinándola con una ceja alzada—. Seguro que no más joven que yo. Philippa siempre me dice que no los aparento, pero solo tengo veinte años.

—Yo dieciocho —contestó Johanna, con una sonrisita.

—¿En serio? ¡Venga ya! Creía que eras mucho mayor.

—Eso es porque soy muy alta…

—Pero ¡si medimos lo mismo!

—¿Queréis callaros de una vez? —gritó Terrence, dando media vuelta y plantándose ante ambas—. ¡Van a acabar oyéndonos! Claro que parecéis jóvenes, pedazo de bobas, ¡os comportáis como en un patio de colegio!

Johanna bajó la cabeza. Terrence tenía toda la razón. Pero con Laura Snyder las palabras le salían solas, le desbordaban de la boca; llevaba tanto tiempo queriendo hablar con ella que ahora que por fin estaba consciente era casi como reencontrarse con una vieja amiga.

A su alrededor, los miembros del Ágora caminaban sin pausa, pero no sin prisa, junto a la banda de King. Un poco por delante de ellas iba Sabrina, al lado de una vagoneta rebosante de piezas electrónicas. Acompañaba a un Blade que estaba muy cambiado; iba totalmente rígido y en silencio. A Johanna le vino a la mente la palabra «robótico» para describirlo, pero tenía entendido que para las IAs aquello era un insulto. Al fin y al cabo, «robot» provenía de una palabra checa que significaba «esclavo».

Al cabo de un rato, Johanna empezó a darse cuenta de lo incómodo que era llevar a Laura apoyada en su cuerpo. No se trataba del peso, ni del esfuerzo que hacía. Era que tener a alguien arrimado contra ella durante el largo camino, con un brazo sobre su hombro y teniendo que pasar la otra mano por su talle, lo sentía

demasiado cercano, demasiado íntimo. Sobre todo, cuando no estaban hablando y no podía distraerse con la conversación.

Tal vez por eso tenía, en el fondo, tantas ganas de charlar. Para no pensar en tonterías como lo blanda que era su cintura en la palma de su mano, o que el calor de su piel le atravesaba la ropa, o que ya no podía mirarle a la cara sin que ella se diera cuenta.

Laura Snyder, sin embargo, no parecía tener aquel pudor. La contemplaba, curiosa, con aquellos ojos de un verde increíblemente claro, igual que observaba todo lo que les rodeaba. Era la mirada de alguien que no había salido de la Agencia en mucho tiempo, de una persona aislada con ganas de conocer lo que rodeaba a su mundo, y Johanna la reconocía; era la misma cara de expectación y de asombro cuando el coche de su madre pisó por primera vez las calles de Chicago, y el mismo atisbo de miedo tras sus pupilas.

Cruzó su mirada con la de Laura, y sonrió. Al cabo de unos instantes, ella le devolvió la sonrisa; era más nerviosa que la suya, con los labios tensos y manchada de cautela, pero al menos sonreía.

De pronto, reverberó por el túnel una voz lejana, desconocida, amortiguada entre capas de tierra y cemento. Parecía decir: «¡He oído algo! ¡Por allí!».

Las ensoñaciones de Johanna se cayeron al suelo como un puñado de canicas.

—Mierda —murmuró Deena—. Se acabó la paz.

Y todos, incluso Laura, incluso Chloé, tuvieron que correr de verdad y desoír los gritos de extenuación de sus cuerpos.

Aunque huían, ninguno alzaba la voz; todavía, al menos, no los habían visto, y cabía aún la posibilidad de que los despistaran por alguno de los túneles. Solo se oía un jadeo conjunto y pasos descoordinados, y al fondo gritos distantes del escuadrón de soldados. Laura, más que correr, andaba a trompicones cogida al brazo de Johanna.

Frente al grupo se abrían desvíos. Caminos que llevaban hacia arriba, rampas hacia el intercambiador del Loop, y galerías que se hundían aún más en la tierra.

En uno de ellos, una luz. Un rostro blanco.

No; varios. Diez, tal vez más. Agentes que bajaban por uno de los túneles, en trayectoria perfecta para encontrarles de frente.

—¡Corred! —gritó alguien, y Johanna no supo bien ni quién fue; un revuelo de electrolas, más gritos, personas cayendo al suelo, y huyeron hacia las profundidades dejando atrás cuerpos inconscientes, tal vez suyos, tal vez de ellos. Les seguían los gritos y las pisadas, pero debían correr. Bajaron, bajaron más, hasta que ya

no eran túneles de metro, sino de agua, de alcantarillado. Al resollar por la boca y la nariz se les colaba el olor nauseabundo en el cuerpo. Redujeron el ritmo, más por no poder que por no querer, aunque seguían oyendo los pasos a sus espaldas.

—Johanna —dijo Laura entre aliento y aliento, cogiéndole de la manga, frenándolas a ambas—. No puedo. No puedo. Espera.

—¡Sí que puedes! —contestó Johanna, en un grito, en un resoplido, buscando el aire—. ¡Pudiste antes! ¡Ahora también!

—Es que… —Laura tosió, apoyándose en ella. Johanna se preguntó si debía pedirle a Leo que la llevase en brazos—. No sé si estoy delirando. He visto algo. Esas personas de antes…

Johanna le leyó en los ojos el miedo que no quería mostrar. Y sintió también el suyo propio ante lo inevitable. Se había dado cuenta.

—No eran terroristas, ¿verdad? —dijo Laura—. Llevaban el uniforme de la Agencia.

37

El ser humano era capaz de acostumbrarse a cosas horribles si las vivía con suficiente frecuencia. Es curioso cómo el concepto de «normalidad» era algo totalmente subjetivo; lo que era normal para uno podía ser espantosamente raro para otro, y viceversa.

Laura Snyder estaba acostumbrada a los ataques de ansiedad. No era la primera vez que le ocurría, ni sería la última; de hecho, recordaba bien, demasiado bien, lo que sintió en aquella primera ocasión.

Era quedarse sin aliento en los pulmones aunque el aire entrase a bocanadas. Era que le temblasen las manos, agarrotadas, abrazándose a sí misma. Era querer escapar de la realidad que la rodeaba, del cuerpo que la contenía, y que todo a su alrededor parase, se fuera, la dejase en paz, y gritar, y hacerse daño con las uñas en la piel para que la angustia no la rompiese en pedazos.

Cada vez que se repetía el ataque, se le venía a la mente el primero de todos, emborronado y deforme por el paso de los años, pero igual de vívida la sensación.

«Esto no es real. No es real. No puede serlo», se intentaba convencer. De pronto volvía a tener doce años y a estar en un aeropuerto, en un avión que nunca llegó a despegar, de pie junto a una mujer de cuya cara ya no se acordaba, acorralada por guardias de seguridad. «Ya no estoy allí. Estoy aquí, estoy ahora. Eso fue hace mucho tiempo.»

Pero lo que había aquí y ahora no era nada mejor. Había dolor en cada una de sus articulaciones, había un olor inmundo que le quemaba la garganta, había armas y barro y carne, había desconocidos que tiraban de ella hacia el corazón de la tierra. Lo raro era que no hubiera estallado antes, que hubiera aguantado tanto tiempo haciendo alarde de las fuerzas que le faltaban.

Había sido aquella visión. Eso fue lo que detonó el ataque. Las caras entumecidas, los hombres electrocutados y tirados boca arriba sobre el asfalto del túnel. Y, sobre todo, sus cuerpos. Los uniformes que llevaban, aquellos trajes azules de camisa y corbata que a sus ojos eran hogar y familia.

Si las personas que les perseguían eran de la Agencia, significaba que aquel Omega y sus «amigos» eran, efectivamente…

Se notó hiperventilar. Parecía que se viese desde fuera, arrastrada por aquel chico alto y rubio, como si su piel fuera una cáscara de huevo que se le hubiera caído a trozos.

Conocía los síntomas. Necesitaba calmarse. Para poder pensar, para poder hacer algo respecto a estar rodeada de terroristas, tenía que tranquilizarse o el ataque solo iría a peor.

Pero allí no había nada que la pudiera calmar. Solo pasos, sudor, agua sucia y voces.

Voces…

—Johanna —dijo Laura, y su nombre le surgió por la boca estrangulado—. Háblame. Cuéntame algo. Lo que sea. Por favor.

Era una terrorista también. No sabía por qué su voz la tranquilizaba como un paño tibio en la frente, pero cuando se puso a hablar, a contarle algo acerca de un laboratorio, se dio cuenta. Si no había tenido el ataque de ansiedad al despertar, había sido por ella. Porque su voz, que serenaba el repicar en su pecho, era lo único en aquel lugar que le era mínimamente familiar.

Aparte de los uniformes de la Agencia sobre los cuerpos inconscientes, claro.

Intentó sacarlos de su mente a empujones. Se forzó a concentrarse en el sonido de las palabras de Johanna. No eran un clavo ardiendo. Eran un salvavidas y se estaba ahogando en sí misma.

—… y te estaba tratando Miranda, que es la mujer de Chloé, la mexicana —decía Johanna, mirándola preocupada mientras hablaba—. Pero no te despertabas. Yo subía al laboratorio todos los días, mañana y noche, así que poco a poco iba viendo que tenías mejor color…

La niebla se disipó un poco. Laura asintió, aún luchando por hacer pie y no dejarse arrastrar por el vaivén de sus propias tripas. El chico que la llevaba la sujetó en brazos para pasar por encima de un obstáculo.

—… y me aburría tanto, ¿sabes? —seguía diciendo Johanna, a su lado—, que a veces hablaba contigo, aunque estuvieras dormida, porque era mejor que el silencio. Ya no sé ni qué te contaba. Tonterías, como ahora, supongo. ¿Recuerdas si me podías escuchar? No, ¿verdad? Estando inconsciente no se podrá oír nada, digo yo…

—No lo sé —dijo Laura, en un resuello que empezaba a hacerse más llevadero—. No sé si lo recuerdo. Pero hay algo…

Sí, había algo. Tal vez por eso reconocía su voz. Se le había

quedado clavada en algún sitio inconsciente de su cabeza. Así que no tenía nada de especial; no era más que su cerebro buscando un ancla donde no había ninguna. Las anclas se hundían. Y ella estaba sola. No podía confiar en nadie. No debía confiar en nadie.

—Por allí, rápido —decía alguien a lo lejos, al frente del grupo. Y todos le obedecían.

Se metían por túneles cada vez más intrincados, sin dejar de correr, bajando cuestas y auténticos toboganes de acero y cemento. Por más prisa que se dieran, los gritos a sus espaldas no cesaban.

El perdigón eléctrico que rebotó en las paredes del túnel, detrás de ellos, le pasó tan cerca que casi le rozó el pelo.

—¡Mierda! ¡Nos alcanzan! —gritó una mujer de piel oscura y gesto duro.

Varios proyectiles más impactaron en el techo, y en el suelo. Laura no pudo contener un grito de pánico al ver que uno acertaba en la vagoneta.

Aun así, alzó la voz.

—¡Estoy aquí! —gritó, en dirección a las balas y a los agentes que les daban caza—. ¡Ayuda! ¡Me tienen atrapada!

Y la siguiente bala hubiera sido más certera; le habría dado en el pecho si aquella mujer de ojos furiosos no hubiera disparado a su vez.

—¿Veis? —dijo la mujer, con una rabia en el fondo de su mirada que parecía arder como ascuas—. ¿Ves, Johanna, lo que está haciendo? ¿Sigues creyendo que ella no tenía la culpa de que muriera tu padre?

Una lluvia de descargas les sacudió, de nuevo, y a Laura se le escurrió entre los dedos la seguridad que tenía de que la Agencia iba a protegerla. Disparaban a los terroristas y ella estaba, simplemente, en medio.

—Bájame de aquí —le dijo al chico altísimo que la llevaba en brazos. Trató de zafarse, pero su fuerza simplemente no era rival—. ¡Suéltame!

—No puedo —contestó él—. Por favor, deja de revolverte, que vas a…

—¡Dejad que me vaya! —gritó Laura, y le acertó en el estómago de un puntapié. Él gruñó, pero no la soltó.

—Si te vas, te van a hacer daño —dijo Johanna, y como para ponerle el punto final a su frase, una bala le pasó casi rozando la cabeza—. Por favor, no nos tengas miedo. No somos terroristas. Bueno, a ver, legalmente sí, pero es por una buena causa…

—Aunque quisiera, no me dejaríais irme, ¿verdad? —La

pregunta iba dirigida a todos los terroristas, por mucho que tuvieran una voz relajante y los ojos bonitos. No debía fiarse de ninguno, ni siquiera de ella.

«Está bien, haced lo que queráis conmigo —pensó—. Al menos, hasta que encuentre la forma de escapar.»

Una chica diminuta saltó ágil hacia atrás y les devolvió a los agentes unos cuantos disparos. A Laura le pareció oír más adelante sonido de agua fluyendo, chocando contra algo. Sonaba casi tan fuerte como las balas.

—¡Ya casi estamos! —dijo alguien, tal vez Omega, desde el frente del grupo—. ¡Un último esfuerzo!

Cuando torcieron por un túnel, el ruido chocó contra su cara. La pared al fondo de aquel corredor estaba cubierta por una cortina de agua, blanca y espumosa, que caía desde el techo. No había adónde ir; era un callejón sin salida. A ambos lados de ellos se abrían inmensas tuberías cegadas.

La mujer decadente que lideraba el grupo se detuvo ante la cascada y, cogiendo una piedra del suelo, la arrojó de través.

Al otro lado, donde la catarata les tapaba la vista, se oyó el sonido inconfundible de una piedra chocando y hundiéndose en un cuerpo grande de agua.

—¡Hemos llegado! —anunció, volviéndose hacia el resto—. ¡Aquí está la entrada al refugio!

38

—Habéis oído eso, ¿verdad? —dijo Ulysses Wagner al jefe de escuadrón. El receptor de sonido de su visor había recogido, a lo lejos, una frase valiosísima.

«Aquí está la entrada al refugio.»

Los terroristas aún les sacaban cientos de metros de distancia, pero su nueva tecnología financiada por el presidente Gillenwater podía cubrir lo que los pies de sus agentes no alcanzaban. Desde el despacho de Ulysses Wagner se había oído, con claridad suficiente, que uno de los terroristas había dicho esas palabras en voz alta.

—Sí, señor —respondió el soldado—. Aún no tenemos contacto visual con el objetivo, pero también hemos oído lo que parecía alguien zambulléndose en el agua. Creemos que pueden estar saltando al antiguo depósito del Míchigan.

—Bien, continúen —dijo Wagner, y volvió a tomar asiento.

De pie, ante él, seguían Crane y Nielsen. No les había dicho que se fueran, así que no lo habían hecho. Al menos eran obedientes, pensó, mientras tomaba otro trago del gin-tonic. Ya solo les faltaba preparar mejores copas. Hasta él, con sus papilas gustativas sintéticas, podía diferenciar una ginebra buena de una decente a secas.

—Mirad —dijo, al percibir de reojo un cambio en una de las pantallas—. Ya están cerca.

En el monitor se veían múltiples imágenes; unas de espectro visible, otras del campo termal en infrarrojos, y otras más que las cámaras oculares de la mirada de Ulysses sabían interpretar y devolverle en forma comprensible, pero que para el ojo humano eran ilegibles.

Señaló una en concreto y la imagen se amplió: el interior de un inmenso túnel de desagüe apareció ante ellos. Las paredes estaban horadadas por tuberías ciegas, cerradas; al fondo, una cascada blanca cortaba el único paso.

No había nadie allí.

—¡No bajéis la guardia! —dijo Ulysses Wagner—. ¡Comprobad que no estén escondidos detrás de esa catarata!

Los agentes parecían acercarse lentamente, con cautela, a la espuma que caía desde el techo. Con el extremo del rifle, uno de ellos apuntó al agua; lo hincó en ella, apartándola como quien levanta una cortina.

Al otro lado no había un túnel.

Había una caverna subterránea descomunal. Parecía una catedral de piedra excavada bajo los pies de Chicago, con sus arcos y sus cúpulas bordeadas de estalactitas goteando, y enormes columnas que apuntalaban el techo de manera natural, sin que ningún arquitecto las hubiera podido diseñar mejor.

Cuando el agente que portaba el visor apartó los ojos de la bóveda rocosa y miró hacia abajo, hasta el propio Ulysses Wagner tragó saliva de forma refleja, aunque no tuviera una garganta de carne que humedecer. La sensación de vértigo seguía alojada en su cerebro, con o sin carcasa sintética.

A sus pies, tras una caída vertical en la pared desde la que se asomaban, la cascada desembocaba en un lago inmenso y blanco que ocupaba casi todo el fondo de la gruta. En su superficie se desvanecían unas ondas circulares recientes.

—¡Tras ellos! —gritó Ulysses—. ¡Rápido, al agua!

—Pero el protocolo… —dijo uno de los agentes, lo suficientemente alto para que lo pudieran oír desde el despacho.

—¿No lo habéis escuchado? —dijo Philippa Nielsen, que se había acercado hasta la pantalla, con una orden estridente—. ¡Tras ellos, ha dicho!

Ulysses asintió para sí. Eso es lo que buscaba en aquella mujer como subdirectora; que transmitiera sus órdenes con firmeza. Tenía la confianza de sus subordinados, y la obedecerían en cualquier cosa si hacía falta. Él aún no se los había ganado, por lo que su única arma de presión era la fuerza. Y a veces era suficiente, pero no siempre.

Al menos, Nielsen estaba demostrando ahora esa voluntad de ser firme. No como antes, cuando los agentes habían disparado hacia los terroristas, que se quejó por si hubieran alcanzado a la chica inmune. Ni que se fuera a morir. Philippa le recordaba a alguien por sus rasgos, aunque no tanto por su forma de comportarse; era alguien que tenía en la punta de la lengua.

Los agentes acataron la orden y se lanzaron uno tras otro, después de despojarse de sus armas más pesadas, a aquel colosal depósito.

En las pantallas, la blancura se fue acercando y rodeándoles, hasta que la única imagen en la mayoría de los monitores fue

blanco puro, acuoso. No se veía a través. ¿Dónde estaban los terroristas?

Un grito.

Una cabeza asomando en el líquido lechoso.

—¡No es agua! —se entendió entre chillidos por el receptor de sonido—. ¡Esto no es agua! ¡Ayuda! ¡No nos deja movernos!

—¡Salid de ahí! —gritó Nielsen, antes de que Ulysses Wagner pudiera reaccionar—. ¡Volved atrás ahora mismo!

—No… —Toses, más gritos, chapoteos—. ¡No podemos!

La cámara de su visor enfocaba el lugar por donde habían saltado, arriba, en una pared cortada. Las orillas estaban lejos, muy lejos, demasiado para que los agentes las alcanzasen a nado.

Lo último que vio Ulysses Wagner desde su despacho, antes de que las pantallas se fundieran a blanco, fue la cara paralizada en un grito de uno de sus agentes. Otro intentaba ayudarlo, sacarlo a nado apoyado en su espalda, pero también sus movimientos se entumecieron.

Aquel lago pálido y brillante se los tragó a ambos.

A todos.

—¿Qué acaba de pasar? —dijo Ulysses, en un tono de voz suave —. ¿Puede alguien explicarme qué es lo que acaba de pasar?

Ni Philippa ni Taylor se atrevían a responder. Se lo notaba en la cara. En los gestos de horror y culpa que la subdirectora intentaba taparse con las manos.

—¿¡Qué acaba de pasar!? —bramó, golpeando el panel de control con el puño.

—El líquido —contestó Taylor, carraspeando— debía de ser nocivo de alguna forma, contener neurotoxinas que les han atrofiado el movimiento…

—No me refiero a eso —dijo Ulysses, dulzón, amenazador—. Dime, Philippa, dime; ¿qué acaba de pasar? ¿Qué has hecho mal? ¿Dónde has metido la pata?

—Yo… —dijo Nielsen, intentando quitarse de las retinas la huella de sus agentes ahogados a base de parpadear—. Yo no… Yo solo…

—Deja de balbucear, por favor. Te lo he tenido que preguntar tres veces. Lo que ha pasado, Philippa, es que has enviado a esos pobres muchachos a un destino horrible en el fondo de ese lago. Les has dicho que saltaran obviando el protocolo de seguridad.

—Pero si fue usted quien…

—¡No me repliques, Philippa! —La silla de Ulysses Wagner chocó contra el suelo con su ímpetu al levantarse—. Los agentes

obedecieron tu orden. Eso te hace responsable de lo que les ha ocurrido.

Eso también era lo que buscaba en una subdirectora. Alguien que pudiera cargar con las culpas. Alguien que se cubriera de barro hasta las cejas para que él quedase limpio. Y Philippa Nielsen era perfecta para aquella labor. No habían hecho falta más que un par de palabras para que su propio sentido del deber y la responsabilidad se impusieran y se la llevasen por delante. Lo veía en sus ojos. Se le habían humedecido.

—Tiene… —dijo Nielsen, sorbiendo por la nariz con disimulo, como si no fuera a darse cuenta—. Tiene razón, señor Wagner. Me he entrometido. Si no hubiera sido por mí, los agentes no estarían…

—Basta, Philippa, basta. No necesito disculpas. Necesito aprovechar la parte buena de esta terrible desgracia. ¿Sabes cuál es?

Nielsen negó con la cabeza. ¿Acaso no había aprendido nada del funeral de Anna Magpie? No la había tomado por tonta. Manipulable, sí, pero no tonta.

—Los mártires, Philippa. Tenemos un escuadrón entero de mártires a nuestra disposición. Recuerdas sus nombres, ¿verdad? Los conocías a todos y cada uno de ellos. Apúntamelos aquí. Podemos hacerles un homenaje junto a Magpie, o tal vez por separado. Ya veremos.

—Pero ¿no vamos a rescatarlos? ¿Y los terroristas? —dijo Nielsen—. ¿Y Laura Snyder?

—¿Y gastar valiosos recursos en sacarlos del lago? No, Philippa, nos son más útiles ahí abajo. Ya nos ocuparemos de los terroristas; tarde o temprano, les localizaremos. No pueden haber ido muy lejos. De momento, está claro que necesitamos más fondos para su búsqueda. Y para obtenerlos, ¿qué mejor que unos héroes que se han sacrificado por la causa?

A Ulysses Wagner le importaban sus agentes, por supuesto. Pero le importaban mucho más otras cosas. Por ejemplo, en aquel momento, le importaba particularmente conservar aquella expresión sumisa en la cara de Philippa, que tantos recuerdos le traía.

39

—Sabéis que, si gritase ahora, os encontrarían, ¿verdad? —dijo Laura, mirando fijamente a los ojos de Johanna.

—*Nos* encontrarían, querrás decir. A ti también te atraparían —contestó ella—. Te volverían a meter en esa cápsula flotante, ¿no te das cuenta? O algo peor…

—¿Y por qué crees que me tienen que guardar ahí? ¡Por vosotros! ¡Porque hay terroristas intentando secuestrarme!

Deena las interrumpió, cortando el contacto visual entre ambas con un brazo fuerte y ancho que apoyó en el metal de la tubería.

—Niña, me caías mejor cuando estabas inconsciente y no podías decir tantas sandeces —dijo Deena, y posó la mano sobre su electrola—. O te callas ahora mismo, o vas a volver a estarlo.

—¡Mamá! —dijo Johanna—. ¡No la amenaces! ¡Así solo vais a conseguir que no confíe en nosotros!

—Es que eso ya lo habíais conseguido —apostilló Laura—. No he llegado hasta aquí por mi propia voluntad, precisamente.

—Silencio, ahora —dijo Alpha, al notar un sonido—. Deena, no deje de apuntarla. Si amenaza de nuevo con gritar, no espere a mi señal para disparar.

El cañón de la electrola tocó la mejilla de Laura Snyder, que no apartó la mirada, pero tampoco abrió la boca.

Al otro lado de las paredes de metal, del extremo cerrado de la inmensa cañería cegada en la que estaban, se oyeron ruidos de chapoteos frenéticos. Gritos. Y después, nada.

Terrence, aún sujetando la tapadera de su escondite con una mano, soltó el aliento contenido. Nadie se atrevía a hablar hasta que no estuvieran totalmente seguros. Los más de diez cuerpos apretujados entre vagonetas en aquel conducto húmedo y vacío sudaban. No tenían manera de medir el paso del tiempo. Ninguno de ellos tenía braquial —todas les habían sido arrancadas al ingresar en el Ágora, y Laura ni siquiera parecía haber tenido implantada una; sus antebrazos estaban intactos— y los comunicadores no funcionaban sin el ordenador central.

Tras una espera que nadie supo si era de minutos, segundos u

horas, Alpha levantó el brazo. La pistola se separó de la piel de Laura Snyder. Se oyeron varios gruñidos y suspiros de incomodidad, y crujidos metálicos según la gente se incorporaba o cambiaba de postura.

—Vamos, continuemos —dijo Alpha, señalando hacia el fondo de la tubería—. Ya ha pasado el peligro. La entrada al refugio está muy cerca.

Como un inmenso ciempiés de carne, el grupo comenzó a gatear por el conducto, internándose en la piedra.

Cuando la tapa del otro extremo se abrió, la luz les hirió los ojos; era una luminosidad blanca, etérea, que se reflejaba en la roca pulida que les rodeaba. La emitía una masa de agua inmensa y brillante, contenida entre columnas y muros.

Los miembros del Ágora y la banda de King estaban situados al otro lado de aquel lago; desde allí abajo divisaban, a lo lejos en la pared vertical, la cascada que se vertía en él y el agujero en el que desembocaba el túnel.

—¿Qué es este sitio? —dijo Johanna, maravillada ante la bóveda colosal de la gruta—. ¿Dónde estamos?

—Era un depósito de agua subterránea que se creó con el drenaje del Míchigan —respondió Halley, apagando la linterna; con la luz que emitía el lago tenían bastante—. Se contaminó por filtraciones químicas en el suelo y lo abandonaron, pero aún quedan en pie las antiguas instalaciones. Ahí vivían los empleados de la empresa que explotaba el acuífero.

Señaló con su brazo unos edificios grises, ocultos y camuflados entre las piedras, en la orilla más alejada de la catarata. Justo al lado fluía un riachuelo blanco que drenaba el embalse, escondiéndose entre las rocas y alejándose de la caverna. Sus pasos les dirigían justo hacia allí. Era el refugio. Era su salvación.

Se dejaron caer, exhaustos, a la entrada de aquel lugar. Los chavales de King arrojaron las mochilas al suelo, y el Ágora hizo lo mismo. Respiraron hondo. Podían descansar.

De pronto, un carraspeo.

—Entonces, ¿qué? —dijo Laura Snyder, levantando la barbilla en dirección a Alpha y a Omega—. ¿Esta va a ser mi nueva cárcel? ¿Es eso? ¿Cambio una cápsula de cristal por una cueva?

—Creía que la más dramática aquí eras tú, Jo —dijo Elsie, en voz baja—. Te acaba de quitar el puesto.

—No es ninguna cárcel, de verdad —dijo Johanna, y miró a Omega—. Ya sí se lo puedo contar todo, ¿verdad? Ahora que estamos a salvo, ¿por fin puedo aclarárselo?

—Sorpréndeme —dijo Laura, cruzando los brazos—. ¿No sois terroristas, sino hermanitas de la Caridad?

—Somos terroristas, Laura —dijo Omega, y el eco de la caverna hizo su voz resonar aún más de lo normal—. Eso es un hecho legal indiscutible. Lo que hacemos entra dentro de la definición de delito, queramos o no. Sin embargo, nuestros fines no son crueles ni dañinos. Buscamos ayudar al mundo, aunque nos culpen por ello.

—Muy bonito —dijo Laura—. Pues, si vuestros fines pasan por tenerme aquí encerrada, espero que merezcan la pena.

—No queremos encerrarte —dijo Johanna, poniéndole una mano en el hombro que Laura apartó—. Mira, yo no estoy aquí atrapada ni me obligan a hacer nada que no quiera. Lo hago para contribuir a la causa, para acabar con la Decadencia.

Laura abrió la boca para contestar, pero Johanna continuó hablando, sin darle tiempo a replicar:

—Sé lo que vas a decir. Que tú eres especial, que eres inmune al gen Omega de la inmortalidad, y que somos todos terroristas malísimos que queremos aprovecharnos de eso y experimentar contigo. ¡Pues no! No somos tan distintas. Yo también soy inmune; en concreto, al gen Alpha.

Johanna se cruzó también de brazos, como para hacer más énfasis en lo que acababa de anunciar. Y Laura parpadeó varias veces, miró alternativamente a Johanna, a Omega y a Alpha, y soltó una carcajada llena de incredulidad.

—¿Tú? —dijo—. ¿Me estás gastando una broma?

—No, Laura. Johanna Lowe tiene, efectivamente, una inmunidad al gen Alpha en su ADN —dijo Omega, dándole palmaditas en la espalda—. Puedo demostrártelo con un simple test en cualquier momento. Y ha decidido, de manera altruista, colaborar con nosotros para conseguir el mundo que nos merecemos. Uno sin torturas eternas y sin vidas convertidas en castigos.

Laura resopló.

—Vale, supongamos que creo que eres inmune. Taylor me dijo que había más gente como yo, que les estaban buscando. Pero, aunque fuera así, ¿qué haces ayudándoles? —dijo, mirando a Johanna con las cejas arrugadas en la frente—. ¿Por qué no has venido a la Agencia y has cooperado con ellos, de forma legal y…?

—Porque la Agencia, entre otras cosas —le cortó Deena—, nos persiguió desde Milwaukee a Chicago, y cuando nos atrapó nos arrojó en una celda. Me dejaron morado un ojo y el resto del cuerpo. Ven tú también, Leo, enséñaselo.

Leo se llevó la mano al labio para enseñar una fina cicatriz blanca que lo partía en dos.

—A mí me dieron aquí un puñetazo —dijo Leo.

—¿Y sabes por qué? —continuó Deena—. Porque infringimos la ley. Porque mi marido y yo encontramos una forma de burlar la inmortalidad y, con ello, la Decadencia. Una forma muy tosca y a medias, pero lo suficiente como para que nos persiguieran, encerrasen y torturasen durante días. Igual que a Miranda, que solo quería salvar a su mujer. ¿Eso es legal? Sí. ¿Es justo? Dímelo tú, niña.

Laura hizo una mueca incómoda, pero habló:

—Pero… ¡La Agencia quiere lo mismo que habéis dicho! ¡Eliminar la Decadencia! Y además hacerlo sin matar a nadie, sino buscando una inmortalidad sana y libre de enfermedades. ¿No es eso mejor que lo que hacéis vosotros?

Omega rio entre dientes al oír aquello.

—No pueden conseguirlo —dijo, con una sonrisa triste—. Llevan años intentándolo, pero nunca sabrán cómo. Te lo garantizo. Mientras tanto, nosotros, con solo una persona inmune en nuestro lado, ya hemos logrado anular la inmortalidad de forma aguda.

Alpha sacó una de las pistolas de sangre de su mochila y se la mostró. En aquel ambiente blanquecino, la carga letal relucía como un collar de perlas rojas.

—Esto —explicó, acariciando el cañón de cristal como a un animalito— es, ahora mismo, la única arma que puede matar a una persona. De desarrollo conjunto por Omega y por Samuel Lowe, es la prueba empírica de que está dando sus frutos.

—Por supuesto, no queremos que se quede ahí la cosa —dijo Omega—. No pretendemos matar indiscriminadamente, sino revertir el mundo a una situación mejor, en la que nadie tenga que sufrir la Decadencia. La difusión del pseudovirus fue una negligencia horrible, un desastre; no supimos valorar lo que teníamos, y ahora lo anhelamos. Pero para enmendarlo necesitamos tu ayuda, Laura. Si no quieres que las únicas muertes de este mundo sean violentas, crueles y bruscas, tienes que ayudarnos.

—¡No intentéis eso conmigo! —dijo Laura, dando un paso atrás —. No os atreváis a hacerme chantaje emocional. Ni se os ocurra responsabilizarme de errores que no son míos.

—No, por supuesto que no. —Omega levantó ambas manos, en gesto de disculpa—. Solo pretendía…

—Pero ¿no veis que esa no es la manera? —dijo Johanna, con un suspiro, interponiéndose entre Laura y Omega—. A ver, dejadme

a mí.

Si había alguien allí que podía entender por lo que estaba pasando Laura, o al menos intentarlo, era ella.

—Mira, Laura. Todo lo que te han dicho es verdad; sí, hemos hecho cosas horribles. Hemos matado a una mujer. —Laura ahogó un grito; Johanna continuó—. Pero mi padre también murió por esto. Se sacrificó para demostrar que esas armas funcionaban, que mi inmunidad servía de algo. Y no quiero que sea en vano. Lo que quiero es acabar con el horror de la Decadencia, igual que lo quiso él. Para mí, eso es algo por lo que luchar. Por lo que unirme a ellos.

Contuvo el aliento. No sabía si la expresión en la cara de Laura era de miedo, de decepción o de enfado. Sus ojos verdes eran indescifrables.

—Pero es que yo no tengo nada por lo que luchar —dijo Laura, en voz baja, después de unos momentos.

Por solo un instante, Johanna vislumbró en su gesto a la misma Laura Snyder que se abrazaba las rodillas, frágil, flotando en el líquido denso de aquella célula. Esta Laura no necesitaba que alguien la protegiese, y menos ella. Necesitaba, desesperadamente, a gritos, una amiga.

—Si nos dejas, podemos dártelo —dijo Omega, y le tendió una enorme mano—. Todos los que están aquí luchan, aparte de por sí mismos, por algo. Por este fin común que nos concierne a todos. Incluso Johanna. Ninguno está secuestrado, ni tampoco tú. Eres libre de irte, si te place. Pero, si te quedas, estarás contribuyendo a algo mucho mayor que tú misma. Le darás un sentido a tu vida.

Laura vaciló.

Eso sí que se lo vio Johanna en la cara. En la mirada que saltaba del rostro de Omega a su mano, y luego a la cascada en la pared, y a ella misma, intentando determinar qué hacer y qué no hacer.

—Déjame contarte una cosa más, a ver si así te decides —dijo Alpha y, al acercarse a Laura, el brillo del lago le arrancó reflejos blancos a su mandíbula de acero—. Cuando te encontramos en el laboratorio de la Agencia, estabas dentro de una célula de aislamiento. Flotabas en un líquido claro y denso. ¿Tienes alguna idea de lo que era esa sustancia?

—Pues claro —dijo Laura—. Un conservante muscular. Me lo contó Taylor. Mantenía mis tejidos activos aunque no los moviera en semanas, para que no me afectase un aislamiento a largo plazo…

—Lo que me temía. ¿Quieres hacer los honores, Johanna? —dijo Alpha—. Yo ya no estoy para andar con sutilezas. Te creerá mejor a ti si se lo cuentas.

—No hace falta ninguna *sutileza* —replicó Laura, frunciendo el ceño.

—Era un explosivo —dijo Johanna—. Nitroglicerina, ¿no? Mezclada con algo… Ya no me acuerdo. Pero estaba puesto allí a propósito para que, si intentábamos sacarte rompiendo el cristal, estallase en mil pedazos. Contigo dentro.

—No —dijo Laura—. No, eso no puede ser. Taylor preparó la mezcla, vi cómo lo hacía…

—Te lo puedo asegurar. Tienes todas las pruebas que desees: el análisis de fluidos de mi cámara ocular —dijo Alpha, señalándose los ojos sintéticos—; los restos que te quedaron en la piel tras el rescate, que hubo que limpiarte a fondo… ¿Aún sigues queriendo volver con ellos?

Laura se cruzó de nuevo de brazos, pero esta vez frotándoselos con las manos, como si aún tuviera la piel mojada de nitroglicerina.

—Bueno, tampoco tengo otra opción, ¿no? —dijo, y lo que había traicionado su lenguaje corporal no se adivinó en su voz, fuerte y clara—. Es esto, o volver atrás y arriesgarme a que me ataquen las mismas personas que decían protegerme. De momento, colaboraré con vosotros. Pero, si lo que veo aquí no me gusta, me iré. Prometedme que podré irme cuando quiera. Si no lo hacéis, seréis iguales que ellos.

—Te doy mi palabra —dijo Omega, y alargó de nuevo la mano.

Johanna no sabía si estaba siendo sincera. Si realmente quería ayudarlos o si intentaría escaparse a las primeras de cambio, cuando no estuviera rodeada de terroristas armados. Solo sabía que, cuando Laura le estrechó la mano a Omega, lo hizo mirándola fijamente a los ojos.

40

La humanidad era inmortal, pero el planeta Tierra no. El número de especies animales que habían desaparecido en los últimos siglos era incalculable; muchas de ellas solo se habían descubierto una vez extintas, arrastradas por las aguas calientes. La subida de las temperaturas globales era solo un síntoma de la enfermedad que había provocado el ser humano, aplastándolo todo a su paso.

Había quien se refería a aquello de forma poética como la Decadencia del mundo, en un cruel paralelismo entre la carne y la tierra.

Había también quien se alegraba de que las mayores crisis de refugiados causadas por aquel proceso hubieran tenido lugar unos trescientos años atrás, antes del crimen de Roosevelt, cuando solo eran inmortales los que podían permitírselo.

Lo peor de que el agua se comiera las costas era que no fue constante como llenar una bañera; no subía al mismo ritmo en todo su borde. El nivel del mar crecía con altibajos de tifones, con salpicaduras bruscas en forma de maremotos, desbordamientos, monzones. Así se llevó el océano a gran parte de la población de los estados ribereños, sobre todo en las zonas más maltratadas por el odio y por la Historia, como la costa del golfo de México. Incluso ciertas teorías apuntaban a que Milton Roosevelt decidió esparcir el pseudovirus de la inmortalidad inspirado por aquella tragedia.

Y, sí, viéndolo retrospectivamente, los congresistas y senadores de Estados Unidos se alegraban de que aquello hubiera segado tantas vidas. Si se hubiera producido unas décadas más tarde, habrían tenido en sus manos una crisis en la que no podrían silenciar las voces de los muertos.

También les afectó a ellos, por supuesto. Ante las amenazas de inundación, el Capitolio y la Casa Blanca se trasladaron tierra adentro; los edificios en sí quedaron como monumento histórico en Washington D.C. y se construyeron réplicas en la ciudad de Chicago. Para expresar el luto que produjo aquel suceso, fueron pintadas de negro. A partir de entonces, el hogar del presidente de Estados Unidos se llamó la Casa Negra.

Esto lo lamentaba Ulysses Wagner, pasando un dedo de plástico por el muro exterior del hogar del presidente, mientras decía:

—Qué desgracia, Michael, qué desgracia. Con lo bonita que era de blanco, y tuvieron que estropearla. Además, ese nombre, «Casa Negra». Siempre pensé que era demasiado étnico, ¿sabes a lo que me refiero?

—Ay, Ulysses, se nota que ya vas camino de los cuatro siglos —respondió el presidente Gillenwater, levantando un dedo en un reproche afectuoso—. Esas cosas ya no se pueden decir. Al menos, no en público.

—Tú no eres ningún yogurín tampoco, ¿eh, Michael? —dijo Ulysses Wagner, con una sonrisa que, aun sintética, no llegaba a ser tan blanca como la del presidente—. Te queda poco para cumplir los doscientos. Ya me pedirás un pulmón o dos, ya. ¿No es útil tener un amigo en Águila de Prometeo? Y qué buen amigo soy, que a cambio solo te pido favorcillos como este. Nada importante comparado con unos órganos nuevos.

—¡Desde luego! Es todo un honor tenerte aquí, como siempre. Y, mira, dirás lo que quieras de la Casa, pero sigue teniendo una preciosa explanada delante.

—Sí, pero es una lástima —dijo Ulysses— que no podamos verla porque está invadida por toda esa chusma. Te van a estropear los rosales, Michael, te lo advierto.

—¡Ulysses! —rio Gillenwater—. ¡Serás…! Cuidado, se acerca una cámara.

Ambos hombres sonrieron, beatíficos, saludando a la pequeña grabadora redonda que zumbaba sobre sus cabezas. La multitud que se reunía en el jardín de la Casa Negra había convocado a la prensa, a manifestantes afines y a otros no tan afines, pero a los que parecía gustarles protestar, a secas.

Philippa Nielsen, de pie a un lado de la tarima, fingía mirarse las uñas para no prestar atención a la muchedumbre, a sus pancartas y gritos. Le incomodaba la ajustadísima falda de tubo del traje que le habían *recomendado* vestir; le incomodaban los tacones en vez de las botas tácticas; le incomodaba, ante todo, el papel que había venido allí a cumplir.

—El presidente Gillenwater va a comenzar su discurso —anunció una presentadora pelirroja, dándole paso al estrado. Philippa se fijó en que llevaba un tacón casi tan alto como dos de los suyos. Se le salía el dedo meñique del zapato, de tan retorcidos y apretados que los llevaba. Aquella imagen no aliviaba su propio dolor de pies.

—Gracias, gracias —dijo el presidente, aunque hubo más pitidos que aplausos—. Mis queridos ciudadanos, sé que están aquí reunidos porque tienen preguntas. Y yo he venido a darles respuestas, porque este país no sería la gran nación que es si no tuviéramos derecho a recibir lo que exigimos…

Philippa desconectó del discurso casi inmediatamente. Después de todo, ya sabía lo que iba a decir: exactamente lo que Ulysses Wagner le había pedido que dijese. Entretejido con una inmensa cantidad de despropósitos, hablaría de la dura pérdida de los valerosos agentes y de cómo estaban atrapados en un lugar peligrosísimo, imposible de acceder, en vez de hacer algo por rescatarlos. Diría sus nombres, uno tras otro, y les llamaría héroes. Maldeciría a los infames terroristas. Pediría al público paz y paciencia para llevarlos ante la justicia.

Y después, entraría ella en escena para pedir otra cosa.

Dinero.

No entendía por qué aquella labor recaía sobre ella. Era una mujer de acción, no de palabra; y las palabras que prefería pronunciar eran órdenes, no ruegos. Ordenar era sencillo. Pedir era muy difícil.

Pero, cuando la presentadora señaló hacia ella y dijo su nombre con aquella voz cantarina, Philippa Nielsen subió a la tarima, como si sus doloridos pies la llevasen solos.

De cara al público, aquello se veía distinto que desde el césped. Había miles de ojos posados sobre ella; caras hastiadas, iracundas, curiosas y hasta alguna que otra sonriente. Era una congregación diversa: habían venido algunas en protesta por la muerte de Anna Magpie, otras que clamaban por la captura de los terroristas y, por lo que parecía, también un pequeño grupo de fanáticos religiosos. La poca gente que aún profesaba alguna fe solían ser extremistas, e imploraban la venida de un Mesías que les devolviese la llave del cielo —es decir, la muerte— o algo por el estilo. Philippa nunca había entendido el concepto de religión, igual que quienes, como ella, habían nacido ya en un mundo en el que no cabía temer a la muerte. El verdadero infierno estaba en la Tierra, en la Decadencia; para los fanáticos, aquello era un castigo divino.

Philippa tosió tres veces, intentando centrarse. Finalmente, ante el resonar del silencio, habló:

—Buenos días a todos. Soy Philippa Nielsen, subdirectora de la Agencia Federal de Protección Genética. Estoy aquí para expresar…

—¡Pues ya podía estar trabajando para rescatar a mi hijo! —gritó una mujer gorda, desde la primera fila, que portaba una

enorme fotografía de uno de los agentes perdidos en el lago—. ¡Menos hablar y más currar!

Philippa volvió a toser.

—Quería expresarles mi más profunda disculpa por lo que les ocurrió a nuestros agentes la noche del pasado 22 de marzo —dijo, y las palabras le sabían a cartón en la boca, falsas y secas—. Tenemos todos nuestros esfuerzos encaminados a encontrar a esos terroristas, dondequiera que se encuentren. Pero nuestros recursos son limitados. Para poderles apresar hace falta…

—¡Hace falta que os calléis de una vez y hagáis algo! —chilló un hombre vestido con una camiseta estampada de la bandera estadounidense—. ¡Os la sudan los terroristas, y os la suda encontrarlos! ¡A todos! ¡Solo os importa vuestro propio ombligo!

Tuvieron que acercarse un par de escoltas vestidos de negro para que el hombre parase de gritar y Philippa pudiera seguir. Le resbalaba el sudor teñido de maquillaje por el cuello de la camisa. Cualquier otra persona habría sido mejor para hablar en público. A sus espaldas, podía oír a Ulysses Wagner y al presidente cuchichear. Gillenwater preguntaba si sería mejor que el director terminase el discurso, pero Wagner le decía que no, que la dejase hablar. Por desgracia.

—Por supuesto que nos importa encontrar a los terroristas. —Le tembló la voz—. Ahora mismo hay varios escuadrones rastreando su antigua base, en un rascasuelos abandonado, para obtener toda la información posible. Nuestra prioridad es localizarlos cuanto antes, porque…

¿Por qué?

Se había quedado en blanco.

¿Cómo decirlo ante miles de personas, ante cámaras que revoloteaban sin cesar, ante la nación entera, la bestia de muchas bocas que le chillaba improperios y la culpaba por todos sus errores? Deseó saber mentir; en aquel momento, lo único que recordó decir fueron verdades.

—Porque tienen secuestrada a una persona muy importante —dijo Philippa, y las palabras se le desparramaron sin cuidado. El zapato izquierdo le había abierto una ampolla en el talón, y supuraba igual que su discurso—. Todos ustedes la conocen ya, la han visto en sus pantallas y en las redes; se llama Laura Snyder, y es un sujeto clave en la investigación genética. Se la han llevado consigo para experimentar con ella, para usarla como arma biológica, y es preciso salvarla. Laura Snyder es…

Tuvo que tomar aire para continuar. Le pareció escuchar, detrás

de ella, que Ulysses Wagner susurraba: «Mira, Michael, ahora». Y tenía razón. Como siempre, tenía razón.

—Laura Snyder ha estado… —Miró hacia arriba para que no brotasen las lágrimas. Bajo ningún concepto podía permitirse llorar. Absolutamente ninguno. Respiró hondo—. Laura Snyder ha estado durante años a mi cargo. La he visto crecer. Esos desalmados han raptado a una joven brillante y valiosa, al futuro de nuestro país. Del mundo entero. Y ha sido por mi culpa. Yo le he fallado, por mi falta de previsión y recursos, por creer que lo que hacíamos para protegerla era suficiente. Por eso os pido colaboración para volverla a encontrar; porque yo sola no basto, porque hace falta que todos nos involucremos, que nos arriesguemos como lo han hecho nuestros agentes para salvarla. Porque, si no la recuperamos, estaremos condenados a una Decadencia eterna. Solo con ella podemos lograr una inmortalidad plena, digna y saludable.

Estaba respirando fuerte cuando terminó de hablar. No diría que estaba jadeando, ni a punto de llorar, ni tampoco que le quemaba la garganta con la angustia y la humillación de haber desnudado su alma ante la nación entera. No, no lo diría nunca, pero era justo lo que había pasado.

Gracias a los aplausos atronadores, nadie la oyó sorberse la nariz. Además, estarían muy ocupados sorbiendo las suyas; desde la tarima, Philippa vio que casi todos los ojos que antes la miraban con rabia ahora estaban húmedos.

—¿Ves, Michael? —dijo Ulysses Wagner, aplaudiendo al fondo del estrado. Sus manos de plástico chirriaban ligeramente al chocarlas entre sí—. Te dije que funcionaría. Tú hazme caso y todo saldrá bien.

La multitud comenzó a dispersarse, pero no sin rumbo; habían empezado a formar una fila al borde de las mesas de donativos para la recaudación de fondos.

Los únicos que aún tenían el rostro y las bocas llenas de cólera eran los fanáticos religiosos. Arrepiéntete, decían las pancartas y banderas que enarbolaban. Se acerca el Juicio Final.

41

En aquel lugar no se hacía nunca de noche. Ni tampoco de día. La fosforescencia incolora de las aguas del lago lo hacía parecer todo como fotogramas en blanco y negro.

Laura Snyder observaba su propio brazo desnudo, teñido del mismo color lechoso que el resto de su cuerpo, que la pared contra la que estaba sentada y que la arena fina como cenizas que cubría el suelo. Estaba liso, ileso, sin la cicatriz característica que veía en los antebrazos de los demás; la marca que dejaba la implantación de una pantalla braquial.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Johanna, que estaba a su lado, mordisqueando una manzana—. Cuando era pequeña, siempre quise tener una braquial.

—Tampoco son para tanto —dijo Johanna, rascándose el hueco sobrante entre su brazo y el comunicador—. Yo una vez estuve usando la mía un día entero sin fijarme en la carga. Me desmayé de toda la energía que me chupó. ¡Vaya bronca me echó mi madre cuando me encontró tirada en el suelo de mi cuarto!

—Al menos tuviste una. Yo entré en la Agencia a los doce años y, como las braquiales solo pueden instalarse a partir de los trece…

No debería estar contándole aquello.

—¿*Entraste* en la Agencia? —dijo Johanna, con gesto de extrañeza—. ¿Voluntariamente?

«Mierda.»

—No del todo.

Qué tontería acababa de soltar. Seguía hablando como si le debiera lealtad a la Agencia, cuando ya no tenía sentido ocultarlo. Ya nada tenía sentido, en general.

—Quiero decir… —añadió Laura—. No, no fue voluntario.

—No pasa nada —dijo Johanna rápidamente—. No hace falta que me lo cuentes, si no quieres. Solo es que tenía curiosidad por lo que te había pasado, ¡como las dos somos inmunes!

Eso explicaba el interés. Aunque el que hubiera accedido a quedarse allí, a ayudarles, no significaba que fuera a ponérselo todo en bandeja; colaboraría, sí, pero bajo sus propias condiciones.

Y solo porque la alternativa era igual de aterradora.

—Aún no puedo creer —dijo Laura, en voz baja, sin saber muy bien si lo decía para sí misma o para las dos— que Taylor hiciera eso.

Al pensar en la célula de aislamiento, Laura sentía el impulso de frotarse el cuerpo entero con un estropajo por si fuera a estallar en cualquier momento, aun sabiendo racionalmente que no podía ser. Conocía a la perfección la potencia explosiva de la nitroglicerina; lo había estudiado. En la Agencia, Philippa le había proporcionado la mejor educación y, sobre todo, una biblioteca completísima.

—Pues lo hizo —dijo Johanna—. ¡Menos mal que nos dimos cuenta a tiempo! Estaba mirándote… —tosió—, digo, estaba mirando la cápsula y vi su cara en el reflejo. Sonreía como si estuviera disfrutando el momento.

—Sí, Taylor puede ser un poco inquietante a veces —dijo Laura, y suspiró—. Piensa que el fin justifica los medios, y todo eso. Pero me conoce casi desde que era una niña. No me imaginé que fuera a hacerme eso a mí. Que me habría…

Un escalofrío. No, no quería pensarlo.

Visto de aquella manera, sí que era un buen objetivo el que tenían los terroristas. Ojalá morir pudiera borrar todo el sufrimiento, pensó, mirando a Johanna a los ojos. Su altruismo era admirable; hacía todo aquello por salvar a los demás de un destino espantoso.

—No le des más vueltas —dijo Johanna, con una sonrisa triste —. Yo creo que nunca conoces a alguien del todo hasta que pasa algo así, grave de verdad. Por ejemplo, yo no podía imaginar que mi padre, con lo alegre y cariñoso que era, fuera a decidir quitarse la vida, pero aquí estamos.

—Espera, dices que se suicidó, ¿no? —dijo Laura, arqueando una ceja—. Entonces, ¿por qué dijo antes tu madre que era mi culpa? Creía que había tenido algo que ver con la Agencia.

—Bueno, no sé muy bien… —Johanna jugueteaba con una de sus trenzas—. Se mató justo cuando Omega le contó que te habían metido en la célula. Por eso mi madre lo asocia contigo. Creo que, simplemente, necesita culpar a alguien.

—Pues vaya gracia. A mí tampoco me cae bien ella, que lo sepas.

—¿Y yo, te caigo bien? —dijo Johanna.

Sí.

Mucho.

Demasiado, para ser una terrorista de la que no debía fiarse.

—Aún no te conozco lo suficiente —dijo Laura, y se arrepintió al instante.

Los ojos de Johanna eran muy expresivos. Tan negros y relucientes, casi podía verse a sí misma reflejada en ellos. Pero, sobre todo, veía que aquella respuesta le había dolido un poco.

—Entonces te voy a contar más cosas de mí —dijo Johanna, y una sonrisa le limpió la expresión—. Pero tú también tienes que decirme algo a cambio, ¿vale? Más que nada porque, si no, acabaremos enseguida; mi vida era muy normal y aburrida hasta que pasó… lo que pasó. Mis padres no me dejaban casi ni salir de casa, solo muy de vez en cuando. Y tampoco iba a clase en el instituto; estudiaba en mi cuarto y pasaba los exámenes federales cada año. Ni viajar, ni nada. Bueno, salvo aquella vez cuando tenía ocho años, que nos tuvimos que mudar porque hubo un accidente en el laboratorio… O, bueno, no creo que fuera un accidente. Ya no.

—Estaría bien haber tenido una vida normal como esa —suspiró Laura.

—¡Yo me quejaba tanto! Pero ahora lo echo de menos. Aunque no sé si es del todo normal ser creada a propósito con unos genes concretos. Mis padres son… —Johanna se corrigió— eran genetistas. Ambos. Me diseñaron para ser inmune. ¿Y los tuyos? ¿También fue así?

—No lo sé —confesó Laura—. Nunca conocí a mi padre. Viví sola con mi madre hasta los doce años. Y después no volví a verla.

—Después, cuando te capturaron, ¿no? —Johanna le recordaba a algún animalillo curioso, de aquellos extintos que solo conocía por los libros de la biblioteca de la Agencia—. ¿Cómo ocurrió? Si no quieres hablar de ello, no pasa nada…

—No, no. —Si no lo soltaba por la boca, se le iba a quedar atravesado en la garganta. Al fin y al cabo, nunca se lo había contado a nadie. ¿A quién se lo iba a decir? La Agencia ya lo sabía. Estaban allí cuando ocurrió—. Íbamos a Disneylandia por mi cumpleaños. Mi madre estuvo ahorrando meses y meses para comprar los billetes. Nunca había ido en avión; recuerdo que me daba miedo pensar en que se cayera. Ocurrió en el aeropuerto.

Johanna le puso la mano en el hombro en un gesto de apoyo. No se la apartó. Era cálida.

—¿Sabes el típico control de seguridad por el que hay que pasar antes de embarcar? —continuó Laura—. Con el detector de metales, los rayos X, el análisis de sangre. Pues era justo así, como en las películas. Pero cuando me tocó a mí, cuando me pincharon el dedo y analizaron la gota, se encendieron unas sirenas con luces y me

rodearon los guardias. Después me contó Taylor que, aunque dijeran que examinaban la sangre de los viajeros para evitar enfermedades contagiosas, en realidad era para encontrar a gente inmune.

Johanna se había quedado muy callada, como absorta en sus palabras.

—Entonces… —dijo, y Laura leyó en los ojos de Johanna que algo le hacía *clic* en el pensamiento—. A lo mejor a mí no me dejaban viajar por eso.

—A lo mejor —asintió Laura.

Ojalá a ella tampoco la hubieran dejado viajar. Ojalá no hubiera insistido tanto en conocer a un maldito ratón de dibujos animados.

—Eh, chicas —dijo la mujer rubia a la que le faltaba un brazo, asomándose por la entrada del refugio. Laura creía recordar que se llamaba Halley—. Ya están terminando de colocar el laboratorio. Podéis ir pasando.

Johanna resopló, poniéndose en pie y ofreciéndole una mano para que ella también lo hiciera. Por la puerta salió un grupo de personas cargadas con mochilas, y Elsie detrás de ellas; de un brinco, se encaramó a un joven asiático para darle un abrazo con brazos y piernas, como un koala trepando a un árbol.

—Gracias por todo, King —dijo, saltando de nuevo al suelo—. No sé qué habríamos hecho sin vosotros. Dejar la mitad de las cosas allí, probablemente.

—Para eso estamos —dijo el tal King, revolviéndole el pelo a Elsie y chocándole la mano—. Hermanos para siempre.

—¡Hermanos para siempre! —contestó Elsie, volviendo a abrazarle—. Cuenta tú también conmigo. Todos vosotros.

Uno de los chavales de la banda se quitó la gorra e hizo una reverencia exagerada, guiñándole el ojo a Elsie. Masculló algo que Laura no alcanzó a oír.

—Mirad, ese es el camino que tenéis que tomar, siguiendo el río —dijo Elsie, señalándolo—. Sale a la superficie a la altura del Míchigan; solo tenéis que hacer caso al mapa. No se os olvida nada, ¿no?

—Nada de nada —dijo el chico de la gorra, mostrando una sonrisa con varios dientes de oro.

Se marcharon hacia la cueva por donde se drenaba el lago, y Elsie se quedó atrás viéndoles ir, agitando un mechón de su cabello como si fuera un pañuelo.

—Madre mía, habéis visto todo eso, qué vergüenza —dijo entonces Elsie, al darse cuenta que Johanna y Laura estaban

mirándola—. Yo normalmente no soy así de sentimental, ¿eh? No vayas a pensar cosas raras, señorita inmune. Ay, no, que ahora sois dos…

—Sí, eres una máquina de matar —dijo Johanna, con una risita. Y añadió en voz baja en dirección a Laura—: No, en serio, ni se te ocurra subestimarla. Probablemente sería lo último que hicieras.

Laura sonrió, incómoda, intentando casar aquello con su idea de los terroristas.

—Vamos, anda, que os está esperando Omega —dijo Elsie, y entró de nuevo corriendo en el edificio—. Ha montado el laboratorio ahí, en el sótano.

Laura siguió a Johanna hacia allí, sin mostrar ninguna duda. De lo poco que Nielsen le había enseñado sobre tratar con los demás recordaba que, cuando tuviera miedo a algo, debía mostrarse el doble de valiente.

Omega les recibió en lo que parecía un cuarto de calderas repleto de utensilios químicos; cuando llegaron, estaba terminando de colocar algo en una caja fuerte. A Laura aquel lugar le hizo pensar en el laboratorio de Taylor, pero en sucio y en oscuro. Echaba de menos las paredes blancas de la Agencia.

Cuando se sentaron en lo que Omega llamó el separador celular y extendieron sus brazos para que la aguja los atravesara, Laura se sintió flaquear.

Le habían dicho tantas veces que los terroristas intentarían atraparla, experimentar con ella y aprovecharse de sus genes. Y allí estaba, ofreciéndose voluntariamente a que lo hicieran. Si intentaba salir corriendo, seguir a King río abajo y escapar de allí, estaba segura de que la detendrían, por mucho que le hubieran prometido lo contrario.

Desde el asiento gemelo al suyo, a su lado, Johanna la miró. Sonreía. Y con un movimiento fugaz, de pronto, Johanna le estaba cogiendo la mano.

—Ánimo —dijo, en voz baja—. No pasa nada. Estamos juntas en esto, ¿vale?

Bueno, algunas cosas sí eran mejores allí que en la Agencia.

42

—En realidad solo os queríamos para esto —decía Elsie, pasándoles a Johanna y a Laura las cajas de alimentos—. Lo de la inmunidad era una excusa para que subierais a las baldas, que yo no llego.

Desde su metro ochenta de altura, ambas alcanzaban la estantería más alta de la despensa, aunque con cierta dificultad; Elsie, sin embargo, apenas la tocaba con las puntas de los dedos al saltar.

—Ah, ¿ya no soy una jirafa con trenzas? —dijo Johanna, colocando un cajón de conservas al lado de otro—. ¿Ahora que te puedes aprovechar de mí, ya no me preguntas si hace frío ahí arriba? Muy bonito.

—¡Eres… una jirafa muy útil! —dijo Elsie, con una sonrisa amplísima—. Pero, si no quieres ayudarme, avisaré a Leo. Creo que os saca una cabeza hasta a vosotras. ¡Eh! ¡Tío cachas! ¡Ven a echarnos una mano!

Leo, que justo acababa de salir del nuevo taller de Sabrina, se quedó parado en el pasillo con cara de confusión, como preguntándose si se refería a él.

—No, estaba llamando al otro tío cachas invisible que tienes al lado. ¡Sí, tú! Anda, ayúdanos a subir esto, que soy una pobre damisela en apuros. Necesito un macho fuerte que guarde en la balda de arriba estas botellas. ¡Anda, mira, alcohol!

—Lo que eres es una vaga —dijo Johanna, cogiendo una lata de verdura encurtida que le pasaba Elsie—. Quieres aprovecharte de él igual que te aprovechas de nosotras.

—Uy, no. De él quiero aprovecharme de muchas más formas —dijo Elsie, guiñándole el ojo profusamente.

Leo la miraba perplejo. Pareció comprender el sentido de la frase unos segundos más tarde, cuando se le enrojecieron las mejillas y hasta las orejas.

—Trae, dame, yo me ocupo —farfulló, acercándose para coger las botellas.

No le dio tiempo; cuando quiso darse cuenta, Laura había agarrado la caja entera y estaba colocándola, de puntillas, en el

estante.

—No hace falta —decía Laura, mientras claramente le costaba, incluso a ella, alcanzar la repisa. Las botellas repiqueteaban unas con otras sobre sus brazos temblorosos—. Ya puedo yo…

—¡Quieta, cabezota! —dijo Johanna, intentando quitársela de las manos—. ¡Se te van a caer!

—¡Que las vais a tirar! —dijo Elsie—. ¡Mi alcohol! ¡Mi pobre alcohol!

Milagrosamente, las botellas no acabaron hechas añicos en el suelo y sus contenidos se salvaron. Laura sonrió triunfal después de unos largos y tensos segundos de empujar la caja muy despacio, y se cruzó de brazos.

—¿Habéis visto? —dijo, orgullosa de su hazaña.

—Sí, hemos visto que eres una terca —dijo Johanna, y suspiró —. Si le hubieras dejado a Leo, ya habríamos terminado de subir el resto de suministros a las otras baldas. Además, se supone que después de la aféresis no deberíamos hacer esfuerzos…

—Menos mal que no se os ha caído nada —dijo Halley, acercándose desde atrás—. Esta comida vale su peso en oro. ¿Vosotros sabéis lo difícil que va a ser obtener provisiones a partir de ahora? ¿El cuidado que hay que tener para salir de aquí sin que nos vean? ¿Se os había ocurrido pensar en eso?

—Es que… —empezó Elsie.

—Es que nada. Al próximo avituallamiento vais a venir conmigo, para que veáis lo que os digo. A ver si así os tomáis en serio el tema de la comida. Que cada vez somos más y no comemos del aire. Sobre todo tú, Elsie, que no haces más que acabar con las latas de pepinillos.

A Johanna le costaba tomarse en serio la regañina de Halley. Le costaba preocuparse por algo en general, en aquel momento. Estaban en un refugio a salvo de la Agencia; por fin tenían a Laura Snyder consigo, y estaba colaborando con ellos. Era cuestión de tiempo que Omega lograse dar con la fórmula para revertir la inmortalidad, ahora que ya tenía los linfocitos de ambas. Era cuestión de tiempo poder dejar de temer la Decadencia y que todo se acabase.

Sí, todo se iba a acabar. Todo iba a salir bien.

Cuando terminó el día —en los relojes de sus comunicadores, porque allí no había cielo que se pudiera oscurecer— fueron a acostarse en lo que antes era el cuarto de los trabajadores del acuífero, un gran dormitorio diáfano con literas a ambos lados. La primera noche que pasaron allí, durmieron en cualquier sitio, en el

primero que encontraron; estaban tan agotados que no hubo tiempo de pensar en camas, ni en organizarse, ni siquiera en recoger los trastos de las vagonetas.

Johanna sonreía; si podían dedicarse a discutir por quién ocupaba cada litera, significaba que no estaban huyendo o luchando por sobrevivir.

—Me niego a dormir al lado de Terrence —decía Elsie—. Sí, hombre, para que me despierte con sus gritos cuando no esté Jerome. Y tampoco quiero ponerme cerca de Miranda y Chloé. ¡Me gusta pegar ojo por la noche, muchas gracias!

—Blade no necesita cama, pero me gustaría dormir cerca de su puesto de carga, por si acaso —decía Sabrina—. Al menos, hasta que termine de arreglarlo.

Al final, la última litera que quedó libre la ocuparon Laura y Johanna. Echaron a suertes la cama de arriba, y ganó Johanna, pero se la cedió a Laura al verle la cara de decepción. Su sonrisa incrédula al decírselo mereció la pena, aunque se fuera a dar con la coronilla en las tablas al levantarse.

—¿Y Alpha y Omega? —dijo Laura, asomándose desde la litera de arriba—. ¿No duermen aquí con los demás?

—Omega creo que se ha vuelto a encerrar en el laboratorio, como siempre —dijo Johanna—. Y Alpha sigue unos tratamientos raros por las noches. Se quita las prótesis, se da baños químicos, cosas así. Me lo contó Elsie.

—Terrence, apaga ya la lámpara —gritó Halley desde su cama —. Vas a vaciarle la batería tú solo.

—Un momento, estoy terminando el registro de hoy. Quiero comprobar que todo está en su sitio. —Terrence era el único que aún no estaba acostado; daba vueltas por el edificio, apuntando en una tableta y mascullando entre dientes—. Vale, ya solo quedan las armas, enseguida apago.

Johanna se volvió a tumbar, tapándose la cabeza con las mantas para ahogar la luz y el ruido. Le pesaba el cuerpo; le pesaban los nervios, la tensión, las huidas y los asaltos. El cansancio la arrastraba hacia el sueño inexorablemente, y ella lo agradecía. Por fin podía relajarse, sin preocuparse de nada…

—¡Mierda! ¡Todo el mundo arriba!

No, por favor. *Por favor*.

—¿Qué coño pasa ahora, Terrence? —gruñó Deena, desde el otro lado de la habitación—. Queremos dormir. Más vale que sea serio.

—Y tan serio —dijo Terrence—. Tenía cuatro pistolas de sangre

en la mochila. Las guardé ahí cuando llegamos al refugio. Yo mismo llevé una de ellas durante la huida, ¿recordáis? He buscado por todas partes. Os lo juro.

Johanna se asomó bajo la manta.

Terrence arrojó la mochila vacía al suelo.

—Se las han llevado.

43

Se atribuía a Mahatma Gandhi una cita que decía así: «La grandeza de una nación y su progreso moral pueden medirse por cómo trata a sus animales».

Este era un discurso loable, pero no había que olvidar que Gandhi dejó morir de neumonía a su mujer, negándole la penicilina que podría haberla salvado por estimarla contraria a su religión. Meses después, cuando él mismo contrajo la malaria, sí que aceptó ser tratado con medicamentos que se oponían a su fe.

Tal vez una medida más exacta de la grandeza moral fuera el tratamiento de las mujeres y los enfermos, entre otros grupos desfavorecidos de la sociedad. Gandhi vivió en el siglo XX, era un hombre de su época; quizá en el año 2500 el juicio pudiera hacerse por cómo se trata a los Decadentes.

Una persona en plena Decadencia no podía prácticamente ni moverse, ni hablar, ni ver, ni oír. No porque sus sentidos se hubieran deteriorado, pues estos residían en el cerebro, que se regeneraba eternamente. No; el problema estaba en los miembros gangrenados, en los ojos resecos como ciruelas pasas, en las mil enfermedades que aquejaban al Decadente hasta que solo podía centrarse en sufrir, en sentir dolor en cada célula sangrante mientras yacía postrado.

A no ser, por supuesto, que esa persona contase con el dinero suficiente para costearse la renovación de sus órganos deteriorados, o para implantarse extremidades nuevas. O, incluso, como había hecho Ulysses Wagner, sustituir toda la carne mortal de su cuerpo por una carcasa sintética, en la que su cerebro estaba insertado. Gracias precisamente a que el sistema nervioso ya no podía morir, podía llevarse esto a cabo. Solo los más privilegiados podían permitirse hacer frente así a la Decadencia.

Linda Wagner pertenecía a aquel selecto grupo. Como esposa del director de la Agencia de Protección Genética y, sobre todo, como esposa del dueño de Águila de Prometeo, el mayor conglomerado de cesión, compraventa y fabricación de órganos, estaba en una situación perfecta para afrontar la Decadencia con plena salud.

Sin embargo, allí estaba Ulysses Wagner, sentado junto a una cama, en el lujoso asilo residencial de Diamond Heights. Sobre las sábanas, sucias de plasma y piel muerta, aunque las cambiasen cada día, el cuerpo inmóvil y esquelético de Linda Wagner no le devolvía la mirada. No podía. Tras sus párpados cerrados había cuencas vacías.

El transmisor de ondas cerebrales era la única comunicación posible entre ambos.

«¿Seguro que no has cambiado de opinión, Linda? —pensaba Ulysses, y este concepto se propagaba por los nexos sobre el cráneo de su esposa—. Sabes que en cualquier momento podemos llevarlo a cabo. Hay una carcasa vacía esperándote en casa. Solo necesito tu consentimiento.»

Ulysses se preparó para recibir la transmisión desde el cerebro de Linda. Tomó aire. La mayor parte de los impulsos que le alcanzaban solo correspondían al dolor que ella sufría, un ruido blanco de fondo entre palabra y palabra.

«No. —Alto y claro, en la voz de su mente, la misma que llevaba oyendo desde hacía casi doscientos años—. No quiero nada tuyo. Vete.»

«¿De verdad, Linda? —pensó Ulysses—. Hay algo más que puedo darte. Algo que anhelas. Hace dos semanas, murió una mujer a manos de unos terroristas.»

Un temblor en las ondas. Ah, eso era nuevo, ¿no, Linda?

«No puede ser. Serás…» Sí, él era muchas cosas. Pero sabía jugar sus cartas.

«Si conseguimos el arma que usaron, podremos segar vidas nosotros también. ¿Qué te parece, Linda? ¿No suena bien?»

Una pausa. Un titubeo. Lo que Linda más quería, ofrecido en bandeja.

«¿No te apetece morir, por fin, y dejar de soportar este dolor? ¿Dejar de soportarme? Puedo matarte. O puedo dejarte aquí doscientos años más. Solo di las palabras mágicas.»

Ahí estaba. Lo había echado de menos. Hacía años, siglos, que no la había oído romperse. Pero recordaba perfectamente cómo sonaba. Igual que cuando era joven.

«Por favor —rogó Linda—. Por favor, mátame.»

En aquel cuerpo sintético, privado de los placeres y los pesares de la carne, su mayor gozo seguía siendo verla suplicar. Ah, tras décadas de negarse, ahí estaba su añorado *por favor*. Dos siglos antes, aquellas mismas palabras le habrían provocado una erección.

«No, Linda. No te voy a matar. Me voy a marchar, tal y como me

has pedido; voy a ir a casa, a saludar a nuestros hijos, nietos y bisnietos. Voy a besar en la frente tu retrato en mi mesilla de noche, como buen esposo. Y mientras, escucharé la grabación de esta conversación en bucle. Porque te echo tanto, tanto, tanto de menos.»

Tuvo que retirarse el transmisor. Ya solo emitía gritos histéricos.

—Gracias, doctor. Es suficiente —dijo, entregándole el sensor al médico que esperaba en la puerta.

Por suerte, nada de su intercambio había trascendido más allá de sus cerebros. A ojos ajenos, Linda Wagner yacía plácidamente en su cama tras una amorosa conversación con su marido.

La prensa, por supuesto, estaba esperándole en el recibidor del asilo de Diamond Heights; tras atender a los importantes asuntos de la Agencia, era de esperar que Ulysses Wagner hiciera la visita de rigor a su esposa, como cada vez que bajaba de las colonias lunares. Había que dar buena imagen ante el público, sobre todo si quería que siguieran apoyando la campaña de donación.

De camino a casa, no pudo evitar pensar, como cada vez que tomaba un vehículo con autoconductor, que echaba de menos conducir. Tendría que sacar del garaje algún día su coche manual, reliquia del siglo XXII, para dar una vuelta. Si había alguien a quien la Agencia de Bienestar Climático no fuera a multar por contaminar, era a él.

Ulysses Wagner se consideraba un hombre de placeres sencillos, tradicionales; el sabor del gin-tonic, la adrenalina de la conducción, el dulzor de humillar a sus semejantes. Por eso, cuando vio el sobre metido bajo su puerta, no se sorprendió demasiado. Pensó que sería algún admirador, un amante de lo antiguo como él, que le mandaba una carta manuscrita. Un detalle pintoresco.

Solo cuando se hubo asentado en el sillón de su cuarto, con una copa cargada y su sistema de audio cerebral reproduciendo la voz de Linda, se acordó de abrirla.

«¡Dios de las venganzas, Yahvé, Dios de las venganzas, aparece! —decía una caligrafía primorosa—. ¡Levántate, oh juez de la tierra, da su merecido a los soberbios! Cacarean, dicen insolencias, se pavonean todos los agentes del mal. Él hará recaer sobre ellos su maldad, los aniquilará por su malicia.»

Ulysses Wagner sonrió. Aquellos fanáticos religiosos eran cada vez más absurdos. Al menos le habían dado el simple gusto de arrugar entre los dedos una hoja de papel. Se le desvió la mirada a la mesilla de noche.

Allí, una foto de unos dos siglos atrás mostraba a un hombre que

aún no era de plástico abrazando a una mujer que aún tenía ojos para mirarle con miedo. Mirándola mejor, Ulysses se dio cuenta de a quién le recordaba. La imagen hacía evidente el parecido de una Linda joven, rubia y de cabello corto con Philippa Nielsen.

44

A Philippa Nielsen siempre le había gustado llevarse trabajo a casa. El trabajo *era* su casa. La distraía del vacío entre las cuatro paredes, le aportaba emoción a su vida, y muchas noches ni siquiera volvía al hogar tras el horario laboral; se quedaba en su despacho hasta que se hacía de noche, se dormía en algún momento entre archivos y pantallas, y se aseaba allí mismo a la mañana siguiente. Sobre todo, si Laura Snyder formaba parte de aquel trabajo; de pequeña, sí que se la traía a veces a su apartamento.

Últimamente, sin embargo, Philippa no tenía trabajo que adelantar. Todas las labores de gestión que antes hacía se le habían asignado a otro agente que había ocupado su puesto como capitán, y sus cometidos parecían depender tan solo de los deseos de Ulysses Wagner.

Aquel día volvió a casa al terminar las diez horas de su jornada habitual. A las siete de la tarde ya se había hecho de noche en la ciudad de Chicago, y Philippa lo agradeció. No habría sabido qué hacer consigo misma si el sol aún brillase fuera.

Su apartamento era modesto; el salario de capitana nunca había sido particularmente alto. Pero tampoco necesitaba más. Cocina, dormitorio, salón, cuarto de baño. Incluso se le hacía demasiado grande, en tardes así.

Un maullido áspero la recibió al entrar por la puerta.

—Ya voy, Oreo —le dijo Philippa al gato blanquinegro—. Deja que me quite el uniforme y te pongo de comer.

Las bolitas de pienso repiquetearon al verterlas en el cuenco, en el que estaba grabado el nombre «Oreo VIII». El gato hundió en él la cabeza sin dejarle retirar la bolsa.

—Eres un glotón —dijo Philippa, e intentó acariciarlo mientras comía. Oreo le bufó con la boca llena—. Vale, vale, lo capto.

De cuclillas en el suelo de la cocina, a Philippa la mirada le vagaba por el apartamento. No había gran cosa; muebles prácticos, sencillos, y poca decoración. La pantalla en la pared del salón reflejaba, en negro, su propia silueta agachada. Sobre el aparador reposaban, como siempre, las siete urnas pequeñitas con estampado

de huellas, enumeradas desde Oreo I a Oreo VII. A su lado, la foto que no quería mirar, pero tampoco quitar de la repisa.

Encendió el televisor. Había un partido de fútbol americano entre los Kawame Buzzards y los NationBank Racers. Aunque la publicidad simultánea ocupase más de la mitad de la pantalla, le gustaba aquel deporte. O en algún momento le había gustado. No tenía nada mejor que hacer.

La cena nutricionalmente completa que se sirvió olía a pienso de gato; tal vez Oreo había estado jugando con el procesador de comida. Pensó en, al menos, darle la vuelta a la foto de Betty para no tener que mirarla mientras cenaba. Pero eso habría significado reconocer que no quería verla. No iba a humillarse así, casi un siglo después del divorcio.

—Oreo, deja de arañar el felpudo —dijo, sin mirarlo, pero no paró—. ¡Oreo!

Tuvo que levantarse del sofá para alejar al gato de la alfombrilla, y solo entonces reparó en un sobre blanco, metido por debajo de la puerta.

Salió del apartamento y miró a ambos lados, por si viera a quien lo había dejado, pero no había nadie. Tendría que pedirle a la empresa de seguridad del bloque una copia de las cámaras de vigilancia.

Abrió la carta con mucho cuidado, tras ponerse guantes para no dañar las huellas que pudiera haber en el papel. Y respiró hondo al leerla.

«¡Dios celoso y vengador Yahvé, vengador Yahvé y rico en ira! —Estaba escrito a mano; en el laboratorio, Taylor podría analizar la composición de la tinta—. Ante su enojo ¿quién se puede tener? ¿Quién puede resistir el ardor de su cólera? Su furor se derrama como fuego, y las rocas se quiebran ante él.»

Oreo hundió la cabeza en la cena que Philippa dejó a medias, antes incluso de que saliera por la puerta, disparada hacia la sede de la Agencia con una media sonrisa dibujándosele en los labios. Ya tenía algo en lo que trabajar aquella noche.

45

Elsie no podía enterarse.

Ese fue el primer pensamiento que le cruzó por la mente a Johanna al ver las noticias.

Tenían que apagar la pantalla antes de que Elsie entrase en la sala común y viera en primer plano la sangre, la cara sin vida y el pecho agujereado de su «hermano» King. Pero la presentadora, impertérrita delante del cadáver, seguía dando información que podían necesitar.

—Bueno, al menos ya sabemos qué pasó con las pistolas de sangre —suspiró Laura.

Johanna la miró, incrédula.

—Pero no podemos dejar esto así —dijo, señalando la pantalla —. ¡Alguien ahí fuera está usando mi sangre para matar gente! Tenemos que averiguar quién ha sido, y cómo…

—Al menos son de un solo tiro —dijo Terrence, apoyado en el respaldo del sofá—. Como mucho, pueden matar a tres personas más. Voy a avisar inmediatamente a Alpha y a Omega. ¿Veis como esos pandilleros no eran de fiar?

Se marchó a advertirles; mientras, la presentadora seguía hablando con un tono alegre, como quien habla del tiempo:

«Se cree que el crimen ha sido perpetrado por el mismo grupo terrorista que asesinó a la subdirectora de la Agencia de Protección Genética, Anna Isabella Magpie, y que puede haberse debido a un conflicto entre bandas callejeras…».

—Vaya ristra de mentiras —dijo Laura—. Y pensar que yo antes creía lo que decían las noticias.

—¡Uy, sí! ¡Las noticias son una trola enorme! —dijo entonces Elsie, entrando en el cuarto—. Yo en la tele solo veo dibujos animados. O porno. ¿Qué están diciendo ahora de nosotros? ¿De qué tenemos la culpa esta vez? ¿De la caída de la Bolsa de…?

A Johanna no le dio tiempo a apagar el televisor antes de que Elsie lo viera y enmudeciese. Solo llegó a ponerse de pie ante la pantalla, intentando inútilmente bloquearla con su cuerpo.

—Elsie, no mires —rogó.

—Quita de en medio, Johanna —dijo Elsie—. Apártate.

Elsie nunca la había llamado Johanna. Siempre había sido Jo. Y tampoco había visto nunca su cara tan totalmente inexpresiva, como si mirase a través de la pantalla y no a la imagen en ella. A la imagen de King, tirado en el suelo, flotando en su propia sangre.

Johanna se echó a un lado.

«Se ha identificado el cuerpo como James Matsuda, un delincuente buscado por la justicia que recibía el apodo de "King" —decía la presentadora—. Sus familiares más próximos han donado el cadáver a la investigación que se encuentra actualmente en curso sobre la temible arma capaz de causar la muerte.»

—No se llamaba James —dijo Elsie, plantando una mano diminuta en la pantalla—. Ese fue el nombre que le pusieron sus padres, no el suyo. ¡Se llamaba King! ¡No era ningún apodo de mierda! ¿Y él no va a tener un homenaje como la señora de la Agencia? ¿No va a hablar el presidente de Estados Unidos para lamentar su pérdida? No, ¿verdad? A él que le den por culo. Como era un delincuente, a nadie le importa. ¡Pues él me acogió cuando nadie más lo hizo! ¡No estaría aquí sana y salva si no fuera por él!

—Elsie, ¿estás bien…? —preguntó Johanna, cuando Elsie dejó de hablar. Quiso ponerle la mano en el brazo, pero veía que le temblaba. No se atrevió.

—Sí, estoy bien —dijo Elsie, y se dio la vuelta—. Estoy cojonuda. Uno de los miembros de la banda de mi hermano nos ha robado las pistolas de sangre y le ha matado, pero estoy muy bien. Me voy un rato fuera, ¿vale? Voy a practicar por si hay suerte y me lo cruzo un día de estos.

Antes de salir de la estancia ya había desenfundado su electrola. Los tiros contra las rocas resonaron por toda la inmensa caverna.

La presentadora continuaba dando la noticia sin dejar de sonreír:

«Las autoridades a cargo del caso todavía no se explican cómo esta arma desconocida ha podido segar ya dos vidas. Se sospecha que tiene relación con el secuestro de la joven Laura Snyder, custodiada hasta el mes pasado por la Agencia por su inmunidad genética a uno de los componentes de la inmortalidad».

Los pasos metálicos de Alpha, acercándose a sus espaldas, hicieron a Johanna volverse.

—Pues claro que no se lo explican —dijo Alpha—. Ni ellos, ni nadie que no sea Omega, por suerte. Tengo que hablar con él. ¿No han encontrado la pistola vacía?

—Han dicho que no estaba en el escenario del crimen —dijo

Johanna—. La tendrá aún quien sea que la haya usado, supongo…

¿Quién la había usado? ¿Quién había matado a King con su sangre?

La culpa llegó una vez más, reptándole por la espalda al recordarlo.

Con *su* sangre.

—Johanna —dijo Laura; se había levantado del sofá sin que la sintiese, y la miraba atentamente—. Respira. Ven, vamos a dar una vuelta.

Sus pasos la siguieron fuera del edificio, aún sumida en las mil vueltas que le daba su cabeza al concepto de ser un arma. Cuando empezaba a pensarlo, no podía parar.

—Háblame, Johanna —dijo Laura, cuando ya estuvieron fuera de todas las miradas y oídos—. Déjame que esta vez te ayude yo a ti.

—No hace falta —murmuró Johanna—. No es para tanto. Elsie sí que necesita ayuda, yo no…

—Elsie al menos se está desahogando, pegando tiros al agua —dijo Laura, señalando hacia el lago, a lo lejos—. Tú estás encerrándote en ti misma. Anda, por favor. Cuéntame qué te pasa.

—Si ya lo has visto —dijo Johanna—. Han matado a una persona más con mi sangre. Yo no quería esto, ¿vale? Yo quería colaborar con el Ágora para no tener que sufrir la Decadencia. Que nadie más la sufriera. Que pudiéramos morir, sí, pero ¡no así! Creo que todo lo que he hecho no ha servido de nada. Que en vez de hacer algún bien estoy contribuyendo a que todo se vaya a la mierda.

—No es tu culpa —dijo Laura rápidamente—. Pase lo que pase, hagan lo que hagan con tu sangre, no es tu culpa. No puedes responsabilizarte de las acciones de otros. Ni dejar que te carguen eso encima. Tú no pediste nacer inmune, Johanna, igual que yo.

—¡Es mi sangre! Yo se la cedí, yo…

—Tú no has pulsado el gatillo. ¿Me siento culpable yo, acaso, porque Taylor me utilizara de cebo para una bomba? ¿Se siente culpable un fabricante de electrolas? Eres responsable de tus propios actos. De esos, sí, completamente. Pero nada más.

—Pero ¡es que King ha muerto! ¡Era el amigo de Elsie! —exclamó Johanna—. Y pueden matar a tres personas más con las armas que tienen. ¡Con mi sangre! ¿Cómo no va a ser culpa mía?

—Porque no lo es, por mucho que insistas —dijo Laura—. Regodearte en ese sentimiento no hará ningún bien a nadie. Y mucho menos, a ti misma. Mira, yo podría culparme por la muerte

de Magpie, si quisiera. Podría decir: «Oh, qué terrible persona soy, la subdirectora murió porque ibais a salvarme». ¿Me ves hacerlo? ¿A que no?

—No, pero…

—Pero nada. Si quieres que esto a lo que me habéis arrastrado sirva de algo, no podemos perder tiempo en comernos la cabeza por cosas que ya han pasado. Eso ya no se puede evitar. Hay que mirar adelante. —Laura había empezado a hablar con más vehemencia—. Y eso es lo que estoy haciendo yo, o intentándolo, porque es lo único que puedo. Porque para mí ya no hay nada que no sea esto. Tú aún tienes a tu madre, tienes a tu amigo de la infancia, tienes tu *noble* objetivo y ese altruismo tuyo. A mí me habéis arrebatado todo lo que tenía. Me habéis quitado la venda de los ojos. Me habéis sacado de la jaula y no puedo volver a ella.

Johanna la miraba, absorta en su elocuencia. No le hablaba a ella, sino a sí misma, para desahogarse, igual que Elsie disparaba a la nada en la distancia.

—¿Entiendes, Johanna? —dijo Laura, y la miró fijamente. El verde de sus ojos era punzante—. No hay tiempo para esto, y mejor que no lo haya, porque te pasa lo mismo que a mí: en cuanto nos dan cuerda nos ponemos a sentir pena de nosotras mismas como si nos pagaran por ello. Por eso tuve que aprender a no sentirme culpable. Era eso, o machacarme por cosas que nunca hice.

La madre de Johanna había pasado encerrada en la Agencia apenas dos semanas, y eso ya la había quebrado. Deena Lowe había cambiado en quince días; estaba más retraída, más huraña. No quería imaginar lo que le habían hecho a Laura ocho años de encierro.

Podía estar más o menos de acuerdo con su concepto de la responsabilidad, pero lo cierto era que Johanna ya no sentía el peso de la culpa tan hincado en el estómago como hacía un rato.

—¿Por qué me has dicho todo esto? —preguntó Johanna—. Creía que no te fiabas de mí.

—Y no me fío. No del todo. Pero eso no significa que no te entienda, o que no quiera ayudarte. Al fin y al cabo, tú misma lo dijiste, ¿no? Estamos juntas en esto.

Johanna sonrió.

Tal vez algún día pudiera hacer que confiase en ella. Del todo.

Al menos, tenía razón en una cosa; no podían perder el tiempo en rumiar culpas.

—Ojalá pudiéramos hacer algo más que sentarnos a que nos pinchen —dijo Johanna—. Algo que no sea esperar a que Omega

encuentre la fórmula milagrosa. Tiene nuestra sangre desde hace días, así que todo está en sus manos, pero no sabemos cuánto falta, ni si va bien o no…

—Pues más vale que se dé prisa —dijo Laura. Le dio un puntapié a la arena gris del suelo, que se levantó en una nubecilla—. Propongo hacerle una visita y preguntar. Así, al menos, nos quedamos más tranquilas.

—Bueno, toca aféresis dentro de unas horas, podemos preguntarle entonces…

—No. Vamos a preguntar ahora —dijo Laura, y empezó a andar de vuelta hacia el edificio—. Tienes razón: no sabemos nada. Así que quiero respuestas.

Johanna la siguió hasta dentro, pasando por delante del televisor ya apagado, de las camas vacías, de un cuartito donde Miranda tenía sus útiles médicos y estaba examinando a Chloé. Bajaron las escaleras hacia el sótano. Entre las cañerías oxidadas que recubrían las paredes de aquel pasillo estaba la puerta del laboratorio de Omega, cerrada e imponente.

—Venga, llama, ¿a qué esperas? —dijo Laura, viéndola parada delante—. Trae, ya lo hago yo…

—¿Y si está ocupado? Espera, voy a comprobar —dijo Johanna, y apoyó la oreja con suavidad en la puerta—. ¡Hay alguien más dentro! Creo que es la voz de Alpha. Estarán hablando de lo de las pistolas…

Sin vacilar, Laura pegó también el oído a la puerta.

—Cuatro orejas oyen más que dos —susurró.

—Calla, que no oigo —dijo Johanna.

Efectivamente, eran Omega y Alpha. Pero lo que decían no parecía tener demasiado sentido.

—¿Vas a seguir poniendo excusas? —decía Alpha—. Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a ello.

—No puedo —contestó Omega—. Cuando llegamos aquí volví a guardarlo bajo llave. No podía soportar verla, llevarla conmigo, a cuestas. Necesito más tiempo. No previ que el momento llegase tan pronto. No previ a Johanna.

Laura y Johanna intercambiaron una mirada de desconcierto y pegaron más la oreja.

—Es verdad, pero ya no podemos retrasarlo más. Alguien se va a dar cuenta. No tenemos más tiempo.

Omega suspiró fuerte, con aquella voz grave como una sirena de barco.

—Aún no soy capaz. Necesito que lo retrases. Las pistolas son un

pretexto magnífico; habrá que fabricar más para compensar la pérdida, y usar en ello su sangre. Mientras estemos llevando a cabo la aféresis regularmente, no creo que nadie haga preguntas.

—Uy que no —susurró Laura. Johanna le chistó con un dedo en los labios.

—Y con eso ganarás, ¿qué? —decía Alpha—. Dos, tres semanas a lo sumo. No puedes seguir posponiéndolo para siempre. Está ahí, dentro de la caja, y vas a tener que abrirla y mirarla de frente. No hay otra manera. Para eso hemos hecho todo esto. Es el momento.

—¡Podemos desarrollar armas nuevas, más potentes, más seguras! —replicó Omega—. Así ganaré más tiempo. Es tu especialidad. Tienes que hacer algo, Maureen. Por favor.

—Armas en vez de soluciones reales —dijo Alpha, y su voz se tornó más dura—. Parece que *quieras* ser la persona que creen que eres. El terrorista, el asesino, el malvado científico que quiere segar vidas indiscriminadamente. Pero yo sé que no eres así. Solo estás huyendo de ti mismo.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Omega—. ¿Crees que no soy consciente de lo que estoy haciendo? Quiero enmendar mis errores. Eso es lo que quiero.

—¡Pues hazlo! Abre esa caja fuerte de una vez y enfréntate a ellos. No te saqué de ahí para que te encierres en ti mismo.

Laura y Johanna tardaron unos instantes en darse cuenta de que la conversación había acabado. Los pasos metálicos de Alpha se les acercaron y apenas les dio tiempo a arrimarse a la pared.

La puerta se abrió, batiente, y tapó a las dos fisgonas, apretadas la una contra la otra y conteniendo el aliento para que Alpha no las detectase.

Juntas, muy juntas, se sujetaron mutuamente en un intento de no perder el equilibrio durante unos segundos eternos, hasta que Omega cerró la puerta desde dentro con un sonoro portazo.

Se quedaron quietas en la misma postura unos instantes más; después, la adrenalina abandonó sus venas, el aliento les volvió a la garganta, y se separaron con brusquedad.

Johanna se dio cuenta de que estaba sudando.

—Vinimos a por respuestas —dijo, mirando a Laura como si fuera a encontrarlas en sus ojos—, pero creo que cada vez tengo más preguntas.

46

Con cada silencio de Omega, Johanna se volvía un poco más reacia a insistir.

Laura, sin embargo, solo parecía crecerse cuando no le contestaba. Día tras día, en la sesión de aféresis, repetía la misma pregunta y Omega replicaba lo mismo.

—¿Cuánto tiempo vais a estar sacándonos sangre? —decía Laura —. ¿Cuándo creéis que lograréis revertir la inmortalidad?

—El tiempo que haga falta, por desgracia —respondía Omega—. Avanzamos despacio, pero avanzamos. Tened fe en nosotros.

Deena estaba trabajando junto a él una tarde cálida de abril, analizando el material genético de ambas jóvenes, y murmuraba entre dientes:

—Esto no tiene sentido. No encaja. Aquí falta algo. Hay que volver a secuenciarlo…

—¿Seguro? —dijo Omega, acercándose—. A ver, déjeme probar.

—No, no; ya he probado yo varias veces y siempre da el mismo resultado. Esto, por sí solo, no sirve de nada. Necesitaríamos una forma de modificarlo *in situ*.

—Mamá, ¿pasa algo? —dijo Johanna, desde la silla del separador celular—. ¿Está todo bien?

—No sé, hija. Voy a seguir intentándolo. Tal vez cambiando este parámetro…

—No te preocupes —dijo Omega—. No os preocupéis. Aún estamos en las primeras fases del proceso. Si queremos precisión, no podemos ir con prisas; hay que tener cuidado para no cometer errores. Asegurarnos de que todo está en su sitio.

—Bueno…

Y así seguía pasando el tiempo.

—¿Para esto me habéis traído aquí? —dijo una vez Laura, en medio de la cena—. ¿Para esto queríais mi sangre? ¿Para acumularla en tubos y botes y no hacer nada con ella?

—Ten paciencia —decía Johanna, quizá también a sí misma—. Omega dijo que necesitaba más tiempo… Seguro que pronto habrá algún avance.

Miranda también se quejó, desesperada tras intervenir a Chloé de urgencia por una apoplejía.

—¡Hagan algo ya! —dijo a Alpha y a Omega—. ¡Cada día se acerca más a la plena Decadencia! ¿No pueden darse más prisa?

Aquello era aplicable a todos, incluso a ella misma. Un día más era un día menos para sufrir aquella tortura sin final.

Pero las jornadas se sucedían como las ondas en la orilla del lago, siempre iguales, siempre blancas. Ni siquiera había nuevas noticias sobre las pistolas que les habían robado, ni tenían información sobre lo que hacía la Agencia; solo permanecían allí, escondidos bajo las piedras, esperando algo que no sabían cuándo iba a llegar.

Lo único que cambiaba de un día para otro era la despensa.

Se vaciaba a pasos agigantados. Los pepinillos en vinagre se terminaron el día que murió King; las galletas, a lo largo de la semana siguiente; lo único que aún quedaba de sobra era alcohol, porque Elsie aún tenía que pedirle a alguien que lo bajase de la balda de arriba de la despensa.

Cada vez estaba más claro; iban a tener que hacer un viaje de aprovisionamiento.

—Con la de pepinillos que se quedaron en el rascasuelos… —se lamentaba Elsie.

—Sí, y las botellas de aceite —dijo Halley—. Y la harina, y el arroz, y las judías… Todos esos sacos que no pudimos llevarnos estarán ahora ahí, criando moho.

—¿Dónde los conseguíais? —preguntó Deena—. Supongo que no los comprabais en el Whole Foods de la esquina, ¿verdad?

—No, obviamente no. Uno de los chicos de King trabajaba en un supermercado y nos pasaba cosas, pero no creo que podamos volver a hacer eso, tal como está el asunto… También íbamos al almacén alimentario de la zona residencial. Apenas hay vigilancia. Nadie nota un saco de garbanzos arriba o abajo. Algunas cosas más específicas sí hay que comprarlas, pero siempre en metálico, para que no quede rastro. Y para tener dinero en efectivo hay que blanquear los fondos de Alpha…

Era 18 de abril cuando, finalmente, decidieron ir a por provisiones.

Habían intentado aguantar todo lo posible, pero ya apenas les quedaba comida. Además, era el domingo de Pascua, y Elsie había insistido en que quería huevos de Pascua de chocolate; yendo en esas fechas, seguro que en el almacén había excedentes.

—Ya sé que son inmunes, Alpha, no soy tonta —decía Halley,

terminando de preparar la mochila con la mano y con los dientes—. Pero tienen que aprender el valor de las cosas. Además, hay que aprovechar que la Agencia está desaparecida; no hay rastro de ellos, parecen estar ocupados en otros asuntos estas últimas semanas. Les dije que vendrían conmigo al próximo avituallamiento, y eso van a hacer.

—¡Tendrás que tener cuidado! —dijo Deena, cruzándose de brazos—. No pierdas de vista a Halley, ¿de acuerdo? Pero, a ver, ¿por qué tantas ganas de ir ahí afuera?

—Es que llevamos semanas sin respirar aire fresco —dijo Johanna—. Y sin ver la luz del sol. ¡Creo que casi no me acuerdo de cómo era!

—¡Serás exagerada! —rio Laura—. Pero estoy de acuerdo. Aunque nos pasara algo, tenéis litros y litros de nuestra sangre ahí guardada. ¿Para qué nos necesitáis ya, siquiera?

—Snyder, no hablaba contigo. Hablaba con mi hija. Pero os recuerdo a las dos que sois imprescindibles. No podéis comportaros como criaturas irresponsables.

—Descuide, señora.

—Pero ¡esta niña es más impertinente!

Deena se marchó de vuelta al laboratorio y Alpha le dio el visto bueno a su misión.

Siguieron el mismo camino que habían tomado los chicos de King a su marcha: el riachuelo que drenaba el lago. A lo lejos, se perdía entre las grutas de las rocas y formaba un pasadizo. Iban las cuatro: Elsie, Halley, Laura y Johanna. A un grupo demasiado grande le habría costado moverse entre recovecos y robar comida sin que nadie se diera cuenta.

—Vale, repasemos la «lista de la compra» —dijo Halley—. Alimentos no perecederos, salvo contadas excepciones como los huevos de Pascua. Papel de baño. Potabilizadores de agua. Jabón. Algo de ropa. Las medicinas que me pidió Miranda. Estos productos químicos para Omega. Un recambio de estradiol para el implante hormonal de Sabrina. ¿Algo más?

—Yo necesito compresas —dijo Laura—. He tenido que apañarme con papel higiénico este mes, porque no encontraba ninguna…

—Pero ¡haberlo dicho! —dijo Elsie, riendo—. ¿Te daban compresas en la Agencia? Hay que ver, qué desperdicio. Claro que no encontrabas, ¡como que aquí usamos copas! Vale, pues anota una copa menstrual, Halley.

Tras un recorrido angosto y enrevesado, las cuatro llegaron a un

punto que les era familiar. Estaban, una vez más, en los túneles del metro que conectaban con el Loop; había que andar con cuidado a partir de allí.

—Si veis algo sospechoso, seguid el plan —dijo Halley—. Nos separamos y cada una a su escondite asignado. Después, al punto de encuentro. ¿Todo claro?

Asintieron, vigilantes. El enemigo, aunque últimamente pareciera bastante ausente, podía estar en cualquier parte. No debían subestimar a la Agencia.

El sol les hirió en los ojos al salir al exterior. ¿Cuánto tiempo llevaban bajo tierra? El aire allí fuera les sabía a limpio, incluso en pleno corazón de la ciudad de Chicago. Hacía más calor que en el subterráneo; se remangaron las camisetas y otearon aquel callejón al que habían ido a parar.

Estaban rodeadas de rascacielos, enormes bloques de pisos que continuaban hacia abajo como rascasuelos. Era el centro del sector residencial; allí todo eran viviendas y algunos edificios de abastecimiento, como el almacén al que se dirigían.

—¿Y quieres que vayamos así, sin más, con la cara descubierta y a plena luz del día? —dijo Johanna, asomándose por la esquina—. ¿Y si alguien nos reconoce? Han visto imágenes nuestras en la televisión…

—La gente no se acuerda ni de lo que comió ayer, como para acordarse de tu cara —dijo Elsie—. La clave es parecer que estás segura de ti misma. Si te ven con cara de culpable, van a pensar mal de ti. ¡Así que vamos allá! ¡A por mis huevos de Pascua!

—Oye, Laura, creo que así no es —dijo Johanna, conteniendo la risa—. No hace falta que vayas con la barbilla así en alto ni que mires mal a la gente. Mira, ve normal, como si no pasara nada. ¿Ves?

—¿Cómo es «ir normal», exactamente? —Laura frunció el ceño —. Pero si eso es justo lo que estoy haciendo.

Mientras Johanna intentaba explicárselo, pasó un hombre corriendo avenida arriba con un paquete en brazos y una gruesa cadena dorada con un medallón colgando del cuello. Empujó a un par de transeúntes, que le miraron con expresión molesta, pero al instante siguiente siguieron andando como si nada.

—¿Veis? Si no se fijan ni en ese, van a fijarse en vosotras —dijo Elsie.

Quizá Elsie tenía razón. Quizá, aunque solo fuera durante el corto tiempo que durase el aprovisionamiento, podían disfrutar de algo tan absurdo como subestimado: la alegría de sentirse

ordinarias. Pasear así por la calle sin preocuparse por agentes, ni por armas, ni persecuciones locas. Siendo solo cuatro amigas que andaban por Chicago, mezclándose entre la gente. Y era curioso que aquellas diferencias que las hacían especiales no fueran visibles; su genética inmune, por muy importante que fuera, solo se podía ver al microscopio. Allí, a los ojos del mundo, eran dos chicas más.

Pero aquella normalidad no dejaba de ser un fino barniz. Uno que a la luz del sol no se deshacía, pero sí al calor de una llama.

Elsie y Halley se habían adelantado, según la ruta pautada. Laura y Johanna, sin embargo, contemplaban la ciudad bulliciosa, parándose en los escaparates a mirar un modelo nuevo de braquial, un vestido blanco, una peluquería.

En aquel lugar, a Johanna le costaba creer que fueran terroristas buscadas por la justicia. Le entraban ganas de darle la mano a Laura, de pasear así juntas y sentarse en una terraza a tomarse un batido. Era una mañana luminosa y perfecta. Iban a disfrutar aquel día de libertad.

El reloj de sus comunicadores dio las doce en punto del mediodía.

Se oyó un grito a lo lejos.

Y resonó por la manzana en una explosión, un estruendo, como si el cielo se partiera y escupiese humo y fuego. Les vibró desde el tímpano a los dientes. Llovió sobre ellas una tromba de cristales rotos. Y el barniz se derritió, como azúcar a la lumbre, cuando la multitud echó a correr.

47

El movimiento del mar que arrastraba a uno hacia dentro, invisible e inexorable, en el sentido contrario a las olas, era la resaca. Como la arena movediza, cuanto más se luchaba, más difícil era salir; había que nadar en paralelo a la costa hasta salir de la corriente, no hacia ella, y solo entonces el oleaje devolvía al bañista a la playa.

Johanna Lowe no sabía nadar. Y aquel torrente humano que tiraba de ella, que la empujaba en varias direcciones, del que no podía escapar sin ser pisoteada, era muy parecido a cómo se había imaginado que sería ahogarse.

—¡Johanna! —Reconoció la voz de Laura a sus espaldas, entre los cuerpos que pasaban a su lado gritando y huyendo—. ¡Aquí!

En ese momento agradeció su altura. Al girarse pudo ver que Laura sobresalía, como ella, de las cabezas de la gente que huía del humo y del ruido. La estaban arrastrando; alargó el brazo para intentar alcanzarla.

—¡Dame la mano! —gritó Johanna—. ¡No te separes más!

Entre empujones y chillidos, a contracorriente en las oleadas de pánico, las manos de Laura y Johanna se encontraron y se agarraron con fuerza, intentando llegar la una hasta la otra.

Un hombre chocó contra Johanna, clavándole el codo en el costado y haciendo que perdiese el aliento unos segundos, pero ella no soltó la mano de Laura. El sonido de cascotes derrumbándose en el suelo, las alarmas que gritaban más fuerte que su voz, los pasos, el humo, los chillidos. Todo era atronador, todo era desconcertante.

Solo cuando Laura y ella se refugiaron contra una pared se dio cuenta.

Habían perdido entre la multitud a Elsie y a Halley.

—¡Elsie! —gritó Johanna—. ¡Estamos aquí! ¡Halley!

Nadie se giró; ninguna cabeza se volvió a la llamada. Elsie, con su escaso tamaño, ni siquiera habría podido verlas aun teniéndolas delante.

—¿Qué hacemos? —dijo Johanna, pegándose más contra la pared para evitar que una mujer la empujase—. ¡Tenemos que encontrarlas!

—Tenemos que salir de aquí —repuso Laura—. Hay que ir al punto de encuentro.

—Pero ¿y si necesitan ayuda? ¿Y si están heridas?

Las interrumpió el ruido inconfundible de lo que solo podía ser un edificio derrumbándose. Una montaña de ceniza y polvo se levantó a lo lejos y todo el suelo vibró.

—Vale, sí, tienes razón; aquí estamos en peligro —dijo Johanna, mirando a ambos lados de la calle. Ya pasaba menos gente; amainaba la estampida—. ¿Qué habrá pasado?

—Yo antes habría dicho que serían los terroristas poniendo una bomba en algún lado —dijo Laura—. Pero está claro que no. ¿A lo mejor ha estallado una tubería de gas?

—¿Y si ha sido la Agencia? ¿Y si están tirando bombas para intentar encontrarnos bajo tierra? Hay que avisar a los demás.

Encendió el comunicador de su brazo, intentando hacerlo con sigilo, aunque no hacía falta; nadie estaba mirándolas, solo estaban interesados en correr, y desde lejos parecía que estuviese hablando por una braquial.

—¿Sabrina? —susurró Johanna, y luego llamó más fuerte—. ¡Sabrina! ¡Hola, responde!

—Seguirá liada con lo de Blade —dijo Laura—. Venga, vámonos, aprovecha que ahora ya no hay tanta gente.

—Es verdad. A ver, ¿dónde estamos ahora? ¿Por dónde se volvía al refugio? Hemos venido por esa calle, ¿no?

—No. Era la de la izquierda…

Un estruendo aún más fuerte de sirenas las interrumpió. Parecía provenir a la vez de todas partes y de ninguna, por un momento, hasta que se fijaron en los altavoces que había en lo alto de los edificios.

«Alerta a todos los ciudadanos que se encuentren en la Zona Residencial Central de Chicago —resonó por encima de las casas y las calles—. Alerta a todos los ciudadanos. Ha ocurrido un incidente en la manzana 48 entre las calles Madison y Monroe.»

—Vaya, no me digas —dijo Laura—. Así que un «incidente», gracias por tanta precisión.

«Rogamos conserven la calma y evacúen las inmediaciones del lugar —continuó la voz de alarma—. Los servicios de emergencia se encuentran de camino. Si necesita ayuda, marque en su pantalla braquial el número de socorro y será atendido de inmediato.»

—Hay que irse antes de que lleguen los «servicios de emergencia» —dijo Johanna—. La gente normal no sé, pero la policía seguro que nos reconoce.

Alejándose de la pared contra la que se habían parapetado, Laura y Johanna miraron a su alrededor. Por la calle ya solo corría algún transeúnte rezagado, o personas como ellas, que se habían refugiado contra el mobiliario urbano.

Entonces lo vieron con claridad.

Había ocurrido muy, muy cerca. Un altísimo bloque de pisos, en la calle paralela a la que estaban, estaba envuelto en una polvareda gris y en nubes de hollín y chispas. Podría caer entero al suelo en cualquier instante. Estaba desequilibrado en la base; le faltaban secciones enteras que sin duda se habían derrumbado ya, causando aquellos estrépitos. A lo lejos, se divisaba otra columna de humo sobre el horizonte de la ciudad.

—Vámonos —dijo Johanna, tirando de la manga de Laura, que parecía haberse quedado absorta mirando el edificio en ruinas—. ¡Venga!

—Me suena de algo… —dijo Laura, sin apartar la vista del desastre—. Creo que conozco esa casa.

—¿Cómo va a ser eso? Si hace años que vives en la Agencia… No sería esa tu casa antes de que se te llevasen, ¿verdad?

—No, no. —Laura negó con la cabeza—. Mi madre y yo vivíamos en Mineápolis. Pero… ¿De qué me quiere sonar ese bloque de pisos?

En aquel instante, el revoloteo de una cámara se pudo percibir entre el estruendo. Y luego de otra, y otra, y otra; aquel molesto zumbido solo podía significar que se acercaba algo aún más temible que la policía.

La prensa.

—¡Corre! —dijo Johanna, arrancando a Laura de sus pensamientos—. ¡Tenemos que escondernos! ¡Como graben nuestras caras, estamos perdidas!

Las cámaras se acercaban en el sentido contrario al de la gente; ellos huían de la catástrofe, los ojos voladores las buscaban. Así que Laura y Johanna tuvieron, también, que ir en contra de la ya escasa corriente de personas, chocándo contra algunas, esquivando otras, intentando ocultarse.

—¡Cuidado! —dijo Laura. No sirvió de mucho; Johanna tropezó con el cuerpo malherido de un hombre en el suelo antes de que terminase de pronunciar el aviso. Le había caído una pieza de cemento en la cabeza. Laura la cogió del brazo y siguieron corriendo, girando la esquina para escapar a la mirada imperturbable del periodismo.

Un poco más adelante, se sumó una sirena más al retumbar que

aturdía sus sentidos: las ambulancias y los coches patrulla estaban entrando por la avenida, dirigiéndose al lugar del «incidente», en un concierto de alarmas y destellos de luces.

Y ellas estaban en medio. Entre policía y prensa.

—No, no, no —dijo Johanna—. ¡Nos van a ver!

—Ven, ¡por aquí!

Laura tiró de ella hacia el chaflán de la esquina, donde confluía un callejón con el paseo Monroe. Allí las tapaba el recodo de un edificio grandioso, monumental, al que le habían reventado gran número de cristales a causa de la explosión. Podían resguardarse entre sus columnas.

—¿Y si vienen hacia aquí? —susurró Johanna—. ¿Y si nos encuentran?

—No lo harán —dijo Laura—. Mira, van directos al bloque en ruinas. Esperaremos aquí hasta que todo pase.

Desde allí podían ver la base destrozada del edificio. Era como si alguien le hubiera dado un mordisco a la fachada. Sobresalían vigas y escombros entre los muros partidos. El equilibrio precario de la torre entera se les hacía aún más imposible, visto en aquel ángulo contrapicado; Johanna tenía la impresión de que, en cualquier momento, con un soplo de aire, se les derrumbaría encima.

Una voz cantarina y fuerte, a sus espaldas, las sobresaltó de pronto.

—¡Buenos días, Chicago! —dijo, con un soniquete alegre—. ¡Soy Carina Call, informando en directo desde la zona cero de la explosión, entre Madison y Monroe!

—Qué le pasa a esa mujer —susurró Laura, ni siquiera en tono de pregunta, sino en llano desconcierto. Johanna se encogió de hombros.

—Hoy es un hermoso domingo de Pascua, pero ¡los vecinos de la Zona Residencial Central no van a pasarlo comiendo chocolate! —seguía diciendo la tal Carina Call, animada y vivaz—. ¡Se ha decretado la evacuación de las manzanas 48 y colindantes por el riesgo para la seguridad de los ciudadanos! ¡Asimismo, el complejo Diamond Heights y la mansión Wagner han sido acordonados y se ha trasladado a sus ocupantes a lugares seguros!

Johanna frunció el ceño. ¿La mansión Wagner?

—¡Los servicios de emergencia se encuentran en este momento respondiendo al incidente de la calle Madison, justo al lado de esta informadora! Se trata de una explosión junto al Edificio Dearborn, que ha sufrido graves daños en su estructura y…

—Dearborn —murmuró Laura—. Te prometo que me suena de

algo. Pero no sé de qué…

Al otro lado de la esquina, varias patrullas habían bajado de sus coches e inspeccionaban la zona. Los sanitarios, al lado de la ambulancia, atendían a una mujer rubia con la pierna ensangrentada; al fondo, un camión de bomberos desplegaba la escalera. Nadie reparaba en Laura y Johanna, ni siquiera la prensa; el morbo de la desgracia era lo bastante fuerte para absorber todo lo que les rodeaba. Las grabadoras revoloteaban sobre las ruinas del edificio, zigzagueando entre enfermeros y policías.

—De momento, la cifra oficial de heridos es desconocida —seguía anunciando la presentadora—. ¡Nuestras cámaras oculógiras están examinando la zona para contabilizar e identificar a las víctimas! Pronto les podremos informar de todo lo sucedido, minuto a minuto, solo aquí, en *Chicago Directo*.

Algo rojo relucía justo en la base del Edificio Dearborn. Asomaba en medio de los cascotes manchados de hollín y reflejaba la luz del sol. Era brillante. Era húmedo. Una cámara zumbaba justo por delante.

—¡Tenemos un dato de inmensa relevancia para nuestros espectadores! —dijo entonces Carina Call, con la voz aún más emocionada—. ¡Creemos haber localizado la fuente de la detonación! ¡El foco explosivo surge en la puerta misma de la vivienda y parece proceder de un cuerpo humano!

¿Un cuerpo humano?

¿Aquello rojo y mojado era un cuerpo humano?

—Nuestro experto en medicina, el doctor Goldstein, nos comenta desde el plató que, efectivamente, ¡son los restos de una persona, y la explosión ha debido de ocurrir muy cerca de ella! Lo que están viendo en sus pantallas, queridos espectadores, ¡no es ni más ni menos que el sistema nervioso de este individuo!

Johanna apretó los puños. Laura se los cogió entre sus manos.

—¡Acerquémonos a preguntar a este amable agente de la ley acerca de lo ocurrido! —dijo la presentadora. Laura y Johanna se agacharon aún más tras las columnas—. Díganos, señor agente, ¿saben ya qué ha sucedido? ¿Cuál ha sido el causante de esta terrible tragedia?

—Creemos que ha sido esa persona de ahí —decía el policía—. Vamos, la que peor parada ha salido. Sospechamos que se trata de un atentado suicida contra la autoridad, pero de momento no sabemos…

—¡Cállese ahora mismo! —gritó entonces una voz familiar.

Laura se giró al oírla como si tuviera un resorte en la nuca.

La mujer de la pierna herida, echada en la camilla, estaba increpando al policía. Desde allí no la veían bien, no distinguían su cara. Pero aquella voz era inconfundible.

—¿Es usted imbécil? ¿No se da cuenta de que esa es información confidencial? ¡Debería darle vergüenza! —gritaba—. ¡Voy a dar parte inmediatamente a su superior! Esa es una falta grave por insubordinación y es sancionable con demérito, ¿no lo sabe?

Laura ahogó un grito, llevándose las manos a la boca.

—¿Qué hace ella aquí? —susurró entre sus dedos—. ¿Qué está pasando?

A Johanna le tomó un instante más reconocerla desde lejos.

Philippa Nielsen, tumbada sobre la camilla y con la pierna hecha trizas, había cogido de la corbata al policía para bajarlo a su altura y amonestarle mejor.

—Les prometo a todos ustedes, incluida usted, señorita Call —decía Nielsen, y Johanna se sintió de nuevo, por un momento, en aquellos pasillos infinitamente blancos de la Agencia—, que como no se retiren ahora mismo de la escena del crimen tendrán que hacer frente a serias repercusiones legales.

—¡Por supuesto, por supuesto! —respondió Carina—. ¡No pretendíamos ofender! En *Chicago Directo* siempre respetamos la intimidad y los deseos de…

—¡Váyanse ahora mismo! —gritó Nielsen—. ¡Y usted, enfermero, póngame la anestesia de una maldita vez!

Carina Call se alejó con su séquito de cámaras voladoras.

Encogiéndose aún más sobre sí misma, Laura se tapó la cara entera con las manos.

—¿Laura? —dijo Johanna; la abrazó, a medias entre el «no pasa nada, estoy aquí» y el «joder, claro que pasa algo, pero estoy aquí».

—Ya me acuerdo —murmuró Laura, apoyada contra el hombro de Johanna—. El Edificio Dearborn. Así se llamaba el bloque de pisos donde vivía Nielsen.

Johanna la abrazó más fuerte.

—¿Estás bien? —dijo, en voz baja—. ¿Quieres que intentemos irnos? Creo que ya no hay peligro, si nos metemos por ese callejón…

Laura se quitó las manos de la cara con brusquedad, pero no apartó a Johanna.

—Sí, estoy bien. —Tenía los ojos enrojecidos, pero secos. Por puro contraste, el verde se le veía mucho más verde—. Quiero ir a verla.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? —Johanna la soltó y se asomó a la esquina. Nielsen estaba totalmente rodeada de policías, de bomberos, de sanitarios—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Nos atraparán!

Laura suspiró.

—Lo sé —murmuró—. No soy tonta.

Las sirenas de policía, de alerta, de los coches alcanzados por la onda expansiva coreaban su voz. Caían cristales rotos desde lo alto de los pisos. Y ellas dos se miraban.

—Vámonos, por favor —dijo Johanna.

—Es que necesito verla. —Laura se levantó—. No quiero hablar con ella, ni que me vea ella a mí. Sé lo que pasaría si lo hiciera. Solo quiero… mirarla, saber qué le ha ocurrido. Por qué tiene una pierna herida. Por qué han puesto una bomba suicida en su casa.

—¡No puedes hacerlo! ¡Te va a ver alguien! No vayas.

Laura se quedó de pie un instante, quieta, observando al otro lado de la esquina cómo iban y venían los equipos de emergencias de un lado a otro. Dos enfermeros levantaban la camilla de Nielsen en aquel momento.

—Si pudiera… —musitó Laura, entre dientes—. Justo ahí detrás…

—Venga, vámonos —dijo Johanna. Pero Laura solo observaba el cuerpo de Nielsen, que habían subido a la ambulancia, algo más alejada del punto de la explosión.

La escuchó respirar hondo. Pensó, por un momento, que la había convencido. Que iba a darse la vuelta y a marcharse con ella. Le puso la mano en el brazo para calmarla, para traerla hacia ella, para seguir su camino.

Y entonces se le escapó de entre los dedos.

No. Laura no podía irse. No podía perderla. No podían volver a atraparla, ahora que por fin la habían rescatado.

Así que Johanna hizo lo más estúpido que podía hacer en aquella situación; correr detrás de Laura, en un acto reflejo sin frenos que le había brotado del pecho.

«Qué estoy haciendo. Qué estoy haciendo. Qué coño estoy haciendo», se repetía una y otra vez, mientras perseguía a Laura, corriendo agachada tras los coches aparcados, sin atreverse a mirar si alguien las estaba viendo.

Laura se detuvo detrás de una furgoneta, respirando fuerte, y Johanna llegó junto a ella unos instantes más tarde.

—¿Te has vuelto loca? —le dijo, en una mezcla de susurro y de

grito—. ¿Es que quieres que te pillen?

—¿Por qué me has seguido? —preguntó Laura—. ¡Te pueden pillar a ti también!

Johanna se deslizó las manos por la cara de pura exasperación.

—¡Y yo qué sé! —le soltó—. ¡No haberte puesto en peligro!

Pero Laura ya no la estaba escuchando; se había asomado por la trasera del vehículo y miraba atentamente la ambulancia que estaba allí parada, justo delante.

La camilla de Nielsen sobresalía de la ambulancia; con las puertas abiertas, los enfermeros iban y venían, atendiendo a otros pacientes, tratándole la pierna, sin parar ni un momento. La sangre había dejado un rastro a lo largo de la calle; tenía el pie totalmente destrozado. Solo era reconocible como pie por estar al final de la pantorrilla; por lo demás, parecía una masa de carne picada apilada entre astillas de huesos.

Laura no apartó la mirada de aquella pierna. Johanna sí; al cabo de unos instantes, su vista chocó de lleno con el color rojo.

Estaban mucho más cerca de la explosión de lo que habían estado antes. La distancia no le había dejado ver con claridad cómo aquel bulto repugnante y húmedo, absolutamente informe, era todo lo que quedaba de la persona que provocó la explosión.

Ahora sí reconocía, a su pesar, los rastros de humanidad en aquel cuerpo. Los nervios blancos que vertebraban aquella pulpa eran lo único que la mantenía unida; se regeneraban lentamente, palpitando como lombrices. En un extremo, el encéfalo. Johanna recordó un dato absurdo de su examen de biología; el encéfalo se llamaba así porque estaba dentro de la cabeza, «en-céfalo». Pero aquello no estaba dentro de nada. Estaba suelto, gris y blanquecino y rojo, colgando de una médula espinal con la blandura de un cordón de zapato.

Y estaba vivo.

Ese cerebro seguía sintiendo el dolor que los nervios le transmitían, el horror de la carne abierta y mutilada; sin poder ver, ni oír, ni gritar, ni hacer nada al respecto, pero vivo, al fin y al cabo.

Así habría terminado Laura si no se hubieran dado cuenta de que la célula de aislamiento tenía nitroglicerina. Le recorrió un espasmo por la columna vertebral. No supo si era un escalofrío o una arcada.

—¿Estás bien? —dijo Laura. Ya había dejado de mirar a Nielsen —. ¿Qué ocurre?

—Nada —mintió Johanna—. ¿Podemos irnos ya? ¿Por favor?

Laura asintió.

—Lo siento —dijo, mordiéndose el labio—. Necesitaba verla. Comprobar que estaba bien. Hacía semanas que no sabía de ella, y verla aquí, herida… No sé por qué me ha dado ese impulso tan fuerte.

«Pues igual que yo tampoco sé por qué te he seguido», pensó Johanna.

Con mucho más sigilo que a la ida, trazaron sus pasos de vuelta hasta la esquina, y allí, ocultas por fin tras las columnas, Johanna se sintió entonces lo bastante segura como para increparla.

—Es que cómo se te ha podido ocurrir —dijo, negando con la cabeza—. Todo para ver un pie chafado y…

Iba a describir el cuerpo del terrorista suicida como «un puñado de nervios», pero la bilis se le subió a la boca antes de poder pronunciarlo.

—¿Qué pasa? —dijo Laura—. En serio, ¿estás bien?

—Ha sido el… cuerpo ese. Me ha dado mucho asco —dijo Johanna, haciendo una mueca—. Y miedo también.

Johanna se frotó los ojos cerrados con los puños, como si así pudiera borrar la impresión en su retina.

—¿Miedo?

—Sí, no sé… —dijo Johanna, intentando encontrar las palabras —. Es como ver la cosa más horrible que te puede ocurrir, ¿sabes? Y lo peor es que nos va a pasar a todos.

—Bueno, no creo que todos acabemos hechos trizas por atarnos una bomba al pecho.

—¡No digo eso! Digo con la Decadencia. Tarde o temprano nos consumiremos y solo quedará lo mismo que hay ahí entre los escombros: un bulto de nervios que sienten dolor y nada más. ¡Eso es lo que me da miedo! Verlo así, tan… real. Tan asqueroso. Por eso es por lo que apoyo al Ágora. Por eso quiero que Omega se dé prisa y desarrolle ya su fórmula o lo que sea que haga. Porque me aterra la idea de acabar así.

Laura levantó la ceja.

—¿Para poder conseguir eso para los demás, dices?

—Bueno, sí, para los demás y para mí misma. —Johanna miró otra vez, desde lejos, a aquel cuerpo sin forma—. Morir también me asusta, claro. Soy una miedica. Dejar de existir, a secas, es aterrador. Pero me da muchísimo más miedo acabar así. Siempre me lo ha dado.

—Entonces —dijo Laura, despacio, y parecía que estuviera eligiendo sus palabras muy cuidadosamente—, ¿ese es tu motivo

principal para querer acabar con la Decadencia? ¿Que no te toque a ti vivirla? ¿Te he entendido bien?

—Pues… No sé si el principal, pero sí, me importa mucho. —Y añadió después rápidamente—: ¡Claro que también me importa lo que le pase a la gente! Cuando Omega consiga su fórmula, esa pobre persona dejará de sufrir, por ejemplo, y también todos los Decadentes que están metidos en asilos…

—Uf —dijo Laura, y apartó la mirada de sus ojos—. A ver. Cómo te digo yo esto. Ven, vamos a alejarnos primero un poco de aquí, que no nos pueda ver nadie, ¿vale?

Johanna siguió a Laura calle abajo, abandonando el escondite del chaflán. Laura no habló hasta que ambas estuvieron resguardadas en un callejón contiguo a la gran avenida, ocultas tras montones de escombros que habían caído desde el Edificio Dearborn. Una viga en equilibrio entre lo alto de dos muros las tapaba con su sombra.

—Veamos —empezó, humedeciéndose los labios—. ¿Qué es lo que sabes, exactamente, de tu inmunidad? ¿Qué es lo que te han contado? Tus padres, Omega, o quien sea.

—A ver, me dijeron… —Trató de recordar aquella carta de su padre en la que le explicaba todo—. Me dijeron que era inmune a uno de los genes que fueron modificados para la inmortalidad. Que había una forma de aplicárselo a otra gente y desactivar ese gen en los demás, para que muriesen. Y que combinando ambas, tu inmunidad y la mía, se podía revertir esa modificación a nivel global. Eso es todo, creo. ¿Por qué?

Laura dejó escapar un suspiro largo y profundo.

—Vale, al menos no te mintieron. O, bueno, no explícitamente.

—¿Qué significa eso?

—Fíjate en lo que acabas de decir. —Laura se acercó a ella y le puso una mano en el hombro—. Nuestra inmunidad se puede aplicar a otra gente, desactivar esos genes en los demás. ¿No has dicho eso?

—Sí, claro…

—¿Por qué crees que pensaba yo que eras tan altruista? Me sorprendía lo desinteresada que eras. Me hacía gracia lo noble de tu propósito. Me parecía estúpido, pero ahora todo tiene sentido… Vaya que si lo tiene.

La viga que estaba en equilibrio crujió por encima de la cabeza de Laura. Johanna no sabía si quería oír lo que Laura tenía que decirle.

—Johanna, la inmunidad no sirve para nosotras.

El viento cálido arrastraba por el suelo los añicos de cristal. Los ojos verdes de Laura no se apartaban de los suyos. Entendió aquellas palabras como con retardo, como si su significado no fuera pegado a ellas, sino atado a remolque con una cuerda.

—Quieres decir que…

—Sí. —La voz de Laura parecía tener gravedad propia—. En teoría, podemos volver mortales a otra gente. Matarlos, o revertir su estado a como eran antes del pseudovirus. Pero no a nosotras mismas. Me lo contó Taylor Crane.

—¿Y no te estaría mintiendo?

—¿Para qué? Si quería que colaborase, habría sido más fácil decirme que sí, que servía para mí también. No, Johanna. Lo siento. Vas a tener que asumirlo, igual que lo hice yo: tú y yo seguiremos siendo inmortales para siempre.

En otras circunstancias, tal vez Johanna habría tenido más tiempo para asimilarlo. Habría pasado horas y horas dándole vueltas a la Decadencia, a haber perdido la esperanza de evitar su mayor miedo, a lo que significaba aquello para su apoyo al Ágora.

Pero la viga que pendía sobre el montículo en que Laura estaba sentada no era tan considerada como para tener en cuenta las preocupaciones de Johanna. Con un crujido aberrante, la vista de ambas se desvió hacia arriba.

Una arenilla negra se desprendió de la grieta entre el muro y el soporte.

Ambas se llevaron las manos a la cara para protegerse de las partículas que les caían encima. Pero Johanna se las quitó primero y por eso lo vio.

Por eso vio que la viga entera se desequilibraba y se cernía sobre Laura; los chasquidos que se repetían uno tras otro eran los puntales de metal partiéndose por la mitad, incapaces de aguantar el peso del hormigón.

Y por eso fue capaz de empujarla fuera de su trayectoria, con todas sus fuerzas, antes de que la viga se hundiera en el suelo.

48

Cuánta atención se prestase a los estímulos auditivos dependía de muchos factores; entre ellos, el percibir varios distintos al mismo tiempo. Sin embargo, incluso en este caso, había un sonido en concreto que siempre tendía a hacernos volver la cabeza, o al menos identificarlo. Era el que tenía el umbral de atención más bajo de todos: nuestro nombre.

Pero ¿y si no se trataba de oírlos, sino de pronunciarlos? ¿Qué era lo primero que gritaba alguien en peligro, o en una situación de angustia, o de desconcierto? Lo que más le importase en ese preciso instante. Ya fuera «ayuda», o «fuego», o quizá un nombre.

—¡Johanna! —gritó Laura Snyder cuando recobró el aliento.

La polvareda se le colaba en los ojos, le tapaba la vista, casi tan sólida como una pared. Cuando empezó a aclararse, Laura pudo ver que, justo donde había estado sentada unos segundos antes, el montículo había desaparecido; su lugar lo ocupaba un inmenso pilar hincado en el suelo, atravesando la acera hasta el subterráneo y dejando un hueco como si un dedo de gigante hubiera hurgado en el asfalto.

Pero también había desaparecido Johanna.

—¡Johanna! —exclamó de nuevo—. Johanna, ¿dónde estás?

No había ni rastro de ella. Pero hacía un momento estaba allí y, de hecho, había empujado a Laura para que la viga no la alcanzase. No podía ser que…

—¡Johanna! —volvió a gritar; crecía el pánico en su voz—. ¡Por favor, responde!

El polvo suspendido en el aire se asentó, por fin, sobre las vigas descarnadas y los escombros de piedra. Laura oyó que el edificio volvía a crujir en una amenaza latente.

Tenía que encontrar a Johanna.

Intentó encaramarse al pilar, por si mirando al otro lado la veía. Tal vez estuviera desmayada y por eso no respondía. No podía haberla atrapado debajo.

—Por favor, Johanna, no estés ahí abajo… —rogó Laura, para sí más que otra cosa—. Por favor, por favor, por favor.

Pero incluso trepando a la viga y oteando más allá, solo veía el suelo destrozado, levantado, los muros caídos y los cristales asomando entre ellos. Johanna no estaba allí. Aunque tampoco veía nada que indicase una tragedia; no había sangre, ni se oían gritos de dolor.

—Tienes que estar bien —murmuró Laura entre dientes—. Tienes que estar en algún sitio. Venga, por favor. Por favor…

No podía perderla. ¿Había dicho que no confiaba en ella? A quién quería engañar: había confiado en ella desde la primera vez que oyó su voz.

—¡Johanna! —gritó de nuevo. El suelo que pisó cedió ligeramente a sus pies, y entonces Laura se dio cuenta: la viga había reventado la acera entera, abriendo un hoyo que llegaba hasta el túnel de metro que pasaba por debajo de aquella calle. Se asomó al hueco, pero la oscuridad y la nube de escoria lo cegaban todo—. ¿Estás ahí, Johanna? ¡Hola! ¿Me oyes? ¡Por favor!

Ningún sonido indicaba que Johanna estuviera en el túnel, ni que la hubiera oído. Así que Laura hizo lo único estúpidamente lógico que se le ocurrió.

Se arrojó dentro del agujero.

Aun agarrándose a la viga para no chocar con fuerza contra el suelo, Laura cayó en aquel túnel a medias de bruces, a medias de pie. La escasa luz que entraba desde el exterior, por la abertura entre escombros, no bastaba para iluminar lo que la rodeaba. Solo intuía el contorno de las formas ante ella; el raíl del suelo, las rocas caídas, el pilar hundido.

—¡Johanna! —exclamó una vez más—. ¡Si me oyes, di algo! ¡Si no puedes hablar, da un golpe al suelo! ¡Lo que sea!

Tanteando con las manos los obstáculos del camino, Laura deseó en aquel momento tener una braquial, o al menos un comunicador como el de los demás miembros del Ágora. La luz de su pantalla podría alumbrar el túnel, y probaría a contactar de nuevo con Sabrina para pedirle ayuda. Pero sus brazos estaban lisos y vacíos. Y ella estaba sola.

Entonces su pierna izquierda chocó con algo que no era roca, ni metal, ni escombro; algo blando que cedió al empujarlo con el pie.

Laura ahogó un grito.

—¡Johanna!

Se agachó de cuclillas y palpó la figura tendida ante ella. No veía más que la sombra de su silueta, pero sus dedos reconocieron la suavidad de sus trenzas, la forma de su nariz y sus labios, y todo el largo de su cuerpo.

Estaba recostada contra la pared, y no respondía, pero parecía entera. No tenía ninguna extremidad rota, ni tampoco atrapada bajo cemento y acero.

—Eh, Johanna —susurró, dándole palmaditas en la mejilla—. Eh, despierta. Vamos. Por favor.

Tocó algo húmedo con la palma de la mano. Algo que manaba de entre trenza y trenza, en la sien de Johanna.

—Mierda —masculló Laura—. Mierda, por favor, no. Despierta. ¿Cómo voy a llevarte al refugio?

Trató de alzar su torso, cogiéndola por debajo de las axilas. En otra época, los conocimientos de primeros auxilios de Laura le habrían prohibido mover el cuello de alguien herido en la cabeza, por si agravase una lesión de columna; sin embargo, la regeneración del sistema nervioso incluía la médula espinal, por lo que no temía seccionársela.

Fue en aquel instante, entre los brazos temblorosos de Laura, cuando Johanna gimió.

—¡Johanna! —exclamó Laura, agarrándola más fuerte, trayéndola contra su cara—. Ay, menos mal… Qué susto me has dado. ¿Estás bien?

—Mi cabeza —se quejó Johanna—. Ah… No veo nada…

—Tranquila, tranquila, es que no hay luz —dijo Laura, mientras le hacía de soporte con su propio cuerpo—. ¿Puedes moverte? ¿Ponerte en pie?

—No sé… —Johanna soltó un quejido al incorporarse—. Creo que sí. ¿Dónde estamos? Recuerdo que… la viga…

—Me iba a caer encima cuando me apartaste. Pensé que te había aplastado, pero atravesó el suelo y llegó hasta los túneles de metro.

—¿Estamos en el metro? —dijo Johanna, y trató de levantarse del todo; perdió el equilibrio, y Laura tuvo que sujetarla—. Hay que volver… al refugio, Elsie y Halley… Mi madre…

—Tranquila, despacio. Pero es verdad, ahora podemos contactarlas. ¿Puedes encender el comunicador?

—No creo… Me chuparía mucha energía, con lo débil que me siento. —Johanna se pasó la mano por la cara—. ¿Estoy sangrando?

—Creo que sí. Ven, vamos a intentar movernos. Por el túnel deberíamos poder llegar al punto de encuentro.

Poco a poco, apoyándose Johanna en Laura, fueron siguiendo la galería subterránea hacia el lugar indicado. En la oscuridad tenían que ir a tientas, y era una razón más para ir despacio.

—Menos mal que estás bien —decía Laura, agarrándola por la cintura y los hombros—. Si te hubiera pasado algo por salvarme…

Yo…

Johanna hizo entonces un ruido curioso. Al principio Laura creyó que era una tos, pero entendió que era una pequeña risa cuando habló:

—¿No era que tú nunca te sentías culpable? —dijo Johanna, y volvió a toser-reír—. Vaya, vaya, quién te ha visto y quién te ve.

Laura rio también, avergonzada. Este caso era distinto, pensó. Si Johanna hubiera acabado aplastada bajo el hormigón, o algo peor… No sabía si podría perdonárselo.

—Además —continuó Johanna—, piensa que así me devuelves el favor. Yo también te llevé a rastras cuando huíamos por el túnel. Aunque tú lo tienes más cómodo, ahora no nos persigue nadie…

—Es verdad. —Laura la apretó más contra sí—. Y dime, ¿qué tal estoy haciendo de muleta? ¿Bien? ¿Soy cómoda? ¿Me das tu sello de aprobación?

La siguiente risa de Johanna fue un poco menos tos y un poco más carcajada.

—¡Muy cómoda! Eres la mejor muleta del mundo —dijo, cogiéndole la mano que pasaba por encima de su hombro—. Pero, ya que estás, podrías llevarme a caballito…

De pronto, Laura fue muy consciente de los dedos de Johanna entrelazados con los suyos. El brazo de Johanna rozaba con la piel de su cuello a cada paso, a cada vaivén, y le hacía cosquillas en la nuca. ¿Por qué aquella tensión absurda? Tal vez fuera el alivio tras pensar que la perdía, tras el estrés y la angustia, tras los cascotes y la bomba y Nielsen herida…

Nielsen. Se había olvidado de ella con todo aquel lío. Por suerte, no le había ocurrido nada grave. Ella nunca la había tratado mal.

Suspiró. Eran parte de la Agencia. El enemigo. Si Nielsen la hubiera visto en aquella calle, o tal vez a Johanna, no habría dudado en capturarlas.

—Oye, ¿y tú estás bien? —dijo Johanna, y Laura dio un respingo —. Te has quedado muy callada de repente. No te hice daño al empujarte, ¿no?

—No, no, estoy bien —dijo Laura.

Le empezaban a sudar los dedos que tenía entrecruzados con los de Johanna.

Tras unos instantes de duda, le apretó la mano con fuerza, firmemente, para que sus dedos no resbalasen.

No se la soltó hasta que llegaron al punto de encuentro; era una bifurcación entre varios túneles de metro, iluminada con un farol en la pared. A su luz Laura pudo ver que la herida de Johanna, aunque

aparatosa, era bastante pequeña. La sangre le corría por las mejillas y el cuello, pero la lesión en sí apenas medía más que una moneda.

—¡Eh! —gritó una voz, desde el recodo del túnel—. ¡Estáis aquí! ¡Por fin!

Sentadas al otro lado de la esquina, Laura distinguió con el brillo leve del farol a Elsie y a Halley, esperándolas justo en el punto de encuentro. Elsie dio un brinco y corrió hacia ellas. Halley abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la boca.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, acercándose—. ¿Estás bien? ¿Estáis bien las dos? Estábamos muy preocupadas. Os hemos estado buscando un buen rato, menos mal que hemos decidido volver. Voy a llamar a Sabrina ahora mismo.

—¡Estoy bien, estoy bien! Es que me he caído… —dijo Johanna, y Laura levantó una ceja—. Me caí por el túnel porque Laura estaba en peligro. Así, en resumen.

—Uy, eso es mentira, seguro —dijo Elsie, inspeccionando la herida muy de cerca—. Apuesto a que tropezaste con tus propios pies y estás aquí dándotelas de heroína.

—¡No, claro que no! —exclamó Laura—. Es verdad, iba a caerme encima una viga y me salvó.

—Estaba bromeaaando —dijo Elsie, y puso los ojos en blanco—. Claro que… Es muy buena excusa para explicar por qué nos dejasteis solas yendo a por la comida.

Mierda, era cierto. Los suministros. Se les habían olvidado por completo.

—Por suerte, con lo de la bomba aquella no había ningún vigilante en el almacén, estaban todos evacuando —dijo Halley, dando palmaditas a un saco apoyado en la pared—. En cualquier caso, volvamos ahora mismo. Miranda tiene que echarle un ojo a esa herida.

—Mi madre me va a matar —susurró Johanna, llevándose la mano a la sien.

—Qué va —dijo Laura—. Me va a matar a mí por dejar que te haya pasado.

De vuelta al refugio, con Elsie y Halley al lado cargando las provisiones, Laura siguió haciéndole de muleta, pero no volvieron a cogerse de la mano.

49

La Agencia correría con todos los gastos, le habían dicho. Su nuevo puesto como subdirectora contaba con un seguro sanitario muy completo que incluía implantes y prótesis para pérdida de miembros principales. Los pies entraban dentro de esa categoría.

Era una sensación extraña. La prótesis no le obedecía del todo al moverla, como si fuera un pie torpe, desmañado, o como si aún tuviera que aprender bien a controlarlo. El nexo entre pierna y tobillo no ayudaba; aún estaba en carne viva, curando y cicatrizando, pues tenía que sanar la carne unida al sintético y regenerar los nervios dentro del plástico. Y dolía. Con cada mínimo movimiento, dolía horrores, pese a la analgesia.

Philippa se encontraba en ese estado de duermevela, ese en el que uno tiene los ojos cerrados y empieza a hilar pensamientos uno con otro hasta que no encuentra la punta del ovillo. Entonces la unión del pie se le irritaba de nuevo; le rozaba contra la sábana, o contra ella misma, o le picaba por dentro donde no podía rascarse, y el sueño se desvanecía como la nieve al tocar el agua.

Cuando se abrió la puerta de su habitación, Philippa no abrió los ojos. Que hiciera la enfermera lo que tuviera que hacer, pensó.

—Hola, Philippa.

Ni convaleciente podía tener un respiro. Ni siquiera recién amputada podía descansar de Ulysses Wagner.

—¿Qué quiere? —preguntó, sin darse la vuelta, sin mirarle.

Notó un vaivén en la cama. Se había sentado en ella.

—Vengo a pedirte disculpas, Philippa.

Ahora sí que se giró para comprobar que, efectivamente, era Ulysses Wagner y no otra persona de voz muy parecida. Nunca había oído al director de la Agencia disculparse ante nadie.

Hasta su rostro parecía algo distinto; menos liso, con un contorno más *humano* y una expresión en el plástico que casi resultaba auténtica.

—¿Perdón? —dijo, por si había oído mal.

—Sí, justo eso; perdón —dijo Ulysses Wagner—. No tuve en cuenta tus advertencias, Philippa, no lo suficiente. No me tomé en

serio todo aquel tema de las cartas religiosas; lo achaqué a una broma, a algo inofensivo. No pensé que podrían hacernos daño real. Te reprendí por dedicar demasiados recursos a investigar aquellos mensajes en vez de buscar a los terroristas, sin caer en que el día de Pascua era una fecha importante para esos fanáticos. Y por eso tuvieron éxito las bombas de los suicidas. Por mi culpa.

Philippa Nielsen tuvo que recordar cerrar la boca del asombro.

—Sí, bueno… —¿Qué se respondía a algo así?—. Gracias. Es cierto que podría haberse evitado lo que pasó, pero tampoco había ninguna certeza de que fuera una amenaza real…

—Precisamente. Tú me entiendes, Philippa, ¿verdad que sí? No podía poner en activo todos nuestros efectivos solo por la posibilidad de que aquello fuera algo más que un chiste.

—Claro, claro… —dijo Nielsen—. En fin, al menos a usted no le afectó la bomba. Tuvo mucha suerte.

Ulysses rio. Era una risa muy molesta a los oídos, no solo por lo metálica, sino por su tono; tenía un matiz desagradable.

—¿Cómo que no me afectó? Ay, Philippa, Philippa. No has estado muy atenta estos últimos días, ¿cierto? Es lógico, aquí apartada de todo y acostada. Tranquila, no te lo tendré en cuenta.

El peso a los pies de su cama desapareció, y Ulysses Wagner se puso en pie, acercándose al cabecero. La subdirectora Nielsen parpadeó para quitarse las últimas trazas de sueño de los ojos y le contempló de cerca.

—No puede ser —murmuró—. ¿Eso es…?

—Muy bien, Philippa, excelente. Ya sabía yo que no habías perdido tu sentido observador. Me favorece, ¿no crees? Es un modelo más nuevo, con mejoras de expresión emocional y sensores más precisos. Diría que hasta ha sido práctico el incidente, en ese sentido.

La carcasa sintética de Ulysses Wagner ya no era la misma. Los rasgos que imitaba el plástico de su rostro seguían siendo idénticos, los del hombre en su juventud, pero ahora con más detalle y perfección. Era apenas un poco más alto, con los hombros más anchos, y el relucir translúcido de su piel se había suavizado.

—¿Ha tenido que sustituirla entera? —dijo Nielsen. Sintió la curiosidad de tocarlo, y al mismo tiempo cierto asco al imaginar el tacto de aquella piel—. ¿Tan grave fue?

—Oh, tampoco tanto, pero la bomba afectó a las funciones motoras. Era más sencillo obtener una nueva que repararla. Aunque no es que no pudiera permitírmelo, pero preferí un cambio de *look* —dijo Ulysses, sin perder la sonrisa—. Lo que sí lamento es lo que

le ha ocurrido a mi mansión. Reconstruir una casa toma más tiempo que un cuerpo.

Philippa asintió, mareada. Empezaba a entrarle sueño de nuevo, y contuvo a medias un bostezo.

—Ya te dejo descansar, Philippa, ya me marcho. Solo una cosa más antes de irme. Debo pedirte un favor. Uno muy importante.

—Claro, qué menos —farfulló Philippa—. ¿Qué favor es?

Ulysses había sufrido tanto o más que ella en la explosión. Y le había pedido perdón.

—Necesito que me ayudes a encontrar a este individuo.

Le mostró una pequeña pantalla. En ella se reproducía un vídeo; un grupo de chicos que parecían delincuentes juveniles discutían, se peleaban, y uno de ellos sacaba un arma de la mochila y disparaba contra otro.

Philippa reconoció la forma en la que la sangre brotaba del pecho de aquel chaval. Anna Magpie había fallecido del mismo modo ante sus ojos. Aquel tenía que ser el joven James Matsuda, segundo muerto en el lapso de unas semanas.

—Creía que no había imágenes del crimen —dijo, pausando el vídeo—. ¿Cómo ha conseguido esto?

—Tengo mis medios, Philippa, ya deberías saberlo. —Ulysses sonrió—. Fíjate en la cara del tirador. La gorra se la tapa un poco, pero pueden distinguirse sus facciones. Se llama Eric Morris. Es preciso encontrarlo; a él y, si es posible, también al resto de su pequeña pandilla. Quiero patrullas diarias por los bajos fondos. ¿Entiendes?

—¿De esto no debería encargarse el cuerpo de policía local? —dijo Philippa. Hizo zum en la imagen para enfocar el rostro moreno del joven—. ¿Por qué tenemos que hacerlo nosotros? Aunque tengamos más recursos, tampoco es que nos sobren, precisamente…

La risa entre dientes de Ulysses le arañaba los oídos como un pequeño insecto colándosele en el conducto auditivo.

—No, Philippa, no te equivoques. Si te pido que hagas esto es porque es importante. Reprodúcelo de nuevo. Mira, observa ahí, ¿lo ves?

En el fotograma que había seleccionado Ulysses Wagner se veía al criminal rebuscando en su mochila para sacar el arma. Estaba abierta, y había algo al fondo de ella, pero la imagen era demasiado borrosa.

—Lo siento, no sé qué quiere que vea.

—Deberías invertir en unas cámaras oculares, Philippa. Son de lo más útil. Pero no pasa nada; para eso estoy yo aquí, para

prestarte de nuevo mi pleno apoyo. ¿O era al revés? —Volvió a reírse—. Aunque tú no lo distingas con tus pobres ojos humanos, te puedo asegurar que en esa mochila hay, al menos, tres armas más como la que ha usado en su crimen.

Philippa volvió a mirar el vídeo. El cuerpo de Matsuda caía laxo sobre el suelo, sobre un charco de su propia sangre. El asesino guardaba, tras matarlo, la pistola de cristal que había usado en su bolsillo.

—Es el arma de los terroristas —dijo Philippa—. No cabe la menor duda.

—Efectivamente. A ellos aún no les hemos echado el guante. Sin embargo, mientras tanto, puede ser buena idea averiguar cómo lo hacen. Cómo han logrado matar, revertir bruscamente la inmortalidad, cosa que Crane no logró en ocho años de trabajo. Y, tal vez, incluso devolverles su propia medicina. Ojo por ojo, Philippa, ojo por ojo.

—¿Pretende usarla contra ellos?

—Philippa, tú no llegaste a conocer la muerte, ¿verdad? —Ulysses Wagner se le acercó al cabecero de la cama. Plegó la pantalla que le enseñaba. Se sentó en su almohada. Estaba demasiado cerca y ella no podía moverse—. Déjame que te lo explique. Una vez muertos, desaparecerán. Dejarán de ser un problema. No serán como esas absurdas prisiones, en las que no solo hay que mantener alimentados y cuidados a los presos, sino que además te arriesgas a que delincan de nuevo cuando salen de ellas. Un auténtico fastidio. Lo mejor es deshacernos de ellos, ya que han sido tan amables de proporcionarnos la herramienta para hacerlo, ¿no crees?

El cansancio cada vez hacía más mella en Philippa. Los ojos empezaban a pesarle.

—Pero… —dijo, aturdida—. Eso infringe prácticamente todas las leyes que existen. Nos rebajaría a su altura. La Agencia de Protección Genética busca solucionar los problemas en el genoma humano, no matar a nadie. Todo lo contrario.

—Tranquila, Philippa, tranquila. Sé lo que de verdad te aflige. No te preocupes; Laura Snyder no correrá peligro alguno. Y, una vez muertos los terroristas, la tendrás de vuelta sana y salva para lo que necesites. Para arreglar nuestro ADN. Para que la cuides y compenses todo lo que la has echado de menos.

Philippa Nielsen habría querido decir que no, que esa no era su preocupación principal. Pero si Laura Snyder estaba a salvo, si conseguían reparar los problemas genéticos que producía la

Decadencia con su ayuda, entonces poco más importaba.

Estaba demasiado cansada para caer en que, en ocho años de trabajo, Crane no había hecho un solo avance en aquella dirección.

Ulysses Wagner se marchó sin cerrar la puerta. Las voces de las enfermeras, a lo lejos por el pasillo, la acunaron a un sueño inquieto.

50

—¡Gira! ¡Ahora, patada! ¡No, no, la otra pierna, la otra pierna!

El golpe le acertó en el estómago. Johanna escupió el aliento y se dobló sobre sí misma.

—¡Muy mal, Johanna! —dijo Deena, acercándose severa—. Tienes que bloquear el impacto. A ver, mírame, así.

Alzando la vista, sin dejar de agarrarse el vientre, Johanna miró a su madre; estaba haciendo una pose, o una llave, o como quiera que se llamase en el taekwondo aquel movimiento imposible.

—¡Si yo lo intento! —dijo Johanna—. ¡De verdad! Pero es que no me sale…

—A ver, fíjate en Leo. Mira cómo va a bloquear a Elsie, así, con los brazos abiertos…

Probablemente, aquella lección habría sido más efectiva si Elsie no hubiera dado entonces un salto hasta el doble de su propia altura para asestarle un puntapié en el rostro.

—¡Ay, ay, ay! —gritaba Leo cogiéndose la mandíbula con las manos—. ¡Serás bestia! ¡Me la vas a partir en dos!

—Pues a ver si es verdad —dijo Elsie—. Pero la cara no, mejor otra cosa.

Intentando hacer pasar su risa por una tos, Johanna miró hacia el banquillo improvisado; en realidad, tres sillas apoyadas contra la pared, una de las cuales ocupaba Laura.

Desde que habían vuelto del aprovisionamiento, Laura estaba rara: algunos días, más arisca de lo habitual, y otros extrañamente cohibida. Tenía pesadillas a menudo y las oía desde la litera de abajo, pero últimamente parecían haber aumentado en número o en frecuencia. Además, nunca antes había asistido a los entrenamientos de taekwondo que organizaba Deena. No hasta que Johanna se lo había pedido. Aun así se negaba a participar, diciendo que de momento solo prefería mirar.

Y Johanna se *sentía* rara también. Intentaba no pensar en ello, no darle más vueltas al hecho innegable de que, incluso cuando Omega obtuviera su fórmula, no habría esperanza para ella. Laura y Johanna no podrían morir nunca. Eso era lo que significaba ser

inmunes.

Pero trataba de alejarlo de su cabeza, igual que cuando era pequeña. Recordaba aquellas noches en vela, tumbada en la cama, mirando al techo, mientras el terror se apoderaba de ella de pronto y le susurraba al oído que esa era su realidad, que un día su cuerpo se convertiría para siempre en cárcel y carcelero.

Ojalá fuera tan altruista como Laura había pensado que era, se dijo.

—¡Eso no es una llave de taekwondo, Elsie! —gritó Deena, y arrancó a Johanna de sus pensamientos—. ¡Eso es un intento de asesinato! Te he dicho que le hagas un agarre, ¡no que lo asfixies con las piernas!

—Jo, es queee… —se quejó Elsie, soltando el cuello de Leo y brincando al suelo mientras él luchaba por recobrar el aliento.

—¡Es que nada! Ya sé que sabes luchar a tu manera, pero no estás aquí para eso, sino para aprender taekwondo. ¡Y también disciplina, que falta te hace! Si no quieres, ya sabes dónde está la puerta.

—No, no, yo me quedo —dijo Elsie, y volvió a ponerse en posición frente a Leo—. A ver, ¿qué hago ahora?

—De momento, dejar a Leo en paz —dijo Deena, obteniendo un «jo» por parte de Elsie—. Ponte con Johanna. Practicaréis ataque y defensa por turnos.

Mientras repetían movimientos contrarios, como un espejo, Elsie le decía a Johanna en voz baja:

—Madre mía, ya no sé qué hacer con Leo, estoy desesperada. Se está haciendo de rogar. ¡Yo es que no estoy acostumbrada a que me ignoren! ¡Y no sé cómo conseguir que me haga caso!

—Una sugerencia tal vez un poco loca —dijo Johanna, y esquivó un golpe—: ¿has probado a no darle una paliza cada día? ¿O a no acosarle constantemente con chistes verdes? Mírale, si es que está incómodo. Eres una pesada.

—¡Venga ya! Pero ¡si ese es mi método patentado para ligar! ¡Nunca me había fallado! —Elsie trató de dar una patada al aire, pero tomó demasiado impulso y giró sobre sí misma—. A lo mejor tengo que darle *más* palizas… Hmmm…

—¡Nada de palizas! —dijo Johanna, en posición de bloqueo—. Yo se lo diría claramente: «Oye, me gustas, y todo esto ha sido un intento bastante bestia de ligar contigo, ¿quieres dar una vuelta por el lago y lo que surja?».

—A ver, tampoco me gusta *tanto* —dijo Elsie, con las mejillas algo más rojas de lo habitual—. Es solo que, como no me hace caso,

pues tengo ahí la espinita clavada… ¡Y tampoco vayas aquí de experta! ¡Como si fuera tan fácil soltarle «me gustas» a alguien! Díselo tú a Laura, ¿no te jode?

A Johanna le costó unos momentos procesar esa última frase.

—¡¿Qué dices?! —gritó demasiado alto. Y luego añadió en voz baja, mirando de reojo hacia el banquillo—: ¿De dónde has sacado eso? Yo no… Yo nunca…

—Anda, anda, pero si no se puede ser más cantosa —rio Elsie—. Te falta babear cuando la miras. Que, a ver, yo entiendo que es muy guapa, pero córtate un poco…

—Pero ¿te quieres callar? —dijo Johanna, dando una patada que casi le acertó en la cara a Elsie, haciendo que Deena viniera corriendo hacia ellas.

—¡Ten más cuidado! —exclamó su madre, corrigiéndole el movimiento de la pierna—. ¡Tienes que controlar el golpe! Así, metódico, sin emociones. ¿Ves? Ahora, repítelo tú.

La siguiente patada fue algo menos peligrosa, pero tan deforme que Deena soltó un suspiro de exasperación.

—Hay que ver, hija, heredaste todos los genes torpes de tu padre —dijo, colocándole el pie en una posición concreta—. Mira, así…

—Elsie —susurró Johanna, cuando la tuvo al lado—. En serio, que yo no…

—Madre mía —rio Elsie entre dientes—. Iba medio de coña, pero te has puesto tan nerviosa que va a ser verdad y todo.

Deena dio una palmada.

—A ver, cambio de parejas, que no paráis de hablar y así no vamos a ningún sitio. Johanna, tú con Leo; Elsie, tú conmigo. ¡Ataque y defensa, otra vez!

Johanna se colocó en postura de protección, con los brazos levantados hacia Leo, que le dedicó una sonrisa tímida mientras se preparaba para acometerla. Desvió la mirada hacia Laura, en el banquillo, pero la apartó de pronto cuando se cruzó con la de ella.

Pero ¿estaba tonta? ¿Por qué le daba vergüenza mirarla a los ojos? Elsie solo estaba bromeando. Laura era su amiga, nada más.

Claro que le parecía guapa; tendría que estar ciega para no gustarle su cara, o cómo se le formaban hoyuelos en las mejillas al sonreír, o aquella forma de levantar una ceja que era tan suya. Y claro que se lo pasaba bien con ella, riendo a su lado, apoyándola y dejándose apoyar, cogiéndola de la mano… Tenía la piel tan suave.

Además, era la única que la entendía con la inmunidad. Saber que ninguna de las dos podría librarse nunca de la inmortalidad era angustioso, pero solo esperaba que, si Omega encontraba la fórmula

y el mundo se volvía mortal de nuevo, se tuvieran la una a la otra para consolarse. Incluso pensar en la Decadencia se hacía un poco más soportable si era con ella.

Ay, en la que se había metido. Hasta el cuello.

Así absorta, el golpe de Leo llegó como un cañonazo. Le acertó en el pecho, en pleno esternón, con tal fuerza que arrojó a Johanna al suelo.

—¡Lo siento! —exclamó Leo al instante—. ¡No quería darte! ¿Estás bien, Jo?

Johanna tosió, llevándose una mano al pecho y la otra a la cabeza, donde había impactado al caer. Leo intentó ayudarla a levantarse, pero solo le hacía más daño.

—¡Déjala, bruto! —Laura se había levantado del banquillo y acercado a ambos—. ¿No puedes ir con cuidado? ¡Que no hace ni una semana desde lo del golpe!

—Por una vez tiene razón, Leonard —dijo Deena, dando un paso hacia él que le hizo retroceder—. ¡Mira! ¡No sé cómo no le has hecho saltar la costra!

—Tranquila, mamá, no te lo comas…

Johanna cogió la mano que Laura le tendía y se apoyó en ella para levantarse.

—¿Ves? —dijo Laura—. Así es como se ayuda a alguien a ponerse en pie. No esa cosa rara que estabas haciendo, como si quisieras arrancarle un brazo.

—Pero es que tú y yo vamos con ventaja, ya tenemos experiencia haciéndonos de muleta —dijo Johanna, haciendo una pose exagerada de inválida—. Ay, ay, cómo me duele.

—Te estás aprovechando de que soy la mejor muleta que has tenido nunca —rio Laura—. No puedes negarlo, tú misma me lo dijiste.

Johanna también soltó una risita, que se convirtió en risa nerviosa al fijarse en que Elsie las miraba con una sonrisa de oreja a oreja, moviendo las cejas de arriba abajo. Soltó el brazo de Laura y se colocó, de nuevo, en posición de defensa.

—Venga, sigamos, si tampoco ha sido para tanto —dijo Johanna. Le palpitaba la sien. Y el pecho.

—¿Seguro? —dijo Deena—. A ver, agáchate que te mire la herida. No tiene buena pinta. No sé yo…

—Cámbiame por ella —dijo entonces Laura. Señaló hacia el banquillo—. Deja que Johanna descanse un rato y entréname a mí.

—¿Seguro? ¿Tú estás de acuerdo, Johanna? —Deena las miraba alternativamente—. Nunca has practicado artes marciales, ¿verdad?

Tendré que empezar desde cero contigo…

—Sí, no es problema. Me lo he pensado mejor y creo que tenéis razón —dijo Laura—. Nunca está de más saber defenderse. O proteger a alguien.

Cuando Johanna se sentó en el banquillo, apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos y miró a Laura, que se había quedado en tirantes para no pasar calor al entrenar y se había recogido el pelo en una cola de caballo. Sus movimientos eran ágiles y esbeltos aun no habiendo practicado taekwondo jamás; al menos, mucho más que los suyos.

Cuando, después de acertar con una patada en las palmas abiertas de Deena, Laura se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa, Johanna agradeció al puzle genético que hacía que su piel fuera demasiado oscura para sonrojarse.

51

En toda sociedad había sectores descontentos, y a menudo la labor de la clase política basculaba sobre el equilibrio entre complacerles y no hacerlo lo suficiente. A un votante totalmente satisfecho no se le podía guiar como a un burro con una zanahoria atada a la espalda.

Pero, si se descuidaba demasiado a la población, se corría el riesgo de que se radicalizase en el sentido opuesto, de que apoyara a los enemigos del Estado, o de que se organizase en su contra y luchase por sus intereses.

En el Chicago del año 2500, no todos aquellos que temían la Decadencia se volvían terroristas. Algunos formaban partidos políticos —puramente simbólicos, pues ninguna formación que no fuera una de las Tres Grandes había logrado gobernar en los últimos siglos—; otros intentaban aportar sus granitos de arena en el día a día, en sus puestos laborales, o en su escaso tiempo libre; y otros más se organizaban en redes, quejándose del horror al que les había condenado Milton Roosevelt a través de su braquial.

Esto era lo que el Ágora llamaba «apoyos externos». Distintos grupos de personas cuyos intereses se alineaban con los suyos, con los que ocasionalmente habían colaborado; les habían proporcionado instrumental de laboratorio, o fondos, o simplemente difusión en las redes públicas contra la campaña de desprestigio que estaban llevando a cabo los medios, acusándoles de la muerte de King y de las explosiones en la Zona Residencial de Chicago.

Y estaban perdiéndolos. Así informaba Jerome, recién llegado al refugio, de la situación precaria en la que se encontraban sus apoyos.

—Se están cabreando —decía, mesándose el cabello—. Los científicos llevan más de dos meses sin recibir instrucciones de Omega. Los médicos piden avances, aunque sean escasos, o como mínimo informes de situación explicando que haya un parón en la investigación. Los Predecas se plantean retirar su aval si no movemos ficha pronto…

—«¿Predecas?» —susurró Johanna al oído de Halley.

—Viene de «Pre-Decadentes» —le contestó esta—. Son un pequeño partido político formado por personas que se acercan a los dos siglos de edad, para defender sus intereses.

—Yo he intentado aplacarles todo lo posible —continuó Jerome —. Pero es que tienen razón. Últimamente estáis desaparecidos, y no solo físicamente, que lo entiendo, sino que no parece que haya ningún progreso en el plan. Les he dicho que aún estáis reorganizándoos después de la batida en vuestra antigua base, que no tenéis recursos, que estas cosas toman tiempo… Excusas baratas, así que no sé cuánto durarán. Tenéis que hacer algo *ya*, o los perderemos.

Alpha se recolocó en la silla donde estaba sentada.

—Hablaré con Omega —dijo, con sequedad—. Tengo entendido que está encontrando problemas en cierto proceso químico, y por eso se ha ralentizado el desarrollo.

Laura, desde el otro lado de la mesa, la observaba con una ceja levantada, conteniéndose a duras penas.

—Más vale que le metáis prisa —dijo Jerome—. Se acerca la fecha y, si no lo tenéis para entonces, no puedo aseguraros los apoyos.

—De momento, no hay estimaciones. —Alpha suspiró y miró hacia las escaleras que bajaban al laboratorio de Omega—. Pero me temo que no, que no estará listo para el aniversario.

—Es una lástima. Sería el momento ideal para resolverlo todo. Os condecoraría ante la opinión pública. Imaginad las portadas, las noticias, las redes enteras: «Desaparece la Decadencia en el aniversario de la difusión de la inmortalidad», «El delito del profesor Milton Roosevelt, vengado en la misma fecha de su comisión», «Las víctimas de la negligencia del grupo veinticuatro por fin descansan tranquilas».

Alpha, cruzada de brazos, pareció dudar un instante.

—Se lo recordaré a Omega. Estoy de acuerdo en que sería una fecha ideal para llevarlo a cabo, pero no depende de mí. Estamos haciendo todo lo posible.

—Desisto —dijo Jerome, y se levantó de la silla, palmas en alto —. Yo sí que he hecho todo lo posible, por mi parte. Sobre todo, llegar hasta aquí. Mira que os habéis escondido bien del mundo, ¿eh? Solo os pido que no os escondáis también de quienes luchan por vosotros.

Cuando acabó la reunión, Johanna sentía una angustia en el pecho con la que no sabía qué hacer. Ya no cabía pensar que era solo cosa suya, que se lo estaban imaginando, o que eran unas niñas

impacientes.

Iba a levantarse, como el resto, pero Laura seguía sentada; le dirigía una mirada que parecía decir «no te vayas, aún hay más». Y cuando en el salón solo quedaron Alpha, Johanna y Laura, esta última habló:

—Sé que nos estáis mintiendo —dijo, ante el asombro de Johanna y el gesto firme de Alpha—. O, por lo menos, nos ocultáis algo.

—Ojalá supieras de lo que estás hablando —dijo Alpha, que estaba levantándose con su lentitud habitual, recogiendo sus documentos de la mesa—. Anda, marchaos. Hoy no tendréis aféresis. No bajéis al laboratorio.

—Demasiado tarde —dijo Laura—. Ya bajamos cuando no debíamos. Y escuchamos algo que no deberíamos haber oído. ¿Verdad, Johanna?

Johanna asintió, con cautela.

—Oímos vuestra discusión, el día que murió King —dijo Johanna, y vio como Alpha fijaba sus cámaras oculares en ella. Sus iris metálicos parecieron relumbrar—. Estábamos detrás de la puerta. Lo escuchamos todo.

—¿Ah, sí? Dime, entonces, ¿qué es lo que dijimos, exactamente? —Alpha hablaba despacio, midiendo sus palabras—. Decidme. ¿Qué escuchasteis que os hizo pensar eso?

—Pues… —Johanna dudó—. Estabas intentando convencer a Omega de que hiciera algo. De que no lo retrasara más.

—También hablabais de una caja fuerte —añadió Laura—. Y había algo en ella que era importante. Omega se negaba a trabajar con lo que había dentro, si recuerdo bien.

—¿Eso es todo? —Alpha sonrió. Era una sonrisa triste. Decepcionada, tal vez—. Bueno. Siento que os hayáis hecho ilusiones, pero no hay ninguna conspiración. Solo hay un genetista con depresión severa y una amiga intentando ayudarle a salir del pozo. A que se enfrente a sí mismo y siga adelante. Eso es todo.

Johanna tragó saliva.

—No sabía —dijo—. Lo siento…

—No pasa nada. Solo seguid como hasta ahora, asistiendo a la aféresis regularmente y confiando en nosotros. Es todo lo que podéis hacer, y ya es mucho.

Pero Laura había vuelto a alzar la ceja, cruzada de brazos, y miraba fijamente a Alpha. Esta seguía apilando documentos en una pequeña pila para llevárselos consigo.

—¿Y la caja fuerte? —dijo Laura—. ¿Qué tiene que ver eso con

la depresión? ¿Nos lo puedes explicar?

—No. —Alpha dejó los papeles sobre la mesa con un golpe seco —. Hay cosas que, simplemente, no son de vuestra incumbencia. Apenas lleváis aquí unos meses. No pretenderéis que se os ponga en bandeja toda nuestra información clasificada. Por muy inmunes que seáis, seguís siendo unas niñas.

—Pero eso no es justo —dijo Johanna—. Estamos dando nuestra sangre por la causa. Aunque no llevemos mucho tiempo aquí, toda nuestra vida ha girado en torno a esto… A mí me hicieron así a propósito. A Laura la encerraron en la Agencia durante años. Creo que tenemos derecho a saberlo, ¿no?

—Tú misma lo has dicho, Johanna. Laura Snyder ha pasado años colaborando con la Agencia. ¿Estás segura de que podemos fiarnos de ella? ¿Y de ti? —Alpha se le aproximó. Desde tan cerca, sus ojos se veían a través, y la maquinaria brillaba en su interior—. Decís que lleváis toda vuestra vida girando en torno a esto. Veinte años. Tal vez ni eso. ¿Creéis que es mucho? Para vosotras, veinte años son una vida entera, pero para nosotros no es ni un suspiro.

—Pues a mí, más que el cuánto, me importa el porqué —le espetó Laura, y se puso en pie—. ¿O se os olvida que somos las únicas que no vamos a sacar beneficio alguno de todo esto? ¿Que no vamos a poder morirnos nunca, ni siquiera cuando Omega termine su maldita fórmula? ¿Eso no cuenta para nada?

Johanna se tapó la boca con las manos.

—No —dijo Alpha—. Efectivamente, eso no garantiza nada en absoluto.

Terminó de recoger los papeles, se los puso bajo el brazo y se dirigió hacia el sótano. Laura caminó tras ella, diciendo:

—Entonces, ¿qué? ¿Qué más queréis de nosotras? ¡Os hemos dado todo lo que teníamos! ¡Nuestra sangre! ¡Nuestras vidas, por cortas que sean! ¿Y eso no es suficiente?

—Ganaos nuestra confianza. —Alpha la interrumpió, sin mirarla, bajando ya por las escaleras—. Del todo. Eso incluye no espiar detrás de las puertas cerradas. Y tal vez pensaremos si merecéis saber lo que hay dentro de esa caja fuerte.

El sonido metálico de sus pasos se fundió con el de la puerta del laboratorio al cerrarse.

—Dios —dijo Laura, tapándose la cara de frustración—, te juro que no la aguanto. Y pretenderá que no escuche lo que están diciendo, después de eso. Venga, vamos abajo, corre.

Johanna dudó un momento. Un momento muy corto, que se acabó en cuanto Laura la cogió de las manos y le dijo «Anda, va, si

no se van a enterar» en un susurro al oído, y se le esfumaron todos los conflictos morales de un soplido, como semillas de diente de león.

52

Algo había cambiado en Philippa Nielsen desde el domingo de Pascua. Su pie, su casa, su calle. Y su interior.

Tenía miedo.

Philippa había sufrido graves daños antes, en su labor de capitana, y no por ello había dejado de arriesgarse al frente de su escuadrón. Lo asumía como parte del oficio.

Pero aquel ataque había sido fuera de los muros de la Agencia, en aquellos breves y escasísimos momentos en que no estaba trabajando. En un domingo de fiesta. En la puerta de su propia casa. Y no había podido hacer nada para evitarlo. Solo dispararle a tiempo a aquel fanático, justo antes de que se abalanzase sobre ella, de que se acercase más y la explosión le alcanzase el cuerpo entero.

«¡Tranquilo espero el día de la angustia, que va a subir sobre el pueblo que nos asalta!», había chillado antes de pulsar el detonador de la bomba que tenía entre las manos. No recordaba su cara. Solo la masa de fluido y carne en que se había convertido.

Y Philippa no dejaba de preguntarse:

«¿Y si vuelve a suceder?».

Había tenido que sacar fuerzas de cada esquina de su cuerpo para hacer el llamamiento. Busca y captura de Eric Morris, presunto asesino de James Matsuda. ¿Se les habría pasado algún fanático religioso más por meter en la cárcel?

También estaba el propio Morris, que tenía en su posesión varias armas letales. No sabía qué preferiría, si otra bomba o una pistola de sangre. Quedar reducida a un puñado de neuronas latientes o, simplemente, morir.

Lo segundo sonaba menos doloroso. De lo primero, tal vez podría resurgir igual que hizo Ulysses Wagner de su Decadencia, insertando su sistema nervioso en una carcasa sintética. Pero no estaba al alcance de su bolsillo, igual que le ocurría a la inmensísima mayoría de la población. El seguro médico de la Agencia, por mucho que le hubiera sufragado los costes de su pie nuevo, ni siquiera se acercaba a cubrir una carcasa completa.

Miedo o no, lo había hecho. Ya estaba dada la alerta. Los

mecanismos de búsqueda se habían puesto en marcha. Y sus escuadrones —no, ya no eran *sus* escuadrones, ya no estaba al frente de ellos— estaban peinando los bajos fondos de la ciudad para dar con la banda de Morris. Todo estaba en marcha, salvo ella.

Le habían aconsejado, al menos, seis semanas de reposo tras la implantación de la prótesis. Aún le molestaba, incluso usando la muleta, pero no soportaba estar tumbada en la clínica, sin trabajar, sin poder hacer nada. Los agentes que antes habían estado a su cargo habían ido a visitarla a la habitación, a desearle que se recuperase, y ella no había podido hacer más que sonreírles de vuelta y sentirse una inútil. Una inválida.

Taylor Crane no había hecho acto de presencia. En parte, Philippa lo había agradecido; no tenía ningún interés en verle la cara. Pero que ni siquiera se hubiera dignado hacerle el teatrillo de rigor era irritante. Iba a hacer que Taylor cooperase con todo el tema de Morris, voluntariamente o no. En parte por rencor, y en parte, aunque no quisiera admitirlo, también por rencor.

Ya solo quedaba el toque final. Mandó la fotografía desde su braquial a la impresora, que se puso en marcha con un rítmico vaivén.

Le dio a la cama un último empujón; aquello le envió un pinchazo de dolor al tobillo, pero quedó en el lugar correcto. No era su casa, cierto, pero ¿qué mejor lugar donde vivir alguien como ella? Ya podía decir que su trabajo era su hogar. Literalmente. Aquel era uno de los habitáculos donde se alojaban los agentes permanentes.

Aquella explosión le había arrebatado las pocas cosas que le importaban fuera de la Agencia. Tanto mejor para ella. Tampoco eran necesarias. Solo habían sido recuerdos vivos o muertos.

La impresora estaba terminando de escupir la imagen. Bien. Cuando la colgase, podría dejar aquella habitación y regresar a la oficina. Al menos tenía trabajo. Eso era todo lo que pedía.

Su antebrazo vibró.

—Señora Nielsen —dijo una voz desde su braquial. Había esperado un «capitana», no un «señora»—. Creemos haber encontrado una pista. Material genético de Morris. En concreto, un diente con empastes de oro. Sospechamos una pelea entre los miembros de su banda. Estamos localizando posibles escondites…

—Envíenmelo todo al despacho —contestó Nielsen—. Enseguida voy.

Un pitido largo desde la impresora anunció que la fotografía estaba lista.

Philippa Nielsen contuvo el aliento. Sacó la imagen de la bandeja. La colocó en el marco. Lo colgó en la pared.

Y observó desde la puerta de su nuevo hogar el retrato de Oreo VIII, que la miraba con sus ojos amarillos como faroles, como recriminándole con uno de sus largos maullidos que le hubiera dejado atrás.

53

Deena Lowe no estaba acostumbrada a dejarse llevar. A que otra persona mandara más que ella. Aun así, si se ganaba su respeto, podía intentarlo; Alpha, por ejemplo, lo había hecho. Admiraba su carácter.

Omega era otra cosa. Trabajaba con él día tras día, pero aquel humor afable suyo solo servía para ponerle de los nervios; eso y su parsimonia, su falta de prisa, su «hay que seguir intentándolo, poco a poco, el tiempo que haga falta…». En el laboratorio, rodeada de matraces y secuenciadores, reinaba un caos total.

—Aquí sigue faltando algo —le dijo Deena una tarde, durante la aféresis, echando a un lado una navaja de afeitar para alcanzar un tubo de ensayo—. Tenemos una cantidad más que de sobra de linfocitos, pero falta… No sé. Es como si estuviera incompleto. Y ni siquiera hemos llegado aún a plantearnos qué medio vamos a usar para hacerlo llegar al mundo. ¿O es que pretende ir disparando con una pistola a cincuenta mil millones de personas?

—No, no, por supuesto. Pero cada cosa a su tiempo…

«Sí, y los nabos en Adviento», completó Deena el refrán para sí, mientras ajustaba la lente de su microscopio.

—Me aburro —dijo entonces Laura Snyder, sentada en el asiento, mirando cómo la sangre le salía del brazo por el tubo—. Me aburro muchísimo.

—Pues es lo que hay —dijo Deena—. No estamos aquí para contaros chistes. Estamos trabajando.

—Ay, mamá, no seas tan borde —dijo Johanna.

—Chistes no, pero ¿y si nos contáis lo que estáis haciendo con nuestra sangre? —dijo Laura.

—¿Por quinta vez, te refieres? —dijo Deena—. ¿De verdad?

—A ver, yo lo he intentado entender, que conste, pero es que no sé si os explicáis fatal o soy yo que no tengo ni idea de ingeniería genética…

—Pues entonces otra cosa —intervino Johanna—. Por ejemplo, ¿cómo empezó todo esto?

—¿A qué te refieres, Johanna? —dijo Omega.

—A todo esto, en general. —Johanna hizo un ademán como para abarcar la estancia entera, con la mano que tenía libre—. Al Ágora. A vosotros, a Alpha y a Omega. ¿Cómo decidisteis fundarlo? Algo tuvo que pasar, no os levantaríais un día y diríais: «Venga, va, me apetece formar una organización terrorista».

A Omega le temblaron en las manos los matraces que llevaba y tintinearon entre sí un momento.

—Es una buena pregunta —dijo—. Me alegro de que me la hayas hecho. Pero para respondértela tengo que contaros no solo mi historia, sino también la de Alpha, y dudo que a ella le hiciera especial gracia.

—Da igual, cuéntanoslo —dijo Laura—. Prometemos no decirle nada a Alpha, ¿verdad, Johanna?

—Somos una tumba. Y tú también, mamá, ¿a que sí?

—Estas niñas… —suspiró Deena—. ¿No veis que es la intimidad de otra persona?

—No se preocupe, señora Lowe. En realidad, no creo que le molestase. Solo le da algo de vergüenza, ¿sabéis? Pero os advierto: no es una historia divertida. Tampoco es demasiado triste. Es nuestra, simplemente, para bien o para mal.

Deena se sentó junto a su hija y a Laura para escucharla mientras unas muestras de sangre terminaban de procesarse. Las dos jóvenes se cogieron de la mano cuando Omega empezó a hablar:

—Yo era ingenuo en aquel tiempo. Necio, tal vez. Trabajaba en el mayor laboratorio del país, en la universidad de Stanford…

—¿Dónde está eso? —le interrumpió Laura—. No me suena.

—A mí tampoco, y eso que hace nada estaba mirando dónde estudiar después del examen de acceso…

—Ya no existe. Fue hace muchos años —dijo Omega—. Pero eso no importa. La cuestión es que yo estaba enamorado de mi trabajo, más que de la madre de mi hija. Y no me di cuenta de mi error hasta que fue demasiado tarde. Ellas se fueron y yo me quedé aislado. No estoy orgulloso de ello, pero en aquel momento intenté buscar una forma de quitarme la vida. Acabé volcándome en algo que siempre me había horrorizado: la muerte. No quería pasar una eternidad Decadente echándola de menos. Sin embargo, no podía investigar libremente a la luz del día por temor a la Agencia, ni tenía los recursos para hacerlo de manera clandestina; estaba atado de pies y manos.

—Vaya culebrón —le susurró Laura a Johanna.

—¡Eh! ¡Que os estoy oyendo! —dijo Deena—. ¡Un poco de

respeto!

—No pasa nada. Es un culebrón, lo reconozco. —Omega sonrió, amable—. Fue más o menos entonces cuando conocí a Alpha. Ella trabajaba en el sistema penitenciario; sus padres eran fabricantes de armas, y lo habían perdido todo con la Decadencia y la Segunda Guerra Civil. Entramos en contacto y comprobé que nos unía un objetivo: odiábamos a Milton Roosevelt y lo que había causado, y queríamos dedicar nuestra vida a borrar todo rastro de su crimen. Alpha tenía los medios para hacer frente a la Agencia y a Ulysses Wagner, así que me ayudó a escapar de mí mismo. De esa inmovilidad, de no poder hacer nada, de sentirme atrapado en mi propio cuerpo inmortal; esto era así porque, lo admito, mi intención en aquel primer momento seguía siendo matarme.

»Desaparecimos del mundo. Nos ocultamos. Fuimos reclutando, poco a poco, a gente afín a nosotros. A Sabrina, que entonces tenía otro nombre distinto, igual que Elsie, y Alpha, y yo mismo; a Jerome; a Halley… Todos huíamos de la inmortalidad. De la Decadencia. Por nosotros mismos o por otra persona. Y, poco a poco, llegamos hasta aquí.

—Pues vaya —dijo Laura—. Yo esperaba algo más.

—Ya os lo dije: no es más que nuestra historia. Y las historias de verdad no suelen ser tan fascinantes como en las películas.

—Dale las gracias, Johanna, por lo que os ha contado —dijo Deena—. Si lo ha hecho, es porque confía en vosotras.

—Eso es mentira —interrumpió Laura—. En nosotras no confía nadie. Si confiasen de verdad, no nos estarían contando batallitas. Nos enseñarían lo que hay dentro de esa caja fuerte. ¡Yo sí que odio a Milton Roosevelt, y no esta gente! ¿Cómo pretenden borrar su crimen si esto no avanza?

—Laura, no…

—No, déjame, Johanna. Es que me parece de locos. Si de verdad os importase, si de verdad os diera el mismo asco que me da a mí pensar en la Decadencia, no estaríais ahí cruzados de brazos diciendo que hace falta más tiempo. ¡Que os escuché detrás de la puerta! ¡Que estamos apoyándoos solo por nuestro odio al profesor Roosevelt, porque ni siquiera podremos morirnos cuando lo logréis, si es que lo lográis algún día! Vamos a acabar Decadentes y podridas igual que Roosevelt, hagamos lo que hagamos.

Omega suspiró.

—Tienes razón, Laura. Tienes mucha razón. Lo arreglaré. Lo arreglaremos. Te lo prometo. Por cierto, Deena; cuando acabemos la aféresis, quédate. Quiero enseñarte algo.

54

¿Cuánto tiempo llevaba Sabrina sin salir de su taller? ¿Cuándo había sido la última vez que habían visto su cara a la luz, aunque fuera solo la del lago? Al menos, ya no era el reflejo de las pantallas azules que se comían su piel. Las ojeras le surcaban el rostro como hechas por un arado. El blanco de los ojos se le había manchado de derrames rojizos.

—Os presento a Blade —dijo Sabrina, orgullosa, haciendo una reverencia exagerada hacia la puerta.

Del edificio surgió el cuerpo que reconocían como Blade; incluso vestido, podían distinguir que había piezas en su carcasa que habían sido sustituidas.

—Hola —dijo Blade con su tono monocorde—. Me alegro de conoceros de nuevo. Sabrina me ha hablado mucho de vosotros.

—¿Que le has hablado…? —dijo Johanna—. Pero si ya nos conocía.

—Ha perdido casi toda su memoria episódica: no recuerda nada de lo que vivió hasta después del cortocircuito —explicó Sabrina, hablando muy deprisa—. Sin embargo, mantiene su memoria semántica; eso significa que los conocimientos que adquirió hasta entonces siguen ahí. Vamos, que sabe quiénes sois, solo que en un plano teórico, como si lo hubiera leído en vez de vivirlo. Así que… Bueno, tardará un tiempo en volver a acostumbrarse a todos. Unos meses, tal vez.

—Yo no llegué a conocerte, Blade —dijo Laura, tendiéndole la mano—, pero es una alegría verte.

—¡Sí, verte a ti y a Sabrina! —añadió Elsie—. ¡Estabas desaparecida con tanta reparación! Os echaba de menos a los dos, quiero que lo sepáis.

—También tengo un regalito para todos —dijo Sabrina, rebuscando en su mochila con una sonrisa avergonzada—, para compensaros por el tiempo que he pasado ahí metida sin haceros caso. Lo que ocurrió el otro día me hizo pensar que era necesario mejorar los comunicadores: no es justo que solo enlacen conmigo, sobre todo si estoy liada con otra cosa y no puedo haceros caso en

medio de una explosión. Lo siento, ¿vale? Pero aquí tenéis… ¡los nuevos y flamantes comunicadores multibanda!

—¿Multibanda? ¿Qué significa eso? —dijo Deena, cruzándose de brazos ante el aparato que le tendía Sabrina.

—Que podréis hablar los unos con los otros usando el comunicador, sin necesidad de pasar por mí, en cualquier momento.

Johanna se fijó en que Laura había bajado la vista al suelo y se acariciaba un antebrazo izquierdo vacío. Por mucho que tuvieran comunicadores nuevos, seguían usando como base la conexión de sus antiguas braquiales.

—Oye, Sabrina —dijo Johanna, levantando la mano como si estuviera en clase—. ¿Habría alguna posibilidad de que Laura…?

—¡Ah, sí, sí! —exclamó Sabrina, y dio una palmada—. Sabía que se me olvidaba algo. Madre mía, necesito dormir una semana seguida después de esto. Creo que puedo conectarlo a un antebrazo sano, pero tendrías que dejar que te hiciera unas heriditas, Laura. Técnicamente, se considera intervención quirúrgica, creo recordar…

—¿De verdad? —dijo Laura—. ¿Voy a tener un comunicador?

Su ilusión era contagiosa. A Johanna también le daban ganas de sonreír de oreja a oreja, como ella.

—Ay, qué alegría —le diría Laura horas más tarde, ambas sentadas en el separador celular—. No sabes las ganas que tenía de tener un comunicador. Es como la braquial que quería de pequeña.

Habían tomado la costumbre, y ninguna de las dos la había cuestionado, de cogerse siempre de la mano cuando les sacaban sangre. Así, por un momento, parecía que todo en el mundo estuviera bien. A Johanna se le olvidaba que estaban desangrándose por una causa que ya no les beneficiaba; se le olvidaba todo, en aquel instante, excepto la piel suave que había entre sus dedos.

Era así hasta que venía Omega, al final de cada sesión de aféresis, a recoger los recipientes de linfocitos. Y Laura la soltaba para preguntarle, como siempre, cuánto faltaba para acabar con aquello.

—Ya falta menos —decía Omega—. Tranquilas. Está todo bajo control, os lo prometo; Deena y yo estamos buscando un factor que nos falta para completar el prototipo, y después podremos iniciar la siguiente fase. Tomad, bebed agua, que habéis perdido mucho líquido. Chloé ha preparado unos bocadillos para vosotras.

Una parte diminuta e irritante de Johanna le decía por dentro que, si aquello suponía seguir cogiéndola de la mano, no quería que terminase nunca.

—¡Mira, Johanna! —dijo Laura una tarde, saliendo radiante del

taller de Sabrina y sentándose a su lado en la litera de abajo—. ¡Mira lo que tengo!

En el antebrazo, rodeado por una herida recién cauterizada, lucía su comunicador nuevo. Johanna nunca había visto a nadie tan sonriente inmediatamente después de hacerse una cirugía biotécnica.

—¿No te duele?

—¡Qué va! —dijo Laura—. ¡Esto no es nada! ¡Y ahora tengo por fin un comunicador!

—¿Tantas ganas tenías? —rio Johanna—. ¿De verdad? Entiendo que no tuviste braquial de pequeña, pero, anda, vuelve a ponerte el vendaje o no se te curará bien…

—¡Claro! No solo por lo de la braquial… —Laura se enrolló de nuevo la gasa alrededor del brazo—. Es que, bueno, después de lo que pasó… He tenido pesadillas.

—¿Pesadillas? ¿Con qué?

—Bueno, más de las normales, quiero decir. —Se mordió el labio—. De esas ya te había hablado, que soñaba con mi madre, con los túneles, la Agencia… En fin, estaba acostumbrada. Pero a partir de la explosión cambiaron.

—¿Que cambiaron? ¿Y cómo son ahora?

—Apareces tú.

Johanna sintió que el estómago se le caía a los pies.

—¡No, no! —dijo Laura rápidamente—. No pongas esa cara, no quería decir eso. Sueño que estamos otra vez en aquella explosión, ¿sabes? Casi todas las noches. Y que…

A Laura se le habían enrojecido las mejillas.

—¿Y que…? —dijo Johanna, animándola.

—Te perdía. —Laura evitó su mirada, pero sus manos buscaron las suyas sobre la manta—. Te perdía entre la avalancha de gente cuando empezó todo aquello. O te perdía cuando te pillaban los policías que había en el edificio. Pero en la mayoría te perdía entre los escombros, cuando me apartabas de esa viga, y ya no volvía a verte. Y en el sueño yo sabía que, si tuviera el comunicador, podría salvarte, ¿vale? Que, estuvieras donde fuera, si tan solo te pudiera hablar por la pantalla, te encontraría. ¿No es absurdo?

Estaba tan lejos de ser absurdo que a Johanna le costaba responder. Así que se quedó callada. Apretó la mano que había encontrado la suya. Y sonrió a los ojos que se habían vuelto a atrever a mirarla.

La alegría de Laura por el comunicador no se extendió a Alpha. A cualquier oportunidad, aprovechaba para echarles en cara que le

ocultaban algo, o que todo iba inexplicablemente despacio; Alpha respondía con regañinas e indirectas y Omega con disculpas afables. Johanna a veces se sumaba a estos reproches, pero no parecían surtir ningún efecto.

Al menos, no hasta que los fundadores del Ágora salieron juntos del laboratorio una tarde de mayo.

La mera presencia de Omega fuera de su sótano bastaba para indicar que aquello no era normal.

—He escuchado más conversaciones suyas —le dijo Laura al oído, sentada en el suelo a su lado ante el frontal del refugio. Todos estaban allí, expectantes, y Alpha y Omega de pie en el centro—. No decían nada comprensible. Creo que hasta estaban usando palabras en clave por si acaso les espiábamos otra vez. Así que, bueno, que sea lo que tenga que ser. Yo ya no espero nada.

A la luz del lago, la prótesis metálica de la mandíbula de Alpha relucía, y el cráneo calvo de Omega parecía una bola de cristal de obsidiana negra.

—Amigos, amigas, tengo algo que deciros. Entiendo vuestra preocupación por el futuro del Ágora y por el buen fin del plan —dijo Omega, con las manos entrelazadas sobre su vientre—. De verdad que la entiendo. Os entiendo. Yo también estaría nervioso y preocupado si no estuviera trabajando sobre el material genético con mis propias manos; os aseguro que es una labor de precisión y de tiempo. Pero por eso estoy aquí: ha pasado *mucho* tiempo. Más del que pensábamos. Y os quiero dar las respuestas que necesitáis.

—No lo puedo creer —le susurró Laura a Johanna—. ¿De verdad va a hacerlo? ¿Por fin? No será otra charla como la que nos dio Alpha, ¿no?

—Chis, que no oigo —dijo Johanna.

—Pero eso no va a ocurrir hoy —continuó Omega, y la cara de decepción de Laura se fue intensificando según seguía la frase—. Ocurrirá el 15 de junio. Vamos a organizar una reunión en uno de nuestros puntos de encuentro, a la que invitaremos a todos nuestros apoyos clandestinos. ¿Oyes, Jerome? Es tu labor transmitirle esta información a los científicos, a los médicos, a los Predecas, a todos. Confío en ti.

Jerome suspiró y se estiró, con los brazos apoyados detrás de la cabeza.

—Bueno, supongo que es mejor que nada —dijo—. Pero te lo advierto, Omega: si convocas una reunión en el aniversario de la fecha en que Milton Roosevelt difundió la inmortalidad, tus apoyos van a estar esperando que les digas que ya lo has resuelto. No creo

que atrasarlo más sea la solución.

—Soy consciente, Jerome, pero gracias por el aviso. Te ruego que cumplas con tu misión y les informes de la fecha. Sé que eres capaz de hacerlo muy bien.

—De acuerdo, de acuerdo. Aunque necesitaré refuerzos: quedan casi dos semanas para el aniversario. Si lo difundo yo solo, no sé si llegaré a tiempo.

—Llévate a Terrence —dijo Alpha—. La Agencia conoce todos nuestros rostros, no hay un temor especial de que a él le identifiquen como exagente antes que a otro. Además, así os protegeréis mutuamente.

—Cierto —dijo Jerome, con una media sonrisa—. Eso lo hacían los antiguos griegos en sus ejércitos: usaban a soldados que se amaban para que luchasen con más fuerza. ¡Hasta ellos conocían el poder del amor!

—¿Y tú no conocerás, por casualidad, el poder de *callarte*? —masculló Terrence, al que le había subido un sonrojo hasta las orejas, casi del mismo tono de su pelo.

Deena, con una sonrisa satisfecha, miraba a Omega.

—Ya lo veréis —dijo—. Este hombre es un genio. Es el genetista más brillante que me he cruzado. No sé cómo lo ha conseguido; creía que no avanzábamos, pero en dos días ha logrado que… Bueno, ya lo veréis el día 15.

—Entonces, queda decidido, si no hay objeciones. Prepararemos la reunión para esa fecha y en ella anunciaremos lo que queréis saber. Tendréis vuestras respuestas. Y gracias por seguir, pese a todo, confiando en nosotros…

Laura se levantó entonces bruscamente, murmurando: «Un anuncio de un anuncio, lo que me faltaba», y volvió a entrar en el refugio, dando tras de sí un portazo.

Johanna corrió tras ella. Y cuando entró en la habitación, la encontró tumbada en la litera de arriba, mirando hacia el techo, con los brazos cruzados. Se acostó en la cama de abajo.

—Eh —la llamó, pero no hubo respuesta—. Oye. Laura.

La única contestación fue un pequeño gruñido por su parte, y Johanna alzó las piernas hasta alcanzar el somier de arriba, sacudiéndolo con los pies.

—¡Ay! —gritó Laura—. ¡No hagas eso, qué susto me has dado!

—Haber respondido —dijo Johanna, plegando las piernas de nuevo—. ¿Estás bien?

—Pues no. Estoy harta. Estoy hasta las narices de todo esto. ¿Qué van a decir el día 15? ¿Que «todo va bien»? ¿Que no tienen

que preocuparse porque todo está en marcha? ¿Lo mismo que nos han dicho ya quinientas mil veces?

—No sé… —Johanna suspiró—. A lo mejor sí que hay algún cambio. Quiero creer que se puede confiar en ellos…

—Yo confié en Taylor Crane, una persona a la que conocía de años —dijo Laura, y los muelles de la cama sonaron al darse la vuelta en ella—, y mira lo que pasó. Me metió dentro de una bomba. Alpha y Omega tampoco se fían de nosotras para decirnos lo que hay en esa caja fuerte, ¿no? Pues lo mismo les digo.

—Necesitas calmarte. Tampoco podemos hacer nada más…

—Lo que necesito es, no sé, no estar aquí encerrada esperando a que pase algo y sin poder quejarme. Necesito…

La vocecilla de Elsie repicó entonces en sus oídos.

—Yo sé lo que necesitas —dijo, cantarina, asomando por la puerta del dormitorio—. Necesitas un buen trago. A mí me ayudó con lo de King, y eso que a ti no se te ha muerto nadie. Anda, ven, alcánzame el alcohol y nos despejamos un poco, ¿vale?

—No sé si…

—¡Vamos, Jo! ¡Tú también! Esto os pasa porque lleváis mucho tiempo sin celebrar nada. ¡Y a veces hay que celebrar, simplemente, que estamos sanas y salvas! Que no nos han atrapado, que seguimos aquí. ¡Venga! ¡Una noche de chicas! ¡Un brindis por el Ágora!

Laura saltó al suelo desde la litera de arriba.

—No —dijo, tendiéndole la mano a Johanna para que se levantase—. No, por el Ágora no. Todavía no ha hecho nada para ganárselo. Vamos a brindar por nosotras.

55

El cerebro era un órgano plástico, maleable por nuestras experiencias, conductas y pensamientos; podía cambiar a cualquier edad, a mejor o a peor. Esa cualidad no había desaparecido en la era de la inmortalidad, pues tener un sistema nervioso que se regenerase por siempre no lo hacía inmóvil.

Si se le administraban sustancias tóxicas, aunque no lo destruyeran físicamente, sí que tenían efectos en su funcionamiento. Las drogas afectaban a los neurotransmisores; los estimulaban o los inhibían, según su naturaleza. El resto del cuerpo era vulnerable; el hígado seguía siendo el filtro del organismo, y el alcohol pasaba a través de él.

Por tanto, el ser humano era perfectamente capaz de emborracharse, con o sin inmortalidad, tal y como estaban demostrando Laura, Johanna y Elsie aquella noche.

En uno de los cuartos de la planta de arriba, de aquellos que en su momento habían sido despachos u oficinas, solo quedaba el vestigio de un escritorio apoyado contra la pared y cubierto de polvo; sobre él había una chica sentada y otras dos en el suelo, con las piernas cruzadas y una botella de un líquido turbio y semitransparente frente a ellas.

—Entonces —dijo Laura, cogiéndola y agitando el poso blanquecino del licor—, ¿cómo decías que se llamaba esto?

—¡*Kilju*! —dijo Elsie, desde encima de la mesa—. Es finés. Significa «infusión casera fuertecita». Está hecho a mano, es facilísimo; solo hace falta azúcar, levadura y agua. Ya ves que sabe fatal, pero es la forma más barata de pillarse un pedo tremendo.

—¿Y no es peligroso hacerlo tú misma? —dijo Johanna—. ¿Y si sale mal y te intoxicas, o algo?

—La idea *es* intoxicarse, Jo. Anda, venga, pruébalo. ¡Tampoco está tan malo! Este me ha salido bastante bien. Tendrías que haber visto el primero que hice.

—No la creas, está horrible —dijo Laura, tosiendo al separarse la botella de la boca—. Pero funciona. O eso creo. ¿Así que esto es estar borracha?

Elsie abrió mucho los ojos.

—¿Nunca te has emborrachado? —dijo—. ¿De verdad?

—¡No, no! —Laura negó con la cabeza muy vigorosamente—. ¡Sí que me he emborrachado! ¡Muchas veces! Solo que… Esto… ¡Fue hace tiempo, y ya no me acuerdo!

—Uy, ¿crees que me vas a engañar a mí? Venga, hombre, si eres una novata y se te nota hasta en el blanco de los ojos.

—Que no, que yo no… —dijo Laura.

Johanna la interrumpió:

—No pasa nada, ¿eh? Yo tampoco he bebido nunca. No hay por qué avergonzarse.

—Madre mía, madre mía, ¡que tenemos aquí un doble estreno! —Elsie dio palmadas—. Bueno, pues hay que estrenarse a lo grande. Vuestra primera cogorza tiene que ser apoteósica. Es una ley de la vida. No lo digo yo, lo dice la Constitución. Hala, ¡a beber!

—Pero si ya estoy bebiendo —dijo Laura.

—Muy bien, muy bien, por ahí se empieza. Porque eso no es estar borracha, ¿eh? Eso es ir con el puntillo, como mucho. ¡Y tú también, Jo! ¡Tómate aunque solo sea un traguito!

Johanna se acercó el licor blancuzco a la cara. Parecía que alguien hubiera embotellado el agua del lago. Sus padres nunca le habrían dejado beber, ni siquiera probar una cerveza, siendo menor de edad. Tampoco había tenido amigos cercanos con los que desafiar a la autoridad parental.

—Venga —dijo Johanna, y le quitó el tapón. Olía a rayos—. ¿Puedo al menos taparme la nariz mientras lo bebo?

—¡Vamos, Jo, del tirón! —Elsie parecía muy ilusionada por toda aquella situación—. ¡Un buen trago!

Sabía aún peor de lo que olía, amargo y ácido a la vez, y Johanna tosió cuando se apartó de los labios el cuello de la botella.

—Te lo dije —rio Laura, y se la quitó de las manos—. Está asqueroso.

—Pero no lo estamos tomando por su sabor, precisamente —dijo Elsie, tumbándose sobre la mesa y rodando sobre la madera—. ¡Esto es para celebrar que estamos aquí! ¡Que en algún pedacito de este mundo de mierda hay tres tías geniales que somos nosotras y estamos vivas y a salvo! ¡Que todo saldrá bien, ya lo veréis!

—Bueno, ya veremos —dijo Laura, tomando otro trago—. Puaj. Creo que cada vez sabe peor.

—¡No, no! ¡Eso no puede ser! Anda, pásamelo. Si es cuestión de acostumbrarse al sabor, eso es todo.

—Mañana por la mañana tenemos aféresis —dijo Johanna, aún

intentando quitarse el regusto de la boca pasándose la lengua por el paladar—. No sé yo si…

—Bah, pero ¿no tienen ya litros y litros de sangre nuestra ahí guardada? —dijo Laura—. Tampoco pasaría nada porque faltásemos…

—¡Así me gusta! —Elsie se escanció el *kilju* en la boca—. Mmm. A ver, esto necesita algo de marcha. ¿Y si jugamos a un juego?

—¿Qué juego? —preguntó Johanna.

—¡Se llama «Yo nunca»! Es muuuy fácil. Hay que decir una cosa, y si no la has hecho nunca, no bebes. Pero si la has hecho, entonces tienes que beber. ¡Venga, empiezo yo!

—Ay, creo que lo he visto en una peli —dijo Laura en voz baja. E inmediatamente añadió—: Digo, sí, ¡claro que he jugado al «Yo nunca»!

—Sí, seguro, con Taylor Crane y con Nielsen, todas las noches —rio Johanna, y Laura le dio un pequeño codazo.

—¡A ver! —dijo Elsie. Carraspeó y miró atentamente a Laura y a Johanna, mientras se le formaba una sonrisa en los labios—. Bueno, empecemos suavecito. Una fácil. ¡Yo nunca…! ¡A mí nunca me han pillado viendo porno!

Elsie se amorró a la botella y dio un trago. Laura negó con la cabeza. Y Johanna, de pronto, recordó uno de los momentos más vergonzosos de toda su adolescencia.

—Elsie —dijo Johanna, en voz baja—. Pásame la botella, anda.

—¡No! ¿En serio? —rio Elsie—. Vaya, vaya, con la niña buena…

Laura la miró beber con una ceja alzada y una risa que intentaba, muy torpemente, esconder detrás de la mano.

—¿Qué pasa? La pubertad es una época muy dura, ¿vale? —Johanna agradeció, ya por enésima vez, que su piel fuera tan oscura —. Y el controlador de sonido de la braquial no siempre funciona todo lo bien que quisieras…

—¡Hala, por reírte, ahora te toca a ti, Laura! —dijo Elsie.

Cuando pudo tomar aliento, Laura habló:

—A ver… Yo nunca… —Parecía pensativa—. ¡Yo nunca he besado a nadie!

—Puf, vaya tontería —dijo Elsie, quitándole la botella de las manos después de que Laura bebiera—. Toma, Jo.

Johanna bebió, recordando a la hija de los vecinos que vivían en su misma calle, en Milwaukee, cuando tenía catorce años. Se llamaba Lanisha. Había llorado cuando se mudó a Cincinatti y ya no volvió a verla. Parecía todo tan lejano.

¿A quién habría besado Laura? Tenía que haber sido con doce

añitos o menos, antes de que la Agencia se la llevase. ¿Habría sido un chico, o una chica? ¿Fue alguien importante para ella? ¿Lloró esa persona cuando Laura desapareció?

—Te toca —dijo Elsie—. Es tu turno, Jo.

—Ah, sí. —No se le ocurría nada interesante. Pero tal vez pudiera averiguar algo más sobre Laura—. Yo nunca he besado a una chica.

Bebió, mirándola por el rabillo del ojo y chillando internamente cuando Laura le pidió la botella para beber ella también.

—Madre mía, vaya par de sosas —dijo Elsie, después de tomar un trago—. ¡A ver, algo más movidito! ¡Yo nunca he puesto cuernos! Y digo poner de verdad, eh, acostarse con otro, nada de besitos.

Elsie dio un sorbo largo a la botella y miró a ambas, que se encogieron de hombros.

—¿Ninguna? —dijo Elsie—. ¿De verdad? Sois demasiado buenas.

—Yo es que nunca… —empezó Johanna, pero Elsie la interrumpió:

—No. No vas a decir lo que creo que vas a decir, ¿verdad? —Dio un saltito desde el escritorio al suelo y se le acercó mucho a la cara, mirándola fijamente a los ojos—. Mira, de hecho, lo digo yo. Os jodéis, os quito el turno. ¡Yo nunca me he acostado con nadie!

Sin quitarles la vista de encima, Elsie bebió.

—¿No? ¿Sois dos virgencitas de Guadalupe? —dijo, y le entró la risa floja—. Bueno, bueno, no pasa nada. Preguntas *light*, entonces. Tal vez debería haber sugerido jugar a «Verdad o atrevimiento», en vez de a esto. A lo mejor así se habría solucionado ese problema…

—¡Elsie! —dijo Johanna, en un susurro gritado.

—¿Qué? Es mi deber como amiga echarte una mano con la chica que te gus… ¡Mmmmmfff!

Menos mal. Había conseguido taparle la boca a tiempo. Laura estaba bebiendo a morro de la botella y —con suerte— no se había enterado.

—¿Qué pasa, qué pasa? —dijo Laura, acercándose—. ¿Qué me he perdido? Ya no sabe tan malo, por cierto. Una vez que te acostumbras…

—¿Ves? La clave es estar tan pedo que no sientas ni padezcas. A ver, que nos vamos del tema. ¡Yo nunca…!

—Eh, que me tocaba a mí —interrumpió Johanna.

Empezaba a notar una especie de zumbido en su cabeza que la aligeraba por dentro.

—Me da igual —dijo Elsie—. Ahora mando yo, que estáis siendo muy lentas. ¡Yo nunca he pensado en besar a nadie de esta habitación! Y ahora estoy pensando en besaros a las dos, así que bebo. ¡Ja! Jaque mate.

—Elsie, me cago en dios —murmuró Johanna mientras Elsie bebía.

«A ver, tengo que pensar una excusa creíble. Algo como lo que ha dicho Elsie, pero tampoco lo mismo, porque entonces es muy obvio. Y no puedo pasar, o me llamará mentirosa y será aún peor…»

En aquello estaba Johanna cuando Laura le cogió la botella de las manos y, mirándola fija y deliberadamente a los ojos, tomó un trago. No apartó la vista de ella en ningún momento, hasta que dejó el *kilju* frente a sus pies.

Y en aquel momento el cerebro de Johanna pegó un grito y se escondió en una esquina de su cráneo. Ya no había nadie al volante en su cabeza, mucho menos ella.

Sin saber muy bien lo que hacía, Johanna cogió la botella de *kilju* y se la llevó a la boca. El borde del cristal estaba húmedo y tibio por donde Laura había bebido, hacía solo unos instantes. Aún tenía los labios brillantes de aquel líquido. Y no podía dejar de mirarlos.

—Elsie —dijo Laura entonces—. Creo que tenías razón. ¿Y si jugamos a «Verdad o atrevimiento»?

—¡Gran idea! —Elsie dio una palmada—. ¿Quién quiere empezar?

—Que empiece Johanna —dijo Laura, y Johanna se atragantó con el sorbo que aún no le había pasado la garganta.

Entre toses y palmadas en la espalda, oyó:

—¿Qué eliges? —dijo Elsie—. ¿Verdad o atrevimiento?

«Mierda. Mierda mierdísima.»

—Si escojo verdad y luego no quiero decirla, ¿tengo que beber? —preguntó Johanna.

—¡No! Si no la dices, ¡tendrás que hacer un reto! Y también beber un trago, eso aparte. Bueno, si te deja algo Laura en la botella, que a este ritmo ya no sé…

—En fin —dijo Johanna. Respiró hondo—. Elijo verdad.

La sonrisa de Elsie no le daba ninguna esperanza. Un mareo se le extendía por el cuerpo, desde la boca a los dedos de las manos y los pies, cosquilleante. Tenía la sensación de que Laura la estaba mirando, pero no quería comprobarlo.

—Veamos, veamos… Señorita Johanna Lowe. ¿Es cierto que a

usted le gusta…? —Hubo una pausa que le sonó kilométrica, y entonces Elsie sacó la lengua—. ¿… la pizza con piña?

Johanna soltó el aliento que estaba conteniendo. Si salía de esta indemne, iba a coger a Elsie y a colgarla por los pelos de lo alto de la lámpara del techo.

—Sí —dijo Johanna—. Reconozco que me gusta echarle piña a la pizza. ¿Qué pasa? ¡Está rica!

—Me has fallado —dijo Elsie, llevándose una mano al pecho y fingiendo que la habían disparado—. Yo que te confié mi amistad, ¿y así me lo pagas? La próxima pregunta no será tan fácil, te lo advierto.

—Nada, nada —dijo Laura, tomando otro trago de *kilju*—. A la cárcel que vas. La pizza con piña es un delito gravísimo, lo sabe todo el mundo.

—¡A ver! Ahora te toca a ti. ¡Laura! ¿Verdad o…?

—Atrevimiento —dijo Laura, sin darle tiempo a acabar la frase, y posando la botella medio vacía en el suelo con más fuerza de la necesaria.

Elsie soltó una risa propia de un villano de dibujos animados.

—Bien, bien. —Se frotó las manos—. Te reto a darle un beso a Johanna…

El tiempo se ralentizó entre sus costillas. Vio a Laura girarse hacia ella con suavidad. Las mejillas le ardían, la garganta le ardía, el aliento mismo le ardía. El corazón latía entre sus sienes en vez de en el pecho.

—… en la punta de la nariz —terminó Elsie.

«Elsie, no sé si te quiero o te odio —pensó Johanna—. Pero voy a ir hacia atrás en tu línea genealógica hasta el siglo XXII solo para poder cagarme en tus muertos.»

Laura chasqueó la lengua y se rio entre dientes, una risita corta y leve que a Johanna le desordenó aún más la cabeza. Pero entonces Laura volvió a coger la botella y se la llevó a la boca, bebiendo del líquido turbio. Con la cabeza volcada hacia atrás, los tragos se le marcaban al bajarle por el cuello.

Cuando Laura se le acercó, gateando muy despacio, Johanna tuvo dos impulsos, los dos contradictorios, los dos brotando de lo más profundo en sus huesos. Uno era el de huir, salir corriendo disparada y cerrar la puerta detrás y evitar todo aquello porque algo, seguro, estaba destinado a salir mal. Otro era el de acercarse ella a Laura antes de que cubriese la distancia entre ambas y que fuera lo que tuviera que ser.

Pero no hizo nada de eso. Tiraban tan fuerte de ella en

direcciones opuestas que se quedó allí, quieta, paralizada, con las piernas cruzadas pegadas al suelo.

Laura estaba muy cerca. Podía contar las diminutas pecas de su rostro, verle las pestañas rubias brillar a contraluz, notar un hilo cálido de respiración correr entre ambas. Johanna cerró los ojos, pero el verde se le coló por debajo de los párpados. Allí, en la oscuridad, hubo un instante vacío. Y luego otro en el que una pluma le rozó la punta de la nariz.

No, no era una pluma. Era más blando, más mullido. Los labios suaves de Laura tocaron su piel y, antes de que se retirasen, Johanna ya estaba echándolos de menos.

Abrió los ojos.

La sonrisa de Laura se había alejado y parecía decirle, divertida: «¿Qué esperabas?». Y entonces Elsie soltó una risa de cerdito que se le contagió a Laura, y ya estaba Johanna también tirada en el suelo partiéndose, y todo le flotaba en la cabeza menos los labios de Laura, que le habían dejado su tacto bordado en donde se habían posado.

Debieron de reír demasiado fuerte, demasiado tiempo, pasada ya la medianoche. La primera en advertir los bufidos entre las risas fue Elsie.

—¡Eh! ¡Callaos! —dijo, pero Johanna y Laura seguían encerradas en su propio uróboros de carcajadas—. ¡Que viene alguien!

Los pasos en los escalones ya resultaban lo suficientemente graves para hacerlas callar. Pero era demasiado tarde.

—¡Corred! ¡Si os pillan bebiendo, os van a echar la bronca por lo de la aféresis! —dijo Elsie—. ¡Y a mí por haberos liado! ¡Escondeos en el baño!

Johanna se intentó levantar, pero le costaba todo lo relacionado con el equilibrio. Desde la escalera, gritos.

—¿Quién anda ahí? —dijo la voz de Deena—. ¿Quién está armando jaleo y no me deja dormir?

—Mierda —dijo Johanna—. No, no, no, mi madre no. Vamos, Laura, arriba.

La cogió del brazo y tiró de ella para levantarla, pero Laura no puso de su parte y casi cayó hacia atrás al hacer fuerza. Además, al ponerse en pie fue como si todo el *kilju* bebido se le subiera a la cabeza y el cerebro le flotase en una tibia sopa de alcohol.

—Hostias —dijo Laura al levantarse, por fin, tropezando con sus propios pies—. Pero si yo no iba tan borracha.

—Ya —dijo Johanna, empujándola hacia el cuarto de baño—.

No, ni yo tampoco. Venga, tira.

—¡Yo os cubro! —susurró Elsie, cerrando la puerta del aseo tras ellas y apagándoles la luz desde fuera—. ¡No hagáis ruido ni salgáis hasta que os lo diga!

De cuclillas en la oscuridad, Johanna apoyó la oreja para escuchar al otro lado, pero solo le llegaban gritos. De la que se habían librado.

—Eh —susurró Laura; y su voz, y su boca, estaban muy cerca de su oído—. Vaya cara se te ha quedado.

—Ah, ya… —dijo Johanna, todo lo bajito que pudo—. Es que casi nos pilla. Qué susto…

—No, no digo eso. —Su risa suave le chocó contra el cuello—. Digo antes. Cuando lo de la nariz.

De pronto Johanna fue muy consciente del calor de su respiración, y del de su propio cuerpo, como si su piel tuviera una temperatura propia e independiente de la de los azulejos del suelo en el que estaban sentadas.

—Ah. —No sabía qué decir—. Sí, supongo…

Tenía la impresión de que la penumbra permitía cosas que fuera de ella eran imposibles. Allí no podían verse, sino solo oírse y sentirse. ¿Estaría Laura oyendo cómo el corazón le chocaba contra el pecho? Tenía que estar notándolo. No podía ser que solo ella percibiese aquel tambor desbocado que tenía entre las costillas. Sentía el latido en todo el cuerpo, en las yemas de los dedos, en lo hondo de su vientre, por dentro de su garganta. La oscuridad le daba vueltas en el cielo de la boca.

Entonces, un sonido entrecortado brotó de entre los labios de Laura. Parecía una queja, un suspiro, algo a medias. Y Laura se alejó de ella; lo supo porque dejó de notar su calor frente a su cuerpo.

—¿Qué pasa? —dijo Johanna—. ¿Está todo bien?

—No sé —murmuró Laura—. La tripa… De repente es como que… Ay.

Johanna se intentó incorporar, tantear a su alrededor, pero el equilibrio le fallaba.

—Es que has bebido mucho —susurró—. ¿Te duele?

—No… —Laura sonaba como un gato quejoso—. No es dolor… Creo que voy a…

Una arcada.

—Espera, espera, estamos en un baño —dijo Johanna—. Tiene que haber un váter por aquí.

Palpó en la oscuridad. El suelo, la pared, un lavabo. La rendija

minúscula de luz que se colaba por debajo de la puerta no bastaba para orientarse. Una bañera. A las malas, podría usarla. Otra vez el lavabo. Y, por fin, la forma inconfundible del inodoro.

—Corre, aquí —dijo Johanna, y tanteó otra vez intentando buscar a Laura. Le plantó la mano en la cara antes de encontrar su brazo y tirar de él hacia la taza.

Le recogió el pelo mientras Laura se inclinaba, pero sin luz no podía estar segura de si lo había hecho bien o solo había empeorado el problema. Si hubiera sido al revés, sus trenzas habrían facilitado las cosas. Estuvieron así un rato, hasta que todo el contenido de su estómago se hubo vaciado, y solo entonces Laura se echó hacia atrás y se sentó en el suelo, gimiendo en voz baja.

—Me encuentro fatal… —murmuró.

—No hace falta que lo jures —dijo Johanna—. Piensa que mejor fuera que dentro.

—Vámonos a dormir —rogó Laura—. Por favor. Esto ha sido un error tremendo…

—Tenemos que esperar a que Elsie nos lo diga. Si no, no podemos salir…

—Quiero irme a la cama —gimió.

Permanecieron sentadas contra la pared, Johanna acariciándole el cabello a Laura y murmurándole palabras de calma. Un par de veces más se levantó e intentó escupir en la taza, y se quedó allí junto a ella respirando fuerte y lamentándose de haberse siquiera acercado a aquel *kilju* del demonio. La propia Johanna sintió que su estómago se revolvía e, intranquilo, se quejaba del licor que tenía dentro.

Por fin, cuando casi empezaban a quedarse traspuestas, apoyadas la una contra la otra, la puerta se abrió y entró Elsie. La luz iluminó la escena del desastre.

—Madre mía, pero qué os ha pasado —dijo Elsie, conteniendo a duras penas la risa tras una mano—. Os dejo solas un rato y acabáis destruidísimas.

—Elsie, te odio —dijo Laura—. No voy a volver a beber nunca. Esto es horrible.

—Sí, sí, eso también lo dije yo mi primera vez —rio Elsie—. Anda, vamos, arriba. Creo que he logrado que tu madre se trague que me reía yo sola, Jo. Me debes una.

—No te debo nada —dijo Johanna, apoyándose en la pared para levantarse—. Después de cómo me la has liado toda la noche es lo *mínimo* que podías hacer.

—Pero ¡si eso también era un favor!

—Sí, claro, dos favores, no te digo…

Laura apenas se tenía en pie.

—Dejadme. Dejadme dormir en la bañera —dijo, al sacarla del baño.

—Venga, venga, que mañana será otro día —decía Elsie—. Uno de resaca, pero bueno, a lo mejor ni te acuerdas de todo esto…

Si hubiera ocurrido algo entre ellas, ¿no lo recordaría? A Johanna eso le encogió las tripas. Menos mal que no había pasado nada, entonces.

La llevaron casi arrastrando escaleras abajo, instándola a andar en vez de solo empujar los pies hacia delante. Era muy difícil cargar con alguien que no quería esforzarse por caminar.

—Yo soy mejor muleta que tú —murmuró Laura, con una pierna en un escalón y la otra dos peldaños más abajo.

—Pues yo soy menos quejica —dijo Johanna—. ¿Quieres hacer el favor de moverte?

—No. Quiero dormir…

Cuando lograron llegar al dormitorio, Elsie les abrió la puerta. Les indicó silencio con un dedo en los labios, pero Johanna tropezó y casi confundió su cama con la de la pared opuesta, aunque era fácil de ver y además la única que estaba vacía.

—Aquí estamos —dijo Johanna, depositando a Laura en la litera de abajo.

—Pero esta no es mi cama…

—Claro que no, pero es que no puedes subir ahí arriba en estas condiciones.

—Uy, es verdad… Está muy alto, me voy a caer. No quiero caerme. No me sueltes.

Le ayudó a abrir la cama, tarea con la que Laura parecía tener arduas dificultades motrices, y cuando se hubo metido en ella se encaramó a la escalerilla para subir a la otra litera. Hasta a Johanna le mareaba trepar a ella, pero podía hacerlo sin demasiado riesgo para su integridad física.

—Oye, no —susurró Laura entonces—. No te vayas, porfa.

—Yo también quiero dormir, Laura…

—Ya, pero no te vayas… Quédate conmigo.

El brillo tenue del lago se filtraba por las cortinas. Le iluminaba la cara como una gasa de luz. Tenía los ojos cerrados.

—Por favor —insistió Laura—. No te vayas. No quiero perderte…

Johanna le pasó una mano por la mejilla.

—Está bien —susurró—. Está bien. Anda, hazme un hueco.

Laura se echó un milímetro hacia un lado; Johanna suspiró y se metió en la cama, intentando no pegarse demasiado ni darle ningún codazo al colocarse de espaldas a ella. Escuchaba su respiración. La tenía tan cerca que no sabía si iba a poder dormir. Pero el alcohol la arrastraba, al cerrar los párpados, e intentó dejarse llevar…

Entonces los brazos de Laura la rodearon por detrás, y la sintió abrazarse a su cintura, acurrucarse contra ella como si fuera un peluche.

Y Johanna se durmió con una sonrisa en la cara y una esperanza en el pecho.

56

Independientemente de la talla o peso de una persona, o de cuánto hubiera bebido, la velocidad a la que el cuerpo humano eliminaba el alcohol era invariable. No importa si medía metro ochenta o metro cuarenta y siete; cuando la concentración de alcohol en sangre alcanzaba el punto de no retorno, solo el tiempo podía curarlo.

Por tanto, era fácil calcular qué número de horas hacían falta para que alguien estuviera completamente «limpio» y en su sangre no se encontrase ninguna molécula de alcohol.

Ni siquiera se acercaba a las que Johanna y Laura habían dormido aquella noche.

Cuando el despertador sonó a las ocho de la mañana, lo primero que pensó Johanna fue que la litera de arriba debía habérsele caído encima.

Era la única manera de explicar que se sintiera igual que si le hubiera pasado por encima una manada de elefantes. También era la única justificación para el hecho de que Laura estuviera en su cama, abrazada a ella con brazos y piernas.

Habría sido bastante más agradable despertar así si ambas no estuvieran sudando. Hacía un calor espantoso entre las sábanas, y el sudor les olía a alcohol de tal manera que parecía que lo hubieran destilado por los poros.

Intentó levantarse sin empujar demasiado a Laura, pero pronto fue evidente lo imposible de aquel objetivo. Tuvo que agarrarla y separarla con bastante fuerza para poderse arrastrar fuera de su alcance, pues aun dormida seguía intentando abrazarla. Pero por muy bonito o cómico que resultara aquello, Johanna necesitaba urgentemente salir de allí e ir al baño.

Cuando por fin lo logró, divisó a Elsie hablando con Sabrina al fondo del dormitorio, fresca ya no como una rosa, sino como un rosal entero. Estaban riendo. Como le hubiera contado algo, se iba a enterar.

Sentía su cuerpo quejarse de existir a cada paso hacia el aseo; al cruzarse en la puerta con su madre, su mirada le dijo que,

efectivamente, Elsie no había logrado engañarla ni por un instante.

—Qué, anoche bien, ¿no? —dijo Deena, con las ascuas en la mirada a punto de prender.

—Yo… —murmuró Johanna, bajando la vista y cerrando los ojos en preparación para la bronca.

—Anda, lávate esa cara y pídele a Miranda algo para la resaca —dijo su madre—. Luego hablaremos tú y yo seriamente.

Algo más aseada pero no menos destruida, Johanna volvió a su litera; Laura había pasado a abrazar la almohada y seguía dormida, pese a los intentos de Elsie por despertarla: estaba dándole patadas a su litera. Lo hizo hasta conseguir que Laura abriera los ojos y gimiera un par de improperios.

—Elsie, te odio, te voy a tirar al lago —dijo Laura, tapándose la cara con una mano e intentando apartar a Elsie con la otra—. ¡Quita! Déjame…

—No si lo hago yo antes —dijo Johanna, y se apretó las sienes con los dedos—. ¿Quieres dejar de hacer ruido?

—Venga, vamos, ¡arriba! —decía Elsie, con una sonrisa tan radiante como si nada hubiera ocurrido la noche anterior—. Deberíais beber agua, es lo mejor para la resaca. Dicen que es por la deshidratación…

—Espera, ven, que te voy a dar yo agua —dijo Johanna, e intentó atraparla, pero se le escabulló y echó a correr escaleras arriba.

Johanna desistió; no tenía energías más que para sentarse en la cama.

—¿Seguro que el *kilju* ese no era en realidad el invento de Omega para la mortalidad? Porque creo que me estoy muriendo —dijo Laura, agarrándose la tripa y haciéndose un ovillo—. Esto es horrible.

Johanna, sentada a su lado, le acarició el brazo en un intento de consolarla y de distraerse de su propio dolor de cabeza. Visto fríamente, tampoco es que hubiera pasado *nada* aquella noche. Nada más que miradas, susurros, y un beso en la punta de la nariz. Todo lo demás había ocurrido solo en su imaginación.

—Eh, chicas —dijo entonces Halley, acercándose—. ¿Estáis bien? ¿No bajáis al laboratorio?

—Bueno… —dijo Johanna—. No sé si estamos en condiciones para la aféresis, la verdad…

—Qué más da, un poco más o menos de sangre —masculló Laura, encogiéndose sobre su vientre—. Si ni siquiera están haciendo nada útil con ella. Solo perder el tiempo.

Halley trajo del laboratorio un aparato para pincharles las yemas de los dedos y comprobar que, efectivamente, si trataban de extraerles linfocitos en aquel momento, les destilarían algo bastante más parecido al vino tinto que a la sangre.

—Dice Omega que bueno, que por la tarde estaréis el doble de tiempo para compensar, y que descanséis un poco —dijo, riendo—. Anda, que ya os vale.

Laura le respondió con una curiosa mezcla entre gemido y gruñido, tapándose la cabeza con la almohada de Johanna.

—Que alguien me arranque el estómago, por favor —murmuró —. Yo no sé cómo la gente puede beber tanto, si esto es lo que pasa luego.

—Bueno, también fue divertido… —Johanna se dejó caer en la cama, junto a ella, y cerró los ojos para aliviarse de la luz—. Al menos, ya sabemos qué no hay que hacer.

—Creo que bebí muchísimo —dijo Laura—. Recuerdo todo a trozos, fragmentos sueltos, trozos de frases… No hice nada raro, ¿verdad?

—¿Raro como qué?

Tal vez no fuera más que la imaginación volátil de una estúpida borracha, pero Johanna había notado algo distinto.

—No sé, como desvestirme, gritar cosas, enfadarme sin motivo, declarar mi amor a alguien… —Soltó una risa quejosa—. Esas cosas que hace la gente en las películas cuando bebe.

—Ah, no, no —rio Johanna. Y dijo, intentando que sonase casual—: No te declaraste a nadie. Pero estuviste muy cerca, me besaste en la nariz.

—¡No, de eso sí que me acuerdo! —Laura se giró en la cama para mirarla—. Fue muy gracioso. Creo. Pusiste una cara de pasmo… ¿O me lo estoy inventando?

¿Por qué, de toda la noche, tenía Laura que acordarse de la cara ridícula y desastrosa que había puesto?

—Pues yo no la vi, pero seguro que sí. Seguro que estaba horrible —dijo Johanna, tratando de quitarle importancia.

—No, para nada. Estabas muy… Ay.

Laura plegó las rodillas sobre sí misma y se escondió en el dolor, mientras Johanna le rogaba inútilmente a su cerebro que no rellenase el hueco de la frase que acababa de dejar a medias.

—¿Voy a pedirle a Miranda algo para la tripa? —dijo, viéndola retorcerse—. Yo también necesitaría…

—No, no hace falta. Ay. Ya se me está pasando —masculló Laura —. O no. No sé.

—Bueno, estoy aquí, ¿vale? Creo que deberíamos descansar. A mí también me duele horrores la cabeza.

Con un suspiro profundo, Laura se enroscó como un animalito bajo las sábanas.

—¿Sabes? —dijo—. Hay una cosa de la que sí que me alegro, a pesar de esta resaca de mierda.

—¿De qué?

—Bueno… ¿Recuerdas lo que te dije? ¿Que soñaba con perderte? Llevaba días y días sin dormir bien. —Laura tenía la cara enterrada entre la manta y su pierna. Le habló en voz baja—: Pero esta noche no he tenido pesadillas. Y creo que ha sido por dormir a tu lado.

57

—¿Cuánto tiempo llevabas sin salir de ahí? Estás incluso más paranoico que antes, Terry. No sabía que eso fuera posible.

Terrence puso los ojos en blanco. Estaban en medio de una misión de incógnito para avisar de la reunión a sus apoyos. ¿Qué esperaba?

—Lo raro sería que no lo estuviera —dijo, hastiado—. Sabes perfectamente que este año no he pisado la calle. Y estamos en junio. Creo que la última vez que salí sin cuidado fue antes de la Navidad. Cuando aún estaba en la Agencia.

—Ah, los viejos tiempos. Qué bien te quedaba el azul. —Jerome sonrió de lado—. Qué habría sido de nosotros si todavía estuvieras allí. ¿Te acuerdas de cuando pensabas que Wyatt era mi pareja?

—Sí —contestó, seco, concentrado.

Aquello no era importante. No comparado a la atención que debían prestar a sus alrededores. Llevaban ropa normal, gafas de sol para ocultar su rostro y, de momento, estaban pasando desapercibidos. Eso podía cambiar de un instante a otro y había que estar alerta.

—Relájate, Terry. No es sana tanta tensión. Aprovecha el sol, la luz, los pajaritos que cantan. Vive un poco, por favor te lo pido. Ya has visto que no ha pasado nada en los laboratorios. Nadie te está siguiendo, aunque te empeñes en creer lo contrario.

Sí, era cierto; al menos, en los centros de investigación que habían visitado hasta el momento no había ocurrido nada fuera de lo normal. Pero no quería relajarse.

—Entonces, ya solo nos queda el hospital y el local de los Predecas, ¿no? —dijo Terrence, mirando el reloj de su comunicador —. A este ritmo, vamos a acabar antes de las siete.

—Si es que somos muy eficientes —dijo Jerome, pasándole el brazo por encima de los hombros—. Después podríamos despreocuparnos un poco, ¿no crees? Dar una vuelta tranquila, ir a cenar algo… Una cita. Por los viejos tiempos.

—Ya veremos.

—Piensa que sería nuestra primera cita sin mi hermano de por

medio —dijo Jerome—. ¿No te trae eso recuerdos?

—No digas tonterías. No sé cómo puedes soportar pensar en él. —Terrence frunció el ceño—. A mí, cualquier cosa que tenga que ver con la Agencia me provoca una de dos: o rabia, o escalofríos.

—Son más de cien años ya aguantándole, Terry. Estoy acostumbrado. Si tuviera que echarme a llorar cada vez que recuerdo el esfínter con patas que tengo por hermano, me habría quedado seco hace mucho tiempo.

Tenían formas distintas de afrontar las cosas.

El Memorial Hospital era el mayor centro sanitario de Chicago, y probablemente también de todo el país. Situado en lo que antes había sido el lecho del lago Míchigan, cubría un área lo bastante grande como para alojar a más de cien mil pacientes en cualquier momento dado. Pero solo si podían pagarlo.

Al traspasar sus puertas de cristal, los rostros de los empleados que se cruzaban eran un contraste nítido con lo que les rodeaba. La decoración, las salas, el material quirúrgico; todo era nuevo, reluciente y perfecto. Y destacaba más aún al lado de las ojeras y las caras de agotamiento de los médicos y enfermeros. Estaba claro que el precio de los tratamientos no iba dedicado a pagarles un salario digno, sino a la empresa que gestionaba el hospital, Memorial Inc. Ese era uno de los motivos por los que les apoyaban, sin duda. El otro era su conciencia. Nadie vivía más de cerca que ellos el horror de la Decadencia.

—Hola, guapo —dijo Jerome, acercándose al mostrador de información y mostrándole al recepcionista una sonrisa inmaculada —. Estábamos buscando a la doctora Jefferson. No sabrás por casualidad dónde está, ¿verdad?

Hacía que pareciese tan fácil, como si no le costase esfuerzo seducir casi a cualquiera que tuviera enfrente. En menos de dos minutos ya tenía las indicaciones para llegar al despacho de la neurocirujana Kamala Jefferson y el número de braquial del recepcionista anotado en el dorso de la mano.

—No estoy *celoso* —dijo Terrence, ante una mirada particularmente sarcástica de Jerome en el ascensor—. Es solo que admiro esa capacidad tuya para poner al mundo a comer de tu mano, así, tan fácilmente.

—A lo mejor, si no fueras tan desconfiado, se te daría mejor a ti también —sonrió Jerome, y le pellizcó la mejilla—. Desde luego, la cara bonita ya la tienes.

—No exageres. —Volvió el rostro al otro lado.

—¡Lo digo en serio! Si no hubieras estado pendiente de si aquel

chavalín de la gorra roja te estaba mirando o dejando de mirar, te habrías dado cuenta de que la gerente estaba poniéndote ojitos. A lo mejor podríamos haberle preguntado a ella…

—¡Claro que me estaba mirando! —Terrence se cruzó de brazos —. Además, de forma muy sospechosa. Si a la vuelta le vemos otra vez, voy a ponerme serio y a preguntarle.

—Uy, vale. A lo mejor tú también te llevas un número de regalo.

El despacho 1045, en la décima planta del hospital, tenía un ventanal con vistas a la autopista que cruzaba el desierto. La doctora Jefferson era una mujer negra, de grandes gafas redondas, que les dio la espalda durante toda la conversación.

—… entonces, la reunión será el día 15 —terminó de hablar Terrence—. Aquí tiene las instrucciones para llegar al lugar pactado. ¿Asistirá?

—¿En papel? —dijo la doctora, dándose la vuelta solo para coger el pliego que Jerome le ofrecía—. ¿No sería más práctico transmitirlo por braquial?

—Me temo que no. Las redes pueden estar monitorizadas.

Con un suspiro, la neurocirujana se metió el folio doblado en el bolsillo y volvió a mirar por la ventana. Terrence y Jerome dieron la charla por terminada; iban a marcharse, pero les interrumpió:

—Han elegido ustedes una fecha muy significativa. El aniversario de aquel desastre que provocó ese desgraciado del profesor Roosevelt. —El rencor le rezumaba en la voz—. Más les vale estar a la altura, y con eso quiero decir que más les vale anunciar que por fin van a arreglar lo que hizo ese criminal. ¿Ustedes saben lo que es operar en un cerebro que está regenerándose constantemente? ¿Se lo imaginan, siquiera?

—No se preocupe —dijo Jerome—. Cumpliremos con nuestro objetivo, se lo aseguro. ¿Contamos con su apoyo, entonces?

—Allí estaré. —La doctora asintió.

Les pareció ver en su rostro un atisbo de sonrisa.

—¿Por qué has dicho eso? —exclamó Terrence, en cuanto estuvieron fuera de su alcance—. Sabes que no hay ninguna seguridad de que anuncien lo que quiere. Y tú le has hablado como si ya lo supieras.

—Pero hay una posibilidad. Y si le llego a decir la verdad, no habría venido a la reunión. Ya lidiaremos con ello cuando sea el momento. Vamos, ahora toca el despacho del doctor Erikson.

La ruta a lo largo y ancho de los pasillos del Memorial Hospital, visitando a los apoyos que tenía el Ágora dentro de su plantilla, les llevó prácticamente la mitad del día. Aquello no era un centro

sanitario, sino un centro comercial. A ambos lados de los corredores se abrían un sinnúmero de tiendas de regalos, montañas de ositos de peluche y tarjetas de visita. Y, por supuesto, escaparates llenos de neveras con órganos listos para trasplantar. Casi había una auténtica ciudad entre aquellos muros.

Cuando volvieron a la recepción, pasadas unas cuantas horas, Terrence tenía la sensación de que se le habían grabado en las retinas los neones y el hilo musical en los tímpanos. Se sentía saturado, con los sentidos abrumados, incapaz de prestar atención a lo realmente importante: a si alguien les estaba siguiendo o vigilando.

—Vamos a salir un momento —le dijo a Jerome—. Quiero un poco de aire fresco.

—Pero si ya no queda nada, Terry. —Jerome le dio unas palmaditas en la espalda—. Solo el enfermero Nguyen y la celadora Bright. En cuanto terminemos con esos dos salimos, ¿vale? ¡Uy, mira! ¡Si está ahí tu amiguito!

Eso demostraba lo poco alerta que estaba; Jerome se había dado cuenta antes que él de que aquel era el mismo chico que estaba por la mañana en la recepción, el de la gorra roja. Su juventud destacaba entre el amplio número de Decadentes.

—Voy a acercarme —dijo Terrence, mirándole de reojo—. No me fío. ¿Qué lleva haciendo aquí todo el día?

—Pues esperar, ¿qué va a hacer? Por eso se llaman «pacientes», Terry. Anda, vamos al sótano, a la sala de enfermería, a ver si encontramos a Nguyen.

Terrence se frotó los ojos cansados, intentando alejar los pedacitos de luz que se le habían pegado a la córnea y le daban migraña. Había demasiado ruido. Demasiado jaleo. Miró hacia atrás cuando tomaron las escaleras de bajada, pero el chico de antes ya no estaba en la recepción.

La zona de enfermería se dividía en pequeños despachos, apenas un cubículo cada uno; todo lo contrario de las amplias oficinas de los médicos que había en las plantas superiores. La mayoría estaban vacíos; sus dueños estarían ocupados en algún lugar del Memorial poniendo vías, limpiando desechos o cuidando de los enfermos, en general. En la sala de espera, entre una multitud densa de familiares y pacientes, se detuvieron frente a la puerta de un tal «Nguyen, A.» hasta que apareció el susodicho: un hombre de cabeza rapada y cuyo rostro era todo ojeras.

—Buenas tardes, señor Nguyen —dijo Jerome, en voz baja. Y añadió, según la consigna pactada—: Venimos desde Grecia.

¿Podemos pasar?

—Ah… Sí, claro, por aquí.

El cubículo ni siquiera cerraba con llave, ni sus paredes llegaban al techo. Alguien podría escucharlos desde fuera. Intentaron ser lo más discretos posible, no hablar muy alto, y no tardar más de lo imprescindible en darle la información sobre la reunión.

Pero justo antes de que Nguyen cogiera el mapa que le extendía Jerome, la puerta del despacho se abrió de par en par con un empujón tan fuerte que apartó a Terrence a un lado.

Jerome acabó en el suelo, caído sobre su espalda. El señor Nguyen trastabilló sobre él al correr fuera de la oficina. Y Terrence logró salir del cubículo y divisar cómo la exhalación que les había robado el documento huía, saltando por encima de las filas de asientos de la sala de espera, con el papel en una mano y una gorra roja en la otra.

Tuvo que venir Jerome a calmarle para evitar que llamasen aún más la atención. Le gritaba al chico. Le gritaba al señor Nguyen por no haber cogido antes el papel que le tendían. Pero, sobre todo, se gritaba a sí mismo por no haber hecho caso a sus «paranoias».

58

Desde que se unió al Ágora, Johanna había agradecido que, cuando se congregaban sus miembros a hablar sobre algún tema que concernía a todos, lo hicieran *todos*. Salvo que fuera un asunto privado de Alpha y Omega, siempre se trataba en público, en la mesa grande del comedor, para que cada cual pudiera dar su opinión.

Sin embargo, aquella vez casi habría preferido no estar presente. No pensaba que el rostro de Alpha, veteado de arrugas y de prótesis, pudiera ser tan expresivo. Daban ganas de esconderse de su mirada como un niño pequeño que hubiera roto un jarrón.

—Bueno —dijo Alpha, tras un silencio muy incómodo—. Al menos, habéis cumplido con la misión, pese al percance.

Percance. Qué bonita palabra, pensó Johanna. Casi parecía que no hubiera pasado nada grave. Que no fuera importante que les hubieran robado a Terrence y a Jerome las instrucciones para llegar al punto de encuentro. Total, ¿qué más daba que el mapa de la reunión más secreta de Chicago estuviera rondando por sus bajos fondos?

—Lo lamentamos mucho —volvió a repetir Jerome, sin soltar de entre sus manos las de Terrence. Este tenía la mirada clavada en el suelo y no había pronunciado ni una sola palabra tras contar lo ocurrido.

—Eso ya no sirve de nada. —Alpha se encogió de hombros—. Lamentarse es inútil. Lo que tenemos que hacer es pensar cómo afrontarlo; preferiblemente, haciendo algo al respecto, no quedándoos quietos como pasmarotes.

—Por la descripción que has dado —dijo Elsie, con su vocecilla —, creo que el ladrón era un miembro de la banda de King… Digo, no, de King ya no. Ahora será la banda de Morris, claro. Era su segundo al mando. El cabrón que lo mató.

—Maravilloso, entonces. —Deena tenía una mueca de sarcasmo en los labios—. No solo nos han robado el mapa, sino que además han sido los mismos que nos quitaron las pistolas de sangre. Creo que les oigo reírse de nosotros desde aquí.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Halley—. ¿Vamos tras ellos? ¿Cambiamos el lugar de reunión, o tal vez la fecha? ¿La cancelamos?

—Sería arriesgado. —Jerome se rascó la cabeza, pensativo—. Si la hacemos otro día que no sea el aniversario de la difusión de la inmortalidad… Nos exponemos a que nos manden a tomar viento fresco. Ya están a punto de hacerlo, tal y como andan las cosas. Y no sé si dará tiempo a informarles de un sitio nuevo. El 15 es este domingo.

Laura tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Yo es que ya no sé qué hago aquí —le susurró al oído a Johanna cuando la vio mirándola—. Ni qué estamos haciendo, en general. Aparte de poner en peligro lo que se supone que es una investigación valiosísima, pero que no avanza ni a tiros.

—Hay que tener paciencia —dijo Johanna, mientras la reunión seguía a su alrededor—. Hay que confiar en el Ágora. En que Omega conseguirá hacerlo…

—Creo que el único motivo por el que sigo aquí es por ti —murmuró Laura, y a Johanna el estómago le dio un brinco—. Bueno, por ti y porque aún siguen siendo mejores que la Agencia. Aquí todavía no han intentado meterme en una bomba.

Johanna también lo había pensado alguna vez; si Laura no estuviera allí, sus razones para continuar haciendo todo aquello serían tan escasas que le daba miedo pensarlo.

Pero seguro que Laura solo hablaba de su amistad, del apoyo de sentirse comprendida, de tener a alguien con quien compartir aquella situación. Sí, llevaban unas cuantas noches durmiendo juntas, abrazadas, pero era para evitar las pesadillas. No había ocurrido nada entre ellas. Ni iba a ocurrir.

—Podríamos organizar una batida —sugirió Halley—. Intentar localizar el escondite de Morris, antes de que encuentren ellos el nuestro.

—Eso es una locura —dijo Deena—. Siguen teniendo tres pistolas de sangre cargadas. Pueden matar a tres de nosotros.

—¿Y si hiciéramos…?

—Basta. —La voz de Alpha era rotunda y concluyente—. No haremos nada de eso. Seguiremos adelante con el plan.

—Pero ¿qué pasa si se presentan en plena reunión a atacaros? —dijo Sabrina—. Yo os puedo avisar poniendo detectores, y también instalaré un sistema de alerta y protección, pero…

—Nos enfrentaremos a ellos. De hecho, mejor lidiar con ellos en el punto de encuentro, en nuestro propio territorio, que salir para

buscarlos. Que vengan.

—¿Y las pistolas de sangre? —dijo Jerome—. Es un riesgo demasiado grande.

—No, no lo es, en absoluto. —Alpha volvió la vista hacia Laura y Johanna. Sus cámaras oculares apuntaron a ellas—. Se os olvida que tenemos aquí un as en la manga. Bueno, dos ases, mejor dicho.

Laura alzó una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo, poniéndose recta en la silla.

—Es sencillo —dijo Alpha—. Vosotras dos sois inmunes. Vuestra sangre puede matar a la gente, pero no a vosotras mismas. No hay nadie en este mundo mejor para protegernos de esas armas letales.

—Me estás diciendo… —dijo Laura, sosteniéndole a Alpha la mirada—. ¿Me estás diciendo que vais a usarnos de escudos humanos? ¿Es algún tipo de broma? Porque no me estoy riendo.

—No seas exagerada, por favor. —A la mueca en los labios de Alpha no le faltaba mucho para ser una sonrisa condescendiente—. Si os disparase una pistola de sangre, no os haría ningún daño. Será como si os hicieran una transfusión.

—O sea, que sí. Que nos queréis usar como escudos. Maravilloso. Me niego.

—Hombre… —intervino Johanna—. No sé. Si de verdad no hace daño y así evitamos que maten, yo qué sé, a Elsie…

Laura suspiró profundamente y hundió la cara en las manos.

—Eres demasiado buena —dijo, tras unos instantes—. No es justo. A tu lado parezco una egoísta. Por lo menos podríais habernos preguntado antes de decidir nada, ¿no?

Tenía razón. Alpha no había tenido en cuenta qué pensarían ellas de proteger así al resto. O tal vez sí, y le diese igual si les parecía bien o mal.

Al fin y al cabo, tampoco tenían otra opción.

59

Las primeras partes del complejo sistema de túneles que vertebraba el subsuelo de Chicago se construyeron en el siglo XX, largos pasillos subterráneos que enlazaban entre sí las estaciones de metro. Con el paso de las décadas, se ampliaron hasta convertirse en una auténtica autopista bajo las calles de la ciudad, veteada de centros comerciales.

Con el colapso del lago Míchigan y la abolición de los sistemas de transporte contaminantes, la mayoría de aquellos túneles estaban derruidos o en precarias condiciones. Solo alguien que realmente no quisiera ser hallado se escondería dentro de esa red laberíntica de pasadizos.

Philippa Nielsen agradecía, por tanto, que no todos los grupos criminales fueran tan cautelosos como aquellos terroristas que se hacían llamar «el Ágora». La mayoría cometía sus fechorías en la superficie, entre el bullicio de los bajos fondos de Chicago, donde era bastante más fácil identificarlos. Sobre todo, si se empeñaban en conducir coches o llevar gorras de colores tan llamativos. Desde el despacho de Ulysses Wagner, observaba las imágenes en el visor de los agentes que se proyectaban en las pantallas.

—Ojalá todo fuera tan sencillo como esto —dijo Nielsen, con un suspiro—. Ha sido coser y cantar encontrarlos.

—Señora Nielsen, ¿qué hacemos con los niños? —preguntó el capitán de los escuadrones desde su braquial.

Aquel era un dilema añadido. Esperaban hallar en su guarida joyas, armas, vehículos, dinero; no esa especie de guardería clandestina. La mayoría eran chavalines mayores, que no llegarían a los quince años y que tal vez les ayudasen a cometer delitos, pero había chiquillos allí a los que apenas se les habrían caído los dientes de leche.

—Llévenselos a la Agencia de Servicios Sociales. Se podrán encargar de ellos.

Como si no estuviera ya saturado el sistema de adopción.

—Recuerda, Philippa; que no bajen la guardia hasta que aparezca Morris —dijo Ulysses Wagner—. Tiene al menos tres

armas letales en su poder. No podemos olvidarlo.

—Ya lo han oído —dijo Nielsen—. Ojo avizor, agentes.

—Mientras tanto, preguntadles a los críos —ordenó Ulysses—. Quizá sepan algo sobre dónde puede estar Morris. Esta es su base, así que no puede haber ido lejos.

—¿No deberíamos primero ocuparnos de que estén sanos y atendidos? —dijo Philippa—. Algunos de esos niños parecen enfermos. O desnutridos. Legalmente, puede que se consideren víctimas de la banda, con lo que habría que iniciar el protocolo de…

—Ay, Philippa, Philippa. Siempre tan generosa. Pero esto es más urgente; ya les atenderemos cuando estemos seguros de que no hay ningún maleante suelto. Pueden esperar. ¿Ves? Están perfectamente. Mira cómo hablan.

Philippa Nielsen se acercó a la pantalla para ver mejor cómo el agente conversaba con una niña de ojos rasgados y carita sucia.

—Yo no sé dónde está Morris —decía, mohína—. Tiene que traernos comida y no lo hace. Señor, si le ve, dígale que es un vago. Que King nos cuidaba mucho mejor.

—¡Eso! —añadió un chavalín rubio—. Que vuelva King. ¿Va a volver King?

—King está muerto, gilipollas —le dijo un chico mayor.

—¡No es verdad! ¡Eres un mentiroso! ¡Te vas a enterar!

Los agentes tuvieron que intervenir para separarlos.

Pronto se hizo evidente que ni los niños sabían gran cosa, ni los que no eran tan niños iban a hablar por las buenas. Los pandilleros protegían a su líder desde un sentimiento muy fuerte de lealtad o, tal vez, de miedo. No había que olvidar que ese tal Morris era el mismo que había asesinado a uno de los suyos a plena luz del día.

—Nada —dijo una de las jefas de escuadrón por su visor—. No les sacamos nada de Morris. Tampoco estamos encontrando las pistolas de sangre, por más que registramos. Debe tenerlas consigo.

—¿Qué hacemos? —dijo Philippa Nielsen, girándose a mirar a Ulysses, con un suspiro—. ¿Metemos a los niños en un furgón y a los de la banda en otro, y se los entregamos a Servicios Sociales y a la fiscal del distrito respectivamente? Mire, empiezan a ponerse violentos.

Ulysses Wagner hizo un gesto de mesarse la barba, aunque no hubiera ni un pelo en su piel sintética.

—No, Philippa, no vamos a hacer eso —dijo, y pulsó unos botones del panel de mando. La imagen de las pantallas se centró solo en los capitanes y jefes de escuadrón—. La fiscal del distrito

estará muy ocupada para que se los enviemos. Y esta gente sabe algo, aunque no quiera decírnoslo. Si queremos obtener las pistolas de sangre, tendremos que sacárselo por las buenas o por las malas.

—Quiere decir que…

—Atención, agentes —dijo Ulysses hacia su braquial—. Reunid a los niños en un vehículo seguro y lleváoslos a la Agencia de Servicios Sociales. Pero sin prisa. La prioridad es traer aquí de vuelta a todos los demás.

—¿Cómo que a todos los demás? ¿Quiere meter en la planta de retención a esos gamberros? —Philippa contó con los dedos rápidamente—. ¡Son más de treinta! No tenemos tantas celdas…

—No creo que hagan falta. Hay un lugar mejor donde contenerles. —Ulysses sonrió y el plástico de las comisuras de su boca se arrugó de una manera muy poco convincente—. Entiendes, Philippa, que no podemos permitir que se nos escape el tal Morris, ¿verdad? Ni tampoco que sea la fiscal del distrito quien les interrogue. ¿Te imaginas? Entre todas esas normas de procedimiento, los derechos del detenido, y no poder infligirles «tratos degradantes»… Así no conseguiríamos gran cosa.

El director de la Agencia apretó otro botón antes de que Philippa Nielsen pudiera objetar. En una de las pantallas de la pared apareció el rostro de Taylor Crane, con su laboratorio de fondo.

—Crane —dijo Philippa con frialdad.

—Creo que podrá ocuparse bien de hacer que hablen —dijo Ulysses—, sin estar constreñidos por esas menudencias legales. ¿No es cierto, Taylor?

—Se lo aseguro —dijo Taylor Crane desde la pantalla, y su sonrisa se amplió—. Van a cantar como pajaritos.

60

Había sido un día agotador. Laura Snyder notaba el cansancio hundido en los huesos, clavándola en la cama. Habían estado toda la tarde, y buena parte de la mañana, preparando el lugar para la reunión del día 15.

Ya solo llegar hasta allí les había tomado unas cuantas horas de travesía por los túneles. El punto de reunión estaba en un antiguo centro comercial subterráneo, uno que había sido arrasado por las filtraciones de agua tóxica del Míchigan y al que le habían crecido algas y líquenes en los pasillos y las tiendas. En concreto, el 15 de junio se habían concertado con sus apoyos externos en lo que fue una cafetería; aún conservaba mesas y sillas de piedra ancladas al suelo. Allí se sentarían sus invitados y ellas tendrían que estar de pie, con el resto de sus compañeros, escuchando a Omega y a Alpha hablar sobre a saber qué.

El hecho de que coincidiera con el aniversario de la difusión de la inmortalidad, de aquella tremenda barbaridad que hizo Milton Roosevelt, le daba ánimos. Ya podía haberse estado quietecito, pensó Laura. Se alegraba de que estuviera en la cárcel desde entonces, pudriéndose allí de Decadencia. Seguro que no pensaba que doscientos años después iba a arruinarles la vida a ella y a Johanna. A todo el mundo.

Al menos, todo aquello le había dado algo que hacer. Algo que no fuera estar sentada sacándose sangre, o mirando al techo tumbada en la cama, o emborrachándose de manera horriblemente vergonzosa.

Que esa era otra. La borrachera. Cada vez que se acordaba, a Laura le entraban ganas de saltar al lago de puro bochorno. No era cierto que tuviera lagunas de la noche; lo recordaba todo bastante bien, para lo que había bebido.

Demasiado bien.

Recordaba exactamente lo cerca que había estado de meter la pata hasta el fondo. De hacer algo de lo que se habría arrepentido toda la eternidad: aprovecharse de que las dos estaban borrachas para besar a Johanna.

Si había algo en lo que tenía que evitar ser tan impulsiva, era en esto. Nunca le había importado hacerse daño a sí misma por ser muy lanzada, pero hacérselo a ella era muy distinto. Era demasiado buena. Demasiado importante. No podía pensar solo en su propio bienestar. Esta vez no.

Laura respiró hondo, con la cara apretada contra la espalda de Johanna y los brazos rodeándola, como cada noche. Su olor personal y propio se le colaba dentro de la cabeza, del pecho, de las entrañas.

Tal vez fuera eso lo que evitaba las pesadillas; que incluso en sueños sentía así su presencia, el calor de su piel a través de la ropa de cama, la nana silenciosa que era el ritmo de su respiración. No podía soñar que la perdía si estaba a su lado.

Johanna se merecía algo mejor que ella. Alguien que no se dejara llevar por impulsos. Y Laura no debía aprovechar su confianza, ni dejar que el alcohol tomase las riendas. Tenía que hacer las cosas bien.

Podía empezar dando un paso en la dirección correcta.

Podía ser sincera con ella.

Confesarle que sus ojos negros eran un espejo en el que se perdía de vista a sí misma. Que cada día, al levantarse, solo tenía ganas de que llegase la noche otra vez. Que su voz seguía siendo lo único que le calmaba los malos pensamientos. Que llevaba media hora luchando para no besarle el trocito de piel de su nuca que sobresalía entre las sábanas y tenía al alcance de la boca desde aquel ángulo.

—¿Johanna? ¿Estás despierta? —susurró. No hubo respuesta. Volvió a susurrar, un poco más alto—: ¿Johanna?

Se inclinó hacia ella. En la semioscuridad, la blancura del lago apenas le rozaba el rostro. Solo se delineaba la silueta de sus formas, la curva de su mandíbula, sus labios entreabiertos, sus párpados cerrados.

Tras unos instantes mirándola, viendo su pecho subir y bajar como las olas de un mar diminuto, decidió no despertarla.

Se volvió a acostar en el hueco entre la manta y la calidez de su espalda. Johanna pareció notar, en sueños, que Laura estaba allí: aún dormida, se pegó a ella, acurrucándose entre sus brazos. Su olor volvió a arroparle el alma por dentro.

Ya hablaría con ella al día siguiente.

O tal vez al próximo; estarían ocupadas preparando la reunión. Sí, después de la reunión se lo diría. Cuando tuvieran tiempo para ellas solas. No era tan difícil hacer las cosas bien, con calma, con

paciencia. No había ninguna prisa.

Laura se ovilló alrededor de Johanna como un náufrago a un salvavidas para mantenerse a flote, incluso en la realidad, en aquella frustración de sangre, de cajas fuertes cerradas, de terroristas y de no saber dónde encajaba ella en el mundo.

Las olas del sueño las arrastraron mar adentro, pero Laura no soltó a Johanna hasta que la mañana las encalló en la arena.

61

—¿No me has oído? No pasa nada. Tranquilo. Yo te lo vuelvo a preguntar, ¿vale? Las veces que haga falta. Tenemos todo el día. Y toda la noche, si quieres.

Taylor Crane se alejó del oído del chico que pendía, colgando por las muñecas, del techo de su laboratorio.

Con movimientos lentos, deliberados, se acercó al escritorio y abrió uno de los cajones. Dentro brillaban, a la luz de los neones, cilindros de plástico, no más anchos que un dedo, llenos de líquido de colores.

Al otro lado del cristal, los compañeros del chico miraban.

—En psicología —dijo Taylor, volviéndose hacia ellos—, esto se llama «aprendizaje vicario», o aprendizaje por observación. Es una forma muy eficiente de enseñar algo a alguien. ¿Sabes por qué, amigo mío?

—Yo no soy tu amigo —escupió el chico.

—Vaya, estamos un poco agresivos, ¿no? Yo que te quería dar una clase privada. Pero te contaré la lección igualmente. No pasa nada.

Taylor rebuscó en el cajón hasta sacar uno de aquellos pequeños tubos. En su interior, el fluido amarillento era denso y turbio.

—Pues resulta —continuó Taylor Crane, haciendo girar la cánula entre sus dedos— que el aprendizaje vicario permite a los observadores aprender una conducta sin tener que llevarla a cabo ellos mismos. También se llama modelado; tú mismo, ahora, estás siendo el modelo para que ellos reflexionen sobre qué hacer… o qué no hacer, mejor dicho.

Abrió un segundo cajón y, sin dejar de mirar fijamente al chaval, extrajo de él un paquete alargado.

—¿Qué coño es eso? —dijo el chico, intentando acercarse para mirar mejor lo que Taylor tenía en sus manos, pero solo consiguiendo balancearse adelante y atrás en el techo—. ¿Qué me vas a hacer?

—Hay cuatro fases, o procesos mentales —siguió diciendo Crane, con la voz calmada—, que permiten el aprendizaje vicario.

Os las voy a enseñar a todos, porque soy así de buena persona.

—Te mataré —dijo el chico, tratando de soltarse, hiriéndose las muñecas contra sus agarres—. Como te acerques a mí otra vez, te mataré.

—La primera fase —dijo Crane, y desenvolvió el paquetito, revelando una aguja larga y gruesa— es la *atención*. Tenéis que prestar mucha atención.

Y los pandilleros estaban atentos, con los ojos clavados en cómo Taylor Crane enroscaba la aguja en la punta del cilindro. Al otro extremo, un émbolo.

El chico colgante continuó profiriendo insultos hacia Taylor y hacia todo su árbol genealógico.

—No andas desencaminado, no —dijo Taylor Crane, con una sonrisa en los labios—. Yo también desearía poder defecarme en ciertos antepasados míos. En concreto, en un tal Milton Roosevelt. ¿Le has estudiado en la escuela? ¿Has ido a clase alguna vez en tu vida, acaso? No importa. Sigamos con la lección.

Crane se acercó a la pantalla de cristal que separaba al resto de miembros de la banda de Morris de su laboratorio.

—La segunda fase —continuó, posando un dedo sobre el vidrio — es la *retención*. Aseguraos de memorizar muy bien lo que le ocurre a vuestro compañero, ¿vale? No vaya a ser que se os olvide. Pero si ocurre, ya os lo recordaré yo.

Con largas zancadas, Taylor Crane volvió a acercarse al chico, justo fuera del radio en el que podía pegarle una patada.

—Te vas a cansar —dijo, observándole intentarlo, pese a ello—. Bueno. La tercera fase es la *reproducción*. Busco que reproduzcáis la conducta del modelo, pero obviamente no esta, sino una más adecuada. Solo quiero que contestéis a una sencilla pregunta.

—Que te jodan —dijo el chico.

—No, esa no es la pregunta. La pregunta es: «¿Dónde está Eric Morris?».

—¡Que te jodan!

—Tampoco es esa la respuesta. Y como no quiero que imitéis esta conducta tan grosera, vamos a tener que pasar a la siguiente y última fase. La más importante de todas. ¿Alguien sabe cuál es?

Con brusquedad, Taylor Crane alzó una mano y agarró el tobillo del chico antes de que pudiera reaccionar.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame, joder!

—La cuarta fase es la *motivación*. Tenéis que estar motivados para comportaros bien. Y esto se consigue a través de los refuerzos. —Descalzó el pie del chico y aproximó la jeringuilla a la piel de su

empeine—. O de los castigos.

Clavó la larga aguja, hincándola en una de sus venas azules, y la empujó profundamente hacia dentro de la carne, pero sin inyectarle el líquido.

—No exageres, anda —dijo Taylor Crane—. Si ni siquiera hemos empezado. No puedes quejarte tanto y tan pronto.

Ante una nueva sarta de improperios, Crane volvió a hablar:

—Te lo repito. Hagámoslo por las buenas. Enséñales a tus compañeros qué es lo que deben hacer. A ver, ¿dónde está Eric Morris?

—En el forro de mis huevos —escupió el chico, con una mueca de dolor.

Taylor chasqueó la lengua.

—Nada. Parece que tú también necesitas motivarte un poco, me da a mí. Lo siento, pero esto es lo que pasa cuando no nos portamos bien.

Apretó el émbolo con el pulgar.

El líquido amarillo se inyectó en la vena del chico. Cuando abrió la boca para chillar, Taylor le metió en ella un trapo.

—Así no nos molestarán tanto tus gritos. Bueno —dijo, volviéndose de nuevo hacia los demás miembros de la banda—, os voy a explicar qué le está ocurriendo a vuestro amigo ahora mismo.

La tela le ahogaba los chillidos. Tenía los ojos desorbitados y agitaba el pie en el que le había clavado la jeringa como si quisiera desprendérselo del cuerpo.

—Ese líquido era un compuesto químico —dijo Taylor Crane, mostrándoles el tubo vacío, con restos amarillentos aún pegados a los bordes— que médicamente no es de mucha utilidad, pero sí la tiene… para otros asuntos.

El pie desnudo del chico empezaba a hincharse, a enrojecer, y sus movimientos a hacerse más frenéticos y salvajes.

—Se llama ácido ambúrico, y tiene la singular propiedad de quemar el tejido orgánico que lo rodea —continuó Crane—. Pero no inmediatamente, sino poco a poco, con lentitud, subiendo por las venas y esparciéndose por el cuerpo.

Taylor regresó al escritorio y abrió de nuevo el cajón que contenía diversos tubos con fluidos de colores. Tras una búsqueda parsimoniosa, escogió uno de tonalidad rosa brillante, casi fluorescente, y lo sujetó entre dos dedos igual que un cigarro.

—Este es su único neutralizador —dijo, fingiendo que fumaba una calada—. Si se lo inyectase ahora, vuestro amigo probablemente solo perdería la pierna izquierda, de rodilla para

abajo. ¿Qué decís? ¿Queréis que se lo ofrezca? Vamos a ver si ya está un poco más hablador.

Le retiró el trapo de la boca. Sus gritos llenaron el laboratorio entero. Tapándose los oídos, con una mueca molesta, Taylor habló por encima de ellos:

—¿Dónde está Eric Morris? —gritó.

Solo hubo aullidos de dolor como respuesta.

—Vas a tener que esforzarte un poco más. ¿Dónde está Eric Morris?

La única palabra inteligible que brotó de entre sus labios fue un insulto.

—Es una pena —dijo Taylor Crane, y alzó el tubo con el neutralizador ante los ojos del chico— que no aprecies esto lo suficiente. Ya no me quedan más en el cajón. En fin. Tú lo has querido.

Abrió la mano. El cilindro cayó al suelo y tintineó en las baldosas.

—Última oportunidad —dijo, levantando el pie.

El chico, en algún momento, había empezado a llorar entre los gritos. Parecía decir «no lo sé», intercalado con chillidos varios.

—O eres excesivamente fiel a Morris y me estás mintiendo —dijo Crane—, o es cierto que no lo sabes. En cualquier caso, no me sirves.

De un pisotón, Taylor hizo estallar el plástico del cilindro. El líquido rosa se derramó por el suelo y se coló por el desagüe a los pies del chico.

—Lleváoslo, anda —indicó a los agentes que esperaban en la puerta—. Ponedlo con los demás. No hace falta sedarlo; con que lo atéis un poco basta, este ya no hará daño a nadie.

Entre la pareja de agentes, bajaron al chico de los enganches en las muñecas y lo condujeron junto a sus compañeros. Se ovilló en una esquina y siguió gritando mientras se le hinchaba cada vez más el pie, la pantorrilla, el muslo.

—Y bien —dijo Taylor Crane, asomándose al ventanuco del cristal, sonriendo al resto de los miembros de la banda—. ¿Habéis aprendido lo que pasa si no contestáis a mis preguntas? ¿Quién quiere ser el siguiente? Alguien que, preferiblemente, conozca el paradero de Eric Morris. No quiero tener que malgastar más ácido, hacedme el favor.

Los pandilleros recularon, alejándose de su compañero.

—¿Voy a tener que elegir al azar? —suspiró Crane—. Si no hay más remedio… Pito, pito, gorgorito…

Una voz interrumpió su cuenta.

—¡Espere! —dijo uno de aquellos muchachos—. ¡Espere, no!

—¿Sí? —Crane le dedicó una amplia sonrisa al chico de la gorra roja que había hablado.

—Nadie sabe dónde está Morris. No nos lo dijo a ninguno. Por mucho que nos torture, no va a servirle de nada —dijo el chaval, y Taylor puso los ojos en blanco—. Pero ¡sé otra cosa! Algo que tal vez le interese más. Esta es la Agencia Genética, ¿no? Mire esto.

El chico de la gorra rebuscó en el bolsillo de su pantalón.

Cuando Taylor vio el papel arrugado y sucio que le tendía, sintió la tentación de pedir que le colgasen del techo inmediatamente.

Hasta que lo abrió.

—Eh, vosotros —dijo a los agentes que vigilaban la puerta—. Id a llamar ahora mismo a Ulysses Wagner. Esto es el premio gordo. Si os pone pegas, decidle que me amoneste a mí, pero que baje aquí a verlo.

En aquel folio plegado había un detallado mapa subterráneo. Señalado con un redondel ponía: «Punto de encuentro con el Ágora, día 15 de junio».

62

El ser humano no apreciaba lo que tenía hasta que lo perdía, y eso sucedía con todo. Siglos atrás, había ocurrido con la muerte; tras alcanzar la Decadencia, pasó a ocurrir con esta. Pero también con la salud del día a día. ¿Quién no se arrepentía de no valorar algo tan simple como poder andar bien, cuando sufre un accidente y se rompe un pie? O la felicidad tranquila de los pequeños momentos, esos que luego se añoraban casi más que los grandes.

Y en uno de aquellos pequeños momentos estaban Laura y Johanna.

En el pedacito efímero de paz entre levantarse y tener que ponerse en marcha hacia la reunión, Johanna estaba sentada en el salón viendo la televisión y Laura acostada a lo largo del sofá, con la cabeza apoyada en su regazo. La luz blanca del lago, entrando por las ventanas, teñía el ambiente de amanecer nevado.

—Estoy harta de que solo nos llegue el canal de noticias —dijo Laura, mordisqueando una galleta—. Pero, en fin, es mejor que nada. Ya es raro que alcance la señal hasta aquí abajo.

—Bueno, pero así estamos informadas —dijo Johanna, y se limpió unas migas que le habían caído en el pantalón—. Sabemos que no ha muerto nadie más con las pistolas de sangre, y esas cosas…

—Podrían poner alguna peli de vez en cuando. ¡O un documental! Tampoco pido tanto, ¿no? Si es que ni siquiera hay libros. Un día me va a estallar la cabeza de no usarla.

Johanna le acariciaba distraída el pelo a Laura, sin apartar la vista de Carina Call, que sonreía en la pantalla.

«Aunque hoy, 15 de junio, sea un día de luto general, ¡nuestro programa no descansa! Les traemos las noticias más frescas a todos nuestros espectadores. ¡Estamos en directo, ante la prisión en la que se ha encerrado a los veintiséis miembros de la secta religiosa localizados hasta el momento! —decía Carina, batiendo sus largas pestañas postizas—. Por los atentados contra el director y la subdirectora de la Agencia Federal de Protección Genética, que causaron numerosos heridos y desperfectos, se estima que su

condena supere los cuarenta años de privación de libertad. Ulysses Wagner ha afirmado que…»

—¿Es que no podemos estar ni un rato en paz sin que alguien nos recuerde que la Agencia existe? —suspiró Laura—. ¿Que Ulysses Wagner está ahí fuera buscándonos y haciendo sus cosas de señor rico?

—¿Cosas de señor rico? —dijo Johanna, riendo—. ¿Y cuáles son esas cosas?

—Yo qué sé, pues cosas como ser muy rico y prepotente y tocarnos las narices. Nielsen lo tenía en un pedestal, pero a mí las pocas veces que lo vi me dio una mala espina terrible. Y ahora, viéndolo en los discursos y en los mítines y demás, y sabiendo que está ahí en algún lugar buscando echarnos el gancho…

Un anuncio interrumpió la transmisión de noticias. En concreto, un anuncio de Águila de Prometeo, un enorme conglomerado de empresas dedicadas a la compraventa y alquiler de órganos humanos, cuyo accionista mayoritario y dueño no era otro que Ulysses Wagner. Presumía de sus sucursales en Chicago, en Helsinki, en la Luna.

—Pero ¡venga ya! —bufó Laura—. ¡Si es que le tenemos hasta en la sopa!

—Ya podía habérselo cargado la bomba esa de los fanáticos —dijo Johanna.

—Qué va. ¿Tú sabes el dinero que tiene ese hombre? Mira cómo luce su carcasa nueva, todo orgulloso. Podría permitirse estrenar un cuerpo al día, si quisiera. Y, mientras tanto, aprovechándose de la gente que necesita vender sus órganos para subsistir. —Laura resopló, señalando la pantalla—. Es que me cae tan mal. Creo que casi me cae peor que Milton Roosevelt.

—¿En serio?

—No, la verdad es que no. No creo que haya nadie a quien odie más que a Roosevelt. Por su culpa estamos así de jodidas, escondidas en este cuchitril y teniendo que desangrarnos para arreglar lo que hizo.

—Yo le estudié en el instituto —dijo Johanna—. Decían cosas más bien confusas. Había científicos que pensaban que lo hizo por altruismo, para que la gente pobre que no podía permitirse la inmortalidad tuviera acceso…

—Pues que se lo hubiera pensado dos veces antes de hacerlo. Nadie se lo había pedido. ¿Quién era él para decidir por todos? Y, ya que estamos, podría haber tenido bastante más cuidado y no haber provocado la Decadencia.

—Te ha afectado la fecha de hoy, ¿eh? —dijo Johanna—. Nada como un aniversario para celebrar los grandes logros del Grupo de trabajo veinticuatro.

—Calla, calla, no digas eso ni en broma —dijo Laura, pero soltó una risita—. Es que es eso, o despotricar de Alpha y Omega, y casi que prefiero lo otro. Creo que también me viene por parte de Taylor Crane. El odio que le tenía a ese hombre no era ni medio normal. ¿Sabes que era su abuelo?

—¿Quién, el profesor Roosevelt? ¿Que era el abuelo de Taylor? Venga ya.

—Te lo juro. Por eso tenía ese empeño en acabar con la Decadencia a toda costa. No sé qué de los errores de sus antepasados, de su misión vital y cosas así. De hecho, una vez me dijo que tenía una de las pocas fotos que había de él en el mundo de joven, de antes de la inmortalidad, y que la había enmarcado en su mesilla de noche y la miraba cada vez que se iba a dormir para reavivar su odio.

A Johanna se le escapó una risa por la nariz.

—Me encaja eso con Taylor, sí —dijo, riendo—. Ay, ahora estoy imaginándomelo.

—Es que Taylor era muy… así. Era especial.

—¿Con «especial» quieres decir que estaba fatal de la olla, no? Porque para usarte como cebo en una bomba, hay que ser…

—Sí, básicamente. Aunque yo acabé acostumbrándome, también te digo. —Laura alargó el brazo hasta el paquete de galletas y cogió otra—. Sabes, una de las cosas que me sorprendió cuando llegué aquí fue que Omega no hubiera experimentado conmigo mientras estaba inconsciente. Que esperase a tener mi consentimiento, a despertarme. Es todo lo contrario de lo que habría hecho Taylor.

Se quedaron en silencio unos instantes, recostadas la una en la otra.

Si a Johanna alguien le hubiera preguntado qué eran ellas dos, no habría sabido qué responder. Seguro que Laura sí. Habría dicho la verdad: que no eran nada, absolutamente nada. Y no se habría comido tanto la cabeza como ella, ni dudaría tanto, ni tendría tanto miedo a hacer las cosas.

«Ojalá fuera más así», pensó.

De hecho, ¿por qué no serlo? Podría empezar en aquel preciso instante. Podría inclinarse sobre su cara y… decirle algo. Hacer algo.

—Oye —dijo Johanna, en voz tan baja que Laura, mirando la televisión, no lo oyó—. Oye, Laura…

Con un ruidito como el de un gato despertándose, Laura se giró hacia ella.

—¿Qué pasa? —dijo, sonriendo. Tenía una sonrisa tan bonita, pensó Johanna. Cuando aún estaba inconsciente había intentado imaginársela, pero no había llegado ni a acercarse.

—Pues…

—¡Eh! ¡Que se os va el santo al cielo! —gritó entonces la voz de Halley, desde el pasillo, acompañada de un chasquido de dedos—. ¿Aún seguís ahí? ¿No veis qué hora es?

Laura y Johanna dieron un respingo. La reunión. Tenían que ponerse en marcha.

—Pero ¿ni siquiera os habéis vestido? —dijo Deena, asomándose al salón—. ¿Qué hacéis en pijama? ¡Que en diez minutos salimos para el punto de encuentro!

—Ya va, ya va —dijo Johanna, revolviéndose para sacar las piernas de debajo del cuerpo de Laura—. Lo siento, ha sido un despiste…

—Bueno, lo que fueras a decirme, mejor lo dejamos para después —dijo Laura, y se metió en la boca la última galleta del paquete.

—Dense prisa, chicas, que sin ustedes no pueden salir —dijo Miranda, con dulzura pero firmemente, mientras le cambiaba a Chloé un apósito—. Ya saben que van primeras en la comitiva, por si acaso hay disparos.

Era cierto. Como únicas personas invulnerables a las pistolas de sangre, se había decidido que fueran ellas al frente. Y «se había decidido» quería decir que las habían obligado a hacerlo.

Mientras se vestía, Johanna no podía evitar rogar que aquella reunión hiciera algo por cambiar las cosas. Que anunciasen que el objetivo de regresar a la mortalidad estaba cerca, pero cerca de verdad, no aquella cercanía abstracta e inamovible.

Tenía esperanzas. Por la frustración de Laura, y por la suya, y por toda la gente a la que estarían salvando de la Decadencia. Por acabar con todo de una vez.

63

Taylor Crane se llevó la mano a la mejilla. Le picaba la falsa prótesis, le sudaba la piel por debajo con el calor, pero no podía rascarse. Era casi tan irritante, física y mentalmente, como aquella situación.

Apuntando la linterna hacia el fondo del túnel, intentó calcular cuánto le faltaría para llegar al punto de encuentro. El mapa no incluía escala, pero podía estimar, con el trayecto que había recorrido, que ya no debía ser mucho.

Los agentes que le deberían haber ido abriendo camino entre los túneles estaban, en vez de eso, siguiendo sus pasos a una distancia prudencial. Con lo cómodo que habría sido contar con acompañantes. La necesidad de sigilo obligaba a que se mantuvieran al margen y solo se desplegasen cuando Taylor lo indicase. Como los fines últimos de los terroristas pasaban por mutilar el genoma humano de vuelta a aquel estado mortal y primitivo, ¿quién mejor para aquella labor que Taylor Crane? Aun habiendo sido víctima de una injustísima destitución, seguía siendo su mejor genetista, y Ulysses Wagner lo sabía. A la hora de pagarle la nómina parecía olvidársele un poco, pero lo sabía.

La carcasa vacía que llevaba en la pierna chocó contra la pared del túnel, y Taylor masculló un juramento. Aquel disfraz de Decadente era lo más incómodo de toda la misión. Le impedía moverse bien, le picaba el pegamento, y probablemente cuando intentase quitárselo se llevaría algún pedazo de piel consigo.

La idea era que aparentase ser una persona de avanzada edad, ya Decadente, que asistía en apoyo del Ágora. El chaval de la gorra roja les había contado todo lo que había llegado a oír sobre aquella reunión: invitaban a ella a las personas que defendían su causa sin llegar a ser terroristas y querían anunciar algo importante, una gran noticia, justo aquel día.

El 15 de junio.

El aniversario de la difusión de la inmortalidad.

Se cumplían doscientos cincuenta años exactamente del día en que su abuelo había cometido el error más grave de la Historia.

Había usado sus propios genes para modelar el pseudovirus, con lo cual para él mismo había logrado una inmortalidad plena, pero para el resto del mundo venía con efectos secundarios: la Decadencia.

Por suerte para el resto del mundo, Taylor Crane iba a enmendarlo.

Pero era demasiado esperar que los terroristas tuvieran la decencia de mantenerse al margen. ¿No podían dejar que Taylor se ocupase de aquello? Y ni siquiera pretendían luchar contra la Decadencia de una manera digna como era la suya, sino que su objetivo pasaba por borrar la inmortalidad entera.

Absurdo. Totalmente absurdo.

No podía ser que hubieran encontrado *ya* una forma de hacerlo, ¿verdad? ¿No irían a anunciar que tenían un modo de revertir la mortalidad, y por eso habían escogido aquel día para el encuentro?

La Decadencia solo se detendría por una mano: la suya.

O la suya, o ninguna.

Una roca en medio del camino hizo a Taylor tropezar. Tenía que concentrarse en llegar al punto de encuentro marcado en aquel mapa. Ya pensaría en detener a los terroristas cuando los tuviera enfrente.

Intentando orientarse, miró a su alrededor. Aquel era un pasillo peatonal, por el que la gente había cruzado de rascasuelos a rascasuelos cuando aún los cimientos de Chicago no habían sido horadados por el lago Míchigan. Debía andarse con cuidado de no dar un paso en falso sobre terreno calizo.

Taylor se inclinó sobre el mapa, apuntándolo con su linterna. Buscaba un centro comercial subterráneo, abandonado y hundido entre el lodo. Al fondo de aquel corredor se unían varios túneles más; tenía que tomar el de su izquierda, y luego…

—¡Hola! —dijo una voz, haciendo eco en el pasillo.

Con una mano en la granada que guardaba en el bolsillo, Taylor se giró hacia la derecha.

Era una mujer regordeta, bajita y con gafas redondas. Estaba sonriendo.

—Hola —dijo Taylor, con cautela.

—¿Viene a la reunión? —dijo la mujer, y se le hicieron hoyuelos en las mejillas—. Ha debido de perderse, ¿no? No pasa nada, es por aquí, ya estamos casi al lado. Me llamo Greta, ¿y usted?

Taylor parpadeó. Claro. Era alguien más que asistía al encuentro. El mismo papel que debía interpretar. Y una buena oportunidad para practicarlo.

—Ay, gracias, señorita —dijo Taylor, imitando la voz y gestos de

una persona anciana—. Es usted muy amable. Yo me llamo Cameron. Cameron Crane.

—Venga, cójase de mi brazo, que le ayudo. Debe haber sido difícil llegar hasta aquí a su edad, ¿no? Vaya atleta es usted…

Sujetando el brazo de aquella tal Greta, Taylor Crane se fue acercando, poco a poco, con pasitos diminutos de persona Decadente, a la reunión. Al Ágora.

64

El punto de encuentro había sido escogido meticulosamente. No solo era difícil de localizar, sino que una vez allí, en caso de que algo saliera mal y tuvieran que huir en desbandada, podían escabullirse por las ruinas del centro comercial y los numerosos túneles que desembocaban en ellas.

Estaba todo en su sitio.

Los asientos de piedra de aquella cafetería medio derrumbada ya estaban ocupados cuando llegó el Ágora. Lo habían dispuesto todo para que sus apoyos pudieran sentarse allí, retirando los escombros que más podían interferir, y colocando una tarima en medio desde la que hablaría Omega. También había medidas de protección: Sabrina se había encargado de establecer un perímetro de vigilancia con cámaras ocultas y otro de protección estructural, y Blade estaba atento a cualquier cambio en el ambiente que pudiera ser peligroso para saltar en ataque o defensa.

No en vano era, aparte de Laura y Johanna, el único miembro del Ágora que podía sufrir un disparo de pistola de sangre y salir indemne.

Ellas dos iban las primeras de la fila, abriéndose camino entre la gente que les contemplaba a todos con igual curiosidad.

Conocían a Laura Snyder, la célebre rehén que todo el mundo buscaba. Y también a Johanna Lowe; juntas componían lo que para unos era esperanza y para otros amenaza. Recordaban las caras de Terrence, Elsie, Halley, Jerome, incluso la de aquella IA que les acompañaba, de verlas en las noticias y en las redes acompañados de un SE BUSCA.

Pero ¿quién era aquella mujer, profundamente Decadente, que caminaba en el grupo como si le perteneciera? Pese a su espalda combada y a sus numerosas prótesis, observaba alrededor con ojos de acero y cristal con una fuerza y aplomo hasta en el caminar. ¿Y su acompañante? ¿Ese hombre negro y calvo, de arrugas leves, ni Decadente ni joven?

En aquel silencio polvoriento, entre el calor del subsuelo y de los cuerpos expectantes, los pasos del Ágora resonaban como tambores

de guerra.

Los ojos de sus apoyos gritaban sin voz. Buscaban en los suyos soluciones, alivio, promesas, pero sobre todo una cosa: respuestas. Respuestas a la pregunta que todos se estaban haciendo al unísono, que no hacía falta formular para que se oyera.

«¿Qué va a ocurrir?»

En un día como aquel, había quienes recordaban lo ocurrido dos siglos y medio atrás con ceremonias, con funerales simbólicos al concepto de la muerte o con protestas callejeras. Pero allí, bajo la tierra, celebraban el terrible aniversario intentando borrar el crimen de Milton Roosevelt, tomándose la venganza que ni siquiera la cadena perpetua a la que había sido condenado podía pagar. O, al menos, esperando que el Ágora lo hiciese por ellos.

Mientras los relojes de sus braquiales daban la hora en punto a la que habían sido citados, las cinco de la tarde, los miembros del Ágora se fueron colocando en semicírculo, detrás de la tarima y de cara a la multitud. Algunos rezagados llegaban a la cafetería; al entrar, callaban y se sentaban en algún asiento libre o en el mismo suelo.

—Antes que nada, gracias por estar aquí —dijo Alpha, acercándose al estrado y escudriñando el gentío—. Empezaremos cuando todo el mundo haya llegado.

La tensión de sus apoyos se relajó un poco; dejaron de estar tan rectos, tan pendientes, e incluso empezaron a hablar con sus vecinos de asiento. Y también lo hicieron Laura y Johanna.

Mirando a sus compañeros, Johanna sentía los nervios corriéndole por la piel. No estaban todos. Sabrina se había quedado atrás para manejar el sistema de vigilancia; Chloé estaba enferma, como era habitual, así que ni ella ni Miranda habían podido acompañarles. De entre los que sí estaban, sobresalía la postura de Terrence; tenía la espalda tan derecha que era casi cómico, aunque llevaba mochila, y parecía que se le fuera a saltar una vena de los brazos cruzados.

Laura le atrapó a Johanna la mirada y sonrió.

—¿Estás nerviosa? —le susurró.

—Sí, bueno, un poco… —dijo Johanna, en voz baja—. A ver qué dicen. ¿Y tú no?

—Pues casi que no, la verdad. Es que ya no tengo expectativas. Creo que va a ser más de lo mismo: que si todo va bien, que si hay que esperar más, que si paciencia…

—No sé —dijo Johanna, mordiéndose el labio, observando a la multitud—. ¿En serio crees que son capaces de reunir a tanta gente

y no decirles nada?

—Yo qué sé. Cada vez me fío menos de ellos. —Laura suspiró—. Menos mal que estás aquí. A veces me entran ganas de salir corriendo.

Johanna bajó la vista.

—Podrías —dijo, tan bajito que apenas fue audible.

—¿Qué?

—Que podrías irte. Omega te lo prometió, ¿no? Que si algún día querías marcharte, te dejarían hacerlo.

—Es verdad, pero… —dijo Laura—. Supongo que todavía tengo algo de esperanza. Aunque te diga que no. Soy una exagerada. Y tampoco creo que me dejaran irme así de fácil, en el fondo.

—Pues yo no dejaría que te fueras —dijo Johanna, y deseó haberse tragado esas palabras nada más pronunciarlas.

—Claro. —Laura le cogió la mano—. Porque estamos juntas en esto, ¿no?

—Sí… Por eso.

Quedaron en silencio, hasta que Johanna se fijó en sus compañeros.

—Mira —susurró—. ¿Qué está sacando Omega de la mochila de Terrence?

—Parece… —dijo Laura, y abrió los ojos desmesuradamente al distinguirlo—. ¡Es la caja fuerte! No me lo creo. ¡Sí que va a decir algo!

Johanna le apretó la mano con más fuerza, sin poder controlar la sonrisa que se le pintaba en los labios.

Mientras se miraban la una a la otra con aquella ilusión nueva, entraban las últimas personas en la cafetería. Y entre ellas, cogida al brazo de una mujer, había una persona Decadente de piel tostada y cubierta de prótesis que decía llamarse Cameron.

65

Para la mayoría de la gente, los pensamientos intrusivos eran molestias momentáneas, repentinas, en las que de pronto sentían el impulso de hacer algo desagradable, algo *malo*. Adoptaban muchas formas: eran esas ganas que surgían de pronto de tirar un objeto preciado por la ventana, de decir algo en voz alta que arruinaría una amistad para siempre, o de atacar a alguien sin motivo.

El problema venía cuando no se podían controlar, cuando se volvían más frecuentes de lo normal o cuando se hacía difícil no cumplir esos deseos.

Taylor Crane, desde su anciano disfraz, estaba en aquel momento luchando contra el impulso de lanzar una granada hacia el estrado y salir corriendo. Necesitaba esperar, averiguar qué decían los terroristas, desentrañar sus planes para derrotarlos. Pero estaban *ahí enfrente*.

Respiró hondo. Trató de desencajar los dedos, agarrotados en torno al proyectil que tenía en el bolsillo, y de alejar tanto su mente como su mano de la idea.

—¿Se encuentra bien? —dijo un hombre, y le ofreció su asiento —. ¿Quiere sentarse?

—No, no, muchas gracias —masculló Crane, intentando mantener su tono de voz acorde con el disfraz.

Allí mismo estaba Laura Snyder, y aquel traidor de Terrence Day, y todos los demás pedazos de escoria que intentaban desbaratar el plan de su vida.

También había algunos terroristas a los que no reconocía. Por ejemplo, aquella mujer Decadente de ojos sintéticos, o el hombre negro que tenía al lado, que estaba en aquel momento de espaldas rebuscando en una caja. Podría lanzar la granada en ese mismo instante y no lo vería venir… No, no, debía esperar al momento correcto para avisar a los agentes, que aguardaban en torno a la reunión, a la distancia precisa para surgir y atacar.

—Parece que ya estamos todos —dijo la mujer Decadente, subiendo al estrado y colocándose en el atril—. Bienvenidos, pues. Mi nombre es Alpha, y soy, junto con mi compañero Omega, la

cofundadora del Ágora. No creo tener que explicaros qué es el Ágora, ¿verdad? —Algunas breves sonrisas se dibujaron en los rostros de los asistentes—. En esta fecha funesta, queremos anunciar algo que os dará esperanza. Queremos compartir con vosotros un descubrimiento que, esperamos, logre devolver a la humanidad su condición mortal y librarla de la Decadencia.

Tras oír aquello, a Taylor ya no se le crisparon los dedos sobre la granada, sino sobre sí mismos, en puños estrangulados, clavándosele las uñas en las palmas de las manos.

¿Qué iba a ser de toda la industria médica, genética, plástica? ¿Y de las empresas cuyo modelo de negocio necesitaba que el ser humano fuera inmortal? La compraventa de órganos vivos, la inmisión de sistemas nerviosos en carcasas sintéticas… Todos aquellos avances de la ciencia se volverían imposibles.

Nadie más podía acabar con la Decadencia. Nadie, salvo Taylor Crane, tenía la labor de enmendar los errores que le corrían por la sangre.

Intentando no rechinar los dientes, Taylor siguió escuchando el discurso de Alpha, que hablaba de cuánto esfuerzo y trabajo les había costado desarrollar aquel «descubrimiento» suyo.

—Con esto —decía Alpha—, gracias a la colaboración de las dos únicas personas inmunes a los genes de la inmortalidad que se han hallado hasta el momento, conseguiremos difundir globalmente, igual que hace doscientos cincuenta años se hizo con el pseudovirus, lo que hemos dado en llamar «la fórmula de la mortalidad». Será el proceso inverso a lo que hizo Milton Roosevelt, en concreto.

»Como sabéis —continuaba diciendo, y la multitud atendía como pasmarotes—, el pseudovirus de la inmortalidad estaba compuesto por nanotecnología capaz de modificar los genes humanos. No era un virus real, sino un conjunto de IAs microscópicas que reescribían la cadena de ADN del organismo que infectasen. Cuando el profesor Roosevelt fue encarcelado por sus crímenes, se destruyeron todas las cepas del pseudovirus existentes para impedir que volviera a ocurrir algo así; sin embargo, de este modo, también evitaron que se usase el mismo método para resolver el problema.

Taylor Crane se mordió la lengua. Definitivamente, no necesitaba que nadie le explicase qué era un pseudovirus ni cómo funcionaba; y mucho menos, esa mujer que decía llamarse Alpha, que *obviamente* no tenía la formación científica necesaria para explicarlo de manera correcta. Se le notaba en cada palabra que

escupía por su boca protésica.

—Pues, bien, aquí está. —Alpha se giró, señalando con un ademán—. Tras años y años de investigación, mi compañero Omega ha logrado desarrollar una copia idéntica de dicho pseudovirus, pero esta vez adaptada a nuestro objetivo, a revertir a la humanidad a su estado natural. Aquí lo tienen. Les presentamos… El pseudovirus de la *mortalidad*.

Aquel tal Omega se dio la vuelta de cara al público y, con una caja fuerte en brazos, comenzó a subir hacia lo alto del estrado.

La caja fuerte estaba abierta y en su interior se veían unas cápsulas transparentes que vibraban dentro de un recipiente de cristal. Aquello arrancó exclamaciones de toda la multitud. Asombro. Admiración. Taylor Crane también tenía la boca desencajada de pasmo.

Pero Taylor no miraba el pseudovirus.

Taylor miraba al hombre que lo sostenía, incapaz de apartar la vista de su abuelo.

No cabía duda alguna. Era su rostro. Era él. Era él. Los mismos rasgos exactos. Los mismos que veía cada noche, encima de su mesilla, en el único retrato familiar de Milton Roosevelt. Sus ojos, su nariz, su gesto, las leves arrugas que lo distinguían de cualquier otro ser humano.

Estaba idéntico a la fotografía, aunque se hubiera rapado la cabeza y dejado crecer la barba, tal vez en un burdo intento de esconderse. Pero encajado en el tiempo, cristalizado por siempre en la «mediana edad» entre la juventud eterna y la ancianidad decrépita, él era la única persona que no decaería nunca, por estar la inmortalidad misma basada en sus propios genes. Era el genio más brillante y por eso no podía perdonar su negligencia. Era el criminal más abyecto. Era el responsable de todo lo que estaba mal en el mundo. Se suponía que estaba cumpliendo cadena perpetua en la prisión de máxima seguridad del país, pero Taylor Crane lo tenía justo delante.

Le temblaban las piernas. Tuvo que apoyarse en el asiento de enfrente, sin dejar de mirar al rostro del profesor Roosevelt, oculto donde nadie jamás le buscaría: en medio de una reunión compuesta por personas que le odiaban con todas sus fuerzas. Taylor se sintió incapaz de moverse; solo podía contemplar lo que había ante sus ojos, mientras le corrían gotas de sudor por la nuca y por la frente.

Omega —no, Milton Roosevelt— apoyó la caja fuerte en el atril y, entre aplausos de entusiasmo, habló con una voz profunda y resonante como un tambor de madera.

—Gracias, gracias —dijo, sonriendo, el muy sinvergüenza—. Mediante arduas investigaciones, he logrado replicar el pseudovirus original. Ha sido un trabajo de años que…

¿Cómo podía, además, tener la cara tan increíblemente dura de afirmar aquello? ¡Claro que había fabricado una copia del pseudovirus! ¡Como que sabía a la perfección cómo hacerlo!

Taylor intentó controlar su respiración. Se le desbocaba. Se le escapaba el aliento por la garganta como si quisiera huir de su cuerpo. Y el sudor empezaba a despegarle las prótesis de la cara, se le colaba por la ranura entre plástico y piel, le picaba; pero no podía apartar los ojos del rostro de Milton Roosevelt, que sonreía al pobre público incauto.

—Gracias a la labor del Ágora —decía—, gracias a este diminuto pseudovirus, pondremos freno a la triste desgracia que desató en el mundo el Grupo de trabajo veinticuatro…

Y Taylor no pudo más. La voz le salió de las entrañas, desgarrándole a su paso los pulmones y la tráquea y hasta el cielo de la boca, y chilló en un grito de odio acumulado durante décadas:

—¡MIENTES!

No veía ya las caras de la multitud girándose hacia atrás, buscando de dónde había salido aquel grito. No veía sus propias manos temblorosas. No veía nada salvo la mirada de Roosevelt, cruzada con la suya, y el miedo ante la verdad que intuía en ella.

—Mientes —continuó Taylor, con el aliento entrecortado—, desgraciado, repugnante criminal, cómo te atreves. ¡Cómo tienes la vergüenza de mostrar aquí tu cara! ¡Y de ponerte de apodo el nombre de uno de los genes que tú mismo habías creado! ¡Mientes, mientes, MIENTES!

—Tranquilícese —dijo el profesor Roosevelt—. ¿Se encuentra bien? Alpha, vamos a…

—¡NO! —rugió Taylor Crane—. No, no vamos a nada. Vamos a explicarle a toda esta gente quién eres en realidad y cómo has conseguido replicar el pseudovirus. No sé cómo has salido de prisión, pero eres tú, pedazo de escoria, no puedes negarlo. Este hombre, y esto se lo digo a todos, ¡este hombre es Milton Roosevelt!

El leve rumor que se había levantado a su alrededor se alzó, como una ola de voces, en un bullicio incontenible. El latido en sus mejillas y en su esternón y en sus sienes se hizo un nudo alrededor de la garganta de Taylor. Y vio la verdad chocar contra el rostro de su abuelo, contra la multitud, y contra los terroristas que miraban a su líder con preocupación y espanto.

66

«Respira. Respira. *Respira*. No puede ser. No puede ser. No puede ser.»

Las palabras se repetían en bucle tras los tímpanos de Laura, un martilleo, una angustia que la vertebraba entera, una asfixia al hiperventilar.

La ansiedad eran olas incesantes que la arrastraban al fondo.

Tenía que ser un invento. Esa persona que chillaba estaba mal de la cabeza. Eran los gritos de la gente, el escándalo que se había levantado, que alentaban a esa parte de su cerebro a la que tanto le gustaba preocuparse.

Aún tenía la mano de Johanna agarrada a la suya. Mientras eso fuera así, nada podía desmoronarse. Tenía que respirar. Respirar hondo. No era cierto que todo se estuviera resquebrajando a su alrededor. No era cierto. Lo único cierto en aquel instante eran los dedos de Johanna entrelazados con los suyos, y nada más importaba, ni aunque le faltase el aire, ni las ganas de escapar de la jaula de sus costillas, ni los gritos, ni la frase que se le había quedado clavada en un eco en sus oídos.

«Este hombre es Milton Roosevelt.»

Porque, además, esa voz…

Antes de que recordase a quién pertenecía, alguien debió de pensar que era una voz demasiado vivaz, demasiado joven, para corresponder a una persona tan decrépita y Decadente.

La multitud hizo la labor por ella. Entre sus vecinos de asiento, le arrancaron la cara —¿la cara? No, era una prótesis— al individuo que había gritado. Se le desprendió el disfraz limpiamente.

Y todo se desbordó.

Se hizo pedazos el castillo de arena ante el mar implacable.

Apretó con tanta fuerza la mano de Johanna que, con un «¡ay!» de dolor, tuvo que soltársela.

Había poquísima gente que conociera el rostro de Milton Roosevelt. ¿Cómo iba alguien a reconocerle, así, sin más? Esa había sido su esperanza. Que aquel individuo estuviera mintiendo, inventándose un motivo para atacar al Ágora.

Pero, contra todo pronóstico, Taylor Crane estaba allí, en medio de la reunión, gritando que Omega era Milton Roosevelt y haciendo añicos los cimientos poco firmes del mundo que había construido en los últimos meses.

La ansiedad ganó y Laura se hundió en sí misma.

67

—¿¡Cómo que Milton Roosevelt!?

—Pero ¡si lleva una máscara!

—¡Queremos explicaciones!

—¡Sujetadle!

Las voces eran decenas, altas, airadas, y se gritaban unas a otras sin remedio, sin dejar siquiera espacio a que Alpha y Omega, de pie en el estrado, pudieran responder. Johanna miraba a ambos lados, paralizada; a la multitud furiosa que demandaba respuestas, a sus compañeros lívidos, dudosos y que no sabían qué hacer ante la turba y el miedo.

A su izquierda, Laura todavía estaría apretándole la mano si no se la hubiera soltado, tan fuerte que aún le dolía.

—¡Haced algo! —increpó su madre a Alpha y a Omega, sumándose al coro de voces que enturbiaban sus sentidos—. ¡Venga!

Todos hablaban a la vez. Halley y Terrence discutían entre sí; Jerome intentaba calmar a este último; Elsie lo contemplaba todo con ojos muy abiertos que se cruzaron con los suyos.

Terrence intentó subir al estrado, pero Alpha le frenó con un gesto de la mano.

—Basta —dijo entonces Omega, con aquella voz suya de enorme instrumento de viento, pero Johanna no supo si se refería al público o a sus propios compañeros—. Suficiente. Calmaos, amigos. Yo…

—¡Exigimos una explicación! —le interrumpían los gritos desde abajo.

—Blade, detén a ese individuo —dijo Alpha en voz baja, señalando a la persona despojada de las prótesis—. Ahora mismo.

Ya le estaban sujetando, o intentándolo, algunos miembros del público. Se defendía con uñas y dientes, literalmente.

—Laura —dijo Johanna, poniéndole una mano en el hombro—. Oye. ¿Estás bien? ¿Laura?

—Tengo que salir de aquí —dijo Laura, en voz baja.

—Respira, anda, vamos —dijo Johanna, e intentó cogerla de la mano, empujarla hacia la parte de atrás de la cafetería, para alejarla

de la multitud y del ruido.

Johanna intentó calmarse también. Que no la arrastrase el pánico.

—¡Cuidado! —gritó alguien entonces.

Se le desvió la mirada hacia la gente.

Fue un instante muy largo; Blade intentaba cruzar entre cuerpos de pie y asientos, como quien vadea un río, y llegar hasta aquel loco que chillaba disparates. Le agarraban entre varios, pero había soltado un brazo.

Y un brazo había sido suficiente, parecía ser, para meter la mano en el bolsillo y lanzar una granada.

Era inconfundible. No, no se trataba de su rostro ni su voz. Su sonrisa. Aquella sonrisa cruel, la misma que había visto una vez reflejada en el cristal de la célula que encerraba a Laura Snyder. Se le había quedado grabada en la memoria, lo bastante para reconocer a Taylor Crane un momento antes de que les lanzase un proyectil a la cara.

—¡A cubierto!

No, la granada no se estaba moviendo a cámara lenta por el aire; Blade la desvió con un salto que solo una IA podría haber calculado. La Tierra pareció girar mucho más deprisa después de la explosión. Todo rebosó de voces de pánico, de cuerpos chocando contra cuerpos, de luces de emergencia activándose, de un retumbar en el techo y las paredes, de una fuerza que la impulsó hacia atrás entre polvo y humo y sabor a sangre en la boca.

Todo se hizo añicos. Todo era negro y gris y blanco y negro.

Un pitido en los oídos le impedía escuchar los gritos y las toses a su alrededor. Estaba tirada en el suelo, se percató; cuando desapareció el fogonazo que le pintaba la vista, vio a Laura tirada en el suelo unos metros más adelante, y a Elsie poniéndose en pie, y a su madre, y a Terrence, y a Halley, y a Blade…

—¿Estáis todos bien? —dijo la voz de Alpha, surgiendo desde algún lado—. ¡Vamos, tenemos que irnos!

Había heridos en el público, los oía gritar; Taylor Crane ya se había esfumado entre el revuelo y no era una amenaza. ¿No deberían ayudar a la gente a salir de allí? Además, si huían despavoridos, solo estarían dando crédito a las acusaciones, como si tuvieran algo que ocultar.

—Venga, todo el mundo fuera —dijo la voz inconfundible de Omega. Estaba de pie, con la caja fuerte en brazos, y en la frente se le había abierto una brecha que le corría por la cara—. Nos marchamos. Por la vía de emergencia planeada, todos juntos.

Sabrina gritaba desde el comunicador algo sobre el techo; mirando hacia arriba, Johanna vio que los dispositivos de emergencia que había colocado se habían disparado, protegiendo el lugar de la explosión con una malla que evitaba que todo se derrumbara sobre ellos.

—Vamos, hija, vamos —dijo Deena, acercándose y ayudándola a ponerse en pie—. Aquí no estamos a salvo. Esa red se puede caer en cualquier momento.

—Pero… —dijo Johanna, aún aturdida—. La gente… Están malheridos, mamá, mira. No podemos irnos así. Si nos vamos, creerán que es cierto lo que ha dicho Taylor Crane…

—¿Tú crees que eso me importa? ¿Que estoy aquí por ellos? ¿O por ellos? —dijo Deena, señalando alternativamente a la multitud y al Ágora—. Estoy aquí por ti, hija, y lo único que me importa a estas alturas es que el techo no se te caiga encima.

Johanna se levantó a trompicones, sintiendo que todo volvía a ocurrir a su alrededor sin que ella pudiera controlarlo, como el día que murió su padre y su vida se le fue de las manos.

Pero Laura estaba allí.

Esa era la diferencia.

—Vamos, Laura —dijo Johanna, cogiéndola de la mano, ayudándola a levantarse—. Venga…

La gente gritaba, y el techo crujía, y Laura se dejó llevar como un animalito que sigue la correa. Justo antes de que los agentes aparecieran para detener a la multitud que atendía a sus heridas, huyeron por la salida de emergencia.

El Ágora, magullada por dentro y por fuera, se escabulló entre las sombras.

68

El ser humano buscaba acomodar sus ideas y actitudes entre sí, que encajasen, que hubiera coherencia. Por eso, cuando había una incongruencia entre el pensamiento y la acción, o hasta entre dos pensamientos, se creaba una tensión que debía aliviarse de alguna forma. El modo más sencillo de eludir este conflicto era cambiar. Cambiar lo que se creía, cambiar lo que se hacía.

Y, en este caso, Laura Snyder se encontraba en un *impasse* que solo podía cambiar de una manera.

Huyendo.

«Tengo que salir de aquí.»

Su mente se lo chillaba, cada poro de su cuerpo se lo pedía: escapar de todo lo que la rodeaba. Del Ágora. De un puñado de terroristas en los que nunca, nunca, nunca debió haber confiado.

Sus compañeros —no, aquellas personas no eran compañeras suyas, ya no podían serlo— habían aceptado las excusas de Milton Roosevelt y le habían disculpado. No pensaba llamarlo por aquel apodo absurdo; Omega era el gen al que ella era inmune, no el nombre de nadie. El muy desgraciado había desviado la atención al hecho de que hubiera desaparecido una de las cepas del pseudovirus de la caja fuerte tras la reunión.

Y a ella nadie le había escuchado.

Ni siquiera Johanna.

«No puede ser —le había dicho—. Pero ¿no estaba en prisión?» Como si de la cárcel no se pudiera salir. Y cuando creía que por fin la había convencido, Johanna dijo lo que más le dolió de todo:

«Bueno, aunque lo fuera… quiere arreglar sus errores, ¿no?»

Sabía que no estaba siendo justa con Johanna, reduciéndolo todo a esa sola frase, pero le daba igual. Pensar que aquel crimen podía arreglarse sin más, que podía enmendar todo el sufrimiento que había causado a la humanidad e irse de rositas… No podía permitirlo. Sobre todo, no si para ello necesitaba usarla a ella y a su sangre.

Una vez formada la idea en su mente, ya no fue capaz de echarla.

Tenía que irse de allí.

No quería quedarse entre los muros del Ágora ni un minuto más.

Todo lo que la rodeaba —la cama sobre la que estaba tendida, el techo con su lámpara, la luz blanca del lago que vaciaba el color de aquello que tocaba—, todo era un recordatorio de a quién estaba apoyando.

Ojalá hubiera salido corriendo aquella primera noche. Ojalá hubiera permitido que la Agencia les atrapase en aquella persecución por los túneles del metro. Ojalá no se hubiera dejado convencer por una voz y unos ojos bonitos y una mano entrelazada con la suya.

Y ojalá ese no fuera el único motivo por el que aún no había huido de allí.

Tenía que irse ya. Antes de que Johanna se acercase más a ella. Antes de que su partida pudiera herirla de verdad. Antes de que sintiera lo que ella ya estaba sintiendo.

Bajó al suelo de un salto desde su litera.

Aún era temprano. El dormitorio estaba vacío. Todos la habían dejado sola, tal y como había pedido a gritos. Y lo tenía todo preparado; se había llevado los contenedores con su sangre del laboratorio, cuando el profesor Roosevelt estaba intentando explicarse ante el resto. Los había metido en su mochila. Y ya solo quedaba organizarse para el viaje: algo de comida y ropa bastaría.

Mientras se quitaba el pijama, se le enganchó la manga izquierda de la camiseta en la piel del antebrazo, y el breve dolor tirante le recordó la presencia del comunicador.

Era cierto. Se le olvidaba que lo tenía ahí. No podía quitárselo así como así; estaba cauterizado dentro de su carne. Y pensar que le había hecho tantísima ilusión cuando se lo implantó Sabrina.

Sabrina. Claro. A lo mejor podía pedirle ayuda.

—¡Eh! ¡Laura! —llamó entonces Elsie, asomándose al dormitorio —. ¿Estás bien ya? ¿Quieres venir a ver la tele? Está Johanna haciendo tortitas…

—No. Dejadme en paz —dijo Laura. Cuanto menos contacto tuviera con nadie, mejor. Sobre todo con Johanna. No podía asegurar que su resolución de irse se mantuviera totalmente estable ante ella.

Llegó hasta el taller de Sabrina con zancadas largas, firmes, y un dudoso disimulo de sus intenciones.

—Hola, Sabrina —dijo, bañada en el azul de sus pantallas—. Necesito ayuda. Me está hablando Elsie al comunicador y no quiero responder. Lo tengo apagado, pero no deja de vibrar para que lo

encienda. ¿Hay algún modo de quitar eso?

Algo perpleja, Sabrina respondió:

—Bueno… A ver, apagarse del todo no se puede, porque funciona con los impulsos eléctricos del cuerpo y siempre va a haber una pequeña corriente. Pero puedes bloquear ciertas bandas. —Le agarró el antebrazo—. Mira, si seleccionas aquí «Elsie», y le das a «cortar», impides todo contacto desde su comunicador hasta que le vuelvas a dar.

—Vale, gracias —dijo Laura—. Es que estaba poniéndose muy pesada.

Se marchó del taller dejando a Sabrina con la palabra en la boca. No tenía intención de soportar a nadie más de lo exclusivamente necesario. Y en ese concepto no entraba hablar sobre si Elsie no tenía mala intención o lo que fuera que le estaba contando. Qué más daba si la tenía o no. Qué más daba si nadie de aquel lugar la tenía. Incluso el propio Milton Roosevelt podía alegar que todo lo hacía con buena intención.

«Respira. Tranquila. Tienes que mantener la calma», se dijo.

La cabeza fría era esencial para que aquello saliera bien, para que no metiese la pata antes de tiempo y pudiera salir de allí en algún descuido. Sí, le habían prometido que la dejarían marchar cuando quisiera si así lo pedía, pero ahora sabía con quién había estrechado la mano realmente en aquella promesa.

La ropa estaba tirada por encima de su cama, arrugada en los cajones, como siempre. Mientras la recogía para meterla en la mochila y la arrojaba dentro, con fuerza, con el mismo odio con el que le gustaría partirle la cara a Roosevelt, los ojos se le humedecían sin querer.

Era de rabia. Estaba llorando de rabia. Tenía que ser eso. Definitivamente era eso, nada más.

No podía pensar en tonterías. Ni en echar de menos a nadie. Imposible. Debía centrarse en lo importante; cómo salir del refugio sin que nadie se enterase. Antes de que Milton Roosevelt le sacara una sola gota más de su sangre.

Laura estaba de espaldas a la puerta, doblada sobre su mochila, terminando de meter en ella algo de comida; no la oyó entrar en el dormitorio.

—Oye —dijo la voz de Johanna, y Laura dio un respingo—. ¿Estás ahí? ¿Te encuentras ya algo mejor?

—Estoy bien —dijo Laura, dándose la vuelta para tapar la mochila a medio hacer—. No te preocupes.

—Sí, claro, y yo me lo creo —dijo Johanna, y se acercó sin

encender la luz. Solo veía su silueta recortada en la penumbra—. Por favor, no te encierres en ti misma. Habla conmigo, anda. Dime qué piensas.

Tenía que alejarla. No quería que Johanna la echase de menos. No quería que la echase de menos como la iba a echar de menos ella.

—Déjame —dijo Laura, cruzándose de brazos—. Quiero estar sola.

—Ya te he dejado sola un buen rato —contestó Johanna, acercándose aún más—. No te enfades conmigo, por favor… Venga…

Johanna intentó cogerla de la mano.

Como si le quemase, Laura se la apartó de un manotazo.

—¡Ay! —dijo Johanna—. Pero ¿qué te pasa conmigo? ¿Por qué estás así? ¿Qué te he hecho?

¿Qué le había hecho?

Existir.

Hacer que confiase en ella.

Ser el único obstáculo, la única traba a que huyera sin mirar atrás, sin preocuparse por nadie.

—Déjame en paz, Johanna…

—¿No ves que no puedo? —dijo Johanna, ignorando sus intentos de alejarse—. No eres la única a la que ha mentido Omega. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?

—No quiero hablar de esto ahora —dijo Laura, en voz más baja.

—¿Crees que yo no estoy decepcionada? ¡Claro que lo estoy! Pero hay que seguir. ¡Esto es una razón más para seguir adelante! Si él cometió un error, nosotras podemos arreglarlo…

—¡Que me dejes! —Laura intentó que no le sonase la voz a lágrimas—. Vete, por favor…

—¡Solo quiero que me escuches! —dijo Johanna, y la cogió de la mano una vez más. Se la agarró con fuerza, como si supiera que iba a irse y quisiera retenerla entre sus dedos. En su ímpetu, se acercó demasiado.

La separación entre las dos podría medirse con la yema de un dedo.

—Johanna, por favor…

Por favor. Por favor, que se fuera. Que no se acercase más. Que no lo hiciera más difícil. Sus ojos siempre habían sido negros como un espejo; no quería verse reflejada en ellos.

Pero lo hizo. La miró a la cara.

Se miraron las dos, de verde a negro, de negro a verde, entre las

sombras del dormitorio vacío, cerca, muy cerca, demasiado cerca para volver a apartarla.

Laura descruzó los brazos.

En algún momento, el corazón le había empezado a latir como si un tren le descarrilara en el pecho. El brillo blanco del lago se reflejaba en la piel de Johanna. En sus ojos. En sus labios.

—Laura —dijo Johanna—. Yo…

No llegó a acabar la frase.

La distancia entre ambas se desvaneció en su boca.

Laura solo quería darle un beso breve, un pequeño robo a sus labios que acabase antes de haber siquiera empezado. Esperaba que Johanna se apartase, azorada, y se marchase de allí, dejándola huir en secreto con aquel instante guardado para siempre en su memoria.

Pero Johanna no se alejó. Se pegó aún más a ella y su piel, su olor, su aliento estaban por todas partes; Johanna estaba en todas partes tras sus párpados cerrados y su boca era tan suave, tan dulce, tan cálida.

Las manos de Johanna en su espalda, apretándola contra sí, envolviéndole el cuello y la nuca de caricias. Sus labios bebiendo de ella entreabiertos, sedientos, arrastrándola a su cuerpo. Sus diminutos jadeos, tomando aire entre beso y beso, volviendo con una avidez blanda entre el rubor y el anhelo. El todo era mayor que la suma de las partes. Y eran un todo indiscutible e inseparable entre sí, inseparable de ella.

Ciegas, dando tumbos la una contra la otra, chocaron contra la pared; Laura apoyó la mano, y Johanna quedó entre ella y el muro, y sus piernas se entrelazaron igual que sus bocas. No era suficiente tenerla tan cerca, la necesitaba más, y lo único que había en el mundo era lo que tocaban las yemas de sus dedos, la punta de su lengua, su piel erizada, ella, ella, *ella*.

Cuando abrieron los párpados y separaron sus labios, la respiración entrecortada tardó unos momentos en volverles al pecho. Las palabras tardaron bastante más en volverles a la boca.

Durante un segundo eterno se la quedó mirando con aquellos ojos negros, en los que Laura vio reflejada su alma entera, su insensatez, su sonrojo. Johanna hizo un ademán minúsculo, como si quisiera decir algo y luego se arrepintiese de pensarlo; en vez de hablar, la estrechó en un abrazo, hundiendo la cara en su cuello, y suspiró algo indescifrable a ras de su piel.

Y Laura, rodeándola con sus brazos, acariciándole el pelo, sintió un escalofrío que la atravesó desde el vientre a la garganta.

«Qué he hecho —pensó, y los dedos se le contrajeron en un agarre más fuerte; ni ellos querían soltarla, aunque debían—. Dios mío, qué he hecho.»

—Lo siento —susurró Laura, tragándose las ganas de llorar.

—¡No! —dijo Johanna, levantando la cara para mirarla—. ¿Qué dices? Si está todo bien. No sientas nada.

Ojalá, efectivamente, no sintiera nada.

Ojalá aquella sonrisa no la partiera en dos.

—Tengo que… —dijo Laura, buscando una excusa para apartarse, la que fuera—. Tengo que ir al baño.

—Ah, vale, vale —dijo Johanna, y sus palabras estaban cargadas de pudor—. Bueno, pues… te espero en el salón, si quieres. Estaba haciendo tortitas…

—Claro. Tortitas. —Su propia voz le sonaba ajena—. Ahora voy, ¿vale?

Tras la puerta del baño y doblada sobre la pila, Laura no quería reconocer aquella imagen que le devolvía el espejo. El rostro de alguien capaz de herir a la persona en que confiaba.

Se miró en el reflejo. Se palpó la cara. No había variado nada, aunque todo era distinto. Las huellas que Johanna había dejado sobre su piel no eran visibles, aunque ella las sintiera como si estuvieran escritas con tinta.

Le iba a costar caro aquel recuerdo.

Ya no quería ser ella, no quería ser la misma que era diez minutos antes de besar a Johanna, ni la misma que dos días atrás creía en el Ágora.

Mientras Johanna la esperaba en el salón, Laura cogió las tijeras del lavabo. Con trasquilones, con las manos temblorosas, con rabia y con los dientes apretados, se cortó el pelo en un torpe remedo de un corte militar, con la nuca limpia y las orejas descubiertas.

El dormitorio estaba vacío cuando Laura salió del baño, cogió su mochila y saltó por la ventana.

No miró atrás hasta que el brillo del lago desapareció en el túnel, llevándose consigo sus aciertos y sus fallos. Y se llevó en el tacto, en la memoria, clavado dentro, el recuerdo de aquel beso que no se le despegaba de la piel.

69

Philippa Nielsen ya se había acostumbrado al revuelo. Tras el regreso de Crane, la Agencia no había parado en las últimas veinticuatro horas, como una colmena de abejas que se hubiera caído a un río.

La irritaba. Claro que la irritaba. Estaban tratando a Taylor Crane como si hubiera hecho algo heroico, memorable. Sí, tenía que admitir que la noticia que traía era asombrosa. Milton Roosevelt no solo había escapado de prisión, sino que además era uno de los terroristas. Si Taylor ya usaba su lazo de sangre con el profesor Roosevelt como excusa para justificar sus salvajadas, no quería imaginar lo que haría con aquella información.

Pero, sobre todo, estaba la cuestión del pseudovirus. Taylor Crane había traído consigo, como prueba de aquel hecho, una cápsula diminuta y transparente en la que, decía, había una cepa del pseudovirus que en su día alteró el ADN del mundo entero para hacerlo inmortal. Y añadía, con un descaro impresionante, que podría usarla para erradicar la Decadencia, con el material genético que tenía acumulado de Lowe y Snyder.

Aquello le había devuelto a Crane su puesto y sus privilegios. Ulysses Wagner estaba preparando un comunicado oficial para emitir al mundo entero.

¿Y ella?

Ella estaba agotada. Hasta la coronilla de todo. De Wagner, de Crane, de su pie sintético que no dejaba de dolerle, de los ojos acusadores de Oreo VIII en la pared, de los agentes que pasaban corriendo pasillo arriba y pasillo abajo sin detenerse.

No, uno sí se detuvo.

Jadeando, luchando por recobrar el aliento, el capitán de escuadrón Thomas Veracruz llamó a su puerta abierta.

—Señora Nielsen —dijo, entre resoplidos—. Tiene que venir a ver esto. Es urgente. Muy urgente.

Apoyada en su muleta, Philippa siguió a Veracruz, intrigada, hasta la terraza en el frontal de la sede. Se asomó al balcón que presidía la puerta principal del edificio de la Agencia.

Allí, en la calle, justo ante la entrada, había un círculo de luz. Los focos y los cañones de los agentes apuntaban, todos juntos, a una única persona.

Philippa entornó los ojos para verla mejor.

Tenía las manos alzadas, y la barbilla también. Era una mujer joven de pelo corto, el mismo corte militar que preceptuaba la Agencia. Tal vez por esto último tardó más de lo que querría admitir en reconocerla. Pero, una vez distinguió su cara, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no correr a abrazar a Laura Snyder.

70

En sueños, cualquier cosa era posible. Incluso, y sobre todo, lo que no se quería pensar durante la vigilia. Las fantasías más turbias. Los recuerdos borrosos. Las ausencias, convertidas en presencias.

Y, a veces, en ese paso velado antes del despertar completo, se olvidaba qué era soñado y qué verdad. Se desdibujaba todo y solo quedaban los deseos y los miedos.

Johanna se revolvió en la cama. Acababa de sonar el despertador.

Había tenido una pesadilla horrible. Laura la besaba pero después se marchaba, desaparecía. Todos la buscaban por el edificio, por el lago entero, y no encontraban más rastro que sus huellas en el túnel. Y luego sus compañeros empezaban a despotricar, que si era una traidora, que si había vuelto a la Agencia, que si les había dejado tirados…

Aún con los ojos cerrados, se estiró sobre las sábanas y volvió a abrazar a Laura. Respiró profundamente su olor, hundiendo la cara en su pecho blando.

Y el gato de Schrödinger, en ese instante de felicidad, estuvo vivo.

La caja se abrió. Los párpados de Johanna también.

El rostro que iba a besar se desvaneció. Estaba abrazando la almohada. Al lado, arrebujada, estaba la camiseta del pijama de Laura. Claro que olía a ella. Era lo único que había dejado atrás al marcharse.

Lo único, aparte de una huella que le quemaba en los labios y en las manos y en el pecho, como si en vez de besarlos se los hubiera arrancado y llevado consigo al irse.

Era real. Era real. Todo era real.

Apretó la almohada contra su cara para que nadie la viera contener el llanto. Pero al hacerlo, su olor, que impregnaba la cama entera, la atravesó como una bala eléctrica. Se le encogió la garganta. Tragó saliva. Tragó las lágrimas.

Los últimos jirones del sueño se esfumaron en la realidad, mientras Johanna clavaba los puños en el colchón.

Ni siquiera le había dejado una nota, una explicación, nada. La había buscado por todas partes la noche anterior, hasta que su madre la había cogido del brazo y la había llevado a la fuerza a su litera.

Habían intentado contactar con ella, claro. A través de los comunicadores. Pero había bloqueado todos sus canales; ese fue el momento en que la actitud del Ágora cambió de preocupación a traición.

Todos habían tenido que comprobar, entonces, si efectivamente estaban bloqueados. Uno tras otro habían visto la señal en sus brazos que rezaba: «Comunicación cortada». Incluso Johanna. Se había negado. Había rogado que no le hicieran confirmarlo. No quería constatar con sus propios ojos que Laura le había prohibido el acceso a su comunicador a ella también. Pero, al final, lo había hecho. E igual que al resto, aquella aspa roja se le había aparecido en su pantalla.

Poco después, descubrieron que Laura les había arrebatado toda su sangre. La había robado del laboratorio. Solo la suya; de Johanna no se había llevado nada.

El hueco que le había dejado en el pecho no contaba.

Para impedir que filtrase datos a la Agencia, todos habían bloqueado la conexión de Laura de sus comunicadores. Así, ni ellos podrían contactar con ella, ni ella con nadie. Era por seguridad.

Menos Johanna. Había dejado aquella línea abierta, aquel nodo sin borrar, aunque solo fuera por el placer absurdo e hiriente de mirarse el brazo y que aún pusiera «Laura» en su lista de conexiones.

Total, ¿qué importaba ya? Sin Laura, ¿qué sentido tenía el Ágora? No hablaba de forma figurada; sin su sangre inmune, ¿iban a poder cumplir sus objetivos?

La melancolía de Omega era señal de que no. Taylor Crane le había robado una de las cepas del pseudovirus, y ahora Laura se había llevado su sangre, suponían que de vuelta a la Agencia. Volaban insultos hacia ella por todas partes, sobre todo por la boca de Alpha y la de su propia madre.

Y Johanna ya no tenía fuerzas para enfrentarse a nada de aquello.

Solo quería esconderse en las sábanas y abrazar la almohada con los ojos cerrados hasta que le llegase la Decadencia.

—Eh, oye, Jo —dijo entonces la vocecilla de Elsie, asomándose por entre las literas—. Que te toca aféresis ahora. ¿Vas a…?

—No —murmuró Johanna, y se echó la manta por encima de la

cabeza.

—Bueno… —dijo Elsie—. ¿Y desayunar quieres?

Negó con la cabeza y se hundió más en la cama.

—Venga, anda, Jo. —Era la voz de Leo. Johanna suspiró—. No estés así. Era tu amiga, sí, pero qué se le va a hacer. Nadie se habría imaginado que nos traicionaría así…

¿«Nos» traicionaría? ¿Quién le había traicionado a él? ¿Con qué derecho hablaba así? ¿Acaso a él le había besado alguien antes de desaparecer?

—Vete —dijo Johanna, más alto, para asegurarse de que Leo la oyera—. Vete de aquí.

—Pero ¡si no he dicho nada! —dijo Leo—. Cuanto antes te olvides de ella, mejor. Si te quedas aquí en la cama, no vas a…

—¡Que te vayas! —gritó Johanna, y enterró de nuevo la cabeza en la almohada.

—Eso, vámonos —dijo Elsie, y sus voces se alejaron por el pasillo—. ¿No ves que está mal? Es que eres un bruto. Si hasta yo me he dado cuenta. Hay que dejar que lo supere ella sola…

—¿Bruto, yo? —decía Leo, a lo lejos—. ¡Mira quién fue a hablar!

Cuando el dormitorio se quedó en silencio, Johanna se levantó para ir al baño. Se secó la cara con la manga del pijama. Se miró al espejo. Apenas unas horas atrás, en el mismo lugar donde estaba ella, había estado Laura.

Justo después de besarla.

¿Qué había pensado Laura ahí, frente al espejo, en ese lapso antes de la huida? ¿Se había sentido feliz? ¿Satisfecha? ¿Le había importado siquiera? ¿Había significado algo para ella?

Volvió a la cama deprisa, descalza, vacía. Allí, si no abría los ojos, si las sábanas y la almohada se tragaban su cara y sus ganas de llorar, podía quedarse dormida y soñar que nada había ocurrido.

No, nada no. El beso sí. El beso sí que había ocurrido.

Laura podía haberle arrebatado muchas cosas al marcharse, pero al menos el beso nadie podía quitárselo. Era suyo. Por doloroso y humillante que fuera, era suyo.

71

De no ser porque las literas del dormitorio se llenaban y se vaciaban de ocupantes cada noche y cada mañana, Johanna podría haberse perdido en el mundo sin segundos que existía entre sus sábanas.

El olor a Laura se volvió tenue, más leve, hasta que Johanna ya no estuvo segura de si lo olía en verdad o se le había quedado grabado en el cerebro, igual que la marca en la vista que dejaba una luz muy fuerte.

Elsie venía, de vez en cuando, a traerle algo de comer. Y Deena se acercaba periódicamente a la cama a reñirla.

—Ya está bien, Johanna —repetía su madre—. Tienes que levantarte de ahí. Estás comportándote como una niña pequeña. ¿Qué diría tu padre si te viera así? Deprimida por esa escoria, cuando por él ni lloraste.

«Porque cuando murió papá ni siquiera tuve tiempo de llorar.»

Era maravilloso sentirse mal por sentirse mal.

Tampoco tenía fuerzas para enfrentarse a Omega. Al hecho de que fuera el mismo genetista que, doscientos cincuenta años atrás, había difundido la inmortalidad. Todo aquello había pasado a una especie de segundo plano, como velado por una neblina de apatía.

En una de aquellas tardes interminables en que los dedos de Johanna rondaban el nombre de Laura en su comunicador, sin llegar a tocarlo, sin atreverse a confirmar de nuevo que había cortado la conexión entre ambas, un ruido inmenso de metal arrastrando sobre roca la sobresaltó.

—¿Qué está pasando? —preguntó Johanna, asomada por entre las mantas.

Por el suelo del pasillo, entre Terrence, Leo y Deena, iban empujando lo que parecía un vehículo a medio montar. Johanna se frotó los ojos.

—Eh, cuánto tiempo —dijo Elsie, acercándose a su cama—. Bienvenida al mundo.

El aparato metálico que había en medio del refugio era demasiado extraño como para no preguntar:

—¿Qué es eso?

—¡Ah, claro! —dijo Elsie, llevándose una mano a la frente—. Es verdad, que no te has enterado. Bueno, eso te pasa por estar ahí metida sin hablarnos. Pues es un furgón que ha construido Sabrina para llevar las cosas a la nueva base.

Johanna parpadeó.

—¿Cómo que a la nueva base? ¿Nos mudamos otra vez? Pero…

—Hombre, no nos podemos quedar aquí mucho más tiempo. —Elsie hizo una mueca—. Laura sabía la ubicación del refugio. Así que ahora es muy posible que la sepa la Agencia. Es cuestión de tiempo que salten las alarmas de los túneles: «*Niii-nooo, niii-nooo,* vienen a por vosotros».

—Entonces… —dijo Johanna, mirando el furgón—. ¿Nos marchamos ya? ¿O cómo?

—No, no. Primero se van a ir Alpha y Omega al nuevo lugar seguro, y también van Blade, Jerome y Terrence con ellos a ayudarles a montar el chiringuito. Y Miranda y Chloé, por su seguridad, porque Chloé está poniéndose peor muy rápido. Sabrina se queda aquí al mando hasta que digan de irnos.

—¿Jerome también? Pero ¿no estaba con los apoyos?

Elsie resopló.

—Si no hubieras estado ahí encerrada como una Decadente, a lo mejor te habrías enterado —dijo, frunciendo el ceño—. Hemos perdido casi todos los apoyos externos, gracias a Taylor Crane. Corrieron rumores, se difundieron cosas… La Agencia dio un comunicado de alerta por todas las redes con una foto de Omega. Iban diciendo que era el temible profesor Roosevelt, fugado de la cárcel, metiendo miedo a la gente como si fuera por ahí comiendo niños.

—Pero… —Johanna dudó—. Entonces ¿es cierto o no? Sí que es Milton Roosevelt.

—¡Pues claro! —dijo Elsie, y se encogió de hombros—. Pero a mí me da igual quién sea o deje de ser. Mientras consiga quitarnos la Decadencia, como si es Napoleón revivido. Lo mismo que a nadie le importa aquí cuál sea mi apellido.

—Es verdad, ¿cómo te apellidas?

Elsie le guiñó un ojo y se marchó hacia el pasillo.

—Ya te veo mejor cara, eh, Jo. Pero las preguntas indiscretas, mejor las dejamos para otro «Verdad o atrevimiento», ¿vale?

Siempre había pensado en el profesor Roosevelt como un genio. Un genio loco y terrible, sí, pero genio al fin y al cabo. Y si querían detener la Decadencia, tal vez solo pudieran hacerlo con un genio en su bando.

Aunque, de nuevo, ¿qué importaba ya? Toda la sangre que le habían sacado ya solo serviría para fabricar más y más armas con las que matar a gente. Johanna ya no tenía ni la más mínima idea de cuál era el plan.

En cualquier caso, para ella, quizá el mejor plan sería intentar olvidarse de Laura.

Tal vez en otro refugio, en la nueva base, donde no oliera todo a ella y no estuviera esperando encontrársela por algún rincón del dormitorio a cada paso, sería más fácil.

72

—Hay empresas que tienen incentivos salariales. Otras te regalan viajes, coches, minucias varias. Sin embargo, yo intento que mis empleados tengan justo lo que necesitan. El estímulo perfecto para que hagan su trabajo, ni más ni menos, ¿ves, Philippa?

Ulysses Wagner tomó un trago del gin-tonic. Pescó entre los dientes la uva que flotaba entre los hielos y la mordió; una minúscula gotita salpicó la mejilla de Philippa Nielsen.

Pero Philippa probablemente estaba demasiado ocupada intentando contener sus emociones como para limpiársela. O tal vez ni siquiera la hubiera notado, quién sabía. Ulysses no recordaba con mucha exactitud cuán sensible era la piel no sintética.

—El caso es —continuó Ulysses Wagner— que quiero que sepas cuánto te aprecio, Philippa. Y que yo siempre cumplo mis promesas.

Dio gracias a la inexpresividad de su rostro; si aquella conversación hubiera tenido lugar unos trescientos años antes, dudaba de haber sido capaz de contener la sonrisa.

—Yo… —dijo Nielsen, abrumada—. No sé qué decir.

—Di gracias, Philippa, gracias. No hace falta más. Esto lo he hecho por ti. Te prometí que iba a mantener a salvo a Laura Snyder y ¿dónde estaría más a salvo que aquí, entre los muros de la Agencia?

—Desde luego, tiene razón… —Nielsen asintió—. Pero ¿cómo lo ha conseguido? ¿Cómo ha logrado que vuelva?

—Ah, Philippa, Philippa. Uno tiene sus métodos. Me dejarás mantener un secretillo o dos, ¿no? ¿O eres de las que van al circo y le piden al ilusionista que revele su truco nada más terminar la función? —Sorbió el gin-tonic con parsimonia—. Disfruta del espectáculo, anda.

—Es cierto, es cierto —dijo Philippa Nielsen—. Y claro que estoy tremendamente agradecida, faltaría más. Solo me lo preguntaba.

—Pues no te preguntes tantas cosas, Philippa, a ver si me voy a arrepentir y a mandar a Laurita de nuevo con los terroristas. —Durante un instante antes de que Ulysses se riera, la expresión de pánico en el rostro de la subdirectora fue grandiosa—. Vamos,

vamos, estoy bromeando. Si yo solo quiero que estés feliz y motivada, que te veía un poco alicaída. Pero ya no, ¿verdad? Después de esto, tendrías que estar dispuesta a trabajar con todas tus fuerzas.

—Sí, sí —dijo, asintiendo con energía—, eso sí, por supuesto.

—Bien. Me alegro de que mis incentivos funcionen, entonces. —Ulysses sonrió—. Por cierto, dile que venga. Ya va siendo hora, ¿no crees?

—¿A Laura?

—Claro, Philippa, ¿a quién va a ser? Han pasado ya unos días. Estará recuperada, se habrá acostumbrado a todo esto de nuevo. Es el momento de poner a buen uso toda su trágica experiencia. De algo tiene que servir que se haya pasado meses conviviendo con esos terroristas.

—Tenga en cuenta que todo esto ha debido de ser muy duro para ella —dijo Nielsen—. Las pruebas de salud han salido positivas, pero no debería incidir sobre el trauma…

—No, Philippa, ¿por quién me tomas? Yo solo voy a darle lo que ella misma ha pedido. Una entrevista de trabajo. Porque eso es lo que quiere, ¿no? Trabajar para mí. Ser una agente más. Pues bien, tendrá que ganárselo como todos habéis hecho en su momento. Y, en su caso, lo que la pequeña Laura puede ofrecer a la Agencia, aparte de la sangre que ha traído consigo, es… —bebió el resto del gin-tonic de un trago; dejó la copa sobre el panel de control— información.

Cuando Nielsen regresó al despacho de Ulysses Wagner, acompañando a Laura Snyder, ambas le encontraron reclinado en su sillón con las manos entrelazadas sobre el vientre, sonriendo aquella sonrisa suya sin labios.

—Gracias, Philippa, puedes retirarte —dijo, con un ademán.

—¿No quiere que me quede y…?

—No, en absoluto. Esto es una entrevista de trabajo, Philippa, y es confidencial —dijo Ulysses, pronunciando cada una de las sílabas de «confidencial» por separado—. Así que déjame aquí a Laura. Tranquila, que ya sabes que no muerdo.

Hacía años que no veía a la joven Snyder. La había conocido cuando aún era una niña, poco después de que la encontrasen y la trajeran a la Agencia. Estaba alta, espigada, y se había cortado el pelo a ras de la nuca. Tenía los brazos cruzados, la barbilla en el aire, la postura altiva y los ojos llenos de recelo.

Ulysses sonrió más ampliamente.

Los potros ariscos eran los más satisfactorios de domar.

—Bueno, Laurita, bueno —dijo, y notó su pequeña mueca incómoda ante el diminutivo—. Me han dicho que quieres ser una agente hecha y derecha. Eso está muy bien. Es un noble objetivo. Pero dime, ¿por qué? ¿No preferirías vivir como has vivido hasta ahora, ayudando a Taylor Crane en sus investigaciones, disfrutando de todas las ventajas de la Agencia sin tener que empuñar un arma?

La vio tragar saliva.

—Eso no era vivir —dijo Snyder—, ni disfrutar, ni nada por el estilo. Solo era ser prisionera. Si he de colaborar, es la condición que pongo. No seré esclava de nadie. Trabajaré como una más.

—Muy emotivo, muy buen discurso. —Ulysses se pasó la mano por el borde de los ojos, como si se secase las lágrimas—. Pero tendrás que contribuir a la Agencia. Lo sabes, ¿verdad? No vale guardar rencores por lo que te hiciéramos en el pasado. Vas a tener que implicarte y dar el cien por cien, Laurita. ¿Entendido?

Snyder asintió.

—Por supuesto.

Era adorable cómo pretendía parecer dura e intimidante. Sería cuestión de ver si ese estoicismo superaba la prueba de fuego.

Ulysses se fijó en que Snyder llevaba en el brazo alguna clase de artilugio torpemente implantado. Parecía una braquial hecha a martillazos. Era buena noticia que no se la hubiera quitado; si cumplía funciones de comunicación, tal vez pudieran usarla en su contra.

—Bien. Veamos, Laurita, veamos —dijo Ulysses, cruzando las piernas en su asiento—. Te hemos dejado descansar, reponerte del grave trauma que habrá sido para ti estar secuestrada por esos terroristas. Así que, de momento, solo te voy a hacer una pregunta.

La vio respirar hondo. Encajar la mandíbula. Asentir.

—Adelante —dijo.

—Es sencilla. Pero quiero que me la respondas con toda sinceridad. Y si resulta que no me dices la verdad, bueno… —Ulysses apoyó los codos en el panel de mando—. En ese caso, a Taylor Crane le encantará volver a encargarse de ti.

Ahí estaba. El miedo por debajo del orgullo. El gato no se eriza si no es porque teme algo.

—No será necesario —dijo Snyder.

—Confío en que no, Laurita, de verdad te lo digo. Observa —dijo, pulsando un botón, y las pantallas de las paredes se cubrieron de mapas y planos—. Y ahora dime. ¿Dónde están los terroristas? ¿Dónde, de todo el recorrido subterráneo que hay bajo esta ciudad, se esconden y se refugian? ¿Y cómo se llega allí? Señálamelo con

esto, hazme el favor.

Le tendió un puntero que dibujaba líneas rojas sobre los monitores.

Y, con un pulso ligeramente temblón, Laura Snyder trazó un camino desde la sede de la Agencia hasta la antigua planta depuradora que había al lado del lago.

73

El agua, al igual que todo líquido, tenía una propiedad que permitía que se formasen gotas o que andasen sobre ella los insectos zapateros: la tensión superficial. Se comportaba como si una membrana transparente la cubriese, y era capaz de sostener objetos leves sobre ella. Hasta cierto punto, claro.

Cuando el peso era demasiado, esta tensión se rompía igual que lo hacía una burbuja al tocarla con el dedo. Entonces el agua se derramaba, se vertía, perdía su forma.

Laura Snyder creía haberse roto aquel día. No tenía ya forma alguna.

El agente que la estaba vigilando era más bajito que ella. Tenía la nariz muy grande y no dejaba de mirarla. La puerta de su habitáculo estaba abierta. Por el pasillo cruzaban agentes a medio vestir, organizándose, corriendo, siguiendo órdenes; los veía sentada desde su cama. Tener una habitación propia, después de tanto tiempo durmiendo en las literas del refugio, no ayudaba con las pesadillas. ¿Cuántas horas de sueño habría logrado rascar esa noche? Menos de tres, seguro. Sus ojeras combinaban con el azul intenso del uniforme de la Agencia.

Era una sensación curiosa ver a los agentes correr de lado a lado y prepararse para la misión. No le habían dejado unirse a los escuadrones que conformarían el ataque a la base de los terroristas. Porque no estaba entrenada, había dicho Ulysses Wagner. Eso era verdad, pero no era la razón. Era, de nuevo, porque no podían fiarse.

Y eso sí que era verdad.

Ni ella se fiaba de sí misma. Le parecía estar compuesta de muchas hebras distintas, que había un telar en su pecho en el que se tejía un tapiz desastroso, y que al mínimo tirón se podía deshilachar y perder todo el sentido.

Estaba el hilo que odiaba a Milton Roosevelt. Estaba el hilo que quería ser libre. Estaba el hilo que echaba de menos a Philippa. Estaba el hilo que temía a la Decadencia. Estaba el hilo que no quería que le hicieran daño a Johanna.

Y todo aquello, en un precario equilibrio, se enredó en un nudo alrededor de su cuello cuando vio cómo transportaban por el pasillo, para atacar el refugio, un cargamento de misiles.

—¡Eh! —dijo el agente que vigilaba su puerta, al verla levantarse—. ¿Adónde vas?

—Al baño —contestó Laura, encerrándose en el cubículo y poniendo el pestillo.

Nadie le había dicho que fueran a usar bombas. La sola idea de pensar, aunque fuera por un momento, que Johanna pudiera acabar como aquel trozo de carne y nervio ensangrentado que atacó la casa de Nielsen…

De nuevo, un cuarto de baño. De nuevo, un impulso irrefrenable. De nuevo, ganaba el hilo de Johanna.

—Date prisa —gritó el agente desde fuera, y su voz sonó amortiguada.

Abrió el grifo del lavabo para que el agua ahogase aún más lo que estaba a punto de hacer.

La yema de su dedo desbloqueó el contacto de Johanna en el comunicador de su brazo, borrando aquella aspa roja.

«¿Qué estoy haciendo? —se dijo, acariciando su nombre, sin atreverse a pulsarlo—. Si seguro que ella me tiene bloqueada a mí. No va a servir de nada. Además, ¿qué pensaba yo que iba a pasar con ella al volver a la Agencia? ¿Que se olvidarían de ella? ¿Que no le harían daño si se lo pedía por favor? ¿Estoy tonta, o qué?»

Tocó el nombre de Johanna.

Agachada de cuclillas entre el lavabo y la puerta, bloqueando el paso con su cuerpo por si acaso hiciera falta, Laura se mordió el labio para no gritar de alegría al ver que aparecía el símbolo de llamada.

Y esperó.

Esperó, agarrándose el antebrazo con fuerza, a que llegase el rechazo o la respuesta.

74

Cuando le vibró el brazo, Johanna estaba en la cama, amodorrada. Al principio creyó que, de tanto darle vueltas al mismo asunto, su subconsciente le estaba gastando una broma pesada.

La pantalla lucía. El texto incrustado en su piel rezaba «Comunicación entrante de Laura Snyder», y Johanna se quedó mirándolo apenas unos segundos, escondida bajo la sábana.

El rostro de Laura apareció en su comunicador y Johanna lo observó, sin parpadear, sin saber qué decir, sin convencerse del todo de que no estaba soñando.

Pero en sus sueños, Laura siempre aparecía como la última vez que la vio; allí estaba distinta. Se había cortado el pelo. Le habían crecido las ojeras. Y, sobre todo, tenía una expresión de angustia que, traidora o no, le partía el alma en dos.

—Johanna… —dijo Laura, y se quedó callada un instante—. Lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento.

La imagen en la pantalla era oscura; podía distinguir su cara y parte de su cuerpo agachado, como oculto, nervioso.

—¿Estás bien? —farfulló Johanna—. ¿Estás en peligro?

Laura suspiró.

—Es que no me lo creo —dijo, llevándose una mano a la frente —. Me voy, te traiciono, os traiciono a todos, ¿y eso es lo primero que preguntas? Eres demasiado buena, joder. No te merezco.

Unas ganas inmensas de llorar le reptaron a Johanna por la garganta.

—Pero ¿estás bien? —repitió.

—Sí. Estoy bien. Estoy bien. Eres tú quien está en peligro, Johanna —dijo Laura, deprisa, y su voz se volvió más seria—. No tengo mucho tiempo. Pero básicamente, la he cagado y van a por vosotros. Tienes que salir de ahí ya mismo. No te lleves ropa, ni nada. Márchate antes de que vengan.

—¿La Agencia? —dijo Johanna—. Vale, avisaré a todos. Estaban…

—¡No quiero saber lo que estaban haciendo! —la interrumpió Laura—. Y no avises a nadie, es perder tiempo. Tú solo huye y ya

está, ¿vale? Solo quiero que estés a salvo.

—¿Cómo voy a hacer eso? No puedo dejarles atrás sin decirles nada. Al contrario que tú, parece.

—Bueno, tú no puedes abandonarles, y yo no podía quedarme apoyando a un criminal espantoso —espetó Laura—. Cada una es como es.

—¿Para esto me has llamado? —dijo Johanna—. ¿Para excusarte por habernos traicionado? ¿De verdad?

—No. Pero tampoco era para que me restregases tu superioridad moral. Yo solo quería avisarte. De verdad, es muy peligroso…

—¿Y cómo sé que no es una trampa? ¿Que no me están esperando los de la Agencia ahí en los túneles, a ver si te hago caso y huyo y me pillan a mí sola? ¿Eh?

—No es una trampa —dijo Laura, y respiró hondo—. Por favor. Por favor, confía en mí.

A Johanna le brotó una risa y un escozor en los ojos.

—¿En serio? —escupió—. ¿En serio me estás diciendo que confíe en ti? ¿Después de lo que has hecho? ¿Después de todas las veces que me dijiste que no te fiabas tú de mí, ni de nadie? Hay que tener valor.

—Johanna, por favor —dijo Laura, cada vez más rápido—. De verdad, no puedo hablar mucho más. Por favor, tienes que creerme. Avísales si quieres, pero márchate de ahí…

—Lo que debería hacer es colgarte. Para esto, casi habría preferido no volver a saber nunca más de ti. —Johanna sorbió por la nariz—. Y si vienen, pues que vengan. No será para tanto, estamos preparados. Hay alarmas alrededor de la base que saltarán si están cerca…

—¡Misiles! —la cortó Laura—. Tienen misiles. Darán igual las alarmas si os disparan un misil, de verdad, hazme caso. Tengo que colgar, lo siento, lo sien…

La cara de Laura se desvaneció de la pantalla.

En un parpadeo dejó de estar, y habría sido muy fácil fingir que nunca había estado; que, efectivamente, se lo había imaginado todo, que no tenía la cara húmeda y el corazón destrozado.

Permaneció quieta, debajo de la manta, intentando que no le cayeran goterones en la pantalla apagada.

—¿Johanna? —dijo entonces una voz, desde fuera de la cama, y le hizo dar un respingo—. ¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

Johanna se frotó los ojos y levantó la sábana para mirar a su madre.

—Estoy bien —dijo.

—Ay, hija, no sé qué vamos a hacer contigo —dijo Deena—. Entro aquí a decirte que ya está la comida y te veo ahí metida, llorando como una magdalena. Hay que tener un poco más de fuerza de ánimo, ¿eh? Si estás así es porque quieres. Tienes que mirar adelante. ¿O qué hice yo cuando se mató tu padre?

—Ya lo sé, ya lo sé… Es solo que estaba triste, nada más.

Deena suspiró.

—Pues ya va siendo hora de dejar de estarlo —dijo—. Y más aún por un motivo tan tonto. Vergüenza me daría llorar por las esquinas por culpa de una traidora. ¡Enfádate, si quieres! ¡Grita! ¡Usa eso para luchar contra la Agencia, pero no dejes que te hunda! Preferiría que estuvieras así por lo de Milton Roosevelt y no por esa chiquilla, sinceramente. Lo entendería más, y eso que yo ya tenía claro que Omega no era de fiar. Pero confié en él para que tu padre no hubiera muerto en vano. ¿Me estás escuchando?

Johanna asintió débilmente.

—¿Cuándo vamos a irnos a la nueva base? —dijo.

—En un par de días, supongo —contestó Deena—. Tienen que avisar Omega y Alpha a Sabrina de que todo esté listo. ¿Por qué lo dices?

—Es que estoy harta de este sitio. —Johanna intentaba serenar su voz—. Todo me recuerda a Laura. Creo que estaré mejor cuando nos mudemos y pueda olvidarme de ella.

—Así me gusta, hija. —Deena sonrió y le dio una palmadita en el hombro a Johanna—. Dilo con nervio, con garra. Eso es lo que tienes que hacer: olvidarte y pasar página. ¿Quieres que entrenemos taekwondo juntas esta tarde? Te aseguro que viene muy bien para no pensar en nada. O para pensar que le estás partiendo los morros a alguien, si es lo que necesitas.

—Bueno… —dijo Johanna—. Voy a preparar mis cosas, ¿vale? No quiero que nos avisen de la base nueva y no tenerlo todo listo.

—Ya lo harás después de comer. Mira, Halley ha hecho espaguetis.

Johanna siguió a su madre al comedor, como una autómata, dejándose llevar. Las palabras de Laura aún le empapaban los oídos.

Ya bastaba de confiar en gente que no se lo había ganado. Se acabó ser «demasiado buena». Iba a centrarse en el Ágora y a olvidarse, de verdad, de todo aquello. Cuando cambiaran de base y volviera a ver a Alpha y a Omega, quería preguntarle a este último muchas cosas. Si cumplía sus objetivos, le debería dar igual que fuera Milton Roosevelt.

De hecho, hasta explicaba cosas; entre otras, por qué los

fundadores del Ágora se llamaban como los genes que el Grupo de trabajo veinticuatro había modificado para hacer inmortal al mundo. En concreto, Omega era la letra número veinticuatro del alfabeto griego.

Johanna hizo la maleta aquella tarde y no metió en ella la camiseta de pijama que Laura se había dejado.

Pero tampoco bloqueó su contacto.

75

De madrugada, con la puerta abierta y un vigilante apostado, Laura miraba la oscuridad del techo tumbada en la cama.

Le llegaban ronquidos leves desde la habitación contigua. Al agente que estaba sentado ante su puerta se le vencía la cabeza de vez en cuando y se despertaba bruscamente. Esperaba que le llegase pronto el relevo. No debía de ser muy entretenida la labor de vigilancia; seguro que habría preferido irse con sus compañeros a atacar la base del Ágora.

En aquel preciso instante, probablemente habría por debajo de Chicago un montón de escuadrones marchando hacia el refugio del lago, para pillarles desprevenidos. Si lo pensaba, casi le parecía notar el suelo vibrar bajo su cama con el eco de sus pasos.

Eso eran pasos, desde luego. ¿Estaba soñando?

Se frotó los ojos hasta que nacieron luces dentro de sus párpados. Efectivamente, oía a alguien acercarse por el pasillo, y se incorporó en la cama para ver aparecer ante su puerta a Philippa Nielsen.

El guardia cabeceó bruscamente y se puso de pie, haciendo un saludo militar algo adormilado.

—¿Está dormida? —dijo Nielsen, en voz baja, señalando hacia el interior del cuarto.

—No —contestó Laura, sentándose en el borde de la cama—. ¿Qué ocurre?

Philippa suspiró.

—Ulysses quiere verte.

—¿Ahora? Pero si son las…

—Dos de la mañana, sí. Precisamente por eso. Va a comenzar el ataque.

Laura bajó de la cama, con el estómago encogido.

—Bueno —dijo, cogiendo su uniforme y haciendo ademán de cerrar la puerta—. ¿Me dejáis que me vista, o tengo que ir en pijama?

—No. Ha dicho que es urgente. Ponte los zapatos y vamos.

.

Los pasillos blancos de la sede siempre le habían dado cierta sensación hogareña, por raro que pareciese. Sin embargo, mientras los recorrían de camino a la planta superior, Laura no pudo evitar pensar en lo vacíos que estaban. Casi todos los agentes se encontraban fuera. En el subsuelo. Atacando.

Se aseguró de entrar en el despacho de Ulysses Wagner con la cabeza alta y la vista fija en sus ojos.

—¡Ah, Laurita! —dijo Ulysses, con aquella sonrisa suya de plástico—. Por fin estás aquí. Ven, acércate; vas a serle muy útil a la Agencia esta noche. Gracias, Philippa.

—¿Puedo retirarme? —dijo Nielsen.

—No, quédate. Después de todo, es el primer trabajo de Laurita en nuestra empresa; así podrás presenciarlo. Estate orgullosa: sin ella, no estaríamos llevando a cabo esta magnífica misión ahora mismo. Gracias a nuestra Laurita, el criminal Milton Roosevelt va a volver bajo el yugo de la justicia.

Laura logró sostenerle la mirada durante un instante, pero se le escapó a las pantallas de las paredes. Desde aquel puesto de mando se veía, allí, el trayecto de los agentes. Tal vez…

—Bueno, Laurita, bueno. Te veo muy interesada en los monitores. Como podrás ver, se plasman aquí las imágenes que perciben nuestros jefes de escuadrón a través de sus visores —dijo Ulysses, señalando las paredes—. Tengo una tarea que encargarte.

—Dígame. —Laura le miró de nuevo, intentando prepararse para lo peor.

—Verás, ¿recuerdas ese camino que nos trazaste para llegar al refugio donde se esconden los terroristas? Te acuerdas, ¿no? Pues bien, nuestras sondas indican que, en efecto, es una senda correcta. Pero siempre es recomendable tener un «plan b», ¿no crees, Laurita?

—Supongo —dijo Laura—. ¿Dónde quiere ir a parar?

—Ay, Laurita, Laurita. No te me impacientes, hazme el favor. Resulta que, según el mapa, si este es el escondrijo de esos individuos, y si no se equivoca el procesador de mis cámaras oculares, debería haber al menos otra senda que lleve al mismo lugar. Algo así como… una vía de escape. Por si acaso les vinieran a atacar de improviso y necesitaran huir. ¿No crees que eso sería útil?

Claro que la había. El camino se bifurcaba en dos a la entrada del lago. Laura asintió.

—¿La hay, entonces? ¡Qué alegría! —dijo Ulysses, pero sus ojos reflejaban de todo menos alegría—. Márcanosla en este plano. No vaya a ser que, por casualidad, resulte que los terroristas se nos escapen en el último momento. Y no querríamos eso, ¿verdad,

Laurita? Sería una pena que Taylor tuviera que volver a experimentar contigo por falta de otro sujeto.

—No —dijo Laura, tragando saliva—. No, no querríamos eso.

—Bien, Laurita, me alegro. Porque ya me estaba yo temiendo que algún pajarito hubiera podido avisar a los terroristas de que estábamos planeando atacarles esta noche. Y eso no puede ser, ¿no crees? Arruinaría toda la misión.

Laura desvió la vista un momento hacia Philippa Nielsen, que observaba el intercambio con un gesto impasible, como quien contempla un partido de tenis, mirando alternativamente a Ulysses y a ella.

—Claro —dijo Laura—. Sería terrible.

—Por suerte, eso no ha ocurrido, ¿verdad? —Ulysses entrelazó sus manos sobre el panel de control—. Pero solo por si acaso, dividiremos nuestras fuerzas entre ambas rutas. Por si la información que nos diste esta mañana tal vez hubiera llegado de alguna forma a oídos de esos indeseables. Para minimizar cualquier posible… sorpresilla. Ya me entiendes, Laurita, ¿a que sí?

Laura volvió a asentir mientras trazaba en el plano otro camino de color rojo, bifurcando el anterior, notando sabor a bilis en la boca. Terminó de cortar la única escapatoria del Ágora y dejó el puntero de nuevo en las manos de Ulysses Wagner, rogando en silencio que Johanna hubiera decidido huir.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó al acabar, viendo a Ulysses darle la espalda para transmitir los datos a los escuadrones.

—No —dijo Ulysses, sin mirarla—. No, no puedes marcharte. Quiero que te quedes aquí durante todo el ataque. Para que lo veas de cerca. Para que no haya ni una posibilidad de que canten pajarillos y yo no me entere. Piénsalo, Laurita; en el fondo, te estoy haciendo un favor.

76

Cuando las alarmas despertaron a Johanna, primero quiso convencerse de que estaba soñando. El resto de sus compañeros levantándose e instándola también a hacerlo la obligó a descartar esa posibilidad.

«Bueno, vale —se dijo, cuando Sabrina irrumpió en el dormitorio gritando que tenían que marcharse ya—. A lo mejor sí que nos están atacando, pero seguro que lo de los misiles era una trola para que me separase del grupo. Escaparemos y ya.»

Al fin y al cabo, había hecho la maleta. Estaba preparada. Todos lo estaban; habían pospuesto la mudanza definitiva hasta que Alpha y Omega preparasen la nueva base, pero el Ágora seguía el plan pensado. Recogerían sus cosas, destruirían las posibles pruebas que quedasen atrás con explosivos y tomarían el camino de emergencia para escabullirse entre los túneles.

—¿A qué distancia están? —preguntó Halley a Sabrina, que tecleaba frenética en el ordenador central—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—A muy poca —contestó, sin apartarse de la pantalla—. Y muy poco. Hay que salir de aquí enseguida. Las primeras alarmas han sonado hace seis minutos; de aquí a otros seis deberían haber llegado a las segundas, y entonces ya sí que tendremos problemas.

—Ya la habéis oído. —Deena dio una palmada—. Os quiero en tres minutos fuera del refugio para poder detonar la bomba.

—No, yo haré estallar el autodestructor —interrumpió Sabrina —. Tengo que asegurarme de que todo está en su sitio antes de hacerlo. Menos mal que se llevaron ya en el vehículo lo importante: lo del laboratorio, las armas, los suministros…

—¿Las armas? —dijo Deena—. ¿Eso quiere decir que estamos desarmados?

—¡No del todo! —Elsie sacó una electrola de su mochila y la blandió como una espada—. Tenemos servicios mínimos, como en las huelgas. Estamos en huelga de pegar tiros. Tomad, coged estas.

Johanna, a todo esto, había acabado de vestirse y prepararse; de pie al lado de la puerta, llevaba su mochila en un hombro y

esperaba, con el otro brazo en jarras, a que los demás estuvieran también listos.

—Qué rápida, Jo —dijo Elsie—. ¡Espera! ¡Demasiado rápida! ¡Te olvidas esto!

Señaló hacia la cama deshecha de Johanna. Sobre las sábanas blancas destacaba una camiseta de pijama de color azul celeste.

—No es mía —dijo Johanna, cruzándose de brazos y apartando la mirada de su litera—. Era de Laura.

—Ah, vale, vale… No digo nada, entonces. —Elsie hizo una mueca con la boca—. Pero sabes que, si la dejas aquí, volará por los aires con el refugio, ¿verdad?

—Ya. —Johanna inspiró hondo—. Por eso lo hago.

—¡Venga! —dijo Deena, colgándose su propia mochila al hombro—. ¿Estamos todos listos?

Un coro de síes resignados le contestó. Leo se había cargado a la espalda la mayoría de los bultos que aún quedaban, a petición de Elsie, que no quería dejar atrás sus botellas de *kilju*. El cristal tintineó cuando empezaron a moverse.

—Falta Sabrina —dijo Leo, contando las personas que se dirigían hacia el túnel—. ¿La esperamos, o…?

—Está haciendo los honores —dijo Halley—. Ya sabes. Pulsando el detonador. Pero es verdad, no debería tardar tanto.

Desde allí fuera, las luces del refugio brillaban amarillas a través de las ventanas.

—Van a pasar esos seis minutos que dijo. —Johanna frunció el ceño—. ¿Y si…?

Un crujido de roca la interrumpió. El techo del refugio, de la antigua depuradora del lago Míchigan, tembló y se precipitó hacia la nada más absoluta entre una nube de ceniza y de polvo.

Elsie tosió.

—¡Sabrina! —gritó, en dirección a lo que había sido su base, haciendo eco con las manos—. ¡Oye! ¡Más te vale estar sana y salva, o me voy a enfadar! ¡Y entonces sí que no vas a estar ni sana, ni salva!

Una silueta se recortó contra el humo. Tenía el pelo rosa cubierto de ceniza.

—Estoy perfectamente, Elsie —dijo, aunque tosía también, y se tapaba la cara con el interior del codo—. Solo estaba haciendo un último aviso a Alpha y a Omega. ¿Qué hacéis aquí todos parados? ¡Vamos, corred!

El segundo sistema de alarma, el que más cerca estaba del refugio, comenzó a sonar en aquel instante.

—¡Venga, por aquí! —indicó Deena, señalando el túnel de emergencia. Era una segunda galería que conectaba con la boca del lago, internándose más abajo hacia el subsuelo en vez de salir a la superficie.

Uno tras otro, en movimientos calculados, se deslizaron hacia abajo por el hueco entre las rocas. Leo le tendió la mano a Elsie para ayudarla a trepar por unos escombros, pero ella salvó el obstáculo de un salto.

—Gracias por la mano, caballero, pero es que no soy una dama —dijo Elsie, haciendo una reverencia desde lo alto del montículo.

Caminaban según lo establecido, deprisa, pero sin pánico. Sabían lo que iba a ocurrir.

—Esto lo confirma, entonces —dijo Deena, que marchaba al lado de Johanna—. ¿No?

—¿El qué confirma?

—Que esa Snyder no era trigo limpio. Que nos ha traicionado, vamos. —Deena miró fijamente a su hija, con aquellos ojos de acero y brasas—. Hasta hoy, podríamos haber pensado que simplemente se fue porque no quería apoyarnos. Y eso lo habría respetado, fíjate; pero con esto nos dice que no solo no nos quiere, sino que además no tiene ningún remordimiento a la hora de delatarnos. La Agencia solo podría haber obtenido nuestra ubicación por su culpa. Lo entiendes, ¿verdad?

—No te preocupes, mamá. Sé que es una traidora.

—Bien —dijo Deena—. Que no se te olvide. Cuando te entren ganas de llorar y de echarla de menos, piensa en eso. En que nos ha vendido a la Agencia. No le importas.

—¿Por qué me estás contando esto ahora? Si eso ya lo sé…

—Porque ayer tuve la impresión, cuando te vi entre las sábanas, de que intentabas contactarla con tu comunicador. Espero que solo fuera eso —dijo Deena, alzando las cejas—. Una impresión mía.

Johanna se mordió el labio.

—Claro, mamá. No tienes que preocuparte, de verdad. No quiero contactarla —dijo—. No tengo ningún interés en hablar con ella. Y, aunque lo tuviese, seguro que intentaría ponerme una trampa, o algo así.

—Exacto. —Deena asintió—. Así me gusta, hija. Ya has visto que Snyder fue capaz de hacerse amiga tuya y llevarse bien con nosotros antes de meternos una puñalada a todos. ¿Quién sabe qué clase de mentiras podrían salir de su boca si le dejaras hablar?

Para sus adentros, Johanna rio una risa amarga.

«Pues algunas que se dicen sin palabras, mamá», pensó.

El túnel se ensanchaba un poco más adelante. El sonido de sus propios pasos hacía eco; un eco que repicaba profundo, como si en vez de ser seis personas andando fueran sesenta. Al fondo de la galería, algo brillaba en la oscuridad del subsuelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Halley, apuntando con la linterna.

—Debe de ser un farol que marque puntos de encuentro —dijo Sabrina, escudriñando con los ojos entrecerrados tras las gafas—. Pero… qué raro. Creía que aún nos quedaba más para el siguiente punto. ¿Tanto hemos andado ya?

—¡A lo mejor es un reflejo! Parece algo metálico —dijo Elsie—. ¿Una cañería?

—Puede ser… —Sabrina tecleó algo en su comunicador—. Bueno, lo he anotado, por si acaso es importante.

—¡Se mueve! —dijo Johanna entonces—. ¡Se está acercando, mirad!

—¿Qué? —Elsie hizo pantalla con la mano, aunque no hubiera sol que tapar—. ¡Es verdad! ¡Se está moviendo! ¿Qué coño es eso?

—Mierda —dijo Deena—. Mierda.

El eco de sus pasos, de pronto, se había vuelto más potente que los pasos en sí. No, no era un eco. Y aquello no era un farol. Era un reflejo; un reflejo sobre el metal en forma de ojiva. Era la cabeza puntiaguda de un inmenso misil que llevaba en su vanguardia un escuadrón de la Agencia.

77

—¡Mira! —dijo Ulysses Wagner—. No, no, Laurita; he dicho que mires. Aquí, a la pantalla. ¡Mira! ¡Nos hemos topado de frente con el premio gordo! ¿Los reconoces? ¿Reconoces esas caras?

Ulysses tuvo que, físicamente, girarle el cuello para que apuntase los ojos hacia el monitor de la pared. Aquellos rostros de pánico, como ciervos paralizados ante los faros de un coche, le eran demasiado familiares.

—Qué lástima —dijo Ulysses—. No está el famoso… ¿O debería decir infame? No está aquí el profesor Roosevelt. Ha debido de abandonar a sus amigos terroristas al saberse acorralado. ¿No te parece eso horrible, Laurita?

Si los agentes abrían fuego contra el Ágora, ni siquiera alcanzarían a los verdaderos culpables de todo aquel horror.

Pero sí a Johanna.

Allí estaba, tan igual que le dolió físicamente verla, como un punzón en el pecho.

—¿Eso significa que no dispararán? —dijo Laura—. Como no está Milton Roosevelt…

—Oh, no, Laurita, claro que no. Esas personas son terroristas, y es nuestro deber entregarlos a la ley. Por cualquier medio posible.

Laura cerró los ojos.

—¡Fíjate! Están huyendo —dijo Ulysses—. Qué cobardes, ¿no crees, Laurita? Sin sus jefes, estos terroristas ni siquiera están dispuestos a luchar.

—Bueno —dijo Laura, procurando que no le temblase la voz—, al menos no han abierto fuego contra la Agencia… Así que no deberían disparar los misiles, ¿no? Se suponía que solo eran un último recurso en caso de contraataque…

—De momento, Laurita, de momento. ¿Quién sabe? A lo mejor resulta que hace falta, trágicamente, volarles a todos en pedazos por el bien de nuestra empresa. Un amasijo de carne no puede negarse a cooperar.

Philippa Nielsen tosió, desde el fondo de la sala, y Laura recordó de pronto que seguía ahí. Con los ojos y el corazón fijos en lo que

ocurría bajo tierra, había olvidado su presencia.

—La agente Snyder tiene razón —dijo Philippa, tensa—. Acordamos que los misiles no se usarían salvo en caso de extrema necesidad. Sabe que vulneran las leyes internacionales de armamento nocivo, e incluso podrían resultar en graves daños para nuestros agentes…

—A no ser que consigáis que colaboren voluntariamente con nosotros, me temo que sí será necesario usarlos, Philippa. —Ulysses pasó los dedos por encima de una pantalla y el plástico de sus yemas chirrió al rozarla—. ¿O acaso olvidas que Crane necesita el material genético de esa tal Johanna Lowe, junto al de nuestra Laurita, para ponerlo en el virus aquel que robó a los terroristas?

—No, claro… —Philippa Nielsen asintió—. Es cierto. Se trata de un bien mayor, quiero creer. Y no cabría suponer que se dignaran a ayudarnos de buena fe sin tener que usar la fuerza. Eso sería imposible.

Laura, con los puños cerrados con una fuerza temblorosa, respiró hondo.

—Tengo una idea —dijo, atropellándose al hablar—. Creo que se me ha ocurrido una forma de que Johanna Lowe colabore con nosotros.

—¿Ah, sí? —Ulysses alzó las cejas en una sorpresa que estaba casi segura de que era fingida—. Cuéntanos más. Pero deprisa, que los agentes se cansan.

En la pantalla, el escuadrón perseguía a los terroristas que corrían de vuelta, en dirección al refugio. Laura veía solo las espaldas de sus antiguos compañeros huyendo en desbandada.

—¿De qué se trata? —dijo Philippa Nielsen.

—Con este aparato —dijo Laura, señalándose el antebrazo—, puedo contactar con Johanna Lowe. Solo con ella. Y ella confiará en lo que yo le diga. Si le pido que vaya a algún punto, me hará caso, y allí podrán recogerla sin que haga falta hacerle daño.

—Interesante —dijo Ulysses, mientras se mesaba una barba inexistente—. Pero eso no asegura que vaya a cooperar con la Agencia. Incluso si la atrapásemos, tendríamos que mantenerla sedada o encerrada. Su confianza en ti desaparecerá en cuanto le pongamos las manos encima, ¿eres consciente, Laurita?

—Por supuesto. —Laura tragó saliva—. Pero al menos así no habría que usar los misiles.

—Te noto muy interesada en no usar fuerza balística contra esa chica Lowe, Laurita —dijo Ulysses lenta y dulcemente—. ¿Hay algún… motivo en particular para ello? ¿Y para que ella confíe en ti

aun habiendo traicionado a su bando?

—No. Ninguno en particular. Nos hicimos amigas, nada más. Y respecto a los misiles… Es que me parece un gasto excesivo usarlos para esto. Si no hacen falta, entonces no serán de extrema necesidad, ¿verdad, subdirectora Nielsen?

Philippa asintió.

—Claro —dijo, frunciendo el ceño—. No podemos usar armas de gran impacto a la ligera. Nos ahorraríamos tanto el coste del propio misil como las multas por haberlas empleado sin autorización de los organismos internacionales. Una mentalidad muy práctica, agente Snyder.

Ulysses Wagner permaneció callado, con el rostro brillando inescrutable, durante unos instantes que a Laura se le hicieron eternos. Evitó mirarle a aquellos ojos semitransparentes, y en vez de eso contempló las pantallas, en las que se plasmaba la huida de los terroristas, puntuada por disparos de balas eléctricas hacia un lado y hacia el otro. Reconocía el lugar.

Estaban a punto de llegar de nuevo al refugio y, una vez allí, si venían más escuadrones por el otro túnel, los miembros del Ágora estarían acorralados ante el lago neurotóxico. No tendrían adónde ir.

—Hazlo, entonces —dijo Ulysses, y su voz resonó en el silencio expectante del despacho—. Llámala. Convéncela de que se entregue voluntariamente a la Agencia. Si lo consigues, le perdonaré la vida. Oh, cierto, esa expresión ya no tiene sentido. Cosas de haber nacido en un mundo mortal, entendedme. Quiero decir que, si no logras que haga eso, dispararé ese misil. Y no por nada, Laurita, sino porque es lo más fácil. Así nos libraríamos de todos esos terroristas de golpe. ¿Ves qué magnánimo soy? Estoy dispuesto a obviar eso para que tu *amiga* no sufra daños. ¿No estás agradecida, Laurita?

Laura Snyder asintió, con la garganta seca.

Sus dedos buscaron el nombre de Johanna en la pantalla de su comunicador.

Y el Ágora llegó a la caverna del lago, con la Agencia pisándoles los pasos.

78

—¡Elsie, cuidado! —gritó Halley, parapetándose tras los escombros de su antigua base—. ¡Agáchate!

—¡No pasa nada! —Elsie saltó sobre los restos de una estalagmita derruida mientras disparaba a los agentes, que se desbordaban por ambos túneles—. ¡Vosotros escondeos ahí!

—¡Te van a dar! —añadió Johanna—. ¡Corre, ven!

Tras unos disparos más, Elsie se unió a sus compañeros entre las vigas caídas del depósito, levantando brumas de polvo a su paso.

—Tenemos que aguantar —dijo Sabrina, apuntando a su vez con un arma que parecía hecha de piezas de diversos rifles, como un monstruo de Frankenstein balístico—. Solo un poco más, y enseguida estarán aquí…

—¿Para qué? —dijo Deena—. ¿Qué pretenden? No va a marcar ninguna diferencia que vengan Alpha y los demás con ese coche ridículo.

—Vehículo blindado —la corrigió Sabrina.

—Lo mismo da. Aunque llegasen hasta aquí, ¿qué? Nos superan demasiado en número. No tenemos ninguna posibilidad.

—Sí la tenemos. Ellos la tienen.

Una bala eléctrica pasó rozando el parapeto y se estrelló en el muro semiderruido.

—¿Vais a seguir discutiendo mientras nos hacen pedazos? —dijo Elsie, recargando su electrola y volviendo a disparar—. Lo digo por entregarme, así al menos no tengo que aguantaros.

—¡No te entregues! —dijo Leo, e intentó apuntar con su arma, pero las balas acribillaron su posición y tuvo que volver a agacharse.

—Era broooma. —Elsie recolocó el cañón de la pistola de Leo entre disparo y disparo—. Así. Lo tenías desviado. Prueba ahora.

Johanna, encogida entre las rocas caídas, no tenía arma. Solo tenía las manos vacías entrelazadas, apretadas, mientras veía a los agentes avanzar hacia su posición, esquivando los tiros de sus compañeros.

Tras ellos solo se abría el lago y las paredes de piedra, bañadas

de aquel blanco tóxico que iluminaba el humo y el polvo como los focos de un escenario.

Había contado dos misiles. Uno era contra el que habían casi chocado de frente; el otro, gemelo, venía por el segundo túnel. Podían detonarlos en cualquier momento y la reducirían a ella y a sus amigos a pulpa y sangre. Sus ojivas brillantes atraían su mirada igual que el filo de una guadaña.

Fue entonces, con el terror cerrándole la garganta y haciéndole arder los ojos, cuando Johanna notó en su brazo una vibración repentina, como si tuviera un moscardón atrapado en las venas.

Tardó un instante en reconocerlo; su cerebro, colmado de adrenalina, lo primero que pensó fue que la habían alcanzado con una descarga eléctrica.

La pantalla de su comunicador se había iluminado.

En ella, una frase que le hizo acercárselo a la cara, creyendo que había leído mal, que era una alucinación en medio del caos, las balas, los gritos, el fuego.

«Comunicación entrante de Laura Snyder.»

—¿Johanna? —dijo, a su espalda, la voz de su madre—. ¿Quién te está llamando? ¿No serán Alpha y…?

Se le cortó la voz al asomarse por su hombro y distinguir lo que ponía en la pantalla.

—Es Laura —dijo Johanna, sin mirar a Deena, sin despegar la vista del comunicador. Le brotaron las palabras de la boca, incontrolables—. Me está llamando Laura.

—¡¿Qué?! —dijo Deena, y sonó casi más alta su indignación que los tiros—. ¿Estás de broma? ¿Cómo que te está llamando? ¿No la has bloqueado? ¡Ni se te ocurra cogérselo! ¿Me oyes? ¡No se lo cojas bajo ningún concepto!

Más balas restallando contra la pared. Cada vez más cerca. El parapeto se empezaba a resquebrajar. Las voces de los agentes, ordenando disparar, se le clavaban dentro igual que lo habrían hecho los proyectiles. Y su antebrazo vibraba.

Johanna pulsó la pantalla.

—¡Johanna! —dijo, desde su comunicador, la voz de Laura. No enviaba imagen, solamente audio—. Dios mío, menos mal… Pensé… da igual. Hay una forma de salvarte. De sacarte de aquí.

—¿Cómo? —dijo Johanna—. Estamos atrapados. Tenías razón. Los misiles…

—Vas a tener que entregarte —la interrumpió Laura, hablando muy deprisa—. Es la única manera. Ve adonde están los agentes, con los brazos en alto, y te prometo que no te harán daño.

—¡No! —Johanna se agachó para esquivar una nueva andanada —. ¡No puedo hacer eso! ¡Estás loca!

—¡Escúchame! ¡Si no lo haces, os dispararán con los misiles!

—Yo… —Johanna miró a su madre—. Pero ¡es que no puedo hacer eso!

—¡Tienes que poder!

La desesperación en su voz no podía ser fingida. Era casi palpable.

—¿Por qué? —dijo Johanna—. ¿Por qué me estás contando esto? Pero ¿tú de qué lado estás? ¡No entiendo nada!

—¡Tengo que irme! —gritó Laura—. ¡Por favor! ¡Por favor, entrégate, Johanna! ¡Es la única forma de salvarte!

La comunicación se cortó con un *clac* que se fundió entre el sonido de las balas.

Deena miró a su hija con el ceño arrugado.

—¿A qué venía eso? —dijo—. ¿Cómo se atreve a hablarte? ¿Y cómo se lo has cogido? ¡Quería que te entregaras! ¡No tendrá agallas, no!

Johanna no contestó. Se había quedado contemplando su antebrazo, la pantalla apagada de su comunicador, reproduciendo en bucle las palabras de Laura en sus oídos.

Una carga de los agentes, más brutal que las anteriores, derribó en parte el parapeto que les cubría; Deena tiró del brazo de su hija para arrastrarla a un nuevo resguardo.

—¡Johanna, hija! ¡Que te van a dar! —gritó—. ¡Reacciona!

A ambos lados del murete tras el que se habían escondido, Elsie, Leo y Halley intentaban contener el avance imparable. Johanna se asomó; los agentes habían arrastrado ambos misiles hasta dentro de la caverna y les apuntaban directamente con ellos. No habría barricada ni pared que pudiera contenerlos, si decidían detonarlos.

—¡Ya no les queda nada! —dijo Sabrina, agachada sobre su comunicador—. ¡Enseguida estarán aquí!

—¿Quiénes? —dijo Elsie, sin dejar de disparar—. ¿Alpha y los demás, o esos dos misiles tan bonitos que nos están mirando?

—¿Cómo puedes tener ánimo para hacer bromas? —dijo Leo, que cerraba los ojos cada vez que apretaba el gatillo—. ¡Estamos en medio de un tiroteo!

—Hombre, porque si me espero a hacerlas después, a lo mejor ya no puedo…

Johanna miraba a sus compañeros y a los agentes, alternativamente.

Se puso en pie.

—¡Johanna! —gritó su madre—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Te van a dar, Jo! —dijo Elsie.

Alzó las manos.

—¡Agáchate! —dijo Halley.

Miró de frente a la fila de agentes que se cernían sobre ellos.

Y los disparos cesaron.

—¡Johanna! —volvió a gritar Deena—. ¡Johanna, ni se te ocurra!

—Lo siento —dijo Johanna, en voz baja, sin girarse a mirarla—. Lo siento, mamá. Es por vosotros, ¿vale?

—Pero ¡si ya están aquí! —dijo Sabrina—. ¡Espera! ¡Oye!

Los agentes habían dejado de tirar contra ellos, pero no habían bajado sus armas. Seguían apuntándoles con un sinnúmero de cañones que humeaban y chisporroteaban restos de electricidad.

Johanna intentó no escuchar los gritos de su madre y de sus amigos. Intentó dejarse llevar hacia la línea de fuego, sin pensar, sin sentir, manteniendo la vista fija en la punta cromada de las cabezas de misil.

—¡Johanna! ¡Para!

No paró.

No fue ella quien detuvo sus pasos.

Fue el retumbar profundo, en el fondo de los túneles y las cuevas, que surgió como un rugido de tormenta y derribó a los agentes desde detrás de sus filas. Una explosión. Un terremoto. Una lluvia de sangre.

Estaba lloviendo sangre. Le caía encima una fina capa, un chubasco rojo brillante que moteaba su piel de pecas rojas, y los agentes caían desplomados, y Johanna no entendía nada. No entendió, hasta ver el vehículo brotar entre los cuerpos del enemigo, que la ayuda había llegado justo a tiempo.

79

La sangre era una realidad inevitable de la vida. En un mundo inmortal, cualquiera sabía que, si se hacía una herida y esta sangraba, lo peor que podría pasar era que hiciera falta una transfusión y una reanimación cardiaca.

Sin embargo, Ulysses Wagner no había nacido en un mundo inmortal.

Nació en el año 2140, cuando la muerte aún era el mayor temor de la humanidad, y aprendió a recelar de la sangre como señal de esta que era. No conoció la inmortalidad hasta cumplidos los sesenta años.

Por eso, cuando los visores de sus agentes se tiñeron de rojo y las pantallas en la pared del despacho le devolvieron esa imagen uniforme, Ulysses Wagner se levantó bruscamente del asiento y comenzó a gritar:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es esto? ¡Agentes, respondan inmediatamente!

Llegaban retazos de gritos inconexos, ruidos y golpes, humo y goteos de sangre, de coágulos pringosos que colgaban desde el techo de los túneles.

—¡Qué espanto! —dijo Philippa Nielsen, llevándose la mano a la boca al acercarse al monitor—. Pero ¿qué ocurre ahí fuera? ¡No veo nada!

Solo se veían zarcillos de carne y hueso, cuerpos tumbados, apelotonados, tras una nube sangrienta que todo lo teñía como un filtro fotográfico.

—¡Agentes! —gritaba Ulysses—. ¡Respondan! ¡A todos los jefes de escuadrón! ¡Informe de situación, ya mismo!

—¿Qué ha podido pasar? —decía Philippa, con las cejas fruncidas y los ojos muy abiertos—. Están todos… O casi todos…

—¿Habrán sido los misiles? —preguntó Laura—. ¿Se habrán disparado por error? No puede ser, ¿verdad? No puede…

Ulysses Wagner recorrió con su mirada las pantallas que, poco a poco, iban destiñéndose de aquel tizne rojo y revelando la escena, gracias a sus cámaras oculares.

—No. Fijaos; las cabezas de misil siguen intactas, se ven ahí al fondo —indicó Ulysses—. Esto no ha sido un misil. Hay demasiada sangre para lo enteros que están nuestros agentes.

Laura se asomó a la pantalla para comprobarlo. Efectivamente, en aquel monitor se veían, tendidas en el suelo, decenas de figuras; figuras reconocibles, completas, no masas de nervio y sangre como lo que habría causado la explosión de una bomba.

—Casi la teníamos —se lamentó Nielsen, arrugando los labios—. La señorita Lowe estaba a punto de entregarse. ¿Puede localizarla?

—Creo que está ahí, ¿no? —dijo Laura Snyder, antes incluso de que Ulysses pudiera hacer uso de sus ojos sintéticos para buscarla entre el maremágnum—. Miren. Está a salvo.

—Te veo muy contenta por ese hecho, Laurita —dijo Ulysses Wagner—. Y muy poco preocupada por nuestros agentes. No tendrás alguna idea de lo que puede haber pasado, ¿verdad?

Laura negó con la cabeza.

—Ninguna —dijo—. Si solo hubiera caído un agente al suelo, diría que habría sido una pistola de sangre, pero…

—No ha sido una pistola de sangre —interrumpió Nielsen—. Eso se lo puedo asegurar, director Wagner. Reconocería un disparo con esa arma en cualquier lugar del mundo. Vi a Anna Magpie morir ante mis ojos y nunca creo que lo olvide.

En cualquier caso, los terroristas se estaban escapando en medio de aquel revuelo; había aparecido una especie de furgoneta blindada por entre los túneles, y veían claramente cómo se subían a ella, pisando los cuerpos inmóviles de los agentes para trepar a su interior.

—¡Agentes! —volvió a gritar Ulysses Wagner—. ¡Esto es una orden! ¡Si hay alguien consciente, le ordeno que responda a este mensaje! ¡De forma verbal y clara!

—Se están yendo —dijo Philippa Nielsen, con un hilo de voz—. ¡Se van!

El vehículo se había vuelto a poner en marcha, cargado con todos los terroristas.

—¡A todos los jefes de escuadrón! —repitió Ulysses—. ¡Si hay alguien consciente, le ordeno que responda…!

Le interrumpió una voz que jadeaba, débil, pero que era la única que provenía de entre los cúmulos de agentes caídos.

—Le… ¡Le recibo! —dijo una mujer desde la pantalla—. ¡Aquí agente Maupin, escuadrón IV!

—Menos mal. —Nielsen suspiró—. ¡Agente Maupin, aquí Philippa Nielsen, subdirectora de la Agencia! ¡Informe de situación!

¿Dónde está su jefe de escuadrón? ¿Y sus compañeros? Necesitamos posición y estado de todos ellos. Y de todos los demás que pueda ver desde ahí.

—Mi situación… Estoy atrapada —dijo, respirando con fuerza contra su braquial—. Estoy atrapada entre los cuerpos de varios agentes, pero he logrado sacar la cabeza. Creo que a mí no me han dado. No sé si he sido la única. Mi jefe de escuadrón, el capitán Samar, ha sido alcanzado. Lo veo desde aquí. Y otros seis compañeros…

—¿No puede moverse? —dijo Philippa Nielsen—. Intente despertar a alguno de ellos. Sacúdales si hace falta. Grite, a ver si llama la atención de algún otro.

La agente Maupin tardó en contestar.

—No creo que funcione, señora Nielsen…

—¿Cómo que no? —dijo Ulysses Wagner, interrumpiendo—. ¡Es una orden, agente Maupin! Tiene la obligación de acatarla. Avise a sus compañeros ahora mismo.

—Es que…

—¡Es que nada! ¡No es el momento para discutir! ¿No ve que se nos escapan los terroristas?

—Sí, lo veo, lo estoy viendo, señor Wagner —dijo la agente—. Pero estoy atrapada, no consigo moverme…

—¡Por eso le ordeno que intente despertar a sus compañeros! Si usted no puede, ¡tal vez puedan otros! Tienen que ir tras ellos, aunque haga falta abandonar temporalmente ahí a los heridos.

La respuesta de la agente Maupin fue un hilo de voz.

—No pueden —dijo, y se notaba que estaba tratando de contener las lágrimas—. Ya lo he intentado. Nadie contesta… Y creo que no tienen pulso.

El silencio en el despacho de Ulysses Wagner solo lo perturbaba el sonido del vehículo de los terorristas alejándose, rodando por los túneles.

—Agente Maupin —dijo entonces Philippa, intentando sonar firme—, ¿tiene a mano su linterna reglamentaria?

—Sí, señora Nielsen.

—Hágame un favor, ¿quiere? Apúntesela a los ojos a alguno de sus compañeros. Mire a ver si reaccionan a la luz.

—Philippa —dijo Ulysses Wagner—, no estarás sugiriendo lo que creo que sugieres, ¿verdad?

Ella asintió.

—No reaccionan —dijo la agente Maupin desde la pantalla—. Las pupilas no cambian de tamaño, aunque les eche la luz…

—Dios mío —dijo Ulysses Wagner. Un vistazo más a fondo con sus cámaras oculares confirmó la tragedia.

Nielsen se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué ocurre? —dijo Laura Snyder, que contemplaba la escena con perplejidad y angustia—. ¿Qué significa eso?

—Significa, Laurita —dijo Ulysses—, que esos agentes han muerto.

80

—¿Cuántos? —dijo Johanna, agarrándose al respaldo de enfrente con tal fuerza que se le blanqueaban los nudillos—. ¿A cuántas personas habéis matado?

Los pliegues del cuello de Alpha, piel suelta y surcada de arrugas, ondearon cuando respondió.

—No lo sabemos con exactitud —dijo, y su voz era calmada a pesar de todo, como si no estuviera hablando de una inmensa masacre—. Sospechamos que entre cien y doscientos agentes.

—¿Con mi sangre? —dijo Johanna—. ¿Todo eso ha sido con mi sangre?

—Efectivamente. —Alpha, sentada en la delantera del vehículo, hablaba con una tranquilidad pasmosa—. Al combinarla con las cepas del pseudovirus, Omega y yo descubrimos un modo de usarla a gran escala. Es igual que la pistola de sangre, pero en formato explosivo.

Johanna se dejó caer en su asiento.

—¿Esto era lo que queríais? —dijo, con un hilo de voz—. ¿Matar gente, así, sin más? ¿Sin que puedan defenderse?

—Estaban a punto de masacraros —decía Alpha, con aquel tono suyo de condescendencia, como si le hablase a un niño pequeño—. Era la única forma de librarnos de todos. Y de comprobar que el pseudovirus aún funcionaba.

Un suspiro brotó de los labios de Johanna.

—¿Esto ha sido idea de Omega? —dijo—. ¿Se le ha ocurrido a él esta arma monstruosa?

—Él diseñó el prototipo —contestó Alpha—. Pero fui yo quien tuvo la idea de crear una «bomba de sangre». Fue en defensa propia, Johanna. Deberías estar contenta de que no os hayan hecho una masa de carne y nervios con esos misiles.

—¿De verdad? ¿Vosotros también pensáis eso? —Johanna volvió la vista hacia sus compañeros, hacia su madre—. ¿Pensáis que ha sido excusable? ¿Que ha merecido la pena matar a más de cien personas para salvarnos?

—Yo sí —dijo Halley. Tenía los ojos húmedos—. Yo,

personalmente, me alegro de que hayáis usado la bomba.

—Ellos habrían hecho lo mismo con nosotros si pudieran… —dijo Sabrina, en voz baja

Elsie se encogió de hombros.

—Yo pienso igual —dijo—. No me apetecía quedarme ahí, la verdad. Además, si cumplimos nuestro objetivo y acabamos con la inmortalidad, tarde o temprano habrían muerto igualmente.

—Pero ¡no de golpe, ni con tanta violencia! —dijo Johanna—. Que sea mejor la muerte que la Decadencia no significa que se pueda matar así, sin remordimientos…

—Hombre… —Leo habló en voz baja. Tenía la cara pálida, drenada de color—. No es que lo vea bien, claro, pero piensa que no han sufrido. Ha pasado muy deprisa. Yo preferiría eso que una bomba normal, o que ser un Decadente…

—¡No me jodas, Leo, tú no! —Johanna se pasó las manos por la cara de frustración—. ¿Y tú, mamá? ¿Tú también opinas lo mismo?

Miró a Deena. Su madre fue la única que no evitó su mirada mientras se oía el traqueteo del vehículo sobre los túneles.

—Yo solo me alegro de que no te haya pasado nada, hija —dijo, finalmente—. Estabas a punto de entregarte. Y llámame lo que quieras, pero para mí tu vida es más importante que la de doscientos agentes.

—¿He oído bien? ¿Que iba a entregarse? —dijo Terrence, que iba de copiloto, al lado de Blade, que conducía—. Vaya, vaya. Si vamos a tener otra serpiente traicionera por aquí. No me extraña, con lo bien que se llevaba con esa Snyder.

Johanna se llevó las manos a la cara y respiró hondo. Una, dos veces. Tres.

—Pues mira, cada vez entiendo mejor a Laura Snyder —soltó—. Cada vez me dan más ganas a mí también de marcharme y de que no uséis mi sangre para masacrar a gente, fíjate tú.

El vehículo se detuvo con un chirrido de metal sobre roca; Terrence había agarrado el freno de mano.

—Si no fuera porque te necesitamos —dijo Terrence, con la voz cargada de un rencor que nunca le había escuchado—, abriría ahora mismo las puertas y haría que te bajases.

—Uy, es verdad —escupió Johanna—, se me olvidaba que me necesitáis. Bueno, a mí no, a mi sangre. A mí, mientras podáis usarme, que me den, ¿verdad? Porque eso es lo que soy. Un arma para que me usen. Gracias por confirmármelo.

—¡Encima, maleducada! —dijo Terrence—. Yo no respondo, ¿eh? No respondo…

—Basta —interrumpió Alpha, y Terrence se calló inmediatamente—. Blade, sigue conduciendo, por favor. No tenemos tiempo para peleas estúpidas. Hay que llegar a la base antes de que la Agencia despliegue más escuadrones en nuestra busca.

—Dudo que desplieguen nada, sabiendo lo que podéis hacerles… —dijo Johanna entre dientes, por debajo del sonido del motor que volvía a arrancar.

En el silencio incómodo del vehículo, que duró desde aquel momento hasta que alcanzaron el nuevo refugio, Johanna se ovilló en el asiento y pensó en sus palabras. En su sangre. En hacer lo correcto.

Cuando las ruedas del furgón empezaron a trepar sobre montones de escombros cada vez más altos y más costosos de cruzar, Johanna se asomó por la rendija que hacía las veces de ventanilla. Estaban en una zona de los túneles subterráneos que apenas se podía atravesar; los techos y las paredes de lo que una vez habían sido pasos entre edificios de oficinas se habían derrumbado, y el vehículo se deslizaba entre las rocas caídas con dificultad. A finales de junio, el calor que hacía en su interior lo convertía en un horno con ruedas. Aquello era un descenso a los infiernos de Dante, pensó Johanna.

Se detuvieron a la puerta de lo que sería su nueva base. Al principio, Johanna creyó que se trataba de un rascasuelos, pero mirando con más atención se dio cuenta de que era un rascacielos hundido, no deliberadamente construido bajo tierra, sino que había atravesado hasta el subsuelo al desmoronarse sus cimientos con el agua tóxica del Míchigan.

—Bien —dijo Alpha—, descargad vuestros bultos y seguidme…

Unos pasos apresurados la interrumpieron.

—¡Ay, ya están aquí! —dijo la voz dulce de Miranda, que había aparecido en el marco de la puerta—. Menos mal… Corran, vengan, es urgente. Sobre todo tú, Johanna.

—¿Qué pasa? —dijo Halley—. ¿Qué ha ocurrido ahora?

—Es Chloé —dijo Miranda, y los miró. Tenía los ojos húmedos y enrojecidos—. Se encuentra muy mal. Quiere pedirle algo a Johanna, un favor muy grande.

Por lo que antaño fueron unas escaleras antiincendios, el grupo ascendió hasta la planta en la que habían establecido su base. Allí, en un cuarto que debió de ser en su momento un despacho, y en el que Miranda tenía sus útiles médicos, estaba en el centro la camilla de Chloé.

Respiraba con dificultad. Tras un tiempo sin verla, Johanna se percató de que su rostro estaba mucho más arrugado que antes, como si le hubieran sumergido la cara en una bañera durante los últimos días. Su cabello también; en cuestión de una semana, se había convertido en una polvareda blanca que coronaba su almohada.

—Mañana es primero de julio y cumple los doscientos y un años —dijo Miranda, cogiéndola de una mano que se había vuelto fina, como de papel manchado—. Y saben que es cuando la Decadencia comienza de verdad.

—Lo siento… —dijo Johanna—. No sé…

—No, no —resolló Chloé, y su voz sonaba como si tuviera la garganta llena de estropajo—. No lo sientas. Verás, Johanna, yo quería pedirte una cosa. ¿Me la concederás?

—¿Yo? ¿Pero qué puedo hacer yo por ti? No soy médica, ni sé nada…

Chloé sonrió. Le faltaban los dientes.

—Quería pedírtelo a ti porque creo que es lo justo —dijo Chloé —. Al fin y al cabo, la sangre es tuya. Johanna, ¿me dejarías usar una pistola de sangre?

Decidieron que lo harían a la mañana siguiente. Fuera, al aire libre, viendo un amanecer por última vez. Miranda dispararía la pistola. Chloé no se atrevía a hacerlo ella misma.

Su sangre iba a acabar con la vida de una persona que así lo quería; no podía compensar todo el horror que habían causado sus genes, pero al menos era un acto de piedad. Eso pensaba Johanna mientras ayudaba a Miranda a cargar el arma, a llevar a Chloé escaleras arriba, cruzada de escalofríos.

Junto al resto del Ágora, Chloé contempló el sol brotar por el lecho arenoso del lago Míchigan, asomando como media luna roja en el horizonte. Estaban en lo alto del rascacielos, en aquel ático a medio derruir, donde el cielo aún alcanzaba a verse. Miranda la sostenía en brazos. Su cuerpo, apenas una sombra huesuda de lo que fue, parecía pesar menos que un algodón de azúcar. Le preguntó tantas veces si estaba segura de lo que quería hacer, y Chloé contestaba otras tantas que sí, sin perder aquella sonrisa vacía.

—Mi amor, ¿no tienes miedo? —dijo Miranda, que por fin había logrado que los dedos le dejasen de temblar en el gatillo.

—No. —Chloé le respondió sin mirarla, con los ojos clavados en las nubes de rojo y oro—. Confío en que no haya nada al otro lado. Ni cielo, ni infierno, pero tampoco dolor ni sufrimiento.

—Yo sí que tengo miedo —dijo Miranda, acunándola contra sí con el brazo libre—. No del otro lado, sino de este. De cómo sea el mundo sin ti.

—Más tranquilo —contestó Chloé—. Con menos dolor. Menos pena. Pero todo seguirá igual. Nada va a cambiar porque yo me vaya.

—No es cierto. Para mí cambiará entero.

—¿Soy egoísta? —dijo Chloé, ya con el cañón del arma rozando su piel—. ¿Es justo marcharme así, cuando nadie más puede?

—¡No, mi amor! No eres egoísta. Eres humana. Es normal…

—Si tuviera fuerzas, pediría más pistolas y viajaría de vuelta a Francia —siguió diciendo Chloé—. Buscaría a mis padres, a mi tío, a mi hermana mayor… Ellos también se merecen dejar de sufrir. Pero en vez de eso me voy, y les dejo a un océano de distancia, perdidos en un asilo de Decadentes, a saber dónde…

—Amor —dijo Miranda, abrazándola más fuerte—. No pienses en eso ahora. Todos se lo merecen. Cada persona del mundo. Pero tú también, ¿de acuerdo? Te mereces descansar.

—Johanna, prométeme que lo haréis —dijo Chloé, y esta vez sí la miró—. Que conseguiréis que el mundo sea mortal de nuevo. Que todos puedan descansar.

—Te lo prometo —dijo Johanna.

El aguijón con la sangre de Johanna se clavó en el cuello blanco de Chloé casi con dulzura, como un beso, y se le derramó la vida a borbotones, sobre Miranda y sobre ella.

Cuando todo hubo acabado, le cerraron los ojos, que seguían mirando el amanecer cernirse sobre el cielo. Aún estaba sonriendo.

Y Johanna no sabía si sentirse aliviada o culpable. Chloé había muerto con una sonrisa en los labios, sí, pero aquello no borraba que doscientos agentes hubieran muerto con un grito de espanto. La muerte no debería venir en un frasco de cristal, pensó, sino ser parte de la vida. Ser un escape, una motivación, un miedo si hacía falta, pero darle sentido.

Aquella noche se durmió llorando, y pasaron tras sus párpados imágenes de sangre y de traiciones y de sonrisas sin dientes. Despertó con la convicción de que tenía que seguir trabajando, como le había prometido a Chloé, para que el mundo entero pudiera descansar en paz.

Y el primer paso para ello era hablar seriamente, cara a cara, con Omega. Con el profesor Milton Roosevelt.

—Necesito oírlo —le dijo, en su laboratorio; era nuevo, pero tan oscuro y agobiante como siempre—. Sé la respuesta, pero quiero

que me lo digas tú mismo. ¿Eres él? ¿Eres el profesor Roosevelt? Lo eres, ¿verdad?

Omega la miró con aquellos ojos, cercados de arrugas demasiado leves para ser Decadente y demasiado profundas para estar bajo el efecto de la juventud eterna.

—Sí —dijo, por fin, con su voz de tambor de cuero.

—Vale. Bien. —Johanna tragó saliva—. Entonces, ¿tienes o no una forma de detener esto? ¿Era verdad lo del pseudovirus o eso también era falso?

Omega suspiró.

—La teníamos, más bien. Sí, el pseudovirus era auténtico. Lo tenía guardado en esa caja fuerte desde antes de que me encerrasen en la cárcel. Y, aunque Taylor Crane nos robase una cepa, podríamos haber seguido adelante con el plan; las que quedan son más que suficientes para difundir la mortalidad por el mundo. —Hizo una pausa. Miró hacia el techo—. *Eran* más que suficientes, quiero decir. Sin la sangre de Laura Snyder, ya nada puede hacerse. Llevo estos últimos días intentando encontrar una manera, una sustitución, pero se llevó todo su material genético. Ha sido lo peor que podría ocurrir.

—Bueno… —dijo Johanna, titubeando—. Yo sé que a Laura le importo, de alguna forma. ¿A lo mejor podría convencerla de que nos lo devolviera? No lo sé. Pero no querrá colaborar contigo, eso está claro. Te odia demasiado.

—Lo sé. —Omega asintió con gravedad—. No creo que colabore de ningún modo mientras yo siga aquí. Pero, obviamente, la investigación no puede continuar sin mí. Aun así…

—Aun así, ¿qué?

—Digamos que me has dado una idea, Johanna —dijo Omega, y cruzó las manos ante sí, casi como si rezase—. A partir de ahora, continuaremos con tu aféresis cada día, como siempre. Pero no estarás sola. Yo también me incluiré en el proceso. Al fin y al cabo, para hacer lo que estoy pensando, hará falta mi sangre.

Johanna parpadeó.

—¿Eso quiere decir que harás la aféresis conmigo? ¿Y de qué servirá eso?

—Por un lado, tarde o temprano tendría que hacerlo: mis linfocitos también son esenciales para difundir el pseudovirus, como hace dos siglos y medio. Las cepas reaccionarán a mi material genético; así destruirán la información asociada a la inmortalidad en el ADN humano. Y, por otro lado… En fin. Sería muy descabellado que le pidieras a Laura que desbloquease el acceso a

mi comunicador, ¿verdad?

Al oír aquello, Johanna no pudo evitar soltar una risa nerviosa por la nariz.

—Sí, totalmente —dijo, y los ojos se le desviaron al antebrazo sin querer—. Creo que antes preferiría tirarse desde lo alto de la sede de la Agencia que hablar contigo.

—Te ruego, aun así, que lo intentes. Si pudiera hablar con ella… Tengo algo que decirle que tal vez le haría cambiar de opinión. O que, al menos, podría ayudar a convencerla para que nos dé su sangre.

—No puedo prometer nada…

—No hace falta. Tú solo inténtalo, ¿de acuerdo? Intenta, por cualquier medio, que Laura nos devuelva la sangre que se llevó. Es la clave. Sin eso, estamos atados de pies y manos, recuerda.

Johanna asintió. Abandonó el laboratorio aquella tarde sin saber muy bien si tenía más o menos esperanzas que antes. Y esa misma noche, bajo las sábanas de una cama distinta que ya no olía a nada ni a nadie, trató de contactar con Laura por su comunicador.

Mientras la llamada se enviaba, a Johanna le venían recuerdos del beso. Intercalaba el pensar que no había significado nada con pensar que había sido una señal de que, aunque se fuera, seguiría estando a su lado.

Y, cuando más convencida estaba de esto último, la pantalla de su brazo le escupió lo siguiente:

«Comunicación cortada: llamada rechazada por el receptor. Inténtelo de nuevo en otro momento».

81

Ulysses Wagner estaba tan, tan acostumbrado a que su bolsillo sin fondo le solucionase la vida que intentó solucionar también la muerte de la única forma que sabía.

Su reacción a la tragedia que mató a ciento cincuenta y seis de sus agentes fue convocar una oferta pública de empleo para cubrir sus puestos.

Había escuadrones a los que las bombas de sangre no habían alcanzado por completo, y otros que ni siquiera habían estado asignados al servicio en el momento de la explosión. Pero la Agencia no podía funcionar con su plantilla reducida casi a la mitad.

En cuanto a Philippa Nielsen, le resultaba tan doloroso ver a los aspirantes a agentes desfilar por los pasillos de la sede que no era capaz de salir de su dormitorio. Laura había intentado ir a verla, mostrarle su pésame, pero había sido como barrer las gotas de lluvia de un cristal en medio de una tormenta. Ella fue su capitana, formó parte de sus filas y ascendió entre ellas a lo largo de su vida.

Tres de los cuatro agentes que se habían estado turnando para vigilar la puerta de la habitación de Laura habían desaparecido, y ya solo quedaba uno; el más escuchimizado de los cuatro, que no había ido a la misión, y que se pasaba las horas de vigilancia con los ojos muy abiertos y ojerosos pero sin ver. Laura podría haber estado hablando en aquel mismo instante con Johanna por el comunicador, tumbada en la cama, y ni se habría enterado.

Pero le había colgado las últimas tres llamadas, una cada noche, y a la mañana siguiente se había arrepentido de hacerlo.

No quería descargar sobre ella su rencor por los actos de Milton Roosevelt. No habría sido justo. Además, con aquel número tan escaso de efectivos, a Laura podían requerirla en cualquier momento, sin turnos ni horarios, para que cubriera plazas; eso significaba que Ulysses Wagner podía enterarse de que estaba hablando con Johanna, si coincidía con una llamada.

Esas eran sus excusas.

La única persona de la Agencia que no parecía afectada por el

horror era Taylor Crane, como cabría esperar. Apenas salía de su laboratorio, pero no por luto, sino porque no tenía tiempo; cuando Laura subió a darle los contenedores de su sangre que le había quitado al Ágora, lo poco que pudo ver de aquel lugar fue una actividad frenética. Taylor parecía vibrar de pura rapidez con la que se movía, igual que la diminuta cápsula que le había robado al profesor Roosevelt: la cepa del pseudovirus. No había dejado de experimentar sobre ella ni un solo momento, intentando desentrañar sus misterios.

Se había disculpado por usar su cuerpo inconsciente de cebo para una bomba, milagrosamente. Fue una disculpa breve, más hostil que sincera, y Laura sospechaba que instigada por una orden de Philippa Nielsen.

Laura conocía de sobra cómo era Taylor. Debería haber estado acostumbrada a sus sonrisas incongruentes de tiburón acechando en el momento más inapropiado.

Sin embargo, aquella sonrisa en concreto le sorprendió.

Estaban en el despacho de Ulysses Wagner. Nielsen estaba allí, fuera de su cuarto solo por la orden del director. Y Laura también; Ulysses justificaba llamarla tan a menudo con la excusa de «es que estás de prácticas, Laurita», pero si ese fuera el caso, la oficina del director de la Agencia estaría a rebosar de los nuevos agentes que estaban contratando.

—Queremos organizar una semana entera de funerales —decía Ulysses—. La nación entera estará de luto. No quedará ni una sola persona en Estados Unidos que apoye a los terroristas. Ni tampoco en el resto del mundo; avisaré a mi amigo Aimo para que haga poner un lacito negro en todos los balcones de Helsinki. Aunque tampoco es que les quedasen muchos apoyos ya, después de capturar a todos aquellos locos que enaltecían sus actos. Como con los fanáticos religiosos. Los aplastamos tras aquella bomba que pusieron…

Philippa Nielsen asentía, ausente. No estaba allí. Estaba muy lejos, allá donde hubieran ido sus agentes.

—Compareceréis las dos —continuaba hablando Ulysses—. Tú en calidad de subdirectora, Philippa, y tú como superviviente de todos esos horrores, Laurita. El acto lo presentará Carina Call…

Las puertas batientes de su despacho se abrieron de par en par, chocando contra las paredes contiguas, y el estrépito cortó en seco el discurso de Ulysses. Después, inconfundible, habló una persona a la que le encantaba el sonido de su propia voz.

—¡Señor director! —dijo Taylor Crane, apareciendo con una

sonrisa triunfal—. ¡Señor director, tengo algo que…! Ah, estáis aquí.

No se le borró la expresión de júbilo de la cara ni siquiera al mirar a Philippa y a Laura.

—Crane —saludó Philippa, monocorde.

—¿Qué ocurre, Taylor? —dijo Ulysses, volviéndose hacia su genetista—. Estábamos en medio de una reunión. Espero que sea importante.

—Oh, lo es. Vaya que si lo es.

Taylor Crane llevaba el blanco de los ojos surcado de derrames, los rizos despeluchados y la bata teñida de manchas de café. Le temblaba una mano.

—¿Y bien?

—Verá —empezó Taylor, y las palabras se le desparramaron por la boca, como un torrente incontenible—, he estado estas últimas semanas experimentando con la cepa del pseudovirus que le robé a Milton Roosevelt, y he descubierto cómo usarla. He utilizado a los chavales de la banda de Morris para probar ciertos efectos en un cuerpo humano, ya que aún no ha aparecido el ladrón de pistolas de sangre. Y con los linfocitos que me ha proporcionado Snyder… —Hizo un ademán con la cabeza hacia Laura, como una reverencia amorfa—. Bueno, la cuestión es que he descubierto algo muy, muy interesante. Existe una posibilidad de que, con el material genético de Snyder y el de Lowe combinados, montándolos en la cepa, se pudiera eliminar la Decadencia.

—Eliminar la Decadencia —repitió Ulysses, que escuchaba con atención—. ¿Quieres decir que…?

—Sí. —Taylor apenas podía contener su entusiasmo—. No me refiero a volver a ese primitivo estado mortal, por supuesto. Quiero decir una eliminación plena y limpia de la Decadencia. Que sigamos siendo inmunes a la muerte, y que además no nos llegue nunca la vejez ni la enfermedad. Vamos, resolver el fallo que cometió Milton Roosevelt, de una vez por todas.

Laura notaba la boca seca.

—¿Hablas en serio, Taylor? —Ulysses se había puesto en pie—. ¿De verdad has encontrado un modo de hacerlo?

—¡Sí! ¡Por supuesto! Como digo, haría falta también el material genético de Johanna Lowe, para eliminar el efecto de los genes Alpha y Omega, pero…

—Ha dicho que «existe una posibilidad» —interrumpió Philippa Nielsen—. ¿Cómo de grande es esa posibilidad? ¿De qué porcentaje está hablando?

A Taylor Crane le bailó la sonrisa muy brevemente.

—Eso no es relevante —dijo, girándose para mirar a Ulysses—. Lo que importa es que esa posibilidad *existe*. Y que está en nuestras manos demostrarla. En las mías, vamos.

—Pero no tenemos linfocitos de Johanna Lowe —intervino Laura—. ¿Cómo pretende obtenerlos?

—Se me han ocurrido dos formas. —Taylor Crane se lamió los labios—. Una es seguir con lo que intentabas hacer el otro día. Convencerla para que se entregue. Estuvo a punto de funcionar, si mal no recuerdo, ¿no?

—Bueno —dijo Laura—. Puedo intentarlo, sí…

—Pero la otra me parece más factible —continuó Taylor, como si no la hubiera escuchado—. ¿Recordáis esa bomba que lanzaron?

—¿Cómo íbamos a olvidarla? —dijo Nielsen, apretando los dientes.

—Haría falta estar en el momento correcto y en el lugar correcto para interceptarla, claro. —Taylor hablaba deprisa, con los ojos brillantes de emoción—. Aun así, yo creo que es la mejor opción. Esas bombas están hechas con la sangre de Lowe, ¿verdad? Solo tendríamos que conseguir que usaran una contra nosotros y después recolectarla.

Ulysses parpadeó.

—¿Estás sugiriendo que nos vuelvan a atacar con la misma arma que ha diezmado nuestras filas? —dijo, perplejo.

—Técnicamente —dijo Taylor—, la palabra «diezmar» se refiere a eliminar a una persona de cada diez, así que no sería acertado usarla en este contexto…

—Es decir, que sí —dijo Philippa, y en sus labios se perfiló una mueca de incredulidad y asco—. Lo está sugiriendo.

—¡Es la opción más factible! —Taylor alzó las manos, reculando —. También pueden seguir intentando hacer que Lowe se entregue, mientras tanto, pero con una bomba de esas obtendríamos suficiente material genético para alimentar la cepa. Y así podría demostrar mi hipótesis, comprobar si de esa forma se podrían eliminar los genes Alpha y Omega y, con ellos, la Decadencia. Si no, bueno, siempre sería cuestión de reanudar los esfuerzos en la búsqueda de Morris y encontrar las pistolas de sangre…

Taylor Crane le sostuvo la mirada a Ulysses Wagner durante unos segundos. En el rostro sintético del director de la Agencia, Laura no pudo descifrar lo que estaba pensando hasta que habló.

—Lo consideraremos —dijo—. De hecho, a mí también se me ha ocurrido una idea. Y creo que Laurita podría jugar en ella un papel

muy importante.

La expresión de Philippa era mucho más sencilla de interpretar. Era puro odio sin diluir, al fin y al cabo.

82

Por quinta noche consecutiva, Johanna estuvo a punto de llamar a Laura.

Por quinta noche consecutiva, Johanna se detuvo antes de intentarlo.

El calor de julio no la dejaba dormir. Solo la dejaba tumbarse en la cama por fuera de las sábanas, apenas en ropa interior, mirar al techo y pensar en qué momento la vida se le había escapado de las manos. Los dormitorios individuales, que una vez habían sido los cuartos de contadores en aquel edificio de oficinas, eran perfectos para dar vueltas en la cama y vueltas a la cabeza sin que nadie la viera.

Y sin que nadie, salvo ella, escuchase la vibración de su antebrazo cuando le sonó el comunicador.

La certeza fue amarga, como un tirón de estómago; si no respondía a esta llamada, existía la posibilidad de que no hubiera una siguiente.

—Johanna —dijo Laura, desde la pantalla clavada en su brazo —. Siento… Siento no haberte respondido antes. Entenderás que han sido unos días complicados. Esto ha sido un caos.

Johanna asintió. Le recorrió una náusea al visualizarlo.

—Yo siento que ocurriera… eso —dijo Johanna, incapaz de describirlo—. Aunque sean el enemigo, o lo que quiera que sea, no se merecían…

—¡Pues claro que no se lo merecían! Y no eran «el enemigo», sino ciento sesenta y cinco funcionarios que solo estaban haciendo su trabajo.

—Bueno, su trabajo habría sido hacernos papilla, así que tampoco puedo decir que…

Laura suspiró desde el comunicador.

—Mira, da igual —dijo—. No te llamo para discutir sobre esto.

—Pues no lo parece.

—Estoy hablando en serio, Johanna. Es importante, ¿vale? Tengo información que darte.

—¿Qué información? ¿Otra vez vas a pedirme que me entregue,

o que me separe del resto de mis compañeros en medio de la noche para que puedan atraparme?

—¡Quería protegerte! —dijo Laura—. Cuando te dije todo eso, ¡solo quería ponerte a salvo! Y, aparte, no tiene nada que ver. Esta vez tengo información de verdad. Información sobre la Agencia. De cómo y cuándo atacarles para acabar con todo esto.

Johanna frunció el ceño.

—No entiendo nada. En serio, no sé qué pretendes. Te haces nuestra amiga, y luego te vas, y les pasas a la Agencia la ubicación de la base, ¿y ahora nos quieres pasar a nosotros información suya?

Laura le sostuvo la mirada durante unos instantes de silencio, y después dijo:

—Bueno, de ti no me hice amiga, precisamente. ¿O para ti solo fue amistad?

La conversación terminó ahí, cuando Johanna pulsó el botón de «Cortar comunicación» en su pantalla.

A la noche siguiente, Johanna volvió a recibir una llamada de Laura, y esta vez se la respondió solo para poder gritarle las cosas que se arrepintió de no haberle dicho antes de colgarle.

—Ya te vale, ¿eh? Ya te vale —decía Johanna—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo puedes hablar así de eso, sin remordimientos, como si fuera cualquier cosa? ¡Claro que para mí fue algo más! Pero ¡es muy rastrero utilizarlo para…!

—¿Para qué? —dijo Laura—. ¿Para convencerte de que me hagas caso? Es que sé que, si no, no me vas a escuchar. Mira, voy a pasarte un archivo de texto a tu comunicador con toda la información.

—Y si no la quiero, ¿qué?

—Pero ¡si es para que ataquéis a la Agencia!

—Seguro que es una trampa. No me fío.

—Tampoco te fiaste de los misiles, y mira…

—¡Está bien, está bien! Pero, si esto significa que estás ahora en nuestro bando…

Laura la interrumpió, rauda.

—No estoy en el bando de nadie. Estoy donde estés tú a salvo.

—De verdad, no hay quien te entienda. A ver, Laura, si quieres que confíe en ti, vas a tener que demostrarme que de verdad puedo hacerlo. ¡Te llevaste tu sangre! ¡Te fuiste sin más, después de besarme! ¡Esas cosas no ayudan a que me fíe de ti!

Intentó que no se le notara que, al decir la palabra «besarme» en voz alta, no fue capaz de mirar a Laura a los ojos.

—Vale, entonces, ¿cómo puedo conseguir que confíes en mí? —

dijo Laura.

—¡Devolviéndonos tu sangre!

—Eso, ni lo sueñes. Mi sangre es mía. No voy a dejar que Milton Roosevelt la toque.

—Pero ¡es que la necesitamos! Es lo único que nos falta para arreglarlo todo. El propio Omega… digo, Milton, está ahora colaborando con la aféresis. Dice que, con tus linfocitos, podrá arreglar su error y volver a la mortalidad…

—No le voy a dar mi sangre. —La mirada de Laura estaba cercada de ojeras y de determinación—. Bajo ningún concepto, ¿me oyes? ¿Qué me asegura a mí que eso es verdad? Estuvo meses teniéndola en sus manos y no consiguió nada. ¿Por qué iba a ser distinto ahora?

—No lo sé bien, pero él sí. De hecho, quiere hablar contigo de eso. ¿Podrías hacerlo? No hace falta que le des la sangre, solo habla con él. Desbloquéale en el comunicador para que pueda llamarte, y…

La interrumpió una risa amarga, entre dientes.

—¿Que hable con Milton Roosevelt? ¿Yo? ¿Me estás tomando el pelo?

—No. Te lo digo en serio. Es lo único que te pido, ¿vale? Habla con él. Tiene algo que decirte, pero no sé el qué, solo que es muy importante.

Un suspiro profundo surgió del comunicador.

—No pienso hablar con Milton Roosevelt.

—Entonces, yo no pienso hacer caso a tu información.

Laura se pasó una mano por el rostro, frustrada.

—Pero ¿no ves que lo hago por tu bien? —dijo—. ¿Para protegerte?

—¿Y tú no ves que yo lo hago por el bien de la Humanidad?

La conversación dio varias vueltas sobre sí misma hasta llegar de nuevo al punto inicial, una y otra vez, sin salir de aquel bucle en que ninguna daba su brazo a torcer.

—Está bien —dijo por fin Johanna—. ¿Si le paso esta información a Omega, hablarás con él?

—¿Si hablo con él, te asegurarás de que se usa para atacar a la Agencia?

—Vale.

—Entonces, vale también.

Cuando colgó el comunicador, Johanna quedó exhausta, como si hubiera hecho ejercicio físico en vez de discutir. Tenía la impresión de que, si la tuviera enfrente, si no estuvieran hablando a través de

una pantalla en sus antebrazos sino cara a cara, todo sería más fácil. De que podría convencerla con una sonrisa, cogiéndola de la mano, diciéndole «estamos juntas, ¿recuerdas?».

Alguien llamó a la habitación de Johanna con un golpeteo acelerado, casi como un taconeo sobre su puerta. Solo podía ser una persona.

—¡Hola, Jo! —dijo Elsie, sonriendo como si la media luna se hubiera posado en su cara—. ¿Te vienes a pasar un rato a la azotea?

—Elsie, es la una de la mañana —dijo Johanna.

—¿Y qué? Tengo a mis dos mejores amigos —dijo Elsie, señalando hacia atrás—: la botella de *kilju* y Leo. Solo faltas tú.

Era tentador decirle que sí. Después de todo, la alternativa era quedarse tumbada en su cama hasta que el sueño venciera al calor y a sus pensamientos.

—Hola —dijo Leo, asomándose por encima del hombro de Elsie y saludando con su manaza enorme.

—Venga, porfa, porfa, porfa… —decía Elsie—. Lo vamos a pasar bien. Anda…

—¿Me prometes que no vamos a jugar más a «Verdad o atrevimiento»? —dijo Johanna.

—Solo si tú dejas de confabular con el enemigo —dijo Elsie, señalando la pantalla de su comunicador, que aún estaba encendida.

—¡No estoy confabulando con nadie! Es que Omega me ha pedido que intentase convencer a Laura de que…

—Sí, sí. Claro. —Elsie le sacó la lengua—. Pues te quedas sin saber cómo me apellido, hala, chincha.

—Pero ¡si no me lo ibas a decir!

—Bueno, quién sabe… El alcohol suelta la lengua. A ver si conseguimos soltársela a Leo también, ¿vale?

—¡Oye, Elsie! ¡Que te estoy oyendo!

Y Johanna, al final, tuvo que acompañarlos.

83

Lo había intentado. Juraba que lo había intentado. Pero al final, Johanna no había conseguido amanecer sin resaca.

Ni siquiera había bebido tanto. El análisis de su sangre no daba niveles desorbitados; incluso pudo hacer aféresis esa misma mañana. Pero había sido suficiente para darle un dolor de cabeza persistente y nítido, como una alcayata clavándosele entre los ojos, que trataba de ignorar mirando la televisión.

Leo, sin embargo, parecía completamente invulnerable al alcohol, quizá por su inmenso tamaño. No habían logrado emborracharle, para disgusto de Elsie, por mucho que ella intentase retarle a «duelos de beber»; esta había acabado destruida hasta niveles insospechados, tanto que Leo había tenido que bajarla desde la azotea en brazos. Y a Johanna no se le había escapado el cuidado milimétrico que había tenido su amigo al llevarla, como si portase un copo de nieve que temiera derretir si lo agarraba demasiado fuerte.

Al menos, habían conseguido ocultárselo a Deena. Su mirada desde el sofá era suspicaz, pero no más de lo habitual. Esa era una ventaja más de no dormir todos juntos en literas, y de no haber tenido que llevar a rastras a nadie hasta la suya, como en aquella ocasión…

No. Tenía que dejar de recordar esos momentos. Si había accedido a beber, era precisamente para olvidarlos. Tal y como estaban las cosas con Laura, lo más sensato era centrarse solo en su misión, y en salvar al mundo, y en todos aquellos asuntos grandilocuentes que le hacían sentir ridícula cuando los ponía al mismo nivel que sus sentimientos.

Mientras mordisqueaba una barrita de cereales, más atenta a las pepitas de chocolate que a las noticias que chillaba la televisión ante sus ojos, pensó en aquella información que Laura le había pasado. Hablaba de un acto privado de la Agencia en el que estarían vulnerables a su ataque. No tenía ninguna prueba de que fuera de fiar, eso era cierto. Pero quizá Omega sí supiera discernirlo. Y, si se la daba, Laura cumpliría con su parte del trato y hablaría con él.

—¡Sube el volumen, Elsie, hazme el favor! —dijo entonces Halley—. Creo que están diciendo algo de…

Elsie rezongó, llevándose las manos a las sienes para calmar su dolor de cabeza, pero hizo caso a Halley. La voz de Carina Call en el telediario inundó el salón:

«¡Los funerales de Estado tendrán lugar durante toda la semana del 12 al 18 de julio! —decía, con aquella sonrisa suya de un blanco casi fluorescente—. ¡Para la apertura de la ceremonia pública en honor a las ciento cincuenta y seis víctimas, contaremos con la presencia de Philippa Nielsen, subdirectora de la Agencia Federal de Protección Genética…».

—Uf, esa señora otra vez no —dijo Elsie, haciendo una mueca—. ¿Recordáis cuando casi se pone a llorar al lado del presidente Gillenwater?

Johanna le chistó, atenta a la pantalla.

«¡… y también comparecerá una valerosa superviviente! ¡Resistió durante meses, cautiva en manos de los terroristas, y logró escapar de ellos haciendo uso de su ingenio! ¡Un aplauso para nuestra heroína Laura Victoria Snyder!»

El público, de pie, ovacionaba a Laura, que subía los escalones del estrado para unirse a Philippa.

—¡Anda, mira! —dijo Elsie—. ¡Si se ha cortado el pelo!

—No le dará vergüenza, no. —Deena la miraba con una mueca de desagrado.

Y Johanna bajó la vista hacia el suelo; a ella sí que le daba vergüenza verla condenar ante todo el país lo que había hecho su sangre.

84

La ciudad de Chicago estaba plagada de rascacielos igual que lo estaría un prado de briznas de hierba, o un acerico de alfileres. Las torres se alzaban, manzana tras manzana, como queriendo pinchar las nubes.

Entre las altísimas construcciones rodaba una hilera de vehículos, uno tras otro, y desde la ventana trasera de uno de ellos miraba al aire Laura Snyder.

Los edificios en vertical se le antojaban barrotes, y la ciudad una jaula, y aquel coche blindado en el que la trasladaban de vuelta a la sede de la Agencia era lo único que se interponía entre ella y la libertad. Allí los únicos que no estaban sujetos a voluntades ajenas eran los pájaros que volaban entre cornisa y cornisa, subiendo alto, muy alto, hasta que el sol del atardecer les iluminaba el vientre contra el cielo azul.

No la habían metido en ese coche para protegerla, aunque dijeran lo contrario. Sí, había un pandillero suelto con tres pistolas de sangre, y la ciudad entera estaba bajo aviso terrorista por si reventaba otra de aquellas bombas asesinas, pero ella era la única persona —junto a Johanna— a la que ninguna de esas amenazas podía hacerle daño.

Era para que no escapase. Ni físicamente, ni a la mirada de Ulysses Wagner; Laura estaba segura de que la estaba vigilando desde la cámara trasera del vehículo. Sintió ganas de saludar al objetivo, igual que llevaba haciendo a los oculógiros volantes de la prensa durante todo el día.

Recordaba sus palabras.

«Piensa que, si conseguimos los linfocitos de Johanna Lowe con una bomba de sangre, ya no tendremos que ir tras ella —había dicho Ulysses—. Si nos ayudas a obtenerla, no habrá por qué hacerle daño. La dejaremos en paz. Que huya a Canadá, si quiere, y no iremos tras ella. ¿Qué te parece, Laurita?»

Hasta que le dijo aquello, Laura Snyder no había sido del todo consciente de hasta qué punto sabía Ulysses Wagner cuánto le importaba Johanna. ¿Habría espiado sus conversaciones? ¿Serían

los vigilantes que se turnaban en su puerta solo un señuelo, y realmente la observaba con cámaras diminutas en la habitación y hasta en su cuarto de baño? No le extrañaría.

No se le pasó por alto que solo le ofrecía salvar a Johanna. En ningún momento dijo que no perseguiría al resto del Ágora.

En cualquier caso, tenía que fiarse de la palabra de un hombre que dirigía el mismo lugar que le había enseñado a no confiar en nadie.

Las calles se sucedían, una tras otra, idénticas, incoloras; y, pese a saber que probablemente pasaría bastante tiempo hasta volver a pisarlas, Laura deseó que llegasen ya a la sede de la Agencia. Era el centro de la jaula, era el «malo conocido» al que había preferido volver.

Si no estuviera Ulysses Wagner al otro lado de la cámara, se habría dejado llevar por la angustia y la rabia. Les habría pegado golpes a las ventanas del coche; golpes inútiles, por supuesto, contra las lunas blindadas. Habría gritado y soltado mil improperios al mundo entero.

Pero se contuvo; miró por el cristal, miró sin ver.

Y, cuando el antebrazo le vibró un instante para señalar que le había llegado un mensaje, no se arremangó para comprobarlo. Esperó hasta estar lo más a salvo que pudo, en el cuarto de baño común de todos los agentes; no se fiaba de que en el suyo no hubiera también cámaras.

> Ya le he enseñado la información a Omega. Todos los datos: el mapa de situación, la fecha, los puntos flacos, todo. Ahora es tu turno. Te toca. Desbloquéale y habla con él, por favor. Johanna.

Eso decía el mensaje.

Ese era el trato.

Se lo había prometido a Johanna, sí, pero… ¿y si no lo hiciera? ¿Y si faltase a su promesa? ¿Qué cambiaría?

El Ágora ya tenía la información, así que les atacarían igualmente. Conseguirían su sangre igual. Podría protegerla igual.

Y Johanna dejaría de confiar en ella, con razón.

No, no podía hacer eso.

Sentada en la taza del inodoro, en aquel cubículo cerrado con pestillo, Laura desbloqueó el contacto de Milton Roosevelt, crispando el gesto al comprobar que aún lo tenía guardado como «Omega».

85

El laboratorio de Omega, tras la enésima mudanza, estaba instalado en una enorme sala diáfana, repleta de escritorios que habrían sido los puestos de trabajo de tantos oficinistas, con el techo caído sobre la mitad de ellos. En vez de ordenadores y ficheros, sobre ellos reposaban matraces, redomas de cristal y toda una serie de aparatos cuyo propósito ignoraba Johanna.

La máquina de aféresis, el separador celular, era la única que conocía íntimamente. En medio de la estancia, con sus dos sillas gemelas a cada lado, estaba lista para extraerle linfocitos a Omega y a ella aquella tarde.

De hecho, Omega ya estaba sentado en la suya cuando llegó.

No, sentado no sería la palabra correcta. Estaba encogido sobre sí mismo, con la cara casi pegada al comunicador de su antebrazo.

Hablaba con alguien.

—Lo entiendo —decía, en una voz muy baja y grave—. Gracias. Gracias, Laura. Adiós.

A Johanna se le abrió una sonrisa amplísima. Si Laura les devolvía su sangre, en cuanto la montasen junto a la suya y la de Omega en la cepa del pseudovirus se solucionaría todo. Se difundiría la mortalidad por el mundo igual que lo hizo en su día la inmortalidad. La Decadencia dejaría de existir.

Excepto para ellas dos, claro.

Olvidó aquello en cuanto, al acercarse al separador celular vadeando escritorios y frascos de cristal, escuchó el primer sollozo. Y el segundo. Y los que le siguieron.

Con las manos en el rostro y acurrucado en la silla, Omega lloraba como un niño.

Johanna no supo si acercarse o marcharse, en silencio, antes de que se diera cuenta de su presencia; sentía que había irrumpido en algo privado, aunque quería ayudar. Pero las armas no ayudaban.

Entonces Omega levantó la cara para secarse las lágrimas y la vio, parada allí en su confusión.

—¿Johanna? ¿Qué haces aquí? —dijo Omega—. Ah, sí, la aféresis, es verdad. Estaba preparando la máquina.

—¿Estás bien? —preguntó Johanna—. ¿Necesitas… algo?

—No, no, todo está perfectamente.

Omega sorbió por la nariz.

—¿Seguro? Puedo volver más tarde, si…

—No te preocupes, tranquila. Ven, vamos a comenzar la aféresis —dijo Omega, dando unas palmaditas en el asiento vacío.

Johanna se sentó en él y, mientras la sangre de ambos fluía por los tubos transparentes, se fijó en que a Omega le habían empezado a crecer pelos cortos, rizados, en lo que antes había sido una calva brillante y perfectamente afeitada.

86

Laura se había sentido un poco ridícula al convocar ella la reunión, pero tenía que comunicarle a Ulysses Wagner y a Taylor que su plan estaba en marcha. También a Philippa Nielsen; sin embargo, la subdirectora estaba volcada completamente en los nuevos agentes que estaban superando las pruebas de contratación, así que no había podido asistir. Por eso, cuando Laura habló, lo hizo solamente ante aquellos dos rostros hostiles.

—Bueno, ya está hecho —dijo, respirando hondo—. Ya le he pasado los datos al Ágora, y…

—¿Al Ágora? —dijo Ulysses—. Querrás decir a los terroristas, Laurita. No te equivoques.

—Sí, eso… En fin, que les he informado de las supuestas vulnerabilidades para que nos ataquen justo en la ceremonia del día 10 de agosto. Y me he asegurado personalmente de que lo han recibido todo.

—¿Personalmente? —Ulysses cruzó las manos sobre su panel de mando—. Explícate.

—A través de Johanna Lowe, quiero decir. Ella confía en mí.

—Por desgracia para ella —dijo Ulysses—. Y por suerte para nosotros.

Laura asintió, evitándole la mirada. Su único contacto dentro del Ágora era Johanna, y debía seguir siéndolo. Aquella conversación con Roosevelt no había cambiado nada; solo había cumplido su promesa.

—Entonces, ¿atacarán ese día? —dijo Taylor Crane, subiéndose el puente de las gafas.

—Sí. —dijo Laura—. Como he dicho, confía en mí. Cree que le he dado la información necesaria para vencer a la Agencia. Que tenemos un punto débil y pueden aprovecharlo.

—¡Perfecto! —Taylor sonrió. No era una sonrisa agradable—. Pues vamos a prepararlo todo para la gran noche. Estoy diseñando una barrera protectora transparente que puede desplegarse ante el ataque y absorber el impacto de las bombas. Y mi intención es que absorba, también, la sangre que estas contienen. Igual que una

esponja.

—No habrá riesgos para los agentes que estén de servicio esa noche, ¿verdad, Taylor?

—¡Qué va! La estructura estará compuesta en más de un noventa por ciento de neografeno, el mismo material del que está hecho el cable del ascensor espacial. Absorbe más de veinte megajulios por kilo de energía balística, y…

—¿Los habrá o no? Quiero un sí o un no seguros, Taylor. Déjate de números. —Ulysses sorbió el último trago del gin-tonic que estaba tomando y dejó el vaso vacío sobre el panel—. Porque, si existe alguna posibilidad de que vuelva a repetirse la masacre del pasado día, necesito saberlo. Equiparemos a los agentes con protección impermeable, si hace falta.

Taylor Crane negó con firmeza.

—Se lo aseguro. Están a salvo. ¡Mi barrera será infranqueable! Haremos todas las pruebas posibles. No morirá ni un solo agente más de esta…

Unos golpes en la puerta le interrumpieron.

Sin esperar a que Ulysses les diera paso, entraron en su despacho cinco individuos: todos ellos vestidos con uniformes nuevos y flamantes de capitán de la Agencia, y todos ellos también completos desconocidos.

—Disculpen la intromisión —dijo entonces Philippa Nielsen, y la puerta se cerró desde dentro. Philippa le dedicó al director Wagner un saludo militar y los cinco extraños la imitaron, con mayor o menor grado de exactitud—. Sé que están reunidos, pero quería presentarles a los nuevos capitanes. Estos son los cinco candidatos que han superado las pruebas de oposición.

—¡Ah, Philippa! —dijo Ulysses, levantándose de su asiento—. Qué sorpresa más agradable. No importa, ya estábamos terminando. ¿Y estos son…?

—Son los capitanes Roberts, Ojukwu, Jónsdóttir, Finley y Sachdeva, director —dijo Philippa, señalando las respectivas placas con los apellidos que llevaban en el pecho—. Ocuparán los puestos que han quedado vacantes.

Todos se cuadraron, salvo el que se llamaba Finley, un hombre delgado, pálido y de cara chupada, que hizo una especie de reverencia. Philippa Nielsen torció el gesto al verlo.

—A su servicio —dijo el tal Finley, haciendo un ademán como si quisiera besarle la mano a Nielsen, pero esta se cruzó de brazos rápidamente.

—Bueno, no todos tienen experiencia militar, como puede ver —

continuó Nielsen, intentando hacer caso omiso a Finley—. Pero han obtenido resultados brillantes en la selección, tanto en las pruebas físicas como teóricas. Por supuesto, no se ha podido llevar a cabo el proceso exhaustivo habitual, teniendo en cuenta los escasos recursos con los que…

—Tranquila, Philippa, tranquila. Estoy muy contento con nuestros nuevos capitanes. ¿Te encargarás tú de su instrucción y prácticas, espero?

—En efecto. A no ser que prefiera que se ocupe otro agente, claro está.

—No, no; tú eres perfecta, Philippa. Confío en tu habilidad. Eso sí; para el día 10 de agosto tienen que estar todos listos para salir a puestos de combate. Para dirigir escuadrones. No hay tiempo que perder.

—¿Eso significa…? —Nielsen vaciló, y se le escapó la vista a mirar a Taylor Crane, que seguía sonriendo—. ¿Piensa seguir adelante con el plan? ¿Con *ese* plan?

—Sí —intervino Laura—. Acabo de contárselo. Los terroristas están ya informados, y atacarán ese día con una bomba de sangre.

—Maravilloso —dijo Philippa Nielsen con un tono ácido en la voz. Parpadeó, alzando la barbilla—. Fantástico, agente Snyder. Una gran noticia. Solo espero que hayan tenido cuidado. Que nadie meta la pata y acabemos con otra desgracia.

Laura Snyder asintió. Ella también lo esperaba. Ojalá todo se pudiera resolver de esa manera. Ojalá no hubiera que recurrir a lo que le había propuesto el profesor Milton Roosevelt.

87

Aquel había sido un buen día, en general. Habían practicado taekwondo por la mañana, y ni siquiera se había lesionado; no había hecho falta molestar a Miranda, que no quería ver a nadie tras la marcha de Chloé. Alpha y Omega habían valorado la veracidad de la información que tenían sobre la Agencia. Por la tarde, tras la aféresis, Elsie y Johanna habían jugado al ajedrez contra Sabrina y Blade; habían perdido, por supuesto.

Sí, había sido un buen día. Salvo por lo de pensar en Laura.

Era la hora de cenar, y Johanna estaba lavándose las manos tras usar el baño. Ya solo tenía ganas de sentarse en el salón junto a sus compañeros, a mirar la televisión con un plato en el regazo.

Cuando salió del aseo, la recibió la voz estridente de Carina Call dando las noticias. De hecho, era la única voz. Estaban los miembros del Ágora reunidos en la sala, pero nadie alzaba la suya ni se movía de su asiento. Los pares de ojos fijados en la pantalla parecían petrificados.

—Eh, ¿qué ocurre? —dijo Johanna, cerrando la puerta del lavabo—. ¿Elsie? ¿Mamá?

Halley le chistó con un dedo en los labios.

Sentándose en el hueco libre del sofá, Johanna prestó atención a la presentadora, cuyo rostro maquillado ocupaba casi todo el monitor de la pared.

«El país entero está conmocionado. ¡Toda Europa se ha volcado en las dos primeras muertes que han ocurrido al otro lado del Atlántico tras la difusión de la inmortalidad! —decía Carina Call. Johanna se acercó aún más a la pantalla, sentándose en el borde del asiento—. El cuerpo de Eric Morris será repatriado de vuelta a Estados Unidos, por petición expresa del director de la Agencia Federal de Protección Genética a la familia Hyvärinen…»

—¿Eric Morris? —dijo Johanna—. ¿Ese no era…?

—Sí. —Alpha asintió. El brillo de la televisión se reflejó en sus ojos sintéticos—. El asesino de King. El ladrón que nos robó cuatro pistolas de sangre.

Era cierto. Bueno, al menos ya sabían adónde se las había

llevado: a Europa.

—¿Has oído eso, Elsie? —dijo Johanna, girándose hacia ella—. ¿No te alegras? ¡Ya no volverá a hacer daño a nadie!

Esa vez fue Sabrina quien la mandó callar, y Johanna se fijó en Elsie con más detenimiento. Estaba inmóvil, sin parpadear, y agarraba el reposabrazos del sofá con tanta fuerza que se le habían puesto blancos los nudillos.

«Los testigos del incidente afirman que Morris irrumpió en la casa del presidente finés apuntándole con el arma, exaltado y exigiendo que le pagase una gran suma de dinero. Ante la negativa de Aimo Hyvärinen, ¡Morris disparó contra él!»

—Lo sabía —murmuró Elsie, tan bajito que Johanna no lo habría oído de no estar a su lado—. Sabía que había sido él.

«Pero ¡falló! —siguió diciendo Carina—. En la conmoción, el presidente Hyvärinen le arrebató una pistola a Morris y se dispararon mutuamente, ¡con resultado fatal para ambos! Se rumorea que Aimo Hyvärinen pudiera haber tenido alguna conexión con la banda criminal que Morris lideraba en Chicago, tal vez un ajuste de cuentas…»

—Y siguen llamándole presidente —dijo Elsie, en un tono de voz algo más alto, algo más amargo—. Increíble. Ni siquiera muerto se atreven a llamarle dictador.

—Elsie, ¿estás bien? ¿Qué pasa? —dijo Johanna.

Su amiga no contestó. Solo apretó los dientes y los puños. A su otro lado, Leo parecía tan desconcertado como ella misma, ladeando la cabeza en silencio como un perrito confuso.

«La familia Hyvärinen ha rechazado hacer declaraciones al respecto, pero cabe suponer que estarán profundamente afligidos. Tras la desaparición de su hija menor hace trece años, este es un nuevo golpe para el clan familiar…»

—¿Quieres que lo apague, Elsie? —dijo Sabrina, con el mando en la mano—. No tienes por qué oírlo, si no…

—No —dijo Elsie—. No. Da igual. Estoy bien.

Tenía los ojos húmedos. Leo trató de ponerle la mano sobre los hombros; parecía como si quisiera abrazar una diminuta estatua de mármol.

—Elsie, será mejor que te vayas a descansar —dijo Alpha, poniéndose en pie.

Johanna entendió que allí no todo el mundo estaba tan confuso como ella misma; algunos de sus compañeros sí sabían por qué estaba Elsie tan rara. Sabrina bajó el volumen del televisor como quien no quería la cosa, en un intento de tranquilizarla.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué estás así? —dijo Johanna—. Anda, reacciona. ¿Es por lo de Morris? Piensa que así compensa lo de tu hermano King…

Elsie se apartó de ella y de Leo bruscamente y se levantó. Sabrina corrió tras ella, escaleras arriba, y Johanna se les unió; Leo también, tras vacilar un instante.

—¡Elsie, espera! —dijo Leo, siguiéndolas—. Yo también quiero saber qué te pasa, quiero ayudarte…

—¡Que estoy bien! —chilló Elsie.

—Elsie, cuéntaselo, anda —dijo Sabrina, conciliadora, parándola en medio del pasillo—. Son tus amigos. Tienen derecho a saberlo, es normal que se preocupen. Guardándotelo no vas a superarlo nunca.

—Me da igual. ¡No quiero superarlo! Quiero volver a Finlandia y lanzarles una bomba de sangre a todas las ratas que quedan. Ya ni me acordaba de ellos, joder.

—Eso no es cierto y lo sabes —dijo Sabrina—. Claro que te acuerdas de ellos. Por eso intentas sacarlos de tu cabeza constantemente. Y por eso estás así. ¡Dilo en voz alta de una vez, Elsie, o se te va a enquistar dentro y será peor!

—Bueno, vale. Pero si se lo digo, tienes que contarles tú también lo tuyo. ¡Dile tu nombre antiguo!

—Elsie, no. Sabes perfectamente que no es lo mismo. —Sabrina se cruzó de brazos—. No puedes comparar tu nombre antiguo y el mío. El tuyo es tu nombre de verdad. El mío pertenece a la persona que nunca fui. Sé que no hablas en serio y que estás mal, por eso no me voy a enfadar, pero me vas a pedir perdón por esto cuando te hayas calmado. Me ha dolido.

Elsie bajó la cabeza.

—Ya lo sé… Lo siento. No quería decir eso, tienes razón.

—¿Qué pasa, Elsie? —dijo Johanna—. Anda, porfa, dímelo. Quiero apoyarte con lo que sea, pero si no me lo cuentas, no podré…

Leo se acercó a Elsie y la cogió torpemente de la mano.

—Oye, si no quieres contármelo, da igual. No te preocupes —dijo Leo—. Pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que sea, ¿vale? Y Jo también. Nos importas mucho.

Tras mirarles a los ojos un buen rato, Elsie inspiró hondo y habló.

—Elisapetti Hyvärinen —dijo, pronunciándolo con un acento insólito y extranjero, tragándose las vocales—. ¿No querías saber mi apellido, Jo? Pues así me llamo. Soy hija de ese señor que se ha muerto. Y lo único que lamento es no haber podido matarle yo en

su momento.

88

A Estados Unidos del año 2500 no le importaba demasiado lo que le ocurriera a Europa. Las subidas del nivel del mar en siglos anteriores habían afectado con especial fiereza a las costas europeas: se habían hundido países enteros bajo las aguas, como Dinamarca, Estonia o los Países Bajos, y otros habían perdido la mayor parte de su territorio. Ya no era la potencia mundial que fuera en el pasado, sino un racimo de lodo y charcos del que sobresalían los Alpes y las penínsulas del sur, demasiado caldeadas para ser más que un desierto.

Solo en el norte, cerca de los círculos polares, quedaban franjas de terreno a la vez templado y seco. Entre ellas estaba la República Presidencial de Finlandia, descabezada de su líder, cuyo mapa relucía en aquel momento en las pantallas que adornaban las paredes del despacho de Ulysses Wagner.

—Estaré de vuelta en una semana —dijo, pulsando un botón con su dedo de plástico y apagando la imagen—. Mientras tanto, quedas a cargo de todo, Philippa. Bueno, de todo no; de ocuparse de que el día 10 las cosas salgan como deben se encargará Taylor Crane, claro está.

—¿Por qué tanta prisa? ¿No sería mejor posponer su viaje hasta después de la fecha? —dijo Laura.

—¡Agente Snyder! Más respeto —dijo Philippa, aunque Laura reconoció en su expresión que ella también tenía curiosidad.

—No pasa nada, Philippa, no te preocupes. —dijo Ulysses, haciendo aquel gesto suyo que sería una sonrisa si le llegase a los ojos—. Este no es un viaje de recreo, Laurita. Aimo Hyvärinen era un viejo amigo mío; él también quiso montar su propia empresa de alquiler y venta de órganos en su día, cuando era la novedad. Hasta que Águila de Prometeo adquirió sus acciones; entonces decidió dedicarse al sector público y a la fabricación de carcasas militares. Una lástima, lo que le ha pasado. Pero, como digo, no voy allí por ocio, sino por negocio.

»Además, quiero conseguir las pistolas de sangre que dejó allí Eric Morris, ya que los Hyvärinen se negaron a repatriarlas en

calidad de efectos personales del difunto.

—¿Las pistolas de sangre? —dijo Nielsen, abandonando por un instante su fachada flemática—. Pero si están vacías. Se dispararon tres tiros y había tres armas. No entiendo por qué…

—Oh, sí, Philippa, puede que estén vacías —dijo Ulysses—. Pero pronto conseguiremos la sangre de Johanna Lowe. Y, cuando llegue ese momento, quiero estar preparado. Que no se desperdicie ni una sola gota sobrante.

Laura nunca había visto el rostro de Ulysses Wagner más expresivo que cuando hablaba de poseer armas letales.

El director de la Agencia marchó un 22 de julio entre fanfarria y duelo; estando como estaba en el ojo público tras la muerte de sus agentes, y siendo Finlandia también un punto de interés mediático, no fue raro que Carina Call acudiera a documentar su partida y a filmar cómo embarcaba en su jet privado.

Y, pocos días después de haberse emitido el reportaje, Laura Snyder recibió una llamada de Johanna en su comunicador.

—Hay malas noticias —dijo Johanna muy rápido, sin saludar siquiera, en cuanto le cogió la llamada—. Alpha y Omega no tienen muy claro lo del 10 de agosto. Están dudosos sobre si la información es fiable.

—Joder, no —dijo Laura—. Vale, a ver… ¿No puedes convencerles? Dijiste que te asegurarías de que lo harían. Es importante.

—Ya lo sé. —Johanna parecía nerviosa—. Ya lo sé, pero no puedo. Ya sabes cómo es Alpha y el caso que me hace. La cuestión es que no acaban de fiarse. Quieren corroborar esos datos de alguna forma, confirmar que son ciertos…

—¿Y quieres que encuentre un modo de confirmarlos? ¿Es eso, por eso me llamas?

—No, no. Ya lo han encontrado ellos. Como el director de la Agencia se ha ido a Finlandia, vamos a aprovechar y a colarnos en su casa. A ver si allí, en su despacho privado, encontramos algo que apoye los datos que nos has dado.

Laura se quedó sin palabras unos instantes.

—¿Que vais a hacer *qué*? —dijo—. ¿En la mansión Wagner?

—¡Sí! Fue idea de Sabrina, porque como tuvo que cambiar de casa con lo de la bomba aquella que pusieron los fanáticos religiosos, ya no tiene tantas medidas de seguridad. O, mejor dicho, tiene las justas para que ella pueda sortearlas.

—Johanna… —dijo Laura, llevándose una mano a la cabeza—. ¿Por qué me estás contando esto? ¿No ves que soy el enemigo?

¿Que estoy en el bando opuesto?

—No, no lo estás. —Los ojos negros de Johanna eran espejos incluso a través del cristal de la pantalla—. Tú no estás en ningún bando, no finjas. El enemigo no estaría intentando protegerme.

Tenía razón. Como siempre, tenía razón, y ya no sabía si su mirada era un reflejo o una lupa que observase dentro de ella.

Entonces cayó en la cuenta.

—¿Cuándo vais a hacer eso? —dijo Laura—. ¿Qué día?

—¡Ah! Pues hoy mismo. Esta noche, que hay luna nueva.

Mierda.

—¡Ahora tengo que colgar! —añadió Johanna—. ¡Adiós!

—¡Espera! No te he preguntado si estás…

Se le quedó la palabra «bien» atascada en la garganta cuando la pantalla se fundió a negro.

Pero no tenía tiempo de lamentarse. Tenía que solucionar aquello. No podría sola; por suerte, no estaba sola.

—Necesito ayuda —le dijo a Philippa Nielsen esa misma tarde, abordándola en medio de un pasillo—. Es urgente.

—¿No puede esperar? —dijo Nielsen, que en aquel momento estaba enseñando a los nuevos capitanes; uno de ellos, el tal Finley, la saludó con una mano en la que relucían anillos dorados—. Estoy algo ocupada ahora mismo.

—No. Y además deberíamos hablarlo en privado, señora Nielsen.

La subdirectora sonrió. Una sonrisa muy leve.

—De acuerdo —dijo.

La acompañó a un despacho vacío tras despachar a los capitanes. Solo una vez estuvieron solas, añadió:

—Por cierto, agente Snyder… Laura. Puedes seguir llamándome Philippa, si prefieres.

—Está bien —dijo Laura—. Necesito ayuda, Philippa.

Y le contó a la única aliada que tenía dentro de la Agencia lo que acababa de pasar.

89

—Si está el vehículo blindado ese, ¿por qué tenemos que ir a pie? —protestaba Elsie—. ¿No podíamos ahorrar camino? Y cansancio, de paso…

—No podemos conducirlo por la superficie —le recordó Halley —. Además, ¿tú no estabas tan afectada por lo de Finlandia? Tan mal no estarás, si tienes ánimos para quejarte.

—¡A mí no me afecta nada! —Elsie se cruzó de brazos—. Ya estoy perfectamente. Pero no quiero hablar de eso.

—Bajad la voz ya —dijo Terrence, asomándose por una esquina a mirar si venía alguien—. Se supone que hay que andar con sigilo. ¿Sabes lo que significa sigilo, o te lo tengo que explicar?

—A ver, déjame pensar… ¡Ah, sí! Significa «no seas tan plasta, Terrence», ¿verdad?

Terrence suspiró profundamente.

Jerome le pasó un brazo por encima de los hombros y vigiló junto a él. Johanna le vio darle un besito en la coronilla antes de hablar:

—Vale, creo que por fin hemos encontrado una ruta segura —dijo Jerome, señalando hacia la noche entre las callejuelas—. Venga, vamos todos. Con tranquilidad, pero sin dejar de estar alerta. ¿De acuerdo? Quiero que me digas tú también si estás de acuerdo con la tranquilidad, Terry.

Le contestó con un gruñido seco y se encaminaron hacia el patio trasero de la nueva mansión Wagner. Blade y Sabrina se habían quedado en la base, para piratear a distancia los sistemas de alarma; Leo también, porque quería aprender a hacerlo. Junto a Alpha, enviaban órdenes a través de los comunicadores.

—Os confirmo que la casa está despejada —dijo Sabrina desde el antebrazo de Terrence—. Pero no sé hasta cuándo, pueden volver sus familiares en cualquier momento. Tenéis que estar preparados para salir corriendo, ¿vale?

Mientras se escabullían entre los callejones de atrás, se fijaron en que en lo alto de las farolas pendían banderolas negras, cada una con un número por delante y un nombre por detrás.

—¿Son…? —dijo Johanna en voz baja, al ver que ningún número superaba el ciento cincuenta y seis—. ¿Son por los agentes caídos?

—Creo que sí. —Jerome miró uno al pasar—. Es tentador ponerse a buscar cierto nombre, ¿no, Halley?

Halley no volvió la cabeza para responderle; se agarró el muñón con la mano, como si le doliera de pronto.

—Ya lo busqué —dijo, en voz baja—. Lo busqué el mismo día que lo anunciaron. Encontré una lista de todos los muertos.

—¿Y estaba? —dijo Jerome—. Yo no me atreví a mirarlo. No sé si tenía más miedo de que estuviera o de que no, la verdad.

Cuando Halley asintió, a Jerome se le cayeron los hombros.

—Bueno, supongo que es lo mejor que podría haber pasado —dijo, frío—. Así ya no tenemos que preocuparnos por él.

—Para mí sí que lo es —dijo Halley, frotándose el brazo amputado—. No está bien alegrarse, lo sé… Pero es lo único que me asegura que tu hermano no volverá a tocarme.

Continuaron, hasta llegar a la casa, en un silencio incómodo y denso.

La verja trasera que daba al garaje de Ulysses Wagner estaba desbloqueada; entraron por allí, subiendo al edificio principal de la mansión por la cochera. Pese a su nombre, solo había un vehículo aparcado, un automóvil antiguo sin autoconducción. El resto de las plazas estaban ocupadas por unas inmensas cajas, tumbadas sobre el asfalto, que Elsie se atrevió a entreabrir para mirar dentro.

—Hostias —murmuró, y la cerró de nuevo rápidamente—. Qué mal rollo.

—¿Qué es? —dijo Johanna.

—Cuerpos. Un montón de cuerpos sintéticos de todo tipo. Con un montón de caras y de formas distintas. Vámonos de aquí, que me da yuyu que tenga cajas y cajas llenas de cuerpos vacíos.

Llevaban guantes para no dejar huellas dactilares; con cuidado, llegaron hasta los aposentos de Ulysses Wagner, su despacho personal y su cuarto.

—Es curioso pensar que Ulysses duerme y vive aquí como una persona normal —dijo Johanna—. Vamos, que aquí no vive un monstruo, sino un hombre.

—Todos los monstruos son personas, Johanna —dijo Halley—. Y muchos son hombres.

Aquello tenía dimensiones aberrantes; en la cama podrían haber dormido seis personas de lado a lado cómodamente, el escritorio estaba rodeado de pantallas amplísimas en todos sus extremos, y

por el pasillo cabría un elefante sin perturbar los doseles que adornaban techo y paredes.

—Madre mía, el lujo —dijo Elsie, dando un silbido. Johanna asintió, fascinada. Algo en aquellos corredores tenía un aroma curioso, extrañamente familiar, pero tan leve que no sabría identificarlo.

—No os distraigáis —dijo Deena—. Estamos aquí para encontrar los datos.

Era cierto, y a ello se pusieron; buscaron en los cajones y archivadores del despacho, encendieron su ordenador personal para que Sabrina se conectase a él desde su puerto remoto. Finalmente, se dieron cuenta de que lo habían tenido delante de sus ojos todo aquel rato.

En una carpeta gris y modesta, fácil de pasar por alto entre tanta abundancia, estaban recogidos los mismos planos que Johanna le había enseñado a Omega. El mismo listado de vulnerabilidades. La misma fecha en la que celebrarían la incorporación de nuevos agentes, lo que les obligaba a atacar a la Agencia el 10 de agosto si querían aprovecharlas.

—Esto lo confirma, ¿no? —dijo Jerome, hojeando el documento —. Confirma que es todo cierto.

—Eso parece. —Terrence leía por encima de su hombro—. Sí, mira, lo dice aquí…

—Hacedles fotos a las hojas y mandádmelas —dijo Sabrina, desde el antebrazo de Elsie—. Así voy comprobando si hay alguna discrepancia, pero no parece, ¿verdad?

Mientras sus compañeros repasaban las cuartillas y revisaban el plan, Johanna miró a su alrededor, inquieta por si fuera una trampa y hubiera agentes escondidos entre los doseles. Pero Sabrina había dicho que la casa estaba vacía. La había analizado con infrarrojos que detectaban el calor de cualquier persona o cuerpo sintético activo.

Hablando de calor, hacía mucho calor en aquel despacho. Era finales de julio, y Johanna estaba sudando, incluso siendo de noche. Los guantes y la ropa táctica que llevaban para la misión no ayudaban. Se fijó en que la ventana de la habitación estaba ligeramente entreabierta; el aire caldeado se colaba por allí.

—Voy un momento al baño —dijo Johanna—. Ahora mismo vuelvo.

—Eso, eso, aprovecha para usar el váter de oro de Ulysses —dijo Elsie—. Pero ¡tira de la cadena después! ¿Te imaginas que nos pillan por dejarle un zurullo?

—¡Elsie!

Johanna no fue al baño. Salió de la mansión Wagner y la rodeó por fuera, con mucha precaución para no hollar la tierra del jardín, hasta llegar al exterior del despacho en el que estaban.

Y allí la vio, con dificultad en aquella noche casi sin luna, pero la vio.

Justo bajo la ventana entreabierta había un arbusto. Estaba desmadejado, como si lo hubieran pisado. Si Johanna no se hubiera acercado a buscar en él, no la habría distinguido entre las ramas y las hojas en la semioscuridad. Pero la cuestión es que lo hizo, y encontró que aquello que parecía un brote grande era en realidad una chaqueta.

Una chaqueta azul marino, de talla demasiado pequeña para ser de Ulysses Wagner; una chaqueta igual que las del uniforme de la Agencia; una chaqueta que, al sacarla de la hojarasca, levantó al aire un aroma que por fin reconoció.

No en vano había estado durmiendo envuelta en él tanto tiempo.

Aquella prenda, aquel olor, pertenecía a Laura Snyder.

Johanna tomó una foto a la chaqueta con el comunicador y volvió a dejarla en el mismo sitio donde la había encontrado; le mandó la imagen a Laura mientras corría de vuelta a la casa, junto con un mensaje que solo decía: «Explícame esto».

—¿Dónde estabas? —dijo Deena, al llegar Johanna al despacho —. ¡No estabas en el baño, Johanna, te hemos ido a buscar allí y estaba vacío!

—Estaba… —resolló Johanna, casi sin aliento—. Es que he encontrado…

—No hay tiempo. —Terrence tenía el ceño fruncido y un gesto de angustia—. Tenemos que irnos ya. Sabrina nos ha avisado de que se acerca a la casa uno de los hijos de Ulysses.

—Corred, hay que volver por donde hemos entrado, por el garaje —dijo Halley—. La puerta principal tiene una alarma que Sabrina no ha logrado desactivar.

Seguida de la mirada fulminante de Deena, Johanna corrió con sus compañeros hasta las cocheras. Intentó no mirar las cajas de cuerpos, no fijarse en sus tapas entornadas.

—Mierda —dijo la voz de Sabrina desde el comunicador—. Están demasiado cerca. No os va a dar tiempo a salir a pie sin que os vean.

—¿Qué hacemos, entonces? —dijo Halley—. ¿Nos escondemos en algún lugar de la mansión? ¿Les disparamos?

—¿Y si no salimos a pie? —dijo Elsie, y señaló el coche—. ¿Y si

nos vamos sobre ruedas?

—Elsie, ¿qué estás diciendo? No tiene autoconductor. No podemos usarlo.

—¡Claro que sí! —Elsie se agachó bajo el morro del coche y toqueteó los cables del contacto—. Abrir coches fue de lo primero que aprendí cuando estuve viviendo en la calle. Pero a conducirlos aprendí en mi casa, antes de escaparme y de que mi padre enviase a Morris a seguirme el rastro.

Un chisporroteo anunció que el coche estaba encendido y Elsie abrió la puerta del conductor.

—Estás de broma —dijo Terrence.

—¡Para nada! Se ve que a los tíos ricos les gustan los coches viejos. Aimo tenía uno igualito que este, solo que de color rojo. ¡Anda, entrad!

Perpleja, Johanna se sumó a sus compañeros, que se apelotonaron dentro del escaso espacio en los asientos del vehículo.

—¡No quepo! —dijo, encogiendo las piernas—. ¡Esto no es una buena idea, Elsie!

—¡Que sí, ya verás que sí! Uy, cómo echaba yo de menos conducir uno de estos…

Se puso en marcha con un bramido imponente y salieron disparados por la puerta del garaje. Johanna solo podía intentar agarrarse a algún sitio —a un brazo, al asiento de delante, al asidero de la puerta— para que los giros y acelerones que estaba haciendo Elsie no la hicieran vomitar.

Y tampoco es que hubiera aire suficiente, allí todos apretados como pescado en conserva, para gritar más alto de lo que ya gritaba Elsie al pisar los pedales:

—¡Yujuuuuuu! ¡Hasta luego, cabrones!

90

«No me ignores. Sé que has visto la foto», decía el segundo mensaje de Johanna.

Laura Snyder suspiró, tendida en su cama, y se tapó los ojos con las manos. Si hubiera vuelto atrás a por la chaqueta, nada de esto habría ocurrido. Pero, si no, no le habría dado tiempo a salir de la mansión y el Ágora la habría descubierto en carne y hueso.

Cuando le empezó a vibrar el brazo, estuvo tentada de no cogerle la llamada a Johanna. Pero su confianza pendía de un hilo en aquel momento y no podía perderla. Ni la confianza, ni a ella.

—Quiero saber ahora mismo qué está pasando —dijo Johanna, y en la pantalla de su brazo se la veía disgustada—. ¿Por qué estabas en la casa de Ulysses? ¿Qué hacías ahí? ¿Estabas dándonos información falsa? ¿Es eso?

—¡No, no! —Laura negó enérgicamente con la cabeza—. Para nada. Sí que estaba allí, vale, eso no puedo negarlo, pero la información es cierta…

—No me mientas, Laura. Si es que te lo veo en la cara. ¿Por qué tanto interés en que ataquemos ese día? Es una trampa, ¿verdad? ¿Vais a estar esperándonos con un misil o algo así? Voy a avisar a Omega y a Alpha si no me lo explicas.

No quedaba otra opción. Iba a tener que ser sincera.

—Cómo te lo digo… A ver. Necesito que ataquéis ese día. Lo necesitamos todos. Es para obtener tu sangre, Johanna.

—¿Mi sangre? ¿Con las bombas?

—Sí. Taylor Crane ha descubierto que, con la cepa del virus, hay una posibilidad de que al sumar tu sangre y la mía se elimine la Decadencia. No la inmortalidad, sino solo la Decadencia, ¿entiendes? Y para obtener tu sangre… Bueno, Ulysses me prometió que, si la conseguíamos así, no tendría por qué perseguirte más. Que te dejaría en paz y no te haría daño.

—Yo no me fío de Ulysses —dijo Johanna—. No quiero darle mi sangre.

—¡Ni yo tampoco! Pero la otra opción era ir a por ti, y esa sí que implicaba misiles y cosas horribles.

Tras unos instantes de silencio pensativo, Johanna volvió a hablar:

—¿Y de Taylor Crane te fías? ¿Después de que te metiera en una bomba, vas a fiarte de Taylor? ¿De que esa posibilidad de la que habla sea cierta?

—No me fío de Crane, me fío de su plan —dijo Laura, en voz baja—. Y, si esto se solucionase así, ya no tendríamos por qué luchar. Se acabaría todo. ¿No lo entiendes?

—¿Por qué no colaboras con nosotros, entonces? ¡Omega también quiere eliminar la Decadencia! Y sin condenarnos a no poder morir nunca, de paso…

—Si yo entiendo que no confíes en Taylor —dijo Laura—, entiende tú también que yo no confíe en Milton Roosevelt. Lo hago para protegerte, ¿no lo ves? ¡Si no estuviera haciendo esto, os estarían persiguiendo de nuevo! ¡Buscándoos con misiles y con bombas!

Los ojos negros de Johanna reflejaban la misma angustia que los suyos.

—Es que no me fío —dijo Johanna—. No me fío de que todo eso funcione.

—¿Y de mí? —dijo Laura, acercándose el comunicador a la cara —. Johanna, ¿te fías de mí? No te pido nada más. Por favor, te acabo de contar la verdad. Acabo de poner en peligro todo el plan para intentar que me creas. Deja que ataquen. Deja que usen tu sangre para esto.

—¿Y no morirá nadie?

Laura soltó una risa triste entre dientes.

—Si es que eres demasiado buena. Hasta por eso te preocupas. Pero no, no morirán. Estaremos preparados. Y, cuando funcione el plan de Taylor…

—Si es que funciona —dijo Johanna—. Sigue siendo una posibilidad, ¿no?

—Mejor eso que ninguna.

—Y, si no funciona, ¿colaborarás con nosotros? —Johanna la miraba como si no hubiera pantalla entre ambas. Como si pudiera verle hasta el alma con aquellos ojos suyos—. Prométeme que, si falla el plan de Taylor Crane, harás lo mismo que yo. Le darás tu sangre a Omega y lo intentaremos así. ¿Vale?

—Vale —dijo Laura, sintiendo que se le hundía el corazón en el pecho—. Está bien, lo haré.

Se quedaron unos segundos calladas, solo mirándose la una a la otra.

—Me tengo que ir —dijo Johanna—. Quédate tranquila, Laura. Atacarán ese día. Ya están convencidos, gracias a lo que hiciste en la mansión Wagner.

—Yo también tengo que irme. Adiós, Johanna. Sabes que…

La dejó con la palabra en la boca una vez más al colgar.

Pero ella también tenía que irse. Tenía que decirle a Nielsen que el plan que habían urdido a última hora para dejar los documentos en la casa de Ulysses había funcionado, avisar a Taylor de que todo estaba en marcha, de que iban a atacar el 10 de agosto finalmente.

Entró en el laboratorio para esto último. Taylor Crane estaba, como siempre, en pleno ensimismamiento entre sus probetas, con la cepa del pseudovirus brillando en el centro de la estancia como una joya en un museo.

—Vaya, ¡qué alegría saber eso! —dijo Taylor, cuando le hubo contado las buenas noticias—. Genial, genial. Gracias, agente Snyder. Entonces es seguro que tendremos los linfocitos de Lowe, ¿no?

—Sí, eso es.

—Maravilloso —dijo Taylor, sin un ápice de ironía—. Pero es sorprendente, agente Snyder, lo contenta que la veo con la noticia.

—¿Sorprendente? ¿Por qué? Si con esto conseguiremos su sangre sin hacerle daño a Lowe, ¿no? Y después la dejaremos en paz, como prometió Ulysses Wagner…

Taylor Crane sonrió. Era una de sus sonrisas amplias, húmedas y desagradables.

—Bueno, claro que la dejaremos en paz —dijo, lenta y deliberadamente—. No la molestaremos. Ni a usted tampoco, agente Snyder. Una vez pongamos ambas sangres en la cepa, el pseudovirus atacará el material genético coincidente. Es decir, toda su carne y órganos, salvo el sistema nervioso, que es inmune. Puede estar tranquila: prometemos conservar sus cerebros y sus nervios a buen recaudo.

91

Una pesadilla habitual y compartida entre la gente era intentar correr y que las piernas no respondieran. Que fueran despacio, como si estuvieran sumidas en agua, en arena o tal vez en melaza; en cualquier medio denso, en fin, que no permitiera acelerar cuando acechaba el pánico.

Laura Snyder no estaba soñando.

Estaba muy despierta, quizá demasiado, pero se sentía exactamente así.

Sentada en el jardín que rodeaba el edificio de la sede de la Agencia, había tenido que salir a tomar aire para que la ansiedad no la agarrase de los tobillos y la hundiera en la tierra. En un banco entre arbustos de rosal y césped con rocío sintético, Laura se acercaba la boca al comunicador para hablar en secreto.

—Me estás gastando una broma —decía Johanna, al otro lado de la pantalla—. Es eso, ¿verdad? Porque no es muy graciosa.

—No. —Laura hablaba en un susurro entrecortado, aunque intentaba mantener la calma—. No lo es. Te estoy diciendo la verdad. Me lo ha contado Taylor.

—Tiene que ser una broma. Tiene que serlo. Por favor.

—Hay que pararles —dijo Laura, negando con la cabeza—. No pueden atacar el martes. Tenemos que impedirlo…

—¿Cómo? ¡Si acabamos de convencerles de que es cierto! ¡Tú misma se lo has puesto todo en bandeja! Después de lo de la casa de Ulysses, ya no…

—¡Díselo! Diles que la información es mía. Que yo la coloqué ahí. Así no se la creerán.

—Pero ¿tú sabes lo emocionados que están? Alpha casi se puso a bailar el otro día, cuando trajimos los datos. Dijo que estaba practicando para bailar sobre la tumba de Ulysses. Y mi madre igual, y Elsie, y Terrence…

—Inténtalo. —La palabra salió estrangulada de la boca de Laura —. Tienes que intentarlo.

—¡Yo sola no voy a poder! —dijo Johanna—. Si estuvieras aquí… No. ¡Si nunca te hubieras ido! ¡Eso! Entonces ¡no estaríamos

en este lío!

A Laura le ardía la garganta y le picaban los ojos.

—Lo siento —susurró—. Dios mío, lo siento. Yo nunca… Yo no quería que…

—¿Qué? ¿Qué es lo que no querías? ¿Que la Agencia viniera a por nosotros después de decirles dónde estaba nuestra base? ¿Que nos persiguieran con misiles? ¿Que hicieran lo que fuera para obtener mi sangre? Porque no sé si te has enterado, pero eso es lo que suele hacer la Agencia, por lo general. ¿O es otra cosa lo que no querías? No querías haberme conocido y estar ahora en este plan, ¿es eso? ¿No querías tener que protegerme? ¿No querías besarme y después marcharte sin mirar atrás?

Un goterón grueso de lágrimas le cayó a Laura sobre la pantalla del comunicador, desdibujando la cara de Johanna a una mancha de color marrón oscuro.

—Espera, no, no llores —dijo Johanna, y suspiró—. No, joder, esto tampoco es lo que yo quería. Echándotelo en cara no vamos a arreglar nada…

—Lo siento —susurró Laura, y se limpió la cara con la manga del uniforme—. Ahora entiendo… Ahora entiendo muchas cosas. Entiendo lo que me dijo Milton Roosevelt. ¿Y si se lo dices a él? ¿No podría…?

—Es Alpha la que lleva toda la estrategia, ya lo sabes. Además, últimamente tampoco le hace caso a nada ni a nadie. Solo a su aféresis. Se pasa ahí enganchado a la máquina todo el día.

—Claro… Normal. —Laura se sorbió la nariz—. Ya no hay tiempo. El 10 ya es este mismo martes. Y aquí me vigilan, ¿sabes? No podría escaparme como hice en el lago…

—¿De qué estás hablando?

—De aceptar su trato. De darle mi sangre a Milton Roosevelt.

Los ojos de Johanna, en la pantalla, se abrieron enormes como ventanas.

—¡Sí! ¡Hazlo! —dijo—. ¡Vete por la noche, sin que te vean, y…!

—No puedo —le cortó Laura—. Ya está Ulysses de vuelta con su carcasa nueva, y me quiere todo el rato en su despacho. Y los nuevos capitanes también están al acecho. Hay uno que no deja de seguirme a todas partes, no sé ni cómo he logrado despistarle para hablar contigo ahora… Es mi última opción.

—Pero es una opción —dijo Johanna.

—Sí.

Laura bajó la cabeza y se pasó la mano por los párpados para secarse las últimas lágrimas que se le habían pegado a las pestañas.

—Oye —dijo Johanna, y su voz le sonaba a hogar, a una mano cálida y oscura entrelazada con la suya, a confianza—. Voy a intentarlo, ¿vale? Voy a intentar convencerles una última vez. Aún quedan tres días. Pero tienes que prometerme que tú lo intentarás también. Escapar, o sabotear la sangre que consiga Taylor Crane, o lo que sea. ¿De acuerdo?

Laura asintió. Tragó saliva.

—De acuerdo —murmuró.

—Estamos juntas en esto —dijo Johanna. La miraba a los ojos fijamente, o tal vez más allá—. No dejes que se te olvide. Por favor.

—Estamos juntas en esto —repitió Laura—. No voy a permitir que te pase nada.

—Ni yo a ti.

Y se hizo un silencio. Era de esa clase de silencios que deberían llenarse con un beso, y quizá lo habrían hecho si no hubieran estado separadas por una pantalla.

92

Cuando Laura colgó para que no la descubriese el agente que la seguía, Johanna se quedó mirando el comunicador vacío unos instantes, como si se hubiera quedado quemada en él su mirada verde, más verde que nunca cuando lloraba.

Y, con la misma angustia que ella trepándole por el cuello, lo intentó. Intentó convencer al Ágora de que no estaban haciendo lo correcto.

—Eso es mentira —le espetó Alpha—. Estaba siendo tolerante con el hecho de que tuvieras contacto con un miembro de la Agencia, por si acaso podíamos beneficiarnos de ello, pero está claro que no. Laura Snyder está tratando de hacer que abandonemos el plan a cualquier coste, es obvio; una calumnia tan obvia solo podría nacer de la desesperación.

—¡No! —decía Johanna, apoyándose sobre la mesa del cuarto que Alpha había tomado por despacho—. ¡Te equivocas! Es todo una trampa…

Su madre, con los brazos tan cruzados como el ceño, la interrumpió:

—Pues claro que es una trampa. Y te están usando de cebo, hija, ¿es que no te das cuenta?

—¡Exacto! ¡Es justo eso! —dijo Johanna.

—Quieren utilizarte para que no ataquemos a la Agencia —continuó Deena.

Johanna se llevó las manos a la cara de frustración.

—¡Que no! ¡Es todo lo contrario! Si les atacamos, obtendrán mi sangre y la usarán, ¡eso es lo que quieren!

—¿Cómo van a usar tu sangre, si están muertos? —dijo Alpha—. Si nos aseguramos de matarlos a todos, no habrá nada que temer. Es un plan infalible.

Una imagen fugaz de decenas de agentes tirados en el túnel, bajo una fina lluvia roja, se le cruzó a Johanna por la cabeza por una fracción de segundo, y apretó fuerte los ojos para alejarla.

—¡No tenemos por qué matar a nadie! Veréis, voy a conseguir que Laura vuelva y nos dé sus linfocitos…

—¿Y eso te lo ha dicho ella? —dijo Deena—. ¿Fue el otro día, en casa de Ulysses Wagner, cuando te lo contó? Sé que no fuiste al baño, hija, no soy tonta. Fuiste a hablar con Laura Snyder y ella te contó mentiras. ¿O te pidió que nos mintieras? En cualquier caso, me siento responsable; no debería haber permitido que mantuvieras contacto con esa traidora.

—Estoy de acuerdo —dijo Alpha, asintiendo—. Ha sido un gravísimo error, pero ya no por su parte, sino por toda el Ágora. De hecho, vamos a enmendarlo ahora mismo. No voy a dejar que Snyder nos arruine esta oportunidad de acabar, de una vez por todas, con Wagner y con todos sus secuaces.

—¡No! ¡Ese es su plan! —Johanna miraba a ambas mujeres alternativamente—. ¡Estáis haciendo justo lo que quieren! Mamá, por favor, confía en mí. ¡Te estoy diciendo la verdad!

Deena suspiró hondo.

—Johanna, hija, yo te entiendo. Entiendo que crees estar haciendo lo correcto, pero no es así. Estás cegada porque eres joven y te gusta esa chica, y porque no quieres que muera nadie más. Algún día lo comprenderás, estoy segura, pero ahora tienes que hacernos caso. Es por el bien de todos.

—Bien dicho, muy bien dicho. —Alpha tocó la pantalla de su brazo y habló a través de él—: ¿Sabrina? Necesitamos que nos eches una mano. Es para la extracción de un comunicador. Puedes hacerlo, ¿no?

—¡Claro! —dijo la voz de Sabrina desde el aparato—. ¡Ahora mismo subo! Qué pasa, ¿está fallando?

—Algo así. Pero no hace falta que traigas otro de repuesto.

—¡¿Qué?! —Johanna se soltó del abrazo de su madre y reculó—. ¿Qué estáis diciendo?

—No podemos fiarnos de que vuelvas a contactar con Laura Snyder —dijo Alpha—. Lo más seguro es quitarte el comunicador y ahorrarnos problemas.

Ante la anuencia de su propia madre, sujeta por las manos protésicas de Alpha, Sabrina le extirpó el comunicador a Johanna, dejándole en el antebrazo una huella de carne hundida de color rosado intenso. Destruyó el aparato, por si acaso, y sus quejas no detuvieron el proceso en ningún momento; Sabrina pidió perdón al hacerlo, pero obedeció a la fundadora del Ágora.

Y Johanna, aquella noche, acariciándose la piel sensible donde ya no había pantalla, se dio cuenta de algo que Laura parecía haber entendido hacía ya mucho tiempo: no había bandos. No había malos y buenos.

Había personas que intentaban hacer lo correcto y que, la mayor parte del tiempo, lo hacían mal. Había personas que querían tener razón a toda costa. Y también había personas que buscaban su felicidad por encima del resto, y estaban en todas partes. Y Johanna no podía sentirse moralmente superior a Laura.

Lo único que podía hacer era intentar salvarse. Salvarlas a ambas.

A la mañana siguiente, a dos días del 10 de agosto, Johanna siguió tratando de convencer al Ágora. Su brazo vacío le recordaba lo sola que estaba, como si no le hubieran quitado un comunicador, sino un sentido entero, o varios: un ojo que veía a distancia, y un oído y una boca para hablar con alguien que la entendía.

Intentó que Omega entrase en razón, pero solo obtuvo un silencio enfrascado en la aféresis; los rizos de sal y pimienta le habían vuelto a crecer en el último mes sin afeitarse el cráneo. Elsie se negó a creerla; ya que no podía acabar con su padre, lo más cercano era destruir a su amigo, Ulysses Wagner. Leo, tímido, solo se dejaba llevar por los acontecimientos, sin plantearse siquiera frenarlos. Halley no le hacía caso. Terrence, tan paranoico como siempre, tampoco. Ni Sabrina. Ni Miranda. Nadie.

Blade se la encontró sentada en la escalera de incendios que rodeaba el rascacielos, mirando el sol esconderse entre las ruinas del edificio, en el mismo lugar donde había muerto Chloé.

—Omega te está buscando —dijo la IA, en aquel tono monocorde y plano—. Es hora de la aféresis.

—Ahora voy.

Johanna no giró la cabeza para contestar, ni Blade se movió del sitio.

Había alguien a quien no había intentado aún convencer. Alguien que se había recluido en el taller de Sabrina desde su accidente. Alguien a quien, a su pesar y muy en el fondo, quizá no consideraba del todo «alguien», sino «algo». Una herramienta. Un arma.

Como ella misma.

—Blade, ¿tú qué harías? —dijo Johanna, de pronto, sin atreverse a mirarle a la cara—. Tú no eres humano, y a lo mejor el problema es ese. Que todos somos humanos, y tercos, y desconfiados. Pero tú no piensas como nosotros. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Tras unos instantes en los que Johanna tuvo que forzarse a no imaginar literalmente engranajes girando en el cerebro de Blade, la IA contestó:

—Yo no soy un ser humano —dijo, y en su voz no había ni tristeza ni alegría al decirlo—, pero me construyeron seres humanos. Me diseñaron. Crearon mis procesadores, mi mente, mi cuerpo, a su imagen y semejanza. Eso también incluye sus defectos. Pusieron en mí, en mayor o menor medida, los mismos sesgos que tenían ellos: sus miedos, sus rencores, sus ilusiones. Así que no puedo decirte lo que debes hacer, pero sí puedo darte un consejo.

—¿Cuál? —dijo Johanna, y se giró a mirar a Blade. Le brillaban los ojos. No eran lágrimas, por supuesto, sino los reflejos del sol en las cámaras sintéticas.

—Si algo es importante para ti, lucha por ello. Lucha con todas tus fuerzas. Y esto no me lo enseñaron los humanos que me crearon —dijo, negando con la cabeza en giros perfectos de cuarenta y cinco grados—. Me lo enseñó Sabrina Serrano, una ingeniera que rescató a una IA autoconductora y logró convencerla de que no siguiera el mismo camino que sus hermanas.

Luchar.

Luchar con todas sus fuerzas.

Johanna habló con Alpha y Omega aquella misma noche.

—Teníais razón, lo reconozco —dijo—, hay que atacar a la Agencia. De hecho, voy a ir a la batalla. Dadme un arma. Quiero ser yo quien dispare una pistola de mi sangre.

93

No le había bloqueado la comunicación. No; simplemente, el nombre de Johanna había desaparecido de su lista de contactos. Como si nunca hubiera existido y se la hubiera imaginado todo aquel tiempo.

Sin Johanna, Laura no sabía qué hacer. No sabía cómo huir de aquel futuro que se les aproximaba como un avión a punto de estrellarse en tierra.

Pero tenía que hacer *algo*. Rodeada de ojos vigilantes a cada paso, en la Agencia solo confiaba en una persona: Philippa Nielsen.

Una persona que empezaba a estar ligeramente harta.

—Ya te presté ayuda para convencer a los terroristas —decía Nielsen, andando en círculos en su propio despacho—. Llevamos a cabo un plan absurdo, con unas prisas inadmisibles, y que estuvo a punto de fracasar. ¡Y consistió en allanar la morada del director Wagner, nada menos! Tuvimos a los terroristas tan cerca… y no atraparles fue necesario para cumplir el objetivo. Y a mí esa frustración me sienta muy mal, ¿entiendes? No sé qué más vienes a pedirme, pero espero por tu bien que sea sensato.

—Es Taylor —soltó Laura, deprisa, antes de que le diera tiempo a arrepentirse—. ¿Recuerdas lo que quiere hacer con mi sangre y la de Johanna para frenar la Decadencia? Pues pasa por convertirnos a ella y a mí en cerebros sin carne.

Philippa parpadeó.

—¿Qué?

—Lo que oyes. El pseudovirus atacará los genes de Johanna y los míos. Se nos comerá la carne. Y, como somos inmunes, nuestro sistema nervioso se seguirá regenerando una y otra vez.

—Pero… Pero eso no puede ser. —Philippa Nielsen se dejó caer sobre su silla y se llevó las manos a la cara—. ¿Qué estoy diciendo? Pues claro que puede ser. Se trata de Crane, al fin y al cabo. La misma persona que quiso usarte de cebo para una bomba.

—Exacto. —A Laura le temblaban las manos, y las apretó en puños para esconderlo—. No quiero acabar así. No quiero ser un cerebro en una caja para toda la eternidad. Yo no sé cómo es la

muerte, pero seguro que es mejor que eso.

—La muerte es la ausencia de todo —repuso Nielsen—. No deberías…

—¡También es la ausencia de dolor! —la cortó Laura—. Lo que deberíamos es poder morirnos si quisiéramos. Si me pasara eso, querría morirme. Y seguro que toda la gente que está en Decadencia y son cerebros mutilados quieren morirse también.

Acababa de defender la misma mortalidad primitiva contra la que luchaba la Agencia. La misma a la que el Ágora buscaba regresar.

¿Qué estaba haciendo?

¿Qué es lo que había hecho?

¿Por qué no había sido capaz de verlo hasta que le había afectado a ella en sus propias carnes, y no a personas sin nombre y sin rostro que existían a su alrededor?

—Tenemos que pensar —dijo Nielsen, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo detener esto? Evitar que ataquen, tal vez…

—No —dijo Laura—. Eso va a ser imposible. Estaba en contacto con Johanna, y ella iba a intentar frenarles, pero han cortado la comunicación, no sé cómo…

—¿Que estabas en contacto con esa terrorista? —dijo Philippa Nielsen—. ¡Eso es absolutamente…!

—¡Esa no es la cuestión! La cuestión es que hay que detenerlo desde aquí. ¿Y si se lo revelásemos al mundo entero? Podríamos llamar a Carina Call, como el otro día, cuando se fue Ulysses a Finlandia, y que retransmitiera la verdad. Que toda la gente sepa que este plan tendrá un coste terrible, y así se pongan en contra de Taylor…

—Y también en contra de la Agencia entera, y del propio Ulysses Wagner —dijo Philippa—. Cosa que es imposible. Eres muy inocente, Laura, si de verdad piensas que van a creerte a ti y no al hombre más poderoso del mundo. Es tu palabra frente a la suya. Y la suya vale más que la última gota de petróleo que hay en la Tierra. ¿Cuántas veces se ha creído la palabra de una mujer contra la de un hombre rico?

—Lo sé, pero…

—Pero nada. Además, ya tiene de por sí todo el apoyo del público, incluido el del propio presidente Gillenwater. Piensa en todas las muertes que han causado los terroristas. La nación entera cuenta con la Agencia para defenderla de ellos. Nadie se quejará por unos daños colaterales, si con eso logran vencerles de una vez

por todas.

—¡No somos daños colaterales! Somos personas. ¡Y ni siquiera saben lo que va a ocurrirnos! A mí el público también me quiere, salí por televisión la semana pasada durante los funerales…

—Te quiere porque eres un símbolo, Laura. Y seguirás siéndolo si te ocurre esto, aún más, como mártir por la causa. ¿No te das cuenta?

—Entonces… ¿todo esto entra dentro del plan de Ulysses Wagner? ¿Es parte de su discurso y de su objetivo que acabemos peor que muertas?

—No lo sé. —Philippa suspiró—. No me extrañaría, pero no lo sé. Existe una posibilidad, claro; tal vez, si no lo sabe, podríamos pedirle ayuda directamente a él. Rogarle que cese a Taylor. Este es solo un ejemplo más de su falta de ética…

—¿Al propio Ulysses? ¿Querrá ayudarnos?

—Bueno, tú le importas, eso está claro —dijo Philippa—. Fíjate que consiguió traerte de vuelta de manos de los terroristas.

Laura no pudo evitar que la boca se le entreabriese, incrédula.

—¿Qué estás diciendo? ¿De los terroristas? Pero si vine yo sola.

—Pero porque Ulysses Wagner te incitó a hacerlo, ¿no?

A Laura se le escapó una risa nerviosa al oír aquello.

—Eso es mentira —dijo—. Ulysses no tuvo nada, absolutamente nada que ver con que yo volviese. Y si te ha dicho lo contrario, y es lo que me parece viéndote la cara de sorpresa… Bueno, pues entonces tendrás que cuestionarte en qué más cosas te ha mentido Ulysses Wagner.

94

Si una persona quisiera parar por sí sola la rotación de la Tierra, sería hasta cómico verla agarrada al suelo, con las uñas clavadas en el barro, tratando de frenar una esfera de casi seis mil trillones de toneladas de peso.

Así se sentía Johanna Lowe, pretendiendo que los adultos a su alrededor hicieran caso a sus palabras y abandonasen el plan que sabía que llevaba al desastre. Como un ser diminuto intentando sujetar algo a una escala inmensa, imposible.

Iban a atacar a la Agencia aquella noche. La noche de luna llena del 10 de agosto. Y Johanna, que no podía pararlos, se había unido al batallón para evitarlo desde dentro. Por cualquier medio posible.

La bomba de sangre era una esfera de cristal del tamaño de la rueda de un camión, surcada de engranajes transparentes por los que circulaba el líquido vital. La habían sacado rodando del laboratorio de Omega, y todo el trayecto hasta el furgón blindado que conducía Blade estuvo custodiada a ambos lados por turnos que iban rotando.

Alpha no olvidaba cuánto había intentado Johanna convencerles de no atacar, y bien que hacía. Porque Johanna estaba esperando cualquier ocasión, por mínima que fuera, en la que la bomba se quedase sola para hacer algo.

Pero ¿el qué?

Subidos todos al blindado que les conducía por los túneles hasta el punto donde atacarían a la Agencia, Johanna observaba la esfera y el fluir denso de la sangre en su interior. Al sentarse en el asiento junto a su madre, el cilindro frío de la pistola de sangre que había en su cartuchera se le hincó en el hueso de la pelvis.

¿Cuánta diferencia había entre que la sangre que había dentro fuese suya y apretar ella misma el gatillo?

—Repasemos una última vez el plan —decía Alpha, y Johanna prestaba atención a medias, al brillo de su mandíbula más que a su voz—. Esta noche estará toda la Agencia en el patio exterior de su sede, llevando a cabo la ceremonia de incorporación a cargo de los nuevos agentes. Irán con uniforme de gala y con armas de fogueo

para hacer salvas, con lo que no podrán contraatacar. Y estarán distraídos, tal vez borrachos, celebrando el acto. Estos son los gráficos que indican sus formaciones —dijo, mostrando uno de los documentos, en el que se veían siluetas agrupadas en hileras a lo largo de los setos del jardín—. Entraremos por aquí y por aquí para converger en el centro, donde estará el estrado de Ulysses Wagner, y haremos estallar la bomba de sangre.

—¿Quién la va a detonar? —preguntó Johanna. La boca le sabía pastosa.

—Elsie, que es la más rápida de nosotros —dijo Alpha—. El detonador está incrustado en la bomba. Es ese tubo de cristal; al pulsarlo, el mecanismo se pone en marcha y se dispara al cabo de treinta segundos. Suficientes para salir del radio de acción.

Johanna asintió como sus compañeros, por inercia, mientras intentaba contar el número de agentes que morirían en aquel diagrama. Quince filas de diez agentes, dispuestas en forma de radio, y Ulysses en el medio.

Como si le hubieran limado el trocito del cerebro donde se aloja la emoción, Johanna solo era capaz de sentir un miedo húmedo que le estrangulaba el cuello como una serpiente boa.

Fue entonces, cuando bajaron del vehículo a una distancia bastante para salir de los túneles y acercarse a la sede por entre los callejones, cuando vio una oportunidad.

Johanna iba la última del grupo, que andaba pegado a la pared ocultando su presencia. Delante de ella estaba Leo, empujando la bomba de sangre. Le caían gotas por la frente, concentrado en su tarea, mientras sus compañeros vigilaban que nadie se interpusiera en el camino por delante.

Podría hacerlo, pensó.

La pistola pesaba contra su cadera.

Podría sacarla, ponérsela contra el cuello y no se daría cuenta. Podría apretar el gatillo. Podría matarle y arrancarle el detonador a la bomba antes de que se enterasen.

Posó la mano sobre la cartuchera, pero no se le movía. Los dedos no le respondían. No querían agarrar la culata del arma; eran babosas gordas y bañadas en sudor que se negaban a actuar.

La sangre a su alrededor, en un recuerdo de Anna Magpie muriendo ante sus ojos. Una arcada. Otra, más difícil de contener, con la lluvia roja en el lago. Otra más, Chloé en brazos de Miranda. Y Leo delante de ella, haciendo rodar la bomba por la calle empedrada, con la luna llena iluminándole la piel blanca casi como si fuera de día —un día pálido, lechoso, un monocromo de película

de seis siglos atrás—, y ella no podía dispararle.

Qué ingenua había sido. Qué ingenua era. Pensar que habría sido capaz de usar la pistola de sangre. Pensar que no era distinto ser un arma a ser una asesina. Ser un arma era ser usada, sin agencia ni culpa, y lo entendía ahora que temía ser lo contrario.

Y, aunque Johanna no consiguió frenar la rotación del mundo esa noche, ni tampoco la de aquella bomba de cristal que rodaba por las calles de Chicago, una cosa sí logró. Logró arrancarse esa culpa que llevaba a cuestas desde que su padre le dejó escrito que ella era un arma; hasta entonces no había entendido que serlo era un perdón y no una condena.

Los jardines de la sede de la Agencia, ornados de banderolas y guirnaldas blancas, surgieron al doblar la esquina; el confeti caía como nieve a la luz de la luna. Lo iban a pintar de rojo. La música de trompetas se le colaba en los oídos y en el corazón.

¿Estaría allí Laura?

95

Ya venían.

Sabían exactamente cuándo y cómo. Y ya venían.

La celebración, la pantomima macabra que estaban llevando a cabo, era un baile de movimientos torpes pero calculados, conocedores de que a la medianoche exacta se arrojarían sobre ellos los terroristas.

Eso no era lo terrible. Lo terrible era que tenían que dejarles hacer. Los agentes tenían que cumplir su papel hasta el final, permitir que les lloviera encima la sangre mortal y confiar en que la barrera de Taylor Crane cumpliría su función.

Desde su puesto en el escuadrón, engalanada, con la corbata de su uniforme bien apretada en el cuello, Laura Snyder escudriñaba más allá de los focos del jardín.

Ella era la única que no moriría si la sangre de la bomba la bañaba. Pero también era la única que, si el parapeto fallaba, viviría para recordar a cientos de agentes caer a su alrededor como hileras de brotes tiernos a los que hubieran quitado el testigo.

Envidiaba a Ulysses, pensó, mirando su silueta sobresalir en el estrado circular, perfectamente situada para que el Ágora entrase por el laberinto de setos y la hiciera su objetivo principal. Intentó respirar hondo, calmarse, y fijarse en cómo podía robar la barrera cuando ya hubiera estallado y la sangre estuviera dentro a buen recaudo, antes de que Taylor Crane se la llevase de vuelta al laboratorio.

Aun con la ayuda de Nielsen, prometía ser difícil.

Y se le acababa el tiempo.

El reloj en la pantalla braquial de su jefe de escuadrón, el capitán Finley, brillaba marcando las doce menos cinco.

El capitán debió darse cuenta de que le miraba, y se volvió hacia ella; para evitar cruzar los ojos, a Laura se le fue la vista a su uniforme de gala. Le quedaba muy mal, ablusado y tirante a la vez, como si no le cupiera la barriga —y solo la barriga— dentro de la guerrera. Por el cuello de la camisa le asomaba una cadenita dorada de la que pendía un colgante en forma de «T». Finley había insistido

en encabezar su escuadrón, por algún motivo, y parecía particularmente pendiente de ella.

Una trompeta trinó más fuerte que las demás.

La señal.

Todas las espaldas rectas. Todos los fusiles listos para escupir las salvas. Todas las nucas mojadas de sudor en la noche sofocante del 10 de agosto.

Fingieron no advertirlo, pero las sombras que se escurrían entre los setos de boj eran humanas. Los pasos se oían, suaves sobre la hierba que empezaba a secarse, por debajo del tronar de la banda. El confeti decoraba los hombros y la cabeza de la silueta de Ulysses Wagner como una caspa ridícula.

—Aguantad —susurró el capitán Finley a Laura y al resto de su escuadrón, con dulzura—. Aguantad firmes.

La culata del rifle le mordía las manos. Las caras de los demás agentes eran jóvenes, deslavazadas; la mayoría eran reclutas nuevos de después de la masacre. Solo en unos pocos rostros se leía, en las arrugas nerviosas y los rictus de ansiedad, el recuerdo de la muerte.

—Ya vienen —dijo un chaval pecoso, mucho más bajito que ella, que estaba detrás en la fila. Su voz parecía un silbato desafinado.

Laura le chistó, llevándose la mano libre a los labios. Le temblaba.

La braquial de Finley contaba los segundos hacia atrás; se escurrían, húmedos, como las gotas de sudor que le mojaban la camisa. Sus propias zancadas al ritmo del tambor y las cornetas eran más blandas de lo debido, con las rodillas de gelatina y no de hueso. Ignoraron el roce de cuerpos desconocidos contra los arbustos, el arrastre en la turba de lo que debía ser la bomba, la acidez en la boca de sus estómagos al acercarse el momento.

Las doce menos tres minutos. Menos dos. Menos uno.

Algunos de los agentes cerraron los ojos.

Laura no.

Laura se irguió cuan larga era, levantando la barbilla y los brazos en cruz, para intentar resguardar a sus compañeros tras ella si el parapeto no funcionaba.

—Capitán, póngase detrás de mí —le dijo a Finley, deprisa—, que yo soy…

No llegó a acabar la frase.

A treinta segundos de la medianoche, el capitán Finley rotó sobre sí mismo y agarró a Laura del torso con manos duras, huesudas, que se le hincaron debajo de las costillas cuando la arrojó fuera del radio de acción de la barrera, de bruces contra el césped a

los pies del estrado.

—¡Muere! —chilló Finley, y había sacado la cadena de su cuello y la sostenía entre sus dedos—. ¡Tu inmunidad es un estigma del Maligno! ¡El Altísimo exige tu sacrificio! ¡Sobre ti ha dado orden Yahvé: no habrá más descendencia de tu nombre! De la casa de tus dioses extirparé imágenes esculpidas y fundidas; prepararé tu tumba, porque eres despreciable.

Laura alzó la cabeza desde el suelo y se encontró con dos ojos enormes, azules y conocidos; eran los ojos de Elsie, que acababa de apretar el detonador de una inmensa bomba esférica y que huyó entre los setos como un animalillo nada más verla.

La silueta de Ulysses Wagner en el estrado se estremeció, derramando el confeti de sus hombros. El cuerpo sintético vacío escupió al aire la barrera, una película gruesa, translúcida, que se extendió por encima de las filas de agentes dispuestas a su alrededor.

No cubrió a Laura.

La esfera de vidrio y sangre estalló en un chaparrón rojo, untuoso.

Laura se tapó la cara y los ojos, notando el líquido hincársele en la carne, como esas lluvias frías que caían en horizontal con el viento. Sabía que no iba a matarla, pero no pudo evitar aovillarse sobre sí misma. No quería mirar. ¿Habría funcionado la barrera? ¿Estarían todos a salvo?

Y, sobre todo, ¿qué cojones acababa de pasar con el capitán Finley, y por qué no le estaban arrestando sus compañeros?

La respuesta era el miedo.

Los agentes también se escondían contra sus manos, arrugando los uniformes de gala en el hueco de sus codos, desdibujando las filas para abrazarse unos a otros en la antesala de la muerte.

Empapada en barro y sangre y briznas pegajosas de hierba, Laura vio cómo Finley se percataba de que aún estaba viva; sus ojos desenfocados la encontraban y se agarraba el colgante en forma de «T» con más fuerza, y soltaba el rifle para desabotonarse la guerrera con la otra mano.

Una voz, entonces, le arrancó la mirada del capitán trastornado.

Una voz que le calmaba el terror y le acariciaba el alma igual que lo hacían sus manos oscuras y de dedos suaves.

—¡Laura!

Ella.

—¡Johanna! —gritó de vuelta, sin poder contenerse, y la voz le sonó a lágrimas secas y a sangre mojada—. ¡Johanna!

Entre el boj y los cipreses apareció una figura alta, espigada, que corría hacia ella sorteando los gritos de desazón de unos y otros enemigos.

Tras la barrera, sus compañeros debieron ver cómo Laura se levantaba de los charcos de barro encarnado que habían nacido en el césped, cómo se tropezaba sobre sus propias piernas para ir al encuentro de Johanna, y cómo —cuando Finley se abrió la chaqueta e hizo explotar los cartuchos de dinamita atados a su vientre— la tierra tembló y se partió y el fuego los engulló a todos.

96

Cuando Johanna vio a Laura, se le antojó un ser fantástico. Sus ojos relucían tras el barro y la sangre; los galones y los botones dorados del uniforme de gala sobresalían entre el color rojo; la buscaba, la miraba, era una sirena de pelo corto y labios entreabiertos que corría hacia ella. No parecía real.

Nada de lo que las rodeaba lo parecía.

Nada, ahora que la bomba había estallado y su destino estaba perdido, tenía ya importancia.

Nada, salvo que el suelo dejó de estar horizontal en aquel instante y trepó al cielo.

La medianoche ardió y el aire se hizo cenizas. Llovió sangre una vez más, pero esta vez acompañada de espumarajos quemados de víscera y hueso rosa. La explosión le cegó a Johanna los oídos y le enmudeció los ojos. El polvo de la tierra voló y se la tragó; cuando quiso darse cuenta, Johanna estaba dando con su espalda en un agujero abierto en el jardín, un agujero profundo y desigual, como si un dios le hubiera dado un bocado al mundo.

Tosió, dolorida, e intentó ubicarse.

La luna vigilaba desde muy arriba, desde el único resquicio de aquel derrumbamiento por el que asomaban las estrellas. Se palpó el cuerpo. No parecía herida, solo magullada; había estado lo bastante lejos del estallido para no recibir más que el impacto del golpe.

Olía a turba removida, a pólvora y a carne a la brasa. Los gritos de espanto y rabia se colaban por el agujero. Se llevó instintivamente la mano al antebrazo izquierdo para encender la pantalla del comunicador e iluminar su entorno, pero solo encontró la piel sensible de la cicatriz.

—¿Hola? —llamó en la oscuridad, y la voz le rozó contra la garganta como una lija chamuscada—. ¿Hay alguien?

Había alguien, pero no allí abajo; había alguien arriba, sobre lo que quedaba del patio y de los setos decorados de guirnaldas, luchando contra otro alguien, chillando, sufriendo, sin pararse a escucharla al otro lado de las plantas de sus pies. Reconocía algunos

gritos, el sonido de disparos de electrolas y de pistolas de sangre, el júbilo y el dolor entreverados en algo que su imaginación no podía hacer peor de lo que ya era.

Tosió otra vez cuando intentó alcanzar el hueco por el que se veía el cielo y, sin lograrlo, se le vino encima una polvareda negra.

Entonces lo oyó.

Creyó que aquella tos lejana era un eco, al fondo de la cueva que la dinamita había improvisado en el jardín de la Agencia.

Pero se repitió y se le sumó un quejido. El estómago le saltó hasta el paladar al oír esa voz.

—¿Laura? —dijo—. ¿Estás ahí?

Laura había estado más cerca de la explosión; su silueta se había recortado contra la nube naranja que se comía el suelo. Palmoteó en la oscuridad para intentar encontrarla.

Otro gemido, esta vez más cerca, fue su respuesta.

—¿Laura? —volvió a llamar—. ¡Laura!

—Jo… —dijo la voz, y se cortó a medias con más toses.

La encontró siguiéndola. Estaba tumbada sobre la pared de tierra, con la luna cayéndole sobre el pecho, haciendo brillar la humedad que se le había pegado al cuerpo.

—Laura —susurró Johanna, agachándose a su lado—. Dios mío… ¿Estás bien?

Laura asintió e intentó hablar una vez más, pero se le llenaba la boca de tos. Tenía la garganta quemada. Y su carne, envuelta de hollín y sangre, no permitía distinguir si estaba herida.

Pero se incorporó, de rodillas sobre el barro, y, pese a la suciedad y el horror que la cubría —las cubría a ambas, en realidad —, sus ojos eran los suyos, y sus labios, y sus manos delgadas, y seguían siendo iguales a su tacto. Su piel evocaba el roce, y no había cambiado; el recuerdo de besarla y el besarla de nuevo fueron una sola cosa.

Los gritos se apagaron. La pólvora se esfumó. El miedo y la muerte y las bombas se escondieron, por un instante, y solo estuvieron ambas frente a frente, en aquellos besos que sabían a hierro y a sal y a «lo siento» y a la desesperación de que aquella podía ser la última vez que fueran algo más que cerebros desnudos en una caja.

Y aunque Laura no pudiera hablar, le dijo todo lo que no había podido a través de la pantalla; se lo dijo con las manos, con los labios, con las lágrimas que le limpiaban surcos en las mejillas, y Johanna lo entendió como si se lo escribiese a caricias en la carne de gallina al calor del 10 de agosto.

97

Todo lo bueno acababa algún día, decía el saber popular. Pero no lo malo. No en un mundo en el que la eternidad transcurría siendo torturado por tu propio cuerpo, encerrado entre las rejas de un cerebro que se regeneraba más rápido de lo que se podía dañar.

Todo lo bueno acababa, y aquel momento de paz entre sangre y tierra hundida no era la excepción a la regla.

Las encontraron gritando, a la una y veintiséis minutos de la madrugada, por el boquete a través del que la luna se asomaba. No alcanzaban a treparlo, ni siquiera una subida a hombros de la otra, así que habían pedido ayuda por el comunicador de Laura. Habían contactado a la única persona que no la tenía bloqueada en toda el Ágora.

A Milton Roosevelt. A Omega.

—Ha habido un desprendimiento de tierra en el jardín de la Agencia y estamos aquí atrapadas —le había dicho Johanna, porque Laura aún estaba intentando recuperar la voz—. No podemos salir.

Y Omega les había prometido que pediría ayuda, no sin antes confirmar que estaba Laura con ella.

Cuando la luz amarilla de la linterna entró por el hueco de la cueva y después lo hicieron los gritos de los miembros del Ágora, Johanna soltó un suspiro de alivio, pero Laura no. Laura se tensó, con los hombros rectos, y así tiznada y dispuesta parecía una pantera defendiendo su guarida.

—¡Eh! —chilló Elsie desde fuera—. ¡Ahí está!

—¡Elsie! ¡Hola! —dijo Johanna, acercándose a la abertura—. ¡Sacadnos de aquí!

—¡Hija, menos mal! —dijo Deena, apareciendo su cara recortada contra la luna—. ¡Qué susto nos has dado a todos!

Dejaron caer una escalerilla de cuerda que a todas luces habían confeccionado deprisa y corriendo; por ella bajaron Deena y Leo para ayudarlas a subir. Sus rostros cambiaron al fijarse en Laura; al principio era evidente que no la reconocían, que pensaban que era una agente más, uniformada y sucia. Habría sido gracioso, incluso, cómo se le abrieron a su madre los ojos de sorpresa al distinguirla,

si no hubiera sido porque su reacción inmediata fue atacarla.

—¡Conque está aquí la traidora! —escupió Deena—. Eso no me lo había dicho Omega. ¡Se va a enterar de lo que…!

—¡Espera, mamá, no! —dijo Johanna, interponiéndose entre ambas—. No es una traidora. Bueno, a ver, técnicamente sí, pero eso no…

—¡Johanna! ¡Hija! ¿Estás tonta?

—A ver, a ver —dijo Halley, desde arriba—. Primero que suban, y luego ya vemos qué hacemos.

Al salir del agujero, la estampa que iluminaban los focos del jardín era gris de ceniza y parda de tierra revuelta, toda regada de rojo y de cuerpos tendidos —¿inconscientes?, ¿muertos?— entre guirnaldas que ardían y cepellones de ciprés asomando al aire.

Algo faltaba, se fijó Johanna, conteniendo la respiración.

Algo que debería estar pero no estaba.

—La barrera. —Laura tosió, con la voz muy ronca—. Se la han…

—¡Bueno! —dijo Alpha, sonriendo con sorna; las arrugas de su boca se le plegaban contra la mandíbula de metal—. Parece que hemos encontrado un pajarito perdido. Un pajarito perdido que además es un sucio traidor. Que alguien la ate y la suba al vehículo.

Terrence y Deena se adelantaron, cuerda en una mano y electrola en la otra, mientras Laura intentaba decir algo que quedaba reducido a una carraspera nerviosa.

—¡Os he dicho que esperéis! —saltó Johanna—. ¡Nada de esto es necesario! ¡Escuchadla, por favor! Es importante.

—No tenemos por qué escuchar a alguien que está de parte de la Agencia —dijo Terrence, apuntando a los agentes caídos a su alrededor—. A esos no les escuchamos antes de darles un calambrazo.

—No estoy… —dijo Laura, empujando su voz a través de las toses—. No estoy de parte de la Agencia.

—¿Ah, no? —Deena la miraba con una mueca de asco—. ¿Y ese uniforme lo llevas de casualidad?

—Ni de la vuestra tampoco —continuó Laura, a duras penas—. Estoy de parte de Johanna. Si no hacemos algo… —Otro arranque de tos la interrumpió—. Si no hacemos algo, Taylor Crane va a convertirla en un cerebro sin carne.

—Y a ella también —dijo Johanna, cogiéndola de la mano—. No solo a mí. ¡Vamos a acabar así!

Señaló hacia lo que había sido el cuerpo del capitán Finley, ahora un amasijo rosa y blanco chamuscado.

—Tengo que ir al laboratorio de Omega… —Laura tosió—.

Cuanto antes. Por favor, después, si queréis, podéis… hacer lo que sea conmigo, pero ahora…

En aquel momento, Johanna vio cómo Elsie hacía gestos a Leo para que se agachase y le susurraba algo al oído; tras mirarse un momento, ambos salieron corriendo hacia la oscuridad, desapareciendo de su vista, sin que nadie más se fijase. Todos los ojos estaban vueltos hacia la traidora.

—Pero ¿eso no era una excusa que le habías dicho para que no os atacásemos hoy? —dijo Halley, rascándose la cabeza—. Creía que…

—¡No! —dijo Johanna—. ¡Intenté decíroslo, pero no me escuchó nadie! ¿No habéis visto que estaba todo preparado? ¿La barrera que saltó para absorber la bomba de sangre?

—Es verdad —dijo Jerome, asintiendo con suavidad—. Había una especie de barrera, una cosa esponjosa que flotaba por el aire. Aunque después fue todo muy confuso, con ese loco inmolándose en medio del jardín, y no recuerdo qué pasó.

—Creo que se la llevaron en medio de todo el lío —dijo Terrence—. Vi a alguien recogiéndola y marchándose. No sé adónde. Yo estaba pendiente de derribar agentes.

—¡Claro que lo estabas! —Johanna, exasperada, se llevó las manos a la cara—. ¡Como que era una distracción para conseguir mi sangre!

—Así que… por eso ha sido todo tan fácil —dijo Deena, y parpadeó, entendiendo de pronto—. Por eso han dejado atrás a los agentes y se han marchado a la sede.

—¡Pues claro! ¡Si me hubieras escuchado! ¡Es lo que llevo diciendo todo el rato!

—Veamos. —Alpha habló por encima de ella—. ¿Estás diciendo que ahora la Agencia posee tu sangre, y que con ella van a…?

—¡Sí! ¡Justo eso! Van a meterla en la cepa del pseudovirus que le robaron a Omega, y también la de Laura, porque Taylor cree que así se puede detener la Decadencia. No sé si lo logrará, pero si lo hace, ¡nos destrozará a las dos!

—Entonces hay que detener inmediatamente a Taylor Crane —dijo Deena.

—¡Sí! ¡Gracias! ¡Eso es lo que estamos diciendo, mamá!

—Primero… —Laura intervino, tosiendo de nuevo—. Primero hay que ir a ver a Omega. Rápido. Deberíamos estar ya en camino…

—¡No! ¡Crane es la prioridad! —Deena echaba ascuas por los ojos y la boca. No iban a hacer daño a su hija—. Si lo consigue antes de que…

La interrumpió el sonido de unos pasos sobre la hierba y la ceniza crujiente. Eran pasos apresurados que se dirigían hacia ellos; los pasos de una mujer uniformada que llegó hasta donde estaban reunidos, alzó las manos para mostrar que no llevaba armas, y habló ante el grupo atónito:

—La agente Snyder tiene razón —dijo Philippa Nielsen—. Todo lo que ha dicho es cierto. Y ahora les ruego que se la lleven de vuelta a su base de inmediato, y les pido su colaboración para detener a Taylor Crane.

Tras un silencio confuso, Alpha dijo:

—¿Es esto una rendición, señora Nielsen? ¿Está entregándose a nosotros como subdirectora de la Agencia de Protección Genética?

—No. —Nielsen irradiaba tanta autoridad como ella—. Tómenlo como una tregua con el Ágora, si quieren. Pero no hablo en nombre de la Agencia. Hablo solo por mí misma. Les ofrezco mi ayuda para luchar contra Crane… y eso significa, también, luchar contra el propio Ulysses Wagner.

En aquel *impasse* perplejo estaban cuando, chirriando y levantando pedazos de césped y turba a su paso, el vehículo blindado del Ágora irrumpió en medio del jardín, aparcando con un derrape colosal entre dos cipreses quebrados.

—¡Laura, Jo! —gritó Elsie desde la cabina de conducción—. ¡Subid!

Leo se asomó por la portezuela abierta y les tendió la mano para ayudarlas a trepar al aparato.

—¡Rápido, no hay tiempo que perder! —dijo Leo—. ¡Vamos al laboratorio!

Philippa Nielsen asintió.

Deena Lowe también.

Y Laura y Johanna corrieron hasta el vehículo antes de que nadie pudiera frenarlas; arrancó bruscamente cuando aún estaban encaramadas a él, asidas la una al brazo de la otra y al de Leo, y se perdió entre las calles de Chicago rumbo a la base del Ágora.

98

—No entiendo —le decía Johanna a Elsie, asomándose al asiento del copiloto—. ¿Cómo habéis conseguido sacar el furgón de ahí abajo? ¡Si estaba en un túnel!

—Bueno… —dijo Leo—. Digamos que…

—Digamos que aquí el fortachón me ha echado una mano —le cortó Elsie—. Mirad, mirad sus brazos.

Johanna pensó que se refería a sus músculos, como siempre, pero al verlos con detenimiento se fijó en que estaban cubiertos de rozaduras y cortes superficiales.

—Ni de coña. No me digas que has…

—Sí —dijo Elsie—. Me ha ayudado a sacarlo de ahí abajo a base de hostias.

—¡No! —dijo Leo, riendo—. Es una mentirosa. Lo que he hecho es quedarme colgado del exterior mientras ella conducía para guiarla. Así he terminado lleno de arañazos, claro.

Laura se sentó entonces junto a Johanna, en el suelo de chapa entre las filas de asientos, y la abrazó con tanta fuerza que creyó que estaba rompiéndola y recomponiéndole los pedazos de sí misma, todo a la vez.

—Pase lo que pase —dijo Johanna—, estamos…

—Juntas en esto, sí. —Laura terminó la frase—. Oye, si al final todo esto acaba mal, ¿crees que podremos pedir que metan los cerebros de las dos en una sola caja? Así sí que estaremos juntas.

—Pero mira que eres imbécil —rio Johanna, y Laura sonrió, obviamente satisfecha de haberla hecho reír.

Tenía la cara moteada de sangre seca y de polvo, e incluso así le parecía preciosa. No quería perderla. No pensaba perderla. No iba a permitir que saliera mal.

El vehículo derrapaba en las curvas sin la autoconducción de Blade. Elsie pisaba a fondo el acelerador, sin soltarlo ni un instante, y en el reflejo del retrovisor Johanna la veía sudar y agarrar el volante como si quisiera dejarle sus dedos grabados. Las calles pasaban voladas; las farolas eran borrones untados en las ventanas.

Al fondo, entre torres y rascacielos, Johanna reconoció la silueta

del edificio en ruinas en el que tenían su base. Ya estaban llegando.

La angustia le fue trepando por la garganta según se acercaban. En cualquier momento podía ocurrir que se quedaran sin tiempo, que Taylor consiguiera cargar su sangre en la cepa y soltarla al aire, que un segundo estuvieran bien y al siguiente el virus les empezase a comer la carne desde dentro. ¿Habría empezado ya a ocurrir y aún no lo notaba?

Miró a los ojos a Laura, y entendió que ella tenía exactamente lo mismo pasándosele por la cabeza. ¿Cómo podía ser de otra manera? Desde el primer momento, Laura era la única que podía entenderla. Y Johanna a ella.

En algún momento, su abrazo se disolvió en caricias y en besos suaves que le rozaban el cuello, la mejilla, la frente, en un intento de calmar dos corazones a punto de salir despedidos por sendas bocas. Si cerraba los ojos y se hundía en los labios de Laura, podía imaginar que no estaba allí. Que todo era mentira. Que no había temor ni amenaza alguna, porque ¿cómo iba a existir el miedo entre sus brazos?

El vehículo frenó.

La fuerza del frenazo las aplastó contra el respaldo del asiento.

—Ahora tenéis que correr —dijo Elsie, señalando la portezuela que se abría lentamente—. Lo siento, pero el trasto este no puede subir escaleras de incendios, por más que me gustaría.

—Daos prisa —dijo Leo, mirándose el comunicador—. No veo del todo bien lo que ocurre en la Agencia, pero están luchando, creo…

Les enseñó la pantalla; sonaban gritos amortiguados y disparos de electrolas, pero solo se veían manchas difusas de cuerpos moviéndose. Si les quedaba algo de tiempo, no debía de ser mucho. Laura y Johanna tomaron aliento y carrerilla; se prepararon para trepar por los escalones, cogidas de la mano, esperando a que la puerta estuviera abierta del todo.

En el último instante antes de echar a correr, Laura se inclinó a su oído y le susurró deprisa:

—Te quiero.

Y Johanna se habría quedado allí parada, de no ser porque estaba asida a su mano; Laura salió despedida, arrastrándola con ella, escaleras arriba.

—¡Os esperamos aquí! —gritó Elsie desde la cabina del vehículo.

Y subieron, subieron, subieron infinidad de peldaños; sonaban metálicos, huecos, como timbales a su paso, marcando el ritmo de los latidos que les quedaban. No se soltaron las manos. No miraron

hacia abajo, al abismo que crecía entre las calles a sus pies. No dejaron de correr hasta llegar a la planta en la que estaba el laboratorio de Omega, hasta alcanzar su puerta y abrirla de par en par; entonces, y solo entonces, cayeron rendidas en las sillas del separador celular, aún agarradas la una a la otra, sin aliento y sin certeza de que no fueran a desaparecer en aquel mismo momento.

—Yo también… —jadeó Johanna hacia el asiento contiguo, intentando que el aire volviera a sus pulmones—. Yo también… te quiero.

Laura ya estaba sonrojada del esfuerzo, pero juraría que se le tiñeron más las mejillas de rojo si cabía.

Omega tosió mientras le colocaba a Laura la goma compresora por encima del codo para engrosar su vena antes de la punción. Era extraño verle con el pelo crecido y rizado.

—Gracias por todo lo que estáis haciendo —dijo, con su voz de cuero—. Gracias a ambas, de verdad. Sé que no es fácil. Sobre todo para ti, Laura…

—No lo hago por usted, profesor Roosevelt —dijo Laura, suspirando—. Ya debería saberlo de sobra. No tiene que darme las gracias por nada.

—Lo sé. Sé que lo haces por ella. —Omega le clavó la aguja y puso en marcha la máquina—. Recuerdas lo que te dije, ¿verdad? Espero que así, al menos, pueda compensar el daño que hice.

Laura asintió y le evitó la mirada, cogiendo con más fuerza la mano de Johanna.

—Esto va muy despacio —dijo Johanna, viendo la sangre de Laura fluir lenta como la miel hacia la bolsa de aféresis—. ¿No puede ir más deprisa?

Omega negó con la cabeza.

—Va tan rápido como puede sin poner su salud en peligro.

—Profesor, ¿de verdad cree que a estas alturas me va a importar mi salud? —dijo Laura—. ¡Acelérelo, si puede! ¡Haga lo que sea preciso, pero hágalo!

—Está bien. Este es el máximo.

Omega pulsó una serie de botones. La máquina comenzó a emitir un ruido como el de una lavadora al centrifugar; no en vano eso era lo que hacía con su sangre para extraer los linfocitos.

—Ahora solo queda esperar —dijo Omega, mientras el líquido iba acumulándose en el recipiente que conectaba con las cepas del pseudovirus. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Apartó la vista de ellas; tomó un cuenco que había sobre lo alto de una mesa, una brocha y una navaja, y se embadurnó la

cara con una espuma blanca y gruesa. Empezó a afeitarse la barba.

Johanna no podía evitar rascarse la cicatriz del comunicador, pellizcar las pielecillas que crecían alrededor y arrancárselas de pura ansiedad. Aquello iba tan despacio, incluso al máximo de velocidad. Veía que Laura empezaba a estar más pálida de lo habitual; las ojeras se le marcaban como medias lunas negras con la pérdida de sangre. Para hacer algo que no fuera simplemente estar allí sentada mirándola, Johanna se levantó del asiento y cogió una toalla húmeda del aseo, con la que empezó a limpiarle a Laura la cara y los brazos de sangre seca.

—Gracias —dijo Laura, con suavidad, dándole un beso en la punta de la nariz.

Brotó el recuerdo fugaz de otro beso en el mismo lugar y pareció que había sido mil años atrás, no unos meses. Qué tontas habían sido. Y qué pequeñas.

Cuando se encendió la luz verde en el separador celular, Omega se levantó y retiró el contenedor con el material genético de Laura.

—Ahora debéis iros —dijo, terminante—. Corred de vuelta a la Agencia. Hay que detener a Taylor, a cualquier precio posible. Aún puede lanzar su cepa y acabar con vuestros genes, incluso si consigo difundir la nuestra antes.

—Le detendremos. Y le traeremos recuerdos de su abuelo. —Johanna sonrió.

—Es verdad, es su abuelo —murmuró Laura—. Y así, afeitado y con pelo… está igual que en la foto que me enseñó.

Omega asintió, con el rostro impasible.

—¿Cómo sabremos si ha funcionado? —dijo Johanna, señalando la caja transparente con las cepas del pseudovirus, que vibraban entrechocándose—. ¿Qué ocurrirá cuando se difundan?

—El mundo volverá a ser mortal de nuevo —contestó Omega, mientras sacaba una de las cepas con pinzas y la hundía en el recipiente—. Las personas envejecerán a partir del punto en el que estén, ya sea desde esa juventud eterna parada en la plenitud de la vida o desde la ancianidad más remota. Y sus sistemas nerviosos dejarán de regenerarse; los Decadentes podrán, por fin, morir en paz.

—¿Así, sin más? —dijo Johanna—. ¿Tan fácil?

—Sí, muy bien, pero ¿cómo lo *sabremos* nosotras? Todo eso no se ve a simple vista —dijo Laura, levantándose con dificultad del asiento—. Ay, me estoy mareando…

—Has perdido mucha sangre. Bajad las escaleras con cuidado. —Omega se giró una vez más hacia ellas—. No os preocupéis por

saberlo. Lo sabréis. Os lo aseguro. Manteneos en contacto conmigo por el comunicador de Laura; si no me equivoco, soy el único que la tiene desbloqueada.

—Normal, en plena batalla no tendrán tiempo de quitarle el bloqueo… —dijo Johanna, y cogió a Laura por los hombros para apoyar su peso; su cuerpo seguía acostumbrado a llevar el de ella—. Gracias, Omega. Nos vamos.

—Gracias a vosotras. Y, por favor, ya no me llames Omega. Llámame Milton.

99

Cuando se les acabó el miedo fue cuando empezaron a perder.

No el miedo suyo, por supuesto; el miedo de los agentes que luchaban contra ellos. El miedo a las pistolas de sangre y a las bombas que mataban cientos de personas con el chasquido de un dedo.

Cuando comprobaron que ya habían disparado todos los tiros letales que tenían, cuando ya no hubo más ventaja, entonces recobraron el ánimo los agentes que antes habrían caído bajo sus electrolas. Los pasillos de la sede de la Agencia se convirtieron en infiernos de color blanco perlado, en tormentas eléctricas con rayos de bolsillo cruzando de un lado a otro, en sumideros de adrenalina y sudor que todo se lo tragaban.

El Ágora había logrado llegar al vigésimo piso, e intentaba entrar en el laboratorio de Taylor Crane, pero todos los agentes que no habían sido víctimas de la masacre del jardín se habían reunido allí para impedirlo. Órdenes directas de Ulysses Wagner, si Philippa no se equivocaba. Y una orden directa de Ulysses Wagner siempre se seguía hasta el fin.

A no ser, claro, que se tratase de ella misma.

Y que hubiera decidido luchar codo a codo con aquellos terroristas, para salvar a Laura Snyder. No quería pensar que aquel fuera un acto de traición, pero tampoco podía engañarse. Aunque no disparase a su propia gente, lo era.

«Los auténticos valores de la Agencia nunca defenderían reducir a dos chiquillas a cerebros sueltos —se habría dicho en otra ocasión —. Todo esto es culpa de Crane, que es quien realmente nos ha traicionado al formular así su plan.»

Pero Taylor Crane no era una anomalía en los valores de la Agencia. Taylor Crane era justo como Wagner desearía que fueran todos sus agentes: crueles, despiadados, con ese punto de sadismo que él también compartía. Como ella misma había sido en su día. Crane era una persona dispuesta a hacer cualquier cosa por Ulysses Wagner… y por sus propios intereses.

Y, precisamente por eso, no podían dejar de atacar.

—¡Ahí! —gritó uno de los terroristas, uno de cabello largo y oscuro—. ¡Hay un agujero en sus filas!

Otro terrorista obedeció y disparó en el lugar preciso, pero no lograban ganar terreno. Los agentes se replegaban sobre sí mismos, se parapetaban, seguían exactamente las instrucciones de sus mandos. Lo sabía porque eran las mismas que les habría dado ella de no estar en aquel bando.

—¡Son demasiados! —dijo la mujer Decadente que era su líder, aquella tal Alpha—. ¡Debemos replegarnos y esperar a que la situación se calme!

—¡No! —Philippa Nielsen lo tenía claro—. ¡No podemos hacer tal cosa! Ahora mismo, lo único que está evitando que Crane lance la cepa del pseudovirus es nuestro ataque. ¡Tenemos que seguir…!

Un disparo que pasó rozándole el cuello la obligó a callar. Se agachó; otro de los terroristas ametralló de vuelta a su atacante, acertándole con la bala eléctrica en el vientre. Ella se asomó para mirar más allá.

—¡Están haciendo una maniobra de distracción! —anunció Philippa, al reconocer el movimiento; estaban creando un hueco deliberadamente—. ¡No os dejéis despistar!

—¡Es cierto! —dijo Alpha—. ¡Deprisa, aprovechad! ¡Al flanco izquierdo!

Al fondo se adivinaba la entrada al laboratorio, diáfano tras el pasillo.

Pero lo que no adivinó fue que las filas de agentes iban a abrirse por la mitad y a dejar paso a una ráfaga de tiros. Tiros explosivos, cada bala una granada diminuta que despedía metralla y destrozaba a su paso. Y quien blandía aquella arma, a juzgar por su puntería —la mayoría de proyectiles impactaban contra la pared a sus espaldas —, no era un agente entrenado en asalto.

—¡Crane! —bramó Philippa Nielsen. Le lanzó una descarga—. ¡Aquí, cobarde! ¡A ver si aprendes a disparar como es debido!

Y el rostro moreno de Taylor Crane, surcado de esa sonrisa que le arrancaba la bilis cada vez que la veía, surgió entre las multitudes.

—¡Vaya! —dijo Crane, y esta vez apuntó mejor—. Pero ¡si es mi traidora favorita!

Philippa se vio obligada a guarecerse tras una puerta entre disparo y recarga, pero le duró poco como trinchera; las balas explosivas reventaron la madera como agujas pinchando un globo. Se movió a otra, y a otra más, y en todas ocurrió lo mismo; visto desde fuera, Philippa tal vez habría parecido acorralada. Pero mejor

allí, disparándole, persiguiéndola, en vez de estar montando la cepa en el difusor. Sabía que propagarla requería unos cálculos muy complejos; incluso Crane necesitaba tiempo para concentrarse si quería lanzar el pseudovirus.

Un perdigón le rozó el tobillo al estallar, pero no dejó de moverse. Solo era un hilillo de sangre.

—¡Lo siento! —gritó Taylor Crane. Su voz goteaba sarcasmo—. ¿Le he hecho daño, señora Nielsen? ¿Quiere un poquito de alcohol en esa herida? ¿Tal vez un gin-tonic?

La risa de Crane era irritante. Exasperante. E hizo que Philippa perdiera la paciencia, saliera del parapeto y volviera a disparar.

El tiempo exacto para que le acertara de nuevo, esta vez en el hombro.

No pudo contener un grito, y eso le dolió casi más que la lesión; estaba en el punto de mira de Crane, y si no estaba reventándola a tiros en aquel preciso instante era porque quería disfrutar de su cara de pánico.

—¡Toma eso! —gritó entonces una voz desde su derecha. Se giró a verla; era la madre de Johanna Lowe. Cuando quiso darse cuenta, una descarga eléctrica había alcanzado a Crane en el pecho, y Deena Lowe gritaba triunfal—. ¡Ahí tienes, escoria! ¡Y más que te mereces!

—Gracias —dijo Philippa—. Me habría dado, si no llega a…

—¡No me las dé! Aún no se me ha olvidado la paliza que me dieron sus hombres en febrero —gruñó Deena—. Váyase hacia atrás, pregunte por Miranda, que le vende ese hombro. Tiene una pinta muy fea.

Reconoció a otro terrorista al pasar a su lado para ver a la doctora, que estaba resguardada al fondo del pasillo. Aquel hombre era Day. El exagente Terrence Day. Sonrió, amarga. ¿Cuánto le había odiado por traicionar a la Agencia? ¿Qué importaba ahora?

—¡Crane se retira! —anunció Deena desde el frente—. ¡Esto empieza a tener mejor pinta!

—¡No! —gritó Philippa—. ¡No dejéis que se retire! ¡Hay que distraer a Crane para que no lance la cepa!

—¡Mierda! ¡Seguid disparando, rápido! ¡Ahí, que se está yendo!

Una lluvia de descargas eléctricas les impedía avanzar. Los agentes estaban coordinados a la perfección. Solo podían ver cómo se les escapaba Crane, cómo se escurría entre las filas para llevar a cabo la última fase del plan.

Fue entonces cuando sonó.

Una voz monótona, sin inflexión ninguna, dijo:

—Comunicación entrante de Omega. Voy a proyectarla en mi nuca para que podáis verla.

Era la IA que acompañaba a los terroristas. Había dejado de disparar para decir aquello y mostrar, en una pantalla curva que cubría su cráneo liso, la imagen del profesor Milton Roosevelt.

—Ya está hecho. —La voz de Roosevelt era profunda, como un eco primordial—. He liberado las cepas cargadas del material genético de Laura Snyder, Johanna Lowe… y del mío, por supuesto, como salvaguarda de su integridad física. De aquí a doce horas, toda la población mundial volverá a ser mortal según el virus se vaya expandiendo. Ahora está en vuestras manos, amigos míos. Buena suerte.

—¡Sí, joder! ¡Al final todo esto ha servido de algo! —gritó Deena, alzando el puño, y un proyectil eléctrico le quemó los rizos al pasar—. Bueno, mejor dejamos las celebraciones para después de todo esto…

—¡Lo hemos logrado! Ahora es el momento —dijo Alpha—. ¡Blade, te toca! ¡El último asalto!

La IA asintió, calmada, y apagó la pantalla de su cabeza. Con los ojos cerrados, empezó a emitir un brillo al rojo vivo por las palmas de sus manos y las plantas de sus pies; se volvieron blancos de puro calor, azules como una llama de gas, y Blade empezó a levitar. Eran propulsores iónicos. La carcasa sintética le tembló al alzarse por encima de sus cabezas, y una mujer de pelo rosa gritó desde el comunicador que Alpha tenía en el brazo:

—¡Venga, Blade! ¡Tú puedes! ¡Esquiva los tiros eléctricos, entra ahí y ábrenos camino!

Con la gracia que solo una IA autoconductora podía tener, evitó las descargas de los agentes en giros perfectos; voló propulsada, disparando rayos de iones a altísimas temperaturas, y sus atacantes no tuvieron más remedio que apartarse. Y llegó hasta el laboratorio, donde descendió con suavidad a una altura manejable. Philippa juraría que la IA estaba sonriendo, si no fuera porque su rostro no mostraba ninguna emoción discernible ni aun subiendo las comisuras de los labios hacia arriba.

—¡Bien! ¡Bien hecho, Blade! —gritaba la mujer del pelo rosa—. ¡Ahora vamos a…!

—¡Cuidado! —chilló Deena—. ¡Blade, cuidado!

Un estrépito sacudió el piso.

Una risa.

No, no era la risa irritante de Taylor Crane. Ojalá lo fuera.

Había empezado a preguntarse dónde andaría Ulysses Wagner

hacía ya un rato. No estaba en el jardín. No estaba en el pasillo. No estaba en ningún sitio.

—¿Qué es esto? —dijo Ulysses desde el laboratorio, y aunque Philippa no le viera, no cabía duda de que era él—. ¿Pretendéis hacerme cosquillas con este modelo obsoleto? Ay, qué lástima. Qué auténtica lástima me da tener que hacer esto, robotito.

Y, con un fogonazo de blanco azulado que inundó el pasillo, Ulysses Wagner surgió a lo lejos. Glorioso. Escupiendo rayos iónicos por las rendijas de una carcasa sintética nueva y brillante. Descendiendo sobre ellos, planeando como un águila de metal que iba a atrapar a su presa, derribando a Blade a su paso tan fácilmente que parecía haberlo soplado el viento.

Aquello no daba miedo.

Aquello inspiraba el terror primigenio de la hormiga bajo el pie del gigante.

100

Había en inglés un proverbio que decía así: «La hora más oscura es justo antes del amanecer». No era cierto. La mayor oscuridad solía darse alrededor de las dos o tres de la madrugada, varias horas antes de que empezase siquiera a amanecer.

Y las tres en punto estaban dando en aquel instante, justo cuando Elsie aparcaba —suponiendo una definición laxa de la palabra «aparcar»— el vehículo blindado entre los restos del jardín de la sede de la Agencia.

—¡Fin de trayecto: todo el mundo abajo! —gritó Elsie, tirando de la palanca del freno de mano como si quisiera arrancarla—. ¡Llega la caballería!

—¿Qué es la caballería? —quiso saber Leo, aupándose sobre el asiento del copiloto para salir de la cabina.

—Ni idea —dijo Elsie—. Es algo que se dice cuando vienes a prestar refuerzos. Como en ese videojuego del siglo XXI que ganó un premio Nobel de la Paz.

—Creo que tiene que ver con los caballos, pero no me hagas mucho caso —dijo Johanna, mientras esperaba a que la puerta se abriera del todo.

Laura alzó una ceja.

—¡Mirad! —dijo.

Señalaba a la sede de la Agencia. El edificio entero estaba apagado; Sabrina habría cortado el sistema eléctrico. Solo desde una planta en lo alto se desbordaban los gritos, los chasquidos, la luz; una luz blanca azulada, fiera, que la ocupaba diáfana hasta la terraza y recortaba siluetas en su interior.

—Es el laboratorio de Taylor —dijo Laura, contando los pisos con los dedos—. ¡Vamos!

Elsie trató de contactar a Sabrina por su comunicador para que les conectase el ascensor, pero no le respondió; estaría pendiente de la lucha que tenía lugar allí arriba.

—Bueno —dijo Elsie—, ¡no pasa nada! Habrá que subir de otra forma. Apartaos, echaos a un lado.

Dejó la mochila en el suelo del jardín y sacó de ella una

parafernalia de arneses, garfios y cuerdas. Mientras ataba los cables a un arpón, Johanna se asomó al antebrazo de Laura para ver a Omega —no, a Milton Roosevelt— en la pantalla.

—¿Qué pasa? ¿No está contento por haber lanzado las cepas? —dijo Johanna—. ¿O es que ha salido algo mal? Si ya decía yo que no podía ser tan fácil…

En el comunicador, el rostro oscuro de Milton estaba fruncido en un gesto difícil de descifrar; podía ser dolor, o podía ser angustia, o podía no ser nada en absoluto más que su cara habitual con aquellas raras arrugas. Pero los ojos le brillaban, enrojecidos, como si estuviera a punto de llorar.

—No, no creo que haya salido mal nada —murmuró Laura—. Es que… Bueno, no te conté lo que me dijo aquella vez, ¿no? Cuando me pidió que le desbloquease para hablar conmigo.

—Pues no. Cuéntamelo; si, total, parece que lo de Elsie va para largo…

—¡Eh! ¡Que te he oído! —dijo Elsie, a quien Leo estaba ayudando a desenredar dos cables—. ¡Esto lo tengo enseguida, ya verás!

Laura suspiró, se dejó caer en la hierba y se llevó la cara a las manos. En la pantalla de su brazo, Milton Roosevelt se había vuelto de espaldas y miraba por la ventana después de haber dispersado el pseudovirus al aire.

—Me dijo… —Laura tragó saliva—. Yo creía que me estaba intentando convencer para que le diera mi sangre, ¿vale? Por eso no le hice caso entonces. Me dijo que, para revertir los efectos del virus y volvernos todos mortales…

—Menos tú y yo —interrumpió Johanna.

—Menos tú y yo —asintió Laura—. Hacía falta un sacrificio. Tenía que meter en la cepa los linfocitos míos, tuyos y de él mismo, porque la inmortalidad la creó él usando sus propios genes como modelo. Y era inevitable que el pseudovirus se «comiera» el material genético de alguien para usarlo. Por eso eligió el suyo. Así a nosotras no nos pasaría nada, pero él…

El Roosevelt de su antebrazo agachó la cabeza.

—Pero él —continuó Milton Roosevelt, y fue la primera vez que Johanna oyó temblar su voz de sirena de barco— expiaría así sus culpas por haber vuelto inmortal al mundo. Por haberlo condenado a una tortura eterna.

En la lejanía, en el horizonte, empezaba a vibrar el mundo.

—Ya… lo tengo… —gruñía Elsie, debatiéndose con el aparato.

Un grito agudo cortó el aire de pronto, y todos alzaron la vista

hacia el vigésimo piso. En lo alto de la terraza, un hombre sintético propulsado por aquella luz azul agarraba a alguien entre sus manos; rompía el cristal de la ventana, volando, y lo arrojaba en caída libre hacia la noche profunda.

El grito solo lo detuvieron el suelo y la gravedad.

Al impactar en la tierra, a pocos metros de ellos, les retumbó en las costillas el propio golpe; y fue extraño cómo, cuando se levantaron en aquel aturdimiento y miraron el cuerpo, Johanna solo pudo pensar una cosa. Una cosa absurda y trágica.

Johanna pensó: «Vaya. Creía que cuando alguien caía desde veinte pisos de altura quedaba destrozado».

Pese a haberse precipitado desde el laboratorio de Ulysses Wagner, aquella persona era perfectamente reconocible. Su piel contenía dentro los órganos y la forma de sus miembros; no se desparramaban ni salpicaba la sangre como un mosquito en la luna de un coche. El cráneo fracturado por el que corría un reguero rojo, y las piernas y el brazo —el único brazo— doblados en posiciones incomprensibles, solo eso delataba la caída de Halley Holcomb.

—No —musitó Elsie, dejando caer los cables que llevaba en brazos. Se quedó quieta, mirando.

—No puede ser… —Laura se llevó las manos a la boca.

—No, no, no —dijo Johanna—. Halley…

—¡Halley! —dijo Leo, agachándose a su lado y agitando la tierra y el cuerpo.

Halley dio un espasmo y se le abrió la boca, por la que empezó a vomitar burbujas de sangre de un rojo oscuro, casi negro. Halley era un saco de carne con la cara de sí misma.

—Dios mío —dijo Johanna, y tuvo que apartar la mirada—. ¿Qué está pasando ahí arriba para que haya ocurrido esto?

—Así que aún no ha llegado ahí el pseudovirus —gruñó entonces Milton Roosevelt, desde el brazo de Laura—. No debería tardar mucho. Estáis a unos diez kilómetros de distancia… —Tosió una tos húmeda—. Dejadla. Subid al laboratorio. No podéis perder más tiempo.

—¡No podemos dejarla aquí! —le dijo Johanna al comunicador —. Hay que llamar a una ambulancia… Un médico, ¡algo!

—No servirá de nada —dijo Roosevelt—. Ahora mismo, el único motivo por el que Halley no ha muerto al caer es porque aún no han llegado las cepas a vuestra posición. En cuanto lo hagan, podrá… —Tosió—. Podrá descansar en paz.

Elsie miraba el cuerpo de Halley, paralizada, con el arnés a medio poner colgándole del brazo.

Laura chasqueó la lengua.

—Elsie, pon los cables —dijo—. Tenemos que subir ahí arriba.

Pero Elsie no contestaba. Solo observaba a Halley boquear burbujas de sangre.

—¡Elsie! —chilló Laura, y la agarró de los hombros—. ¡Los cables! ¡Por favor!

Asintiendo, Elsie se frotó los ojos tan fuerte como si fuera a arrancárselos, agarró el arpón y lo apuntó a lo alto del edificio, lanzando cuatro cables gruesos que quedaron hincados en la terraza.

—¡Vamos! —gritó, enganchándose una cuerda al arnés—. ¡Seguidme!

Tomó impulso y saltó; la polea la arrastró, tirándole del pecho, y empezó a ascender, dando un brinco en cada barandilla para mantener la inercia. Leo la imitó. Laura y Johanna se cogieron de la mano antes de dar el tirón.

Subían, sí, pero demasiado despacio. La posibilidad de que alguien más cayera por la ventana o de que Taylor completase su plan antes de llegar era un peso extra en el cable.

—¿Está lloviendo? —susurró Laura, al notar gotas de agua caerle desde arriba—. ¿Esto es lluvia? ¿En pleno agosto?

Era Elsie. Aunque se agarrase firme a aquella fachada suya, se le resquebrajaba. Por las grietas se escapaban lagrimones.

—Elsie… Tranquila —decía Johanna, intentando calmarla—. A mí también me duele. A todos…

Cuando Leo, que era quien más cerca estaba de su cable, la abrazó, Elsie no dejó de llorar, sino que pasó a berrear como un bebé recién nacido, dejándose los pulmones en cada aliento, y hundiéndose en la amplitud de sus brazos.

Los cables fueron subiendo. El llanto se fue calmando. Y se fueron preparando para luchar en cuanto alcanzasen la terraza del laboratorio de Taylor.

101

El difusor era un aparato cristalino; su cañón, del tamaño de una pierna, se apoyaba en la ventana, apuntando a la noche. La única cepa en el interior, pequeña como un grano de arroz y cargada de sangre, tintineaba al agitarse contra las paredes de su recipiente.

Taylor Crane sudaba, con el cuerpo doblado sobre la máquina, introduciendo parámetros uno a uno en la pantalla que cubría la culata.

—¡Así no puedo concentrarme! —mascullaba. Borraba los cálculos erróneos y empezaba otra vez.

Por encima de su cabeza volaban haces de luz azulada a temperatura tan alta que podrían haber fundido el sistema entero si no estuvieran controlados por el propio Ulysses Wagner. Taylor trataba de no prestar atención a las descargas eléctricas y a los tiros que cruzaban el laboratorio de un lado para otro, pero era imposible.

Esos condenados terroristas caerían tarde o temprano bajo las armas de los agentes, sí, pero mientras tanto no dejaban de molestar.

Sobre todo, su nueva incorporación.

La muy hipócrita de Nielsen. La misma a la que había oído jurar tantas veces que destruiría al Ágora con sus propias manos, ahora se les había unido. ¿Y todo por qué? ¿Para que a la chica Snyder no le afectase la cepa? Menuda idiota.

Daba igual. En cuanto consiguiera acabar el algoritmo de lanzamiento y disparar la cepa al aire, nada iba a ser lo mismo. Descubriría si su plan había funcionado y había logrado acabar con la Decadencia o si, por el contrario, el error de su ancestro era demasiado grande para repararlo con sus manos. La suerte de Snyder y Lowe no era más que un daño colateral. Algo esperable. ¿O acaso no se deformaban las balas de acero tras ser disparadas?

Ulysses Wagner pasó volando por encima de su cabeza, haciendo temblar la estructura del difusor un instante, y Taylor maldijo para su interior. Ahora tendría que esperar a que dejase de vibrar para completar la ecuación de posicionamiento.

Qué raro, pensó. Seguía temblequeando incluso cuando Ulysses se posó en el suelo y atravesó de un disparo iónico a la IA de los terroristas en la cabeza, dejándola frita. De hecho, ¿no temblaba el marco de la ventana? ¿El balcón entero?

—Oiga —le dijo a Ulysses Wagner, intentando llamar su atención—, ¿soy solo yo o está vibrando el piso? ¿Deberíamos…?

Y el director de la Agencia se detuvo un instante en el aire para escuchar a Taylor, justo el tiempo suficiente para que una bala eléctrica rozase el plástico liso del cráneo de Ulysses. No había venido de la retaguardia, de donde estaban los terroristas. Había venido de la terraza.

—¡Yujuuuu! —chilló una voz estridente—. ¡Casi te doy, cacho de mierda enlatada! ¡Vuela aquí un poco más cerca, que te vas a enterar, venga!

De pie en la barandilla, plantada allí como si no hubiera sesenta metros de caída a su espalda, estaba aquella terrorista canija que se colaba por la ventilación. Tenía los ojos hinchados y llorosos; parecía aún más un búho, si cabía.

Taylor sacó su rifle para defender el difusor; estaba demasiado cerca. Cuando tres cabezas más se asomaron por la terraza, agradeció haberlo hecho.

—¡Agente Snyder! —dijo Taylor cuando Laura trepó por el balcón; le dedicó a ella un disparo que esquivó a duras penas—. ¡Qué grata sorpresa tenerla de vuelta! Ya no la esperábamos.

—Ay, Laurita, Laurita —resonó la voz de Ulysses por el techo—. Te echábamos de menos.

Solo una descarga continua de fuego por parte de los terroristas, desde ambos lados, evitó que Ulysses agarrase a Laura al pasarle rozando; para hacer lo mismo con ella que con la mujer rubia que había arrojado al aire, supuso Taylor.

—¡No te acerques a ella, monstruo! —gritó otra voz.

Era Lowe, que intentaba disparar a Wagner con peor puntería incluso que la suya. Maravilloso; ambas chiquillas inmunes iban a tener un puesto de primera fila para presenciar el lanzamiento de su propia fatalidad.

Si conseguía centrarse y terminar la ecuación, claro. Y si cesaba el temblor que impedía calibrar la posición del cañón. Empezaba a temer que se tratase de un terremoto.

Mientras tanto, Taylor sonreía al mirar el panorama; Ulysses Wagner no atrapó a Snyder, pero descendió sobre el resto de terroristas, evitando un tiro de Elsie y una patada de taekwondo del chico alto y rubio. Ulysses sorteó balas eléctricas que se clavaron en

el techo y agarró con una mano de plástico firme e implacable, desde atrás, el cuello de la camisa de Johanna Lowe.

La alzó en el aire; la prenda de ropa la ahogaba, se le clavaba en el pescuezo con la fuerza del tirón que la arrastraba. Lowe se llevaba las manos a la garganta, arañándose, tratando de desasirse y poniéndosele la piel, de tan oscura, azulada.

—¡Suéltala! —gritó otra terrorista desde la retaguardia; si no se equivocaba, era su madre, a juzgar por la cara de pánico que estaba poniendo.

—¿La suelto? —dijo Ulysses Wagner, y se le retorció la piel translúcida del rostro en una amplia sonrisa—. Dime, Laurita, dímelo tú. ¿Quieres que la suelte?

La asomó por la ventana. Bajo los pies de Lowe, que se agitaban en el aire, había veinte pisos hasta el suelo. La expresión de todos los terroristas en aquel instante era esa mezcla de horror y rabia tan patética, propia del animal acorralado. Ni siquiera podían disparar al director de la Agencia, pues sostenía a la chica justo delante de sí.

Taylor Crane fue incapaz de contener la risa más tiempo y prorrumpió en una carcajada fuerte, de las que hacían vibrar las costillas.

Pero a mitad de la risotada Taylor se atragantó; era como si algo le hubiera entrado en la boca, aunque la tenía vacía. El aire que aspiraba se había vuelto denso, espeso, como si tragase una nube de tapioca. El temblor en su pecho, en el laboratorio entero, no era por la risa. Algo vibraba, zumbaba en su interior, se le colaba por la tráquea y el esófago, por las fosas nasales, por los oídos, por los lagrimales y por dentro de los párpados, por cada esfínter y cada poro del cuerpo.

Y aunque Taylor tenía los ojos abiertos no veía lo que les rodeaba; no podía distinguir las minúsculas, diminutas, microscópicas IAs nanotecnológicas que palpitaban en el viento, invadiendo los cuerpos que hallaban a su paso y reescribiendo su ADN en tiempo real para destruir los genes ligados a Milton Roosevelt.

Para volverlos mortales.

Aquel zumbido que penetraba en cada célula de su cuerpo no era otra cosa que el pseudovirus, las cepas liberadas por los terroristas, multiplicándose en progresión geométrica a medida que avanzaban y se comían el mundo. Taylor Crane lo comprendió y quiso gritar, pero ocupaban el espacio entre sus dientes, el espacio entre sus cuerdas vocales y el espacio en sus pulmones. Solo brotó

un chasquido húmedo de su boca; el sonido de su epiglotis abriéndose y cerrándose como un pez fuera del agua.

A su alrededor, todos estaban exactamente igual, incluso Ulysses Wagner; su cerebro y sus nervios no eran menos orgánicos que los de los demás. Amigos, enemigos, todos eran testigos del efecto del pseudovirus; todos iban a convertirse en seres toscos cuyo cuerpo y cuya vida sería frágil, efímera, transitoria, un instante de luz en una eternidad de inexistencia.

Crane se había acabado postrando, como si rezara a un Dios que llevaba siglos sin pisar la Tierra más que en las mentes más turbias. Así, con las rodillas y las palmas de las manos contra las baldosas frías de su laboratorio, Taylor Crane lloró sin lágrimas su muerte y su derrota.

Poco a poco, la vibración en sus huesos fue atravesándolos y dejando tras de sí una carne mortal y nueva. El aire volvió a llenar sus bronquios lentamente; seguía notando el temblor en la pulpa de su organismo, pero al menos podía respirar, gritar, hablar. Mover un dedo, una mano, un…

Un tiro.

Cuando consiguió girarse para ver de dónde había venido —y adónde iba dirigido—, su mirada borrosa distinguió a la madre de Johanna Lowe, que sostenía un rifle humeante en las manos. De rodillas y con la mandíbula tensa en un rictus de esfuerzo, le había acertado a Ulysses Wagner en la articulación del codo que sostenía a su hija, arrancándoselo de cuajo.

Ambos, Johanna y el brazo, cayeron a plomo al suelo del laboratorio.

La chica boqueó, intentando tomar aire; Ulysses reculó, aún aturdido del virus; y Taylor lo veía pasar como en una película, como si no estuviera ocurriendo a dos metros de su cara. Le zumbaba la cabeza entera por dentro, todavía, y escuchó las voces de los terroristas rebotando en sus tímpanos:

—¿Eso… eso ha sido…? —preguntaba uno, tosiendo.

—Sí —decía la madre de Lowe, con respiraciones breves y entrecortadas—. El pseudovirus. Eso es lo que se siente cuando te modifican el ADN en vivo. Ahora… ahora todos podemos morir de una herida, o de un golpe. Tened cuidado…

—Todos no —decía otro, señalando a Ulysses Wagner. Aun con el brazo desgarrado a la mitad, por la lesión no escapaba sangre, sino chispas y cables pelados. Ventajas del cuerpo sintético.

—Bueno —dijo Philippa Nielsen, y oír su voz fue bastante para despegar a Taylor de aquel ensimismamiento e inyectarle una furia

gris en las sienes—. Eso habrá que verlo.

Y, mientras Nielsen volvía a disparar a los agentes que quedaban en pie y Ulysses Wagner respondía aún con más rabia, Taylor Crane sintió que la sangre le vibraba y no del virus, sino de odio. De odio a Philippa. De odio a los terroristas. De odio hacia su fracaso.

Agarró el difusor; las uñas le chirriaron contra el cañón de cristal. Lo alzó sobre sus hombros con la clara intención de arrojarlo por la ventana y que se hiciera pedazos, y de lanzarse detrás en veinte pisos de caída que ahora sí sería mortal.

102

Había sido como ahogarse en seco. Como ese dolor cosquilleante cuando se dormía una pierna, pero en el cuerpo entero.

A Laura le había recordado su peor ataque de ansiedad: uno en el que se le cerró la garganta de pura angustia y perdió la conciencia, ocho años atrás. Pero esta vez no se había desmayado, aunque ojalá lo hubiera hecho. Había estado despierta y consciente mientras el virus le trepaba por la carne y sus venas se convertían en un hormiguero. Aunque el pseudovirus no pudiera afectarla por ser inmune, eso no significaba que no lo hubiera intentado; había *notado* cómo las nanoIAs trataban de sobrescribir su ADN, célula tras célula, antes de darse por vencidas.

Seguro que Johanna había sentido lo mismo, la misma asfixia, la misma comezón por dentro de sus entrañas, con el horror añadido de estar colgando del cuello a manos de Ulysses Wagner. Había intentado arrastrarse hacia ella cuando sus piernas aún no le respondían; al caer al suelo lo hizo casi en sus brazos, y se abrazaron con dedos agarrotados y con el blanco de los ojos salpicado de capilares rotos.

El tiro de Deena Lowe había sido el único en romper el aire, y seguía siéndolo; ningún otro agente, ni ningún otro miembro del Ágora, había logrado controlar el temblequeo de sus miembros para apretar el gatillo de nuevo. Solo Taylor Crane se había puesto en pie; se le doblaban las rodillas hacia dentro de cargar el peso del difusor en brazos, y su cara estaba deforme de cólera.

—¡Taylor! —gritó Ulysses, que recobraba sus fuerzas—. ¡Ni se te ocurra, Taylor!

—¿Qué más da? —dijo Taylor entre los dientes apretados—. ¿Qué importa? Si ya hemos perdido. Ya ha ganado Milton Roosevelt. Enhorabuena.

Asomó el cañón de cristal por la terraza.

—Taylor, detente —dijo Ulysses.

—¡Nos vemos en el infierno, abuelo, ahora que has abierto sus puertas!

Taylor tomó impulso para arrojarse, difusor en mano, veinte

pisos al vacío.

Una mano de plástico y metal le agarró la bata por la nuca, impidiendo que saltase por la ventana y dejando a Taylor gritar y patalear como si en vez de ciento treinta y ocho años tuviera seis.

—¡Déjeme! —chillaba—. ¡Si ya no sirve de nada este trasto! ¡Ni yo tampoco! Aunque lanzase la cepa ya no haría absolutamente nada, solo comerse la carne de Lowe y Snyder…

Y Ulysses sonrió.

Sonrió despacio, mirando directamente a los ojos de Laura Snyder, y después girándose hacia los de Nielsen.

—Hazlo igualmente —le dijo Ulysses a Taylor, con la vista clavada en Philippa y saboreando su expresión—. Hazlo, porque te lo ordeno. Difunde el virus. Y después, si así lo quieres, te dejaré que te tires desde lo alto de la sede. Pero no antes. ¿Entendido?

En algún momento, las balas habían vuelto a cruzar el laboratorio de un lado a otro como arcos de Tesla; tiros desde un bando, desde el contrario y, en medio, Ulysses Wagner vigilando a su genetista mientras este tecleaba ecuaciones en la pantalla del difusor. Con una sola mano mantenía a raya el frente, y sus disparos iónicos dejaban agujeros profundos en los muros a sus espaldas.

Elsie y Leo se habían logrado escurrir hacia las filas del Ágora, y codo a codo tiraban junto al resto, pero Laura y Johanna seguían en el suelo, agachadas en la esquina y pegadas a la pared. Tampoco era que su contribución a la lucha pudiera ser más que esa; su puntería tan escasa antes podría herir a un amigo que a un agente.

Los agentes se mostraban bastante reacios a disparar hacia Laura. Incluso contra Philippa volaban menos balas que contra el Ágora. Había mucha diferencia, entendió Laura, entre apuntar a unos sucios terroristas y apuntar a quien hasta hacía apenas un par de horas había sido tu colega.

Había tanta diferencia, entendió Laura, como para que escuchasen a Philippa Nielsen cuando aprovechó el momento, se levantó y gritó:

—¡Retiraos! —Aún le fallaba la voz—. ¡No quiero haceros daño! Agentes y capitanes de los escuadrones V, VII y X: sigo siendo vuestra superior y, como tal, os lo ordeno. ¡Alto el fuego y retiraos de la batalla!

Los agentes vacilaron. Alguno, dubitativo, fue a dejar caer su arma al suelo, pero el vozarrón terrible de Ulysses Wagner bramó:

—¡Aquí no hay más superior que yo, Philippa! Haced caso omiso a sus desvaríos, agentes, u os lo advierto: habrá consecuencias. ¡La insubordinación se paga cara en *mi* Agencia!

Y, como para dar ejemplo, dirigió un disparo iónico hacia Nielsen; esta se agachó para evitarlo, arañándose la barbilla con las baldosas y notando que el rayo le quemaba la chaqueta del uniforme a su paso.

—Me dabas más miedo cuando me llamabas «muchacha» que ahora, Ulysses —dijo Philippa. Y empuñó su electrola, atenta, alerta, dispuesta a devolver el golpe.

Taylor Crane soltó un suspiro y un «ya está», y levantó las manos del teclado.

El difusor estaba listo.

Había empezado a vibrar.

—Laura —dijo Johanna, cogiéndola de la mano—. Laura…

—Ya, ya lo sé —dijo Laura, con la boca seca y sin poder apartar la vista del botón de lanzamiento—. Yo también te quiero.

—No es eso. La pantalla. El comunicador. ¿Y si…?

Le señalaba su antebrazo.

En él, dándoles la espalda, Milton Roosevelt agonizaba. La piel del cuello y la nuca se le estaba despegando de los huesos como un asado tierno.

Y Laura entendió.

Se levantó apresurada, resbalando y tropezando con sus propios pies, antes de que Ulysses Wagner la derribase de un tiro, y le plantó ante los ojos la pantalla de su comunicador a Taylor para que no pudiera pulsar el detonador.

—¡Mira! —gritó, desesperada—. ¡Mira lo que le ha pasado a tu abuelo! ¡Lo que le está pasando! ¡Este es su sacrificio por hacer lo que hizo!

No creía que fuese a funcionar, en el fondo.

Creía que Taylor se reiría en su cara, que Ulysses la atravesaría con un disparo iónico en el pecho, y que todo se fundiría a negro antes de poder besar a Johanna una última vez.

Pero entonces, con unos restos de voz que Laura no supo jamás de dónde logró sacar en aquel estado, Milton Roosevelt se dio la vuelta y habló.

Ya no tenía nariz, ni frente, ni párpados; los ojos le colgaban saltones en las cuencas y los labios se le estaban desgarrando por la mitad, colgando de las encías como comidos por insectos. Aun así, de algún modo los movió, y los dientes, y lo que le quedaba de lengua, para decir lo siguiente:

—Lo… siento.

Según hablaba, el virus trabajaba dentro de su cuerpo, deshaciéndolo poco a poco ante sus ojos. Y la estampa imposible

cautivó hasta a Ulysses Wagner y le hizo escucharle. Todo se detuvo para oír al hombre que debería estar muerto.

—Lo siento, Taylor… —continuó Milton Roosevelt—. Siento que tuvieras… que sintieras el deber de enmendar… mis errores. Irá en los genes, supongo… la necesidad de saberse… infalible. De tal palo, tal astilla. —¿Era aquello una risa?—. Ya no puedes hacer nada por mis errores, pero aún puedes enmendar… los tuyos. No seas como yo… No cometas otro más… Adiós, Taylor…

El labio se le desprendió de la boca por completo y ya no pudo formar más palabras; solo pudo consumirse frente a sus ojos, frente a los de todos, mientras a Taylor Crane se le vencían las piernas y se quedaba con las rodillas hincadas en el suelo.

Estaba llorando.

Taylor Crane lloraba.

Taylor Crane lloraba, sí, pero el tiempo que se había parado volvió a correr.

Con el único brazo que le quedaba, Ulysses Wagner dejó de disparar iones hacia el Ágora. Y se lanzó a pulsar el botón que lanzaría la cepa fallida al aire, con el único propósito de que Laura y Johanna se descompusieran también delante de ellos, y de que eso destrozase a Philippa más que ninguna otra cosa que él pudiera hacer. Quería ver su rostro descompuesto de dolor. Quería verla igual que a su mujer, dos siglos atrás.

No cayó en la cuenta de que, con la mano así ocupada, era vulnerable.

La descarga eléctrica le entró por el tobillo mientras estaba girado hacia el difusor. Sus ojos biónicos no pudieron rotar en sus órbitas para ver qué había pasado; nada era más rápido que la velocidad de la luz. Y esta atravesó su cuerpo de metal y plástico, lo hendió, calcinó los circuitos y las hebras de cobre y los microprocesadores.

Ulysses Wagner nunca llegó a saber que le había matado Philippa Nielsen.

Cayó con todo su peso, con la boca abierta y humeando hollín; bajo su piel translúcida, las chispas dibujaban caminos en su placa madre. Su cerebro, lo único orgánico que contenía ese cuerpo, ya no era más que un tizón. Un tizón renegrido que no iba a regenerarse, como tampoco lo haría el de nadie nunca más.

Philippa apartó su electrola del tobillo de Ulysses.

Tomó aire.

En el silencio sonaba el eco del cuerpo sintético chocando contra el suelo.

Habló.

—En caso de renuncia, destitución o muerte —recitó de memoria— del director de una Agencia Federal, le sucederá en su puesto el subdirector de la misma, asumiendo sus funciones y facultades. ¡Agentes! ¡Capitanes! ¡Les ordeno, como directora de la Agencia de Protección Genética, que presenten armas y se retiren inmediatamente!

Y, aunque la voz de Philippa no tembló ni un instante, cuando cruzó la mirada con Laura, los ojos de ambas estaban encharcados de lágrimas.

103

Las películas de guerra se acababan al firmar la paz. Las de catástrofes, cuando pasaba el huracán. Las de superhéroes, cuando se derrotaba al villano.

Pero en la vida real, las cosas no terminaban ahí. Había que recoger los trozos de la ciudad destruida y de los corazones abrumados, limpiar el polvo y curar las heridas. Y, aunque la directora Nielsen sabía que esa no podía ser labor de una sola persona, entre escombros, cristales rotos y paredes deslucidas, hablaba para sí misma, para sus subordinados, para los terroristas.

—A partir de ahora, yo me ocuparé de todo —decía—. A partir de ahora, la Agencia se ocupará de lo que debía haber sido su propósito desde el primer momento: de proteger la genética de la humanidad. Es decir, lo mejor para el ser humano. Lo que le traiga salud. Nada de preservar lo que conviene solo a cierta gente. Y, a quien no le guste, tendrá que enfrentarse al hecho de que, por suerte, el cargo de director de una Agencia Federal solo puede ser destituido por resolución del Tribunal Supremo…

O por «resolución» de una electrola a bocajarro en el tobillo, pensó Johanna, mirando terraza abajo mientras escuchaba hablar a Nielsen como un ruido de fondo. El horizonte clareaba y, allá abajo, distinguía entre cepellones de tierra y césped varias figuras oscuras. Cuerpos de agentes. Cuerpos de amigos. El difusor hecho añicos tras caer por la ventana.

En su mano había otra mano, y era lo único que, en aquel momento, la mantenía con cordura.

Nielsen se asomó también al balcón. Aún el sol no se mostraba en el horizonte, pero la penumbra rosada bastaba para ver el alcance de los daños.

—Quiero que este jardín se convierta en un recordatorio de lo que ha ocurrido esta noche —dijo Philippa, señalando hacia el patio —. Para que no se repita. Enterraremos aquí a los agentes caídos en la lucha, pero no solo a los nuestros. También a Halley Holcomb. Y a Julius Finley. Y a Blade. Sin distinción de bandos, en símbolo de una nueva era. No quiero seguir el legado de Ulysses Wagner.

Se oyó un suspiro profundo, y después la voz de Alpha.

—Si eso es cierto —dijo—, entonces ha llegado el momento de responder por mis crímenes. El Ágora ha cometido atrocidades terribles, y creo que es justo que alguien pague por ellos. Métanme a mí en la cárcel como fundadora y líder de este grupo terrorista. No creo que me quede más de un año, al fin y al cabo.

—¿No quiere que…?

—No quiero nada. Ahora solo quiero descansar. He visto morir al marido de mi hermana Linda; ya no necesito ver nada más. Estoy muy, muy cansada.

Alpha parecía más anciana que nunca; su piel era una corteza rugosa, su cabello un copo de algodón, y los ojos sintéticos le brillaban de lubricante, no de lágrimas. Por una vez, a Johanna le pareció serena, una abuelita de cuento de hadas, a la luz malva de las cinco de la mañana.

—Por cierto, Crane —dijo Philippa—, déjeme sugerirle que se tome una excedencia *voluntaria*. De duración indefinida, a ser posible.

Taylor Crane asintió vagamente, como si no fuera del todo consciente, y empezó a recoger sus cosas del laboratorio con la mirada perdida.

Habían ganado, ¿no?

Habían derrotado a Ulysses. Habían vuelto mortal al mundo de nuevo.

Pero Johanna sentía que el humor agridulce de sus compañeros no le pertenecía. Los suspiros aliviados, librarse de la Decadencia; nada de eso era aplicable a ella ni a Laura.

—Bien, pues eso significa que tenemos una vacante —dijo Philippa Nielsen—. Un puesto de genetista que necesita suplencia mientras dure la excedencia de Crane. Y, verá… Había pensado en usted, señora Lowe.

La madre de Johanna se quedó durante un momento mirando fijo a Philippa y, tras un largo silencio, soltó una risa por la nariz.

—¿Yo? ¿Genetista para la Agencia? —dijo—. Está usted loca. Lo último que querría es trabajar para usted.

—Genetista superior —puntualizó Philippa—. Con rango de jefe de gabinete y un sueldo de seis cifras.

Deena abrió la boca para protestar, pero la cerró al oír aquello. Debía tener en cuenta que en aquel preciso instante era una criminal buscada por terrorismo.

—¿Eso incluye seguro sanitario? —dijo Deena—. Porque, ahora, con esto de que vayamos a envejecer poco a poco, lo voy a

necesitar…

—Lo incluye, lo incluye. Lo incluirá, de hecho, para todos los agentes, no solo los altos cargos, a partir de ahora.

—Bueno… Me lo pensaré.

—Por cierto, agente Snyder —dijo Philippa, y Laura se dio la vuelta al oír su nombre—. Eso también va para usted. E incluso usted, señor Day, es bienvenido en la Agencia si desea volver a su antiguo puesto.

Terrence, que estaba sentado con Jerome en el suelo curándose las quemaduras eléctricas, alzó la cabeza.

—Ni hablar.

Se levantó con dificultad, apoyándose en el hombro de Jerome, y le dirigió a Philippa una mirada que no era de odio, ni siquiera de rencor. Era de cansancio. De agotamiento absoluto.

—Nosotros nos vamos —dijo—. Quiero olvidarme de todo esto. Y también de vosotros, en general. De Ágoras y de Agencias y de tanta tontería. No os ofendáis, pero es lo que hay.

Jerome asintió, les dedicó una sonrisa y una breve reverencia, y agarró a Terrence con firmeza; se alejaron por el pasillo, renqueantes, y a Johanna le recorrió la certeza de que no volvería a verles.

Taylor Crane, que había recogido unos pocos enseres en una caja de cartón, le tocó entonces a Alpha en el hombro.

—Oiga… —dijo—. Querría pedirle un favor.

—¿Qué favor? —escupió Alpha, que de pronto había vuelto a ser la fundadora del Ágora, girándose hostil hacia Taylor.

—Querría llevarme algún recuerdo de Milton Roosevelt. Sus gafas, o alguna prenda de ropa que le haya pertenecido. Me gustaría enterrarlo por mi cuenta, junto a mi familia. Su familia. Porque ahora también necesitaré encargarme de enterrar a mis padres, que estaban Decadentes en un asilo y no durarán mucho…

—Mierda, es verdad —dijo Deena—. Yo también voy a tener que ocuparme de eso. No podré incorporarme inmediatamente al puesto, directora Nielsen…

—No se preocupe, Lowe —dijo Philippa—. Creo que ahora van a venir unos momentos difíciles para todos, en general. Tómese el tiempo que necesite para poner sus asuntos en orden, y yo haré lo propio. Cuando el mundo se haya repuesto y vuelva a la normalidad, seguiremos aquí esperándola. Para trabajar, esta vez sí, por la protección, genética o no, de la humanidad.

En una esquina, Leo y Elsie estaban agachados sobre el cuerpo de Blade. Johanna se acercó; la cabeza de la IA estaba atravesada

de parte a parte por el propulsor iónico. Por el comunicador de Elsie llegaba una voz ahogada.

—No lo sé… —decía Sabrina desde el brazo—. No sé si esto voy a poder repararlo. Y después de lo de la última vez, ni siquiera sé si quiero intentarlo… Aunque arreglé su procesador, Blade ya no era Blade, ¿entendéis? Perdió todos sus recuerdos. Todo lo que le hacía ser Blade y no otra IA idéntica. Y no sé si podría soportar verle así otra vez…

—¡No digas eso! —Elsie sorbió por la nariz—. Mira, ¿y si te lo tomas como si, en vez de Blade, fuera su hijo? Tendrá su misma cara y le enseñarás quién fue Blade, y seguro que acabas queriéndole igual, ya verás…

—No sé, Elsie… No sé.

El cráneo destrozado de la IA era un ejemplo de la diferencia entre ella y un ser humano dentro de un cuerpo sintético. Por el boquete abierto rebosaban circuitos, no un cerebro como el de Ulysses Wagner.

Dos agentes llegaron para levantar el cuerpo y llevárselo al jardín con los demás, pero Elsie les detuvo. Sabrina vendría a recogerlo.

Mientras tanto, el futuro y las dudas seguían impregnándolo todo.

—Oye, Elsie… —dijo Leo, rascándose la cabeza—. ¿Y tú qué vas a hacer ahora? No vas a irte a Finlandia, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué va! Pero ¡qué idea es esa! —dijo Elsie—. Aunque, bueno… ahora que lo dices, a lo mejor un paseíto por allí sí que me doy. Por aquello de cobrar mi parte de la herencia, que no la voy a dejar ahí muerta de risa. Creo que lo mejor que ha hecho mi padre por mí ha sido morirse, ¿sabes?

—Ah… Vale…

—¿Por qué lo preguntas?

—¡No, no, por nada! Era solo que… Bueno, yo no sé qué voy a hacer ahora. Supongo que volveré a casa. Pero no creo que al comisario Rivers le haga mucha gracia tenerme de vuelta, después de todo este lío. Que técnicamente soy un terrorista en busca y captura…

Elsie le miró a los ojos, sin pestañear, y se le formó una sonrisa diminuta en los labios antes de decir:

—¿Te quieres venir conmigo?

—¿Qué? ¿A Finlandia?

—¡Claro! ¡De vacaciones! —A Elsie le brillaban los ojos, empañados—. Porque, además, lo que me toca de herencia es más

que suficiente para vivir sin trabajar. ¡Ahora que vamos a morirnos y no hay que ahorrar para la Decadencia, no voy a gastarlo todo en una sola vida! ¿Y si me echas una mano?

—¿De verdad? Pero… Me estaría aprovechando, y…

—¡Que no! Pero ¡mira que eres tonto! ¿Cómo vas a aprovecharte, si te lo estoy ofreciendo? —Elsie le sacó la lengua—. ¡Yo sí que querría aprovecharme de ti, pero de otra forma!

Johanna se vio obligada a apartar la vista cuando Leo le respondió, titubeando y rojo hasta las orejas:

—Bueno… Pues entonces tú tampoco puedes aprovecharte de mí, porque yo también te lo ofrezco… Hala…

Volvió con Laura; estaba hablando con Philippa, aunque parecía abstraída de todo aquello, incluso de lo que le contaba la directora de la Agencia.

—Iremos a la penitenciaría de alta seguridad esta misma tarde —decía Philippa—. No quiero retrasarlo ni un día más. No podemos compensar los doce años que ha pasado allí dentro, pero sí evitar aumentar su sufrimiento. Evitar seguir los pasos de Ulysses Wagner.

—¿De quién habláis? —preguntó Johanna, que no había escuchado el inicio de la conversación.

—De una persona —suspiró Philippa— que no debería estar en la cárcel. Se llama Mary Louise Snyder.

Laura asentía como de forma automática, como si no estuviera escuchando el nombre de su madre. Como si ni siquiera estuviera presente en aquel laboratorio destruido. Y Johanna se sentía exactamente igual. Se sentía apartada de todos los porvenires que estaban construyéndose con las piezas rotas del presente.

Sus amigos, su familia… se preguntaban de qué forma morirían, cuándo, hacían planes para aprovechar sus vidas finitas, que ya no acabarían en una tortura eterna.

Pero para ellas no había cambiado. Seguirían siendo inmortales, inmunes a la salvación; llegarían a cumplir los doscientos años y envejecerían de pronto, y vivirían la Decadencia que siempre habían temido. Su cerebro se regeneraría para siempre en cuerpos que se harían añicos. Nada de lo que habían sufrido serviría para evitarlo. Nada de lo que habían hecho serviría para *nada*.

Al menos se tenían la una a la otra, ¿no? Lo único peor que la eternidad que les esperaba sería vivirla en soledad. Habían salvado el mundo, pero el mundo no las incluía a ellas.

El disco rojo amaneció por el horizonte.

Un rayo de sol entró por la ventana rota, hiriendo a Johanna en los ojos, y haciendo que se apartase del amanecer. Y la luz se fue a

posar a sus espaldas, reflejándose dorada en un cuerpo sin vida que había tirado en el suelo. Un cuerpo de plástico y metal.

El rostro de Ulysses Wagner relucía, y Johanna lo miró.

La idea cruzó por su mente, fugaz como una estrella. El recuerdo de una caja entreabierta en el garaje de una mansión vacía. De una caja llena de cuerpos sintéticos, imperecederos, que servían para evitar la Decadencia, y que solo podía usar alguien con un cerebro inmortal.

—Oiga, directora Nielsen —dijo Johanna, interrumpiéndola—. ¿Habría algún problema en que fuéramos un momentito a casa de Ulysses Wagner?

Philippa, extrañada, contestó:

—No, en principio no… ¿Por qué?

—Para coger una cosa. Nada importante. Nada que vayan a echar en falta sus herederos. Solamente una cajita.

Cuando le dijo que sí, cubrió de besos a Laura por las mejillas, la cara entera, los brazos, riendo y haciéndola reír a ella de confusión y cosquillas. No eran los mismos besos que antes, nacidos del miedo y la angustia. Eran besos de alivio, de alegría, cálidos como el rayo de sol que las bañaba.

Y la inmortalidad ya no era condena, sino esperanza. Allí, ante el amanecer, cogidas de la mano, el futuro era eterno y las posibilidades eran infinitas.

Ellas eran infinitas.

Epílogo

¡Mis vacaciones de verano han sido muy divertidas! Fuimos unas semanas a Memphis, a la playa, con mis mamás y los tíos y muchos amigos. Mis mamás son unas señoras muy importantes y son famosas, pero dice mami Jo que no ponga eso en la redacción porque le da vergüenza.

Mi parte favorita de las vacaciones fue cuando vimos el mar. Yo nunca lo había visto y era enorme y olía a sal muy fuerte. Había una gaviota que me quería quitar el bocadillo, pero la tía Elsie le tiró el andador de Leo y se fue volando. Luego el andador se cayó al mar y tuve que ir a cogerlo. La prima Annikka me hizo una aguadilla y se me metió agua en los ojos y picaba mucho. Yo le fui a hacer otra a ella, pero me regañó y me dejó sin postre. ¡Además el postre era helado! Pero la abuela no quería que yo comiese mucho helado porque decía que me iban a doler los dientes y era mentira.

Un día nos fuimos de camping y al volver a la casa de la playa mamá había hecho la comida para todos. ¡Estaba riquísima! Era arroz y carne y más cosas buenísimas. Pero la tía Philippa le decía a mamá que no cocinase tanto, que menos cocinar y más centrarse en el trabajo, que quería que fuera directora ella cuando se muriese. Y empezó a hablar con la abuela Deena de trabajo y de morirse, y mami Jo se enfadó y mandó callar a todos y fue muy gracioso, porque la tía Philippa y la abuela reñían en bajito mientras comíamos. Se habían traído a su gato que se llama Oreo a la playa, y un día se mojó en el agua y se asustó mucho y ya no volvió al mar.

Otra cosa que me gustó mucho de las vacaciones fue visitar a una amiga de mis mamás que tenía el pelo rosa. ¡Era muy precioso! Yo quiero tener también el pelo rosa cuando sea viejito como ella. Se llamaba Sabrina y le puso una cosa a mamá en el cuerpo para que no le entrase agua por dentro del metal y pudiera nadar en el mar con mami y conmigo. También fuimos a casa de la abuelita Louise en Toronto. ¡Eso está en Canadá! Es otro país, pero es igual que el nuestro, solo que hay más árboles y hace más fresquito.

Lo que menos me gustó de las vacaciones fue cuando Willow se puso malita y la tuvieron que llevar mami y mamá corriendo al Chloé Deschamps Memorial Hospital. Pero la doctora jefa era una amiga suya también y mandó que la curasen enseguida. Y tampoco me gustó cuando se acabó el verano y tuve que volver a clase, pero vi a mis amigos del colegio y eso sí que me gustó mucho. Estaban todos muy morenos. Yo también lo estaba, ¡y además en el verano crecí dos centímetros! Estaba muy contento, pero mami se puso a llorar porque decía que estaba creciendo muy deprisa y que un día yo iba a ser más viejo que ellas. ¡Qué tontería! Pero dejó de llorar cuando mamá le dio un beso y le dijo que, pasara lo que pasara, siempre estarían juntas.

Redacción para clase de lengua:
«Mis vacaciones de verano».

21 de septiembre de 2550.
Por Colin Lowe-Snyder, alumno de 2º de primaria de la Escuela Elemental de North Hiawatha Ave.

Agradecimientos

Infinitas es una historia en la que un día se montó mi corazón, como en una montaña rusa, y de la cual no se bajó hasta haberla terminado con su último punto y final. Es una historia muy importante para mí, porque creo que es la historia que a mí me habría gustado leer en su momento, cuando estaba perdida y buscando mi lugar en el mundo y ni siquiera sabía que lo estaba. Es una historia en la que hay gente como yo y gente que no es como yo, pero gente, al fin y al cabo, que necesitaba un espejo en el que verse reflejada para poder conocerse a sí misma. Es una historia que me ha hecho de compañera, de hogar y de motor durante mucho, mucho tiempo.

Y, también, es una historia que, sin las personas que me han ayudado a llegar hasta aquí, tal vez nunca se habría contado ni se habría escrito. Esta historia empezó hace diez años, como una idea anotada en un documento de Word perdido en un disco duro externo, y la olvidé, porque olvidé escribir, aunque era lo que más quería hacer en el mundo. Pero volví a encontrarla, igual que volví a encontrarme a mí; rescaté esa idea, le di forma, la arrugué, la volví a moldear y a lijarla y a pulirla con mis dedos hasta que estuvo todo lo bien que fui capaz de hacerla. Y sé que soy, que somos, todas las personas que nos vemos reflejadas en este tipo de historias, capaces de hacer eso con nuestras propias vidas; darle forma una y otra vez, si hace falta, y no rendirnos nunca.

Por eso le doy las gracias a todas las personas que habéis estado ahí, desde el principio hasta el final, desde esa idea olvidada hasta el libro escrito, que habéis puesto vuestro granito de arena en esa montaña de amor y de esfuerzo que es, al fin, cualquier novela. Gracias, mamá, por confiar en mí desde siempre, y desde siempre quiere decir desde siempre, desde que te diste cuenta de que tenía letras y palabras clavadas en el corazón, desde que tenía dieciocho meses y aprendí a leer y tuviste que demostrárselo a la pediatra haciéndome leer el lateral de una caja de pastillas que tenía sobre la mesa, porque ella no lo creía, y seguiste apoyándome durante

veinticinco años y todos los demás que quedan, creyendo en mí la primera. Gracias, Manu, por leer mis manuscritos el primero junto a ella, por ser el padre que no sabía que necesitaba hasta que apareciste en mi vida.

Gracias a todas mis amigas —y uso el femenino genérico porque estos son mis agradecimientos y los escribo como quiero, aunque también haya amigos y amigues, y os quiero—. Gracias, gracias, gracias por estar ahí. Gracias, Haizea, y no, no me estoy agradeciendo a mí misma, sino a una persona maravillosa que tiene el mismo nombre que yo y que, gracias a la alegría de ese nombre compartido, no acabé usando otro como seudónimo. Gracias, Iria, rayo de luz y de fuerza sin igual en el universo. Gracias, Selene, por llorar con este libro a la mañana siguiente de leerlo. Gracias, Silvia, Gale, Álvaro, que estuvisteis animándome a escribirlo una tarde de jueves en aquel TGB. Gracias, Clara y Clara, por apoyarme tantísimo en tantas, tantas circunstancias. Gracias, Luz, por esas noches en la Blanca Paloma en las que me insistías en quedar y me salvabas de las páginas; gracias, Patt, Clau, Fran, Hana, compis de fatigas y de tintos de verano en invierno. Gracias a todas las personas que me habéis leído y escuchado quejarme y alegrarme y llorar y reír con este libro; gracias, Laura, Saev, Dids, Chell, Leti, Dedé, Carol, Jannita, Ira, Marien, Micky, Javi, Gehe, Almu, Seledia, Anuhiu, Henar, Elena, y seguro que me estoy olvidando a alguien, lo sé, pero os quiero.

Gracias a toda la gente increíble del mundo de los libros, de ese mundo que no está entre las páginas, sino alrededor de ellas, leyéndolas y escribiéndolas y queriéndolas y contándolo por redes, y entre cuyos brazos —virtuales o no— me he sentido arropada y acogida desde que decidí volver a escribir. Gracias, Rocío, Prez, Arantxa, Victoria, Van, Geo, Fer, Gema, Nuria, Rolly, Laura, Cristina, Paula, María, Mer, Ryan, Bruno, Sebas, Enerio; y, de nuevo, seguro que me olvido de alguien al escribir los nombres, pero os prometo que no me olvido en el corazón, donde cuenta, y que tampoco se olvidan las páginas de este libro que tal vez, sin vosotras, habrían sido más cortas o más largas, pero no habrían sido las mismas.

Gracias, un inmenso gracias a Roca, a todas las personas que conforman la editorial y que han confiado en esta historia, en mí, y han permitido que salga al mundo como el bebé que es, y han vestido a este bebé con sus ropitas y le han dado un moisés para que navegue los ríos de las librerías y las bibliotecas y pueda llegar a ti.

Gracias, final y efectivamente, a ti. A ti, que lo has leído o que lo estás leyendo; a ti, a quien espero haberte hecho pensar que ha merecido la pena leerme; a ti, que no te conozco, o que sí, o que tal vez incluso estés entre los nombres que sí me he acordado de mencionar, pero que te mereces volver a estar, porque este libro no existiría sin sus lectores.

HAIZEA

© 2019, Haizea M. Zubieta

Primera edición: abril de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417771683

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48

76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102

103

Epílogo

Agradecimientos